S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBÍTERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA EZEQUIEL, LIBROS CATORCE.

LIBRO PRIMERO.

1-2 Terminados los dieciocho volúmenes de explicaciones sobre Isaías, deseaba pasar a Ezequiel, lo cual te había prometido a ti y a tu madre de santa memoria, Paula, oh Virgen de Cristo Eustoquio, y poner, como se dice, la última mano a la obra profética: y he aquí que de repente se me anunció la muerte de Pamaquio y Marcela, el asedio de la ciudad de Roma, y el descanso de muchos hermanos y hermanas. Y así, consternado, quedé atónito, de modo que no pensaba en otra cosa día y noche sino en la salvación de todos: y me consideraba cautivo en la cautividad de los santos, y no podía abrir la boca hasta que supiera algo más cierto: mientras, preocupado, pendía entre la esperanza y la desesperación, y me atormentaba con los males de otros. Pero después de que la luz más brillante de todas las tierras se extinguió, o más bien, la cabeza del imperio romano fue truncada: y, para decirlo con más verdad, en una sola ciudad pereció todo el mundo, enmudecí y me humillé, y guardé silencio sobre las cosas buenas, y mi dolor se renovó: mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió un fuego (Salmo XXXVIII, 4): y no consideré que debía descuidar aquella sentencia: La música en el duelo es una narración inoportuna (Eclesiástico XXII, 6). Sin embargo, como tú insistes incesantemente en esto, y una cicatriz se va formando poco a poco sobre una gran herida: y el Escorpión entre Encélado y Porfirión está oprimido por el suelo de Trinacria, y la Hidra de muchas cabezas ha cesado de silbar contra nosotros: y se ha dado un tiempo en el que no debemos responder a las insidias de los herejes, sino dedicarnos a la exposición de las Escrituras, abordaré al profeta Ezequiel, cuya dificultad es probada por la tradición de los hebreos. Pues a menos que alguien entre ellos haya cumplido la edad del ministerio sacerdotal, es decir, los treinta años, no se le permite leer ni los principios del Génesis, ni el Cantar de los Cantares, ni el comienzo y el final de este volumen, para que se acerque al conocimiento perfecto y a los entendimientos místicos, el tiempo pleno de la naturaleza humana. Si por la misericordia del Señor llevo esta obra hasta el final, pasaré a Jeremías, quien en sus Lamentaciones, bajo el símbolo de Jerusalén, llora las cuatro plagas del mundo con un alfabeto cuádruple.

(Cap. I.---Vers. 1.) Y sucedió en el trigésimo año, en el cuarto, en el quinto mes. El trigésimo año no se refiere, como muchos piensan, a la edad del profeta, ni al Jubileo, que es el año de la remisión; sino desde el duodécimo año del rey Josías de Judá, cuando se encontró el libro del Deuteronomio en el templo de Dios, hasta el quinto año de la cautividad de Joaquín, también llamado Jeconías, quien fue llevado a Babilonia con su madre, y con Daniel y los tres jóvenes, y Ezequiel (que es la primera cautividad de la tribu de Judá) cuando la ira de Dios se derramó sobre Jerusalén (IV Reyes XXII; II Crónicas XXXIV; IV Reyes XXIV). Según la anagogía, se prefigura al Señor y Salvador, quien a los treinta años vino al bautismo (Lucas III), que es la edad perfecta en el hombre. Por eso, en el libro de los Números, según los hebreos, no, como se contiene en los LXX, desde el vigésimo quinto año de edad, sino desde el trigésimo, los sacerdotes comienzan a ministrar en el tabernáculo (Números IV). En señal de esto, precedió también José, cuando en Egipto distribuyó grano al pueblo hambriento (Génesis XLI), y Juan el Bautista vino a las aguas del Jordán y predicó el bautismo de penitencia (Lucas III). Lo que está escrito, en el cuarto, con la sentencia pendiente, se sobreentiende mes. Pues inmediatamente sigue, en el quinto mes. Para que esto fuera más claro, los Setenta añadieron.

(Vers. 2.) Estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, se abrieron los cielos, y vi visiones de Dios en el quinto mes: este es el quinto año de la transmigración del rey Joaquín.

David profetiza en espíritu que el pueblo cautivo se sentó junto a los ríos de Babilonia: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos (Salmo CXXXVII). Quebar es el nombre de un río, o ciertamente, según su interpretación, que se traduce como grave, significa el Tigris y el Éufrates, y todos los grandes y gravísimos ríos que se dice que están en la tierra de los caldeos. Y los cielos abiertos no los entiendas como una división del firmamento, sino por la fe del creyente: porque los misterios celestiales le son revelados. Por eso, en el bautismo del Salvador, cuando el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, leemos que los cielos se abrieron (Mateo III), y al abrirse, se revelan las visiones de Dios: no una sola visión, sino muchas, como dice el Señor por el Profeta: Multiplicaré visiones, y en las manos de los Profetas me asemejaré (Oseas XII, 10). Estas son las visiones que toda la profecía de Ezequiel entrelaza. Y más significativamente, según los hebreos y otros intérpretes, se dice transmigración de Joaquín, y no cautividad, como tradujeron los LXX. Pues no fue capturado con la ciudad conquistada; sino que se entregó voluntariamente y fue llevado a Babilonia. Por lo tanto, la transmigración de Joaquín, es decir, de Jeconías, se llama la primera; y la de Sedequías, la segunda o última cautividad.

(Vers. 3.) La palabra del Señor vino a Ezequiel, hijo de Buzi, sacerdote, en la tierra de los caldeos, junto al río Quebar. Tanto a Daniel como a Ezequiel, que estaban en Babilonia junto a los ríos, se les revelan los sacramentos futuros sobre las aguas, o más bien en aguas purísimas, para mostrar el poder del bautismo. De lo contrario, también el apóstol Pablo, cuando fue lavado en el Señor por Ananías, al caer las escamas que cubrían sus ojos, se libró de la ceguera (Hechos IX). Y en el Génesis, lo primero que vivió salió de las aguas. También debe entenderse que en el trigésimo año de su edad, el Señor vino al bautismo: en el cuarto mes, que entre nosotros se llama enero, y es el primero del año, excepto el mes de Nisán, en el que se celebra la Pascua. Pues entre los pueblos orientales, después de la recolección de frutos y las bodegas, cuando se llevaban los diezmos al templo, octubre era el primer mes, y enero el cuarto. Añade el quinto día del mes, para significar el bautismo, en el que los cielos se abrieron para Cristo, y hasta ahora el día de la Epifanía es venerable, no como algunos piensan, el nacimiento en la carne, pues entonces estaba oculto y no apareció. Lo cual se ajusta a este tiempo, cuando se dijo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo III, 17). Por otro lado, Buzi se traduce en nuestra lengua como despreciado y menospreciado: Ezequiel, fortalecido por Dios. Lo cual se aplicará al Señor, para que digamos que el Creador del mundo, que es el Padre del Salvador, es despreciado y menospreciado por todos los herejes que no aceptan el Antiguo Testamento. Y no es de extrañar que el Señor sea el fuerte de Dios: pues él mismo es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios.

Y la mano del Señor se posó sobre él allí. LXX: Y la mano del Señor se posó sobre mí. Para poder ver las visiones de Dios y entenderlas, necesitamos la mano y la fortaleza de Dios sobre nosotros (I Cor. I). Con esta mano y brazo, el pueblo de Israel fue sacado de Egipto; de cuya fortaleza incluso los magos entendieron una parte diciendo: Es el dedo de Dios (Éxodo VIII). Y el Salvador en el Evangelio: Si yo expulso demonios con el dedo de Dios (Mateo XII, 28). Por lo cual en otro Evangelio está escrito: Si yo expulso demonios con el Espíritu de Dios (Lucas XI, 20).

(Vers. 4.) Y vi, y he aquí un viento de torbellino venía del norte, y una gran nube, y un fuego envolvente, y un resplandor alrededor de él. Y en medio de él, como la apariencia de electro, es decir, en medio del fuego. LXX: Y vi, y he aquí un espíritu que arrebataba (o elevaba) venía del norte, y una gran nube en él, y un fuego resplandeciente, y un resplandor alrededor de él. Y en medio de él, como la visión de electro en medio del fuego. En consolación del pueblo transmigrante, y revelación de la sentencia de Dios, el profeta ve una gran visión. En cuya interpretación todas las sinagogas de los judíos están mudas, diciendo que está más allá

del hombre, y de esta, y de la edificación del templo, que se escribe al final de esta profecía, intentar algo. Pero nosotros, lo que hemos recibido de los mayores, y según la medida de nuestro pequeño ingenio, comparando cosas espirituales con espirituales, podemos más bien sospechar que explicar, creyendo a los lectores benévolos y fieles, suplicando indulgencia, para que favorezcan más la temeridad, o más bien la fe que no conoce su medida, que se enojen. Y primero debe saberse que el espíritu que arrebata, o eleva, que hemos interpretado según Aquila como viento de torbellino, y según Símaco y Teodoción como soplo y espíritu de tempestad, es entendido por algunos en buen sentido, y por otros en sentido contrario. Pues la palabra hebrea RUA, según la calidad de los lugares, se toma como espíritu, alma o viento. Espíritu, como allí: Envía tu espíritu y serán creados (Salmo CIII, 30). Alma: Saldrá su espíritu y volverá a su tierra (Salmo CXLV, 4). Viento: Con viento violento quebrarás las naves de Tarsis (Salmo XLVII, 8). Y en otro lugar: Fuego y azufre, y espíritu de tormentas, parte de su cáliz (Salmo X, 7). Los que leen viento y soplo de tempestad, entienden esto: la ira y el furor de Dios vienen del norte, es decir, Nabucodonosor, y Jerusalén será tomada seis años después de esta visión. Pues la visión se ve en el quinto año de la transmigración del rey Joaquín, que también era el quinto para Sedequías reinando en Jerusalén, a quien leemos que seis años después, es decir, en el undécimo año de su reinado, fue llevado a Babilonia con la ciudad tomada. Por lo tanto, a los que habitaban cerca del río Quebar, y se entregaron voluntariamente al rey, se les revela que hicieron bien en obedecer la sentencia de Dios. Pues en breve la provincia de Judea y la ciudad de Jerusalén serán tomadas. Y que se describe una gran nube, entendamos que lleva lluvias de destrucción sobre Judea, y lluvias de golpes. Y el fuego envuelto muestra los castigos venideros y los males de la cautividad. Y el resplandor alrededor de él significa los juicios abiertos de Dios. Pero los que entienden en sentido contrario, es decir, bueno, el espíritu que arrebata, o eleva, entienden al Espíritu Santo, que quita de los hombres los vicios y pecados, o eleva a los que están caídos a lo sublime, y hace que se alejen del viento del norte, el más frío, del cual se encienden los males sobre toda la tierra (Eclesiástico XLIII); y en Jeremías, aquella olla terrible se enciende desde el norte (Jeremías I). También refieren la gran nube a la persona de Cristo, que vino a Egipto de este mundo sobre una nube ligera: y se dice grande propiamente en comparación con los menores, es decir, los profetas, y los apóstoles y todos los santos, de los cuales está escrito: Y tu verdad hasta las nubes (Salmo XXXV, 6); y: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre Israel (Isaías V, 6); y en otro lugar: Las nubes son el polvo de sus pies (Nahúm I, 3); y de nuevo: Nubes y oscuridad alrededor de él (Salmo XCVI, 2). También el fuego resplandeciente y el resplandor alrededor de él, según lo que está escrito: Dios es un fuego consumidor (Deuteronomio IV, 24). Para enviar el cual sobre la tierra, el Salvador dice que ha venido, y desea que arda en nosotros y en todos los creyentes (Lucas XI); que aunque infunde terror a los pecadores y castigos, sin embargo, resplandece con esplendor, y está lleno de luz y fulgor. Por eso nos purifica, para que a los puros y purgados les otorgue cosas más alegres.

(Vers. 5.) Y en medio de él, la semejanza de cuatro seres vivientes, y este era su aspecto: semejanza de hombre en ellos. Lo que sigue, Y el resplandor en él, debe ser marcado con un obelo. Si no hubiera añadido la Escritura, diciendo: Es decir, de en medio del fuego, por la ambigüedad de la palabra podríamos errar, pensando que la apariencia o visión de electro está en medio del viento o espíritu. Por lo tanto, debe entenderse que en medio del fuego y de los tormentos de Dios, hay semejanza de electro, que es más precioso que el oro y la plata; para que después del juicio y los tormentos, que a los que los padecen les parecen tristes y duros, aparezca el resplandor más precioso del electro, mientras la providencia de Dios gobierna todo, y lo que se considera castigo, es medicina.

(Vers. 6.) Y en medio de él, la semejanza de cuatro seres vivientes, y este era su aspecto: semejanza de hombre en ellos. En medio de él, se sobreentiende ciertamente, electro: pero es mejor entender fuego, que es luz para los creyentes, castigo para los incrédulos. En medio de este fuego, pues, había semejanza de cuatro seres vivientes, semejanza, no naturaleza; y de los cuatro seres vivientes que después se dicen cuadriformes, hay una semejanza de hombre, para mostrar que todo en el mundo es racional: Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I). Pero la imagen y semejanza de Dios no es la forma del cuerpo, sino de la mente: descrita a semejanza de la verdadera imagen de Cristo, que es la imagen del Dios invisible. Estas criaturas racionales se mueven en cuatro lugares, ya sea por los cuatro puntos cardinales del mundo, en los que se incluye el orbe, o por los cuatro lugares, de los celestiales, terrestres, infernales y supercelestiales, de los cuales también habla el apóstol Pablo: Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los celestiales, terrestres y de los infernales (Filipenses II, 10). De tres, es testimonio de Pablo. Veamos también el cuarto. Alabad al Señor, cielos de los cielos, y el agua que está sobre los cielos, alabe el nombre del Señor (Salmo CXLVIII, 5), Y de nuevo por el Apóstol se dicen otras celestiales, y otras supercelestiales (I Corintios XV).

(Vers. 7.) Cuatro rostros tenía cada uno, y cuatro alas cada uno, y sus pies eran rectos, y la planta de sus pies como la planta del pie de un becerro, y centelleaban como el aspecto del bronce brillante. Y manos de hombre bajo sus alas en sus cuatro lados. LXX: Y cuatro rostros tenía cada uno, y cuatro alas cada uno, y sus piernas eran rectas, y sus pies alados. Y centelleaban como bronce reluciente, y sus alas eran ligeras, y manos de hombre bajo sus alas en sus cuatro lados. De los cuatro seres vivientes, cuyo aspecto era semejanza de hombre (de tal manera que cada uno tenía cuatro rostros, y cuatro alas, y pies rectos, y la planta del pie como la huella del pie de un becerro, o, como interpretó Aquila, redonda, lo cual los LXX omitieron por completo), de las centellas también resplandecientes con el brillo del bronce, y de sus alas ligeras, lo cual no se encuentra en el hebreo, y de la mano de hombre bajo sus alas en cuatro partes, y de lo demás que el discurso profético describe, intentaremos decir lo que nos parece que significa, después de haber resumido brevemente las opiniones de cada uno. Algunos piensan que los cuatro Evangelios están designados por los nombres de estos seres vivientes, a quienes también seguimos en el prólogo de los comentarios de Mateo: de Mateo, porque describió al hombre: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Del león, lo refieren a Marcos: Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en el profeta Isaías: Voz del que clama en el desierto, Preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas (Isaías XL, 3). Del becerro, al Evangelio de Lucas, que comienza con el sacerdocio de Zacarías. Del águila, al inicio de Juan, quien volando a lo alto comenzó: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Sobre lo cual dijimos lo que nos parecía en la obra mencionada, y más plenamente en el Apocalipsis de Juan (Cap. IV) se refieren las especies y nombres de estos seres vivientes a los cuatro Evangelios [o Evangelistas]. Intentaremos decir en su lugar cómo puede adaptarse la descripción de todos los animales. Otros, que siguen la necia sabiduría de los filósofos, sospechan que los dos hemisferios en los dos querubines del templo, nosotros y los Antípodas, son como hombres supinos y caídos. Muchos, según Platón, refieren el alma racional, el irascible y el concupiscible, que él llama λογικὸν, θυμικὸν y ἐπιθυμητικὸν, al hombre, al león y al becerro: colocando la razón y el conocimiento, la mente y el consejo, y la misma virtud y sabiduría en la cima del cerebro: la ferocidad y la ira y la violencia en el león, que reside en la hiel. Por otro lado, la libido, la lujuria y el deseo de todos los placeres en el hígado, es decir, en el becerro que se aferra a las obras terrenales. Y colocan una cuarta que está sobre estas y fuera de estas tres, que los griegos llaman συντήρησιν, que es la chispa

de la conciencia que no se extingue en el pecho de Caín, incluso después de ser expulsado del paraíso, y por la cual, vencidos por los placeres o la furia, a veces engañados por la misma semejanza de la razón, sentimos que pecamos. Esta la asignan propiamente al águila, que no se mezcla con las tres, sino que corrige a las tres errantes, que en las Escrituras a veces leemos que se llama espíritu, que intercede por nosotros con gemidos indecibles (Rom. VIII, 26). Porque nadie sabe lo que es del hombre, sino el espíritu que está en él (I Cor. II, 11). Y Pablo escribiendo a los Tesalonicenses (I Thess. V) ruega que se conserve íntegro con el alma y el cuerpo. Y sin embargo, esta misma conciencia, según lo que está escrito en los Proverbios: El impío cuando llega al fondo de los pecados, desprecia (Prov. XVIII, 13): vemos que en algunos se precipita y pierde su lugar, quienes ni siquiera tienen pudor ni vergüenza en sus delitos, y merecen oír: Se te ha hecho rostro de prostituta, no quisiste [o no sabes] avergonzarte (Jerem. III, 3). Esta cuadriga, pues, Dios la gobierna a modo de auriga, y refrena su carrera desordenada, y la hace dócil, y la obliga a obedecer su mandato. Esta discusión sobre las partes del alma, es decir, del hombre, que los mismos filósofos llaman microcosmos, también la tocaremos. Hay quienes simplemente en los cuatro seres vivientes, según la opinión de Hipócrates, creen que se muestran los cuatro elementos del mundo, de los cuales todo está compuesto: fuego, aire, agua, tierra. Cómo se mezclan entre sí, y aunque son singulares, parecen unirse, y se tocan mutuamente, y en una sola persona de los seres vivientes tienen cuatro especies y figuras, no es el propósito de esta obra. También consideran las cuatro ruedas que se elevan de lo terrenal a lo sublime, unidas a los seres vivientes individuales y cuadriformes, como la mezcla de esos mismos elementos, o el ciclo de las cuatro estaciones, que se completa en tres meses, y el año que gira, que toma su nombre de girar siempre y volver sobre sí mismo. De lo cual se ha dicho bellamente en un solo verso: Primavera, verano, otoño, invierno, y mes, y año. Y lo que se dice: Era una rueda dentro de una rueda, creen que significa un año dentro de un año. De lo cual otro poeta (Virgilio, II Georg.): Y el año se rueda sobre sus propias huellas. También comparan la semejanza del firmamento con el cristal, queriendo que se entienda el cielo que contemplamos: bajo el cual giran y pasan los cuatro seres vivientes. Y el trono de color zafiro, y el hombre sentado encima bajo la semejanza humana, describen el imperio que gobierna todo y tiene todo bajo sus pies, como la omnipotencia de Dios; y dicen al final: Esta es la visión de la semejanza de la gloria de Dios: por la cual, como por una pintura o imagen, se demuestra la providencia. Y que los pies de los seres vivientes se digan rectos, y la planta del pie de becerro, o redonda, que todo lo terrenal se eleva a lo celestial, y con todos los ángulos cortados, sigue la redondez, que es la más hermosa de todas las figuras. Las centellas resplandecientes indican que todo está lleno de luz, y las manos de hombre bajo las alas tanto del hombre mismo, como del león, y del becerro, y del águila: para que la razón sostenga todo, y de la humildad terrenal eleve a lo celestial. Esto podemos referirlo tanto a los Evangelios como a todo lo que hemos mencionado antes. Recuerdo haber oído que las cuatro perturbaciones, de las cuales Cicerón discute plenamente en las Tusculanas, de la alegría, la tristeza, el deseo y el temor, de las cuales dos son presentes, dos futuras, se significan por los cuatro seres vivientes, de los cuales también Virgilio brevemente (Eneida, lib. VI): De aquí temen, desean, se duelen y se alegran: que deben ser gobernadas por la razón, y el poder de Dios; y a las cuales se oponen, o más bien se imponen, las cuatro virtudes, Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza, para que sean gobernadas por su arbitrio. Cómo se adaptan a los rostros del hombre, del león, del becerro y del águila, no lo han dicho en absoluto. Sobre lo cual el mismo filósofo y orador discute en tres libros de los deberes a su hijo. Leí también una breve disertación de un tal Catina, a quien los sirios llaman λεπτὸν, es decir, agudo e ingenioso, pensando que el orden de los campamentos de las doce tribus se describe en el desierto, hacia el Oriente y el Occidente, el Septentrión y el Mediodía, que se unen entre sí por caridad y consanguinidad, y esto es una rueda dentro de una rueda, que son guiadas por el

espíritu, y protegidas por la nube en el desierto, y iluminadas por la columna de fuego en la noche; y no regresan a Egipto, sino que siempre se apresuran a la tierra prometida. La semejanza del electro en medio, la interpreta como el Santo de los santos, y el rostro del hombre se refiere a todo Israel; el del león al cetro real de Judá; el del becerro a la tribu sacerdotal y levítica: fuera de las cuales está el rostro del águila, la venganza y el castigo de Dios que desde el cielo todo lo contempla, y que está preparada para desgarrar al pecador, de la cual también se dice en Oseas: Como águila sobre la casa de Dios (Ose. VIII, 12), es decir, el templo. Y en este mismo profeta (Infra XVII), se entiende por águila grande de grandes alas y garras, que tiene el camino para entrar en el Líbano, a Nabucodonosor, quien también ahora se dice que vendrá, y sobre esta cuadriga como un auriga se sienta Dios, y ordena lo que se debe hacer o no hacer. Esto, dice, se dice al pueblo que está en Babilonia, que si somete su cuello a Dios, y obedece sus riendas, nuevamente merecerá su ayuda, y la tierra que perdió, la recuperará.

(Vers. 8, 9.) Y tenían rostros y alas por cuatro partes: y sus alas estaban unidas, una a otra. No se volvían cuando avanzaban: sino que cada uno avanzaba de frente. Los Evangelios están unidos entre sí y se adhieren mutuamente, y volando por todo el mundo van de aquí para allá: no tienen fin en su vuelo, ni alguna vez son superados y retroceden, sino que siempre avanzan hacia lo más lejano. Por lo cual también Pablo dice: Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante (Filip. III, 13). Esto mismo podemos decir de las virtudes del alma, y del vuelo de los tiempos, y de la mezcla de los elementos, que dejando atrás lo pasado, siempre se apresuran hacia lo que está adelante. Que los tiempos fluyen y huyen, se demuestra en un breve verso (Virgilio, III Georg.): Pero mientras tanto huye, huye el tiempo irreparable. Y en un poema lírico (Horacio, Carm. od. 14): ¡Ay, ay, fugaces, Postumo, Postumo, se deslizan los años!

(Vers. 10.) La semejanza de sus rostros, el rostro de hombre, y el rostro de león a la derecha de los cuatro: y el rostro de buey a la izquierda de los cuatro: y el rostro de águila por encima de los cuatro. Los rostros dicen los principios de los Evangelios, de los cuales el hombre y el león, es decir, el nacimiento de Cristo, y la voz del profeta tronando en el desierto, ocupan las partes derechas. El del becerro, es decir, de las víctimas y el sacerdocio de los judíos, está a la izquierda: lo cual, abolido, ha pasado al sacerdocio espiritual, del cual se ha dicho: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 2); de tal manera que todo se adhiere entre sí, y se considera un solo cuerpo. El águila, que está sobre el nacimiento y sobre la profecía, que se cumple con la venida del Señor, y sobre el sacerdocio que ha pasado, y está fuera de todo esto, refiriéndose al nacimiento espiritual, cómo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. De la cual se dice con toda razón: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). Estos son según el Apocalipsis (Cap. IV), como ya dijimos antes, los cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás, de los cuales uno es semejante a un león, y el segundo semejante a un becerro, y el tercero tiene rostro como de hombre, y el cuarto semejante a un águila volando. Y allí se dice que tienen seis alas como los Serafines, cubriendo con dos el rostro, y con dos los pies, y con dos volando, y no cesan ni de día ni de noche diciendo: Santo, santo, santo es el Señor, Dios todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir (Apoc. IV, 8).

(Vers. 11.) Y sus rostros y sus alas estaban extendidas por encima, dos alas de cada uno se unían, y dos cubrían sus cuerpos. Y ya dijimos que los Evangelios y los tiempos están unidos entre sí, y todas las criaturas racionales, y las cuatro virtudes, de tal manera que quien carece de una, carece de todas. Y que dos están extendidas, y se elevan hacia lo alto, significa la predicación celestial, y que todo tiende a la majestad de Dios. Las dos con las que se cubren los cuerpos, excluyen la ciencia humana, y no se ofrece una visión perfecta, diciendo el

Apóstol: En parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, se destruirán las cosas que son en parte (I Cor. XIII, 9).

(Vers. 12.) Y cada uno avanzaba de frente. Donde estaba el impulso del espíritu, allí avanzaban, y no se volvían cuando caminaban. Quien sostiene el arado no debe mirar hacia atrás (Luc. IX, 62), ni imitar a la esposa de Lot (Génesis XIX), para no caer en la plaga del Deuteronomio (Cap. XIX), y perecer en el ὀπιστοτόνῳ incurable, en el que cayó también Elí, porque con el vicio de sus hijos ofendió a Dios (IV Reg. IV): cuánto más los cuatro seres vivientes que estaban llenos de luz y alados, que siguen al Espíritu Santo que los precede: que así vuelan por el mundo, y se elevan a lo alto, que protegen sus cuerpos con las alas de la historia, y no nos conceden una visión más plena. Pero lo que se dice por segunda vez: No se volvían cuando avanzaban, indica el sacramento de ambos instrumentos, que en estos cuatro seres vivientes, tanto la Ley como el Evangelio se apresuran hacia el futuro; y nunca toman un movimiento hacia atrás.

(Vers. 13, 14.) Y la semejanza de los seres vivientes, y su aspecto era como carbones de fuego ardiente, y como el aspecto de lámparas. Esta era la visión que corría en medio de los seres vivientes, el resplandor del fuego, y del fuego salía un relámpago. Y los seres vivientes iban y volvían en semejanza de un relámpago resplandeciente. LXX: Y en medio de los seres vivientes la visión, como carbones de fuego ardiente, como el aspecto de lámparas que corrían en medio de los seres vivientes; y el resplandor del fuego, y del fuego salía como un relámpago. Y lo que sigue: Y los seres vivientes corrían y volvían como la especie bezec, se ha añadido de la edición de Theodotion en los Setenta: quienes, para no parecer que el profeta decía algo contrario a las dos sentencias anteriores, pensaron que esto que parecía ser contrario, es decir, y los seres vivientes corrían y volvían, debía ser silenciado, para no causar escándalo al lector. Sin embargo, es mejor en los libros divinos traducir lo que se ha dicho, aunque no entiendas por qué se ha dicho, que quitar lo que no sabes. De lo contrario, muchas otras cosas que son inefables, y que la mente humana no puede comprender, serán eliminadas con esta licencia. Nosotros decimos esto, que así como en los Proverbios en el mismo lugar está escrito: No respondas al necio según su necedad, para que no seas como él (Prov. XXVI, 4, 5); y nuevamente se pone lo que nos parece contrario: Responde al necio según su necedad, para que no se crea sabio; y ambas cosas concuerdan por la diversidad de tiempos y personas, mientras que el necio es despreciado, porque no recibe sabiduría; y la necia soberbia es derribada por otra necedad, según lo que también dice el Apóstol: Me he hecho insensato, vosotros me obligasteis (II Cor. XII, 11): así también en este lugar debemos buscar por qué se ha dicho dos veces: No se volvían los seres vivientes cuando avanzaban; y ahora una vez, los seres vivientes corrían y volvían. Y sería una cuestión si no siguiera, en semejanza de un relámpago resplandeciente: lo que en hebreo se dice BEZEC, (), y Symmachus lo interpretó como especie de rayo de relámpago. Así como el éter centellea con fuegos frecuentes; y en un abrir y cerrar de ojos y en un momento los relámpagos corren y vuelven, sin perder su matriz, y, por así decirlo, la fuente del fuego y la materia: así también estos seres vivientes, aunque avancen con paso firme, se apresuran hacia lo que está adelante. Pero si al intentar algo ven que está obstruido, no tanto vuelven, como se contraen, para extenderse de nuevo, y ofrecer la luz que habían ocultado por un momento, para dar a los siervos su alimento a su tiempo, y no dar lo santo a los perros, ni echar perlas delante de los cerdos (Mat. VII). Por lo cual también Pablo dice: Leche os di a beber, no alimento sólido, porque aún no podíais soportarlo (I Cor. III, 2). Y la elección de Judá, y la unción de Saúl no acusan a Dios de ignorancia de lo futuro, sino que muestran que es juez de lo presente (Mat. X). Por lo cual también se ordena a los apóstoles, que si ven que una casa es indigna de su saludo, sacudan primero el polvo de sus pies; y la paz que dieron a la casa, vuelva a ellos. Los

carbones de fuego ardiente y las lámparas que corren en medio de los seres vivientes, se interpretan del lugar de Isaías: Y el fuego consumirá como paja la materia, y los santificaré en fuego ardiente (Isaías V, 24). De los cuales también en otro lugar está escrito: Caerán sobre ellos carbones de fuego (Sal. CXXXIX, 11). Y contra los labios engañosos, en otro salmo se dice: ¿Qué se te dará o qué se te añadirá a la lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso, con carbones desoladores (Sal. CXIX, 3, 4). Y en otro lugar: Tienes carbones de fuego, te sentarás sobre ellos: estos serán para ti en ayuda (Isaías XLVII, 14). Cualquier criatura que contemplemos, resplandece el conocimiento de Dios, mientras que por las criaturas se reconoce al Creador. Y del medio de los seres vivientes sale el resplandor del fuego, y un relámpago. Porque si golpeas los Evangelios entre sí, en medio de la letra y la historia vil, encontrarás los sacramentos del Espíritu Santo.

(Vers. 15 seqq.) Al mirar a los animales, apareció una rueda sobre la tierra junto a los animales que tenían cuatro caras. Y el aspecto de las ruedas y su obra era como la visión del mar, y una semejanza de ellas cuatro, y su aspecto y obra era como si hubiera una rueda en medio de otra rueda. Iban en las cuatro direcciones y no se volvían cuando caminaban. La altura de las ruedas era impresionante, y todo el cuerpo estaba lleno de ojos alrededor de las cuatro. LXX: Y vi, y he aquí una rueda sobre la tierra siguiendo a los cuatro animales. Y el aspecto de las ruedas y su fabricación era como la especie de tarsis. Y semejanza en las cuatro: y su obra era como suele ser una rueda en otra rueda. Caminaban en las cuatro direcciones y no se volvían cuando caminaban. Y sus espaldas y altura eran grandes. Y las vi, y sus espaldas estaban llenas de ojos alrededor de las cuatro. Hasta aquí se describe la pintura de los cuatro seres vivientes que tenían cuatro caras cada uno, siguiendo al espíritu y a la nube que estaba en medio del espíritu, ahora se colocan ruedas individuales junto a cada animal, que no estaban unidas a los seres vivientes, sino que los seguían. O bien apareció una rueda sobre la tierra, que, dividida en cuatro, tenía tantas caras como animales la seguían. Y tanta era la semejanza de las cuatro ruedas que seguían a los cuatro animales, que se creía verdaderamente que era una sola rueda. Y su obra y fabricación era como la visión del tarsis, que nosotros traducimos como mar. El águila colocó el jacinto; esta piedra tiene semejanza con el cielo. Y su aspecto era como una rueda en otra rueda, de modo que no creerías que era una sola rueda, sino otra unida a ella. Iban en las cuatro direcciones y no eran arrastradas, ni se volvían hacia atrás. ¿Cómo podrían volverse, si seguían a los animales que siempre se dirigían hacia adelante? La altura y la estatura de las ruedas eran tan grandes que causaban asombro a los que las veían. Y todo el cuerpo y las espaldas estaban llenas de luz alrededor, de modo que no veías ningún miembro que no tuviera ojos de luz: como describen las fábulas de los poetas que Argos era de cien ojos o de muchos ojos, a quien Juno convirtió en pavo real por su negligente vigilancia, para que lo que es un milagro del creador Dios, fuera una condena por adulterio no vengado. Todo lo celestial y terrestre, y todo lo que cae bajo la inteligencia humana, gira en las ruedas del Sol. La Luna recorre el círculo anual del Sol cada mes. Lucifer, que es el mismo que el vespertino, mientras brilla resplandeciente hacia el Este y el Oeste, y templa las tinieblas de la noche con su pequeña luz, completa el mismo curso en dos años: y otras estrellas errantes, y todo lo que brilla en el cielo, las variedades de los cultivos, los árboles y las hierbas también corren en sus ruedas a través de las cuatro estaciones, y no vemos nada que no haya sido antes. El espíritu gira girando, y regresa a sus círculos. Todos los torrentes van al mar, y el mar no se llena (Ecles. I, 6, 7). ¿Por qué? Porque regresan a sus fuentes desde el abismo matriz. Pero si alguien considera la rueda y el curso de los Evangelios, es decir, de los cuatro seres vivientes que respiran, viven, entienden, verá en poco tiempo que el mundo está completo con la palabra apostólica. La rueda en la rueda, o es la unión de los dos Testamentos, que indica la escalera de Jacob (Gen. XXVIII), y las tenazas

de Isaías (Isai. VI), y la espada de doble filo: o los Evangelios coherentes entre sí, cuyo curso y estatura tienden hacia el cielo, y tocan un poco en la tierra, y siempre apresurándose, se dirigen hacia lo alto. De los cuales se dice en otro lugar: Las piedras sagradas ruedan sobre la tierra (Zach. IX, 16); de las cuales se edifica la Jerusalén celestial. Creo que esto mismo significa lo que se canta en el salmo: La voz de tu trueno en la rueda (Psal. LXXVI, 19). Y en otro lugar: Que enciende la rueda de la naturaleza (Jac. III, 6). Estos testimonios, el sentido que tienen en sus lugares, no es el momento de discutirlo. Pero todo el cuerpo y las espaldas llenas de ojos lo aprobará quien vea que no hay nada en los Evangelios que no brille, y con su esplendor ilumine el mundo, de modo que incluso lo que se considera pequeño y vil, resplandezca con la majestad del Espíritu Santo.

(Vers. 19 seqq.) Y cuando los animales caminaban, las ruedas caminaban junto a ellos. Y cuando los animales se elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban con ellos. A dondequiera que iba el espíritu, yendo el espíritu allí, las ruedas se elevaban junto con él; porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Cuando iban, iban, y cuando se detenían, se detenían: y cuando se elevaban de la tierra, las ruedas se elevaban con ellos: porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Los cuatro animales seguían al espíritu, y la nube que estaba en el espíritu. Y nuevamente las ruedas, cuando seguían a los animales elevándose de la tierra, no seguían a los animales, sino al espíritu, para mostrar su propia voluntad: porque el espíritu de vida estaba en las ruedas. Tres cosas se indican tanto en los animales como en las ruedas, cuando se detenían, cuando caminaban, cuando se elevaban, que tanto los animales como las ruedas hacían en común. Porque cuando los animales estaban parados, las ruedas no podían caminar, ni cuando los animales caminaban sobre la tierra, las ruedas podían elevarse, pero cuya acción era una, también era una su descanso, su curso y su elevación. Y se dice por segunda vez, porque el espíritu de vida estaba en las ruedas: para que no pensemos que las ruedas son algo inanimado, como las que vemos en los carros de los carros y los carros de guerra, sino seres vivientes, incluso superiores a los seres vivientes. Porque el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu. Estas ruedas, en las que estaba el espíritu de vida, hacen todo con orden y medida, y tienen concordia con los animales, siguiéndolos, y a través de ellos al Espíritu Santo; incluso omitiendo los medios, gozando de la sociedad del Espíritu Santo. Todo esto, según la inteligencia anterior, el lector prudente podrá adaptar a diversas interpretaciones.

(Vers. 22 seqq.) Y la semejanza sobre la cabeza de los animales era un firmamento como el aspecto de cristal terrible, y extendido sobre sus cabezas desde arriba. Bajo el firmamento, sus alas estaban rectas una hacia la otra. Cada uno cubría su cuerpo con dos alas, y el otro estaba cubierto de manera similar. Y oía el sonido de sus alas, como el sonido de muchas aguas, como el sonido del Dios sublime. Cuando caminaban, era como el sonido de una multitud, como el sonido de campamentos, y cuando se detenían, sus alas se bajaban. Porque cuando se hacía la voz sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, se detenían y bajaban sus alas. Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, como el aspecto de una piedra de zafiro, la semejanza de un trono, y sobre la semejanza del trono, la semejanza como el aspecto de un hombre desde arriba. Donde nosotros pusimos, sus alas rectas, y como el sonido, o la voz del Dios sublime, los LXX tradujeron, sus alas extendidas y volando; y como la voz del fuerte: lo que en hebreo se dice SADDAI (). Muchas cosas en este y en otros capítulos han sido omitidas por ellos, que por su longitud he decidido no incluir. Pero lo que nosotros hemos interpretado más claramente, uno hacia el otro: cada uno cubría su cuerpo con dos alas, y el otro estaba cubierto de manera similar, por lo que en hebreo está escrito, de mujer a su hermana, el hombre cubría su cuerpo con dos alas, y el hombre estaba cubierto de manera similar: por eso después de la mujer puso al hombre en la misma persona, para que no

pensáramos en el sexo en las cosas celestiales: ya que en uno y el mismo según la propiedad hebrea, se llama tanto hombre como mujer. Parece, sin embargo, sobre los cuatro animales y las ruedas tantas, la semejanza de un firmamento, que nosotros llamamos cielo, teniendo la apariencia de cristal, que es purísimo, y se dice que se forma de aguas limpias y brillantes, por el intenso frío: tanto que incluso el agua congelada se llama en griego κρύσταλλος. Pero convenía que en las cosas superiores hubiera una pureza excelente, que protegiera todo, es decir, las virtudes racionales y sabias, y el curso de las cuatro estaciones, y las regiones del mundo, y el orden de todas las cosas, y la predicación evangélica, que se entiende en parte, y en parte se vela. Y se oye la voz de las alas volando, como la voz de muchas aguas, que según el Apocalipsis de Juan (Cap. XVII) significan pueblos, y progresando poco a poco se dice como la voz de campamentos, y como la voz del Dios sublime, que en hebreo se llama SADDAI, y según los LXX, voz de la palabra; para que creamos que todo lo que se predica en el mundo es la voz del Hijo de Dios. Pero cuando los animales estaban parados, sus alas se bajaban. Porque no podían soportar la voz resonante de Dios Omnipotente en los cielos, sino que estaban parados y admiraban; y con su silencio demostraban el poder de Dios, que estaba sentado sobre el firmamento. Ese firmamento para los que estaban abajo tenía la semejanza de cristal: pero para los que estaban arriba, parecía como una piedra de zafiro. Esa semejanza de zafiro era el trono de aquel que estaba sentado en semejanza de hombre. De lo cual entendemos que tanto el firmamento, como el cristal, como el zafiro, y el hombre en semejanza, no se muestran en verdad. Pero que el hombre debe entenderse como Dios Padre, muchos testimonios lo enseñan. De los cuales está en el Evangelio: Un hombre plantó una viña, y la arrendó a labradores (Matth. XXI, 33). Y poco después: Envió a sus siervos, y sobre todos a su hijo (Ibid., 37). Y nuevamente: Un hombre hizo bodas para su hijo (Matth. XXII, 2). No porque el hijo sea excluido del reino, de quien escribió Isaías: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado (Isai. VI, 1). Y Juan: Estas cosas, dice, dijo Isaías, porque vio la gloria del Hijo de Dios (Joan. XII, 41); sino que en el Padre reina también el Hijo. Porque todas las cosas del Hijo son del Padre, que es la imagen del Dios Padre invisible (Coloss. I, 15). Porque también en Daniel se introduce a Dios Padre sentado (Dan. VII), y se le ofrece el Hijo del hombre, para que reciba el reino. Y en el Apocalipsis de Juan, se escriben las mismas cosas sobre el Hijo (Apoc. III, VII). Y en la lucha del primer mártir Esteban, se le ve de pie a la derecha del Padre. De lo cual se canta en el salmo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha. Hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Psal. CIX, I, 2). Así como el cristal muestra las cosas más puras y brillantes en los cielos, que iluminan nuestro cuerpo ocular: así en el zafiro, es decir, en el trono de Dios, y sobre el firmamento que tomamos como cielo, se muestran los secretos y misterios incomprensibles de Dios: Quien puso las tinieblas como su escondite (Psal. XVII, 12), y se ve en la nube y en la oscuridad. Por lo cual también se escribe en Éxodo: Y bajo los pies de Dios había como una obra de zafiro, y como la apariencia del firmamento del cielo purísimo (Exod. XXIV, 10). Por lo cual también la esposa describe la belleza del esposo en el Cantar: Su vientre es como una tabla de marfil sobre una piedra de zafiro (Cant. V, 14). Y en el Apocalipsis de Juan se escribe que el primer fundamento es de jaspe, el segundo de zafiro (Apoc. XXI). Y en el racional del sumo sacerdote, en el verso y orden de las piedras individuales, el segundo orden tiene carbunclo, zafiro y jaspe (Exod. XXVIII). De las cuales en parte hemos hablado en las Explicaciones de Isaías.

(Vers. 27, 28.) Y vi como la apariencia de electro, como el aspecto de fuego dentro de él alrededor desde sus lomos hacia arriba. Y desde sus lomos hacia abajo, vi como la apariencia de fuego resplandeciente alrededor, como el aspecto del arco cuando está en la nube en el día de lluvia. Este era el aspecto del resplandor alrededor. Esta es la visión de la semejanza de la gloria del Señor. La semejanza del hombre que estaba sentado sobre la semejanza del trono,

que el trono tenía la semejanza de una piedra de zafiro, desde los lomos hacia arriba, se compara con el electro. Ese electro, tanto por dentro como por fuera, tenía como el aspecto de fuego. Desde los lomos hacia abajo era fuego resplandeciente alrededor; para mostrar que las cosas que están sobre los lomos, donde se encuentra el sentido y la razón, no necesitan fuego ni llamas, sino el metal más precioso y purísimo. Pero las cosas que están desde los lomos hacia abajo, donde está el coito, donde la generación, donde los incentivos de los vicios, necesitan la purificación de las llamas, para que cuando sean purificadas, tengan la semejanza del arco, que vulgarmente se llama Iris, cuando está en la nube en el día de lluvia. Porque el arco que en la Sagrada Escritura se llama arco, y en el Apocalipsis de Juan se llama Iris (Apoc. IV), no puede aparecer sino en la lluvia y en la nube acuosa, de diversos colores, y muy hermosos, y que pasan suavemente a otros. De donde también el poeta (Virgilio, IV Eneida): Toma mil colores diversos con la luz opuesta. Pero siguiendo la costumbre del vulgo, el mismo poeta dice: Cuando bebe, dice, el arco. De lo cual significa que el arco nunca aparece sino en la nube y en las aguas. Este arco es un signo de clemencia, y del pacto de Dios, que hizo con los hombres: para que cuando aparezca en la nube, sepamos que, según el ejemplo de la antigüedad, no pereceremos por el diluvio (Genes. IX). De lo cual se muestra que después de los castigos y las penas, y la purificación de los pecados, habrá misericordia, al menos en aquellos que merezcan ver a Dios reinando. De donde se dice: Este era el aspecto del resplandor alrededor. Alrededor de Dios, o del trono, o de todas las cosas que se han visto. Y esta es la visión de la semejanza de la gloria de Dios: no porque haya visto la gloria del Señor, sino la semejanza de su gloria. Toda esta visión es: El Espíritu elevándose, y una gran nube, y cuatro animales, y tantas ruedas siguiendo a los animales, y al espíritu, que merecieron estar bajo el firmamento de Dios. Que después de ser elevadas, y oír la voz como de muchas aguas, y como de la palabra sublime de Dios, y la voz de campamentos y ejército, bajaron sus alas, y demostraron asombro con su silencio: y apareció sentado sobre la semejanza de zafiro como la semejanza de un hombre, que desde los lomos hacia arriba tenía la apariencia de electro, y desde los lomos hacia abajo la apariencia de fuego alrededor. Después de este terror se da un signo de misericordia; como el aspecto del arco cuando está en la nube en el día de lluvia. De esta visión hemos hablado extensamente porque es oscura, y muchos la exponen de diversas maneras. En lo demás, en cuanto sea posible sin perder el sentido, por la magnitud del volumen, nos esforzaremos por ser breves.

(Cap. II.---Vers. 1.) Y vi, y caí sobre mi rostro, y oí la voz del que hablaba. No se enalteció por la magnitud de las visiones, sino que, consciente de la fragilidad humana, cayó sobre su rostro. De donde también el apóstol Pablo, después de la ascensión al cielo y al paraíso, y de oír palabras inefables, dice que se le dio un ángel de Satanás, que lo abofetee, para que no se enaltezca (I Cor. XII). Y Abraham cayó sobre su rostro, después de oír las palabras de Dios. Y sin embargo, porque no había caído por pecado, sino por humildad, es levantado por el Señor, y se le ordena escuchar sus palabras (Gen. XVII). También se debe saber que es diferente caer sobre el rostro que hacia atrás. Abraham, después de oír sobre el nacimiento de Isaac, cayó sobre su rostro y se rió (I Reg. IV). Pero Elí, que había pecado, cayó hacia atrás. Y de Dan en Génesis está escrito: Sea Dan una serpiente en el camino, mordiendo el talón del caballo, y caerá el jinete hacia atrás, esperando la salvación de Dios (Gen. XLIX, 17, 18). Porque había caído del caballo por la mordedura de la serpiente, por eso espera la venida del Salvador. Y en el Evangelio según Juan, los que vinieron a prender al Señor, después de que él respondió: Yo soy, cayeron hacia atrás en la tierra (Joan. XVIII, 6); no soportando su palabra, quien había dicho a Moisés: Ve, di a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Exod. III, 14).

Y me dijo: Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Acostado no podía escuchar la palabra de Dios, pero escucha con Moisés: Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo (Exod. XXXIV, 2). Lo que también Daniel recuerda que le sucedió (Dan. X).

(Vers. 2.) Y el espíritu entró en mí, después de que me habló, y me puso sobre mis pies. Y oí al que hablaba conmigo, y decía: Hijo de hombre. LXX: Y vino a mí el espíritu, y me tomó, y me elevó, y me puso sobre mis pies: y oí al que hablaba conmigo, y me dijo: Hijo de hombre. El discurso divino había ordenado al profeta y le había mandado: Ponte sobre tus pies (Psal XXXIX, 3); pero sin la ayuda de Dios y la venida del Espíritu Santo no podía estar de pie: por eso entra en él, o lo toma y lo levanta, para que esté firme, y pueda decir: Puso mis pies sobre la roca (Ephes. VI, 14). Y no leemos a ningún pecador de pie, sino que a los santos se les dice: Estad, pues, ceñidos vuestros lomos. Pero el pecador merece oír aquello de Deuteronomio: No será firme la planta de tu pie (Deut. XXVIII, 56). Frecuentemente se dice a Ezequiel: Hijo de hombre (Matth. VIII, 20), y raramente a Daniel: de los cuales cada uno en la persona de aquel que había dicho: Pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza, consuela al pueblo cautivo, y lo retrae al arrepentimiento.

(Vers. 3.) Yo te envío a los hijos de Israel, a las naciones apóstatas, que se apartaron de mí. Ellos y sus padres han quebrantado mi pacto hasta el día de hoy. No llama al pueblo de Dios Israel, sino a las naciones apóstatas que se apartaron del Señor, no solo los padres, sino también los hijos. Ni parecería que los hijos fueran responsables del pecado de los padres; sino que la impiedad de los padres y de los hijos era igual. Por lo que los LXX tradujeron, irritándome, o convirtiéndome en amargura, significa que Dios, benigno y dulce por naturaleza, se transforma en amargura por nuestros vicios. Así como a los santos se les dice: Gustad y ved que el Señor es bueno (Psal. XXXIII, 9); así los pecadores lo sienten amargo. De donde también el Apóstol refiere la bondad y severidad de Dios sobre los santos y pecadores (Rom. XXI). Y de los pecadores que yacían, está escrito: El Señor levanta a los caídos, el Señor ama a los justos, el Señor libera a los cautivos (Psal. CXLV, 8). A los santos que están de pie les promete recompensas.

(Vers. 4.) Y los hijos de rostro duro y corazón indomable son, a quienes yo te envío. Esto no se encuentra en la LXX. Es de gran clemencia que Dios envíe a tales personas, sin desesperar de su salvación; y de confianza profética, que no tema ir incluso a tales personas. Sin embargo, debemos entender el corazón indomable y el rostro duro según lo que se dice al pecador: "Tu cuello es un nervio de hierro y tu frente de bronce" (Isaías XLVIII, 6). Quienes también son acusados en lo sucesivo de tener un corazón de piedra, que Dios dice que arrancará y lo convertirá en uno de carne: para que con su suavidad, reciba los preceptos de Dios.

(Vers. 5.) Y les dirás: Así dice el Señor Dios: Si acaso ellos escuchan, y si acaso se calman: porque la casa es exasperante, y sabrán que un profeta ha estado en medio de ellos. Algo similar está escrito en Jeremías: "Si acaso escuchan y se arrepienten" (Jer. XXVI, 3). Y en el Evangelio: "Quizás respeten a mi hijo" (Mat. XXI, 37). Dios habla estas cosas con un afecto de duda, para mostrar el libre albedrío del hombre, para que la presciencia de los futuros males o bienes no haga inmutable lo que Dios sabe que sucederá. Pues no porque Él conozca lo que vendrá, es necesario que hagamos lo que Él ha previsto: sino que lo que nosotros, por nuestra propia voluntad, vamos a hacer, Él lo sabe de antemano como Dios.

(Vers. 6.) Tú, pues, hijo de hombre, no les temas, ni temas sus palabras, porque son incrédulos y subversores contigo. LXX: "Y tú, hijo de hombre, no les temas, ni temas su

rostro: porque enloquecerán y se reunirán contra ti alrededor". Aunque tienen un cuello duro y un corazón indomable, mis preceptos son más fuertes. No pienses que has sido engañado si eres enviado a aquellos que no te escucharán hablar. He aquí, te predigo que enloquecerán y se reunirán contra ti, y te rodearán, sin dejarte escape. Esto lo harán porque son incrédulos y desprecian los mandatos de Dios.

Y habitas con escorpiones. No temas sus palabras, ni temas sus rostros, porque la casa es exasperante. Que pueden herir, que golpean con una herida arqueada, y con un aguijón hueco, de modo que la misma herida abre la piel y difunde veneno. Cada uno recibe un nombre según sus costumbres. A los escribas y fariseos se les dice: "Generación de víboras" (Mat. XXIII, 33). Y de Herodes, que era astuto: "Id y decid a esa zorra" (Luc. XIII, 32). Y los falsos profetas en este mismo Profeta son comparados con zorros. Y ahora, con un corazón indomable, se dice que son escorpiones. Por eso también leemos en el Evangelio: "Todos los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores, y las ovejas no los escucharon" (Juan X, 8). ¿Y cómo las ovejas perdidas de la casa de Israel escucharon a los adversarios? De lo cual se muestra que aquellos que escucharon a los ladrones y salteadores, perdieron el nombre de ovejas, y asumieron otros nombres, para que no perecieran como ovejas, sino como víboras, zorros y escorpiones.

(Vers. 7, 8.) Y hablarás mis palabras a ellos: si acaso escuchan, y temen, o se calman, porque son irritadores. Tú, sin embargo, hijo de hombre, escucha lo que yo hablo a ti. No debemos cesar, aunque sean malos aquellos a quienes hablamos; sino que, según el Apóstol (II Tim. IV), prediquemos la palabra de Dios a tiempo y fuera de tiempo, porque puede suceder que incluso el duro se corrija hacia la suavidad, y el obediente, con voluntad cambiada, no escuche.

No seas exasperante, como es la casa exasperante. Una vez dijimos que la exasperación, o irritación, los Setenta la ponen como amargura. Lo que dice, pues, es esto: No debes imitarlos, a quienes eres enviado a corregir, para que un pecado similar no merezca un castigo similar.

Abre tu boca, y come lo que yo te doy. Muéstrate digno de mis palabras, y recibe el alimento espiritual, para que, como se dice en el Evangelio: "El que tiene oídos para oír, que oiga" (Luc. VIII, 8); y aquí se diga: El que tiene la boca abierta para comer, que coma. Por eso también el Señor habla al salmista: "Abre tu boca, y yo la llenaré" (Sal. LXXX, 11). Y él respondió: "Abrí mi boca, y atraje el espíritu" (Sal. CXVIII, 131). Y el apóstol Pablo, que tenía en sí los tesoros de sabiduría y ciencia, y en quien Cristo el Señor hablaba, escribe a los Corintios: "Mi boca está abierta para vosotros, oh Corintios" (II Cor. VI, 11). Y de Salvador Mateo refiere: "Abriendo su boca, enseñaba a sus discípulos" (Mat. V, 2).

Y vi, y he aquí una mano extendida hacia mí. Por mano extendida, los Setenta tradujeron "extendida". Que se envía y extiende a aquellos que reciben beneficios. Pero se retrae de aquellos a quienes habla por el profeta: "¿Acaso se ha acortado y retraído la mano del Señor?" (Isa. L, 2). Y en el Salmo: "¿Por qué apartas tu mano, y tu diestra de en medio de tu seno para siempre?" (Sal. LXXIII, 11). Finalmente, extendió sus alas en la pasión, y recibió a los discípulos, y los llevó sobre sus hombros, y dijo: "Todo el día extendí mis manos a un pueblo incrédulo" (Isa. LXV, 2), para reunir a los hijos de Israel, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas: y con la extensión de las manos de Moisés, Israel supera a Amalec (Éxodo XVII).

(Vers. 9.) En la cual estaba envuelto un libro, y lo extendió ante mí, y estaba escrito por dentro y por fuera: y estaban escritas en él lamentaciones, y cántico, y ay. Y me dijo: Hijo de hombre, lo que encuentres, come. Por libro envuelto, los Setenta tradujeron "capítulo del libro". En la mano del Señor sentado sobre el trono, que fue enviada y extendida. De lo cual también se dice en los Salmos: "En el capítulo del libro está escrito de mí" (Sal. XXXIX, 8). Entendamos capítulo como principio. Este libro envuelto y sellado, escrito por dentro y por fuera, o antes y después, fue de tal dificultad, que nadie pudo abrirlo ni leerlo, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, sino solo el león de la tribu de Judá, raíz de David y de Jesé, que Juan en el Apocalipsis dijo haber devorado (Apoc. V), no todo, sino en el capítulo, es decir, en el principio. Pues no puede ser que la naturaleza humana devore todos los tesoros de este libro. Y lo extendió ante el profeta, y lo ofreció para ser leído y conocido, que en Isaías se dice que está sellado para el pueblo incrédulo (Isa. XXIX). Pues hasta hoy el velo está puesto sobre los judíos en el Antiguo Testamento. Y estaba escrito antes y después; sobre lo futuro y lo pasado. O ciertamente por fuera, en la letra de la historia, por dentro, en la inteligencia espiritual, de la cual también el salmista dice: "Toda la gloria de la hija del rey es interior" (Sal. XLIV, 14). Y estaban escritas en él tanto por dentro como por fuera lamentaciones, y cántico, y ay. Lamentaciones, sobre aquellos que son provocados al arrepentimiento, como Samuel y el apóstol Pablo lloraban y lamentaban a Saúl y a los corintios, a quienes deseaban salvar (II Par. XVI; II Cor. XII). Cántico sobre aquellos que son dignos del testimonio de Dios, y a quienes el salmista ordena: "Cantad al Señor un cántico nuevo" (Sal. XCV y XCVII, 1). Por otro lado, ay sobre aquellos que están completamente desesperados, y cuando han llegado al fondo de los pecados, desprecian (Prov. XVIII).

(Cap. III.---Vers. 1.) Come este volumen, y ve, habla a los hijos de Israel. A menos que antes comamos el volumen abierto, no podemos enseñar a los hijos de Israel. Finalmente, también David después de haber recibido misericordia: "Enseñaré, dice, a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti" (Sal. L, 15).

(Vers. 2.) Y abrí mi boca, y me alimentó con aquel volumen. Y me dijo: Hijo de hombre. Yo, dice, abrí mi boca, porque se me dijo: "Abre tu boca, y come". Y, con la boca abierta, el Señor concedió los alimentos; para que los inicios de la voluntad estén en nosotros, y la perfección de la bienaventuranza la obtengamos del Señor. Pues no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Sin embargo, tanto querer como correr, es de nuestro albedrío. Por "abrí", los Setenta tradujeron "abrió", para que se entienda Dios: porque Él abrió la boca del profeta, y lo alimentó.

(Vers 3.) Tu vientre comerá; y tus entrañas se llenarán con aquel volumen que yo te doy. LXX: "Tu boca comerá, y tu vientre se llenará con este capítulo dado a ti". Los principios de la lectura, y de la historia simple, es el comer del volumen. Cuando, sin embargo, con meditación continua hayamos guardado el libro del Señor en el tesoro de la memoria, se llena espiritualmente nuestro vientre, y se sacian las entrañas, para que tengamos con el apóstol Pablo entrañas de misericordia (Col. III), y se llene aquel vientre, del cual Jeremías habla: "Mi vientre, mi vientre, yo sufro: y los sentidos de mi corazón me perturban" (Jer. IV, 19).

Y lo comí, y fue en mi boca dulce como la miel. También David dice: "¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca!" (Sal. CXVIII, 103). Y en otro lugar: "Los juicios del Señor son verdaderos, deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran manera; y más dulces que la miel y el panal" (Sal. XVIII, 10, 11). Y Sansón encontró un panal de miel en la boca del león (Jueces XIV); y el Señor después de la resurrección comió parte de un pez asado y un panal (Luc. II). Y en los Proverbios se dice de la abeja, aunque esto no lo tienen los ejemplares hebreos: "Ve a la abeja, y aprende cómo es trabajadora, y

hace su obra con castidad: de cuyos trabajos los reyes y los ignorantes se aprovechan para su salud" (Prov. VI, 8, según LXX): lo que trabajaron Moisés y los profetas, y los evangelistas, y los apóstoles; para que cualquiera que se convierta en rey, cuyo corazón está en la mano de Dios, disfrute de dulces alimentos. Pero quien es simple y sin la astucia de la serpiente tiene la inocencia de las palomas, crea con fe simple y se salve: porque en todas partes hay insidias, y a menudo el diablo se transfigura en ángel de luz (II Cor. II): y la miel destila de los labios de la mujer adúltera, prometiendo dulzuras para intercalar venenos (Prov. V).

(Vers. 5.) Y me dijo: Hijo de hombre, ve e ingresa a la casa de Israel, y hablarás mis palabras a ellos. A quien se le dice: "Ve e ingresa a la casa de Israel", se muestra que no estaba con el pueblo pecador; aunque parecía habitar en los mismos confines sobre el río Quebar. Pues está escrito: "Y yo estaba en medio de la transmigración junto al río Quebar". Separada estaba la conversación del profeta, y se ofendía con la vista de los inicuos. Esto mismo hacía Moisés (Éxodo XXXIII), fijando su tienda lejos del campamento de la multitud: que cuando había entrado, descendía la columna de nube, y se detenía ante la puerta de la tienda.

(Vers. 5, 6.) Porque no eres enviado a un pueblo de habla profunda y lengua difícil, a la casa de Israel, ni a muchos pueblos, y de lengua desconocida, cuyo lenguaje no puedas entender. Y si a ellos te enviara, ellos te escucharían. Porque ellos no quieren venir a ti, tú ve a ellos. Pues no tienen los sanos necesidad de médico, sino los que están mal (Luc. V, 31). Ni puedes decir: No puedo hablarles, porque son de otra lengua, y mutuamente somos bárbaros, y no podemos entendernos mutuamente. ¿Qué diré de un solo pueblo? Si te enviara a diversas naciones, sin embargo, mi autoridad y poder vencerían toda dificultad. Y ojalá llegara el tiempo, que voy a enviar a todas las naciones, cuando también daré las gracias de las lenguas, para que mis apóstoles prediquen, y sometan todo el mundo a la diversidad de lenguas, bajo el yugo de una fe; más fácilmente ellos escucharían, que son de habla profunda y alta, y no tienen nada de la ligereza judía, sino que caminan con paso grave y sólido, y aunque sean de lengua desconocida, son de fe conocida. De donde sigue: "Y si a ellos te enviara, ellos te escucharían". Finalmente, después los envió, y todos creyeron por igual. De donde Pablo y Bernabé hablan a los judíos: "A vosotros ciertamente era necesario predicar la palabra de Dios: pero como no quisisteis recibir el mensaje, he aquí nos volvemos a los gentiles" (Hechos XIII, 46). Y del centurión se dice: "Ni en Israel he hallado tanta fe" (Mat. VIII, 10).

(Vers. 7.) Pero la casa de Israel no quiere escucharte, porque no quieren escucharme a mí. Toda la casa de Israel es de frente dura y corazón duro. No te entristezcas, dice, si no quieren escucharte. Por eso no te escucharán: porque desprecian escucharme a mí: según lo que también decía el Salvador: "El que no os recibe, no me recibe a mí" (Ibid., X, 40). En lo cual se muestra claramente el libre albedrío. Y se dan dos razones por las cuales no escuchan: porque son de voluntad perversa, y de frente dura, o, como los Setenta tradujeron, son contenciosos: y se sobreentiende, que muchas veces llamados a la salvación, no quisieron escuchar.

(Vers. 8, 9.) He aquí que he hecho tu rostro más fuerte que los rostros de ellos, y tu frente más dura que las frentes de ellos. Como el diamante, y como el pedernal he hecho tu rostro. No les temas, ni temas su rostro, porque la casa es exasperante. Y me dijo. La casa de Israel es de frente dura, y de audacia procaz, y de corazón duro, como para ser comparada con escorpiones. Por eso te he dado un rostro durísimo, y una frente que no será superada por ninguna vergüenza. De lo cual aprendemos, que a veces es gracia de Dios resistir la impudencia, y cuando la situación lo requiera, enfrentar frente con frente. Esto se concede, para que nuestra vergüenza y pudor humano no teman las insidias de los enemigos.

(Vers. 10.) Hijo de hombre, todos mis discursos que te hable, asúmelos en tu corazón, y escúchalos con tus oídos. Este es el alimento del volumen, y estas son las palabras con las que, por la diversidad de los oyentes, o lamentamos, o cantamos, o decimos ay a los hombres. Y sin embargo, es de notar, que antes los discursos de Dios deben ser guardados en nuestro corazón y escuchados e inteligidos con diligencia; y así ser llevados al pueblo.

(Vers. 11.) Ve, ingresa a la transmigración (o cautividad), a los hijos de tu pueblo, y les hablarás, y les dirás: Así dice el Señor Dios: si acaso escuchan y se calman: Y nuestro Señor vino al pueblo de los judíos, enviado por el Padre, para predicar la remisión a los cautivos, y se cumpliera en Él lo que está escrito: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad: dio dones a los hombres" (Sal. LXVII, 19).

(Vers. 12.) Y me tomó el espíritu, y oí detrás de mí una voz de gran conmoción: Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar. Dios de quien está escrito: "El Señor sostiene a los mansos" (Sal. CXLVI, 6), Él tomó también al profeta, que no estaba en la carne, sino en el espíritu, y caminando en el espíritu, no cumplía las obras de la carne: pues el espíritu de Dios estaba en él. Por lo cual, despreciando las cosas terrenales, es arrebatado por el espíritu, y oye detrás de sí una voz de gran conmoción, olvidando lo pasado, y extendiéndose hacia el futuro, para dejar las insidias de los enemigos detrás de él. Algo similar leemos en Éxodo (Éxodo XXIV), cuando Faraón y todo su ejército perseguían a Israel, y el ángel en la columna de nube dejó los campamentos anteriores; y vino detrás, y toda la noche estuvo entre Israel y los egipcios: para que, aterrorizados los adversarios, Israel oyera: "Bendita sea la gloria del Señor desde su lugar". El lugar del Señor es todo aquel en quien encuentra hospedaje. O ciertamente el Hijo es el lugar del Padre, así como el Padre es el lugar del Hijo, diciendo el Señor Salvador: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 11). Esto mismo significa Miqueas: "He aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá sobre las alturas de la tierra, y se conmoverán los montes debajo de Él, y los valles se derretirán como cera ante el fuego, y como agua que se precipita" (Miqueas I, 3, 4). Pues descendiendo el Señor Salvador, y saliendo del Padre, las alturas de la tierra y los montes se conmovieron, y las partes inferiores de los valles se derritieron. Puede ser el lugar de la gloria del Señor, y la luz inaccesible, de la cual habla el Apóstol: "El único que tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible" (I Tim. VI, 16). Cuando revolvemos en el ánimo los juicios pasados del Señor, oímos una voz detrás de nosotros de gran conmoción. Cuando meditamos en el corazón lo futuro, se oye una voz de lo anterior, y de lo que está por venir.

(Vers. 13.) Y la voz de las alas de los animales golpeándose una a otra, y la voz de las ruedas siguiendo a los animales, y la voz de gran conmoción. Por lo que se sobreentiende, ἀπὸ κοινοῦ según el hebreo: "oí detrás de mí una voz de gran conmoción, y oí la voz de las alas de los animales, y la voz de las ruedas", añadieron los LXX: "Y vi la voz de las alas de los animales golpeándose una a otra", y el resto según lo que se lee en Éxodo: "Y todo el pueblo veía la voz de Dios" (Éxodo XX, 18): para que el profeta oyera la voz que venía detrás de él: y la que estaba delante de él, la viera. Pero es mejor y más verdadero, haber entendido la voz oída, que vista, tanto de las alas golpeándose mutuamente, como de las ruedas, de las cuales hemos hablado antes, y de la gran conmoción que mostraba la ira de Dios que vendría sobre el pueblo de Israel.

Vers. 14. El espíritu también me levantó, y me tomó, y me fui amargado en la indignación de mi espíritu. LXX: Y el espíritu me elevó, y me tomó, y me fui sublime en el ímpetu de mi espíritu. Después de haber sido elevado por el espíritu y tomado por él, entonces se fue en la indignación y amargura de su espíritu hacia donde era llevado, entendiendo la indignación de

Dios, y lo que significaba la visión, reflexionando en su mente. O bien, llevado por el ímpetu de su propio espíritu, deseando ir a donde el Señor ordenaba. Entendamos su espíritu, no como el Espíritu Santo, sino como el espíritu del hombre, del cual se dice en muchos lugares, como en Isaías: De noche se levanta mi espíritu hacia ti, Dios (Isaías XXVI, 9). Y el profeta es trasladado (no como algunos piensan) en espíritu, sino en el mismo cuerpo, lo cual también leemos de Habacuc según Teodoción (Dan. XIV).

(Vers. 15.) Porque la mano del Señor estaba conmigo fortaleciéndome. Y llegué a la transmigración al montón de nuevas cosechas, a los que habitaban junto al río Quebar. Y me senté donde ellos se sentaban, y permanecí allí siete días lamentándome en medio de ellos. LXX: Y la mano del Señor se hizo sobre mí fuerte, y entré a la cautividad sublime. Y recorrí a los habitantes sobre el río Quebar, que estaban allí: Y me senté allí siete días conversando en medio de ellos. Por lo que nosotros traducimos, montón de nuevas cosechas, Aquila, Símaco y Teodoción pusieron las mismas palabras hebreas THEL ABIB (): que los Setenta tradujeron, sublime y recorrí; creyendo que era mejor decir algo, que imponer lo que haría cuestionar al lector. Nosotros, sin embargo, aprendimos de los hebreos que Thel abib significa, cuando se recogen los nuevos granos o cebadas, y después del hambre y la escasez, antes de que se trillen en la era, prometen alguna esperanza de alimentos. Así también Israel, pequeño y débil, que habitaba en las orillas del río Quebar, como reviviendo, surgido de la tierra, prometía la siembra del pueblo judío. La mano del Señor se hace sobre el profeta, fortaleciéndolo, para que pueda recibir el nombre de vigilante, y enseñar lo que ha aprendido. Y durante siete días primero se mueve entre ellos, viendo todo lo que hacían, para que después supiera qué corregir. Sin embargo, se lamenta, o conversa en medio de ellos, viendo los crímenes, y la justa sentencia de Dios por la iniquidad de los pecados. Por lo que nosotros dijimos, lamentándose, y en hebreo está escrito MASMIM (), Teodoción tradujo, admirándose, para expresar el asombro del Profeta al ver sus iniquidades. La segunda edición de Aquila, que los hebreos llaman κατὰ ἀκρίβειαν, tradujo: ἠρεμάζων, es decir, descansando, y apartado, para mostrar que estaba en medio de los cautivos, pero separado de ellos en mente.

(Vers. 16, 17.) Cuando pasaron los siete días, vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, te he puesto como vigilante para la casa de Israel, y escucharás de mi boca la palabra, y les anunciarás de mi parte. Quien va a ser vigilante, y narrará las palabras de Dios al pueblo, debe permanecer en silencio por mucho tiempo, y dolerse por lo que ve: y no tener en su conciencia nada de lo que va a corregir en otros.

(Vers. 18, 19.) Si cuando yo diga al impío: Morirás, no le anuncias, ni hablas para que se aparte de su camino impío, y viva: ese impío morirá en su iniquidad; pero su sangre la reclamaré de tu mano. Pero si anuncias al impío, y él no se convierte de su iniquidad, y de su camino impío: él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma. Hay dos impíos, o inicuos, como tradujeron los LXX. Uno que no escucha nada del vigilante, y muere en su impiedad; cuya sangre se reclama de las manos del vigilante. Otro, a quien el vigilante anuncia, y él desprecia escuchar, muere por su propia culpa: de modo que el vigilante está libre de culpa. De lo cual entendemos que el Señor amenaza al impío, y dice: Morirás, para que se aparte de su camino impío, y viva. La amenaza no es contra los hombres, sino contra los pecados [Al pecadores], ni contra aquellos que se convierten de los vicios, sino contra los que permanecen en el pecado. Y es un gran peligro callar las palabras de Dios, por tres razones: por temor, por pereza, o por adulación. Por eso también Isaías dice: ¡Ay de mí, miserable, porque he callado! (Isa VI, 5). Y lo que sigue: Pero tú has salvado tu alma, suena a lo apostólico: Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo: aunque así como por fuego (I Cor. III, 14); para probar si el vigilante es externo a la causa de

la muerte de quien pereció, o culpable. Porque la obra del maestro es la salvación del discípulo.

(Vers. 20, 21.) Pero si el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, pondré un tropiezo delante de él. Él morirá, porque no le anunciaste; morirá en su pecado, y no se recordarán las justicias que hizo: pero reclamaré su sangre de tu mano. Pero si anuncias al justo, para que no peque, y él no peca: vivirá, porque le anunciaste, y tú habrás salvado tu alma. Así como leemos de dos impíos, o inicuos: Uno que no escuchó, y pereció; otro que escuchó, y perseveró en la maldad: así hay dos justos, uno que no escuchó, y pereció; otro que escuchó, y convertido al arrepentimiento, salvó su alma. Y es de notar que el justo puede caer; y si tiene un maestro, puede convertirse a lo mejor. Y las buenas obras, por tanto, necesitan de un preceptor constante, para que no retroceda del mejor curso. Y si el impío, o inicuo, no se convierte, morirá en su impiedad e iniquidad. Pero el justo si comete impiedad y pecado, no muere inmediatamente; sino que se le pone un tropiezo, o tormento; y como dijo Teodoción, enfermedad: para que sea atormentado, y no encuentre un camino llano, y entienda que está enfermo, de los cuales también el Apóstol dice: Por eso muchos entre vosotros están enfermos, y muchos duermen (Ibid; XI, 30). Porque es provechoso para el justo entender su delito, y el tormento de la conciencia, y decir con el salmista: Me convertí en mi aflicción, mientras se me clavaba una espina (Ps. XXXI, 4). Y así como al impío no le son evidentes las iniquidades, si se aparta de su camino impío y vive: así al justo no le aprovechan las antiguas justicias, si es oprimido por nuevos crímenes. Pero lo que añadió: Él morirá, porque no le anunciaste, se sobreentiende, que podría haber vivido, si el vigilante y maestro le hubiera enseñado.

(Vers. 22.) Y la mano del Señor se hizo allí sobre mí, y me dijo: Levántate, sal al campo, y allí hablaré contigo. Lo que hemos traducido del hebreo, allí, y que no se encuentra en los LXX, está puesto significativamente, y no hay duda de que indica un lugar. Pues antes leímos: Y llegué a la transmigración al montón de nuevas cosechas, a los que habitaban junto al río Quebar (Supra, III, 15). Y correctamente a quien se le había dicho, siéntate, se le ordena que se levante. Y quien había entrado a la transmigración, escucha, sal: no a valles escarpados, no a rocas abruptas, sino a la amplitud del campo que puede acoger la gloria del Señor. Por eso también se dice a los corintios: Dilataos (I Cor. VI, 13). Cuando entra a los cautivos, de los cuales se dijo, que enloquecen y lo persiguen, necesita una mano fuerte, para poder resistir, y soportar la furia de los perseguidores. Pero cuando sale al campo, la mano del Señor se hace sobre él: porque sin su ayuda no podía salir, pero no se añade fuerte. Porque sale no para luchar, sino para ver la gloria de Dios. Y es de notar que en medio de los cautivos sentados, el Profeta sentado no vio la gloria del Señor.

(Vers. 23.) Y me levanté y salí al campo, y he aquí que allí estaba la gloria del Señor, como la gloria que vi junto al río Quebar. Por orden del Señor, entra, y por orden sale, y se sienta con los que están sentados; porque el número de cautivos no podía escucharle de pie. Y saliendo a la amplitud del campo, vio la gloria del Señor de pie, que antes había visto caminando, y elevándose, y a veces de pie. Porque junto al río de este siglo Quebar, que puede interpretarse como gravísimo, se veía la gloria: lo que significa que toda la gloria de este mundo fluye y no tiene un paso estable. Pero la gloria del Señor de pie, y perseverante, se ve con el Profeta de pie en el campo: que en medio de los cautivos, ni podía estar de pie, ni ser vista.

(Vers. 24.) Y caí sobre mi rostro, y el espíritu entró en mí, y me puso sobre mis pies: y me habló, y me dijo: Entra, y enciérrate en medio de tu casa. No pudiendo soportar la gloria del Señor de pie, cayó sobre su rostro, para ser levantado por el espíritu que entró en él. Ese espíritu lo puso sobre sus pies, y le habló, diciendo: Entra y enciérrate en medio de tu casa. Y

el sentido es: Porque has sido fortalecido por la visión de la majestad del Señor, no temas a nadie, ni temas a nadie; sino regresa a tu casa: o para las necesidades del cuerpo, como algunos piensan, o como señal del futuro asedio. Y así como Isaías descalzo y desnudo (Isaías XX), anunció la cautividad y desnudez de tres años del pueblo, así tú encerrado en casa, con la obra misma profetiza el cercano asedio de la ciudad de Jerusalén.

(Vers. 25, 26.) Y tú, hijo de hombre: he aquí que se te han dado cadenas, y te atarán con ellas, y no saldrás de en medio de ellos, y haré que tu lengua se adhiera a tu paladar (o garganta), y serás mudo, y no como un hombre que los reprende: porque es una casa rebelde. Que se encierre en casa, que se le ate con cadenas, que no salga a ellos, entre quienes habita, sino que entre la multitud de cautivos, sufra la soledad de la cárcel (como dije antes) es indicio del asedio, que Jerusalén cerrada y rodeada por el ejército de los caldeos, no permitirá que ninguno de sus habitantes salga. Esta es la olla de la que habla Jeremías (Jerem. I), y este mismo Profeta en lo que sigue; en la que se consumen las carnes del pueblo. Pero que la lengua del Profeta se adhiera al paladar o garganta y se haga mudo, sin autoridad para reprender, la causa es clara: porque, dice, es una casa rebelde. Y el sentido es: Son de tal amargura, y de tal contención contra Dios, que no merecen escuchar al que los reprende. De lo cual es claro que donde hay multitud de pecados, los pecadores son indignos de ser corregidos por el Señor.

(Vers. 27.) Pero cuando te hable, abriré tu boca, y les dirás: Así dice el Señor Dios: El que escuche, escuche: y el que se detenga, que se detenga: porque es una casa rebelde. Lo que leemos en el Eclesiastés: Tiempo de callar, y tiempo de hablar (Ecles. III), también se comprueba en el discurso profético: que es de la misma sabiduría tanto callar como hablar a su debido tiempo, y dar a sus consiervos su alimento a su debido tiempo. Por eso también Isaías al pueblo incrédulo: He callado, ¿acaso callaré siempre? dice el Señor (Isaías LXV). Quien, por tanto, debido a la multitud de pecados mantuvo su boca cerrada por mucho tiempo: porque vio que algunos podían convertirse, de los cuales se dijo: El que escuche, escuche, y el que se detenga, que se detenga, y cese: por eso con la boca abierta, y no por su propia voluntad, sino por mandato del Señor, habla al pueblo. Lo que nosotros pusimos: El que escuche, escuche: y el que se detenga, que se detenga: por lo que los LXX interpretaron: El que escuche, escuche: y el que sea incrédulo, que sea incrédulo: la segunda edición de Aquila lo tradujo así: El que escuche será escuchado: y el que abandone, será abandonado. Y el sentido es: Al que tiene se le dará: y al que no tiene, aun lo que parece tener le será quitado (Marcos IV, 25).

(Cap. IV.---Vers. 1, 2.) Y tú, hijo de hombre, toma para ti un ladrillo, y lo pondrás delante de ti, y describirás en él la ciudad de Jerusalén, y ordenarás contra ella un asedio, y construirás fortificaciones, y levantarás un terraplén, y pondrás contra ella campamentos, y colocarás arietes alrededor. Como dijimos antes: Entra y enciérrate en medio de tu casa, y he aquí que se te han dado cadenas, y te atarán, y no saldrás, es un tipo del profeta del futuro asedio de la ciudad de Jerusalén: así ahora se le ordena describir con arte geométrica en el ladrillo, y colocar ese ladrillo a la vista del profeta, para que después de haber descrito en el polvo Jerusalén, pinte todo el asedio contra ella; esbozando fortificaciones, terraplenes levantados, y la corona del ejército que la rodea, y arietes alrededor, por los cuales todas las ciudades suelen ser capturadas. Se llaman fortificaciones, las que cierran la ciudad, para que ninguno de los sitiados pueda escapar: terraplenes levantados, con los que se llenan el vallado y las zanjas: campamentos, las guardias de los soldados alrededor: arietes con los que se sacuden los cimientos de los muros, y se disuelve la unión de las piedras. Esto se dice para significar la cercana cautividad de la ciudad de Jerusalén bajo Sedequías: cuyo undécimo año tanto el rey como la ciudad fueron capturados. Por ladrillo, que en griego se dice en género femenino

ἡ πλίνθος, Símaco lo interpretó más claramente como πλίνθιον, que podemos llamar laterculum y abacum. En cuyo polvo los geómetras suelen describir γραμμὰς, es decir, líneas y radios. De lo cual algunos quieren que no sea absurdo tener también el conocimiento de esta doctrina (replicando esos ejemplos, que Josué hijo de Nave envió exploradores, que describieran la tierra (Jos. II) que propiamente se llama Geometría: y el Ángel en Zacarías tenía un cordel geométrico para medir Jerusalén (Zacarías II). Y que ahora se ordena al Profeta describir Jerusalén en el polvo (que entre ellos propiamente se llama σκηνογραφία) podemos tomar el ladrillo también en reproche de Israel, que sirvió a Faraón en lodo y ladrillo (Éxodo I). O para que la ciudad, que pensaban que era firme e inexpugnable, se compare con un ladrillo fragilísimo, que al contacto con el agua se disuelve inmediatamente, para que de la que antes se dijo: ¿acaso es la hija de Sion una roca durísima, o un monte del desierto, se convierta en un ladrillo, que se corrompa por la inundación babilónica; según lo que está escrito: Por eso el Señor traerá sobre vosotros aguas muchas y fuertes, el rey de Asiria (Isaías VIII, 7).

(Vers. 3.) Y tú toma para ti una sartén de hierro: y la pondrás como un muro de hierro entre ti y la ciudad, y afirmarás tu rostro hacia ella, y será en asedio, y la rodearás. Es una señal para la casa de Israel. Lo que dijimos antes, tanto el profeta mismo, como la descripción del ladrillo, rodeando con fortificaciones, terraplén, y arietes, es una señal que precede al asedio de Jerusalén, esto ahora se dice más claramente, después de muchas cosas intermedias: Es una señal para la casa de Israel, la sartén de hierro, que como un muro se pone entre el profeta y la ciudad, muestra la gran ira de Dios, que no se fatiga con ninguna súplica, ni se inclina a la misericordia. Porque así como todos los metales dominan al hierro, y nada es más duro que él, así los increíbles crímenes de Jerusalén hicieron que Dios, por naturaleza blando, fuera durísimo por su culpa. La sartén también se dice que es un muro interpuesto entre el pueblo y Dios, para mostrar que toda la multitud será pronto quebrantada, y reducida a nada. La afirmación del rostro contra la ciudad es un indicio de severidad: según lo que leemos escrito en otro lugar: El rostro del Señor está contra los que hacen el mal; para destruir de la tierra la memoria de ellos (Ps. XXXIII, 17).

(Vers. 4 seqq.) Y tú dormirás sobre tu lado izquierdo, y pondrás las iniquidades de la casa de Israel sobre él, el número de días que dormirás sobre él, y asumirás su iniquidad. Yo te he dado los años de su iniquidad, el número de días, trescientos noventa días, y llevarás la iniquidad de la casa de Israel. Y cuando hayas completado esto, dormirás sobre tu lado derecho por segunda vez, y asumirás la iniquidad de la casa de Judá por cuarenta días. Día por año, día, digo, por año te lo he dado. Busquemos cuáles son los trescientos noventa años, que se cuentan por tantos días, durante los cuales el profeta dormirá atado y constreñido en el lado izquierdo; de modo que no se moverá hacia el otro lado, mostrando la cautividad y miserias de las diez tribus, es decir, de Israel. Y cuáles son los otros cuarenta años, durante los cuales por Judá y sus iniquidades yacerá en el lado derecho, o como narra la Sagrada Escritura, dormirá, de Israel se debe decir esto, que bajo el rey Peka hijo de Remalías, que reinó en Israel por veinte años, vino Teglatfalasar rey de Asiria (2 Reyes XV), y capturó Aión, y Abel, la casa de Maacá, y Janoé, y Cedes, Azor y Galaad, y Galilea, y toda la tierra de Neftalí, y los trasladó a los asirios. Después de él reinó en Israel Oseas hijo de Ela por nueve años, y fue capturado con toda Samaria por Salmanasar rey de los asirios, y fue trasladado a Elam, y a los ríos Abor y Gozán en las ciudades de los medos. En el sexto año del rey Ezequías, como narra la historia sagrada de los Reyes (Ibid., XVII), fue capturado Oseas: si contamos desde entonces, cuántos años estuvo Israel en angustia y bajo el yugo de la cautividad, así podremos encontrarlo. Desde el sexto año hasta el vigésimo noveno (pues Ezequías reinó por veintinueve años) se cuentan veinticuatro años: a quien sucedió Manasés,

y reinó por cincuenta y cinco años. Después de él Amón reinó por dos años. Después de él Josías por treinta y dos años. A quien sucedió Joacim, que también fue llamado Eliaquim, y reinó por once años. Después de él Joacín, llamado Jeconías, que fue llevado inmediatamente a la cautividad, y reinó en su lugar Sedequías por once años, bajo quien Jerusalén fue capturada y el templo destruido. Así, desde la primera cautividad de Israel, que ocurrió bajo el rey Peka hasta el undécimo año de Sedequías, cuando el Templo fue desolado, son ciento setenta y cuatro años. Desde la segunda, cuando fue capturado Oseas, y toda Samaria fue subvertida, son ciento treinta y cinco años. Y fueron setenta años de desolación del templo, que añadidos a la primera cautividad, hacen doscientos treinta y cuatro años. En el segundo año del rey Darío de Persia, el templo fue reconstruido por Zorobabel hijo de Salatiel, y Jesús hijo de Josadac, profetizando Ageo y Zacarías, quien reinó por treinta y seis años: y uno quitado, se añaden sus treinta y cinco años. Después de él reinó Jerjes hijo de Darío, por veinte años. Después de él Artabano por siete meses. Y Jerjes, que fue llamado Μακρόχειρ, por cuarenta años. Después de él Jerjes por dos meses, y Sogdiano por siete meses. A quien sucedió Darío llamado Νόθος, que reinó por diecinueve años. Después de él Artajerjes llamado Μνήμων [o Memnón], hijo de Darío y Parisátide, reinó por cuarenta años, quien es llamado Asuero por los hebreos; bajo quien se narra la historia de Mardoqueo y Ester (Ester VIII): cuando todo el pueblo judío fue liberado del peligro de muerte, recuperó su libertad original. Y desde el segundo año de Darío hasta el último año de Asuero, son ciento cincuenta y cinco años, cuatro meses. Que añadidos a los doscientos treinta y cuatro años anteriores, hacen trescientos ochenta y nueve años, y cuatro meses. La dormición del lado derecho, es decir, de cuarenta años, se cuenta fácilmente. Después de Eliaquim, que fue llamado Joacim, reinó su hijo Joacín, llamado Jeconías, por tres meses. Durante su reinado, «subieron los siervos de Nabucodonosor rey de Babilonia, a Jerusalén, y fue rodeada de fortificaciones: y vino Nabucodonosor rey de Babilonia a la ciudad, mientras sus siervos la atacaban. Y salió Joacín rey de Judá al rey de Babilonia, él y su madre, y sus siervos, y sus príncipes, y sus eunucos, y lo recibió el rey de Babilonia en el octavo año de su reinado, y sacó de allí todos los tesoros de la casa del Señor, y los tesoros de la casa real.» Y poco después: «Trasladó a toda Jerusalén, y a todos los príncipes, y a todos los fuertes del ejército, diez mil en cautividad, y a todo artesano, y cerrajero, y no quedó nada, excepto los pobres del pueblo de la tierra (Ibid.).» Capturado él con una multitud infinita de personas, y todas las riquezas de Jerusalén, reinó Sedequías por once años: bajo quien la ciudad fue capturada, y el templo destruido. Su soledad hasta el segundo año de Darío, permaneció por setenta años. En el trigésimo año de la desolación del templo, Ciro reinó en Persia, habiendo derrocado al rey Astiages de los medos: quien según la profecía de Isaías (Isaías XLV), devolvió a Jerusalén a casi cincuenta mil hombres de la tribu de Judá, y los vasos del templo que Nabucodonosor había llevado, y las demás cosas que narra la historia de Esdras (3 Esdras I). Así como en Israel, es decir, las diez tribus desde el rey Peka de Israel, bajo quien Salmanasar devastó mucho del pueblo israelita, hasta el cuadragésimo año de Asuero, contamos trescientos noventa años, cuando toda la persecución del pueblo judío fue mitigada: así desde el primer año de Jeconías, cuando gran parte de Jerusalén fue trasladada a Babilonia, hasta el primer año del rey Ciro de Persia, que era el trigésimo año de la desolación del templo, se cuentan cuarenta años, bajo los cuales la cautividad de los judíos fue relajada, y la libertad devuelta al pueblo. Algunos juntan los trescientos noventa años de Israel, y los cuarenta de Judá, haciendo cuatrocientos treinta años, y quieren que se cumplan desde el bautismo del Salvador, hasta la consumación del mundo. Otros, y especialmente los judíos, desde el segundo año de Vespasiano, cuando Jerusalén fue capturada por los romanos, y el templo subvertido, quieren que se cuenten en tribulación, y angustia, y bajo el yugo de la cautividad del pueblo, cuatrocientos treinta años; y así el pueblo regrese a su estado original: para que así como los hijos de Israel estuvieron cuatrocientos treinta años en Egipto, así también en el

mismo número termine la última cautividad: y está escrito en Éxodo: La morada de los hijos de Israel, que habitaron en la tierra de Egipto, fue de cuatrocientos treinta años. Y de nuevo: Sucedió que después de cuatrocientos treinta años, salió todo el ejército del Señor de noche. Y me maravillo bastante de por qué los ejemplares de la Vulgata tienen ciento noventa años, y en algunos está escrito, ciento cincuenta: cuando claramente tanto el hebreo, como Aquila, Símaco y Teodoción, sostienen trescientos noventa años; y entre los mismos LXX, que sin embargo no están corrompidos por el error de los escribas, se encuentra el mismo número. Creemos haber expuesto una cuestión muy difícil, y no diré con soberbia, no explicada por nadie, no tanto por nuestro conocimiento, sino por la gracia del Señor, cumpliendo aquello que él mismo prometió: Buscad, y hallaréis; pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá (Mateo VII, 7). Pero quien quiera contar desde la primera cautividad que ocurrió bajo Manaén hijo de Gadí rey de Israel, que reinó en Samaria por diez años (2 Reyes XV): cuando vino Pul rey de Asiria a la tierra de Israel, y recibió mil talentos de plata; y después de él otros dos años de Peka, que reinó en Israel, encontrará que en el vigésimo octavo año del rey Asuero se cumplen trescientos noventa años, cuando se narra la historia de Ester: lo cual es más creíble. Pues no al final del imperio de Asuero, sino aún reinando él, Israel arrojó el yugo de la servidumbre más grave.

(Vers. 7.) Y volverás tu rostro hacia el asedio de Jerusalén, y tu brazo estará extendido, y profetizarás contra ella. LXX: Y prepararás tu rostro hacia la conclusión de Jerusalén, y fortalecerás tu brazo, y profetizarás sobre ella. Se necesita preparación del rostro y fortaleza, y confirmación del brazo extendido y desnudo, para que no solo con la voz, sino también con el gesto, y el hábito del profeta, se demuestre el asedio de la ciudad.

(Vers. 8.) He aquí que te he rodeado con ataduras, y no te volverás de tu lado a otro lado, hasta que completes los días de tu asedio (o conclusión). Las partes izquierdas, porque estaban sin templo, y sin conocimiento de Dios en Samaria, se asignan a Israel; las derechas, a Judá, en quien estaba el culto y la religión de Dios. Y es de notar que en uno está el castigo de los pecadores, en el otro el ejercicio de la virtud. Y no se vuelve de un lado a otro, para que no se indique descanso alguno de los tormentos; hasta que se complete la perfecta conclusión de los días mencionados. Lo que son días para el profeta, es un año para los que sufren (Génesis XXIX). Y los años que Laban consideraba, para Jacob eran como pocos días. No solo hay variedad en los castigos por la diversidad de los méritos; sino también en la retribución de los buenos, los corderos están a la derecha, y los cabritos a la izquierda. Por lo cual también en otro lugar está escrito: El corazón del sabio está a su derecha, pero el corazón del necio está a su izquierda (Eclesiastés X, 1). Hay otras ataduras del Señor, con las que somos atados para salvación; otras del diablo, con las que había atado a la mujer en el Evangelio por dieciocho años (Lucas XIII). Por lo cual también cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Proverbios V, 22). Que el Señor desata por el tipo de Lázaro resucitado, que yacía atado con vendas y lienzos en el sepulcro (Juan XI).

(Vers. 9 seqq.) Y tú toma para ti trigo, y cebada, y habas, y lentejas, y mijo, y avena: y ponlas en un solo vaso, y hazte panes según el número de días que dormirás sobre tu lado: trescientos noventa días comerás de ello. Y tu comida con la que te alimentarás, será en peso de veinte siclos al día: de tiempo en tiempo comerás de ello. Y beberás agua en medida, la sexta parte de un hin, de tiempo en tiempo beberás de ello. Y lo comerás como pan de cebada cocido bajo cenizas, y lo cubrirás con excremento humano a la vista de ellos. Lo que hemos interpretado como avena, para lo cual en hebreo se dice CHASAMIM (): los Setenta y Teodoción pusieron ὄλυραν, que algunos consideran avena, otros espelta. La primera edición de Aquila y Símaco lo interpretaron como ζέας, o ζείας: que nosotros llamamos farro, o en el lenguaje gentil de Italia y Panonia, espiga, espelta. En el vaso también los Setenta añadieron

de barro, se ordena al profeta demostrar con su obra el hambre futura, y la escasez del pueblo de Israel. Así como en la penuria de todas las cosas, no se buscan diversidades y delicias de alimentos; sino cómo llenar el vientre: así ahora el profeta pone trigo, y cebada, habas, lentejas, y mijo, y avena en un solo vaso, y hace trescientos noventa panes, que comerá cada día: que los panes tienen veinte siclos, es decir, estateres. El siclo, es decir, el estater, tiene cuatro dracmas. Ocho dracmas hacen una onza latina: de modo que se dice que un pan tiene diez onzas, que más bien arrastra el alma que la sostiene. La esterilidad del alimento, la aumenta la esterilidad del agua. Pues se le ordena beber la sexta parte de la medida hebrea, que se llama HIN, cada día. Por cierto, HIN hace dos χόας áticos, que podemos llamar dos sextarios italianos, de modo que HIN es la medida del sextario judío, y nuestro castrense, cuya sexta parte hace la tercera parte del sextario italiano. Este alimento y bebida según el célebre orador no da fuerzas, sino que impide la muerte. Lo que dice: De tiempo en tiempo comerás, o beberás, significa de la tarde a la tarde: aunque algunos piensan erróneamente que se entiende de año en año. Y los mismos panes se hacen como pan de cebada cocido bajo cenizas. Y se le dice que los cubra con excremento humano, no ignorando quienes los van a comer (pues la ignorancia suele mitigar las miserias) sino viéndolo, y a la vista de ellos, para que antes soporte el horror de la vista, que la náusea del gusto. También es de notar, que según el número de días del lado izquierdo, se ordena hacer trescientos noventa panes cocidos bajo cenizas, y comer uno cada día; y de los panes de los cuarenta días del lado derecho no se dice nada: para que la Sagrada Escritura insinúe ocultamente, que no es el mismo castigo para el pueblo pecador, si al menos tiene conocimiento de Dios, que para el que ha abandonado completamente la religión del verdadero Dios. Podemos también decir según la inteligencia espiritual, que el pueblo judío después de ofender a Dios hasta hoy come panes cocidos bajo cenizas mezclados con trigo, cebada, habas, lentejas, mijo, y avena; de los cuales uno es alimento de hombres, otro de animales. Pues en lo que parecen creer en un solo Dios, tienen algo de trigo. Pero al negar al Hijo, se alimentan de cebada de animales y habas, con las que el vientre de los comedores se hincha, y se dice que la mente se oprime: tanto que incluso para los pitagóricos es un alimento detestable. Por la lenteja Esaú perdió la primogenitura (Génesis XXV). El mijo es alimento de rústicos, y agrestes, y aves de corral. La avena, o vitia y olyra, alimenta a los animales brutos. Lo que está escrito, según los LXX, que Elías huyendo de Jezabel encontró pan ὀλυρίτην, cocido bajo cenizas (3 Reyes XIX), es signo de persecución y penuria. Por lo cual también es alimentado por cuervos, para que porque no encontró alimento en Israel, se alimentara de los alimentos de las naciones que eran inmundas. La misma Ley que leen, y no entienden, es pan cocido bajo cenizas, y cubierto de excremento humano. Por lo cual también el apóstol Pablo dice que tuvo las ganancias de la Ley, y la observancia de las ceremonias antiguas como estiércol, para ganar a Cristo (Filipenses III).

(Vers. 13 seqq.) Y dijo el Señor: Así comerán los hijos de Israel su pan contaminado entre las naciones, a las cuales los arrojaré. Y dije, ah, ah, ah, Señor Dios: He aquí que mi alma no está contaminada, y no he comido mortecino, ni desgarrado por bestias desde mi infancia hasta ahora, y no ha entrado en mi boca carne inmunda alguna. Y me dijo: He aquí que te he dado estiércol de bueyes en lugar de excremento humano, y harás tu pan en él. Leemos frecuentemente que los profetas según Zacarías (Zacarías III) son hombres portentosos, que con sus obras prefiguran el futuro, y de los cuales Dios dice: Me he asimilado en las manos de los profetas (Oseas XII, 10). Así como Ezequiel comió pan en estiércol: así también los hijos de Israel, o todo el pueblo judío, o como otros piensan, las diez tribus comerán [o comían] pan contaminado entre las naciones: aunque no es una amenaza para aquellos que ya han sido expulsados; sino para aquellos que serán expulsados de la tierra de la promesa. Cuando el profeta lo supo, según Aquila lo detestó por tercera vez, ah, ah, ah. Según Símaco

y los LXX, respondió μηδαμῶς, que en latín se dice nequaquam. Por lo cual Teodoción tradujo: Oh Señor Dios. No pensemos que contradice el mandato del Señor; sino que da razones, más bien suplica, por qué no puede hacerlo. Finalmente obtiene lo que pidió, y la severidad de la sentencia se modera con un mandato más suave. Se pregunta por qué Ezequiel rechazó lo más fácil: y Oseas se unió inmediatamente a una prostituta (Ibid., I), y no contradijo, ni respondió, que tenía su cuerpo casto, ni debía mancharse con la mezcla de una prostituta, diciendo el apóstol: El que se une a una prostituta, se hace un solo cuerpo con ella (1 Corintios VI, 16). De lo cual se muestra que fue una figura de la Sinagoga, o de la Iglesia, no realmente perpetrado según la letra: lo cual exponiendo al profeta hemos discutido más plenamente. Se llama mortecino, lo que sin derramamiento de sangre pierde la vida, y en lo que muere el alma, desgarrado por bestias, que en griego se llama θηριάλωτον. Lo que se concede estiércol de bueyes en lugar de excremento humano, se significan males más leves: pues se les ordena comer pan cocido en estiércol de bueyes; pero estar lejos de la inmundicia del excremento humano: y hasta hoy en el pueblo judío se mantiene esta sentencia, que no comen su pan en excremento humano. Pues no sirven a ídolos, ni veneran diversas portentos de demonios; sino en estiércol de bueyes: mientras todo lo hacen por la carne y el vientre, y los bienes de esta tierra, según lo que se dice: El que los haga, vivirá en ellos (Levítico XVIII, 5; Deuteronomio IV). Pero nosotros despreciamos las cosas terrenales, y no solo pisoteamos los alimentos de excremento humano, y consideramos las delicias terrenales como nada, sino que comemos el pan que descendió del cielo (Juan VI), y disfrutamos de aquel alimento, del cual el salmista canta: El hombre comió el pan de los ángeles (Salmo LXXVII, 25); viviendo no de las carnes de Egipto, sino de la finura del maná.

(Vers. 16, 17.) Y me dijo: Hijo de hombre, he aquí que quebrantaré el bastón del pan en Jerusalén, y comerán el pan con peso y con ansiedad, y beberán el agua con medida y angustia; para que, al faltarles el pan y el agua, cada uno caiga ante su hermano, y se consuman en sus iniquidades. La palabra hebrea MATE (), en la primera edición de Aquila se traduce como bastón, y en la segunda, así como por Símaco y Teodoción, como στερέωμα, es decir, firmamento. Lo que había mostrado que sucedería en la obra, también lo demuestra con palabras, y todo el sueño del lado izquierdo y derecho, y el pan cocido bajo cenizas, mezclado con la variedad de seis especies, significando los males del mundo, tiende a protestar por la inanición de alimentos en Jerusalén y la increíble escasez de agua: de modo que cada uno caiga ante su hermano, esperando ayuda de otro, que no ve que está en sí mismo [Al. prevé]. Pues es naturaleza del hombre, que cuando los males y el peso de las angustias lo oprimen, confíe más en el prójimo que en sí mismo: y se consumen en sus iniquidades, mientras sufren todo por sus iniquidades. Y temo que esta destrucción del pan también se encuentre en nuestra Jerusalén, en la que se contempla la visión de la paz, que el Señor quebranta cuando se enoja, y nos juzga indignos de su pan. Y ojalá al menos merezcamos recibirlo con peso y ansiedad, y que la lengua seca por la extrema sequedad sea refrescada por el último dedo de Lázaro (Luc. XVI). Pero al faltar el pan y el agua de la Iglesia, el hombre caerá contra su hermano, y por todas partes habrá discordia, desgarrando nosotros la túnica de Cristo, que ni siquiera los soldados se atrevieron a rasgar en la pasión del Salvador (Juan XIX); y consumiéndonos en nuestras iniquidades, mientras no tenemos la justicia de Dios. Está escrito en Jeremías que los pequeños, es decir, el pueblo de la Iglesia, pidieron pan, y no hubo quien se lo partiera (Lam. IV, 4). Pero Pablo, que era un hombre de la Iglesia, y sabía que Cristo había partido los panes legales y los había dado a los discípulos para distribuir, habla con confianza: ¿El pan que partimos, no es la comunión del Cuerpo de Cristo? (I Cor. X, 16). Y no pueden comer el bastón o la fortaleza del pan, quienes necesitan la leche de la infancia, ni pueden recibir alimento sólido. Y nada fortalece tanto el ánimo del

que se alimenta, como el pan de vida, del cual está escrito: Y el pan fortalece el corazón del hombre (Sal. CLXXXIII, 15).

LIBRO SEGUNDO.

47 Este es el comienzo del segundo volumen de las explicaciones sobre Ezequiel, oh virgen de Cristo Eustoquio.

(Cap. V.---Vers. 1 seqq.) Y tú, hijo de hombre, toma para ti una espada afilada, como una navaja de barberos (o que afeita el vello), y pásala por tu cabeza y tu barba, y toma para ti una balanza de peso, y divídelos. Quemarás una tercera parte con fuego en medio de la ciudad, según la finalización de los días del asedio, y cortarás con espada una tercera parte alrededor de ella; y dispersarás otra tercera parte al viento, y desenvainaré la espada tras ellos. Y tomarás de allí un pequeño número, y los atarás en la punta de tu manto, y de ellos volverás a tomar, y los arrojarás al medio del fuego, y los quemarás. De allí saldrá fuego para toda la casa de Israel. Por las tres partes de los cabellos y vellos, de las cuales una se quema en medio de la ciudad, otra se corta con espada alrededor de ella, y la tercera se dispersa al viento, de la cual se toma un poco y se ata en la orla del manto, y nuevamente se emite un poco de la tercera parte al fuego, de donde sale una llama para toda la casa de Israel, los LXX interpretaron cuatro partes. Y dijeron: Quemarás una cuarta parte con fuego en medio de la ciudad, y cortarás una cuarta parte con espada alrededor de ella, y dispersarás una cuarta parte al viento, porque les quedaba otra cuarta parte, añadieron de su parte: Y tomarás una cuarta parte, y la quemarás en medio de la ciudad: como si no fuera la misma que la primera, y dijera algo diferente en la primera que en esta que se añadió. Finalmente, en lo que sigue, el enigma de los cabellos divididos en tres partes, el mismo Señor lo explica a través del Profeta, diciendo: Una tercera parte de ti morirá de peste, y será consumida de hambre en medio de ti, significando que el hambre y la peste son fuego; y una tercera parte de ti caerá a espada alrededor de ti, describiendo las matanzas y guerras externas. Y una tercera parte, dice, dispersaré al viento, mostrando que son aquellos que serán llevados al cautiverio. Tras los cuales dice que desenvainará o derramará su espada, para que ni siquiera el cautiverio sea el último de los males; y tomará de los dispersos y cautivos, y los atará en la punta de su manto a aquellos que regresarán del cautiverio a Jerusalén, y de ellos también tomará una parte, y la consumirá con fuego y llama, significando a los macedonios, bajo los cuales los habitantes de Judea, y especialmente Jerusalén, sufrieron duramente. Pero lo que dice, de allí, es decir, del pueblo de los judíos; o, según los LXX, de ella; para que se entienda, de la ciudad de Jerusalén, saldrá fuego para toda la casa de Israel: la historia de los Macabeos narra que cierta parte de los judíos se entregó a Antíoco Epífanes, y lo incitó a la persecución del pueblo, y muchas otras cosas que se escriben en la misma historia, y en los volúmenes de Josefo, especialmente la disensión de Hircano y Alejandro, por cuya ocasión Cneo [Al. cónsul] Pompeyo tomó Jerusalén, y la sometió al dominio romano: y después [Al. que después] bajo Tito y Vespasiano la ciudad fue capturada, y el templo destruido. Y cincuenta años después, bajo Elio Adriano, la ciudad fue incendiada y destruida hasta los cimientos, de modo que incluso perdió su nombre original. Así como en la cabellera y la barba es indicio de belleza y virilidad, que si se afeitan, aparece una fea desnudez, y la parte más extrema del cuerpo, y por así decirlo muerta, está en los cabellos y vellos: así Jerusalén y su pueblo, muertos y separados del cuerpo vivo de Dios, son entregados al hambre, la peste, la matanza, la espada, el cautiverio y la dispersión. De esta dispersión, bajo la figura de los cabellos, se ata una parte en la punta del manto, para que nuevamente se entregue un poco al fuego, de donde sale una llama infinita y casi devastadora, para toda la casa de Israel.

(Vers. 5 seqq.) Así dice el Señor Dios: Esta es Jerusalén: la he puesto en medio de las naciones, y alrededor de ella las tierras; y ha despreciado mis juicios, para ser más impía que las naciones, y mis preceptos más que las tierras que están alrededor de ella. Porque han rechazado mis juicios, y no han caminado en mis preceptos. Jerusalén, situada en medio del mundo, este mismo Profeta lo atestigua, demostrando que es el ombligo de la tierra. Y el Salmista, expresando el nacimiento del Señor: La verdad, dice, ha brotado de la tierra (Sal. XLVIII, 12). Y luego la pasión: Ha obrado la salvación en medio de la tierra (Sal. LXXIII, 12). Pues desde el oriente está rodeada por la región llamada Asia. Desde el occidente, por la que se llama Europa. Desde el sur y el austro, por Libia y África. Desde el norte, por los escitas, Armenia y Persia y todas las naciones del Ponto. Por tanto, está puesta en medio de las naciones, para que el Dios que era conocido en Judea (Sal. LXXV), y su nombre grande en Israel, todas las naciones alrededor de ella siguieran sus ejemplos, que siguiendo la impiedad de las naciones alrededor de ella, las superó incluso en su crimen. Lo que Símaco interpretó bellamente: Esta, dice, Jerusalén, que puse en medio de las naciones, y alrededor de ella las regiones, cambió mis juicios por las impiedades que aprendió de las naciones, y mis justificaciones por las regiones que están alrededor de ella: porque rechazaron mis leyes, y no caminaron en mis juicios. Pero lo que dijeron los Setenta: Mis justificaciones inicuamente de las naciones, y mis leyes de las regiones que están alrededor de ella, no tiene coherencia, incluso sin que yo lo diga, es evidente.

(Vers. 8, 9.) Por tanto, así dice el Señor Dios: Porque superasteis a las naciones que están alrededor de vosotros: no habéis caminado en mis preceptos, ni habéis hecho mis juicios, y no habéis obrado según los juicios de las naciones que están alrededor de vosotros: por eso, así dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy contra ti, y yo mismo haré en medio de ti juicios ante los ojos de las naciones. Y haré en ti lo que no he hecho, y lo que no haré más, por todas tus abominaciones. Por lo que hemos interpretado: Porque superasteis a las naciones que están alrededor de vosotros, Símaco tradujo: Porque vuestra multitud fue de las naciones que están alrededor de vosotros. La segunda edición de Aquila: Porque fuisteis contados entre las naciones que están alrededor de vosotros. Por su parte, los Setenta: Porque vuestra ocasión es de las naciones que están alrededor de vosotros. Y el sentido es, o que Jerusalén superó en crímenes a todas las naciones alrededor de ella, o que su multitud, no el pueblo de Israel, sino la multitud de las demás naciones debe ser llamada. O ciertamente que se convirtieron en el número de las demás naciones que están alrededor de ella, o que tuvieron toda ocasión de las naciones, a las que más bien debieron enseñar para bien. ¿Por qué, dice, me quejo de que no habéis caminado en mis preceptos, y no habéis hecho mis juicios, cuando incluso todas las naciones alrededor de vosotros las habéis superado en vuestro crimen, y no habéis hecho lo que ellos, con la ley natural escrita en sus corazones, a menudo han hecho? Por eso no por ángeles, ni por algunos ministros, sino yo mismo haré en ti mis juicios viendo todos lo que antes no hice, y no haré más. Al decir juicios, muestra la verdad de la sentencia, para que la ira no parezca exceder la medida de los castigos. Ni hizo en ninguna nación tal como hizo en Jerusalén: Porque el siervo que conoce la voluntad de su señor y no la hace, recibirá muchos azotes (Luc. XII, 48). Y los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Y no haré más semejantes, dice. Bellamente dijo, no haré más semejantes. Pues mucho después de la muerte de Cristo hará cosas más duras. Porque es diferente haber adorado ídolos a veces, por lo cual fueron castigados antes, y otra cosa haber asesinado al Hijo de Dios.

(Vers. 10.) Por tanto, los padres comerán a los hijos en medio de ti, y los hijos comerán a sus padres: y haré en ti juicios, y aventaré todas tus reliquias al viento. A lo que dijo antes: Porque superasteis a las naciones que están alrededor de vosotros, o, por lo que vuestra ocasión es de las naciones que están alrededor de vosotros, no habéis caminado en mis

preceptos, y no habéis hecho mis juicios, lo repitió tres veces por eso. Primero así: Por eso dice el Señor Dios: he aquí que yo estoy contra ti, y yo mismo haré en medio de ti juicios. Segundo: Por eso los padres comerán a los hijos en medio de ti. Tercero: Por eso vivo yo, dice el Señor Dios; si no por lo que violaste mi santidad en todas tus ofensas, y lo demás. Sin embargo, es de notar, que donde hay cosas decorosas y honorables, y por el mérito de aquellos que las sufren, Dios profesa hacerlas él mismo. Pero donde hay cosas tristes y no dignas de Dios, dice que suceden, pero no por él, como en el presente: Por eso los padres comerán a los hijos en medio de ti, y los hijos comerán a sus padres. Pues no dijo, yo haré que los padres coman a sus hijos en medio de ti, y que los hijos coman a sus padres. Pero lo que era decoroso, y no parecía indigno de la majestad de Dios, dice que él mismo lo hace. Pues sigue: Y haré en ti juicios, y aventaré todas tus reliquias al viento. Algo similar podemos encontrar en las maldiciones del Deuteronomio, y especialmente en aquel lugar: A los que me glorifican, los glorificaré, pero los que me desprecian, serán reducidos a nada (Deut. XXVIII). Pues a los que se glorifican, él mismo los glorifica. Pero los que lo desprecian, no serán despreciados por el Señor, ni reducidos a nada (pues esto seguiría que dijera) sino absolutamente, serán reducidos a nada: no por Dios, sino por sus méritos y pecados. Leemos en el volumen de los Reyes, que por la necesidad del hambre, una madre devoró a su hijo (IV Reg. VI). Josefo también en el asedio de Jerusalén, menciona muchos hechos de este tipo. Pero cuando los padres comieron a los hijos, o los hijos a los padres, ninguna historia lo narra, a menos que en muchos males de necesidad, también esto se crea que sucedió. Esto mismo puede referirse también a nuestra Jerusalén: cuando los maestros contra los discípulos, es decir, los padres contra los hijos, y los discípulos contra los maestros, es decir, los hijos contra los padres, se incitan mutuamente en sedición, y se cumple lo que dice el Apóstol: Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros (Gal. V, 15). Por lo cual también el Profeta cantaba en lenguaje místico: Cuando se acercaron contra mí los que me afligen, para devorar mis carnes (Sal. XXVI, 2). Y Job dice algo similar: Si dijeron mis siervas: ¿Quién nos dará de sus carnes para que comamos? (Job XXXI). Y sobre los maestros, que buscan ganancias de los discípulos, y no cuidan de su salvación, se dice: Que devoran a mi pueblo como pan (Sal. LII, 5). De los cuales también el Apóstol: Y devoran, dice, las casas de las viudas (Luc. XX; Mat. XXIII). Podemos entender a los padres que comieron a los hijos, y a los hijos que comieron a los padres, no solo en Babilonia, sino también en el asedio romano. Pero lo que se dice: Y aventaré todas tus reliquias al viento, se refiere más al cautiverio romano, cuando fueron dispersados por todo el mundo. Y esta es la dispersión de los cabellos y la barba al viento.

(Vers. 11.) Por tanto, vivo yo, dice el Señor Dios: si no por lo que violaste mi santidad en todas tus ofensas, y en todas tus abominaciones: yo también te quebrantaré (o, según los LXX, te desecharé), y no perdonará mi ojo, y no tendré misericordia. Esto se dice propiamente a Jerusalén, porque violaste mis cosas santas abandonándome, y en mi templo adoraste ídolos, yo también quebrantaré todos tus ídolos, y los romperé y cortaré, o te desecharé, porque primero me desechaste: y no perdonará mi ojo cuando te vea, sometiéndote al hambre, la espada, la servidumbre: ni tendré misericordia; porque no mereces mi misericordia. Pues está escrito: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7). Esto mismo debe entenderse también en la Iglesia, que a los maestros y sacerdotes, que actúan negligentemente, Dios puede decirles cada día: Porque violasteis mis cosas santas en todas vuestras ofensas, y en todas las abominaciones que habéis hecho, yo también os quebrantaré y os romperé, y os devolveré por mí lo que habéis hecho a mi pueblo. De lo cual este mismo Profeta habla más plenamente contra los pastores (Infra, XXXIV), que se cubren con las lanas de las ovejas y se alimentan de leche y queso, y no buscan a la oveja quebrantada y enferma.

(Vers. 12, 13.) Una tercera parte de ti morirá de peste, y será consumida de hambre en medio de ti, y una tercera parte de ti caerá a espada alrededor de ti. Y dispersaré una tercera parte de ti al viento, y desenvainaré la espada tras ellos. Y llenaré [Vulg. completaré] mi furor, y haré descansar mi indignación en ellos, y me consolaré, y sabrán que yo soy el Señor que he hablado en mi celo, cuando haya cumplido mi indignación en ellos. Los Setenta, porque antes habían puesto cuatro partes, que en la descripción del incendio, la espada y la dispersión el discurso profético aprobó que solo eran tres, para que una parte del incendio no se dividiera en dos partes superfluas, también en este lugar dividieron esa misma primera parte en dos, para que dijeran: Una cuarta parte de ti será destruida por la muerte, y una cuarta parte de ti será consumida de hambre en medio de ti, y una cuarta parte de ti caerá alrededor de ti, y dispersaré una cuarta parte de ti al viento: aunque esto que pusimos: Y una cuarta parte de ti caerá a espada, fue añadido de la edición de Teodoción bajo asteriscos. Pero es evidente, como contiene la verdad hebrea, que son tres partes. De la primera de las cuales se dice: Y una tercera parte de ti morirá de peste, y será consumida de hambre en medio de ti. Y mucho mejor hubiera sido traducir lo que está escrito, que buscar defensa para una traducción incorrecta. Y no decimos que esto fue hecho por aquellos a quienes la antigüedad dio autoridad: sino que a través de muchos siglos por el vicio de los escribas y lectores fue corrompido. Aunque Aristeo y Josefo, y toda la escuela de los judíos, afirman que solo cinco libros de Moisés fueron traducidos por los Setenta. De lo cual, como dijimos antes, ahora parece que debe omitirse. Solo añadiré esto, que es necesario en lo que dice: Y llenaré mi furor, y haré descansar mi indignación en ellos, y me consolaré, y sabrán que yo soy el Señor que he hablado en mi celo, cuando haya cumplido mi indignación en ellos; cómo debe entenderse el furor, la indignación y el celo de Dios, lo hemos expuesto a menudo, que Dios habla con afectos humanos: no porque él mismo se enoje, sino para que nosotros a través de los castigos y tormentos sintamos a Dios enojado. El celo debe entenderse bajo la metáfora de un hombre y su esposa, que mientras ama a su esposa, es celoso; si la descuida, dice lo que diremos en lo que sigue: Mi celo se apartará de ti: y ya no me enojaré contigo (Infra, LXI, 42). Y lo que se añade: Y sabrán que yo soy el Señor que he hablado en mi celo, no aquellos que fueron consumidos por el hambre y la peste, ni los que cayeron a espada alrededor de la ciudad, sino aquellos que serán dispersados al viento, por las muertes de otros y sus propias miserias sentirán a Dios enojado, a quien no quisieron sentir clemente.

(Vers. 14.) Y te convertiré en un desierto; lo que sigue: y en oprobio de las naciones que están a tu alrededor, no se encuentra en la Septuaginta: en su lugar añadieron de su propia cosecha, y a tus hijas alrededor de ti. Nuevamente, según ambas ediciones, ante la vista de todos los que pasan. Es beneficioso para Jerusalén que todos sus vicios sean desolados y reducidos a un desierto, y que reconozca sus pecados, para que, habiendo debido ser un ejemplo de virtudes para las demás naciones, sea un ejemplo de miserias. Podemos entender por sus hijas a las ciudades o aldeas, o bien a las Iglesias dispersas por todo el mundo, para que cualquiera que sea peregrino en este siglo, y diga con el salmista: Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 12); y de quien se dice: No dijeron los que pasaban: La bendición del Señor sobre vosotros (Sal. CXXVIII, 8), vea su oprobio y se duela.

(Vers. 15.) Y serás oprobio y blasfemia, ejemplo y estupor en las naciones que están a tu alrededor. En la Septuaginta se lee: Y será στενακτὴ, es decir, lamentable. Y de Theodotion se añadió, καὶ δηλαϊστὴ; cuyo significado desconocemos. Por lo cual, tres otros intérpretes tradujeron blasfemia, que en hebreo se dice GEDDUPHA (). Sigue:

Cuando ejecute en ti juicios con furia e indignación, y con increpaciones de ira que yo, el Señor, he hablado. Jerusalén, digna de gemido cuando ofendía a Dios, para que Él ejecutara en ella juicios con furia e indignación, también lo testifica Pablo, quien dice: Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efes. II, 3). Y de nuevo: Porque en este tabernáculo gemimos, agobiados (II Cor. V). Y hablamos con Jerusalén: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra Él. Δηλαϊστὴν o δηλαίαν, algunos entienden como infeliz y miserable: otros como clara y expuesta a miserias.

(Vers. 16.) Cuando envíe contra ellos las flechas del hambre más cruel [Vulg. añade en ellos], que serán mortales: y que enviaré para destruirlos, y reuniré el hambre sobre vosotros, y quebrantaré el sustento (o bastón) del pan. Es evidente que el hambre, la pestilencia, las bestias más crueles, y cualquier otro mal que soportamos en el mundo, vienen por nuestros pecados. Por eso, aquel hambre que se menciona en Rut (Rut I), y en el libro de los Reyes bajo Elías (III Reg. XVII), cuando el cielo estuvo cerrado por tres años y seis meses, y bajo Eliseo (IV Reg. VI), cuya increíble escasez fue compensada por una repentina abundancia, fue enviada por el juicio de Dios. Esto no solo ocurrió entonces en Jerusalén, sino que también ocurre en nuestra Jerusalén, en la cual, debido a la magnitud de los pecados, primero se envía el hambre de escuchar la palabra de Dios. Luego, la muerte sigue al hambre; para que quienes no escucharon: Gustad y ved que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 9), después sientan: La muerte de los pecadores es la peor (Sal. XXII). Sobre el sustento y el bastón del pan, ya hemos hablado (Supra, IV).

(Vers. 17.) Y enviaré contra vosotros el hambre, y las bestias más crueles hasta la destrucción: y la pestilencia, y la sangre pasarán por ti, y traeré la espada sobre ti: yo, el Señor, he hablado. La introducción de bestias crueles sobre la tierra de soledad, que ha sido devastada por el hambre, la espada y la peste, también lo muestran los tiempos presentes: cuando los animales domésticos, los perros, se lanzan con rabia contra la carne de sus dueños, y la tierra se llena de osos, lobos y todo tipo de bestias. La pestilencia y la sangre que pasan por ella significan enfermedad y espada. Pero también en nuestra Jerusalén se envían bestias crueles, cuando somos entregados a pasiones de deshonra, y a un sentido reprobado y conciencia de pecados, que torturan y desgarran nuestra alma (Rom. I). Disensiones, herejías, cismas, envidias, tristezas, detracciones, malos deseos, avaricia, que es la raíz de todos los males (II Cor. XII), son bestias crueles. Cuando están en nosotros, merecemos escuchar: Tu transgresión te corregirá (Jerem.). Y oramos diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19).

(Cap. VI.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro hacia los montes de Israel, y profetiza contra ellos. Y dirás: Montes de Israel, escuchad la palabra del Señor Dios. Así dice el Señor Dios a los montes y colinas, a las rocas y valles. Lo que a menudo se dice en este Profeta Adonai Señor, por los griegos y latinos que no tienen conocimiento de la lengua hebrea, parece necesario explicarlo brevemente. ADONAI es uno de los diez nombres de Dios, y significa Señor, que a menudo también usamos en los hombres. De hecho, Sara llamando a Abraham su señor, lo llamaba con este nombre (Gen. XVIII). Y donde se dice Mi señor rey, Adonai (Exod. XXVIII) está escrito. Cuando, por tanto, se juntan los dos nombres, Señor y Señor, el primer nombre es común, el segundo es propio de Dios, que se llama ἄῤῥητον (), es decir, inefable, que también estaba escrito en la lámina de oro que estaba en la frente del sumo sacerdote. Los montes de Israel, que habían sido ocupados por los ídolos de los demonios, no escuchan con oídos, sino con el mandato y poder del Creador, a su Creador. Como el mar vio y huyó, el Jordán se volvió atrás (Sal. CXIII): no con los ojos de la carne de los que carecía. Y al mar se le dice: Calla, enmudece (Marc. IV, 39). Y se manda a los vientos; y se ordena al gusano que golpeó la sombra de

Jonás (Jon. IV). Y de la misma tierra está escrito: Él mira la tierra, y la hace temblar (Sal. CIII, 32). A quienes el Profeta habla, indicando que los ídolos deben ser destruidos y los altares, y todas las ceremonias con las que antes servían a los ídolos deben ser destruidas. Podemos entender por montes de Israel a los príncipes, aquellos que sobresalían en poder, sabiduría, conocimiento y riquezas. Y esto debe notarse, que aunque el rostro se endurece y se pone contra los montes, no solo se habla a los montes, sino también a las colinas, rocas y valles, en los que se reconoce una dignidad inferior y un grado de prudencia y conocimiento. Me parece que, tropológicamente, los montes son aquellos que han alcanzado el conocimiento perfecto; las colinas, los que son un poco inferiores; las rocas, los que no tienen conocimiento y solo confían en la conversación, presumiendo algo de la interpretación de las Escrituras, teniendo según el Apóstol celo de Dios, pero no según conocimiento (Rom. X; Jac. III); los valles se llaman los últimos en la Iglesia, que aunque inferiores en vida y conocimiento, no se apartan de la asamblea de la familia del Señor. Todos ellos son mandados a escuchar la palabra de Dios, para que cada uno, según su medida y entendimiento, comprenda lo que el Señor ordena.

(Vers. 4, 5.) He aquí que traeré sobre vosotros la espada, y destruiré vuestros lugares altos. Y derribaré vuestros altares, y se romperán vuestros ídolos, y arrojaré a vuestros muertos ante vuestros ídolos. Y pondré los cadáveres de los hijos de Israel ante la cara de vuestros ídolos: y esparciré vuestros huesos alrededor de vuestros altares en todas vuestras moradas. Se dice a los montes de Israel que Dios destruirá sus lugares altos, donde los hombres adoraban a dioses ficticios, y que los altares e ídolos serán derribados, y que hará que los adoradores sean asesinados ante los templos; para que los cadáveres de los muertos yacen donde antes yacían las ofrendas; y que los huesos no de los montes, sino de los que yacían en los montes, sean esparcidos alrededor de los altares, y en todas las ciudades y aldeas de Israel. Esto según la letra. De lo contrario, también sobre aquellos que se elevan en soberbia, y de quienes el Apóstol habla: El conocimiento envanece, pero el amor edifica (I Cor. VIII, 1), se introduce la espada, para que todos sus ídolos, que han formado de su propia mente, sean destruidos, y yacen muertos, y se den cuenta de que están muertos, viendo que sus ídolos y ficciones no les sirven de nada. Y al decir que esparcirá los huesos de los montes alrededor de los altares, indica que los más fuertes de ellos serán separados unos de otros. Porque es beneficioso que los malos de la ciencia perversa sean divididos. Y así como aquellos que con un consenso perverso construían una torre, fueron dispersados para su propio beneficio, y sus lenguas divididas (Gen. XI), para que el consenso perverso no los hiciera peores; así los huesos de los montes serán esparcidos, para que comprendan sus vanos intentos. Lo que hemos puesto: Y pondré los cadáveres de los hijos de Israel ante la cara de vuestros ídolos, no se encuentra en la Septuaginta.

(Vers. 6, 7.) Las ciudades serán desiertas, y los lugares altos serán demolidos; y se dispersarán y perecerán vuestros altares, y se romperán y cesarán vuestros ídolos, y se destruirán vuestros templos, y se borrarán vuestras obras. Y caerá el muerto en medio de vosotros, y sabréis que yo soy el Señor. La causa es clara por la cual las ciudades de los montes deben ser desiertas: para que se demuelan los lugares altos, y los altares e ídolos sean destruidos, y los templos perezcan, y toda la cultura de los ídolos cese; y caigan los muertos en medio de los montes; y sepan que Él es el Señor. Por lo cual se nos da la ocasión de seguir una inteligencia espiritual, para que las ciudades de los herejes, que se interpretan como Iglesias, y los lugares altos de su soberbia, y los altares de sus dogmas perversos sean destruidos, y los ídolos perezcan, que han simulado de su propio corazón, y se destruyan los templos, no los templos que se levantaron contra el templo del Señor, que en griego se llaman τεμένη, es decir, santuarios y templos, y todas las obras de los montes sean destruidas, que no

son obras de Dios, sino de maestros de falsa ciencia. Y cuando hayan caído los muertos en medio de los montes, o aquellos que los mismos montes mataron, o los hombres eclesiásticos, que los mataron viviendo mal para su salvación: entonces será el fin de los montes soberbios, para que reconozcan que Él es el Señor. Sin embargo, puede suceder que de un solo pueblo de los montes de Israel, al morir unos, otros reconozcan. Porque al castigar al impío, el necio se hará más sabio (Prov. XIX, 25).

(Vers. 8.) Y dejaré en vosotros a aquellos que escaparon de la espada en las naciones, cuando os disperse en las tierras: y se acordarán de mí vuestros liberados en las naciones, a las cuales fueron llevados cautivos. Lo que el Señor habla a Elías: Me he reservado siete mil hombres que no doblaron la rodilla ante Baal (III Reg. XIX, 18): y el apóstol Pablo escribe: Y ahora en este tiempo, un remanente según la elección de la gracia ha sido salvo (Rom. XI, 5), puede convenir a este capítulo. Y los Apóstoles, que eran de la semilla de Israel, y habían escapado de la espada, fueron reservados para ser dispersados en las tierras, y predicar el Evangelio en las naciones, y recordar a Dios en las naciones, en las que se encontraban en tiempo de cautiverio. Sin embargo, también se puede decir que algunos de la cautividad judía fueron reservados para que en las naciones recordaran su nombre, y proclamaran su poder. También de los pueblos de los herejes, quienes pudieron escapar de la espada de su perdición, y de la pésima facción que se había levantado contra Dios, dispersos aquí y allá, recordarán el nombre de Dios, haciendo penitencia, y se regocijarán de haber sido capturados por hombres eclesiásticos.

(Vers. 9, 10.) Porque quebranté su corazón fornicando y apartándose de mí, y sus ojos fornicando tras sus ídolos. Y se disgustarán consigo mismos por los males que hicieron en todas sus abominaciones. Y sabrán que yo soy el Señor, que no hablé en vano, para hacerles este mal. Muchas cosas de este capítulo han sido omitidas por los LXX, y aquello ha sido cambiado, juré al corazón de ellos fornicando: por lo cual nosotros hemos puesto: quebranté su corazón fornicando. Juró y decretó que haría lo que mostró con su obra; o quebrantó el corazón fornicando y apartándose de Dios, de aquellos de quienes el Señor habla por Oseas: Han sido seducidos por el espíritu de fornicación (Oseas IV, 12). Y los ojos fornicando tras los ídolos, por cuyas ventanas se dice que la muerte ha entrado. Por esta razón, también en Daniel, dos ancianos ordenaron que Susana fuera descubierta, para disfrutar de la belleza de su cuerpo (Dan. XIII). Y no habló el Señor en vano, para hacer el mal o los males, cuando a su amenaza hacen penitencia quienes estaban sujetos a la sentencia. Pero si el corazón es duro e indomable, no sintiendo los beneficios del corrector ni siquiera por los castigos, se les dice: En vano he golpeado a vuestros hijos: no recibisteis disciplina. (Jer. II, 30). Sin embargo, también es beneficioso para los herejes, que su corazón, el tesoro perverso de dogmas perversos, sea quebrantado, porque se apartó del Señor, y los ojos fornicando tras sus invenciones. Quienes, cuando recuerden al Señor, se disgustarán consigo mismos en todas sus abominaciones, y comprendiendo la verdad de la verdadera fe, sabrán que Él es el Señor. Quien a menudo trae tribulación, que parece perniciosa y pésima para los que la sufren, para que se conviertan en penitencia.

(Vers. 11.) Así dice el Señor Dios: golpea con tu mano, y golpea con tu pie, y di: ¡ay! por todas las abominaciones de los males de la casa de Israel. Se ordena al Profeta que muestre la magnitud de los pecados con manos, pies y palabras, para que con el gesto del cuerpo y la indignación de la voz, muestre el hábito de quien se asombra, se maravilla y llora. Porque así como cuando vemos algo nuevo y maravilloso, nos estremecemos tanto con el cuerpo como con el alma, de modo que aplaudimos con las manos, golpeamos con los pies en el suelo, e inclinamos la voz al llanto; así ahora, viendo el profeta con los ojos del alma los castigos venideros, habla por todas las abominaciones de los males de la casa de Israel que siguen.

Golpeamos espiritualmente con la mano, cuando nos separamos de las malas obras. Golpeamos con el pie, cuando no caminamos por el camino de los pecadores. Lloramos y lamentamos, cuando nos disgustan las cosas que se hacen. Lo que se muestra con la palabra, ¡ay! Por lo cual Aquila tradujo ὰ ὰ, Symmachus σχετλίασον, que significa lamentar, o llorar. Los LXX y Theodotion εὖγε, que es más de quien insulta que de quien llora.

Quienes caerán por la espada, el hambre y la peste. Esta es la causa de llorar, que los habitantes de los montes, y los adoradores de altares e ídolos caerán por la espada, el hambre y la peste. Quienes son llevados por diversos errores, y cambian de fe diariamente, y son llevados por todo viento de doctrina: estos son cortados por la espada, y divididos en partes, dejando la unidad de la fe eclesiástica. Quien no tiene alimentos espirituales, muere de hambre, sin conocer a aquel que dijo: Yo soy la vida (Juan XIV, 6). Por otro lado, quien está entregado a uno o varios vicios, y no puede separarse de ellos, cae como por una especie de letargo de pestilencia.

(Vers. 12.) Quien está lejos, morirá de peste: pero quien está cerca, caerá por la espada, y quien haya quedado y esté rodeado [Vulg. y sitiado], morirá de hambre, y llenaré [Vulg. completaré] mi indignación en ellos. Quien haya escapado del asedio de la ciudad, y haya migrado al desierto, morirá de peste; quien esté cerca, caerá por la espada del enemigo. Pero quien esté rodeado por el ejército enemigo, perecerá de hambre y penuria: y en todos estos se llenará la indignación de Dios, para que quienes queden, sepan que Él es el Señor. Quien también se haya apartado de la Iglesia, morirá inmediatamente de peste. Quien se considere sabio y diligente, si no tiene cuidado, será herido por la espada del enemigo. Quien, contento con la fe simple, se comporta como los animales brutos en la Iglesia, pero no progresa en ninguna buena obra; ni imita a la hormiga, que en la cosecha se prepara y acumula alimentos, este morirá de hambre, y en todos estos se llenará la ira del Señor.

(Vers. 13.) Y sabréis que yo soy el Señor, cuando vuestros muertos estén en medio de vuestros ídolos, alrededor de vuestros altares en la colina alta [Vulg. en toda colina]: en todas las cumbres de los montes, y bajo todo árbol frondoso, y bajo toda encina frondosa: el lugar donde encendieron incienso fragante a todos sus ídolos. Es claro según la letra, y no necesita interpretación, que en los montes de Israel, y en las colinas altas, entre los mismos altares de los ídolos y los bosques que se llaman árboles frondosos, el ejército israelita fue asesinado, para que donde pecaron, allí fueran castigados. Según la anagogía, sigamos el orden propuesto. Cuando los maestros de los herejes hayan sido derrotados y vencidos por hombres eclesiásticos, que están instruidos en el conocimiento de las Escrituras, vemos a los muertos de los dogmas perversos yacer entre los ídolos que formaron, y a aquellos que se elevaban contra el conocimiento de Dios, tendidos en los montes y colinas bajo todo árbol frondoso; que tenían palabras pomposas, y la sombra de las hojas, y no tenían frutos de buenas obras; que estaban bajo toda encina frondosa, que no produce frutos de hombres, sino de cerdos: donde encendieron incienso fragante no a Dios, sino a sus ídolos. Y no podían decir lo que está escrito de Noé: El Señor percibió el olor de la buena fragancia (Gen. VIII, 21): y lo que Pablo dice: Somos el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar (II Cor. II, 15). Así como el santo deleita a Dios con su olor: así el pecador, de cuya persona se canta ese salmo: Se pudrieron y corrompieron mis cicatrices, a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6), enciende incienso fétido a sus ídolos. Lo que hemos interpretado, en todas las cumbres de los montes: y poco después: Y bajo toda encina frondosa, los LXX lo omitieron.

(Vers. 14.) Y extenderé mi mano sobre ellos, y haré la tierra desolada y desierta desde el desierto de Deblatha, en todas sus moradas, y sabrán que yo soy el Señor. Oh montes de

Israel, cuando vuestros muertos caigan en medio de los altares de vuestros ídolos en toda colina alta, en todas las cumbres de los montes; y cuando haya llenado vuestros bosques con cadáveres de muertos, en los cuales una vez encendieron incienso fragante a sus ídolos, entonces extenderé mi mano para la venganza, que hasta ahora había estado contenida, y reduciré toda la tierra de Israel a desolación, desde el desierto de Deblatha, que está en la tierra de Emat, que hoy se llama Epifanía de Siria, en todas sus moradas; para que todos sepan que no hay nada entre la desolación y el mar Grande que no haya consumido la espada enemiga. Muchos piensan que es el mismo lugar del que se escribe en Jeremías: Y capturaron a Sedequías en el desierto que está junto a Jericó, y toda su comitiva huyó de él. Y cuando capturaron al rey, lo llevaron al rey de Babilonia en Reblatha, que está en la tierra de Emat (Jer. XXXIX, 5). Puede también, debido a la similitud cercana de las letras hebreas DALETH y RES, que se distinguen por un pequeño trazo, llamarse Deblatha o Reblatha. Según interpretaciones místicas, el Señor extiende su mano sobre todos los que fueron engañados por el error herético, para hacer su tierra, que se interpreta como Iglesia, desolada desde el desierto de Deblatha, que en nuestra lengua suena como παλάθην, es decir, masa de higos, y de higos secos compactados entre sí, para que después de encontrar amargura en la dulzura simulada, que no era de tierra cultivada, sino de desolación, entonces reconozcan que él es el Señor. Porque la miel destila de los labios de la mujer prostituta, que por un tiempo engorda las gargantas de los que comen, y después se encuentra más amarga que la hiel (Prov. V, 3, 4). Esto también lo significan los dos cestos de higos que se colocaron en Jeremías frente al templo (Jer. XXIV): uno de higos buenos, y otro de malos: uno se refiere a la Iglesia de Cristo, el otro a la congregación de los malvados.

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, así dice el Señor Dios de la tierra de Israel: Fin, ha llegado el fin sobre las cuatro alas de la tierra. Que hemos interpretado como las regiones del mundo: Oriente, Occidente, Sur y Norte. De estas alas también habla Isaías: Señor, desde las alas o confines de la tierra hemos oído maravillas (Isa. XXIV, 16), que se realizaban en todo el mundo por los apóstoles. Y de los santos está escrito: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma están plateadas, y las partes traseras de su espalda en el pálido oro (Sal. LXVII, 14). Por eso también el Señor, cuando se acercó y vio Jerusalén, lloró y dijo: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mat. XXIII, 37). Este es el que en el cántico de Deuteronomio extendiendo sus alas los recibió, y los tomó sobre sus hombros (Deut. XXXII). Algunos ponen las alas espirituales de la tierra, con las que volamos hacia lo celestial, en cuatro tipos de creyentes: la casa de Aarón, la casa de Leví, la casa de Israel, y los que temen al Señor. De los cuales también canta el salmista: Casa de Israel, bendecid al Señor: casa de Aarón, bendecid al Señor: casa de Leví, bendecid al Señor; los que teméis al Señor, bendecid al Señor (Sal. CXXXIV, 19-21). En Aarón el sacerdocio; en Leví, los sacristanes y ministros; en Israel, todo el pueblo; en los que temen al Señor, entendiendo a los prosélitos. Pero nosotros pensamos que debe explicarse simplemente, que después de la amenaza a los montes de Israel, el discurso profético se dirige a toda la tierra de Israel, ya sea de diez o doce tribus: y que el profeta no predice lo que vendrá, sino que ya ve la cautividad inminente. Porque en el quinto año de Sedequías comenzó Ezequiel a profetizar en Babilonia a los cautivos; y en el noveno año vino Nabucodonosor y sitió Jerusalén: y la tomó en el undécimo año de Sedequías. De lo cual es evidente que el fin ha llegado y se ha acercado, no sobre montes y colinas, rocas y valles, sino sobre las cuatro regiones de la tierra de toda parte de Israel: no de toda la tierra: porque si hubiera dicho, podría creerse del mundo entero; sino de la tierra simplemente, lo que significa de Israel. Así comenzó: Así dice el Señor Dios de la tierra de Israel: Fin, ha llegado el fin sobre las cuatro regiones de la tierra.

(Vers. 3, 4.) Ahora el fin sobre ti, y enviaré mi furor sobre ti, y te juzgaré según tus caminos, y pondré contra ti todas tus abominaciones. Y no perdonará mi ojo sobre ti, y no tendré misericordia: sino que pondré tus caminos sobre ti, y tus abominaciones estarán en medio de ti: y sabréis que yo soy el Señor. En este capítulo según los LXX Intérpretes el orden ha sido cambiado y confundido: de modo que lo primero es lo último, y lo último, o lo primero o lo medio, y lo medio ahora se transfiere a lo extremo, ahora a lo principal. Por lo cual nosotros, siguiendo tanto el Hebreo como los demás intérpretes, hemos puesto el orden de la verdad. Así que el discurso se dirige a la tierra de Israel, que ha llegado sobre ella el fin y la consumación, y el Señor derrama su furor sobre ella, no injusto, y solo viniendo de la indignación; sino lleno de equidad y razón: para que la juzgue según sus caminos, y le muestre todas sus abominaciones: para que recuerde sus obras, y entienda qué mal ha hecho. Pero lo que dice: No perdonará mi ojo sobre ti, y no tendré misericordia, como un médico muy clemente deseando cortar las carnes podridas, y quemar las heridas cariosas con el cauterio, no perdona, para perdonar: no tiene misericordia, para tener más misericordia; para que no quede en el cuerpo nada podrido y que pueda corromper las carnes vivas por su vecindad. Porque el Señor hiere a quien ama, y castiga a todo hijo que recibe (Heb. XII, 6). De cuya inteligencia es aquello: Yo heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39). Porque toda medicina tiene amargura por un tiempo, pero después los frutos del dolor se muestran en la salud. Algo así también habla Dios por Amós: Porque a vosotros os conocí de todas las tribus de la tierra: por eso castigaré sobre todos vuestros pecados. Porque el Señor conoce a los que son suyos (Amós III, 2). Y pondré, dice, sus caminos y todo el curso de su vida, y sus abominaciones y manchas en medio de ella: para que ante los ojos de la pecadora que es castigada por su salud, se pongan sus pecados pasados. Y cuando el Señor haya hecho esto, sabrán los que han sido atormentados, que él es el Señor. Esto mismo significa también aquel testimonio: Castigaré a Jacob según sus caminos, y según sus invenciones le devolveré (Oseas XII, 2).

(Vers. 5, 6.) Así dice el Señor Dios: Una aflicción, una aflicción, he aquí que viene: el fin ha llegado, ha llegado el fin. Ha despertado contra ti, he aquí que viene. Ha venido la contracción sobre ti, que habitas en la tierra. Esto no se encuentra en los Setenta, pero en su edición de la traducción de Theodotion se ha añadido bajo asteriscos. Pero sigamos el Hebreo. Por aflicción, que según Símaco, que interpretó como κάκωσιν, por claridad hemos puesto: y en Hebreo y en Griego se escribe κακία, o πονηρία: es decir, malicia. Se dice que ha llegado el tiempo extremo de los pecados de la tierra de Israel: para que ya no escape del juicio de Dios, que merecía desde hace mucho tiempo. Y porque aún no había completado sus pecados, por eso se difería el castigo; según lo que está escrito: Porque aún no se han completado los pecados de los amorreos (Gén. XV, 16). Por eso también el Señor a los judíos: Y vosotros, dice, llenad la medida de vuestros padres (Mat. XXIII, 32). Te ha venido, pues, la miseria; te ha venido la aflicción, y te ha venido la cautividad. Y para que no pienses que te estoy amenazando con cosas futuras, te muestro con el dedo y te demuestro. He aquí que viene, ha llegado el fin, ha llegado el fin. El que hasta ahora parecía dormitar y descansar, ha despertado contra ti de repente y se ha levantado. Ha venido la contracción, que en Hebreo se dice SEPHPHIRA, y que Aquila interpretó como προσκόπησιν, es decir, contemplación y prospección, que siempre temías que viniera; y que Theodotion interpretó como πλοκὴν, es decir, el orden y contexto de todos los males. Por lo que se dice sobre ti que habitas en la tierra, debemos entenderlo según lo que dice el Apocalipsis de Juan: ¡Ay de todos los que habitan en la tierra! (Apoc. VIII, 13). Porque el santo no es habitante de la tierra, sino extranjero y peregrino; y dice: Soy extranjero y peregrino, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13). Por lo cual también Abraham es recordado como hebreo, es decir, περάτης y peregrino y transeúnte; apresurándose a pasar de este mundo presente al futuro.

Podemos interpretar este lugar también espiritualmente contra el pueblo de los judíos, sobre el cual vino el fin y la consumación desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien mataron entre el templo y el altar (Mat. XXIII). Porque mientras no pusieron manos en el Hijo de Dios, la sentencia del Señor parecía dormitar para ellos, y se dilataba. Pero cuando mataron al heredero, para que la herencia pereciera: entonces despertó contra ellos, y se levantó todo el orden de miserias y confusión; porque no buscaron lo celestial, sino que desearon aferrarse a la tierra.

(Vers. 7.) Ha venido el tiempo, está cerca el día de la matanza, y no de la gloria de los montes. La palabra hebrea ADARIM que hemos dividido en dos palabras, primero AD, segundo ARIM, según Theodotion, hemos interpretado como gloria de los montes, Símaco lo tradujo como recrastinación, y dijo: Y el tiempo está cerca: día de prisa, y no de recrastinación. Pero los LXX lo tradujeron así: Ha venido el tiempo, se ha acercado el día, no con perturbación, ni con dolores. Theodotion: Ha venido el tiempo, está cerca el día de hambre y no de la gloria de los montes. El tiempo de la matanza y del hambre también se comprueba ahora en el pueblo judío, que no tiene profetas ni la palabra de Dios, con la que se alimenta el alma de los creyentes. Los montes debes entenderlos como maestros, y quienes tienen conocimiento de las Escrituras. De los cuales también se dice en otro lugar: Iluminas maravillosamente desde los montes eternos (Sal. LXXV, 5). Pero los Setenta que dijeron: no con perturbación, y no con dolores, significan que tienen tal ignorancia de Dios y ceguera del alma; que ni se turban en sus crímenes, ni se atormentan con los dolores del arrepentimiento.

(Vers. 8.) Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti, y replicaré mi furor sobre ti, y te juzgaré según tus caminos. Y pondré (o daré) sobre ti todas tus abominaciones. Si desde el quinto año de la transmigración del rey Jeconías hasta el noveno año del reinado de Sedequías, cuando vino Nabucodonosor, y sitió Jerusalén, queremos calcular, habrá tres años intermedios. Por lo cual se dice correctamente: Ahora de cerca derramaré mi ira sobre ti. No te predigo lo que vendrá, ni te amenazo con lo que sucederá mucho después: ahora completaré mi furor sobre ti. Este furor e ira no es sin juicio: sino para devolver tus caminos sobre tu cabeza, y hacerte sentir todas tus abominaciones. También podemos decir sobre la cautividad final, que después de la muerte de Cristo, cuando vino sobre ellos el fin y despertó contra ellos el pecado, se cumplió lo que está escrito: Ahora ha llegado sobre ellos la ira de Dios hasta el fin (I Tes. I, 16). Cuando Tito y Vespasiano rodearon Jerusalén, y llegó su desolación, y se cumplió: He aquí que vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 38). Entonces fueron juzgados según sus caminos, y las blasfemias con las que negaron al Señor; y sintieron el furor de Dios: y toda su indignación fue derramada sobre ellos, y recibieron sus crímenes, para que la destrucción del templo permanezca hasta la consumación.

(Vers. 9.) Y no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia: sino que pondré (o daré) tus caminos sobre ti, y tus abominaciones estarán en medio de ti, y sabréis que yo soy el Señor que hiere. Las causas de la severidad y austeridad, o, como piensan los herejes, de la crueldad de Dios, que no perdona su ojo ni tiene misericordia, las ha expuesto diciendo: Pondré tus caminos sobre ti, y tus abominaciones estarán en medio de ti; para que sientas lo que has hecho, y viendo tus abominaciones ya sea ante ti, o puestas en medio de todos, corrijas tu error con arrepentimiento, y alejándote de tus obras pasadas, cuando odies lo que has hecho, entonces sientas que él es el Señor (Heb. XII). Que por eso hiere para corregir, y castiga a todo hijo que recibe.

(Vers. 10, 11.) He aquí el día, he aquí que viene, ha salido la contracción: ha florecido la vara, ha germinado la soberbia. La iniquidad se ha levantado en la vara de la impiedad, no de ellos, y no del pueblo, ni de su sonido: y no habrá descanso para ellos. LXX: He aquí el día

da a luz, he aquí que viene el fin, ha salido la complexión, y ha florecido la vara, ha germinado la soberbia, se ha levantado la injuria, y destruirá la fortaleza del iniquo, y no con perturbación ni con prisa, y no son de ellos, ni hay belleza en ellos. Se ha contraído, dice, el día y se ha abreviado, y la cautividad está cercana. Ha florecido la vara que durante mucho tiempo os amenazaba, y del florecimiento ha dado fruto de plagas. Vuestra soberbia ha germinado lo que merecíais, para que sobre la vara de vuestra impiedad, con la que golpeabais impíamente a los sometidos a vosotros, se levante la iniquidad, que no es de un pueblo miserable, ni de aquellos que son llevados como bestias por los maestros, ni de su clamor y sonido, con el que en vano vociferaban, seducidos por los sacerdotes y fariseos, para que con voz unánime clamaran y dijeran: Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6). Por lo cual no habrá para ellos descanso, sino cautividad eterna. Pero los Setenta según aquel sentido en el que está escrito: porque no sabéis qué dará a luz el día (Prov. XXVII, 1), dijeron: He aquí el día da a luz, lo que había concebido hace mucho tiempo: y ha venido el fin, y ha salido la complexión, que abarque y contenga todos vuestros males, o como Símaco lo interpretó, inspección, para que Dios vea todo lo que habéis hecho, y considere vuestras obras, y devuelva a cada uno lo que merece. En lo que ellos también tradujeron, ha florecido la vara, podemos usar aquel testimonio: No quites la vara de tu hijo (Prov. XIII, 13). Y el Apóstol: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? (I Cor. IV, 21). Pero también Dios resuena por boca del salmista: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no la quitaré de ellos (Sal. LXXXVIII, 33, 34). Por eso el Señor visita y hiere, para que surja y se manifieste toda la soberbia, que durante mucho tiempo estaba oculta; y se levante la injuria contra la soberbia nacida y germinante, y se destruya la fortaleza del iniquo, no con perturbación, ni con prisa. Porque el fin de la vara floreciente es la salud y corrección, que no viene por el mérito de los que son corregidos, ni por la belleza, que no tienen en sí, sino por la misericordia del Señor. Un lugar difícil, y muy diferente entre el Hebreo y los Setenta, a los que se han añadido muchas cosas de la edición de Theodotion, para que parezcan tener alguna coherencia.

(Vers. 12.) Ha venido el tiempo, se ha acercado el día. No solo se dice a Jerusalén, que le ha llegado el tiempo de la cautividad, y se ha acercado el día en que será rodeada por el ejército babilónico; sino que también al que con graneros construidos y ampliados se regocijaba, el Señor le habla: Necio, esta noche te será quitada tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XI, 20). Por eso también el Apóstol: El tiempo, dice, se ha acortado (I Cor. VII, 29). Y en otro lugar: Porque la figura de este mundo pasa (Ibid., 31). Es de notar que no lo ha diferido al futuro, sino que ha dicho en presente, pasa, y diariamente se desliza la figura del mundo. Porque nunca permanece en el mismo estado; sino que siempre la figura de los que crecen y decrecen pasa y se transforma. Por eso también el Señor: El cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35). Pero si estas cosas en las que todo lo que hay en el mundo está contenido, pasan y transitan, ¿qué puede haber en las cosas humanas que sea perpetuo?

(Vers. 13.) El que compra, no se alegre, y el que vende, no llore. Es natural alegrarse en la compra de posesiones: llorar en la venta. Pero cuando se avecina la servidumbre y la cautividad, tanto el gozo como la tristeza en ambos son vanos. Por eso también el Apóstol: El tiempo se ha acortado. de aquí en adelante, los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran, y los que lloran, como si no lloraran, y los que se alegran, como si no se alegraran, y los que compran, como si no poseyeran, y los que usan de este mundo, como si no usaran (I Cor. VII, 29 ss.). Porque también el diluvio sorprendió a los que compraban y vendían, como dice el Señor en el Evangelio (Mat. XXIV).

Porque la ira sobre todo su pueblo. Esto no se encuentra en los Setenta. Por pueblo puede entenderse multitud y turba según el Hebreo; porque eso significa AMONA (). La causa es

clara de que por eso el que compra, no debe alegrarse, y el que vende, dejar de llorar, porque la ira de Dios está por venir sobre toda la multitud de la tierra de Judá, o Jerusalén. Porque se entiende de lo anterior, en lo que está escrito: Así dice el Señor Dios de la tierra de Israel, etc.

(Vers. 13.) Porque el que vende, no volverá a lo que vendió. Habla según la costumbre hebrea. Toda compra regresaba al vendedor en el año quincuagésimo de remisión, que entre ellos se llama jubileo. Antes, pues, de que llegue el año de remisión, cuando las posesiones regresan a los dueños anteriores, sobrevendrá la cautividad, que quitará toda la costumbre de la ciudad. Por otra parte, lo que los Setenta tradujeron: Porque el que compra, no volverá al vendedor, aunque según la historia no tiene sentido, según la anagogía puede tener este sentido: que digamos que aquel que fue engañado por el error herético, cuando entienda el fraude del maestro, de ninguna manera volverá al vendedor, es decir, al maestro; sino que lo despreciará y menospreciará. Y aún en vida de ellos, porque la visión no regresará a toda su multitud. Así como la posesión no regresará al dueño anterior, con la inminente destrucción de la ciudad: así la visión y la amenaza profética, que se dirige a toda la multitud de la ciudad, de ninguna manera regresará, y no será en vano; sino que se cumplirá en los hechos, mientras aún viven aquellos a quienes se dirige el discurso profético. Esto lo dice para mostrar la inminente cautividad, para que no digan según la costumbre: Esta visión será para días lejanos, y se cumplirá después de mucho tiempo. También podemos decir esto, que después de que la visión profética se haya apartado de los judíos: Porque la Ley y los profetas hasta Juan el Bautista (Mat. XI, 13), después de la muerte del Salvador de ninguna manera regresará a ellos, ni merecerán tener profetas. Y significativamente dice que la visión no regresará a toda la multitud. Por lo tanto, regresará a aquellos que de los judíos creyeron en el Señor, a saber, los apóstoles, y las reliquias del pueblo judío, que de Israel fueron salvadas. Pero estos dos versículos no se encuentran en la edición de los Setenta.

Y el hombre en la iniquidad de su vida no se fortalecerá. LXX: Y el hombre en los ojos de su vida no obtendrá. Y el sentido según el hebreo es: No le aprovechará al hombre su iniquidad, ni le proporcionará ninguna fortaleza. Según los Setenta: Y el hombre, que deseó lo que en el mundo consideró precioso, no obtendrá; sino que, perdiendo la libertad, se perderá todo lo que es hermoso. La ambigüedad de las letras hebreas IOD y VAU, que solo se distinguen por el tamaño, hizo que algunos interpretaran iniquidad, y otros ojos.

(Vers. 14.) Tocad la trompeta, prepárense todos. LXX: Tocad la trompeta, y juzgad todo. Leemos en muchos lugares sobre el sonido y el toque de las trompetas, como allí: Alza tu voz como trompeta (Is. LVIII, 1); y en otro lugar: Tocad la trompeta en la luna nueva, en el día señalado de nuestra solemnidad (Sal. LXXX, 3); y en el Apóstol: Porque el mismo Señor con mandato, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo (I Tes. IV, 5). Y en el Evangelio: No toquéis trompeta delante de vosotros (Mat. VI, 2). Y la historia de los Números narra las trompetas de plata y ductiles (Num. X y XXXI), que se comparan con el discurso profético y la doctrina apostólica. Y ahora se ordena que todos se preparen para la guerra al sonido de la trompeta y la bocina. Por otra parte, lo que dijeron los Setenta, y juzgad todo, no hay duda de que se refiere al poder de los apóstoles. Quienes, después de que suene la trompeta de los ángeles, juzgarán en doce tronos a las doce tribus de Israel. De quienes Pablo hablaba: Juzgaremos a los ángeles (I Cor. VI, 3); y en otro lugar: En vosotros será juzgado el mundo (Ibid., 2). Según el sentido presente, se ordena irónicamente a aquellos que están dedicados a este oficio, tocar la trompeta, para que todos se preparen contra el ejército babilónico.

Y no hay quien vaya a la batalla. Porque mi ira está sobre toda su multitud. Y esto no se encuentra en los Setenta. Dios había ordenado (Num. X) que tocaran la trompeta para preparar el ejército, que pudiera resistir la fortaleza de los babilonios; pero no sirvió de nada haberlo mandado, ya que no hay en el pueblo quien se atreva a salir a la guerra. Por eso el pueblo está debilitado, y carece de fuerzas para luchar, porque toda la ira de Dios está sobre toda su multitud, se sobreentiende de la ciudad de Jerusalén, o de la tierra de Judá. Pero también en nuestra tierra y Jerusalén, cuando la persecución pública o los incentivos de varios vicios intentan superarnos, en vano los maestros tocan la trompeta, y se apresuran a prepararnos para la guerra, cuando no hay fortaleza en el pueblo, que por eso ha sido retirada, porque los pecados presentes han merecido la ira de Dios.

(Vers. 15, 16.) Espada afuera, peste y hambre adentro. El que esté en el campo morirá por la espada: y el que esté en la ciudad, será devorado por la pestilencia y el hambre. Y serán salvados los que huyan de ellos: estarán en los montes como palomas de los valles, todos temblorosos, cada uno en su iniquidad. Los Setenta, palomas de los valles, o, como tradujo Theodotion, meditando, lo omitieron por completo. Y lo que nosotros hemos interpretado, todos temblorosos: cada uno en su iniquidad, Theodotion lo tradujo así: todos murmurando, cada uno en su iniquidad; para que bajo la metáfora de las palomas meditando, signifique que cada uno del pueblo llora su pecado, y entiende y siente por qué sufre esto. Las tres partes de los otros que en la ciudad mueren por la pestilencia y el hambre, y de los otros que la espada mata afuera, y de aquellos que han escapado de la cautividad por la fuga, leemos arriba: de los cuales el que sea salvo, pasará a los montes, y como palomas murmurantes, tembloroso llorará sus pecados. Tropológicamente, debe entenderse así, que el que está en el campo y en el campo, fuera de los límites de la ciudad del Señor, que se interpreta como Iglesia, es herido por la espada del adversario, pero el que ha vivido negligentemente en la ciudad, y no se ha preparado alimentos, de los cuales está escrito en los Proverbios: El que labra su tierra, se saciará de pan (Prov. XII, 11), este morirá de hambre y pestilencia. Pero pocos, que hayan evitado la espada de los herejes, o el hambre de su propia negligencia, y la muerte, no serán salvados sino en los montes, y a menos que tomen las alas de la paloma, y vuelen, y descansen. Estas palomas, mientras están en los valles, tiemblan y temen a cada cosa: de las cuales se nos manda imitar la inocencia, y de las cuales está escrito en el salmo: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma estarán plateadas, y las partes traseras de su espalda en el pálido oro (Sal. LXVII, 14): en cuya figura descendió el Espíritu Santo, y permaneció sobre el Señor Salvador. Y bellamente según Theodotion llamaremos paloma meditando (Mat. III), a aquel que medita en la ley del Señor día y noche, y de quien está escrito: La boca del justo meditará sabiduría (Sal. XXXVI, 30).

(Vers. 17.) Todas las manos se debilitarán, y todas las rodillas fluirán con agua. Y se ceñirán de cilicio, y el temor los cubrirá. Por las rodillas fluyendo con agua, los Setenta tradujeron, los muslos se contaminarán con humedad. Cuando todos hayan temblado, y hayan huido a las montañas, las manos de todos se debilitarán, y nadie podrá resistir a los enemigos, y por la magnitud del miedo, la orina contaminará las rodillas: ni podrá la vejiga contener las aguas que fluyen. Se ceñirán de cilicio, y el temblor lo poseerá todo. Esto sucedió en aquel pueblo, no solo bajo los babilonios, sino también bajo los romanos, cuando la ira de Dios llegó hasta el final. Sin embargo, también en nuestra Judea en la que está la confesión del Señor, cuando se multipliquen las iniquidades, y se enfríe la caridad de muchos, todas las manos de las buenas obras se debilitarán, y todas las rodillas, o muslos fluirán con agua de aquellos que buscaron concubinatos ilícitos, y a quienes en la ley se les llama gonorreicos, es decir, que sufren flujo de semen, y la Escritura los llama inmundos. Por lo tanto, los que son así, deben ceñirse de cilicio de penitencia, y temer el juicio venidero. Quien haga esto, merecerá

escuchar a Isaías diciendo: Fortaleced las manos debilitadas: y las rodillas débiles, robustecedlas (Is. XXXV, 3).

(Vers. 18.) En todo rostro confusión, y en todas las cabezas calvicie. El rubor del rostro es indicio de vergüenza, y la conciencia de los pecados brilla en el rostro: y hay esperanza de salvación, cuando al delito sigue la vergüenza. Por eso a aquella que con corazón duro se gloriaba en sus pecados, se le dijo: Tienes rostro de prostituta, no sabes avergonzarte (Jer. III, 3). La calvicie de la cabeza también es signo de luto, cuando se pierde el decoro de la cabellera, y se pierde la belleza de los cabellos. Por eso se dice a Jerusalén: Por el adorno de tu cabeza tendrás calvicie, por tus obras (Is. III, 17). Y otro profeta dice: Todas las cabezas en todo lugar serán rapadas, y a todos se les afeitará la barba (Jer. XLVIII, 37). También Miqueas a la misma Jerusalén: Rásgate, y afeita sobre los hijos de tus delicias, extiende tu calvicie como el águila (Miq. I, 16). Y sobre los muertos se ordena hacer calvicie. Solo los santos, es decir, los nazareos, y los que han merecido llegar al sacerdocio del Señor, no se afeitan la cabeza (Num. VI). Porque no tienen obras de muerte, ni son inmundos, porque son nazareos, es decir, santos del Señor. Si alguien muere junto a ellos, todos los días anteriores de su santificación no serán contados. Samuel era santo de Dios, y por eso poseía adornos eternos de la cabeza: y escuchó aquello del Cantar de los Cantares: Tus rizos son negros como el cuervo (Cant. V, 11). Pero Sansón, porque perdió su cabellera, perdió su fortaleza (Jue. XVI): y poco a poco, al renacer los cabellos, regresaron las fuerzas anteriores, para que matara a muchos más muriendo que viviendo. Elías, aunque tenía calvicie en el cuerpo, sin embargo, porque era nazareo del Señor, disfrutaba de los rizos de la cabeza. Por eso los niños, porque eran niños, y aún no habían llegado a la edad de hombre, burlándose de su calvicie y diciendo: Sube, calvo: sube, calvo (II Rey. II, 23), fueron desgarrados por las mordeduras de las fieras; cuyo hábitat son los bosques y selvas.

(Vers. 19.) Su plata será arrojada afuera, y su oro será como estiércol. LXX: Su plata será arrojada en las calles, y su oro será despreciado. Obligados por la fuga y la cautividad, arrojarán sus riquezas y el peso del oro y la plata en las calles: deseando solo salvar sus almas, para que no sean un peso lo que antes fue lujo. De lo contrario, también según la anagogía, todos los cautivos y fugitivos de Jerusalén arrojarán su plata en las calles, en el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte, porque dejaron el estrecho sendero de la salvación. Y todo el oro será despreciado, o será considerado como estiércol e inmundicia. Porque no puede tener pureza, quien está fuera de la Iglesia del Señor.

Su plata y su oro no podrán liberarlos en el día de la ira del Señor. Y esto no se encuentra en los Setenta. No hay duda de que en tiempo de asedio y hambre, el oro y la plata no liberan a los hambrientos: y al golpear el metal precioso con los dientes, se rompen como si fuera una piedra durísima. Por eso sigue:

No saciarán su alma, y sus vientres no se llenarán. Por los males presentes hemos aprendido que muchos ricos entre la seda, las gemas, y el peso del oro y la plata, consumidos por la indigencia, han tenido el fin de los mendigos. La plata y el oro de aquellos que están fuera de la Iglesia, no liberarán las almas de los poseedores en el día de la ira del Señor: sino que tendrán hambre eterna, y serán atormentados con el vientre vacío, lo muestra aquel testimonio en el que se dice: La redención del alma del hombre, sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). Las propias riquezas son, las que nos enseñó la verdad de Cristo (Luc. XVI), quien ordenó que hiciéramos amigos con el mamón de iniquidad, que nos reciban en las moradas eternas.

Porque el escándalo de su iniquidad se ha hecho. Por eso, dice, el oro y la plata de los poseedores ni saciarán su alma, ni llenarán su vientre, porque este mismo oro y plata, se ha hecho el escándalo de sus crímenes. Significa, sin embargo, los ídolos, que hechos de oro y plata, condenan a sus propios artífices. Por lo cual los Setenta tradujeron: porque fue el tormento de sus iniquidades, para que en su error iniquo sean atormentados, y entiendan que mal han convertido los dones de Dios en blasfemia.

(Vers. 20.) Y el adorno de sus joyas lo pusieron en soberbia, e hicieron imágenes de sus abominaciones y de sus ídolos de ello. LXX: Pusieron las cosas elegidas del mundo en soberbia, e hicieron imágenes de sus abominaciones, y sus tropiezos de ellas. Lo que yo, dice, les había dado en adorno de los poseedores y riquezas, ellos lo convirtieron en soberbia, para que de lo que podían liberar su alma por limosnas y buenas obras, de ello tuvieran materia de arrogancia. Por lo tanto, de oro y plata hicieron ídolos, y mis dones los convirtieron en imágenes de demonios. Por lo que dijeron los Setenta, Pusieron las cosas elegidas del mundo en soberbia, se refiere al oro y la plata: que en el mundo nada se considera más precioso. Y lo que sigue: Sus tropiezos, sepamos que fue añadido por Theodotion. El sentido es fácil según la tropología, que el oro y la plata, los sentidos y las palabras de las Escrituras que son elegidas del mundo, y que nos fueron dadas en adorno, los herejes los pusieron en fomento y materia de soberbia, e hicieron imágenes de diversos dogmas y abominaciones y tropiezos de ellos: para que por lo que podían adorar y venerar a Dios, de ello ofendieran a Dios.

(Vers. 21.) Por eso les di eso en inmundicia: y lo daré en manos de extranjeros para que lo saqueen: y a los impíos de la tierra en botín, y lo contaminarán. LXX: Por eso les di eso en inmundicia: y lo entregaré en manos de extranjeros, para que lo saqueen, y a los pestilentes de la tierra en botín, y lo contaminarán. Porque de oro y plata, y de los adornos de las joyas que les di, hicieron imágenes de sus abominaciones y de sus ídolos, por eso les di eso en inmundicia y en estiércol. Por lo cual Symmachus interpretó, náusea, queriendo expresar las inmundicias de los ídolos. Y lo entregaré, dice, en manos de los enemigos, para que saqueen todo, y no tanto lo contamine, como demuestre que está contaminado, lo que antes parecía ser santísimo. También nosotros somos entregados en manos de los enemigos y extranjeros de Dios, cuando hacemos de nuestros adornos ídolos de demonios, y toda nuestra gloria es poseída por los impíos, o pestilentes de la tierra, para que nos sometan a su poder.

(Vers. 22.) Y apartaré mi rostro de ellos: y violarán mi secreto: y entrarán en él emisarios (o como tradujeron los Setenta temerariamente; o como Symmachus y Theodotion, irrumpiendo, y pestilente) y lo contaminarán. Cuando, dice, por las causas anteriores de las abominaciones del pueblo aparte mi rostro de ellos, y no los juzgue dignos de mis ojos: entonces violarán mi secreto, que significa el Santo de los santos, por lo cual los Setenta tradujeron, visita (para mostrar que en los santos de Dios había presencia) y los impíos y pestilentes de la tierra irrumpirán en ellos: que excepto los sacerdotes y el sumo sacerdote nadie más se atrevía a entrar. Lo cual sabemos que fue hecho tanto por los babilonios, como por el rey Antíoco y Cneo Pompeyo, y finalmente bajo Vespasiano y Tito, cuando el templo fue capturado y destruido, y todo lo que el siguiente discurso del profeta abarca fue perpetrado. También a nuestras malas obras Dios aparta su rostro: y porque el rostro está apartado, por eso se viola el secreto de Dios, para que en lugar de sacerdotes y santos de Dios entren los pestilentes, y contaminen todo: para que el lugar que debía ser de santidad, se convierta en lugar de inmundicia, según aquello del Evangelio: La casa de mi Padre será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. XXI, 13).

(Vers. 23.) Haz una conclusión, porque la tierra está llena de juicio de sangre, y la ciudad está llena de iniquidad. LXX: Y traeré perturbación, porque la tierra está llena de juicio de sangre,

y la ciudad está llena de iniquidades. La palabra hebrea ARETHIC (), Aquila la interpretó como conclusión, Symmachus y Theodotion como καθήλωσιν, es decir, confixión. Por lo cual los Setenta pusieron φυρμὸν, que nosotros traducimos como perturbación. Por lo tanto, oh profeta, concluye brevemente mi ira sobre la tierra de Judá, y sobre la ciudad de Jerusalén, para que así como la tierra está llena de juicio de sangre, todos son juzgados en sangre, derramando sangre inocente: lo cual la Escritura recuerda que los judíos hicieron en la persona de Nabot: así también se derrame su sangre, y se demuestre que la ciudad está llena de iniquidad. Porque también bajo Manasés la ciudad de Jerusalén se llenó de sangre de profetas de puerta a puerta (I Rey. XXI). Y vendrá sobre ellos la conclusión, y la perturbación y la confixión, para que nadie pueda escapar de las miserias inminentes.

(Vers. 24.) Y traeré a los peores de las naciones, y poseerán sus casas. Y esto no se encuentra en los Setenta. En lugar de sacerdotes y profetas, traeré a los peores de todas las naciones, los babilonios, para que posean vuestras casas, y os sometan a servidumbre. Pero también nuestras casas, es decir, nuestras almas (porque somos templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en nosotros (I Cor. VI) serán poseídas por los peores demonios, si nuestra tierra está llena de sangre, y la habitación llena de iniquidad.

Y haré cesar la soberbia de los poderosos: y poseerán sus santuarios. LXX: Y apartaré el estruendo de su fortaleza: y se contaminarán sus santos. Toda soberbia ofende a Dios. Por eso los peores de las naciones poseerán las casas de los poderosos y soberbios, y obtendrán sus santuarios, porque el lugar de santidad es ingresado por el impuro, y lo contamina con su inmundicia. Significativamente, porque los santuarios de Dios fueron contaminados, y su secreto violado, no dijo, poseerán mis santuarios, sino sus santuarios: porque después de la contaminación dejaron de ser míos.

La angustia está cerca. LXX: La propiciación vendrá. Según el orden anterior, correctamente Aquila y Theodotion interpretaron, que la angustia está cerca: y Symmachus, el dolor. Sin embargo, los Setenta en medio de todas las cosas tristes, pusieron una palabra de alegría: para que el ánimo del que llora sea sostenido, y espere entre las adversidades, cosas mejores, y al Señor propicio; de quien está escrito: El Señor levanta a los caídos (Sal. CXLV, 8). Nosotros, sin embargo, según Symmachus, unimos la primera sentencia con la posterior, para que dijéramos:

(Vers. 25.) Cuando sobrevenga la angustia, buscarán la paz, y no la habrá. Esto, según los Setenta, no puede sostenerse en absoluto. Pues si viene la propiciación, ¿cómo buscarán la paz y no la encontrarán? Buscará la paz y no la encontrará aquel que oyó de los apóstoles: Paz a esta casa (Mat. X, 12), y no la guardó, ni la hizo descansar en su mente, sino que, expulsada por malas obras, no puede encontrarla. Esa es la paz que supera todo entendimiento (Filip. IV, 7), y que el Salvador, ascendiendo victorioso al Padre, dejó a los apóstoles (Juan XIV).

(Vers. 26.) Vendrá perturbación sobre perturbación, y rumor sobre rumor. LXX: ¡Ay sobre ay será, y mensajero sobre mensajero! Así como a los santos se les dice: Alegraos, otra vez os digo, alegraos (Filip. IV, 2); y de ellos está escrito: Irán de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8), para que los bienes presentes se acumulen con los futuros: así también a aquellos sobre quienes viene la angustia, y que buscaron la paz y no la encontraron, vendrá perturbación sobre perturbación, o ay sobre ay, según lo que está escrito en el Apocalipsis: un ay pasó, y otro ay vendrá pronto (Apoc. IX, 12). Y vendrá rumor sobre rumor, y mensajero sobre mensajero; según aquello del bienaventurado Job: Mientras aún hablaba uno, vino otro

mensajero (Job I, 16), aumentando males con males, y describiendo el estruendo y la multitud del babilonio que se aproxima.

Y buscarán visión del Profeta: y la ley perecerá del Sacerdote, y el consejo de los ancianos. Propiamente se buscan cosas específicas de personas específicas. La profecía de lo futuro se busca del profeta. La interpretación de la ley es oficio del sacerdote. El consejo prudente lo busca la edad madura; según lo que está escrito: En el consejo de los santos [o justos] y en la congregación, grandes son las obras del Señor (Sal. CX, 1, 2). Esto no solo en aquel tiempo, cuando el ejército babilonio venía contra Jerusalén, se buscaba de los profetas, sacerdotes y ancianos; sino que diariamente se busca en las Iglesias. Si pierden la visión, la ley y el consejo, en vano se jactan de tener profetas, sacerdotes y ancianos.

(Vers. 27.) El rey llorará, y el príncipe se vestirá de tristeza, o, según los Setenta, de destrucción: que no sé qué queriendo, omitieron por completo lo que expresamos del hebreo, el rey llorará. Sin embargo, la santa Escritura recuerda que Sedecías y todos los príncipes del pueblo de los judíos estaban consumidos por la tristeza. Podemos, aunque a primera vista parezca blasfemo, decir que el rey que llora nuestros vicios y pecados es Cristo, quien habla en los Salmos: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? (Sal. XXIX, 10). Y acercándose a Jerusalén lloró sobre ella, y dijo: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los enviados a ti; cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mat. XXIII, 37). Los príncipes también, o bien serán los apóstoles en buen sentido, que lloran por los pecadores; o en el contrario, aquellos a quienes se les dice: Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma (Isa. I, 11). Y se vestirá, según los Setenta, de destrucción, quien no tiene la armadura de Dios, ni está vestido de Cristo. Porque todos los que han sido bautizados en Cristo, de Cristo se han revestido (Gál. III, 27).

Y las manos del pueblo de la tierra se turbarán, o, según los Setenta, se disolverán. Cuando no haya visión en el profeta, ni conocimiento de la Ley en el sacerdote, ni consejo en los ancianos: y el rey llore, y el príncipe esté en tristeza, o en destrucción, consecuentemente las manos del pueblo se turbarán, perdiendo su orden, o se disolverán, no teniendo la antigua fortaleza. Y bellamente no se dice pueblo de Dios, cuyas manos se turbarán, y que no tiene ciudadanía en el cielo; sino pueblo de la tierra, de quien está escrito: Los que se apartan de ti serán escritos en la tierra (Jerem. XVII, 13).

Según su camino haré con ellos, y según sus juicios los juzgaré, o, como tradujeron los Setenta, los vengaré. Dios retribuye a los pecadores según sus caminos, para mantener la verdad del juicio. Sin embargo, en los santos excede el límite de la clemencia. Porque no son dignos los sufrimientos de este tiempo presente para la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Porque el salario del pecado es muerte (Ibid. VI, 23), que el pecador recibe según sus caminos y obras. Sin embargo, la virtud de los justos disfruta de la generosidad del Señor, de la cual Pablo habla: El don de Dios es vida eterna. Y lo que añadió: y según sus juicios los juzgaré, suena a lo evangélico: con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados (Mat. VII, 1). Y lo apostólico: Porque en el juicio en que juzgas a otro, te condenas a ti mismo. Pues haces lo mismo que juzgas (Rom. II, 1).

Y sabrán que yo soy el Señor. Este versículo se pone frecuentemente en este profeta, porque a los castigos y tormentos sigue el conocimiento de Dios, para que a quien no entendían por los beneficios, lo reconozcan por los tormentos.

LIBRO TERCERO.

Nada es largo que tiene fe, y toda la serie de tiempos pasados no aprovecha: a menos que tal vez se haya preparado un viático de buenas obras, que siempre miran hacia el futuro, más bien hacia lo eterno, y no se limitan por ningún término. Es verdadera la sentencia: Todo lo que nace muere, y lo que crece envejece. Y en otro lugar: Porque no hay obra ni cosa hecha a mano que no consuma y acabe la vejez. ¿Quién creería que Roma, construida con victorias de todo el orbe, caería, que ella misma se convertiría en madre y sepulcro de sus pueblos: que todas las costas de Oriente, Egipto, África, antaño de la ciudad dominante, se llenarían con el número de esclavos y esclavas: que diariamente la santa Belén, nobles de ambos sexos, y antes abundantes en todas las riquezas, recibiría mendigos? A quienes, puesto que no podemos ayudar, nos condolamos, y unimos lágrimas con lágrimas: y ocupados con la carga de la santa obra, mientras no permitimos ver a los que confluyen sin gemido, hemos omitido las explicaciones en Ezequiel, y casi todo estudio, y deseamos convertir las palabras de las Escrituras en obras, y no decir lo santo, sino hacerlo. Por lo cual, nuevamente advertidos por ti, oh virgen de Cristo Eustoquio, retomamos el trabajo interrumpido, y emprendiendo el tercer volumen, deseamos satisfacer tu deseo: rogándote a ti y a los demás que lo leerán, que no consideren nuestras fuerzas, sino el deseo, de los cuales uno es de la fragilidad humana, el otro de la santa voluntad en el Señor.

(Cap. VIII.---Vers. 1.) Y sucedió en el año sexto, en el sexto mes, en el quinto día del mes, yo estaba sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados delante de mí. En el quinto año de la transmigración de Jeconías, en el cuarto mes, el quinto día del mes, leemos que la visión superior fue hecha al profeta. Pero esta que ahora queremos exponer, se recuerda hecha en el sexto año del mismo rey, en el sexto mes, el quinto día del mes. De lo cual es evidente que después de un año y dos meses se hicieron estas cosas que están escritas, y o bien la profecía fue interrumpida por un año y dos meses, o bien durante catorce meses completos se llevaron a cabo las cosas que el discurso anterior conecta. Pero en el sexto año y sexto mes, y quinto día del mes, que los números se refieren a la fábrica del mundo, y a los sentidos carnales, que contemplan las cosas terrenales, y aún no contemplan las celestiales, no se maravillará de que se haya hecho la profecía, quien entienda que el discurso se dirige a los ancianos de Judá. De los cuales setenta tenían incensarios, y veinticinco adoraban al sol en el templo, y el profeta estaba sentado en su casa huyendo de la multitud; y los ancianos de Judá estaban sentados delante de él, o deseando escuchar las palabras del profeta, o acechando sus discursos. Y significativamente se les llama ancianos de Judá, para que entendamos que no se dice nada a Israel, es decir, a las diez tribus, que fueron capturadas antes, sino a aquellos que de la tribu de Judá fueron llevados en cautiverio con Jeconías.

(Vers. 2.) Y cayó sobre mí allí la mano del Señor Dios. Y vi, y he aquí una semejanza como el aspecto de fuego desde el aspecto de sus lomos hacia abajo, y desde sus lomos hacia arriba, como el aspecto de resplandor, como la visión de ámbar. LXX: Y fue sobre mí la mano de Adonai el Señor: y vi, y he aquí una semejanza como la especie de un hombre desde sus lomos hacia abajo, fuego, y desde sus lomos hacia arriba como + visión de aura ** como visión de ámbar. El término hebreo no contiene hombre. Y la visión de aura, que no está en los Setenta, la añadimos de Teodoción. Y por lo que dijimos, cayó sobre mí la mano del Señor, Símaco tradujo, me cayó la mano del Señor, que en hebreo se dice TEPHPHOL (). La mano significa ἐνέργειαν, es decir, obras, para que pueda conocer los sacramentos de la visión. Y esto debe considerarse, que no ve las verdades mismas; sino la semejanza de fuego, porque desde los lomos hacia abajo apareció fuego; y desde los lomos hacia arriba como el aspecto de resplandor, como la visión de ámbar. Por resplandor, que en hebreo se dice ZOR (), Teodoción tradujo aura, para mostrar los refrigerios de Dios en lo alto. Finalmente, en el volumen de los Reyes, el bienaventurado Elías no contempla la venida del Señor en

tempestad y torbellino, ni en los ardores del fuego; sino en el aspecto de una aura tenue y suavísima, para comprobar la mansedumbre del Dios Omnipotente. Pero las obras del coito, que se significan en los lomos, hacia abajo, se purgan con fuego. Y las obras de las virtudes, que se elevan desde los lomos hacia arriba, tienen resplandor y fulgor, y sin embargo, ni el fuego se dice hasta los pies; ni el resplandor del ámbar hasta la cabeza, sino hacia abajo y hacia arriba, para que tanto en los pecadores como en los santos, por la diversidad de méritos, uno llegue hasta este y aquel miembro; otro hasta aquellos y aquellos. Y así como los que tienen la perfección de la santidad, llegan hasta la cima, así los que están en el profundo de los pecados, se cree que alcanzan las plantas de los pies ígneos.

(Vers. 3.) Y extendida la semejanza de una mano me tomó por el mechón de mi cabeza. LXX: Y extendió la semejanza de una mano, y me tomó por la franja de mi cabeza. Y aquí se extiende la semejanza de una mano, no la mano misma, pues en Dios no hay nada corporal. Y parece una mano, como un miembro del cuerpo humano y acostumbrado, para que no aterre al que es tomado y comprendido. Pues si hubiera tocado al profeta en la semejanza de una serpiente, o de cualquier otra bestia, esa disimilitud de miembros habría aterrorizado al tomado. Y se comprende una parte de los cabellos, porque la comprensión de toda la cabeza, la naturaleza humana no la soporta. Por mechón, los Setenta tradujeron κράσπεδον, es decir, franja: de los cuales uno se toma en los cabellos, el otro en las vestiduras.

Y me elevó el espíritu entre la tierra y el cielo. Primero se comprende por la semejanza de una mano; después se eleva por el espíritu, que el espíritu no lo eleva inmediatamente al cielo, sino entre la tierra y el cielo, para que dejando lo terrenal, se apresure al cielo. Podemos también decir esto, que por las buenas obras, el profeta fue comprendido por la semejanza de la mano de Dios, y por el conocimiento de las cosas espirituales se eleva por el espíritu.

(Vers. 4). Y me llevó a Jerusalén en visión de Dios, junto a la puerta interior que miraba al norte, donde estaba erigido el ídolo de los celos para provocar la emulación. Y he aquí allí la gloria del Dios de Israel, según la visión que había visto en el campo. LXX: Y me llevó a Jerusalén en visión de Dios a la entrada de la puerta que mira al norte: donde estaba la estatua del poseedor. Y he aquí estaba allí la gloria del Señor Dios de Israel según la visión que vi en el campo. Esto que se encuentra en algunos códices: + Y en la estatua la imagen de los celos ** fue añadido de Teodoción. El resto es similar. Cuando dice: me llevó a Jerusalén en visión de Dios, muestra que no fue trasladado en cuerpo, sino en espíritu. Según esta visión podemos contemplar los cielos, las profundidades del mar, y los infiernos, mientras abarcamos las razones de cada uno con el pensamiento. Primero viene a la entrada, que mira al norte, para ver allí la estatua del ídolo de los celos para provocar la emulación; para que desde ese lugar pueda penetrar al interior y ver lo demás, que después se describe. La historia narra que la estatua del ídolo Baal fue puesta en el templo de Dios. Y se llama bellamente ídolo de los celos, porque provoca al Señor a la emulación y al celo; según lo que se dice en Deuteronomio: Ellos me provocaron a celos con lo que no era Dios: y yo los provocaré a celos con una nación que no es (Deut. XXXII). Además, porque celo y posesión, que en hebreo se dice CENA (), se llaman con el mismo nombre, por estatua de los celos, los Setenta tradujeron estatua del poseedor. Finalmente, cuando nació Caín, dijo la madre, He poseído un hombre por Dios (Gén. IV, 1), aludiendo al nombre de Caín con la posesión del hombre. Y allí estaba la gloria del Dios de Israel, no porque se deleitara con tal vecindad; sino para borrar con su presencia el ídolo de los celos y el templo. Por eso también la subversión de la ciudad y del templo sigue después de poco tiempo. Y en Isaías está escrito, que la cama angosta no puede acoger a dos, y el manto corto no puede cubrir a ambos (Isa. XXVIII); significando la Escritura aquello del Apóstol: ¿Qué consenso hay entre Cristo y Belial? ¿El templo de Dios y el ídolo? (II Cor. VII, 25).

(Vers. 5.) Y me dijo: Hijo de hombre, levanta tus ojos hacia el camino del norte. Y levanté mis ojos hacia el camino del norte: y he aquí desde el norte de la puerta del altar, el ídolo de los celos en la misma entrada. Por lo que pusimos: Desde el norte de la puerta del altar, el ídolo de los celos en la misma entrada, los Setenta tradujeron: Desde el norte a la puerta oriental, que no se encuentra en hebreo; dejando el resto de lo que está escrito allí. Dijo, dice, a mí, o la gloria de Dios, que había visto en el campo, o el espíritu que me elevó entre el cielo y la tierra. Y me habló, después de trasladarme a Jerusalén, y hacerme ver la ciudad o el templo, y me mandó que levantara los ojos hacia el camino del norte. Allí estaba puesta la estatua de Baal, que llama ídolo de los celos, en la misma entrada de la puerta. Aquellos que refieren el ídolo de los celos, o del poseedor, a la gloria de Dios, o al espíritu, actúan impíamente, cambiando la persona del ídolo por la majestad de Dios.

(Vers. 6.) Y me dijo: Hijo de hombre, ¿acaso ves tú lo que estos hacen: las grandes abominaciones que la casa de Israel hace aquí: para que me aleje de mi santuario? Y aún vuelto, verás abominaciones mayores. No pienses, dice, que injustamente dejo el templo, y lo abandono para que sea destruido, mira lo que hacen en el templo. Y cuando hayas visto eso, no pienses que es el fin de los crímenes, aún verás cosas mayores. Esto puede entenderse también de nuestra Jerusalén, y de nuestro templo, cuando a ejemplo de Ofni y Finees (II Reg. II) cometemos crímenes de idolatría en el tabernáculo de Dios; y fornicamos con aquellos que se han consagrado al servicio y ministerio de Dios; y arrancamos las primicias de sus sacrificios, dándolas para el uso de clientes y siervos, y hacemos todo por causa de lucro. Pero si estas cosas son tan grandes que las vemos, ¿cuánto mayores deben considerarse las que escapan a la conciencia humana?

(Vers. 7 y ss.) Y me introdujo a la puerta del atrio: y vi, y he aquí un agujero en la pared. Y me dijo: Hijo de hombre, cava la pared. Y cuando hube cavado la pared, apareció una puerta. Y me dijo: Entra, y ve las abominaciones más perversas que estos hacen aquí. Esto que traduje: Y vi, y he aquí un agujero en la pared, no se encuentra en los Setenta. Y porque todo se muestra como en imagen y pintura, dice que vio un agujero en la pared, y se le ordena que lo cave, y lo haga más grande, para que, abierto el agujero, pueda entrar más ampliamente y ver lo que no podía ver desde fuera. Por lo cual se muestra que tanto en las Iglesias, como en cada uno de nosotros, por pequeños vicios se muestran mayores, y como por ciertos agujeros, se llega a las máximas abominaciones. Porque por los frutos se conoce el árbol (Mat. XII, 33, 34); y de la abundancia del corazón, habla la boca. Las palabras que brotan son signo del hombre interior: así como el lascivo, porque oculta astutamente sus vicios, a veces lo delata una palabra obscena; y la avaricia latente en el interior la indica el deseo de una pequeña cosa. Porque por las menores se muestran las mayores, y la conciencia no puede disimularse con el rostro y los ojos, mientras la mente lujuriosa y lasciva brilla en el rostro; y los secretos del corazón se indican con el movimiento del cuerpo y los gestos.

(Vers. 10.) Y entré y vi: y he aquí toda la semejanza de reptiles, y animales abominables: y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared alrededor por todo. No solo el ídolo de los celos estaba en la entrada de la puerta del Norte, sino que también todas las paredes del Templo estaban pintadas con diversas imágenes de ídolos: de modo que no había bestia que no mostrara la pintura de la pared. Esto lo vemos hasta ahora en los templos de los ídolos y en los santuarios de los gentiles, que una religión necia adora toda clase de bestias. De donde también Virgilio dice: "Monstruos de dioses de toda clase, y el ladrador Anubis", como si no fueran también monstruos aquellos que alaba contra Neptuno y Venus, y contra Minerva. Podemos también mostrar en las paredes de nuestro templo ídolos pintados, cuando

estamos sujetos a todos los vicios, y pintamos en nuestro corazón la conciencia de los pecados, y diversas imágenes. De las cuales se dice también en el Salmo: "Señor, en tu ciudad destruirás su imagen" (Salmo 72, 20). Y en otro lugar: "Sin embargo, el hombre camina en imagen" (Salmo 38, 7). Lo que significa que no hay hombre que no tenga alguna imagen, ya sea de santidad o de pecado. Por eso se dice a los furiosos y coléricos: "Su furia es según la semejanza de la serpiente: como la áspid sorda que tapa sus oídos, que no escuchará la voz de los encantadores" (Salmo 56, 5). Y de los hombres malvados: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mateo 3, 7). Y de los astutos y fraudulentos: "Id, decid a esa zorra" (Lucas 13, 32). Y de los amantes de las mujeres: "Se han vuelto para mí como caballos en celo por las mujeres: cada uno relinchaba tras la esposa de su prójimo" (Jeremías 5, 8). También de los brutos y necios: "No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. Y de nuevo: "Con freno y brida sujeta sus mandíbulas, para que no se acerquen a ti" (Salmo 32, 9). Y muchas cosas semejantes. Pero esto que hemos puesto: "Y he aquí toda la semejanza de reptiles y animales", no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 11.) Y setenta hombres de los ancianos de la casa de Israel, y Jezonías hijo de Safán estaba en medio de ellos, de pie ante las pinturas, y cada uno tenía un incensario en su mano, y el vapor de la nube del incienso subía. Cuando dice que había setenta hombres de los ancianos de la casa de Israel, que tenían incensarios en sus manos, muestra que había muchos otros sacerdotes que no hacían esto, sino que tal vez estaban sujetos a otros pecados: y que uno llamado Jezonías hijo de Safán estaba en medio de ellos, como el príncipe de su crimen y sacrilegio, que dejando la religión de Dios, adoraban ídolos, y en el templo no adoraban a Dios, cuyo era el templo, sino las pinturas de las paredes. Y se dice bellamente: "Estaba Jezonías hijo de Safán", es decir, de su juicio y condenación en medio de los sacerdotes de pie, porque tanto el príncipe como aquellos de quienes era príncipe, estaban firmes en sus crímenes, y no vacilaban en el mal; sino que persistían con gran firmeza: y el vapor de la nube y la confusión y el torbellino, que surgía del incienso, mostraba los sacrilegios de los que ofrecían. Esto sucedió en ese tiempo según la letra. Sin embargo, también debemos orar para que los ancianos de la casa de Israel, multiplicando el número sagrado de siete por siete décadas, no permanezcan en sus errores, y adoren las pinturas de los ídolos, y el vapor del sacrilegio suba o se levante resistiendo a Dios. Cuando veamos al pueblo malvado congregado, del cual está escrito: "Odié la asamblea de los malignos" (Salmo 26, 5); y a los superiores peores que el pueblo, y a un príncipe aún más malvado, que está al frente del pueblo y de los sacerdotes, digamos que Jezonías está de pie ante las pinturas, y que cada uno tiene incensarios en sus manos, adorando no la majestad de Dios, sino sus propias opiniones, y que no llega a Dios el olor de buena fragancia, sino el hedor a los ídolos.

(Vers. 12.) Y me dijo: Ciertamente ves, hijo de hombre, lo que hacen los ancianos de la casa de Israel en las tinieblas, cada uno en el escondite de su cámara. Porque dicen: No nos ve el Señor: el Señor ha abandonado la tierra. Por lo que, dice, hacen en el templo congregados juntos, se muestra lo que cada uno hace en su cámara. Pero según la anagogía se puede entender mejor, lo que algunos príncipes de las Iglesias hacen en las tinieblas, que son cosas vergonzosas de decir. Este es el hombre oculto del corazón, del cual se dice: "Entra en tu cámara" (Miqueas 6, 4). Y de nuevo: "El que ve en lo oculto te recompensará" (Mateo 6, 6). Que cada uno recuerde su conciencia, y recuerde las obras de las tinieblas en las tinieblas, y sepa que está escrito: "Todo el que hace lo malo, odia la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas por la luz" (Juan 3, 20; 1 Tesalonicenses 5). Y entenderá que se ha cumplido en él: "El que se embriaga, de noche se embriaga" (Proverbios 23, 20). Lo cual no puede ser entendido literalmente. Pues cuántos se embriagan en los banquetes y festines del día. Pero porque la embriaguez del corazón que ofende a Dios es de las tinieblas, y no de la

luz, por eso cualquiera que se embriaga, de noche se embriaga. Pero cuando los ancianos de la casa de Israel hayan hecho el mal en las tinieblas y en el escondite de sus cámaras, y hayan pensado que pueden ocultarse de Dios, entonces consecuentemente dirán: "No nos ve el Señor, el Señor ha abandonado la tierra". Y hay muchos pecadores y caminantes según sus pensamientos, que no creen que Dios se preocupe por las cosas mortales, ni que nuestros vicios le conciernan. Ciertamente cuando pecamos, si pensáramos que Dios ve y está presente, nunca haríamos lo que le desagrada. Por lo que sigue, "El Señor ha abandonado la tierra", es también la opinión de algunos filósofos, que por el curso y la constancia de los astros, sospechan que hay providencia en los cielos, y que las cosas terrenales son despreciadas, ya que nada recto ni según el orden se lleva a cabo en la tierra.

(Vers. 13, 14.) Y me dijo: Aún volviéndote verás abominaciones mayores que estas que ellos hacen. Y me introdujo por la puerta de la casa del Señor, que miraba al Norte; y he aquí mujeres sentadas llorando a Tamuz. A quien nosotros hemos interpretado como Adonis, y el hebreo y el sirio lo llaman THAMUZ (תמוז): de donde, según la fábula gentil, en el mes de junio el amante de Venus y bellísimo joven fue asesinado, y después se dice que revivió, llaman al mismo mes de junio con el mismo nombre, y celebran una festividad anual en su honor, en la cual es llorado por las mujeres como muerto, y después resucitado es cantado y alabado. Consecuentemente, después de que se ha mostrado lo que los príncipes y ancianos de la casa de Israel hicieron en el templo y en las tinieblas de sus cámaras, también se describen los vicios de las mujeres, que lloran privadas de la compañía de sus amantes, y se regocijan si pueden obtenerlos. Y porque la misma gentilidad interpreta sutilmente tales fábulas de los poetas, que tienen indecencia, siguiendo la muerte y resurrección de Adonis con llanto y alegría: de las cuales una se muestra en las semillas, que mueren en la tierra, y la otra en las cosechas, en las que las semillas muertas renacen, piensan que se muestra; nosotros también llamemos mujeres a aquellos que se entristecen o se regocijan por los males y bienes del mundo, con ánimo blando y afeminado: y digamos que lloran a Tamuz, es decir, aquellas cosas que en el mundo se consideran las más bellas.

(Vers. 15, 16.) Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre: aún volviéndote verás abominaciones mayores que estas. Y me introdujo en el atrio interior de la casa del Señor, y he aquí en la puerta del templo del Señor entre el vestíbulo y el altar como veinticinco hombres, con sus espaldas hacia el templo del Señor, y sus rostros hacia el Oriente, y adoraban al sol naciente. Lo que nosotros hemos interpretado como vestíbulo según Símaco, quien puso προπύλον, por lo que los Setenta y Teodoción tradujeron el mismo término hebreo AELAM (אֵילָם): la primera edición de Aquila, προστάδα: la segunda, interpretó AELAM del templo, que nosotros podemos expresar como pórtico del templo: o atrio cubierto, que estaba entre el templo y el altar. Y porque leímos antes, después del ídolo de los celos, que apareció en la puerta del Norte: "Aún volviéndote verás abominaciones mayores"; y mostradas las pinturas de todas las bestias en la pared, que adoraban setenta sacerdotes, y Jezonías hijo de Safán, teniendo incensarios en sus manos, se dice por segunda vez: "Aún volviéndote verás abominaciones mayores que estas que ellos hacen", porque las mujeres estaban sentadas llorando a Adonis; después del tercer pecado también se dice: "Aún volviéndote verás abominaciones mayores que estas". ¿Cuál es, pues, la mayor abominación de los tres crímenes anteriores? Evidentemente la cuarta que sigue: "He aquí en la puerta del templo del Señor entre el vestíbulo y el altar como veinticinco hombres, con sus espaldas hacia el templo del Señor, y sus rostros hacia el Oriente, y adoraban al sol naciente", porque, despreciando al Señor, es decir, al Creador, adoraban al sol, es decir, a la criatura del Señor, cuando el mismo Señor ordenó por medio de Moisés (Deuteronomio 12), que de ninguna manera debían adorar a Dios al estilo de los gentiles hacia el Oriente: sino que en cualquier

parte del mundo que estuvieran, ya sea al Oriente, al Occidente, al Sur o al Norte, adoraran hacia el templo, donde se creía que el Señor habitaba en el santo de los santos. Lo cual también leemos que hizo Daniel en Babilonia (Daniel 6), quien con las ventanas de su cámara abiertas, adoraba al Señor hacia el templo, que estaba en Jerusalén. Nadie duda que esto fue un sacrilegio según la letra. Según la anagogía, todos los herejes son peores que los anteriores, es decir, el ídolo de los celos y las figuras pintadas en la pared de los animales, y el llanto de Adonis, por los cuales se muestra la idolatría y el placer, lo sabrá aquel que entienda al profeta diciendo: "Pero tú odiaste la disciplina, y echaste mis palabras detrás de ti" (Salmo 50, 17). Y en otro lugar: "Volvieron contra mí la espalda que retrocede" (Jeremías 2, 27). ¿O ignoramos a Marción y a los demás herejes, que desgarran el Antiguo Testamento, despreciando al Creador, es decir, al Dios justo, para adorar y adorar a otro Dios bueno, que han inventado de su propio corazón? Y todos los herejes de nuestro tiempo, que predican al Hijo de Dios como criatura, y sin embargo lo adoran, dejando el templo de la divinidad y teniéndolo detrás de ellos, con su propia confesión dicen que adoran a la criatura. Pero nosotros adoramos al sol de justicia, de modo que adoramos a Dios en el templo del Antiguo Testamento, donde están la Ley y los Profetas, donde están los Querubines y el propiciatorio. Los que nosotros hemos traducido como veinticinco hombres, los Setenta pusieron veinte; y en algunos ejemplares, cinco de Teodoción han sido añadidos.

(Vers. 17.) Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre: ¿es esto poco para la casa de Judá, para que hagan estas abominaciones que han hecho aquí, porque llenando la tierra de iniquidad, se han vuelto para irritarme? Y he aquí que aplican una rama a sus narices. Por lo que nosotros hemos dicho: "Y he aquí que aplican una rama a sus narices", los Setenta tradujeron: "y he aquí que ellos como burlándose", a los que de Teodoción se añadió, "Extienden una rama"; para que todo sea junto: "Y he aquí que ellos extienden una rama como burlándose". Por lo que interpretó Símaco, "como emitiendo un sonido en semejanza de canto por sus narices". Significa, pues, que los veinticinco hombres, que están firmemente establecidos en un cuadrado, y por los cinco sentidos a través de cinco veces cinco, forman la figura cuadrangular, no solo tienen el templo detrás de ellos, sino que al igual que los ídolos aplican una rama a sus narices: sin duda alguna de palmas, que en griego se llaman βαΐα, para que por esto se signifique que adoran ídolos. De hecho, Job entre otras virtudes también dice que nunca mirando al cielo y al sol, y a la luna, y a las estrellas brillantes, "besó su mano" (Job 31), es decir, adoró a las criaturas. La interpretación de Símaco, sin embargo, significa un sonido feo y ronco que sale de las narices en desprecio de Dios. Y todos los herejes, que han llenado la tierra de iniquidad, y se han vuelto a la falsa ciencia, para provocar al Señor a la ira, deben ser considerados: cuando quieran alabar a Dios, más bien blasfeman con un sonido vergonzoso, o desprecian, se burlan, y desprecian al Dios del Antiguo Testamento.

(Vers. 18.) Por tanto, yo también actuaré con furia: no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia. Y cuando clamen a mis oídos con gran voz, no los escucharé. Lo que sigue, "y cuando clamen a mis oídos con gran voz, no los escucharé", no se encuentra en los Setenta. Por todas estas cosas que han hecho, yo actuaré con furia, y no perdonará mi ojo, ni tendré misericordia. Al escuchar esto, los antiguos herejes calumnian al Creador como cruel y sanguinario; y no piensan en el apóstol Pablo, que ciertamente es apóstol del buen Dios (como ellos quieren), escribiendo a los Corintios, "Si vuelvo otra vez, no perdonaré" (2 Corintios 13, 2); para que con la vara corrija a los que delinquen, y a los errantes los devuelva a la salvación. Porque aquellos que no entienden lo que les conviene, y frecuentemente oran por cosas contrarias, les conviene que no sean escuchados por el Señor. Por eso también en la oración del Señor decimos: "Hágase tu voluntad" (Mateo 6, 10). No nuestra voluntad, que suele errar: sino tu voluntad, que conoce el futuro. Y a veces es de gran felicidad no merecer

misericordia en el presente. Y a estos, por tanto, que son de la casa de Judá, y se han apartado de la confesión de la Iglesia, el Señor no perdonará. Y cuando clamen con gran voz, de la cual el Señor dijo: "El clamor de ellos ha llegado a mí" (Génesis 18): sin embargo, el Señor no los escuchará: para que, obligados por los males, entiendan lo que han hecho.

(Cap. IX.---Vers. 1.) Y clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Se han acercado las visitaciones de la ciudad. Por visitaciones, los Setenta tradujeron venganza. Porque a mí me pertenece la venganza y yo retribuiré, dice el Señor (Deuteronomio 32, 35). Y toda venganza es una visitación como de un enfermo, como de alguien que tiene heridas, como de alguien que espera manos médicas, según lo que está escrito en otro lugar: "Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no apartaré de ellos" (Salmo 89, 33, 34). Y correctamente (como dijimos antes) se dice que la visitación o venganza se acerca con la cautividad cercana.

Y cada uno tiene un vaso de destrucción en su mano. No dijo, tenía, como tradujeron los Setenta. Pues no narra cosas pasadas, sino que muestra presentes y futuras. Quien, por tanto, golpea a los malos en lo que son malos, y tiene vasos de destrucción, para matar a los peores, es ministro del Señor.

(Vers. 2, 3.) Y he aquí que seis hombres venían del camino de la puerta superior, que mira hacia el norte, y cada uno tenía en su mano un instrumento de destrucción. También había un hombre en medio de ellos vestido de lino, y tenía un tintero de escriba en sus lomos; entraron y se detuvieron junto al altar de bronce. Y la gloria de Dios de Israel fue tomada del querubín que estaba sobre él hacia el umbral de la casa. Y llamó al hombre que estaba vestido de lino y tenía el tintero de escriba en sus lomos. En cuanto a "lino", que nosotros interpretamos según Symmachus, los LXX lo tradujeron como "ποδήρη"; Theodotion usó el término hebreo BADDIM (); Aquila lo tradujo como "principal". Nuevamente, donde dijimos "y el tintero de escriba en sus lomos", los LXX pusieron: "Y un cinturón de zafiro sobre sus lomos"; Theodotion, "κάστυ de escriba en su mano"; Aquila, "μελανοδοχεῖον", es decir, "tintero de escriba en sus lomos"; Symmachus, "tablas de escriba tenía en sus lomos". Y donde nosotros tradujimos "umbral de la casa", los Setenta y Theodotion pusieron "τὸ αἴθριον", es decir, "vestíbulo al aire libre". En cuanto al "instrumento de destrucción" que cada hombre tenía en sus manos, solo los Setenta lo interpretaron como "hacha". Por lo tanto, para borrar los pecados de los hombres, que fueron creados en el sexto día de la creación del mundo, vienen seis hombres y descienden de la puerta superior, o como los LXX tradujeron, "elevada" hacia el norte. Y cada uno tenía un hacha en sus manos, de la cual Juan habla: "Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego" (Mat. III, Luc. III, 9). Y había en medio de los seis hombres uno, es decir, un séptimo, vestido con vestiduras de lino en el hábito de un pontífice, y tenía un tintero de escriba en sus lomos, con el cual describía los pecados de todos y separaba el número de los santos de los pecadores: o un cinturón de zafiro del color de la piedra de zafiro, que es un adorno del sumo sacerdote. Y los seis hombres salieron y se detuvieron junto al altar de bronce. Había dos altares: uno de incienso, dorado por dentro; y otro ante el templo, de bronce para holocaustos. Se dice que se detuvieron junto al altar, listos para el mandato del que ordena, para que cualquiera que vean allí sin pecados perdonados, sepan que está sujeto a la sentencia del Señor y a la muerte. Y la gloria de Dios de Israel ascendió, o fue tomada de un querubín, y fue al umbral, o al atrio al aire libre de la casa y del vestíbulo, que no está cubierto por un techo, sino que disfruta de la libertad del aire. Y esa misma gloria del Señor llamó al hombre que estaba en el hábito de un pontífice y tenía un tintero en sus lomos, y le dijo lo que la Escritura testifica. Algunos interpretan a los seis hombres como seis ángeles que obedecen la

voluntad de Dios; y al único que tenía las vestiduras de pontífice, lo entienden como el Salvador; según aquello que es Sacerdote y Ángel del gran consejo, y aquello que se dice: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. CIX, 4). "Ποδήρη", que los Setenta tradujeron, es una de las ocho vestiduras del pontífice, que en latín se llama "talaris"; y por descender hasta los pies, ha recibido este nombre. Sobre la vestidura del pontífice hace muchos años escribí un libro, al cual remito al lector para su explicación. Pues no puedo decir todo en todos los lugares, y lo que la primera edición de Aquila y Theodotion dijeron "κάστυ", para lo cual en hebreo se lee CESATH (), cuando pregunté al hebreo qué significaba, me respondió en lengua griega que se llama "καλαμάριον", porque en él se guardan los cálamos. Nosotros decimos "tintero", porque tiene tinta. Muchos lo llaman más significativamente "estuches", porque son estuches de los cálamos de los escribas. De los cuatro querubines, un querubín es enviado por la gloria de la majestad del Señor, para hablar con aquel que estaba vestido con las vestiduras de pontífice. Y aunque muchos piensan que "τὰ χερουβεὶμ" se dice en género neutro y número plural, debemos saber que en singular se dice "Querub", en género masculino, y en plural del mismo género "Querubim": no porque haya sexo en los ministros de Dios, sino porque cada uno, según la propiedad de su lengua, se llama en diferentes géneros. Los ángeles se llaman en número plural "Malachim", y "Querubim", y "Serafim" del mismo género y número. Además, "sabaoth", que se interpreta como "milicias", o "ejércitos" y "virtudes", se dice en género femenino, número plural, y termina en la última sílaba OTH (). Los que quieren entender al Salvador bajo la figura del pontífice, usan el ejemplo del Apocalipsis de Juan, en el cual está escrito: "Y me volví, y vi la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro: y en medio de los candelabros, uno semejante al Hijo del hombre" (Apoc. II, 12, 13), y lo demás.

(Vers. 4 seqq.) Y el Señor le dijo: Pasa por en medio de la ciudad, en medio de Jerusalén, y marca un THAU sobre las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a ellos les dijo, oyéndome: Pasad por la ciudad detrás de él, y herid: no perdone vuestro ojo; ni tengáis misericordia. Matad al anciano, al joven, y a la virgen, al niño, y a las mujeres hasta el exterminio. Pero a todo aquel sobre quien veáis el THAU, no lo matéis: y comenzad desde mi santuario. Se le ordena al que estaba vestido con la vestidura talar, o de lino, y llevaba el hábito sacerdotal, que ponga una señal sobre las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalén. Por "señal", que los Setenta, Aquila y Symmachus tradujeron, Theodotion puso el mismo término hebreo THAU, que es la última de las veintidós letras hebreas, para demostrar el conocimiento perfecto en los hombres que gimen y se lamentan. O, como dicen los hebreos, porque la Ley entre ellos se llama THORA (), que se escribe con esta letra al principio de su nombre; ellos recibieron esta señal, que habían cumplido los preceptos de la Ley. Y para venir a lo nuestro, en las antiguas letras hebreas, que hasta hoy usan los samaritanos, la última letra THAU tiene la similitud de una cruz, que se pinta en las frentes de los cristianos, y se marca con la frecuente inscripción de la mano. Hay quienes piensan que, porque según el alfabeto hebreo esta es la última letra, se demuestra que en la multitud de pecadores, quedan restos de santos. Los que gimen y se lamentan son salvados; que no solo no consintieron en las malas obras, sino que también lloraron los pecados ajenos, según lo que Samuel lloró por Saúl (III Reg. XVI), y el apóstol Pablo por aquellos que después del pecado no hicieron penitencia. Por lo cual él mismo decía: "Los que estamos en este tabernáculo, gemimos" (II Cor. V, 2). Y en otro lugar: "Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón" [Al. en mi corazón]. Y se ordena a los seis hombres que, excepto aquellos que pueden decir: "La luz de tu rostro, Señor, ha sido marcada sobre nosotros" (Sal. IV, 7), maten a todos, no perdonen al anciano, ni al joven, ni a la virgen, ni al niño, ni a la mujer. Según los entendimientos místicos, los ancianos son en la

Iglesia de quienes se dice: "La prudencia del hombre es su canicie" (Sap. IV, 8); los jóvenes que están más dispuestos a las batallas de la fe; las vírgenes, que conservan la castidad con toda su mente; los niños, que son alimentados con la leche de la infancia, y aún no perciben el alimento sólido; las mujeres, que por la fragilidad del sexo, testifican la debilidad del alma. A todos estos no se les perdona, si sin el signo de Cristo creen ser algo. Y lo que sigue: "Y comenzad desde mi santuario", o, como los Setenta tradujeron, "y comenzad desde mis santos", o significa a los sacerdotes, que estaban en el templo y adoraban ídolos; o a aquellos que por el mérito del sacerdocio eran llamados santos en el pueblo, y que fueron la causa del pecado en los pueblos, merecieron primero los castigos. Porque es tiempo (I Cor. VII), que el juicio comience por la casa de Dios.

(Vers. 7.) Comenzaron, pues, con los hombres ancianos que estaban ante la faz de la casa. Y les dijo: Contaminad la casa: y llenad los atrios de muertos. Llenad los atrios de muertos. Por "atrios", que en hebreo se dice ASEROTH (), los LXX pusieron "caminos". Pero los hombres ancianos son asesinados, de quienes leímos antes que tenían incensarios y quemaban incienso a los ídolos. Y no hay ninguna religión del templo: porque, ofendido el Dios de la religión, todo está contaminado, para que de donde vino el pecado, de allí sea el juicio. Y los atrios se llenan de cadáveres en el templo, y no los caminos, que ciertamente estaban afuera, a menos que tal vez podamos entender por caminos las plazas de la ciudad. Y los ángeles no se atrevían a contaminar el templo con la sangre de los muertos, en el cual antes habitaba la gloria de Dios, a menos que el Señor de la gloria que se retiraba lo hubiera ordenado. Todo el que ha muerto por el pecado, contamina los atrios del templo, y los caminos de la ciudad del Señor, en los cuales vive: quien resucita con Cristo, deja de estar muerto.

Y salieron, y golpeaban a los que estaban en la ciudad. O, como otros tradujeron: "golpeaban la ciudad"; llamando a la misma ciudad por los que estaban en ella.

(Vers. 8.) Y cuando la matanza se completó, yo quedé: y caí sobre mi rostro, y clamando dije: ¡Ay [Vulg. Ay, ay, ay], Señor Dios, entonces, ¿destruirás todas las reliquias de Israel, derramando tu furor sobre Jerusalén? Con todos los que no tenían la señal caídos por la matanza, el profeta cae sobre su rostro, por la multitud de los muertos, pensando que no quedaba nadie más que él. Lo cual, porque parecía ser contrario a la sentencia en la que el Señor había ordenado que los hombres con las frentes marcadas no fueran asesinados, por eso en la edición Vulgata se omitió. Pero nosotros, siguiendo la verdad hebrea, pusimos, "yo quedé". Y es de notar que no dijo, "solo": lo cual si hubiera dicho, parecería ser contrario; sino "yo quedé", para que se entienda con los demás, que tenían las frentes marcadas. Para que sepamos que esto se dijo de manera significativa, "yo quedé", en el libro de los Reyes, cuando Elías habla a Dios: "Tus altares han sido demolidos, y yo he quedado solo, y buscan mi vida para quitármela" (III Reg. XIX, 14); puso "solo", porque no sabía que otros habían quedado. Algunos piensan que esto puede entenderse de la persona del Señor, en cuyo tipo precedió Ezequiel, sobre el pueblo de los judíos: cuando todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles (Sal. XIII). Y el Profeta testifica: "Sálvame, Señor: porque el Santo ha desaparecido" (Sal. II, 1). Solo el Señor fue encontrado, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II). Y lo que añadió: "derramando tu furor sobre Jerusalén", la palabra "derramar" muestra la magnitud de los castigos, como leemos en otro lugar: "Se derramó el desprecio sobre los príncipes" (Sal. CVI, 40). Y de nuevo: "Casi se derramaron mis pasos" (Sal. LXXII, 2). Y en buena parte: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones" (Rom. V, 5). Y: "La gracia ha sido derramada en tus labios" (Sal. XLIV, 3). Y en lo contrario: "Derrama tu furor sobre las naciones que no te conocieron, y sobre los reinos que no invocaron tu nombre" (Jerem. X; Sal. LXXVIII, 6). Y: "Derrama la espada, y concluye frente a aquellos que me persiguen" (Sal. XXXIV, 3).

(Vers. 9, 10.) Y me dijo: La iniquidad de la casa de Israel y de Judá es muy grande. Y la tierra está llena de sangre, y la ciudad está llena de perversión. Porque dijeron: El Señor ha abandonado la tierra, y el Señor no ve. Por tanto, mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia: sus caminos sobre sus cabezas devolveré. Viendo el Señor a su profeta llorar por el pueblo, y admirarse de la magnitud de la indignación, responde las causas: no como él pensaba, de un castigo injusto o que excedía la medida, sino de una sentencia merecida y justa. La iniquidad, dice, de las diez tribus de Israel y de las dos tribus de Judá es grande, y no solo grande, sino muy grande. Y esto no es suficiente, sino que repite, "muy", para que por la magnitud de la iniquidad, haya magnitud de castigo. De lo cual aprendemos, no como muchos piensan, y especialmente los estoicos, que los pecados son iguales; sino que son grandes o pequeños, y según la calidad y medida de los pecadores, hay diversidad en el juicio del que castiga. La tierra está llena de sangre, o como los Setenta tradujeron, "de pueblos": y la ciudad está llena de perversión; o, como la edición Vulgata tiene, "de iniquidad e inmundicia": no se ha derramado poca sangre, sino de puerta a puerta: y toda la ciudad se ha desviado del culto de Dios, y en lugar de eso está llena de inmundicia, es decir, de las suciedades de la idolatría. La causa de tantos crímenes es que pensaron que no había providencia sobre la tierra, ni que Dios se ocupaba de las cosas mortales, según lo que leemos en otro lugar (Virgilio, l. IV, Eneida): "Ciertamente, este es el trabajo de los dioses, esta preocupación inquieta a los tranquilos". Porque ellos pensaron que no había providencia: o que la que había estado antes en los pueblos, en este tiempo había abandonado a su pueblo: por eso el ojo de Dios no perdonará, ni tendrá misericordia: para que, castigando los vicios, sea apacible con las virtudes: y devolverá sus caminos y pecados sobre sus cabezas, o sobre el principal (ἡγεμονικὸν) del corazón, o sobre los príncipes del pueblo, según el libro de los Números, en el cual se dice que las cabezas de los pueblos son príncipes.

(Vers. 11.) Y he aquí el hombre que estaba vestido de lino, que tenía el tintero en sus lomos, respondió diciendo: He hecho como me mandaste. LXX: Y he aquí el hombre que estaba vestido con poder (es decir, con vestidura talar) y ceñido con un cinturón en sus lomos, y respondió diciendo: He hecho como me mandaste. Él es el hombre al que se le ordenó pasar por en medio de Jerusalén, y poner una señal en las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas sus iniquidades. Dice, pues, que ha cumplido los mandamientos del Señor, y ha marcado con la señal de la letra THAU las frentes de los que lloran. Pero los seis hombres a quienes el Señor había ordenado, diciendo: "Pasad por la ciudad detrás de él, y herid: no perdonéis a nadie hasta el exterminio", no informan nada similar. Pues no cumplieron una sentencia de alegría, sino de tristeza, que no se prueba con palabras, sino con hechos. Y en este lugar, por "ποδήρη", es decir, "vestidura talar", que interpretaron los Setenta, Theodotion puso el mismo término hebreo BADDIM (); Symmachus, "lino"; Aquila, "principal", o "estola". Por "cinturón" también Symmachus puso "tablas"; Aquila, "tintero"; Theodotion, "κάστυ".

(Cap. X.---Vers. 1, 2.) Y vi, y he aquí en el firmamento que estaba sobre la cabeza de los querubines como una piedra de zafiro: como la apariencia de la semejanza de un trono apareció sobre ella. Y dijo al hombre que estaba vestido de lino, y dijo: Entra en medio de las ruedas, que están debajo de los querubines: y llena tus manos de brasas de fuego, que están entre los querubines: y derrama sobre la ciudad. Sobre el firmamento que estaba sobre los querubines, y sobre la piedra de zafiro, que tenía la semejanza de un trono, y sobre las ruedas que seguían a los animales, basta con haber dicho antes, y que el lector esté contento con esa explicación. Ahora bien, lo que se le ordena a aquel que estaba vestido de lino, por lo cual los Setenta en este lugar interpretaron "estola", que tome brasas de fuego de en medio de los querubines, y las derrame o esparza sobre la ciudad, me parece mostrar que después de la

matanza y la muerte de muchos, y en las calles los cadáveres de los muertos, se toma el fuego de las brasas, para castigar o purificar Jerusalén: según lo que está escrito en Isaías: "Lo santificó en fuego ardiente, y devorará como heno la materia" (Isa. X, 17). Estos son los carbones, que para remedio de la lengua y la mentira, desolando los vicios y pecados, el Profeta interrogado desea: "¿Qué se te dará, y qué se te añadirá a la lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso con carbones desoladores" (Sal. CXIX, 3, 4). Y podremos encontrar muchas cosas de este tipo en las Escrituras sagradas; de las cuales hemos hablado frecuentemente. Solo hay que notar que en Isaías, que solo había pecado en el habla, y había dicho que tenía labios inmundos, para purificarlo se toma un solo carbón con tenazas. Pero aquí, porque era una ciudad llena de iniquidad, y después de los castigos con los cadáveres de los muertos, se toman varios carbones de fuego, y no con una mano, sino con ambas, para que toda Jerusalén sea purificada. Aunque también debe entenderse que no para purificación, sino para penas y tormentos, las brasas de fuego deben ser tomadas, que se derramen sobre Jerusalén.

(Vers. 3 seqq.) Ingresó en mi presencia. Los querubines estaban a la derecha de la casa cuando el hombre entró, y la nube llenó el atrio interior. Y la gloria del Señor se elevó desde encima del querubín hasta el umbral de la casa, y la casa se llenó de nube, y el atrio se llenó del resplandor de la gloria del Señor. Y el sonido de las alas de los querubines se escuchaba hasta el atrio exterior, como la voz del Dios omnipotente hablando. Y cuando ordenó al hombre vestido de lino, diciendo: Toma fuego de en medio de las ruedas que están entre los querubines, él entró y se detuvo junto a la rueda. Y el querubín extendió la mano de en medio de los querubines hacia el fuego que estaba entre los querubines, y lo tomó y lo puso en las manos del que estaba vestido de lino. Quien, al recibirlo, salió, y apareció en los querubines la semejanza de una mano humana debajo de sus alas. Viendo el profeta, entra el hombre que estaba vestido con una túnica larga o de lino, y como los LXX ahora cambian la interpretación, una estola santa, aunque en hebreo se usa una sola palabra BADDIM (), y los demás intérpretes persisten en la traducción comenzada. Entra, como se dice en segundo lugar, en medio de las ruedas que están debajo de los querubines, para llenar sus manos con carbones encendidos. Cuando entró, se detuvo solo junto a la rueda, y ya sea por la tristeza de la inminente destrucción de Jerusalén, o por la magnitud de la gloria, asombrado, no extendió su mano hacia el fuego, sino que uno de los querubines, es decir, el querubín extendió la mano y tomó el fuego que estaba en medio de los querubines, y lo puso en la mano del que estaba vestido de lino. Quien, al recibirlo, salió; y sin embargo, la Escritura no dice qué hizo al salir: para que la triste narración del hecho se dejara más bien a nuestra inteligencia que a nuestros ojos. Al entrar el hombre que estaba vestido de lino, los querubines estaban a la derecha de la casa, para que las virtudes santas y celestiales parecieran ocupar la parte derecha de la casa de Dios, y aquellas que son enviadas para el castigo, de las cuales está escrito: "Envío por ángeles malos" (Salmo LXXVII, 49), se cree que ocupan las partes izquierdas. Y cuando la gloria del Señor se elevó del querubín, que iba a entregar los carbones de fuego al hombre; y pasó al umbral de la casa, inmediatamente el atrio se llenó de nube, oscuridad y tinieblas. Porque en presencia de la majestad del Señor, no se ejercen castigos, y la gloria del Señor se ve en el atrio, de lo cual está escrito: "El sonido de las alas de los querubines se escuchaba hasta el atrio exterior". En lugar de sonido en hebreo, se pone voz: que tenía la semejanza de la voz del Dios Omnipotente hablando. Por lo cual los Setenta tradujeron: "como la voz del Dios SADDAI (); que Aquila, Símaco y Teodoción tradujeron como ικανὸν, que significa fuerte y poderoso. Nota, lector, en qué se concuerdan o discrepan esta y la visión anterior, para que de la comparación de ambas, sin nuestra advertencia, entiendas los divinos misterios, y aquello que antes advertí, que tanto en el firmamento, como

en el trono, y en la mano del hombre no se dice la verdad, sino la semejanza. Porque no contemplamos la gloria del Señor cara a cara con el rostro revelado; sino que vemos todo en semejanza e imagen, mientras estemos rodeados de un cuerpo frágil, corruptible y mortal (I Cor. XIII).

(Vers. 8 seqq.) Y vi, y he aquí cuatro ruedas junto a los querubines. Una rueda junto a un querubín, y otra rueda junto a otro querubín. Y el aspecto de las ruedas era como la visión de una piedra de crisólito, y su apariencia, una semejanza de cuatro, como si hubiera una rueda en medio de una rueda. Y cuando caminaban, avanzaban en las cuatro direcciones, y no se volvían al caminar, sino que al lugar al que se inclinaba la primera, las demás la seguían, y no se giraban. Y todo su cuerpo, y sus cuellos, y sus manos, y sus alas, y sus círculos, estaban llenos de ojos alrededor de las cuatro ruedas. Y a estas ruedas las llamó volubles, oyéndome. Y uno tenía cuatro caras. Una cara, cara de querubín; y la segunda cara, cara de hombre, y en el tercero, cara de león; y en el cuarto, cara de águila, y los querubines se elevaron. Observa cuál fue primero, o cuántas especies de ruedas, según los LXX, como la visión de tarsis: ahora según ellos, como la visión de carbunclo; para que la semejanza de las alas se muestre a través del fuego que es entregado por el querubín: aunque en hebreo, tanto arriba como aquí, está escrito THARSIS (): que Aquila tradujo como crisólito, Símaco como jacinto. Y nuevamente donde nosotros traducimos: Y todo su cuerpo, que se sobreentiende de las ruedas, en hebreo está escrito: Y todas sus carnes, y sus cuellos, y sus manos, y sus alas, y sus círculos. Nota que se llama carnes en las virtudes superiores, para que cuando leamos: "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción" (I Cor. XV), sepamos que no se condena la sustancia de la carne, sino las obras: BASAR () que se escribe en este lugar, no significa cuerpo, sino carne. Los círculos de las ruedas, los llamó cantos (Sic) de hierro, con los que se ciñe y aprieta la redondez de la madera. Estas ruedas no solo tienen carnes, o cuerpo, o miembros: sino también cuellos, y manos, y alas, para que percibamos las eficiencias de las cosas en cada una, no las imágenes de los miembros. Las mismas ruedas también se llaman en lengua hebrea GELGEL (), que Símaco interpretó como volubles, Aquila como rueda. Por lo que sigue: Oyéndome, hasta el lugar donde está escrito: Se elevaron los querubines, no se encuentra en los LXX; sino que se añadió del hebreo. En lo cual se debe observar que de ninguna manera, como se dice arriba: Cara de hombre, y cara de león a la derecha de los cuatro, y cara de becerro a la izquierda de los cuatro: y cara de águila de los cuatro; para que se crea que unas están a la izquierda, otras a la derecha: sino que se describe el orden igual de todos, diciendo la Escritura: Y uno tenía cuatro caras: Una cara, cara de querubín, y la segunda cara, cara de hombre: y en el tercero cara de león: y en el cuarto cara de águila; para que la primera y la segunda, y la tercera, y la cuarta cara, no se describan por la diversidad de lugares de derecha e izquierda, sino en un solo orden por grados. Y una cara, es decir, la primera, la llamó querubín, por la cual antes había dicho, cara de becerro. De lo cual se entiende que la cara de querubín es la cara de becerro. La explicación de la visión anterior contiene el sentido de todo esto.

(Vers. 15 seqq.) Este es el animal que vi junto al río Quebar. Y cuando los querubines caminaban, las ruedas iban junto a ellos. Y cuando los querubines elevaban sus alas para elevarse de la tierra, las ruedas no se resistían: sino que también estaban junto a ellos. Cuando ellos se detenían, se detenían, y cuando se elevaban, se elevaban. Porque el espíritu de vida estaba en ellos. Todo vive para Dios, y siente a su Creador. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII, 32). Por lo cual también todos los cuerpos de las ruedas están llenos de ojos (Supra I). Y en el salmo se dice: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría" (Sal. XVIII, 1, 2). También el sol y la luna, el mar y los ríos, los

montes y las colinas alaban a Dios, y los elementos se vuelven en su círculo cada año, y comprendemos la razón de los cielos en la tierra, para que conservando el orden de la antigua ley se vuelvan y corran; y no veamos nada nuevo sobre la tierra. Pero lo que se dice: "Este es el animal que vi junto al río Quebar" (Ecles. I), la Escritura muestra que debemos entender lo mismo en la exposición del animal que entendimos antes.

(Vers. 18 seqq.) Y la gloria del Señor salió del umbral del Templo, y se detuvo sobre los querubines. Y elevando los querubines sus alas, se elevaron de la tierra ante mí. Y al salir ellos, las ruedas también los siguieron. Y se detuvo en la entrada de la puerta de la casa del Señor Oriental, y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos. Este es el animal que vi debajo del Dios de Israel, junto al río Quebar: y entendí que eran querubines. Cuatro, por cuatro rostros a uno: y cuatro alas a uno, y la semejanza de una mano humana debajo de sus alas: y la semejanza de sus rostros, los mismos rostros que vi junto al río Quebar, y su mirada y el impulso de cada uno hacia su rostro. La gloria del Señor, o majestad, que había estado en el umbral del templo, se detuvo sobre los querubines. Quienes elevando sus alas, el profeta viendo, se elevaron, las ruedas siguiéndolos, y se detuvo en la entrada de la puerta de la casa del Señor Oriental, y poco a poco la protección de Dios dejó a Israel. Primero estuvo en el templo, luego se detuvo en el atrio del templo o umbral: al retirarse del templo, la nube y la oscuridad llenaron los interiores del templo. Y nuevamente la misma gloria se posó sobre los querubines, y al volar ellos inmediatamente, y al ir a los exteriores, las ruedas los siguieron. Y la gloria se detuvo en la puerta de la casa del Señor Oriental, no en la puerta del templo, sino después del atrio y el umbral en la entrada de la puerta de la casa del Señor Oriental. Cuando el profeta lo vio, dijo: Este es el animal que vi debajo del Dios de Israel, junto al río Quebar, y entendí que eran querubines. ¿Qué había visto de nuevo, que entendiera que eran querubines, que antes no había entendido? Querubines en nuestra lengua es multitud de ciencia: conocimiento de los misterios de Dios, y su trono y descanso. Por lo cual también en el salmo se dice: "Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstalo" (Sal. LXXIX, 2). Porque siempre la gloria del Señor se sienta en la multitud de la ciencia: y entonces se manifiesta, cuando se demuestra que todo es gobernado por providencia; y no se hace nada por casualidad, ni se dice por nadie: "El Señor ha abandonado la tierra, y el Señor no ve" (Supra IX, 9). Por lo cual también la mirada de los querubines y su deseo, es olvidar lo pasado, y extenderse hacia lo futuro (Filip. III).

(Cap. XI.---Vers. 1.) Y el espíritu me elevó, y me introdujo a la puerta de la casa del Señor Oriental que mira hacia el nacimiento del sol. Porque la gloria del Señor salió del umbral del templo, y se detuvo sobre los querubines; y después de que los querubines volaron, la gloria se detuvo en la entrada de la puerta de la casa del Señor Oriental, y el profeta, porque no podía ir por sí mismo, fue elevado por el espíritu, y llevado a la misma puerta de la casa del Señor Oriental, que mira al sol de justicia, de quien está escrito: "He aquí el hombre: su nombre es Oriente" (Zacarías VI, 12): para que no permaneciera en el templo, que estaba confundido por la nube de ignorancia; sino que estando en la puerta de la casa del Señor Oriental, conociera los misterios que siguen.

(Vers. 2 seqq.) Y he aquí en la entrada de la puerta veinticinco hombres, y vi en medio de ellos a Jezonías hijo de Azur, y a Peltías hijo de Benaías, príncipes del pueblo. Y me dijo: Hijo de hombre, estos hombres que piensan iniquidad, y traman consejo perverso en esta ciudad, diciendo: ¿No se han edificado casas hace tiempo? Esta es la olla, y nosotros somos la carne. Por tanto, profetiza contra ellos, profetiza, hijo de hombre. Y el espíritu del Señor cayó sobre mí, y me dijo, habla: Así dice el Señor: Así habéis hablado casa de Israel, y yo conozco los pensamientos de vuestro corazón. Habéis matado a muchos en esta ciudad, y habéis llenado sus calles de muertos. Por tanto, así dice el Señor Dios: Vuestros muertos que

habéis puesto en medio de ella, ellos son la carne, y esta es la olla, y os sacaré de en medio de ella. Temisteis la espada, y traeré espada sobre vosotros, dice el Señor Dios, y os echaré de en medio de ella: y os entregaré en manos de enemigos, y haré juicios en vosotros. Caeréis a espada: en los confines de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor. Esto no será para vosotros olla, y vosotros no seréis en medio de ella carne. En los confines de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor. Lo que sigue, no se encuentra en los Setenta, pero se añadió del hebreo: Porque no habéis andado en mis preceptos, y no habéis hecho mis juicios: sino que habéis obrado según los juicios de las naciones que están a vuestro alrededor. El profeta es asumido según lo que está escrito: "El Señor asume a los mansos" (Sal. CXLVI, 6); o es elevado de la tierra, e introducido a la puerta de la casa del Señor Oriental, para que pueda conocer los misterios de los veinticinco hombres que estaban en la entrada de la puerta, y de Jezonías hijo de Azur, y de Peltías hijo de Benaías, príncipes del pueblo. Estos, pues, que estaban en la entrada de la puerta de la casa del Señor Oriental, desesperando de la salvación, y preparados para la destrucción por la conciencia de sus crímenes, y no queriendo corregir sus pecados por el arrepentimiento, dicen: Aunque recientemente después de la primera cautividad se han edificado casas que antes habían caído, sin embargo, sabemos que esta ciudad es como una olla, y nosotros como carne, para que en ella seamos consumidos y quemados, según lo que está escrito en Isaías: "Si pasa la tormenta, no nos llevará" (Isaías XXVIII, 15). Mientras ellos decían esto, el espíritu del Señor cayó sobre el profeta; y le ordena por segunda vez que profetice, y diga: Porque habéis dicho esto, y los secretos de vuestros corazones no me engañan, yo os interpretaré cómo la ciudad es considerada como una olla, y vosotros como carne: no según el sentido que habéis hablado; sino según otro que no teméis. Ciertamente la ciudad es en semejanza de olla, pero no se llenará con vuestra carne; sino con la de aquellos que habéis matado. Pero vosotros que pensáis que moriréis en esta ciudad, os sacaré de en medio de la ciudad, y os entregaré en manos de enemigos: y haré juicios en vosotros; para que cuando caigáis a espada, no en la ciudad, ni fuera de los límites de Israel, sino en los confines de vuestra provincia, entonces conoceréis que yo soy el Señor. Y se dice por segunda vez: En los confines de Israel os juzgaré, y sabréis que yo soy el Señor. Pero todas estas cosas las sufriréis, porque no habéis andado en mis preceptos; y no habéis hecho mis juicios, sino que habéis obrado según los crímenes de las otras naciones alrededor de vosotros. Y aunque según la letra es manifiesto lo que se dice, dejando por un momento los nombres de Jezonías y Azur, Peltías y Benaías, que reservamos para otro tiempo, se debe decir que hasta hoy en la Iglesia, que es la casa del Señor, y ante la puerta, y en la entrada, o en el camino de la puerta, que significa al Salvador, por quien entramos al Padre, hay veinticinco hombres, refiriendo todo a los sentidos. Y tanto como no escapa a mi memoria, nunca he podido encontrar este número en buen sentido: aunque en el Levítico se eligen para el ministerio sacerdotal desde los veinticinco años; en hebreo no tiene este número, que en los Setenta se dice, sino el treinta, que se contiene en el comienzo de este profeta, y en la edad del Señor, cuando vino a las aguas del Jordán, y fue bautizado por Juan (Luc. III). Pero si en el Evangelio se encuentran cinco vírgenes prudentes, y cinco insensatas (Mat. XXV), sepamos que este número está en medio, y por la calidad de los que lo usan, puede ser referido tanto a buen como a mal sentido. Estos hombres, pues, que refieren todo a los sentidos, y tienen dos príncipes, de los cuales hablamos antes, están contenidos en un número dual, que divide la unidad, y en el número del segundo día no es visto por el Señor, según la verdad hebrea. Por lo cual también en el Arca de Noé, se introducen de dos en dos los inmundos (Génesis VI). Pero el Señor, uniendo la división en uno, hizo de ambos uno, y rompió la pared intermedia, condenando las enemistades en su carne (Efesios II). Por lo cual también dice algo más augusto y sublime: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 3), para que nos llame de la dualidad judía a la unidad de la fe cristiana. Finalmente, perdido el pontificado de los judíos, el Señor sufre no bajo un solo príncipe, sino bajo dos, Anás y

Caifás: para mostrar el error dividido de su religión. Hay muchos en la entrada de esta puerta ante la casa del Señor Oriental, que se comparan a las naciones por sus vicios, y por la conciencia de sus pecados desesperan de la salvación, y dicen: La ciudad en la que estamos es una olla, y todos nosotros carne, y seremos consumidos por el ardor babilónico, cuyas flechas son encendidas: no queriendo hacer penitencia, y desesperando de la salvación; por lo cual oyen, que no son ellos la carne de la ciudad pasada y perdida, sino aquellos a quienes han escandalizado, y a quienes han matado. Por eso se les trae la espada, para que después de ser juzgados en los confines de Israel, no entre las naciones, sino entre los cristianos, entonces reconozcan que él es el Señor según lo que se lee en los Salmos: "Cuando los mataba, lo buscaban" (Salmo LXXVII, 34): para que a quien no habían sentido por los beneficios, lo reconozcan por los tormentos.

(Vers. 13.) Y sucedió que mientras profetizaba, murió Falatías, hijo de Benaías; y caí sobre mi rostro, clamando con gran voz, y dije: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿Vas a acabar con el resto de Israel? Mientras el profeta profetizaba, uno de los dos príncipes, Falatías, hijo de Benaías, murió, cuyo nombre significa "ruina declinante", y es hijo de un constructor o albañil, ya que οἰκοδόμος no puede traducirse de otra manera en nuestra lengua. El otro príncipe, Jezonías, hijo de Azur, permanece ileso. Jezonías suena como "sus oídos", lo que se entiende como "del alma". Azur significa "apoyo" o "ayuda". Así, quien había declinado del Señor al caer y era de la peor edificación, cae correctamente mientras profetiza aquel a quien Dios ha fortalecido. Pero quien obedecía los preceptos de Dios y era sostenido y apoyado por su ayuda, permanece correctamente en el gobierno del pueblo. Leemos en Éxodo (Cap. II) que, al morir el faraón, rey de Egipto, los hijos de Israel gemían por las obras de barro, paja y ladrillos, y clamaban al Señor, a quien no podían clamar mientras él vivía. Isaías también (Cap. VI), al morir el rey Ozías, leproso, vio al Señor sentado sobre un trono alto y elevado, y a los serafines de pie alrededor de él; y al comprender que tenía labios impuros y habitaba en un pueblo de labios impuros, mereció que se enviara un carbón del altar para purificar sus labios impuros. Aquí, sin embargo, mientras profetiza la fortaleza de Dios, el príncipe que había declinado del servicio del Señor cae para ser elevado por Cristo. Porque si el Señor es resurrección, el diablo es ruina. En esto se pregunta cómo se dice del Salvador: He aquí, este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel (Luc. II, 34). Para la caída de aquellos que estaban mal parados, y para el levantamiento de aquellos que habían caído. Cuando el profeta vio esto, cayó sobre su rostro: no por el mérito del pecado, sino por el afecto del lamento; y con gran voz, que venía de un gran ardor de fe, clamó tres veces y dijo: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿Vas a acabar con el resto de Israel? Y el sentido es: Incluso las mismas reliquias, que parecían estar en el pueblo, se borran por tu indignación.

(Vers. 14 y siguientes.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, tus hermanos, tus hermanos, los hombres de tu parentela y toda la casa de Israel en su totalidad, a quienes los habitantes de Jerusalén dijeron: Alejaos del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión. Por tanto, así dice el Señor Dios: porque los he alejado entre las naciones, y porque los he dispersado en la tierra [Al. los he dispersado en tierras], seré para ellos una pequeña santificación en las tierras a las que han llegado [Vulg. llegaron]. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, tus hermanos y los hombres de tu cautiverio, y toda la casa de Israel ha sido consumada; a quienes los habitantes de Jerusalén dijeron: Os habéis alejado del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en herencia. Por tanto, dice: Así dice Adonai el Señor, porque los rechazaré entre las naciones, y los diseminaré en toda la tierra, y seré para ellos una pequeña santificación en las regiones a las que hayan entrado. Primero, se debe hablar de la variedad de interpretaciones. En lugar de lo que en hebreo se tiene como "hombres de tu parentela" (esto significa GOOLATHACH), los LXX tradujeron

"hombres de tu cautiverio". Luego, donde sigue: "todos a quienes los habitantes de Jerusalén dijeron"; en lugar de "todos", ellos pusieron "ha sido consumada", debido a la ambigüedad de las letras y la palabra: CHULLO () que Aquila, Symmachus y Theodotion interpretaron como "todos"; ellos tradujeron como "ha sido consumada", lo cual no resuena en absoluto según el sentido. Así, la palabra del Señor vino a Ezequiel, quien había dicho: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios! ¿Vas a acabar con el resto de Israel? En la muerte de Falatías y de aquellos que con él fueron asesinados, que no son en absoluto las reliquias que el profeta pensaba que estaban en Jerusalén, sino aquellos que parecían estar cautivos en Babilonia. Y el sentido es: Oh hijo de hombre, tus hermanos nacidos de la misma estirpe que tú, tus hermanos, digo, a quienes los habitantes de Jerusalén dijeron: Vosotros os habéis alejado del Señor, porque estáis cautivos, y os entregasteis con Jeconías, pero a nosotros se nos ha dado la tierra de Israel en posesión eterna. Diles, pues, que aunque los haya alejado de la tierra de Israel y los haya dispersado entre las naciones, y les haya ordenado estar en tierras extranjeras, porque obedecieron mi mandato, seré para ellos incluso en lugares extranjeros y hostiles una pequeña santificación: mientras se encuentren entre ellos muchos que no sometan sus cuellos a la idolatría; sino que recuerden los mandamientos de Dios, como lo fueron Daniel y los tres jóvenes, y se debe creer que otros fueron semejantes a tan grandes príncipes que la Escritura ahora menciona (Dan. III). De todo esto aprendemos que no se debe insultar a aquellos que han sido entregados a penas por el juicio de Dios; ni reprochar al hombre que se ha convertido de sus pecados; ni a los penitentes y a los que han salido de la Iglesia se les debe decir alguna vez: Os habéis alejado del Señor; a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión. Porque así dice el Señor: Aunque los haya separado por un tiempo de mi Iglesia, y los haya dispersado entre las naciones: sin embargo, seré para ellos una pequeña santificación, mientras recuerden sus pecados, para que aquellos que se alejaron de su lugar [Al. tierra] debido a sus vicios, se apresuren a regresar a sus sedes originales por penitencia.

(Vers. 17 y siguientes.) Por tanto, habla: Así dice el Señor Dios: Os recogeré de los pueblos, y os reuniré de las tierras en las que habéis sido dispersados, y os daré la tierra de Israel. Y entrarán allí, y quitarán todas las ofensas y todas las abominaciones de ella [Vulg. añade su]. Y les daré un solo corazón (o un corazón nuevo) y pondré un espíritu nuevo en sus entrañas. Y quitaré de su carne el corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis preceptos y guarden mis juicios, y los cumplan, y sean mi pueblo, y yo sea su Dios. Pero aquellos cuyo corazón sigue sus ofensas y abominaciones: pondré su camino sobre su cabeza, dice el Señor Dios. La palabra divina habla a aquellos que estaban cautivos en la tierra de Babilonia, a los hermanos del profeta Ezequiel, y a los parientes a quienes los habitantes de Jerusalén [Al. Israel] dijeron: Os habéis alejado del Señor, a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión. Habla, pues, lo siguiente: Os recogeré de los pueblos, y os devolveré la tierra de Israel. Y cuando hayáis entrado, quitaréis todos los ídolos, por los cuales habéis ofendido a Dios, y os daré un solo corazón de temor y servicio a Dios, para que no sirváis a diversos ídolos, o un corazón diferente al que teníais antes. Y pondré un espíritu nuevo en vuestras entrañas, según lo que está escrito: Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas (Sal. L, 12). Y quitaré de vosotros el corazón de piedra, es decir, el corazón duro, según lo que dice Esteban, el primer mártir en Cristo: Duros de cerviz e incircuncisos de corazón (Hech. VII, 51). Y se endurece el corazón del faraón, para que no deje ir al pueblo de Israel (Éxod. VII). Y, dice, os daré un corazón de carne, blando y tierno, y que pueda recibir los mandamientos de Dios, para que se escriban en las tablas de corazones de carne. Por eso se da un corazón blando, y se quita el corazón duro, para que anden en mis preceptos, y guarden mis juicios, y sean mi pueblo: y el Señor, que antes era adversario, sea su Dios. Pero aquellos que no corrigieron sus pecados anteriores con penitencia, sino que siguieron sus abominaciones, les retribuiré, dice, lo que merecen, para

que sus caminos se pongan sobre sus cabezas. Muchos creen que esto sucedió bajo Zorobabel, hijo de Salatiel, y bajo Jesús, hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y bajo Esdras y Nehemías, a la tribu de Judá, y a aquellos que regresaron con ellos. También se cree que los habitantes de Jerusalén, que fueron capturados bajo el rey Sedequías de Judá, o que huyeron con Jeremías a Egipto, fueron dispersados por todas las tierras, y no regresaron a la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, la plena conversión de aquellos que estaban cautivos, y de las reliquias de Israel, se entiende en Cristo, cuando las reliquias fueron salvadas, y en un solo día creyeron tres mil, y luego cinco mil (Hech. II); y otros de los que habla Santiago al apóstol Pablo: Ves, hermano, cuántos miles de judíos creyentes hay; todos ellos son celosos de la Ley (Hech. XXI, 20). Pero también diariamente los orgullosos habitantes de la ciudad de Jerusalén, cuyo corazón sigue sus ofensas y abominaciones, merecen la ofensa de Dios, y aquellos que estaban fuera, al quitarse el corazón de piedra y recibir un corazón muy blando, regresan a la Iglesia por penitencia; y andan en los preceptos del Señor, y guardan sus juicios, y se convierten en el pueblo del Señor, y el Señor, a quien antes ofendieron, se convierte en su Dios.

(Vers. 22, 23.) Y los querubines levantaron sus alas, y las ruedas con ellos, y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos [Al. ella]. Y la gloria del Señor ascendió desde el medio de la ciudad, y se detuvo sobre el monte que está al oriente de la ciudad. Poco a poco, la gloria del Señor se aleja de Jerusalén. Primero, dejando el templo, se detiene en el atrio o en el umbral de la casa, y luego en la entrada de la puerta oriental; finalmente, alzando las alas y las ruedas siguiéndolas, se detiene sobre el monte que está al oriente de la ciudad, sin duda refiriéndose al monte de los Olivos, desde donde el Salvador ascendió al Padre. Y la gloria del Señor, que había salido de la ciudad de Jerusalén, se detuvo sobre el monte de los Olivos, como señal de resurrección y luz, para que desde allí viera a Jerusalén, que estaba destinada a perecer y arder. Y lo que dice: La gloria ascendió desde el medio de la ciudad (Juan XIV, 31), en otras palabras, el Señor dice a los discípulos: Levantaos, vámonos de aquí (Luc. XIII, 35). Y a los judíos: Vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII). José también relata que se escuchó una voz en el templo de los ángeles y de las fuerzas celestiales, que antes estaban en defensa de la ciudad: salgamos de estos lugares (Josefo, Antiq. Jud.). Y de manera maravillosa, hasta el día de hoy, la gloria del Señor, que abandonó el templo, se detiene sobre el monte de los Olivos, y brillando en el signo de la cruz, contempla el templo que una vez fue judío, disuelto en cenizas y polvo.

(Vers. 24, 25.) Y el espíritu me levantó, y me llevó a Caldea, a la transmigración, en visión en el espíritu de Dios, y la visión que había visto se apartó de mí. Y hablé a la transmigración todas las palabras del Señor que me había mostrado. En lugar de lo que hemos traducido de la verdad hebrea: Y la visión que había visto se apartó de mí, los LXX tradujeron: Y ascendí de la visión que había visto. Lo cual significa que el profeta no fue trasladado en cuerpo de Babilonia a Jerusalén, sino en espíritu, y al apartarse la visión que lo había llevado en espíritu a Jerusalén, y le había mostrado todo lo que el discurso anterior narró, regresó a sí mismo, y habló a la transmigración todo lo que le había sido mostrado, a aquellos de quienes está escrito arriba: Yo estaba sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados junto a mí, y allí cayó sobre mí la mano del Señor Dios, y vi (Supra VIII, 1). Y de manera maravillosa, mientras estaban sentados aquellos que habían venido a visitarlo, el profeta veía visiones místicas, y estaba ausente de aquellos que estaban sentados ante él, sin espíritu, presente en cuerpo. Y todo se hace para que reciban consuelo aquellos que estaban cautivos, que serán devueltos a la tierra de Israel, y caminarán en los preceptos del Señor, y serán su pueblo, y él será su Dios. Pero aquellos que no se convirtieron a la penitencia, sino que

siguieron sus abominaciones, recibirán lo que hicieron. También hemos advertido a menudo que las palabras en las Escrituras santas se dicen en lugar de las cosas.

(CAP. XII.---Vers. 1 y siguientes.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, habitas en medio de una casa exasperante: que tienen ojos para ver, y no ven: y oídos para oír, y no oyen: porque es una casa exasperante. En lugar de lo que hemos traducido: En medio de una casa exasperante habitas, los LXX pusieron: En medio de sus iniquidades habitas. Pero por lo que sigue, Porque es una casa exasperante, entendemos que la primera sentencia también se ajusta a este versículo. También hemos enseñado a menudo que por exasperación se dice amargura, para que el sentido sea: habitas en medio de una casa que convierte a amargura, que hace amargo y cruel a Dios, naturalmente dulce y clemente, por la amargura de sus vicios. De lo contrario, leemos de Dios: Gustad y ved que el Señor es bueno, o dulce (Sal. XXXIII, 9). El profeta habita en medio de un pueblo que provoca a Dios a amargura, que tiene ojos y no ve: oídos y no oye, no por defecto de los sentidos, sino por la obstinación de la maldad. Por eso el Señor dice a los judíos: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado (Juan IX, 41): acusando y condenando en ellos la ceguera voluntaria. Porque tienen ojos para ver, y no ven: oídos para oír, y no oyen, y desprecian tus palabras, enséñales por imagen y pintura; y muéstrales con esquemas corporales, para que reconozcan la cautividad venidera no solo por el oído, sino también por los ojos.

(Vers. 3.) Tú, pues, hijo de hombre, hazte utensilios de transmigración: y migrarás [Vulg. transmigrarás] de día ante ellos. Migrarás de tu lugar a otro lugar en su presencia, si acaso miran: porque es una casa exasperante. LXX: Y tú, hijo de hombre, hazte utensilios de cautiverio; y cautiva de día ante ellos: y cautiva de tu lugar a otro lugar en su presencia, para que vean porque es una casa exasperante. No hay duda de que todo el contenido de este pasaje indica la cautividad futura del rey Sedequías de la tribu de Judá, quien fue capturado con Jerusalén. Pero como algunos quieren que la cautividad de Sedequías, que significa "justo es el Señor", preceda en tipo al Salvador, quien descendiendo de lo celestial a lo terrenal, asumió un cuerpo humano, y que estos sean los utensilios de cautiverio: por eso creo que es necesario advertir al lector prudente y cauteloso, que aunque presentamos esto, no lo aprobamos. Porque un rey impío no puede preceder en figura a aquel que es el ejemplo de toda piedad. Se narra que Sedequías fue capturado por los babilonios y caldeos, tanto por el profeta Jeremías como por la historia de los Reyes, y llevado de un lugar a otro (Jerem. XXXIX, y IV Reg. XXV), es decir, de Jerusalén a Babilonia, y lo demás que Ezequiel dice a continuación. Aquellos que lo refieren al Señor Jesucristo, creen que su cautiverio y transmigración de un lugar a otro significa su descenso de lo celestial a lo terrenal.

(Vers. 4 y siguientes.) Y sacarás tus utensilios como utensilios de transmigrante de día en su presencia. Tú, sin embargo, saldrás por la tarde ante ellos, como sale un migrante ante sus ojos. Perfora para ti una pared: y saldrás por ella en su presencia. Llevarás sobre tus hombros [Vulg. serás llevado]: en la oscuridad huirás [Vulg. serás llevado]. Cubrirás tu rostro, y no verás la tierra: porque te he dado como portento a la casa de Israel. LXX: Y sacarás tus utensilios de cautiverio de día ante sus ojos. Y tú saldrás por la tarde en su presencia, como sale un cautivo. Perfora para ti una pared, y pasarás por ella en su presencia. Serás llevado sobre tus hombros, y saldrás oculto. Cubrirás tu rostro, y no verás la tierra: porque te he dado como portento a la casa de Israel. Se ordena al profeta que haga en figura lo que Sedequías hará en realidad. Recoge, dice, tus pertenencias (estos son los utensilios de un transmigrante) ante sus ojos. Y después de que vean lo que vas a hacer, saldrás por la tarde a semejanza de un transmigrante. Leemos que Sedequías huyó de noche, perforando el muro hacia los desiertos del Jordán, y allí fue capturado por los babilonios, y esto significa la pared perforada. Lo que dice: Llevarás sobre tus hombros, se sobreentiende tus pertenencias, y todo

lo que los fugitivos suelen llevar para el consuelo del camino. En la oscuridad huirás [Al. serás llevado]; para que no seas visto por nadie. Cubrirás tu rostro, ya sea por la ceguera que le ocurrió, al serle arrancados los ojos por Nabucodonosor; o para que no se reconozca que él es el rey, y se preste mayor atención a su custodia. Lo que sigue: Y no verás la tierra, significa que fue llevado ciego a Babilonia, y no la vio. Porque te he dado como portento, dice, a la casa de Israel: porque tanto las palabras como los hechos de los profetas son en señal y figura. Por eso en Zacarías, los hombres portentosos son llamados, porque anuncian lo futuro (Zac. III). Y en Oseas, Dios dice: Me he asimilado en las manos de los profetas (Ose. XII, 10). Aquellos que quieren entender a Cristo en la persona de Ezequiel, consideran los utensilios de cautiverio como el cuerpo humano, y la pared perforada, por la cual rompió las puertas del infierno, y resucitando fue visto solo por los creyentes: llevado sobre los hombros, cuando ascendió victorioso al cielo con las potestades angélicas; y que sale oculto, y cubre su rostro, para que la majestad divina no sea vista en carne mortal, y no ve la tierra, para que no sea iluminada por sus ojos, que no merece su vista. Porque los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII, 16), y aparta su rostro de los impíos. Dicen que hizo todo esto para convertir los duros corazones del pueblo israelita a la fe mediante la semejanza de un hombre. Y se da como portento a la casa de Israel; según lo que está escrito: He aquí, este está puesto para caída y levantamiento de muchos, y como señal a la que se opondrán (Luc. II, 24).

(Vers. 7, 8.) Hice, pues, como se me había ordenado: saqué mis pertenencias como si fueran las de un exiliado durante el día, y por la tarde cavé un agujero en la pared con mi mano. Salí en la oscuridad y llevé mis cosas sobre los hombros a la vista de ellos. LXX: Y así hice conforme a todo lo que se me había mandado: saqué mis pertenencias como las de un cautivo durante el día, y por la tarde cavé un agujero en la pared con mi mano, y salí oculto: fui llevado sobre los hombros a la vista de ellos. Lo que se le había ordenado hacer, testifica que lo cumplió con hechos, y no necesita interpretación según ambas versiones, como se explicó anteriormente. Cabe señalar que al mismo tiempo Jeremías profetizaba en Jerusalén y Ezequiel en Babilonia, y la profecía de aquel se enviaba a los cautivos; y la de este a los que habitaban en Jerusalén; para que la providencia de Dios se probara en diferentes regiones, y los oyentes entendieran que todo lo que le sucedía al pueblo no era por el poder de los ídolos, sino por mandato del Señor.

(Vers. 9.) Y vino a mí la palabra del Señor por la mañana, diciendo: Hijo de hombre, ¿acaso no te ha dicho la casa de Israel, casa rebelde, qué es lo que haces? Diles: Así dice el Señor Dios. Si la casa rebelde te pregunta: ¿Por qué haces esto? O según los Setenta, incluso si no preguntan, tú entra para que sepan por qué lo hiciste. Diles: Así dice el Señor Dios.

(Vers. 10 y siguientes.) Sobre el príncipe es esta carga, que está en Jerusalén; y sobre toda la casa de Israel que está en medio de ellos. Di: Yo soy vuestro presagio: como hice, así les sucederá a ellos. Irán al exilio y a la cautividad. Pero el príncipe que está en medio de ellos será llevado sobre los hombros, saldrá en la oscuridad; cavarán la pared para sacarlo; su rostro será cubierto para que no vea la tierra con sus ojos. Y extenderé mi red sobre él, y será atrapado en mi trampa, y lo llevaré a Babilonia, a la tierra de los caldeos, y no la verá; allí morirá. Y a todos los que están a su alrededor, su guardia y sus tropas, los dispersaré a todos los vientos; y desenvainaré la espada tras ellos, y sabrán que yo soy el Señor, cuando los disperse entre las naciones y los esparza por las tierras. Y dejaré de ellos algunos hombres que escapen de la espada, del hambre y de la peste; para que cuenten todas sus iniquidades entre las naciones a las que irán, y sabrán que yo soy el Señor. Primero expliquemos la historia. Di, dice, a ellos, oh hijo de hombre, que preguntan o no preguntan. ¿Qué haces esto?

que esa carga y visión es sobre el líder que está en Jerusalén, refiriéndose al líder Sedequías. Y di: Yo soy vuestro presagio, o como los Setenta tradujeron, Yo soy quien hace presagios; para que de lo presente se conozca lo futuro. Como hice, así les sucederá a ellos, al líder y a todos los que están en su séquito. Serán llevados cautivos al exilio en Babilonia, y el líder que está en medio de ellos será llevado sobre los hombros, ya sea de animales o de aquellos que huyeron con él. Saldrá en la oscuridad y en las tinieblas de la noche: sus compañeros cavarán la pared para sacarlo. Su rostro será cubierto, ya sea por el miedo del fugitivo o por la injuria de la ceguera, para que el ciego no vea la tierra de Babilonia. Y extenderé mi red sobre él, y será atrapado en mi trampa. Con el permiso del Señor, fue capturado por los babilonios: y testifica que lo que sufrió a manos de los enemigos, lo hizo él mismo. Y llevado a Babilonia, no verá la tierra de los caldeos, y allí morirá cautivo. Pero a todos sus compañeros, ayudantes y compañeros de fuga, cuando él sea capturado, los dispersaré aquí y allá, y no les permitiré ir seguros: sino que desenvainaré mi espada en manos de los enemigos; para que cuando sean dispersados entre las naciones, entiendan que yo soy el Señor, y que todo se ha hecho por mi voluntad. Y dejaré, dice, de sus compañeros que huyeron con él, y que pudieron escapar, unos pocos, que escaparon de la espada, del hambre y de la peste, para que cuando lleguen a diversas regiones, ya sea por fuga o cautiverio, cuenten todas sus iniquidades, ya sea con palabras o con ejemplo; por las cuales merecieron tales males, y entiendan que yo soy el Señor. Quien intenta exponer la tropología y la explicación comenzada sobre el Salvador, interpreta al líder que está en medio de Jerusalén como él mismo, quien precedió como presagio y señal, que tanto él como sus compañeros son cautivos de este mundo, y ascendiendo victorioso del infierno, fue llevado sobre los hombros de los ángeles: salió en la oscuridad, desconocido para los incrédulos, destruyendo la pared intermedia, hizo de ambos uno: su rostro cubierto, para que no vea la tierra de los judíos (Efesios II). Y no es de extrañar si el Señor ocultó su rostro; ya que hasta hoy hay un velo puesto ante el rostro de Moisés para el pueblo incrédulo. Y el Señor extendió su red sobre él, según lo que la esposa dice de él en el Cantar de los Cantares: He aquí, él está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, apareciendo por las rejas (Cant. II, 9). De quien también Jeremías dice: El espíritu de nuestro rostro, Cristo el Señor, fue capturado en nuestros pecados (Lamentaciones IV, 20). Y: Aunque no cometió pecado, por nosotros se hizo pecado (II Cor. V, 21). Y será llevado, dice, a Babilonia, la confusión de este mundo, a la tierra de los caldeos que se interpretan como demonios, para que aquellos que fueron esclavizados por los demonios, los retraiga a la salvación; y lleve cautiva la antigua cautividad. Y dice que no verá la tierra de los caldeos, y allí morirá; para que todos nosotros seamos vivificados por su muerte. Y dispersó a todos sus ayudantes y compañeros, apóstoles y hombres apostólicos, por todo el mundo. Y desenvainó la espada tras ellos, para que fueran coronados con diversos martirios, y entonces entendieran, ya sea ellos mismos o aquellos que creyeron por medio de ellos, que él es el Señor, y por eso los dispersó entre las naciones, y los esparció por las tierras, para que dieran mucho fruto. Y dejó de ellos algunos hombres, como el apóstol Juan, y otros, liberados de la espada, del hambre y de la peste, y que evitaron el ímpetu de las persecuciones, para que contaran las iniquidades de los judíos y las iniquidades de todas las naciones a las que entraron, para que, habiendo hecho penitencia, supieran que él es el Señor. Esto hemos dicho, dejando el juicio al criterio del lector. Sin embargo, no hay duda de que es peligroso comparar la cautividad y muerte de un rey impío con el sacramento del Señor.

(Vers. 17 y siguientes.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, come tu pan con turbación; y bebe tu agua con prisa y tristeza. Y di al pueblo de la tierra: Así dice el Señor Dios a los que habitan en Jerusalén, en la tierra de Israel: Comerán su pan con ansiedad, y beberán su agua con desolación, para que la tierra sea desolada de su multitud por la iniquidad de todos los que habitan en ella. Y las ciudades que ahora están habitadas serán

desoladas, y la tierra será desierta: y sabrán que yo soy el Señor. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, comerás tu pan con dolor, y beberás tu agua con tormento y angustia. Y dirás al pueblo de la tierra: Así dice Adonai el Señor a los habitantes de Jerusalén sobre la tierra de Israel: Comerán sus panes con escasez, y beberán su agua con disolución, para que la tierra y su plenitud sean disueltas. En la impiedad de todos los que habitan en ella, y sus ciudades que están habitadas, serán desoladas, y la tierra será disuelta, y sabrán que yo soy el Señor. Después de la profecía sobre el príncipe y sus compañeros, que se mostraba bajo una imagen corporal, se dirige al pueblo: y todo lo que se dice al profeta, se refiere a los habitantes de Jerusalén, que en el mal del asedio, comerán su pan con angustia y escasez, y beberán su agua no en abundancia, sino con tormento y tribulación. Estas cosas, dice, oh profeta, se te dicen a ti, para que hables al pueblo de tu tierra, y digas: Así dice el Señor a los habitantes de Jerusalén, que está en la tierra de Israel: Asediados por Nabucodonosor y los caldeos, soportarán el mal del hambre y la sed; para que toda la tierra con su plenitud (o multitud) sea destruida, significando a los habitantes por la que es habitada. Y para que no piensen que esto les sucede sin causa: Diles, dice, que por sus iniquidades e impiedades, todas las ciudades de Judea serán reducidas a soledad, y toda la cultura de la tierra perecerá, para que conozcan al Dios que castiga, a quien no quisieron conocer cuando era misericordioso. Podemos, según la anagogía, decir a los habitantes de Jerusalén que creen en Cristo, que habitan en la Iglesia. Y si por sus pecados merecen su ofensa, comerán el pan con escasez, y beberán el agua con tristeza y angustia: no el alimento del pan, ni la bebida del agua, sino que sufrirán hambre de la palabra y doctrina de Dios (Amós VIII). Porque cuando, ya sea por el vicio de los príncipes, que deben ser capturados y entregados a los babilonios, o por nuestra dureza, perdamos la palabra de Dios, y no merezcamos tener aguas útiles: entonces en dolor y penuria, tomaremos nuestro alimento, y la tierra perderá la multitud de creyentes, y las ciudades, que en todo el mundo se entienden como Iglesias, serán desoladas, y la tierra será desierta, para que todos sepan que es la ofensa del Señor. Esto también podemos entender en el tiempo de persecución.

(Vers. 21 y siguientes.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué es este proverbio que tenéis en la tierra de Israel diciendo: Se prolongarán los días, y perecerá toda visión? Por tanto, diles: Así dice el Señor Dios: Haré cesar este proverbio: ni se dirá más en Israel. Y háblales, que se han acercado los días y la palabra de toda visión. Porque no habrá más visión vana, ni adivinación ambigua en medio de los hijos de Israel. Porque yo, el Señor, hablaré, lo que sea que haya hablado, y se hará. No se prolongará más; sino que en vuestros días, casa rebelde, hablaré la palabra, y la haré, dice el Señor Dios. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he aquí la casa de Israel diciendo: La visión que este ve es para muchos días, y en tiempos lejanos profetiza este. Por tanto, diles: Así dice el Señor Dios: No se prolongará más toda mi palabra: la palabra que he hablado, se cumplirá: dice el Señor Dios. Lo que hemos dicho, proverbio, según Símaco, todos los demás intérpretes lo han traducido como parábola, que en hebreo se llama MASAL (). Nuevamente, donde hemos editado: Ni habrá adivinación ambigua, los Setenta traducen, ni adivinando según la gracia: por lo cual todos han interpretado como resbaladizo lo que hemos dicho ambiguo, para que conozcamos las palabras engañosas de los profetas para sus oyentes. El sentido de todo el capítulo es este: Antes había profetizado contra el príncipe que estaba en Jerusalén, luego había anunciado al pueblo el hambre y el ardor de la sed que vendrían. Lo que la multitud no creyendo, tomaba un viejo y trillado proverbio: La amenaza de los profetas se difiere a largo plazo, y toda visión perecerá, mientras se contempla en vano: o según Símaco διαπνεύσει, es decir, se disolverá en viento y aire tenue. Di, pues, dice, a ellos, que mi amenaza no se diferirá, ni se pronunciará adivinación falsa y ambigua sobre los pueblos que tenga un fin incierto, para que se diga en un tiempo y se cumpla en otro: sino que ahora,

viviendo tú, que hablas, y aquellos que escuchan, la palabra que he hablado, se cumplirá. Significa la cercana cautividad de la ciudad de Jerusalén, y que Sedequías con el pueblo de Judá está a punto de ser capturado. No solo en ese tiempo, sino hasta hoy, el pueblo incrédulo y los corazones duros de los mortales no reciben la profecía de Dios: sino que todo lo que los profetas amenazan, lo que predica el Evangelio, lo consideran diferido a otro tiempo. Sepamos aquí que parábola, que los Setenta ponen, se toma por proverbio, según lo que leemos en el salmo: y me he convertido en parábola para ellos (Sal. LXVIII, 12). Y en este mismo profeta: ¿Qué es para vosotros esta parábola en el pueblo de Israel, diciendo: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron (Infra XVIII, 2)? Tocamos lo manifiesto, para detenernos en lo más oscuro.

LIBRO CUARTO.

121-122 Quisiera, si fuera posible, Eustoquio, tejer las explicaciones sobre Ezequiel en libros individuales con sus propias profecías, y no dividir con la exposición lo que está unido en la profecía: para que el curso del dictante y del lector sea más fácil; y separar el largo e inmenso camino de la interpretación en espacios ciertos, para que como con títulos e índices, y, para hablar propiamente, con argumentos, mostrara qué contienen los libros individuales. Pero, ¿qué haré, cuando algunas profecías son breves, otras largas: de modo que a menudo nos vemos obligados por necesidad a comprimir varias en un solo libro, y dividir una en muchos? Por lo cual ahora queremos incluir en el cuarto libro contra los profetas y profecías, también a los ancianos del pueblo de Israel y a la tierra sobre la cual se inducen cuatro plagas pésimas, y sobre la madera de la vid, que cuando ha sido cortada, es inútil entre todos los árboles del bosque, el catálogo de los vicios de Jerusalén. Que como no cabe en la estrechez de un solo volumen, reservamos la otra parte para el quinto volumen: advirtiendo al lector más prudente, para que sepa qué nos toca explicar en esto, y qué le toca leer.

(Cap. XIII.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y di a los que profetizan de su propio corazón: Oíd la palabra del Señor: Así dice el Señor Dios. Esto que hemos puesto: Que profetizan, y di a los que profetizan de su propio corazón, lo omitieron los LXX, y por lo que no está en hebreo, añadieron, y profetizarás, y les dirás. Es un discurso contra los falsos profetas, que engañaban al pueblo, y, contra los mandatos de Dios, profetizaban otra cosa. Y que nadie se sorprenda de que se les llame profetas: pues esta es la costumbre de la Sagrada Escritura, llamar profeta a cada uno según su vaticinio y discurso: así como se llaman profetas de Baal, y profetas de los ídolos, y profetas de la confusión. Por eso también el apóstol Pablo llama profeta al poeta griego: Dijo uno de sus propios profetas: Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos (Tit. I). Y leemos en Oseas: Como un profeta enloquecido, un hombre que lleva espíritu (Oseas IX, 7). Pero todo lo que en ese tiempo se decía al pueblo israelita, ahora se refiere a la Iglesia: para que los profetas santos sean los apóstoles y hombres apostólicos. Y los profetas mentirosos y furiosos, todos los herejes; cuyos príncipes inventan de su propio corazón; y los que son seducidos por ellos, consienten en las mentiras de otros.

(Vers. 3.) ¡Ay de los profetas insensatos, que siguen su propio espíritu, y no ven nada! LXX: ¡Ay de los que profetizan de su propio corazón, y en absoluto no ven, dejando lo que hemos propuesto, que siguen su propio espíritu. Aunque el nombre de profetas según la regla de las Escrituras es común a buenos y malos, se diferencian en que los buenos profetas se dicen sabios, y los malos insensatos e insensatos: de los cuales uno se refiere a los hombres eclesiásticos, y el otro a todos los herejes, que dejando el espíritu de Dios, siguen su propio espíritu: porque no profetizan por inspiración divina, sino por su propio corazón: por lo cual

no ven nada. Pero el que es sabio, no sigue las cogitaciones de su corazón, sino el espíritu de Dios, según lo que también en los superiores (Supra, I) los animales y las ruedas seguían el espíritu de Dios. Y el profeta dice: Tras el Señor tu Dios caminarás (Sal. XXVI, 11). Y en otro lugar: Guíame en el camino recto (Sal. CXLII, 10). Y de nuevo: Tu buen espíritu me guiará a la tierra (Sal. LIX). Y al pueblo de Dios, la columna de fuego y la nube eran guía en el desierto (Éxodo XIII). Y Jeremías habla: No me esforcé siguiéndote (Jer. XVII, 16). ¿Quién de los herejes que sigue su propio espíritu, no tropieza en las tinieblas, y ciego guía a ciegos al hoyo? Por lo cual, aunque en sus misterios, o más bien orgías, se les parezca ver más que a los doctores eclesiásticos, sin embargo, no ven nada en absoluto: porque han perdido el sol de justicia, e imitan en vano a aquellos que antes se llamaban Videntes, y a quienes se les dice: El que ve, ve: retírate a la tierra de Judá; y en Betel no profetizarás (Amós VII, 12, 13). Por lo cual, la visión de Isaías y Abdías se ponen en los títulos. Y el Señor mandó a los apóstoles: Levantad vuestros ojos y ved (Juan IV, 35). Y el profeta suplicante ruega: Revela mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII, 18).

(Vers. 4 seqq.) Como zorros en los desiertos serán tus profetas, Israel. No subieron al frente, ni levantaron un muro por la casa de Israel, para que resistieran en la batalla en el día del Señor. Ven cosas vanas y adivinan mentiras, diciendo: "Dice el Señor", cuando el Señor no los ha enviado, y perseveran en confirmar su palabra. ¿Acaso no han visto una visión falsa y han hablado adivinaciones mentirosas? Y dicen: "Dice el Señor", cuando yo no he hablado. LXX: Como zorros en los desiertos, tus profetas, Israel. No se mantuvieron firmes, y reunieron rebaños sobre la casa de Israel. No se levantaron los que dicen en el día del Señor: viendo mentiras, adivinando vanidades, que dicen: "Dice el Señor", y el Señor no los ha enviado: y comenzaron a suscitar la palabra. ¿No han visto una visión falsa y han hablado adivinaciones vanas? Y decían: "Dice el Señor", y yo no he hablado. Digamos primero según el hebreo. Los profetas de Israel son como zorros, robando diariamente aves domésticas: que habitan, según Aquila y LXX, en desiertos; según Symmachus y Theodotion, en ruinas y escombros: que no pueden subir al frente, ni levantar un muro por la casa de Israel. Leemos que Aarón se interpuso contra el fuego que devoraba al pueblo de Israel y se mantuvo en medio, y levantó un muro por la salvación del pueblo (Num. XVI). También se le dice a Jeremías que no se interponga ante el Señor, ni resista la ira de su oración persistente (Jerem. VII). Pues así como un muro se opone al enemigo, y se suele enfrentar al adversario que viene de frente: así la sentencia de Dios se rompe con las oraciones de los santos. Por eso se le dice a Moisés: "Déjame, y destruiré a este pueblo". A quien se le dice: "Déjame" (Éxodo XXXII, 10), se le muestra que tiene la capacidad de retener. Estos no pueden mantenerse en la batalla en el día del Señor, para luchar con oraciones por el pueblo y resistir con súplicas la sentencia de Dios. Porque ven cosas vanas y adivinan mentiras, y dicen que han sido enviados por el Señor, cuando no han sido enviados por él, y perseveran en sus errores, y desean confirmar su palabra; se les acusa de que todo lo que predican es vano, diciendo que su mentira es la palabra del Señor. Según los Setenta, este es el sentido: Todos los herejes, por su fraude y maldad, son como zorros, de los cuales el Salvador habla: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos" (Mat. VIII, 20). Y de Herodes está escrito: "Decid a esa zorra" (Luc. XIII, 32). Y de esas mismas zorras que engañan a los pequeños y simples, y devastan la viña de Cristo, Salomón habla: "Cazadnos las zorras pequeñas, que destruyen las viñas" (Cant. II, 15). Y en el salmo sobre aquellos que son engañados por su fraude se canta: "Descenderán a las profundidades de la tierra, serán entregados a la espada, serán presa de las zorras" (Sal. LXII, 10, 11). Estos profetas que son como zorros, no se mantuvieron firmes; ni merecieron oír con Pedro: "Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia" (Mat. XVI, 18). Ni son como Moisés, a quien se le dijo: "Tú, sin embargo, quédate aquí conmigo" (Deut.

V, 31). Ni como aquel que dice: "Puso mis pies sobre la roca"; sino que fluctuaron con todo viento de doctrina. Ni se mantuvieron firmes, de lo cual leemos en el decimoctavo salmo: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos". Estos reunieron a los irracionales, y por su excesiva inocencia, semejantes a ovejas, contra la casa de Dios. Por eso ahora se dice: "Y reunieron rebaños sobre la casa de Israel: ni se levantaron ellos, ni pudieron levantar a otros; sino que todo lo que hicieron y hacen, está lleno de mentiras. Y lo que sigue: "Y comenzaron a suscitar la palabra", significa que quieren levantarse y elevarse a las alturas; pero lo que desean, no pueden cumplir: y se les dice: "¿No habéis visto una visión falsa y hablado adivinaciones vanas? Y lo que sigue, "y decíais, dice el Señor, y yo no he hablado", no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 8, 9.) Por tanto, así dice el Señor Dios: Porque habéis hablado vanidades, y habéis visto mentiras, por eso, he aquí que yo estoy contra vosotros: dice el Señor Dios. Y mi mano estará sobre los profetas que ven vanidades y adivinan mentiras. No estarán en el consejo de mi pueblo, ni serán escritos en el registro de la casa de Israel: ni entrarán en la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor Dios. LXX: Por tanto, di: Así dice Adonai el Señor. Porque vuestras palabras son mentiras, y vuestras adivinaciones vanas: por eso, he aquí que yo estoy contra vosotros, dice el Señor Dios, y extenderé mi mano sobre los profetas que ven mentiras, y que hablan vanidades: no estarán en la disciplina de mi pueblo, ni serán escritos en el registro de la casa de Israel, y no entrarán en la tierra de Israel: y sabrán que yo soy Adonai el Señor. Bajo la persona de los profetas, el discurso es contra los herejes, que hablan vanidades y ven mentiras, y perseveran en afirmar su doctrina: que el mismo Señor viene contra ellos y se levanta, y extiende su mano sobre ellos para herirlos, y no la retrae para perdonar; y amenaza que no estarán en el consejo del pueblo del Señor, ni en su Iglesia, sino en la sinagoga del diablo, ni serán escritos en la casa de Israel. De los cuales en otro lugar se dice: "Serán escritos sobre la tierra" (Jerem. XVII, 13): no en la tierra de Israel que es la tierra de los vivientes, de la cual ahora se dice, "ni entrarán en la tierra de Israel": sino en la tierra de los muertos y la sombra de la muerte, para que después de haber sufrido esto, separados de la asamblea del pueblo de Dios, entiendan que él es el Señor. Por lo que nosotros traducimos, "no estarán en el consejo de mi pueblo", los Setenta tradujeron, "en la disciplina", o "en la corrección de mi pueblo no estarán". Pues la corrección de los adversarios es diferente de la de los hijos. Por eso también Jeremías dice: "Corrígenos, Señor, pero con juicio, no con ira, para que no nos hagas pocos. Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen; y sobre los reinos que no invocan tu nombre" (Ibid. X, 24, 25).

(Vers. 10 seqq.) Porque engañaron a mi pueblo, diciendo: paz, y no hay paz. Y él edificaba un muro: pero ellos lo recubrían con lodo sin paja. Di a los que lo recubren sin mezcla, que caerá. Porque habrá una lluvia torrencial: y enviaré piedras grandes que caerán desde arriba, y un viento de tempestad que lo dispersará. Y he aquí que el muro ha caído. ¿No se os dirá, dónde está la capa que aplicasteis? Por tanto, así dice el Señor Dios: Y haré estallar el espíritu de las tempestades en mi indignación: y habrá una lluvia torrencial en mi furia, y piedras grandes de ira para consumación. Y destruiré el muro que recubristeis sin mezcla, y lo igualaré con la tierra: y se revelará su fundamento, y caerá y será consumido en medio de él: y sabréis que yo soy el Señor. Y completaré mi indignación en el muro, y en aquellos que lo recubren sin mezcla: y os diré: no hay muro: y no hay quienes lo recubran. Profetas de Israel que profetizan a Jerusalén: y ven para ella una visión de paz: y no hay paz, dice el Señor Dios. LXX: Porque engañaron a mi pueblo, diciendo: paz, paz, y no había paz: y este edificaba un muro, y estos lo recubrían con necedad. Di a los que lo recubren con necedad, caerá. Habrá una lluvia torrencial: y enviaré piedras grandes en sus uniones y caerán. Y un espíritu que se lleva, y se romperá. Y he aquí que el muro ha caído: y no os dirán, ¿dónde está

vuestra capa que aplicasteis? Por tanto, así dice Adonai el Señor: Y romperé el espíritu que se lleva en mi furia, y habrá una lluvia torrencial en mi ira: y enviaré piedras grandes en mi furia para consumación, y socavaré el muro que aplicasteis, y caerá. Y lo pondré sobre la tierra, y se revelarán sus fundamentos, y caerá. Y seréis consumidos con reprensiones, y conoceréis que yo soy el Señor. Y completaré mi furia sobre el muro: y sobre aquellos que lo recubren, caerá: y os dije: No hay muro, ni quienes lo recubren Profetas de Israel: que profetizan sobre Jerusalén, y que ven para ella paz: no hay paz para ellos, dice el Señor Dios. Los profetas de Israel, que no estarán en el consejo del pueblo de Dios, ni serán escritos en el registro de la casa de Israel, ni entrarán en la tierra prometida, sufrirán esto porque engañaron a mi pueblo, anunciando paz y prosperidad en lugar de rigor de penitencia y conversión, según lo que se dice en otro lugar: "Paz, paz, ¿dónde está la paz?" (Jerem. VIII, 11). Dios, pues, metafóricamente edificaba para ellos, a través de los mandamientos de la ley y las palabras de los santos profetas y amenazas, un muro. Pues esta palabra hebrea significa HIS (); para alejar de ellos toda incursión de bestias y ataque hostil, mientras convertidos a Dios, se rodearan de esto como de un muro y una pared muy firme. Los falsos profetas, sin embargo, no una vez, sino frecuentemente les prometían paz, pues esto significa la repetida palabra de paz. Y el mismo muro que en lo siguiente se llama CIR, los falsos profetas lo recubrían sin mezcla, como lo interpretó Symmachus, es decir, con lodo puro, y que no tenía paja, para que no pudiera ofrecer ninguna fortaleza. Como los LXX y Theodotion, lo recubren con necedad: Aquila, sin embargo, interpretó la palabra hebrea THAPHEL como ἀνάλῳ, que significa sin sal, pasando de una traducción a otra, para que así como la comida sin sal no tiene sabor: así también el lodo sin paja con la que se fortalece y se aprieta, no pueda ofrecer ninguna fuerza al muro. Di, dice, a aquellos que les prometen vanidades, y prometen una ayuda vacía, que este muro y esta pared caerán, y enviaré una lluvia muy fuerte, es decir, enemigos muy feroces. Se refiere a los babilonios y caldeos; y las mismas piedras de granizo que caen desde arriba, todo en metáfora, para que un repentino torbellino derribe y destruya la inestable pared; y después se les diga, es decir, a los falsos profetas, ¿Dónde está la capa que aplicasteis, y dónde está la ayuda que prometisteis? Todo lo que hemos dicho de los falsos profetas, también puede referirse a los herejes, que todos sus inventos se disuelven por la ira de Dios; y la edificación de los peores dogmas, que no tiene el condimento del Espíritu Santo, se derrumba, y se desmorona hasta los cimientos y el polvo, y la misma pared se iguala a la tierra, y cae, y se consumen los profetas que prometían, y el pueblo al que se le prometía en medio de ella: para que después de que haya completado su indignación, y les haya dicho: no es este el muro, es decir, no es vuestra defensa; y no son quienes lo recubren, sino que todo es vano y no sirve para nada: entonces conoceréis por la obra que yo soy el Señor. Para que sepamos quiénes son estos que recubren el muro, sigue, Profetas de Israel, es decir, falsos profetas, que profetizan a Jerusalén, y ven para ella una visión de paz, estos son la causa del pecado y la ruina, y de la seguridad tonta. Pues no habrá paz, dice el Señor, porque el Señor no los ha enviado, ni ha hablado a ellos. Esto que los LXX tradujeron: y sobre sus uniones, no se encuentra en el hebreo. Significa, sin embargo, las uniones de las piedras en el muro, o los soportes de madera, con los que se refuerzan los muros. Ni tampoco lo que leímos arriba: él edificaba un muro; muchos lo refieren al pueblo de Israel, que se prometía a sí mismo una ayuda vana, ya sea de los egipcios o de la paz.

(Vers. 17 seqq.) Y tú, hijo de hombre, pon tu rostro contra las hijas de tu pueblo que profetizan de su propio corazón: y profetiza contra ellas, y di: Así dice el Señor Dios: ¡Ay de aquellas que cosen almohadillas bajo todo codo de mano: y hacen cojines bajo la cabeza de toda edad para atrapar almas: y cuando atrapaban las almas de mi pueblo, vivificaban sus almas. Y me profanaban ante mi pueblo por un puñado de cebada y un pedazo de pan: para

matar las almas que no deben morir: y vivificar las almas que no viven: mintiendo a mi pueblo que cree en mentiras. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí, yo estoy contra vuestras almohadillas, con las que atrapáis almas voladoras: y las romperé de vuestros brazos: y dejaré ir las almas que atrapáis, almas para volar. Y romperé vuestros cojines: liberaréis a mi pueblo de vuestra mano: y no estarán más en vuestras manos para presa: y sabréis que yo soy el Señor. Porque entristecisteis el corazón del justo con mentiras, a quien yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío para que no se apartara de su mal camino y viviera: por tanto, no veréis vanidades, y no adivinaréis más: y libraré a mi pueblo de vuestra mano: y sabréis que yo soy el Señor. LXX: Y tú, hijo de hombre, afirma tu rostro contra las hijas de tu pueblo, que profetizan de su propio corazón: y profetiza contra ellas y di: Así dice Adonai el Señor. ¡Ay de aquellas que cosen cojines bajo todo codo de mano: y hacen velos sobre toda cabeza de toda edad, para pervertir almas. Las almas pervertidas son de mi pueblo. Y salvaban almas: y me contaminaban ante mi pueblo por un puñado de cebada y un pedazo de pan: para matar las almas que no debían morir: y salvar las almas que no debían vivir: mientras hablaban al pueblo que escuchaba palabras vanas. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí, yo estoy contra vuestros cojines, sobre los cuales recogéis almas, y los romperé de vuestros brazos. Y dejaré ir las almas que pervertís, sus almas en dispersión: y romperé vuestros velos, y liberaréis a mi pueblo de vuestras manos: y no estarán más en vuestras manos para congregación: y sabréis que yo soy el Señor. Porque pervertisteis el alma del justo injustamente: y yo no lo pervertí: y fortalecisteis las manos del impío, para que no se convirtiera de su mal camino, y viviera. Por tanto, no veréis más vuestras mentiras: y no adivinaréis más: y libraré a mi pueblo de vuestra mano, y sabréis que yo soy el Señor. Arriba, la palabra divina fue dirigida a los profetas que enlucían la pared con lodo, que no tenía paja, ni podía dar fuerza alguna a la pared o al muro: ahora se ordena poner su rostro contra las hijas del pueblo profetisas, o dirigirlo, y, como tradujeron los LXX, afirmarlo. Así como contra los profetas, otros falsos profetas eran inspirados por el espíritu diabólico, para subvertir los mandatos de Dios, así contra las profetisas, como fue Débora (Jueces V) y Hulda (2 Reyes XXII), y en los Hechos de los Apóstoles las cuatro hijas profetizantes de Felipe el evangelista, eran inspiradas por el espíritu demoníaco (Hechos XXI), otras también del mismo sexo, de las cuales fueron Prisca y Maximila, que con la profecía de mentira subvirtieron la fe de la verdad. Estas, dicen los hebreos, estaban instruidas en artes mágicas por necromancias y el espíritu pitónico, como aquella que pareció haber suscitado el alma de Samuel (1 Samuel XXVIII): y en los Hechos de los Apóstoles, cuya adivinación adquiría muchos ingresos a sus amos, de la cual al mandato del apóstol Pablo fue expulsado el espíritu inmundo (Hechos XVI). Nosotros diremos así, que otros herejes predican la virtud con la falsedad de sus dogmas. De los cuales fueron Pitágoras y Zenón, de quien los estoicos: los brahmanes de la India, y los gimnosofistas de Etiopía, que por la continencia de su vida, atribuyen a las naciones el milagro de sí mismos. Y con razón se dice que enlucen la pared, y prometen alguna fortaleza; pero como no tienen el condimento de Cristo, su labor es vana, y su edificación perecedera. Porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Salmo CXXVI, 1). Otros, en cambio, maestros de placeres y lujuria, se dice que cosen almohadillas, y las ponen bajo todo codo de mano, epicúreos y pirrónicos, y entre nosotros Joviniano y Eunomio, que dicen: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Por tanto, se ordena al profeta poner, o afirmar su rostro contra las hijas de su pueblo. Primero, se debe decir qué significa el rostro puesto o dirigido y afirmado. Sin duda, lo que está escrito del Señor: El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para destruir de la tierra su memoria (Salmo XXXIII, 17). Así como se derrite la cera ante el fuego: así perecen los pecadores ante el rostro de Dios. Según este sentido, en este mismo profeta se dice: Hijo de hombre, afirma tu rostro contra Temán y Darom y Nageb (Infra, XX, 46). Y de nuevo: La palabra del Señor vino a mí, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu rostro contra los hijos de

Jerusalén (Infra, XXI, 2). Y poco después: La palabra del Señor vino a mí, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu rostro contra los hijos de Amón (Infra, XXV, 2). Y de nuevo: Afirma tu rostro contra Faraón, rey de Egipto (Infra, XXIX, 2). Y de nuevo: Hijo de hombre, afirma tu rostro contra Gog y Magog. Y en otro lugar: Afirmaré mi rostro contra ese hombre, y lo pondré en desierto, y en dispersión, y lo quitaré de en medio de mi pueblo: y sabréis que yo soy el Señor (Infra, XIV, 8). ¡Ay, pues, de estas herejías, y de estas doctrinas, que prometiendo descanso, engañan a toda edad y sexo, para atrapar las almas de los miserables, y me contaminan ante mi pueblo, mientras se me cree amar el placer: y esto no por un corus, y hemicor de cebada, como leemos en Oseas (Oseas V), sino por un puñado de cebada, con el que se alimentan los brutos animales, y un fragmento de pan. No pan entero ni sólidos testimonios de las Escrituras, sino los que por la perversidad herética están rotos, y acortados y disminuidos; para que engañen a los santos y los arrastren a la muerte; y los pecadores con vanas promesas intenten vivificar. Por tanto, el clemente y misericordioso Dios no mata a las mismas profetisas, sino que rompe sus almohadillas, que como redes atrapan almas voladoras, para que una vez rotas, tengan la facultad de volar libremente. Y romperán los velos, o cojines, en los que reposaba el principal del alma, y con los que se cubrían las cabezas de los engañados. Cuando el Apóstol enseña que las cabezas de los hombres no deben ser veladas, sino que con el rostro descubierto deben contemplar la gloria del Señor (2 Cor. III). Porque vosotros, dice, con falsos terrores quebrantabais los ánimos de los que servían a Dios, y con promesas fraudulentas, manteníais encerrados a los impíos, para que no haciendo penitencia, recibieran la vida que habían perdido. Por tanto, no veréis más visiones vanas; ni llamaré vuestras mentiras profecías; sino adivinaciones, de las cuales está escrito: No hay agüero en Jacob, ni adivinación en Israel (Núm. XXIII, 23): para que libere a mi pueblo de vuestras manos, y con la obra reconozcáis que yo soy el Señor, que he liberado a los perdidos.

(Cap. XIV.---Vers. 1 seqq.) Y vinieron a mí los ancianos de Israel, y se sentaron delante de mí. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus inmundicias en sus corazones: y han puesto el escándalo de su iniquidad ante su rostro: ¿acaso responderé a sus preguntas? Por esto háblales, y diles: Así dice el Señor Dios: Hombre de la casa de Israel, que haya puesto sus inmundicias en su corazón, y haya puesto el escándalo de su iniquidad ante su rostro: y venga al profeta para preguntarle por mí: yo, el Señor, le responderé según la multitud de sus inmundicias: para que la casa de Israel sea atrapada en su corazón, por haberse apartado de mí en todos sus ídolos. Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios: Convertíos y apartaos de vuestros ídolos, y apartad vuestros rostros de todas vuestras contaminaciones. Porque hombre de la casa de Israel, y de los prosélitos cualquiera que sea extranjero en Israel, si se ha alejado en Israel de mí, y ha puesto sus ídolos en su corazón, y ha puesto el escándalo de su iniquidad ante su rostro: y venga al profeta para preguntarle por mí: yo, el Señor, le responderé por mí. Y pondré mi rostro sobre ese hombre; y lo haré en ejemplo y en proverbio; y lo destruiré de en medio de mi pueblo: y sabréis que yo soy el Señor. Y si el profeta se equivoca, y ha hablado una palabra: yo, el Señor, he engañado a ese profeta: y extenderé mi mano sobre él; y lo borraré de en medio de mi pueblo Israel. Y llevarán su iniquidad: según la iniquidad del que pregunta, así será la iniquidad del profeta: para que no se equivoque más la casa de Israel de mí, ni se contamine en todas sus transgresiones; sino que sea para mí un pueblo: y yo sea para ellos un Dios, dice el Señor de los ejércitos. LXX: Y vinieron a mí hombres de los ancianos de Israel, y se sentaron ante mi rostro. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus pensamientos en sus corazones: y han puesto el tormento de sus iniquidades ante su rostro: ¿responderé a sus preguntas? Por tanto, les hablarás: y di a ellos: Así dice Adonai el Señor: Hombre de la casa de Israel que haya puesto sus pensamientos en

su corazón, y haya puesto el tormento de su iniquidad ante su rostro: y venga al profeta, para preguntarle en mí: yo, el Señor, le responderé en aquello en lo que está atrapada su mente: para que la casa de Israel se aparte según sus corazones que se han alejado de mí en sus pensamientos. Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios: Convertíos, y apartaos de vuestras invenciones: y de todas vuestras impiedades, y convertid vuestros rostros hacia mí: Porque hombre de la casa de Israel, y de los extranjeros que peregrinan en la tierra de Israel: que se haya alejado de mí, y haya puesto sus pensamientos en su corazón: y haya puesto el tormento de su iniquidad ante su rostro; y venga al profeta para preguntarle en mí: yo, el Señor, le responderé en aquello en lo que está atrapado, y afirmaré mi rostro sobre ese hombre: y lo pondré en desierto, y en exterminio: y lo quitaré de en medio de mi pueblo: y sabréis que yo soy el Señor. Y si el profeta se equivoca, y ha hablado una palabra: yo, el Señor, he hecho que ese profeta se equivoque. Y extenderé mi mano sobre él, y lo exterminaré de en medio de mi pueblo Israel. Y llevarán su iniquidad según la iniquidad del que pregunta, y la iniquidad del profeta será similar, para que no se equivoque más la casa de Israel de mí, y no se contaminen más en todos sus delitos. Y serán para mí un pueblo: y yo seré para ellos un Dios, dice Adonai el Señor. Después de haber hablado a los profetas que profetizaban en su corazón, y enlucían la pared sin mezcla; y a las profetisas que cosían cojines, y los ponían bajo todo codo de mano, y hacían velos, y cubrían las cabezas de toda edad (por los cuales se muestra la doctrina de los dogmas perversos), vinieron al profeta, no todos los ancianos, para que no pareciera que todos erraban; sino algunos de los ancianos de Israel, y se sentaron ante el profeta: por qué habían venido, por el momento lo diferían en silencio; y enseguida la palabra de Dios fue al profeta, indicando por qué estaban presentes. Pues no es de la naturaleza del hombre, aunque sea santo, conocer los secretos del corazón. Por eso se dice solo del Salvador: Viendo Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? (Mateo IX). Y el sentido es: Hijo de hombre, estos hombres que están sentados ante ti, han puesto sus inmundicias en sus corazones, o pensamientos; y, según Símaco y Teodoción, ídolos y escándalo, es decir, ruina y tormento de su iniquidad, han puesto ante su rostro, y así han venido a preguntar la palabra del Señor. ¿Acaso debo responder a tales hombres, que vienen a mí con pensamientos antiguos, no dejando siquiera en este momento los crímenes de su impiedad, sino creyendo en ídolos, y en adivinaciones fraudulentas; y teniendo la ruina de su iniquidad ante su rostro y el tormento, mientras desesperan de lo mejor, y están preparados para el castigo, y así desean conocer mis palabras por medio de ti? Porque han venido a ti con un corazón perverso, respóndeles no de tu persona, para que no sea ligera la autoridad del que responde; sino de mi mandato, y diles: Así dice el Señor Dios. La sentencia de todo el pasaje, para que comprenda la explicación extensa en breve discurso, es esta: Hombre de la casa de Israel, que con vicios antiguos, de los que hemos hablado antes, venga al profeta a preguntar, yo le responderé según su corazón, y sus inmundicias, para que según lo que quiere y cree, así también oiga. Pues no merece corrección, quien no pregunta para aprender, sino para tentar. Porque se han apartado de mí, y han seguido ídolos. Y esta es la breve amenaza, para que se aparten de los ídolos y de los pensamientos perversos, y se conviertan a mí, dejando sus crímenes anteriores. Pues no merece oír la verdad, quien pregunta fraudulentamente; sino que debe ser atrapado por su propio corazón: según lo que los escribas y fariseos, preguntando al Señor, más bien tentando, oyen: ¿Por qué me tentáis? Y de nuevo: Ni yo os diré con qué autoridad hago estas cosas (Mateo XXI, 27). Y quien tal hombre es, y así pregunta, Dios pone su rostro sobre él, o lo confirma; para que con la austeridad del rostro, la dureza de la frente se ablande, y sea en ejemplo, y en proverbio, o en soledad, y en destrucción, para que al ser perdido de entre el pueblo de Dios, los demás reconozcan que él es el Señor que conoce los secretos del corazón, y entiende la perversidad de la mente; ni considera las palabras de los que hablan, sino los corazones. Y lo que sigue, y parece hacer una cuestión: El profeta cuando se equivoque, y

haya hablado una palabra, yo, el Señor, he engañado a ese profeta, no pensemos que se dice del verdadero profeta, sino del falso profeta, que se llama profeta por homonimia. Y puede resolverse con el pasaje de las Escrituras, cuando el rey Acab de Israel, yendo a la batalla, no quiere escuchar al profeta Miqueas, sino que se adhiere a los consejos de los falsos profetas (1 Reyes XII). Y Miqueas dice que vio al Señor sentado en el trono, y el espíritu del error ofreciéndose voluntariamente para engañar al rey. También el diablo en el libro de Job, recorriendo la tierra, se dice que está en presencia de Dios, y en primer lugar recibe poder sobre la sustancia de Job, luego sobre su cuerpo (Job I y II). Pero también Balaam el adivino es enviado por el Señor, para engañar a Balac hijo de Beor (Núm. XXII). Todo esto se dice, para que no se atribuya a la fortaleza de los falsos profetas, que el pueblo es engañado, y más bien quiere escuchar la mentira, que prestar oído a la verdad; sino que es por la ira de Dios, para que el pueblo perverso e incrédulo, más bien escuche a los falsos profetas que a los profetas. Finalmente, extiende su mano sobre él, se sobreentiende, el profeta, y es borrado de en medio de su pueblo, para que lleve su iniquidad, porque es de error similar, y la pena es similar: para que tanto el que pregunta, como el que es preguntado, lleven su iniquidad, y no sea más engañada la casa de Israel de los que quieran escuchar las palabras de Dios, por las vaticinaciones perversas; sino que sea el pueblo de Dios, y él merezca tener al Señor. En lo que dijo: Yo, el Señor, lo he engañado, las palabras de Salomón concuerdan, que discutiendo sobre Dios, dice: Y a los burladores se burlará (Prov. III, 34): y aquel testimonio: Si andan conmigo con perversidad; y yo andaré contra ellos con furia perversa (Lev. XXVI, 27, 28). Y lo que se dice en segundo lugar, hombre de los hijos de Israel, y de los extranjeros que se han unido a ellos, muestra en nosotros, según el Apóstol, al hombre doble, exterior e interior (1 Cor. XV). Pues muchos teniendo el rostro corporal de hombre, asumen las imágenes de diversas bestias, que el profeta deseando disipar, suplica: Señor, en tu ciudad disiparás su imagen (Salmo LXXII, 20). Aquellos de los que está escrito: El hombre cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado a las bestias insensatas y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 21), no son hombres hombres, sino hombres son bestias. De nuevo, los que en el Evangelio oyen, Serpientes, generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? (Mateo XXIII, 33), no son hombres hombres, sino hombres serpientes. Y de los que está escrito: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos (Mateo VIII, 20): y de Herodes: Decid a esa zorra (Lucas XIII, 32), no son hombres, sino hombres zorras. Pero los que poseen ambos vocablos de hombre, si se equivocan, por eso son corregidos por los castigos, para que entiendan que él es el Señor. Y también lo que según los LXX pusimos: Hombre, que se haya alejado de mí, y haya puesto sus pensamientos en su corazón, y el tormento, o, el castigo de su iniquidad ante su rostro, concuerda con aquel testimonio que está escrito en Isaías: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que habéis encendido (Isaías L, 11). Pues cada uno enciende para sí mismo los ardores de las llamas, y prepara los castigos, mientras no quiere corregir sus errores con penitencia, sino que permanece en los errores, que merece el incendio de las llamas.

(Vers. 12, 13 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre: cuando una tierra peque contra mí, cometiendo transgresión, extenderé mi mano sobre ella, y quebraré su vara de pan, y enviaré hambre sobre ella, y exterminaré de ella a hombres y bestias. Y si estos tres hombres estuvieran en medio de ella, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia salvarán sus propias almas, dice el Señor de los ejércitos. Y si trajera bestias feroces sobre la tierra para devastarla, y quedara desolada por falta de paso debido a las bestias, si estos tres hombres estuvieran en ella, vivo yo, dice el Señor Dios, que no salvarán ni hijos ni hijas: solo ellos se salvarán; pero la tierra quedará desolada. O si trajera la espada sobre esa tierra, y dijera a la espada: pasa por la tierra, y exterminara de ella a hombres y bestias, y estos tres hombres

estuvieran en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Dios, que no salvarán ni hijos ni hijas: solo ellos se salvarán. Y si enviara peste sobre esa tierra, y derramara mi indignación sobre ella en sangre, para quitar de ella a hombres y bestias, y Noé, Daniel y Job estuvieran en medio de ella, vivo yo, dice el Señor Dios, que no salvarán ni hijo ni hija; pero ellos por su justicia salvarán sus propias almas. Porque así dice el Señor Dios: Aunque enviara mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, bestias malas y peste sobre Jerusalén, para exterminar de ella a hombres y bestias: sin embargo, quedará en ella un remanente que sacará hijos e hijas. Ellos saldrán hacia vosotros, y veréis su camino y sus invenciones, y os consolaréis por el mal que traje sobre Jerusalén en todo lo que le he traído. Y os consolarán cuando veáis su camino y sus invenciones: y conoceréis que no en vano hice todo lo que hice en ella, dice el Señor Dios. Cuatro plagas se envían sobre la tierra transgresora, o, como tradujeron los Setenta, pecadora: hambre, bestia, espada, peste, de las cuales si cada una se enviara por partes a cada región, y estos tres hombres Noé, Daniel y Job, cuya justicia es proclamada por las voces de las Escrituras, intercedieran por la tierra pecadora, no solo no podrían salvarla, sino que ni siquiera a sus hijos e hijas, si hubieran cometido las obras de la tierra pecadora; solo a sí mismos podrían salvar. Se pregunta por qué, siendo Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros patriarcas y profetas justos, solo se menciona a estos. Lo cual se resuelve fácilmente: Noé no pudo impedir el diluvio inminente sobre el mundo, porque toda la tierra había corrompido sus caminos ante el Señor (Génesis VI, VII); pero tuvo a sus hijos, que quizás eran de la misma virtud, reservados como semilla del género humano. Daniel tampoco mitigó con lágrimas el inminente cautiverio del pueblo judío (Daniel I). Y Job, no por pecados, sino por prueba, no liberó ni su casa ni sus hijos (Job I). Otros dicen que solo estos tres hombres vieron tanto lo próspero como lo adverso, y nuevamente lo próspero: por eso se les nombra juntos; y esto se significa sutilmente, que así como ellos vieron tanto lo bueno como lo malo, y nuevamente lo alegre: así también el pueblo de Israel, que primero disfrutó de bienes, y luego soportó el yugo del cautiverio, si hace penitencia, volverá a la felicidad original. Que si Noé, Daniel y Job se reunieran juntos; y en un solo lugar, no pueden apartar la tierra pecadora, es decir, a los que habitan en la tierra, de la ira de Dios: ¿qué se dirá de aquellos que piensan que por el mérito de los padres y sus virtudes los hijos pecadores pueden ser liberados de los fuegos del infierno? Por lo tanto, ni el padre mártir podrá liberar al hijo pecador, ni la madre de santa conversación dará premios de castidad a la hija impúdica. Y al contrario, los vicios de los padres no dañarán a los hijos; sino que el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Lot, habitando en Sodoma, siendo extranjero tanto en espíritu como en carne, no liberó a su esposa porque miró hacia atrás: solo a sus hijas, que quizás no pecaron (Génesis XIX). Y Josías, hombre santo, no solo no salvó al pueblo pecador con sus virtudes, sino que él mismo murió en sus pecados (II Reyes XIII). Que si alguna vez el Señor promete su misericordia a los descendientes de Abraham y David: se debe notar que no perdona a aquellos que persisten en sus crímenes; sino a los que hacen penitencia, para que la conducta de los hijos ayude a los méritos de los padres. Cuando, dice, estas cosas son así, y la tierra pecadora no es salvada de cada plaga por la intercesión de hombres tan grandes: así dice el Señor Dios, porque Jerusalén ha pecado nefandamente, enviaré sobre ella cuatro plagas a la vez: la espada, por la cual es masacrada por los enemigos; el hambre, que sufre en el asedio; las bestias, por las cuales los que huyen en los desiertos y bosques son devorados; y la peste, que siempre sigue al hambre y la penuria. Para lo cual la edición Vulgata tradujo muerte. Estas cosas, dice, las enviaré sobre ella, para que no queden en ella ni hombres ni bestias. Y sin embargo, por mi clemencia, con las cuatro plagas inminentes a la vez, y devastando todo, dejaré en ella algunos que saquen a sus hijos e hijas; y que vengan cautivos aquí, es decir, a Babilonia y Caldea, para que cuando los veáis, y observéis sus obras, entonces entendáis que fueron capturados justamente, y que mi sentencia fue justa, y que vuestra cautividad tenga consuelo; al entender que los liberé de la espada, el hambre, las

bestias y la peste, para que aprendáis de su perversidad, que Jerusalén fue destruida con razón, el templo incendiado, y el pueblo llevado cautivo, excepto aquellos que fueron consumidos por la espada, el hambre, las bestias y la peste. Estas cosas se dicen de aquella Jerusalén, a la que, profetizando Ezequiel entre los caldeos, se acercaba el cautiverio. Sin embargo, también sobre nuestra tierra a la que se dice: Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 19); y sobre nuestra Jerusalén y cada uno de los creyentes, si desprecian los mandamientos de Dios, y merecen ser llamados transgresores, se enviará hambre; no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios. Se enviará también la espada, de la cual leemos: Serán entregados a la espada: partes de zorros serán (Salmo LXII, 11). Y a María: Y a ti misma una espada te atravesará el alma (Lucas II, 35). Se enviarán también bestias, de las cuales el justo pide no ser entregado: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Salmo LXXIII, 19). Se enviará también la peste (para la cual los Setenta interpretaron muerte) de la cual está escrito: La muerte de los pecadores es la peor (Salmo XXXIII, 22). Y: El alma que pecare, esa morirá. Y, Si así separa la amarga muerte (Ezequiel XVIII, 4)? De todas estas cosas, ni la doctrina de los padres espirituales, a quienes entendemos como maestros (I Samuel XV), ni los príncipes podrán liberar, a menos que haya consentimiento de los hijos, y sus súplicas sean ayudadas por sus esfuerzos. Porque la justicia del justo será sobre él, y la iniquidad del iniquo en él permanecerá: Cada uno morirá por su propio pecado, y será salvado por su justicia (Deuteronomio XXIV, 16). Y en vano dicen los judíos: Abraham es nuestro padre (Juan VIII), cuando no tienen las obras de Abraham. Que si hay confianza en algo, confiemos solo en el Señor. Maldito el hombre que confía en el hombre (Jeremías XVII, 5), aunque sean santos, aunque sean profetas. Leemos: No confiéis en los hombres (Salmo CXLV, 2). Y de nuevo: Es mejor confiar en el Señor que confiar en príncipes (Salmo CXVII, 6). No solo en los príncipes del siglo, sino también en los príncipes de las Iglesias, que solo si son justos salvarán sus propias almas. Pero a los hijos e hijas, que han engendrado en la Iglesia, si son negligentes, no podrán salvar, y sin embargo el Apóstol dice: Si la obra de alguno se quema, él será salvo: pero así como por fuego (I Corintios III, 24, 15). La mano se extiende sobre la tierra transgresora para que la vara o fortaleza del pan sea quebrada. La cual extendida, amenaza plagas, no queriendo quien la extiende, y levanta a los pecadores para golpear, sino para asustar con la extensión, y conservar a los aterrorizados.

(Cap. XV.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, ¿qué se hará con la madera de la vid entre todos los árboles del bosque que están entre los árboles del bosque? ¿Se tomará de ella madera para hacer obra: o se fabricará de ella un clavo para colgar de él cualquier vaso? He aquí que ha sido dada al fuego para ser consumida: el fuego ha consumido sus dos extremos, y su parte media ha sido reducida a cenizas. ¿Será útil para alguna obra? Incluso cuando estaba entera, no era apta para obra: ¿cuánto más cuando el fuego la ha devorado y quemado, no se hará de ella ninguna obra? Por tanto, así dice el Señor Dios: Como la madera de la vid entre los árboles del bosque, que he dado al fuego para ser devorada: así entregaré a los habitantes de Jerusalén; y pondré mi rostro contra ellos. Saldrán del fuego, y el fuego los consumirá. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando ponga mi rostro contra ellos, y haga la tierra desolada y desierta, porque han sido transgresores, dice el Señor Dios. Por lo que hemos interpretado: el fuego ha consumido sus dos extremos, y su parte media ha sido reducida a cenizas, los Setenta tradujeron: La purgación anual de ella consume el fuego, y la deja al final. Nuevamente, donde hemos dicho: Cuando ponga mi rostro contra ellos, ellos tradujeron, cuando lo haya afirmado. También interpretaron transgresión como delito. Con varias similitudes, que los griegos llaman parábolas, se predice la destrucción de la ciudad de Jerusalén. Y como arriba (Ad cap. IV) en la sartén, en la que se freían las carnes del pueblo, y en el lado en el que se pintaban las fortificaciones, y las máquinas de arietes y viñas, se describió el asedio y el hambre de la misma ciudad, y después en este mismo

leeremos: también está escrito en Jeremías (Jeremías I, 13), que la olla que se enciende desde el norte significa la ciudad de Jerusalén; y el bosque de Nageb, y Temán, y Darom, cortado, predice lo mismo: así en el presente lugar la misma Jerusalén se compara con una viña y una vid fructífera. De la cual en otro lugar está escrito: Yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura de vid extraña? (Jeremías II, 21.) Y en Isaías: Planté, dice, una viña sorec (Isaías V, 2), que significa elegida y hermosa. Y en los Salmos leemos: Trasplantaste una viña de Egipto: expulsaste a las naciones, y la plantaste: Fuiste guía del camino ante ella (Salmo LXXIX, 9). Y aprendemos más claramente, diciendo la Escritura: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V, 7). Esta viña mientras da frutos, entre todos los árboles del bosque nada es más precioso que ella; pero si deja de tener uvas, no será útil en nada: sino que será entregada al fuego con raíz y sarmientos. Los demás árboles del bosque (para no hablar de los árboles frutales, de los cuales la Escritura ahora no hace mención) aunque no tengan frutos, una vez cortados proporcionan mucha utilidad, y son útiles para toda la agricultura, y para el uso de las armas: mientras se adelgazan en escudos, se raspan en astiles, cierran puertas, contienen armarios, cofres, cajones; y proporcionan todo el mobiliario de la casa. Pero la vid, si una vez deja de dar uvas, es tan inútil, que ni siquiera se puede hacer de ella un clavo del que cuelgue algo. Y cuando cortes los sarmientos, primero el fuego consume sus dos extremos, luego la llama los consume: y es tan inútil cuando se reduce a cenizas, que incluso cuando está entera, sin frutos no proporciona ninguna utilidad. La ambigüedad del verbo hebreo SENE () que se escribe con tres letras, SIN y NUN y JOD ; si se lee SENE, significa dos; si SANE, años. De ahí que, en lugar de sus dos extremos, que hemos interpretado como sus dos partes; los Setenta interpretaron, su purgación anual: mientras que Aquila dijo, sus dos extremos; Symmachus y Theodotion, sus dos cumbres. Y el orden es: Así como la vid infructuosa se entrega al fuego sin ninguna utilidad: así también Jerusalén, más bien sus habitantes, serán entregados a las llamas, para que salgan del fuego, y el fuego los consuma, es decir, aunque escapen de la ciudad, afuera serán consumidos por la espada enemiga; y los que queden, oprimidos por el peso de las miserias, reconocerán que yo soy el Señor: cuando ponga o afirme mi rostro sobre ellos, y los entregue a una desolación eterna. Porque no fueron pecadores como las demás naciones, sino transgresores. Pues es una cosa ignorar lo que no conoces: otra es despreciar lo que has adorado. Podemos entender la viña y Jerusalén según la inteligencia espiritual, como la multitud de creyentes. Que si es negligente, y pierde la cultura de la religión original, y no produce frutos de virtudes, ni hace vino, que alegra el corazón del hombre, será entregada a los fuegos eternos, y será considerada como nada. Porque el siervo que conoce la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado con muchos (Lucas XII, 47). Algo similar dice el Señor en el Evangelio según Juan: Yo soy la vid verdadera; y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que permanece en mí, y no da fruto, el Padre lo quitará. Y todo el que da fruto, lo podará, para que dé más fruto (Juan XV, 2, 2). Si el Salvador es la vid, y nosotros los sarmientos, y Dios el Padre es el labrador, mientras guardamos los mandamientos de Dios, siempre somos cultivados, y nuestra cultura es purificación: Porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos IX, 16). Que si dando fruto, somos podados por el Padre, para que demos más fruto, se muestra que todo nuestro esfuerzo, con la ayuda de Dios, llega a su fin, y produce fruto de plenitud. Pero el sarmiento que no da fruto, el Padre lo quitará. Y cuando sea quitado, la Escritura no dice qué hará el Padre con él: a menos que quizás la separación del cuerpo de Cristo sea en sí misma un castigo perpetuo, y destrucción. Lo que entendimos en la viña y la vid, el Salvador lo enseña bajo otra figura en el Evangelio: Buena es la sal: pero si la sal se vuelve insípida, no es útil para nada, sino para ser echada fuera, y pisoteada por los hombres (Marcos IX, 49). Y el ojo que ilumina todo el cuerpo, si se ciega, oye del Señor: Si la luz que hay en ti son tinieblas: ¡cuántas serán esas tinieblas! (Mateo VI, 23, 13)? Porque en comparación con el transgresor, y el que ha negado

a Dios antes confesado, es menor el castigo de aquellos que nunca tuvieron conocimiento de Dios. Pero los árboles del bosque, o del bosque, según la variedad de los creyentes, tienen alguna utilidad en la gran casa; en la cual no solo hay vasos de oro y plata, sino de madera y barro; unos para honra, otros para deshonra (II Timoteo II).

(Cap. XVI.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, haz conocer a Jerusalén sus abominaciones, y dirás: Así dice el Señor Dios a Jerusalén. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, testifica a Jerusalén sus iniquidades, y dirás a ella: Así dice Adonai el Señor. En los lugares donde la circunscripción de las profecías individuales era breve, hemos puesto capítulos completos, añadiendo inmediatamente lo que nos parecía. Pero aquí, porque se dirige un largo discurso a Jerusalén, testificando y enseñándole los pecados que ha cometido; y la profecía se extiende casi hasta el número de doscientos versículos, hasta el lugar donde está escrito: Cuando me haya aplacado contigo en todo lo que has hecho, dice el Señor Dios, tenemos la necesidad de poner toda la profecía por partes; y a lo que hemos propuesto, ajustar las explicaciones debidas. Bajo la figura de una mujer adúltera que primero fue unida en matrimonio, se describe el origen, la educación, la pubertad, el matrimonio, el adulterio, el repudio, y nuevamente la reconciliación de Jerusalén; para que se conozcan tanto la clemencia del esposo como el juicio, y los crímenes de la adúltera y la prostituta, mientras después de todos los castigos le suscita un pacto eterno: para que recuerde su iniquidad, y se avergüence, y no tenga más que abrir la boca por su confusión, cuando se haya aplacado con ella en todo lo que ha hecho. Pues mucho aprovecha a los pecadores saber lo que han hecho. Por eso también el penitente dice: Porque yo reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre delante de mí (Salmo L, 4). Jerusalén puede entenderse de cuatro maneras: O esta que fue quemada por el fuego babilónico y romano; o la celestial de los primogénitos; o la Iglesia que se interpreta como visión de paz; o las almas de cada uno que ven a Dios por la fe. Y lo que muchos piensan que debe interpretarse de la Jerusalén celestial, la Iglesia no lo acepta, para no ser obligados a aplicar todo lo que se teje en la presente profecía a las ruinas y tormentos de las fuerzas celestiales, y a su restauración al estado original.

(Vers. 3.) Tu raíz y tu generación son de la tierra de Canaán. Tu padre es amorreo y tu madre hitita. Gran fe y gran audacia de los profetas, acusar a un solo hombre, a toda una ciudad de ignominia. Admirable Daniel, quien al presbítero delincuente, y juntando adulterio con homicidio, siendo niño se atrevió a decir: Semilla de Canaán, y no de Judá, la apariencia te engañó (Dan. XIII, 56). Grande también Isaías, quien clama a los príncipes y al pueblo de los judíos: Escuchad la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, percibid con vuestros oídos las palabras del Señor, pueblo de Gomorra (Isai. I, 10). Pero no menor Ezequiel, quien habla confiadamente a toda la ciudad: Tu raíz y tu generación son de la tierra de Canaán: Tu padre es amorreo y tu madre hitita. Aunque también Esteban, el primer mártir del Evangelio, habló al pueblo enfurecido (Act. VII, 51): De dura cerviz e incircuncisos de corazón, siempre resistís al Espíritu Santo. Y aunque podamos interpretar la raíz de Jerusalén y su generación como la tierra de Canaán, según aquello que en Egipto fue llamado pueblo, y allí habitó mucho tiempo (pues Cam, padre de Canaán, fue príncipe de la nación egipcia), sin embargo, según la similitud de los crímenes, diremos que la raíz de Jerusalén es la tierra de Egipto: Por lo cual su padre es llamado amorreo, que se interpreta como "hablado", es decir, celebrado con muchas palabras. Y tu madre hitita, es decir, "desquiciada"; que o bien está loca, o bien lleva a otros a la locura. Porque todo el que comete pecado, es nacido del diablo (Juan VIII, 54). Por lo cual, en todo el mundo es famoso el nombre de este antiguo padre, y lleva a muchos a la locura. Se ordena a Jerusalén, ya sea según la letra o según el espíritu, que abandone al antiguo padre, y se le dice: Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído; y olvida a tu

pueblo y la casa de tu padre: y el rey deseará tu belleza (Sal. XLIV, 11). Y se le promete que si después del pecado quiere volver al verdadero padre: Te restituiré como eras cuando naciste. ¿Qué nobleza tan grande como la de la ciudad de Jerusalén, que descendiendo de la estirpe de Abraham, Isaac y Jacob tuvo a Dios por padre? y sin embargo, porque pecó y dejó al verdadero padre, merece escuchar: Tu raíz y tu generación son de la tierra de Canaán: Tu padre es amorreo y tu madre hitita. Si ella escuchó esto: ¿qué será de nosotros, que llamados de las inmundicias de las naciones, hemos perdido toda mancha en el lavacro del Salvador, si contaminamos el vestido de Cristo, y no tenemos en el banquete la vestidura nupcial? Sin duda, aquello de que, con las manos y los pies atados, seamos entregados a los fuegos eternos, en los cuales hay llanto de ojos y crujir de dientes (Mat. XXII).

(Vers. 4, 5.) Y cuando naciste, en el día de tu nacimiento no fue cortado tu cordón umbilical, y no fuiste lavada con agua para tu salud, ni salada con sal, ni envuelta en pañales. Ningún ojo se apiadó de ti, para hacerte una de estas cosas, compadecido de ti: sino que fuiste arrojada sobre la faz de la tierra, en el desprecio de tu alma, en el día en que naciste. LXX: Y tu generación, en el día en que naciste, no ataron tus pechos, y tu cordón umbilical no fue cortado, y no fuiste lavada con agua para tu salud, ni salada con sal, y no fuiste envuelta en pañales: ni ningún ojo se apiadó de ti, para hacerte una de todas estas cosas, y sufrir algo por ti, y fuiste arrojada sobre la faz del campo por la maldad de tu alma en el día en que naciste. Sigamos el orden de la lectura y discutamos cada punto. Cuando Jerusalén nació de un padre amorreo y una madre hitita, y fue expulsada del útero, no fue cortado su cordón umbilical, por el cual los fetos se alimentan en el vientre como los árboles y arbustos que se nutren del oculto humor de la tierra a través de las raíces. Y así como la semilla de los hombres se significa en los lomos, así los genitales de las mujeres, en un lenguaje honesto según la costumbre de las Escrituras, se llaman cordón umbilical, con el testimonio de Job, quien bajo la figura del dragón habla del diablo: Su fuerza está en sus lomos: y su poder en el cordón umbilical de su vientre (Job XL, 11). Este dragón es la antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, y engañó al mundo entero, tiene fuerza contra los hombres en los lomos, contra las mujeres en el cordón umbilical. Esto significa de Jerusalén: que no recibió la ley de inmediato, ni se le cortaron los inicios de su vergonzoso nacimiento: sino que vivió primero una vida gentil; por lo cual los Setenta interpretaron: En el día en que naciste, no ataron tus pechos (Ezequiel VII), teniendo la Escritura santa esta costumbre, de llamar pecho o pechos al corazón, según lo vea conveniente en cada lugar. Los sacerdotes en quienes debe estar la doctrina, y buscan la ley de su boca, reciben el pecho. Juan se recuesta sobre el pecho del Señor, para beber de la fuente más abundante los ríos de sabiduría (Juan XIII). Los dos pechos de la Virgen en el Cantar de los Cantares son como dos cervatillos gemelos de gacela, que se alimentan entre los lirios, hasta que respire el día y se alejen las sombras (Cant. IV). Una madre diligente, 146 tan pronto como nace la niña, ata sus pechos, para que cesen del tierno tumor y conserven la belleza virginal. Pero cuando llega a la edad de la pubertad, se dirá de ella: ¿Acaso olvidará la novia sus adornos, o la virgen su faja pectoral? (Jeremías II, 32). Sigue: Y no fuiste lavada con agua para tu salud. Los cuerpos sangrientos de los infantes, tan pronto como son expulsados del útero, suelen ser lavados: así también la generación espiritual necesita del lavacro salvador. Ninguno está limpio de suciedad, ni siquiera si su vida es de un solo día (Job XXVI, 14, 15). Y en los Salmos leemos: En iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Sal. L, 6). La segunda natividad disuelve la primera natividad. Pues está escrito: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Hay muchos lavacros que los gentiles en sus misterios, y los herejes prometen: todos lavan; pero no lavan para la salud. Por eso se añadió: y en la que no fuiste lavada para tu salud. Esto puede entenderse no solo de los herejes, sino de los eclesiásticos, que no reciben el bautismo salvador con plena fe. De los cuales se debe

decir, que recibieron el agua, pero no recibieron el espíritu: como también Simón el Mago, quien quería comprar con dinero la gracia de Dios, fue bautizado en agua, pero de ninguna manera fue bautizado para la salud (Act. VIII). Tercero se dice: ni salada con sal. Los cuerpos tiernos de los infantes, mientras aún conservan el calor del útero, y con el primer llanto testifican los inicios de una vida laboriosa, suelen ser tocados con sal por las parteras, para que sean más secos y se restrinjan. Pero Jerusalén, nacida de malos padres, no obtuvo nada de sabor, nada de diligencia. Pero a los que renacen en Cristo, se les dice: Vosotros sois la sal de la tierra (Mat. V, 5); y se les ordena por el Apóstol: Que vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal (Col. IV, 6). Por eso también vulgarmente los sabios son llamados salados, y los necios insulsos. Y en Levítico se sanciona por ley: Todo sacrificio vuestro será sazonado con sal. No cesará la sal del Testamento del Señor de vuestros sacrificios: en todas vuestras ofrendas ofreceréis sal (Lev. II, 13). Quien esté sazonado con esta sal, y haya secado todo hedor y humor nocivo con esta mezcla, ya no dirá: Se pudrieron y corrompieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Sal. XXXVII, 6). Sé que he leído en algún volumen sobre el Señor Salvador, que él mismo es la sal celestial; y no solo ha sazonado las cosas terrenales e infernales, sino también las celestiales con su sabor: para que se cumpla aquello que está escrito: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Cuarto es: ni envuelta en pañales. Y el Salvador fue envuelto en pañales de infancia, y todo el que nace necesita de los pañales, de la protección de Dios. Es natural, donde no falta la diligencia de los padres, que a los infantes recién nacidos primero se les corte el cordón umbilical: luego se les lave con agua para limpiar la sangre. Tercero, que el humor de los cuerpos pequeños se seque con la adición de sal. Cuarto, que los cuerpos tiernos de los infantes se envuelvan en pañales, por dos razones, para que el cuerpo se seque con la sal, que se conserva y se aprieta con los pañales para que no se deslice; y para que los miembros tiernísimos no se deformen fácilmente. Por eso los cuerpos de los bárbaros son más rectos que los cuerpos romanos. Hasta el segundo y tercer año, siempre están envueltos en pañales. Pero no así Jerusalén, cuyo cordón umbilical no fue cortado, ni sus pechos atados, ni fue lavada con agua para su salud, ni salada con sal, ni envuelta y apretada con pañales de infancia. ¿Por qué no mereció nada de esto? La siguiente Escritura lo testifica. Ningún ojo se apiadó de ti: para hacerte una de estas cosas, compadecido de ti. Por lo cual los Setenta pusieron: Ningún ojo se apiadó de ti: para hacerte una de todas estas cosas. Y es necesario que la doble edición tenga una doble interpretación. La primera significa: Ningún ojo se apiadó de ti, para hacerte una de estas cosas, compadecido de ti. Y el sentido es: Nadie se compadeció de ti, con Dios ofendido; nadie se conmovió por ti, para hacerte al menos una de las cuatro cosas anteriores; porque no merecías recibirlas todas juntas. En la otra se dice: Ningún ojo se apiadó de ti, para hacerte una de estas cosas, compadecido de ti. Y tiene este sentido: Así has actuado, y así naciste en pecados, y en delitos te concibió tu madre, que ni tú misma te compadeces de ti. Y como has actuado así, para ser cruel contigo misma por tus malas obras: ¿qué pude hacerte yo, 148 que ni siquiera mereciste recibir una de las cosas anteriores? Porque, por tanto, nada de lo que se suele hacer a los infantes se hizo en ti; y esto no sin causa ni sin juicio, sino por tu culpa y pecado, que ni tú misma te compadeciste de ti: por eso fuiste arrojada sobre la faz de la tierra, o del campo; y arrojada por la maldad de tu alma en el día en que naciste. Oremos para que no seamos arrojados por la maldad de nuestra alma sobre la faz del campo, en el cual hay un camino ancho y espacioso que conduce a la muerte; en el cual cabalga el ejército de los caldeos. Y consideremos al mismo tiempo, que nadie en el día en que nace puede cometer algo malo, a menos que sea en el tiempo del lavacro, cuando la generación sabia es asumida por la fe del creyente.

(Vers. 6, 7.) Pero pasando por ti: te vi pisoteada en tu sangre. Y te dije cuando estabas en tu sangre, vive: te dije, digo, en tu sangre, vive. Te di multiplicada como germen del campo, y

entraste, y llegaste al mundo femenino. Tus pechos se hincharon, y tu vello brotó: y estabas desnuda, y llena de confusión. LXX: Y pasé por ti, y te vi mezclada en tu sangre, y te dije, de tu sangre vive multiplicada, como te di el brote del campo, y te multiplicaste, y te magnificaste, y entraste en las ciudades de las ciudades. Tus pechos se levantaron, y tu vello brotó: pero estabas desnuda, llena de ignominia. Después de que fuiste arrojada sobre la faz del campo, o sobre la faz de la tierra, por la maldad de tu alma, no merecías más mi ayuda: sin embargo, pasando por ti te vi pisoteada, o mezclada en tu sangre, es decir, culpable de crímenes mortales: y te provoqué, dándote penitencia, y te dije: Aunque estés en sangre, vive convertida; tanta fue en ti la abundancia de todas las cosas, que tenías la semejanza de un campo muy fértil, y la bendición de Jacob, con la cual su padre lo bendijo, diciendo: He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al cual bendijo el Señor (Génesis XXVII, 27); y entraste en los aposentos del Señor, y dijiste con la esposa: El rey me introdujo en su cámara (Cant. I, 3); y llegaste al mundo femenino, por lo cual los Setenta tradujeron: y entraste en las ciudades de las ciudades; para que así como el Cantar de los Cantares, y el siglo se llama siglo de los siglos; así las ciudades se llamen ciudades de las ciudades. De las cuales en el Evangelio se dice: Ten poder sobre diez, o sobre cinco ciudades (Luc. XIX, 17, 18): para que no solo seas llamada ciudad, sino ciudad metropolitana, según aquello que se lee en Isaías: Madre de las ciudades fieles Sion (Isa. I, 26, 27). Por lo que interpretó Símaco, y llegaste al ornato de las mujeres, o como Teodoción, y entraste al ornato de los ornamentos, por lo cual nosotros, siguiendo el sentido hebreo, dijimos: y llegaste al mundo femenino, muestra el tiempo de la pubertad, cuando las niñas son llamadas casaderas, y pueden unirse en los abrazos de los maridos. De hecho, sigue: Tus pechos se hincharon, y tu vello brotó. Honesta madurez de las adolescentes se indica, cuando los pechos se hinchan o se levantan, y el vello brota. Y cuando estaba preparada para las bodas, y tenía la belleza del cuerpo, no tenía los cobertores de las vestiduras, ni estaba protegida por la ayuda de Dios. Si alguien no tiene el vestido de Cristo, está desnudo. Si alguien no está vestido con las entrañas de misericordia, bondad, humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, yace sobre la faz de la tierra: y su belleza se desfigura por la confusión y la desnudez.

(Vers. 8.) Y pasé por ti, y te vi: y he aquí tu tiempo, tiempo de amantes. Y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu ignominia. Septuaginta: Y pasé por ti, y te vi, y he aquí tu tiempo, tiempo de los que se desvían: y extendí mis alas sobre ti, y cubrí tu ignominia. ¡Cuánta clemencia! No bastó haberla visto una vez pisoteada en sangre, y haberla provocado a la penitencia: sino que pecando nuevamente la visité, y porque estaba desnuda, y llena de confusión, nuevamente vine y la visité, y he aquí su tiempo, tiempo de amantes; o según los Setenta tiempo de los que se desvían, y según la interpretación de Aquila segunda συναλλαγῆς, es decir, de esponsales y tiempo de bodas; según la primera edición de Aquila y Teodoción, μαστῶν, que se interpreta pechos: por lo cual Símaco traduce ἀγαπῆς, que significa amor. Ese era el tiempo, cuando las mujeres pueden unirse a los hombres, y soportar el coito marital. Sin embargo, el misericordioso Dios extendió sus alas, y los recibió, y los llevó sobre sus hombros, según aquello que está escrito en el Evangelio: Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Luc. XII, 34)? O extendió su manto en lugar de alas: esto es lo que significa πτερύγιον, con lo cual también Ruth fue cubierta a los pies de Booz durmiendo (Ruth III). Y en el borde, es decir, πτερυγίῳ de nuestra vestidura, se nos ordena atar flecos de jacinto. Esto lo hizo para cubrir la ignominia de Jerusalén: mostrando el cuerpo genital de las mujeres bajo este nombre. Pues según el Apóstol: A lo deshonesto de nuestro cuerpo le damos mayor honor (I Cor. XII, 13). Por eso también el salmista canta: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI, 1). Lo cual Cam, porque no lo protegió en su padre, es señalado con eterna maldición (Génesis IX). Lo que dijimos de

Jerusalén, refirámoslo a nuestra alma, que mientras está en la infancia, carece de pecado. Pero cuando llega el tiempo de su edad, hay muchos amantes de los demonios y de los herejes, y de doctrinas perversas, que desean inclinarse hacia ella. Que son repelidos por la protección de Dios; para que no reciba a los satélites del diablo, sino a los ministros del Salvador. Por tiempo de los que se desvían, amor, y pechos, en hebreo se tiene DODIM (), que según la propiedad de su lengua, significa todo lo que se ha traducido arriba. Puede entenderse el tiempo de amor, y de pechos o de amantes de Dios, como Abraham, Isaac y Jacob: cuando el Señor les prometió después de la servidumbre egipcia, liberar a su pueblo.

Y te juré; y entré en pacto contigo, dice el Señor Dios. LXX: Y te juré, y entré en testamento contigo, dice Adonai el Señor. Porque extendí mi manto, o mis alas sobre ti: y cubrí tu confusión: por eso te juré, y entré en pacto, o testamento contigo: para que te unieras a mí más que a los demás, que querían desviarse hacia ti, según aquello, Juró el Señor y no se arrepentirá: tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4; Hebr. VI). Pues todo fin de controversia es el juramento. Y vivo yo, dice el Señor: no quiero la muerte del pecador, sino que se arrepienta (Ezequiel XVIII). En el tiempo de las bodas, Israel recibe el juramento de Dios, por todo el don dotal. Y porque David había dicho de sí mismo: Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre (Sal. CXXXI, 1): quien juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob; y el mismo Señor le jura, diciendo la Escritura: Juró el Señor a David la verdad, y no lo frustrará (Ibid., 11).

(Vers. 9.) Y te convertiste en mía, y te lavé con agua, y limpié tu sangre de ti, y te ungí con aceite. Porque extendí mis alas, y cubrí tu ignominia, y te juré, y entré en pacto contigo; por eso te convertiste en mi posesión: para que, siendo ajena cuando parecías impura, comenzaras a ser mía cuando confirmé mi pacto contigo con juramento. O según la costumbre de los profetas: te convertiste en mía, dice, por lo que es, te uniste a mi matrimonio: y te lavé, dice, con el agua del bautismo salvador. Porque si alguien no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Juan III, 5). Y en otro lugar leemos: Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego (Marcos I, 8). De este bautismo también habla Isaías, diciendo: El Señor lavará las inmundicias de los hijos e hijas de Sion; y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio y espíritu de ardor (Isaías IV, 4). Pero cuando haya lavado y limpiado la sangre: como la hemorroísa, que durante doce años manaba sangre, sanó al tocar el borde del manto (Marcos V): no le basta lavarla con agua y limpiarla con sangre, si no la unge también con aceite: según lo que el Samaritano, que se interpreta como guardián, primero ungió las heridas del moribundo con la infusión de aceite, y luego las calmó con la austeridad del vino (Lucas X). Pero nuestro Señor fue ungido con otro aceite, que no mitigaba el dolor de las heridas, sino que otorgaba alegría, diciendo el Espíritu Santo a él: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8). También las fuerzas contrarias tienen la suavidad simulada del aceite, prometiendo dulzuras a través de los herejes; que se convierten en amargura, y que el profeta detesta recordando: Pero el aceite del pecador no unja mi cabeza (Salmo CXL, 5). Pero si de la unción se llama ungido, es decir, Cristo, observa cuánto ha progresado Jerusalén: que también ella, ungida con aceite espiritual, ha recibido el nombre de Cristo; según lo que leemos en los Salmos sobre Abraham: No toquéis a mis ungidos, y no hagáis mal a mis profetas.

(Vers. 10.) Y te vestí de colores. LXX: Y te vestí de variados: con las ceremonias de la Ley, en cuyo estudio ocupada, dejarías los ídolos. Estas son las vestiduras variadas con las que José fue vestido: y no pudieron venderlo sus hermanos, si no lo hubieran despojado primero de la túnica de colores (Génesis XXXVII). Y se dice de la esposa en el Salmo cuarenta y

cuatro: La reina está a tu derecha en vestidura de oro, rodeada de variedad (Salmo XLIV, 10). Esta es la vestidura de la que también habla el Apóstol: Vestíos del hombre nuevo, que se renueva en conocimiento según la imagen del Creador (Efesios IV, 24). ¿Queremos saber cuáles son las vestiduras variadas? El mismo Apóstol nos enseña, escribiendo a los creyentes: Vestíos, pues, de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia (Colosenses III, 12). ¿Qué hay más hermoso que esta variedad? De la que también hablaba Job: ¿Quién dio a las mujeres la sabiduría del tejido, o la disciplina de la variedad? (Job XXXVIII, según LXX). Y el sumo sacerdote una vez al año, cuando ofrecía incienso por el pueblo, entraba en el Santo de los Santos con vestiduras variadas (Éxodo XXXIX; Hebreos IX). Ciertamente, si las riquezas hicieran la variedad de las vestiduras, y no la santidad y diversidad de virtudes, se escribiría que Faraón y Nabucodonosor tuvieron estas vestiduras, y no José, que bajo un padre extranjero y pastoril, no podía tener vestiduras de colores y reales.

Y te calzé de jacinto. LXX: Y te calzé de jacinto [Al. Jacintino]. Aquila y Símaco, de jacinto; los Setenta y Teodocio, de jacinto tradujeron. Por lo que en hebreo está escrito THAS (). Y porque el discurso se dirige bellamente a Jerusalén, y bajo la persona de una mujer, se expresa todo su adorno, se narran calzados de jacinto, o de jacinto, que no convienen a la persona de los hombres. Por lo tanto, a los que iban a hacer la Pascua se les ordena, sin ninguna variedad de color, que estén ceñidos los lomos y calzados los pies. Estos son los calzados de los que también escribe el Apóstol: calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz. Filón, el más elocuente de los judíos, compara el jacinto en las vestiduras del sumo sacerdote con el aire, por el cual se cree que se significan las cosas celestiales y superiores. Y Jerusalén no se calza de jacinto, si no se lava con agua. Por eso también los pies de los Apóstoles, a quienes el Señor había ordenado antes que sacudieran el polvo de sus pies (Mateo X), son lavados por el Salvador. Y la esposa dice en el Cantar de los Cantares: Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Cantar V, 3). Y el divino discurso testifica a Moisés y a Josué (Éxodo III), que desaten la correa de su calzado, porque el lugar en el que están es santo. Pero cuando los pies han sido lavados y purgados de toda suciedad, se calzan de jacinto, o de jacinto; que ambos son de color aéreo y cianeo: para que sean arrebatados al encuentro del Señor en el aire, y se apresuren a los reinos celestiales.

Y te ceñí de lino fino. Jerusalén no solo se viste de colores, y se calza de jacinto, sino que también se ciñe de lino fino, del cual se tejen los hilos más finos en la vestidura del sumo sacerdote. Y la esposa en los Proverbios, que tejió dos mantos para su marido, tanto del siglo presente como del futuro, se dice que se hizo vestiduras de lino fino y púrpura (Proverbios XXXI). Con este lino fino se ciñen los lomos, siempre que se deban atenuar los incentivos grasos de la lujuria, y no quede en ellos nada de humor grueso [Al. de Venus gruesa]: y cumplimos el precepto del Apóstol que dice: Estad, pues, ceñidos los lomos con la verdad (Efesios VI, 14); como si dijera con otras palabras, de lino fino. Y el Señor habla a los Apóstoles: Sean ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos (Lucas XXII, 35). Porque si no ceñimos los reumatismos fluyentes de los lomos, no podemos tener lámparas en las manos. Por eso también Dios habla a Job: Ciñe como hombre tus lomos (Job XXXVIII, 3). Y al comer el cordero, calzados los pies, sosteniendo el bastón, estando en la verdad del Evangelio, y preparados para la sangre de Cristo, se dice que tienen los lomos ceñidos (Éxodo XII). Con esta faja que mortifica los lomos, también se ciñen Elías y Juan el Bautista (IV Reyes I; Marcos I). De los cuales también el penitente gime lamentablemente, diciendo: Porque mis lomos están llenos de ilusiones (Salmo XXXVII, 8).

Y te vestí de sutiles. LXX: Y te rodeé de tricapto. Por lo que Aquila tradujo florido, o palpable: Símaco, indumento: Teodocio puso el mismo término hebreo MESSE (). Y cuando investigué diligentemente qué significaba el término tricapto, que los LXX tradujeron; y no

pude encontrar en ningún griego ni el uso ni la etimología del término: finalmente aprendí de los LXX que es un compuesto (pues para cosas nuevas deben inventarse nuevos nombres) que la vestidura era de tal sutileza, que se creía tener la finura de los pelos y cabellos. Por eso, queriendo expresar la sutileza de la vestidura, traduje por sutiles, que estaba tejida con hilo y trama delgada. Y congruente con aquellos, de los que increpando había dicho: Se ha engrosado el corazón de este pueblo, y Jacob comió y bebió, y se sació, y se engrosó, y pateó el amado, y abandonó a Dios su hacedor (Deuteronomio XXXII, 15), ahora se les concede la sutileza de las vestiduras. Porque también en el libro de la Sabiduría, que algunos titulan de Salomón, el espíritu de sabiduría unigénito y múltiple, se llama tenue y mutable (Sabiduría VII). Y el maná del que está escrito: El hombre comió el pan de los ángeles (Salmo LXXVII, 25), se narra que era muy fino, semejante a la escarcha, y a la semilla de cilantro (Éxodo XVI). Podemos, según la interpretación de la segunda edición de Aquila, que interpretó florido, entender por metáfora la fertilidad de la tierra de Judea, o la belleza del culto divino.

(Vers. 11.) Y te adorné con ornamento. Generalmente ahora pone los ornamentos, de los cuales en lo siguiente enumera por partes, brazaletes y collar, pendientes y corona, y los demás, que otorga como ornamentos a Jerusalén, y en Isaías se dice que por su culpa los perdió todos. Pues está escrito: Porque se elevaron, es decir, se enorgullecieron las hijas de Jerusalén, y caminaron con cuello erguido (Isaías III, 16, 17), y lo demás: en lugar de cinturón, están ceñidas con cuerdas, y en lugar de ornato de la cabeza, desfiguradas con calvicie, y en lugar de vestiduras hermosas y suaves, rodeadas de la aspereza del cilicio.

Y puse brazaletes en tus manos. LXX: Y rodeé con brazaletes tus manos. Cuando Dios nos da buenas obras, rodea con brazaletes nuestras manos. Por eso también dice que se asemejó en las manos de los profetas (Oseas XIII), y frecuentemente leemos que se hizo palabra en la mano de Ageo o Jeremías y de los demás (Ageo I). También en Job se perfora el labio del dragón con brazalete, y todos sus silbidos venenosos, que se entienden en las doctrinas perversas, se perforan con el círculo de las buenas obras (Job XL).

Y un collar alrededor de tu cuello. Por collar, que nosotros según la segunda edición de Aquila y Símaco hemos interpretado, los Setenta y Teodocio tradujeron κάθεμα, que no solo aquí, sino también en Isaías está escrito: El Señor quitará la gloria de su vestimenta, y las diademas, y los collares, y los círculos, y κάθεμα (Isaías III, 18). Creo que κάθεμα fue dicho por ellos, de varias gemas descendiendo al pecho de las mujeres, que también es un adorno muy hermoso de las mujeres.

(Vers. 12.) Y puse un pendiente sobre tu boca, o, tus narices. La palabra hebrea NEZEM (), excepto Símaco, que interpretó ἐπιῤῥίνιον, todos tradujeron pendiente: no porque se pongan pendientes en las narices que se llaman pendientes porque cuelgan de las orejas: sino porque los círculos hechos a semejanza de pendientes, se llaman con el mismo término, y hasta hoy entre otros adornos de las mujeres, suelen colgar círculos de oro en la boca desde la frente, y colgar sobre las narices. Que entonces recibimos según los entendimientos místicos, cuando podemos decir con el Apóstol: Somos buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que perecen. A unos ciertamente olor de muerte para muerte: a otros, olor de vida para vida (II Corintios II, 15). Cuando vivimos y se puede decir de nosotros: No los muertos te alabarán, Señor, sino nosotros los vivientes (Salmo CXIII, 17), entonces Dios huele el olor de nuestro sacrificio de buena fragancia, y tenemos un círculo de oro de sentidos y doctrinas divinas en nuestras narices. Pero cuando estamos muertos, y nos revolcamos en el lodo y en las inmundicias de las torpezas, tenemos ese pendiente en las narices, del que escribió Salomón: Como pendiente de oro en las narices de una cerda: así es la belleza de una mujer malvada (Proverbios XVI, 22).

Y círculos en tus orejas. LXX: Y rotulitas sobre tus orejas. Quien cierra sus oídos, para no escuchar el juicio de sangre, y los cerca con espinas, para no ser partícipe de los envidiosos, y detractores, de los que está escrito: No te mezcles con los detractores, porque de repente vendrá su destrucción, y la ruina de ambos, ¿quién la conoce? (Proverbios XXIV, 21, 22). tanto del que detrae, como del que escucha con gusto: este tiene círculos, y rotulitas en los oídos, no ruedas que siguen a los querubines (pues eso es de las fuerzas angélicas), sino rotulitas diminutivas, que convienen a la fragilidad humana. Por eso también se dice a Dios: La voz de tu trueno en la rueda (Salmo LXXVI, 19). En aquellos que pasan por lo terrenal, y apenas con pequeños pasos tocan la tierra, de los que está escrito: Las piedras santas ruedan sobre la tierra (Zacarías IX, 16), la voz del trueno del Señor, y de las doctrinas excelsas resuena. Pero quienes son llevados por errores humanos, y no tienen pasos firmes, sino que son llevados por todo viento de doctrina (Efesios II), y expulsados del paraíso de la firmeza, habitan en la región de Naid, que se interpreta como fluctuación, merecen llevar la sentencia de la lengua mentirosa, que inflama la rueda de nuestra naturaleza (Génesis IV).

Y una corona de gloria en tu cabeza. LXX: Y una corona de glorificación sobre tu cabeza. Decoro según Símaco por la elegancia de los sentidos lo hemos interpretado. De lo contrario, también en hebreo THOPHERTH (), y en los demás traductores καύχησις, se dice glorificación. Los demás ornamentos son de los miembros individuales. El ornato de la cabeza es la dignidad de todo el cuerpo. Pero llama corona al diadema de las mujeres, con el que se ciñe y adorna la ambición de los cabellos. ¿Queremos saber cuál es la corona de gloria en la cabeza de Jerusalén? Revisemos el Éxodo, en el que está escrito: E hizo una lámina de oro, y escribió en ella letras deformadas con el sello de la santificación del Señor, y la puso sobre la cabeza de Aarón (Éxodo XXXIX, 29). La señal de la santificación del Señor, es el nombre del Dios omnipotente, que se escribe con cuatro letras hebreas (), y entre ellos se llama inefable, ya que su nombre no se puede pronunciar. Cuyo majestad incluso la gentilidad no ignora, y el altar de los atenienses testifica, Al Dios desconocido. Por eso también el Apóstol: A quien vosotros, dice, adoráis sin conocer, a este os anunciamos (Hechos XVII, 23). Creo que esta es la corona de la que también dice el salmista: Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Y el Apóstol hablaba: He acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de justicia, que me dará el justo juez (II Timoteo IV, 7, 8). Y en otro lugar a los creyentes: Mi gozo y mi corona (Filipenses IV, 1). Porque la gloria de los padres son los hijos. Y en Salomón está escrito: Corona de gloria es la vejez (Proverbios XII, 6); de aquellos que destruyeron las cosas de los pequeños, y después de la edad del hombre perfecto, llegaron a la vejez, y a los nombres de padres, a quienes escribe Juan después de los niños (I Juan II), y jóvenes que pueden decir: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño: pero cuando llegué a ser hombre, destruí las cosas de niño (I Corintios XIII, 11).

(Vers. 13.) Y te adornaste de oro y plata. Hemos dicho frecuentemente que el oro se refiere a la mente, la plata al discurso. Y que el Señor nos conceda recibir el sentido divino y la sabiduría, y lo que concebimos con la mente, expresarlo con la belleza del discurso, y no hacer de ellos un ídolo como hacen los herejes, de los que está escrito: Les di plata y oro; pero ellos de la plata y el oro hicieron a Baal (Oseas II, 8). Y esto más bien, según la inteligencia espiritual, es adecuado al adorno de las mujeres. De lo contrario, la plata, siendo un material más vil, es el adorno de las rústicas y pobres y de las siervas, que no conviene a Jerusalén, que se dice haber progresado a reina.

Y vestida de lino fino, y de tejido de muchos colores, y de multicolores, LXX: Y tus vestidos de lino fino, y de tricapto, y de versicolores. La palabra hebrea MESI (), y aquí Teodocio la

puso como arriba, Aquila ἄνθιμον, Símaco polymito. Pero nosotros lo que arriba dijimos sutil, aquí según Símaco, dijimos polymito; los LXX tradujeron τρίχαπτα, manteniendo la interpretación anterior: para mostrar vestiduras tan finas como los cabellos. Pero todo el ornato de las mujeres se describe, para que se lave, para que se limpie, para que se unja con aceite, y se vista de colores, se calce de jacinto, se ciña de lino fino, se vista de tricapto, o sutiles, reciba brazaletes, y un collar de oro, círculos colgantes en la boca, y rotulitas en las orejas, diadema en la cabeza, se adorne de oro y plata: aunque la plata sea un material más vil, y se introduzca al final: Vestida de lino fino, y de tejido de muchos colores, y de multicolores; o, como tradujeron los Setenta, de manto y mantos, pues eso significa περιβόλαια, para que no solo estuviera adornada con el culto del cuerpo, y tuviera todos los collares de las mujeres, sino que también se preocupara con diligencia marital por su lecho y su cama, para que después de completar esto, viniera a las delicias de los alimentos, y no permitiera que le faltara nada en ellos. Todo lo cual, según la explicación anterior, lo adaptaremos a la inteligencia espiritual: para que se cubra con lino fino y sutiles, para que las delicadas partes del esposo no se vean agobiadas por el peso de los mantos, sino que también proporcionen uso y belleza.

Comiste flor de harina y miel y aceite, y te hiciste muy hermosa. Después del vestido, se preocupa por los alimentos, para que Jerusalén coma flor de harina y miel y aceite, ya sea por partes, como algunos piensan, o por la mezcla de los tres, un pan más dulce, que es el pan que descendió del cielo (Juan VI); y bajo tres nombres, como algunos creen, indica el sacramento de la Trinidad: no que sea una sustancia diferente, sino que con los nombres diversos de flor de harina, miel y aceite, se muestre la única dulzura del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y esto debe observarse, que en muchos sacrificios se ofrezca flor de harina, la médula del trigo y la más pura, de la que está escrito: Y los sació con la grosura del trigo (Salmo LXXX, 17): no de cebada, ni de harina, que solo se ofrece cuando el marido es movido por el espíritu de celos. En el libro de los Jueces leemos de Débora (Jueces IV), que se interpreta como abeja, cuya profecía [Al. profecías] son mieles dulcísimas, y se refiere al Espíritu Santo, que en hebreo se llama en género femenino RUA (). También en el Evangelio de los Hebreos, que leen los nazarenos, se introduce al Salvador hablando: Ahora me ha arrebatado mi madre, el Espíritu Santo. Por otro lado, la flor de harina, que se hace del trigo, se refiere al Señor, que de sí mismo dice: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo. Pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII, 24). El aceite, que sostiene y refresca los miembros de los cansados, y es el nutrimento de la luz, y con el que en el tabernáculo de Dios se enciende la luz de la lámpara perpetua, se dice que conviene al Padre. Todo esto otorga una gracia única a los creyentes, diciendo el Apóstol: Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu, y diversidad de ministerios, pero el mismo Señor, y diversidad de operaciones, pero el mismo y único Dios (I Corintios XII, 4, 5). Quien haya comido tal alimento, y haya sido alimentado y nutrido con este pan dulcísimo y suavísimo y con el resplandor del aceite brillante, se convertirá en belleza, y se hará muy hermoso: no una vez, sino repetido, muy, muy. El adverbio duplicado da peso a la oración: para que a la magnitud de la belleza no se le pueda añadir nada más.

Y has progresado en el reino. Esto no se encuentra en la Septuaginta, quienes quizás, al traducir las Escrituras del hebreo al griego en Alejandría, temieron publicar esto, no fuera que parecieran ofender al rey de Egipto, al recordar que Jerusalén debía ser el reino de Dios: aunque los eruditos prueban que solo los cinco libros de Moisés fueron interpretados por ellos. Después de un ornamento múltiple, después de la corona, después de la abundancia de oro y plata, después de las vestiduras y mantos hermosísimos, después de una belleza increíble, progresa en reina, porque es la ciudad del gran rey, de quien está escrito: Dios, da

tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey. Y en el Apocalipsis de Juan, Jerusalén es descrita como una novia adornada y preparada para su esposo. También en los Salmos se dice de ella: La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad. Todo lo que decimos de Jerusalén, para no detenernos en cada detalle y que la magnitud de los libros no cause tedio a los lectores, lo referimos a la Iglesia. Pues si Jerusalén, según el Apóstol, es nuestra madre; y nuestra madre es la Iglesia: consecuentemente, Jerusalén es la Iglesia, madre de los primogénitos que están inscritos en los cielos.

(Vers. 14.) Y salió tu nombre entre las naciones por tu belleza, porque eras perfecta en mi esplendor que puse sobre ti, dice el Señor Dios. LXX: Y salió tu nombre entre las naciones por tu apariencia: porque estaba completo en la hermosura que puse sobre ti, dice el Señor Dios. Symmachus interpretó este lugar más claramente: Y salió tu nombre entre las naciones, que estaba perfecto por mi dignidad, que había puesto sobre ti, dice el Señor Dios. Y el sentido es: Por mis beneficios y mi increíble generosidad llegaste al título de reina, de modo que todas las naciones hablaban de ti, y no por tus méritos y virtudes, sino por mi liberalidad eras perfecta. Pues si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el guardián. Porque el que planta y el que riega, nada son, si el Señor no da el crecimiento; porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia: para que después de haber hecho todo, digamos: Somos siervos inútiles: hemos hecho lo que debíamos hacer. No para que por la beneficencia de Dios se quite al hombre el libre albedrío, sino para que esa misma libertad deba tener al Señor como ayudador.

(Vers. 15.) Y confiando en tu belleza: te prostituiste en tu nombre, y expusiste tu prostitución a todo transeúnte, para que fueras de él. Gran peligro, no confiar en la clemencia de Dios, sino en su propia belleza. Cuanto más alto esté alguien, debe temer caer y prostituirse en su nombre. Las potestades adversarias desprecian los alimentos habituales y desean alimentos extraños. Por eso se dice del diablo: Sus alimentos son escogidos. No quiere engañar a cualquiera. Se apresura a suplantar al rey Saúl, elegido por el Señor, y al apóstol Judas. No confiemos, pues, en nuestra propia belleza, ni pensemos que la liberalidad de Dios es nuestra virtud; sino más bien escuchemos: No te gloríes en el mañana: porque no sabes qué dará el día. Y en otro lugar: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Ni expongamos, ni derramemos, nuestra prostitución a todo transeúnte, para que no seamos del Dios en quien creemos, sino de aquel por quien somos contaminados. Quien recibe todos los vicios, y acoge en su seno el espíritu de diversos pecados que pasan, y abre sus piernas a todo transeúnte, ese derrama su prostitución, y comienza a soportar el dominio de aquel de quien ha sido huésped.

(Vers. 16.) Y tomando de tus vestiduras, te hiciste lugares altos cosidos aquí y allá, y te prostituiste sobre ellos, como no se ha hecho, ni se hará. LXX: Y tomaste de tus vestiduras, y te hiciste ídolos cosidos, y te prostituiste sobre ellos, y no entrarás, ni se hará. Symmachus interpretó este lugar así: Y cuando tomaste de tus vestiduras, te hiciste lugares altos multicolores, y te prostituiste en ellos, no hechos ni futuros. Por cosidos y multicolores y altos, o ídolos, Aquila y Theodotion tradujeron ἐμβολίσματα, que significa diversos paños cosidos aquí y allá, y hecho un ídolo a modo de emplasto, como una vestidura πολύῤῥαφον. Te vestí, dice, con multicolores, y te vestiste de lino fino, y de púrpura, y de muchas formas variadas. Pero tú tomaste tus vestiduras con las que fuiste dotada por mi liberalidad, e hiciste para ti ídolos, o lugares altos, que en hebreo se llaman BAMOTH, lo que nunca antes se ha hecho, ni se hará; para que lo que recibiste para ornamento, lo transfirieras a la injuria del donante. Esto puede entenderse literalmente sobre Jerusalén, que todos los preceptos de la

Ley, y las riquezas y abundancia de todas las cosas, las dedicó a los ídolos, lo que ninguna otra nación ha hecho, ni hará. Pues todas las naciones que desde el principio sirvieron a los ídolos, no son culpables de tan gran crimen. Pero nuestra Jerusalén, que se interpreta como visión de paz, es dividida por los herejes, cuando toman uno y otro testimonio de las Escrituras de sus propios lugares, y tratan de coserlos a aquellos a los que no pueden adaptar. A quienes también se dice arriba en este mismo profeta: Ay de los que cosen almohadillas bajo todo codo de mano, y hacen coberturas sobre la cabeza de toda edad: lo que el Señor prohibiendo hacer, dice en el Evangelio: Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo. De lo contrario, quita de su plenitud, y se hace peor la rotura: ni echan vino nuevo en odres viejos. Tales son los nazarenos, que tratan de adaptar la observancia de la Ley antigua a la gracia evangélica. Y todos los herejes, que intentan coser un testimonio en su lugar, que conviene a otro sentido: cuando la túnica del Señor tejida de arriba abajo, no puede ser rasgada en absoluto, sino que tejida por el Espíritu Santo no recibe ninguna división. Pero lo que se dice según la LXX, y no entrarás ni será, significa: cuando te hayas hecho ídolos de doctrinas perversas, que consideras altos: y te hayas prostituido sobre ellos, creyendo en lo que tú misma has inventado, no podrás entrar en el templo de Dios. Y tus ídolos no tendrán sustancia, ni serán para siempre, como dice el Apóstol: Porque sabemos que el ídolo no es nada en el mundo.

(Vers. 17.) Y tomaste los vasos de tu ornamento de mi oro y de mi plata que te di; e hiciste para ti imágenes masculinas, y te prostituiste en ellas. Según la letra, el Señor ordenó por la Ley que se hicieran incensarios, copas, candelabro, el arca del Testimonio, y todo lo demás ya sea de oro o dorado, y otras cosas de plata, que Jerusalén fundió y convirtió en ídolos de Bel, o Baal, Quemos y Astarot, y Melcom. Según la inteligencia espiritual, también hacemos ídolos de oro y plata de las Sagradas Escrituras, cuando corrompemos la gracia del sentido y la elocuencia con la perversidad herética, y ponemos nuestra boca en el cielo, y nuestra lengua pasa por la tierra. Las imágenes masculinas se llaman así en las que toda herejía se prostituye, porque cada uno cree que cultiva lo más robusto, y tiene lo que ha inventado, y que no puede ser subvertido por ningún ataque. Estas son las imágenes que hemos formado de nuestro corazón, y que deben ser destruidas en la Jerusalén celestial, de las que el Profeta proclama: Señor, en tu ciudad destruirás su imagen. Pues todo hombre que es, y ha perdido el nombre de Dios, se dice de él: Sin embargo, en imagen camina el hombre, sin embargo, en vano se turba. Pero nosotros tenemos un solo esposo, y veneramos una sola imagen, que es la imagen del Dios invisible y omnipotente.

(Vers. 18.) Y tomaste tus vestiduras multicolores, y las cubriste: se sobreentiende las imágenes masculinas: para que todo el culto que había recibido para usar, lo convirtiera en blasfemia. Esto hacemos cada vez que rodeamos la perversidad herética con prudencia, templanza, fortaleza, justicia, y todas las virtudes, bajo la apariencia de ellas, engañamos a los simples; para que al ver la miel de las virtudes, no eviten el veneno de los vicios.

Y mi aceite, y mi incienso, pusiste delante de ellos. Y mi pan (o como tradujeron los LXX, mis panes) que te di; la flor de harina, y el aceite, y la miel, con los que te nutrí, los pusiste ante ellos como olor de suavidad. El aceite del que hablamos antes, y el incienso, del que el salmista proclama: Diríjase mi oración como incienso delante de ti; y los panes de la proposición, que se nos ordena ofrecer a Dios: también la flor de harina, el sentido purísimo de las Escrituras, y la miel, que Jonatán probó, y se le abrieron los ojos y se fortaleció, la miserable Jerusalén la puso ante los ídolos, o ante las imágenes masculinas, para que fueran para ellos en olor de suavidad, que por su naturaleza son dulces y suavísimos: pero cuando se ofrecen a los ídolos y falsas doctrinas, se convierten en amargura.

LIBRO QUINTO.

Para que no se confunda el número de los libros, y el orden de los volúmenes separados por largos períodos de tiempo no se altere, he puesto prefacios a cada libro: para que desde el título el lector reconozca inmediatamente qué libro debe leer, y qué profecía debemos explicar. En el volumen anterior, es decir, el cuarto, parte de la profecía contra Jerusalén, cuyo comienzo es: Tu raíz y tu generación de la tierra de Canaán, hasta el lugar donde está escrito: La flor de harina y el aceite y la miel, con los que te nutrí, los pusiste ante ellos como olor de suavidad, lo he explicado con breves palabras como pude. Ahora la parte restante de esa profecía con las demás que siguen, se dedica al quinto volumen, y al nombre de Eustoquio. En el cual no encontrarás nada de arte retórica, nada de composición y belleza de palabras: sino el cuidado de una diligencia simple y solícita, para que esta y solo esta sea mi alabanza, si entiendes las palabras del profeta a través de mí.

(Vers. 20 y ss.) Y sucedió, dice el Señor Dios, y tomaste a tus hijos y tus hijas, que engendraste para mí: y los inmolaste para devorar. ¿Acaso es poca tu prostitución, inmolando a mis hijos? y los diste consagrándolos a ellos. Y después de todas tus abominaciones y prostituciones, no te acordaste de los días de tu juventud, cuando estabas desnuda y llena de confusión, pisoteada en tu sangre. LXX: Y sucedió después de esto, dice Adonai el Señor, y tomaste a tus hijos, y tus hijas que engendraste, y los inmolaste para consumo, como si poco te hubieras prostituido, y mataste a tus hijos, y los diste cuando los ofrecías a ellos, esto es, sobre toda tu prostitución y abominaciones, y no te acordaste del día de tu infancia, cuando estabas desnuda e ignominiosa: mezclada en tu sangre viviste. Que Jerusalén inmoló a sus hijos e hijas, de quienes está escrito: Hijos engendré y levanté: pero ellos me despreciaron. Y de nuevo: Derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos e hijas, que inmolaron a los ídolos de Canaán. Los llama suyos según el hebreo. Pues él había dicho de ellos: Mi hijo primogénito es Israel. O según la Septuaginta, tuyos, que engendraste en prostitución. En el lugar donde pusimos, y los diste consagrándolos a ellos, para lo cual la Septuaginta tradujo, y los diste para aplacar, o expiar, Aquila, Symmachus, y Theodotion pusieron, los trasladaste y los pasaste: porque los gentiles a través del fuego pasan a sus hijos, o obligan a los adultos a pasar. Cuando hiciste esto, no te acordaste de tu infancia, cuando te tomé cubierta de sangre y te lavé, y después de muchas cosas que el discurso profético narra, te uní a mí. También nuestra Jerusalén, si es suplantada por la astucia herética, toma a sus hijos, que son más fuertes en la fe, y a las hijas que no tienen tanta fortaleza de fe. O ciertamente a los hijos, que conocen los misterios: a las hijas que siguen la simple historia; y los entrega a los demonios para ser devorados, y cuando los mata, cree vivificarlos, y aplacar a los ídolos, cuya matanza los sacia. Lo que se dice según la Septuaginta, esto es, sobre toda tu prostitución y abominaciones, significa que entre todos los pecados y prostituciones, la doctrina de los demonios es peor: incluso matará a aquellos que había engendrado para Dios con mucho trabajo, o había hecho sus hijos, que engendró en prostitución.

(Vers 23 seqq.) Y sucedió después de toda tu maldad: ¡ay, ay de ti!, dice el Señor Dios. Y te edificaste un burdel, e hiciste un prostíbulo en todas las calles. En cada esquina de camino edificaste un signo de tu prostitución, e hiciste abominable tu belleza, y abriste tus piernas a todo transeúnte, y multiplicaste tus fornicaciones. Y te prostituiste con los hijos de Egipto, tus vecinos de grandes carnes, y multiplicaste tu prostitución para irritarme. LXX: Y sucedió después de todas tus maldades + ¡ay, ay de ti! ** dice Adonai el Señor. Y te edificaste una morada de fornicación, e hiciste prostitución en toda calle. Y al principio de cada camino edificaste tus fornicaciones: y corrompiste tu belleza, y abriste tus piernas a todo transeúnte, y multiplicaste tu prostitución: y te prostituiste con los hijos de Egipto, tus vecinos, que son de

grandes carnes, y te prostituiste de muchas maneras para provocarme a ira. Esto que se dice por segunda vez, ¡ay, ay de ti!, la edición Vulgata no lo tiene, pero se ha añadido de la edición de Teodoción. Y nuevamente donde nosotros dijimos: Y te edificaste un burdel, por lo cual los Setenta tradujeron: Y te edificaste una morada de fornicación, Símaco y Teodoción interpretaron como πορνεῖον; Aquila, queriendo expresar la etimología del término hebreo GOB (), puso βάθυνον, que podemos decir, fosa: para significar una cueva y un lugar oscuro y profundo, en el que se mueve la lujuria de las prostitutas. Y lo que sigue: Y te hiciste un prostíbulo en todas las calles, por lo cual los Setenta tradujeron ἔκθεμα, en hebreo tiene RAMA: y tanto Aquila, como Símaco y Teodoción, lo interpretaron como elevado o sublime. Finalmente, también en lo que sigue, donde está escrito: En cada esquina de camino edificaste un signo de tu prostitución, por signo y fornicación, nuevamente en hebreo tiene RAMA (), que nosotros interpretamos como prostíbulo o signo, siendo una sola palabra entre los hebreos. Esto se pone, porque es elevado; para que a los que desean fornicar, de lejos les aparezca el lugar de la fornicación, y no sea necesario buscarlo. Lo que hemos dicho una y otra vez, basta decirlo para siempre, bajo la figura de una mujer que, después de muchos beneficios del marido, fornica, se describe la fornicación de Jerusalén, cómo se apartó de Dios y se unió a los ídolos, no contenta con la fornicación oculta; sino que se edificó un burdel, y en cada camino puso un signo para los transeúntes, para que vinieran al prostíbulo y saciaran la lujuria, no tanto la suya, como la de aquella que abrió sus piernas a todo transeúnte, y desfiguró la grandeza de su belleza con la magnitud de la fornicación: y entre otras cosas, también se postró por amor de grandes carnes a sus vecinos egipcios. Y para demostrar toda clase de vileza, se deformó con un género de suciedad múltiple. No hay duda de que Palestina está cerca de Egipto, diciendo el Señor a Abraham: Te daré toda la tierra desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates (Gén. XV, 18), para que de un lado tenga a los egipcios, y del otro a los asirios, con quienes también se dice que fornicó en lo posterior. La fornicación de Jerusalén con los egipcios es la imitación de su idolatría. A nuestra Jerusalén, ya sea la Iglesia o las almas de los creyentes, si han sido negligentes y se han abierto a todos los vicios, se dirige un doble discurso de maldición, para que escuchen: ¡Ay, ay de ti!, dice el Señor Dios, según lo que está escrito en el Apocalipsis de Juan: ¡Ay sobre todos los habitantes de la tierra! (Apoc. VIII, 13). Pues si el santo dice: Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13): ¿por qué no se dice que el pecador es habitante de la tierra? Se edifica un burdel quien peca con toda libertad de frente; según lo que está escrito: El pecador, cuando llega al fondo de la iniquidad, desprecia (Prov. XVIII, 3). Y construye un lugar altísimo en todas las calles: Ancha y espaciosa es la vía que conduce a la muerte. Y en cada cabeza de camino edifica; para que no deje ningún género de pecados; sino que, imitando a la prostituta de los Proverbios, manifiestamente en las calles y en las esquinas de las calles, invite a los jóvenes tontos a sus abrazos, y contamine la belleza del alma, que por beneficio del Creador Dios ha recibido (Prov. V y VII). Y todos sus caminos están llenos de vileza, y con todas las cogitaciones que proporcionan incentivos de vicios, abre su corazón, y abre sus piernas, y fornica con los egipcios, sus vecinos, cuyos ejemplos sigue, a saber, los gentiles, que se glorían en sus vilezas, y es tan nefaria, que incluso los supera en vileza. Y hace todo esto para provocar a Dios a ira. Se dice que los egipcios son de grandes carnes, ya sea por la magnitud de la vileza, ya sea por la deformidad de los pecados. De donde el santo se dice de pequeñas carnes, que en él decrecen diariamente, y se atenúan por las virtudes: de modo que ya no se le llame carne, sino espíritu: y hable en el salmo: Mi alma tiene sed de ti, Dios, como mi carne se multiplica para ti (Sal. LXII, 2): o (como tienen algunos ejemplares) cómo se ha consumido mi carne: En tierra desierta y sin camino y sin agua: así en el santo aparecí a ti (I Cor. V). Por lo cual también el fornicador corintio es entregado a la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo. De esta carne está escrito: Toda carne es heno, y toda su gloria como flor de heno. Se secó el

heno, y su flor cayó: pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isa. XL, 6, 7). De la cual también hablaba el Apóstol: La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios (I Cor. XV, 50). Y en Génesis habla Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Y a los creyentes se les dice: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu (Rom. VIII, 8, 9). Pero hay otra carne de los santos, de la cual está escrito: Toda carne verá la salvación de Dios (Isa. XL, 5).

(Vers. 27.) He aquí que extiendo [Vulg. extenderé] mi mano sobre ti, y quitaré tu justificación [Vulg. tu derecho], y te daré a las almas [Vulg. en las almas] que te odian, hijas de los filisteos, que se avergüenzan [Al. arden] en tu camino criminal. LXX: Si extiendo mi mano sobre ti, y quito tus legítimos, y te doy a las almas que te odian, hijas de extranjeras, que te hicieron desviarte de tu camino. Y lo que sigue: ἠσέβησας, es decir, actuaste impíamente, según los Setenta se adapta al siguiente capítulo, según los demás es el final del anterior. El Señor extiende su mano sobre Jerusalén, para corregir al delincuente, y quitar sus legítimos, que mientras guardaba los preceptos de Dios, se llamaban legítimos del Señor. Pero cuando adoró ídolos, y cambió la religión en impiedad, ya no se llaman sus legítimos. Esto no solo se aplica a la ley y ceremonias, sino también a los sábados y días festivos y novilunios. Pues dando la ley, dice: Mis sábados y mis días festivos. Pero cuando se apartaron de Dios, se les dice: No recibiré vuestras novilunios, y sábados, y el gran día: Mi alma odia vuestro ayuno y descanso, y vuestras solemnidades (Éxodo XXXI; Deut. V; Isa. I, 14). Lo que también está escrito sobre el pueblo (Deut. VII). Pues el pueblo que antes se llamaba de Dios, después de apartarse del Señor, se dice de él a Moisés: Ha pecado tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto (Éxodo XXXII, 7). Esta extensión de la mano, en otro lugar se llama elevación, o visita. Pues cuando Dios no corrige al pecador, retrae su mano. Pero si peca, y comienza a enfermar en la ley de Dios, se envía a él una visita; según lo que se canta en el salmo: Si los hijos de él abandonan mi ley, y no andan en mis juicios: visitaré con vara sus iniquidades (Sal. LXXXVIII, 31, 32). Y en este profeta está escrito: Si la tierra peca contra mí para delinquir, extenderé mi mano sobre ella, y romperé su firmeza de pan, y lo demás. En lo cual preguntamos, qué diferencia hay entre la extensión de la mano y su envío. Pero el diablo habla al Señor: Envía tu mano, y toca todo lo que tiene: si no te bendice en la cara (Job II, 5). Y me parece que se envía la mano, para la prueba de aquellos a quienes se envía: se extiende, para el castigo de aquellos que merecen suplicios. No solo se dice extensión e inmersión; sino también expansión de la mano de Dios, proclamando Isaías en persona del Señor: Todo el día extendí mis manos a un pueblo no creyente, y contradictor (Isa. LXV, 2). También el santo se narra que levanta sus manos, diciendo la Escritura: La elevación de mis manos es sacrificio vespertino (Sal. CXL, 2). Quitados los legítimos de Dios del pueblo judío, preguntemos a ellos qué observancia de la ley tienen. No pueden ofrecer víctimas con el templo destruido y subvertido; ni la lapidación de adúlteras, y otros crímenes permitidos por la ley, puede ejercerse, ni el descanso de la tierra en el año de remisión, y otras cosas semejantes. Se da en las almas que lo odian, hijas de los filisteos, cuando se entrega a los filisteos, que los Setenta llaman indistintamente extranjeras: que podemos entender como ciudades o pueblos de Palestina. También nuestra Jerusalén, si pasamos por alto las ceremonias de Dios, y se extiende su mano sobre nosotros, y se quita toda la observancia de la ley, se entregará a las hijas de Palestina y no a los hijos. Pues no se nos entrega primero a castigos más fuertes, sino según la calidad de los pecados, a los inferiores: para que corregidos en lo menor, evitemos mayores tormentos de cruciatus. Philisthiim, es decir, filisteos, con la primera parte de las letras cambiada, se interpretan como cayendo por el vaso, o fractura [Quizás actura]. Por lo cual se significa que seremos entregados a las potestades adversarias, que bebieron del cáliz de Babilonia, y cayeron, y cuyas obras son perversas. Y será tal la corrección e ignominia de la miserable Jerusalén, que incluso las

mismas potestades adversarias se avergonzarán de la magnitud de nuestros pecados. Lo que interpretamos según Símaco, criminal: Teodoción puso la misma palabra hebrea ZEMMA (). Quitadas las ceremonias de Dios del pueblo judío, a nosotros pasa con el sacerdocio y la legislación, diciendo la Escritura: Establece, Señor, un legislador sobre ellos (Sal. IX, 21). Y en otro lugar: Ponme, Señor, una ley en tu camino (Sal. XXVI, 11).

(Vers. 28, 29.) Y te prostituiste con los hijos de los asirios: porque aún no habías sido satisfecha, y después de haberte prostituido, ni así te saciaste. Y multiplicaste tu prostitución en la tierra de Canaán con los caldeos, y ni así te saciaste. LXX: Actuaste impíamente, y te prostituiste con los hijos de Asur; y ni así te saciaste: y te prostituiste, y no te llenaste; y multiplicaste tus pactos hasta la tierra de Canaán, y de los caldeos; y ni en estos te saciaste. Arriba está escrito, Jerusalén se prostituyó con los hijos de Egipto, sus vecinos, que son de grandes carnes: aquí se indica otra vecindad de los asirios. Y por eso se entregan a ambas naciones, porque veneraron los ídolos de ambas, y entrando en Caldea, que es la tierra de Canaán, imitaron los errores de aquellos bajo cuyo imperio estaban. Según la tropología, pasamos de unos pecados a otros a menudo. Y cuando no hemos hecho penitencia de los crímenes anteriores, aumentamos los delitos con delitos, y no nos saciamos con ningún error, sino que como con una cuerda larga y una correa de ternera joven, arrastramos los pecados, y multiplicamos nuestro pacto, o prostitución, en la tierra de Canaán, que se interpreta como fluctuación, y con los caldeos, que también suenan con nosotros, como demonios (Sal. XXXIX, 3). Y siempre tenemos huellas en el mar, y nunca podemos decir: puso mis pies sobre la roca. Y estamos sujetos a las depravaciones de los herejes, que tienen semejanza con los demonios: o a los mismos demonios, de los cuales Pablo escribe: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra los rectores de las tinieblas de este mundo, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12).

(Vers. 30, 31.) ¿En qué limpiaré tu corazón, dice el Señor Dios, cuando haces todas estas obras de mujer prostituta, y procaz? Porque fabricaste tu burdel en la cabeza de cada camino, e hiciste tu lugar alto en toda calle: ni fuiste como prostituta que aumenta el precio con desdén. LXX: ¿Qué haré a tu corazón, dice Adonai el Señor, cuando has hecho todas estas obras de mujer fornicaria, e impudente? ÷ y te prostituiste triplemente en tus hijas ** cuando edificaste tu burdel en el principio de cada camino, e hiciste tu base en toda calle: y no fuiste como prostituta que recoge salarios. Y lo que dijeron los Setenta: Y te prostituiste triplemente en tus hijas, no se encuentra en hebreo, ni ningún otro intérprete lo ha puesto. Ἐπαπορητικῶς (contentiosamente) Dios habla todas estas cosas a Jerusalén, porque no puede encontrar con qué curar al enfermo y casi muerto con medicina; según lo que escribe Isaías: ¿Qué más debía hacer a mi viña, y no lo hice? (Isa. V, 4). Y Oseas: ¿Qué te haré, Efraín? ¿qué te haré, Judá? Vuestra misericordia es como nube matutina, y como rocío que pasa por la mañana (Oseas VI, 4). Pues tu idolatría no se cometió en secreto, sino con toda libertad, para que en todos los principios de los caminos y en las encrucijadas pusieras altares, e hicieras tu base, o lugar alto, de lo cual dijimos antes, en toda calle. Ni imitaste a las prostitutas astutas, que suelen aumentar el precio de la lujuria con dificultad, y con esto más provocan a los amantes a la locura. O según los Setenta: No fuiste como prostituta que recoge salarios, sino que diste lo que debías recibir, para que ni en eso que te prostituiste, y seguiste a los demonios, te protegieras con su ayuda, sino que oprimida por varias cautividades, sintieras tus calamidades. Lo cual también puede referirse a toda alma cristiana, que abandonando el culto de Dios, se entregó a los vicios y a la lujuria, y siguiendo la vida secular, ni siquiera en eso actuó felizmente, sino que perdió las riquezas de la religión, y no recibió las riquezas del mundo: ni hubo alguna dificultad en deshonrarla, sino que ella misma se entregó a sus amantes. Hay también otra fornicación espiritual, cuando abandonamos la Iglesia, nos unimos

a los herejes, y edificamos nuestro burdel en la cabeza de cada camino, a quienes el divino discurso ordena: Estad en los caminos, y buscad las sendas eternas del Señor, y ved cuál es el buen camino, y caminad en él (Jerem. VI, 46), a saber, los libros de Moisés, Josué, Jueces y Reyes, Isaías y Jeremías, y otros profetas. En todos los principios de los caminos fabrica su burdel, quien abusa mal de los testimonios de las Escrituras para la perversidad de la doctrina, y dice: Esto dice Isaías: esto dice Oseas: esto habló Moisés: esto Daniel. Y bien no pone su burdel en los caminos medios, ni en los términos de los caminos, sino en el principio. Pues si llega al conocimiento, y a las profundidades de los libros divinos, no podrá errar. También hace su lugar alto, o base, en toda calle, entregándose a la lascivia y vicios de los gentiles e impíos, incluso entre los mismos herejes cuando ha sido deshonrada por ellos, no teniendo gracia, sino siendo objeto de desprecio, porque fácilmente perdió la castidad de la fe pasada. Esto que (como dijimos antes) no se encuentra en hebreo: Te prostituiste triplemente en tus hijas, ya sea que se diga a Jerusalén según la letra, que en todos sus pueblos y aldeas se prostituyó; y no quedó ángulo ni calle donde no haya puesto signos de idolatría: o a la Iglesia y a los creyentes engañados, que no escucharon aquello del Apóstol: Pero el mismo Dios de paz os santifique por completo, para que vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserve sin mancha en el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo (I Tes. V, 23); sino que se prostituyeron de toda manera, tanto en cuerpo, como en alma y espíritu. Leemos en los Proverbios: Pero tú escríbelos triplemente, para que respondas con palabras de verdad, que se te proponen (Prov. XXII, 20, 21). Y se nos ordena que entendamos las palabras de verdad, es decir, las Escrituras sagradas, triplemente. Primero, según la letra; segundo, medianamente por tropología; tercero, más sublimemente, para conocer las cosas místicas. Según la letra, es aquello: Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil (I Cor. X, 8). Y: No murmuréis, como algunos de ellos murmuraron y perecieron por el exterminador (I Cor. X, 10). Medianamente y según la tropología, cuando nos apartamos de la letra, y ascendemos un poco a cosas más altas, dice el Apóstol: Está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. Y sigue inmediatamente: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? ¿O lo dice enteramente por nosotros? (I Cor. IX, 9). La extrema, es decir, la tercera y sublime y sagrada inteligencia, según aquello del mismo Apóstol: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer. Este misterio es grande. Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Las hijas son las almas de los creyentes primero, y después engañadas en la herejía, cuya culpa se refiere a la madre.

(Vers. 32 y ss.) Pero como una mujer adúltera, que sobre su marido introduce a extraños. A todas las prostitutas se les dan recompensas: tú, sin embargo, diste recompensas a todos tus amantes, y les ofrecías para que vinieran a ti de todas partes a fornicar contigo. Y se hizo en ti contra la costumbre de las mujeres en tus fornicaciones, y después de ti no habrá fornicación. Pues en que diste recompensas, y no recibiste recompensas: se hizo en ti lo contrario. LXX: Mujer adúltera, semejante a ti: ** recibiendo recompensas de su marido: a todos los que fornicaban con ella les daba recompensas: y tú diste recompensas a todos tus amantes, y los cargabas para que vinieran a ti, alrededor en tu fornicación. Y se hizo en ti perverso contra las mujeres en tu fornicación, y después de ti no fornicaron: en que dabas recompensas, y no se te dieron recompensas: y se hizo en ti perverso. Esto que está escrito en la LXX, semejante a ti, no se encuentra en el hebreo, y perturba el orden de la lectura, y plantea no poca cuestión, qué mujer, de quién sea semejante: cuando se dice que Jerusalén misma es la mujer adúltera. Jerusalén tomó, pues, la abundancia de todas las cosas, que le había sido dada por la liberalidad del marido, y la dio a extraños, a saber, a los demonios y a los ídolos, según lo que está escrito en Oseas: Y ella no reconoció que yo le di trigo, y vino, y aceite, y le multipliqué la plata: pero ella hizo de la plata y el oro a Baalim (Oseas II, 8). Por lo cual, enojado, añade

inmediatamente: Por eso volveré, y quitaré mi trigo a su tiempo, y mi vino a su tiempo; y quitaré mis vestiduras, y mis lienzos, para que no cubra más su ignominia: y ahora revelaré su inmundicia ante los ojos de sus amantes, y nadie la librará de mi mano. Y aunque todas las mujeres fornicantes suelen recibir recompensas de sus amantes, Jerusalén hizo lo contrario, para dar más que recibir. Y para mostrar la generosidad de la recompensa: Los cargaba (Al. Honraba), dice, para que vinieran a ella alrededor; para que no hubiera vecino que no se mezclara en su ignominia. Y en verdad Jerusalén en esto también superó a otras prostitutas, para no solo dar lo suyo, que por el rito de la deshonra había adquirido con esfuerzo; sino también dar regalos maritales a sus amantes y violadores. Y fue tal la exposición de la adúltera a toda magnitud de deshonra, que no solo a las presentes, sino también a las futuras prostitutas se le prefiere. Por lo cual también nosotros, según Symmachus, hemos interpretado: Y después de ti no habrá fornicación. Pues en comparación contigo, toda fornicación en adelante será considerada más leve. Todo lo que hemos dicho de Jerusalén se refiere a la Iglesia y a las almas de los creyentes, que dan regalos maritales, a saber, oro en el sentido, y plata en el discurso, y vestiduras, con las que se cubre nuestra fealdad y deshonra, a sus amantes; o a las fuerzas contrarias, o a los maestros de doctrinas perversas, cuando afirman que la lujuria no hace daño, y que la libido pasiva, según la ley natural del cuerpo, demanda el coito: que todos los alimentos deben usarse indiferentemente, que fueron hechos para ser consumidos. La prudencia es necesaria solo en lo que le beneficia; ni la justicia tiene lugar, que si vale, debe mendigarse, y otras cosas semejantes. Lo cual, recibiendo la miserable Jerusalén, en la que debería haber una visión de paz, convierte la agudeza del ingenio y la belleza del discurso en deshonra. Y por sus amantes, adornada contra su marido, salió con esos adornos, en los que en abuso del bien había sido adornada por su marido. Y lo que sigue: Y les ofrecías para que vinieran a ti de todas partes a fornicar contigo, significa todo tipo de pecados, para que no se contente con un solo delito, sino que soporte el hambre de pecar, y contra las leyes de la naturaleza se contamine con todos los miembros hasta la cabeza.

(Vers. 35 y ss.) Por eso, prostituta, escucha la palabra del Señor. Así dice el Señor Dios: Porque se ha derramado tu bronce, y se ha revelado tu ignominia en tu fornicación (Vulg. tus fornicaciones) sobre tus amantes, y sobre los ídolos de tus abominaciones en la sangre de tus hijos, que les diste. He aquí que yo reuniré a todos tus amantes, con los que te mezclaste, y a todos los que amaste con todos los que odiaste, y los reuniré sobre ti de todas partes, y desnudaré tu ignominia ante ellos y verán toda tu deshonra. Y te juzgaré con los juicios de las adúlteras, y de las que derraman sangre, y te daré en la sangre (Vulg. sangre) de la ira y del celo, y te daré en sus manos, y destruirán tu burdel, y demolerán tu prostíbulo, y te desnudarán de tus vestiduras, y quitarán tus vasos de adorno, y te dejarán desnuda, llena de ignominia. Y traerán sobre ti una multitud, y te lapidarán con piedras, y te matarán (Al. truncarán) con sus espadas. Y quemarán tus casas con fuego, y harán en ti juicios ante los ojos de muchas mujeres, y dejarás de fornicar y no darás más recompensas. Y descansará mi indignación en ti, y se quitará mi celo de ti, y descansaré, y no me enojaré más: porque no te acordaste de los días de tu juventud, y me provocaste en todas estas cosas. Por lo cual también yo he dado tus caminos en tu cabeza, dice el Señor Dios, y no he hecho según tus crímenes en todas tus abominaciones. LXX: Por eso, prostituta, escucha la palabra del Señor: Así dice Adonai el Señor: Porque derramaste tu bronce, y se revelará tu ignominia en tu fornicación a tus amantes, y en todos los pensamientos de tus iniquidades, y en la sangre de tus hijos, que les diste. Por eso he aquí que yo sobre ti reuniré a todos tus amantes, con los que te mezclaste, y a todos los que amaste con todos los que odiaste, y los reuniré sobre ti alrededor, y revelaré tus maldades a ellos, y verán toda tu ignominia. Y te vengaré con la venganza de las adúlteras y de las que derraman sangre, y te pondré en la sangre de la ira y

del celo, y te entregaré en sus manos: y cavarán tu burdel, y destruirán tu base, y te desnudarán de tus vestiduras, y quitarán tus vasos de gloria, y te dejarán desnuda y llena de ignominia, y traerán sobre ti una multitud, y te lapidarán con piedras, y te truncarán con sus espadas. Y encenderán tus casas con fuego, y harán en ti venganzas ante muchas mujeres: y te apartaré de la fornicación, y no darás más recompensas: y enviaré mi furia sobre ti, y se quitará mi celo de ti, y descansaré, y no estaré más preocupado: porque no te acordaste del día de tu infancia, y me entristeciste en todas estas cosas. Y he aquí que yo daré tus caminos en tu cabeza, dice Adonai el Señor: y así hiciste iniquidad sobre todas tus iniquidades. Primero ponemos los fundamentos de la historia. Porque hiciste estas y aquellas cosas, que el discurso anterior comprendió: por eso escucha, prostituta, lo que has hecho, y lo que sufrirás. Derramaste tu bronce que recibiste de mí, y diste recompensa a tus amantes, que debiste recibir, y mataste a tus hijos, al ofrecerlos a los ídolos: para que no solo fueras adúltera, sino también parricida. Por eso reuniré sobre ti a todos tus amantes, con los que fornicabas, tanto a los que amaste, como a aquellos que odiaste, y te desnudaré según la ley de las adúlteras, para que todos vean tu deshonra, y los genitales por los que antes se llevaban con locura de amor. Todas estas cosas se dicen por metáfora de la mujer adúltera y homicida, que no solo fornicó contra su marido, sino que también mató a sus hijos, a Jerusalén, y que se reunirán todas las naciones contra ella, cuyos ídolos adoró, y convirtió todos los dones de Dios en su culto, y se destruirá el templo de Baal, y se subvertirán con incendio los altares de toda la ciudad, y no quedará nada en ella. Y como suelen contra la adúltera todos arrojar piedras, y matar a la prostituta, para que muera con las heridas de todos: así en presencia de otras en el circuito de las ciudades, y de todas las naciones se abandonará Jerusalén. Y esto se hace, para que deje de fornicar, y no dé más recompensas a sus amantes, y descanse la indignación de Dios, y no se enoje con ella a quien ha dejado de amar. De lo cual entendemos que es una gran ofensa no ser cuidado por Dios, sino ser permitido al hombre en sus crímenes y pecados. Se quitará, dice, mi celo de ti, y descansaré, y no me enojaré más, como con una extraña, y que se ha apartado de mí, y a quien he entregado a la desnudez eterna. Si esto sufrió Jerusalén, porque fornicó con ídolos, ¿qué pensamos que sufrirá cuando haya matado al Hijo de Dios? Y todo esto, dice, lo hiciste, olvidando los beneficios anteriores, y me provocaste a ira, o me entristeciste, a quien debiste provocar a alegrías con buenas obras. Por eso, también yo devolví tus obras en tu cabeza. Y cuando te haya subvertido, oh adúltera, sin embargo, ejerceré en ti menos de mi ira de lo que mereciste: para que también en esto se demuestre la clemencia divina, que sean mayores los pecados que las penas. Según la tropología, toda alma recibe de Dios dinero espiritual, según aquello del Evangelio (Mat. XXV, Luc. XIX) que se dice en las parábolas de los cinco y dos, y un talento, y de los siervos que reciben diez minas cada uno, que cuando han actuado negligentemente, se convierten en deudores de cincuenta [Al. diez] denarios y quinientos, y por esto a los presentes amantes, que entendemos como demonios, y fuerzas contrarias, se les revela la ignominia de Jerusalén, ya sea en el día del juicio, o en el tiempo de la penitencia cuando son reprendidos. Y primero solo el Dios omnipotente ve lo oculto, diciendo el sermón evangélico: Y el Padre que ve en lo secreto (Mat. VI, 6). Y en otro lugar: Dios escudriña los corazones y los riñones (Sal. VII, 10). Y en el libro de los Reyes: Tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres (IV Reg. VIII). Cuando se haya cumplido: No hay nada oculto que no se manifieste, y nada cubierto que no se revele (Luc. XII, 2). Y en otro lugar: No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo oculto de las tinieblas, y manifestará los consejos de los corazones, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5); y cuando llegue el tiempo de la corrección, entonces se cumplirá aquello de Oseas: Ahora los rodean sus pensamientos (Oseas VII, 2). Y en otro lugar: Acusándose entre sí con pensamientos, o defendiéndose, en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres (Rom. II, 15). Y de nuevo: He aquí el hombre, y sus obras ante su rostro. Y verán todos su deshonra los que antes

fornicaron con ella, y Dios la dará en la sangre de la ira y del celo. Pues está lleno de furia el hombre contra la esposa adúltera, y no puede ser redimido con ningún precio. La sangre de los hijos puede entenderse así, que llamemos hijos de Jerusalén a los λογισμοὺς καλοὺς, es decir, pensamientos buenos, que Dios ha implantado en los hombres; que mata la adúltera, cuando se inclina a malas obras. También es útil para Jerusalén, que se cave su burdel, y se destruya toda semilla de su fornicación. Pues cuando esto se haya hecho, no dará más recompensas, y descansará la indignación de Dios, y no la celará más, seguro de su castidad: a saber, según aquellos que toman en buen sentido lo que se dice. Otros, como dijimos antes, lo refieren a la parte contraria, que es de gran ira de Dios no enojarse, cuando una vez ha despreciado a la fornicante, y ha desesperado de su salvación. Pero si los herejes que no aceptan el Antiguo Testamento, según la edición de los Setenta, en este lugar lo han reprendido por lo que se dice: Y me entristeciste en todas estas cosas; porque Dios no solo recibe ira, sino que también está sujeto a la tristeza y al dolor, preguntémosles cómo aceptan aquello que ciertamente es mandato del buen Dios: No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados en el día de la redención (Efes. IV, 30). Pues lo que digan en defensa de ese testimonio, lo adaptaremos nosotros en satisfacción del presente discurso.

(Vers. 44.) He aquí que todo el que dice un proverbio vulgar, en ti tomará eso, diciendo: Como la madre, así es su hija. Eres hija de tu madre, que rechazó a su marido, y a sus hijos, y hermana de tus hermanas tú, que rechazaron a sus maridos, y a sus hijos. LXX: Estas son todas las cosas que dijeron contra ti en parábola, diciendo: Como la madre, y la hija. Eres hija de tu madre, que rechazó a su marido, y a sus hijos: y hermanas de tus hermanas que rechazaron a sus maridos, y a sus hijos. Después del catálogo de vicios y corrección de Jerusalén, por el cual se retrae a la salvación, se le adapta el proverbio común en el lenguaje del pueblo, o como los Setenta tradujeron, parábola: Cual madre, tal hija. Pero la madre de Jerusalén, como está escrito arriba y en lo que sigue, se llama Hetea, y se interpreta como enloquecida, o que se vuelve a la locura: por lo cual se muestran los incentivos de este siglo, que llevan al alma cautiva a la perdición, y la separan de su marido (sin duda se dice que es la palabra de Dios y la doctrina). Y hermana de sus hermanas, como leeremos en breve, se llama Sodoma, y Samaria: de las cuales una significa la vida gentil y la lujuria, la otra las trampas de los herejes. Por lo que en los Setenta se lee: hermanas de tus hermanas, que rechazaron a sus maridos, y a sus hijos, no tiene sentido. Pues ¿qué otras hermanas tenían Sodoma y Samaria, que son hermanas de Jerusalén? Y esto hay que preguntarse, ¿qué maridos rechazaron Sodoma y Samaria, y qué hijos rechazaron? A menos que podamos decir esto, que siempre los pies de los errantes fluctúan, y no son sólidos los pasos que están contra la verdad; sino que corren de aquí para allá, y son llevados por todo viento de doctrina, mientras pasan de una falsedad a otra falsedad (Efes. IV). Y cuando en los primeros se den cuenta de que se han esforzado en vano, pasan a los segundos y terceros.

(Vers. 45 y ss.) Tu madre es Hetea (Al. Chetea), y tu padre es amorreo, y tu hermana mayor es Samaria: ella y sus hijas que habitan a tu izquierda. Pero tu hermana menor que tú, que habita a tu derecha, es Sodoma y sus hijas. Pero ni en sus caminos anduviste, ni según sus crímenes hiciste un poco menos: casi más criminal hiciste en todos tus caminos. LXX: Tu madre es Chetea, y tu padre es amorreo, tu hermana mayor es Samaria: ella y sus hijas que habitan a tu izquierda y tu hermana menor que tú, que habita a tu derecha, es Sodoma y sus hijas: y ni siquiera así anduviste en sus caminos, ni según sus iniquidades hiciste un poco menos, y las transgrediste en todos tus caminos. Arriba dijo: Tu padre es amorreo, y tu madre es Chetea; aquí, cambiando el orden y el número: Tu madre es Chetea, y tu padre es amorreo. Pues cuando los crímenes han progresado, se dividen en partes; y abandonada la unión, progresan en turba y multitud, que con Jesús no puede subir a las montañas. Pero las

hermanas de Jerusalén, Samaria y Sodoma, de las cuales una está a la izquierda, la otra a la derecha, incluso según la comprensión corporal si miras desde el templo de Jerusalén hacia el este, lo aprobarás. Y se dice mayor Samaria, porque pecó primero, y fue llevada en cautiverio por los asirios: y menor y más joven Sodoma, que se refiere a la multitud de las naciones. De lo contrario, en ese tiempo no existía Sodoma, que antes de que leamos en las Escrituras Jerusalén, con Gomorra, Adama y Seboim, había sido destruida por fuego divino (Génesis XIX). Pero en medio de las dos hermanas Jerusalén, que por otro nombre se llama Judá, fue llevada por los caldeos a Babilonia: y mucho más criminal que Samaria y Sodoma pecó Jerusalén, adorando en el templo el ídolo de los celos, y después matando al Hijo de Dios. Pero según la tropología, Samaria y Sodoma, es decir, los herejes y los gentiles, a menudo cometen cosas más leves, que aquellos que se consideran Jerusalén, es decir, eclesiásticos. Por lo cual se dice a los corintios, que creían en Cristo, pero eran oprimidos por malas obras: Se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni siquiera entre los gentiles, de modo que uno tenga la mujer de su padre (I Cor. V, 1), y otras cosas. Suelen los herejes, que sin embargo aceptan el Antiguo Testamento, entender tres naturalezas de este lugar, espiritual, animal, y terrena. Y refieren la espiritual a Jerusalén; la animal, a Samaria; la terrena, a Sodoma. A los cuales brevemente preguntemos, ¿cómo se dice que tres naturalezas, espiritual, animal, y terrena, que ciertamente son diferentes entre sí, tienen una madre y un padre? lo cual no concuerda con su invención. Y ¿cómo la naturaleza animal, y terrena, según este mismo profeta, se restauran en su estado antiguo, es decir, en espiritual? lo cual también es contrario a sus razones. Pero que Samaria se entienda en las herejías, y en el profeta Oseas, y en muchos otros lugares, y especialmente en aquel testimonio se comprueba: Ay de los que desprecian a Sion, y que confían en el monte de Samaria, vendimiaron los principios de las naciones (Amós VI, 1). Pues todos los herejes desprecian a Sion, que se interpreta, atalaya, y se refiere a la Iglesia; y confían en el monte de Samaria, en la soberbia de las doctrinas perversas, que piensan que son sublimes, y por estas predicaciones fraudulentas, vendimian y saquean los principios de las naciones; para que con el milagro de las doctrinas, arrastren a los poderosos de los gentiles al error herético.

(Vers. 48, 49.) Vivo yo, dice el Señor: porque no hizo Sodoma, tu hermana, ella y sus hijas, como hiciste tú y tus hijas. He aquí que esta fue la iniquidad de Sodoma, tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia, y ocio de ella y de sus hijas; y no extendían la mano al necesitado y al pobre. Y se elevaron, e hicieron abominaciones delante de mí, y las quité como viste. Y Samaria no pecó ni la mitad de tus pecados; pero la superaste con tus crímenes, y justificaste a tus hermanas en todas tus abominaciones que cometiste. LXX: Vivo yo, dice Adonai el Señor: así hizo Sodoma, tu hermana, esto, y sus hijas como hiciste tú y tus hijas. Sin embargo, la iniquidad de Sodoma, tu hermana, fue soberbia en la saciedad de panes, y en la abundancia, ella y sus hijas rebosaban de delicias ÷ esto tenía ella y sus hijas ** y no tomaban la mano del pobre y del necesitado, y se gloriaban magníficamente, e hicieron iniquidades en mi presencia, y las quité como viste. Y Samaria no pecó ni la mitad de tus pecados, y multiplicaste tus iniquidades sobre ellas: y justificaste a tus hermanas en todas tus iniquidades que cometiste. Lo que los LXX pusieron, esto tenía ella y sus hijas, no se encuentra en el hebreo. En el Antiguo Testamento es juramento de Dios: Vivo yo, dice el Señor (Num. XIV, 21). En el nuevo: Amén, amén os digo (Juan XIII, 16). Pero si esto es común con los demás: Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob, no es Dios de muertos, sino de vivos (Marcos XII, 16, 27). Y en otro lugar: Agradaré al Señor en la tierra de los vivos (Sal. CXIV, 9): buscamos, de qué manera Dios se apropia el término común. Pero así como se dice, árbol bueno, y hombre bueno, y buen pastor, y buen siervo (Lucas XVIII); nadie es absolutamente bueno, sino solo Dios: así cuando los ángeles y las demás

virtudes, los patriarcas también y los profetas, y los apóstoles son vivientes en comparación con el Dios omnipotente, se les llama muertos. Pues ¿quién es el hombre que vive, y no verá la muerte? (Sal. LXXXVIII, 49). Por lo cual también el apóstol Pablo sobre Dios: El que solo, dice, tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16). Y sobre la fuente de los vivientes: Nuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3). Este, pues, que jura, y habla: Vivo yo, dice el Señor, describiendo los crímenes de Sodoma y de sus hijas, puso primero la soberbia, propia del diablo, y el primer pecado. Por lo cual el mismo Apóstol: No sea que, hinchado de soberbia, caiga en la condenación del diablo (I Tim. III, 6), por la cual cayó del cielo. Pues había dicho: Con fortaleza haré, y con sabiduría de inteligencia quitaré los límites de las naciones, y devastaré su poder, y conmoveré las ciudades habitadas, y tomaré todo el orbe de la tierra con la mano como un nido, y como huevos rotos los quitaré (Isa. X, 13, 14). Y: Dios resiste a los soberbios; pero da gracia a los humildes (Jacobo IV, 6). Leemos también en otro lugar: ¿Qué es la soberbia, tierra y ceniza? Y el Evangelio relata la soberbia del fariseo, superada por la humildad del publicano (Lucas VIII): cuya semilla es la saciedad de pan, y la abundancia de todas las cosas, y el ocio; o como los LXX tradujeron, la opulencia de delicias y lujos. Aquel rico en el Evangelio vestido de púrpura (Lucas XVI) no se refiere que tuviera otro crimen, sino que, rebosante de riquezas y bienes, había estallado en tal soberbia, que no extendía la mano al necesitado y pobre Lázaro: y así olvidó su condición, que ni siquiera a este miserable le daba lo que debía ser desechado. Por lo cual también en otro lugar está escrito: Todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Lucas XIV, 11). La soberbia, la saciedad de pan, la abundancia de todas las cosas, el ocio y las delicias, es pecado de Sodoma, y por esto sigue el olvido de Dios, que cree que los bienes presentes son perpetuos, y nunca necesitará de lo necesario. Por lo cual también se ordena en la ley: Cuida, no sea que comiendo y bebiendo y saciado, edificando buenas casas, teniendo ovejas y bueyes, plata y oro, olvides al Señor tu Dios (Deut. VIII, 11). Y en otro lugar está escrito sobre Israel: Comió y bebió, y se sació, y se engordó, y pateó el amado (Deut. XXXII, 15). Lo que sabe también el más sabio de todos, Salomón, en los Proverbios, suplica: Dame lo necesario y lo que basta: no sea que saciado me vuelva mentiroso, y diga: ¿quién me verá? o empobrecido, robe y perjure el nombre de mi Dios (Prov. XXX, 8, 9). Y lo que sigue: y justificaste a tus hermanas en todas tus abominaciones que cometiste, no decreta simplemente que Sodoma y Samaria sean justas, sino en comparación con peores: como también el Publicano, del que hablamos antes, no se dice absolutamente justo, sino en comparación con el peor. Y sin embargo, siendo tales Sodoma y Samaria, ni siquiera pecaron la mitad en comparación con Jerusalén. Pues el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado con muchos (Lucas XII, 47). Y: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Por lo demás, lo que por delicias (o riquezas) se contiene en hebreo como ocio, debe saberse que se refiere a aquel sentido: En los deseos está toda alma ociosa; lo que evidentemente siempre debe hacerse algo: no sea que el campo de nuestro pecho, cesando la mano, sea ocupado por los abrojos de malas pensamientos.

(Vers. 52.) Por tanto, tú también lleva tu confusión, que superaste a tus hermanas con tus pecados, actuando más criminalmente que ellas: pues han sido justificadas por ti. LXX: Y tú soporta tu tormento en que corrompiste a tus hermanas con tus pecados, en los que actuaste inicuamente sobre ellas, y las justificaste sobre ti. La segunda tabla después del naufragio es, cuando hayas pecado, avergonzarte; y no someterte a la reprensión, que se dice contra Jerusalén: Tienes rostro de prostituta: no sabes avergonzarte (Jerem. III, 3). Lleva, pues, su tormento, quien es atormentado por su propia conciencia, y en este mundo soporta voluntariamente el tormento, para no soportar tormentos eternos (Gén. IV). Corrompemos a nuestros hermanos, o hermanas con nuestros pecados, cuando por nuestros pecados son

provocados a mayores crímenes. Lo que digo, se hará más manifiesto: Imagina a alguien en la cumbre sacerdotal que no vive bien, y deshonra con sus obras la dignidad. ¿No se corrompe el hermano laico por la imitación de sus vicios? Pues también quien escandalice a uno de los pequeños, con una piedra de molino atada al cuello, es precipitado en el abismo (Mat. XVIII, 6). También las hermanas de Jerusalén, Sodoma y Samaria, son justificadas: no porque sean justas por sí mismas, sino como dijimos, en comparación con el peor.

Por tanto, tú también confúndete; y lleva tu ignominia, que justificaste a tus hermanas. Septuaginta: Y tú confúndete, y recibe tu ignominia: porque justificaste a tus hermanas. A la confusión sigue la ignominia: a la ignominia la corrección: a la corrección la consolación: a la consolación la salvación: según aquello del Apóstol: La tribulación produce paciencia: la paciencia, prueba: la prueba, esperanza: y la esperanza no confunde (Rom. V, 3-5). Sin duda para el futuro: porque en el presente borró sus pecados por la confusión. Algo así suena también en el Evangelio: Hay confusión que lleva a la muerte, y hay confusión que lleva a la vida (Ecli. IV, 25). También el Espíritu Santo exhorta a los pecadores en los Salmos: Sean confundidos y avergonzados todos mis enemigos: vuelvan atrás, y sean confundidos muy rápidamente (Sal. XXXIX, 15). Está escrito también en otro lugar: Di tú primero tus pecados, para que seas justificado (Isa. XLIII, 26, según los LXX). Y de nuevo: El justo es acusador de sí mismo al principio del discurso (Prov. XVIII, 17). No es, pues, de extrañar si Jerusalén es provocada a la confusión, y a la ignominia; que ha pecado tanto, que justificó a sus hermanas: a quien después se le dice: Y tú, y tus hijas volved al estado antiguo.

(Vers 53, 54.) Y convertiré restituyendo a ellas la conversión de los Sodomitas con sus hijas, y la conversión de Samaria, y de sus hijas: y convertiré tu reversión en medio de ellas, para que lleves tu ignominia, y te confundas en todo lo que hiciste consolándolas. LXX: Y convertiré sus conversiones con la conversión de los Sodomitas y de sus hijas, convertiré la conversión de Samaria, y de sus hijas, y convertiré tu conversión en medio de ellas, para que lleves tu tormento: y tengas ignominia de todo lo que hiciste, para provocarme a ira. Gran progreso de Jerusalén, que después de la confusión, y la ignominia, que aceptó y llevó voluntariamente como juicio de Dios diciendo: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él, se le promete la restitución al estado antiguo. Pero sin embargo, porque en comparación con sus crímenes, Sodoma y Samaria fueron justificadas, de las cuales una está a la derecha, la otra a la izquierda; primero se restituye la conversión, o cautividad de Sodoma, como lo interpretó Aquila: en segundo lugar, la cautividad de Samaria, como también lo tradujeron Aquila y Símaco: y finalmente se restituirá Jerusalén, que había sido oprimida por mayor iniquidad, y había mostrado a las hermanas pecadoras justas en comparación con ella. Pues ¿quién duda que entre tres pecadores, más bien impíos, gentil, hereje, eclesiástico, es mucho más digno de mayores penas, quien fue de mayor dignidad? Pues los poderosos, como dijimos, sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Pero quien haya sido el menor, es digno de misericordia. Y el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado con muchos (Lucas XII, 47). Por lo cual también Pedro: Es tiempo, dice, de que comience el juicio por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Y en este mismo profeta se ordena a los que tienen hachas: Comenzad por mis santos (Supra IX, 6), para que al final Jerusalén, después de que las hermanas se hayan convertido y restituido al estado anterior, lleve su ignominia, y se confunda, y se avergüence por lo que pecó, y en todo consuele a sus hermanas, mientras soporta cosas más graves (Jerem. VI). O ciertamente por eso se confunda y se avergüence, porque provocó a Dios a ira. De lo cual es evidente, que la ira de Dios no es natural, sino que por nuestros vicios el Dios clementísimo y mansísimo es provocado a ira, diciendo el Apóstol: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y de su longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero según tu

dureza, y corazón impenitente, atesoras para ti ira (Rom. II, 4, 5), que Dios naturalmente no tiene. Por lo cual también en otro lugar está escrito: Enviaste tu ira, que los devoró como paja (Éxodo XV, 7). Pues lo que está unido, y en un cuerpo está acoplado, no puede ser enviado, sino aquello que está fuera del cuerpo. Por ejemplo, lanza, dardo, flecha, espada. Leemos también en el Evangelio (Mat. X, 15), que será más tolerable para la tierra de los Sodomitas en el día del juicio, que para aquella que no reciba a los apóstoles.

(Vers. 55.) Y tu hermana Sodoma y sus hijas volverán a su antigüedad. Y Samaria, y sus hijas volverán a su antigüedad. Y tú y tus hijas volveréis a vuestra antigüedad. LXX: Y tu hermana Sodoma, y sus hijas serán restituidas como fueron al principio: y Samaria, y sus hijas serán restituidas como fueron al principio. Y tú y tus hijas seréis restituidas, como fuisteis desde el principio. Los judíos entre otras fábulas, y genealogías interminables, y delirios que inventan, también sueñan esto, que en la venida de su Cristo, que nosotros sabemos que es el Anticristo, y en el reino de mil años, Sodoma será restituida a su estado antiguo, de modo que sea como el paraíso de Dios, y como la tierra de Egipto; y Samaria reciba su antigua felicidad, para que de los asirios regresen a la tierra de Judá (IV Reyes, XVII, XVIII). Pues leemos que las diez tribus fueron capturadas por Phul, y Salmanasar, y Teglatfalasar, reyes de los asirios, y hasta hoy están allí cautivas. Jerusalén también será entonces edificada, y todas sus hijas, es decir, las ciudades, y aldeas, y castillos, que estarán bajo su poder, florecerán como antes florecieron, y la misma Jerusalén será construida con oro y plata, y piedras preciosas, de la cual también Isaías profetiza: Estableceré tus jueces como antes, y tus consejeros como al principio, y después de esto serás llamada ciudad de justicia, madre de ciudades, fiel Sion (Isa. I, 26); y nuestro Apocalipsis habla (Apoc. XXI): Y David canta: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, y sean edificados los muros de Jerusalén (Sal. L, 20). Y en otro lugar: Serán edificadas las ciudades de Judá, y habitarán, y morarán allí, y su descendencia será dirigida para siempre (Sal. LXVIII, 36). Pero nosotros, dejando el conocimiento perfecto de estas cosas al juicio de Dios, más bien confesando claramente, después del segundo advenimiento del Señor Salvador, que no habrá nada humilde, nada terrenal; sino los reinos celestiales que primero se prometen en el Evangelio, decimos esto, que en el estado de la Iglesia, todo se ha cumplido, y se cumple diariamente. Sodoma vuelve a su estado antiguo, cuando, devuelta a su naturaleza, el alma gentil e impía primero entiende al Creador. Samaria recibe su antigua bienaventuranza, despreciado el error de los herejes, y unida a la doctrina, y a la fe cristiana. Y cuando aquellas hayan vuelto, también Jerusalén, visión de paz, que se interpreta como Iglesia, volverá a su estado antiguo. De la cual está escrito: Su lugar se ha hecho en paz (Sal. LXXV, 2); y: Jerusalén que se edifica como ciudad: cuya participación es en sí misma (Sal. CXXI, 3); y en el Apóstol: Pero la Jerusalén de arriba, que es libre, es nuestra madre (Gál. IV, 25); y en el mismo: Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a millares de ángeles en asamblea (Hebr. XII, 22). Y vuelve con sus hijas, que están dispersas por todo el mundo. De lo cual hemos discutido más ampliamente en las explicaciones de Isaías.

(Vers. 56 seqq.) Pero no fue Sodoma, tu hermana, oída en tu boca en el día de tu soberbia antes de que se revelara tu maldad, como en este tiempo en oprobio de las hijas de Siria, y de todas las que están alrededor de ti, hijas de los filisteos, que te rodean por completo. Tu crimen, y tu ignominia tú la llevaste, dice el Señor Dios. LXX: Si no hubieran sido Sodoma, tu hermana, para ser oída en tu boca en los días de tu soberbia antes de que se revelaran tus maldades, como ahora es de las hijas de Siria, y si no hubiera sido esto, ¿qué te habría pasado, y a todas las hijas extranjeras que te rodean por completo? Tus impiedades, y tus iniquidades tú las llevas. Símaco interpretó este lugar así: Porque no fue Sodoma, tu hermana, en el oído por tu boca en el día de tu soberbia, antes de que se revelara tu ignominia, como en

el tiempo del oprobio de las hijas de Siria, y de todas las que están alrededor de ti, hijas de los filisteos, que te rodean por completo. Tu crimen y tu abominación tú la llevarás. Teodoción de esta manera: Y no era Sodoma, tu hermana, en el oído de tu boca, en el día de tu soberbia, antes de que se revelara tu maldad: como el tiempo del oprobio de las hijas de Siria, y de todas alrededor de ella, hijas extranjeras, que te abominan por completo. Tu fornicación, y tus contaminaciones, tú las llevaste, dice Adonai el Señor. La edición de Aquila concuerda con nuestra traducción; las cuales todas puse, para que de la comparación de todas, podamos encontrar alguna huella de sentido, y mientras tanto sin prejuicio de otros, así nos parece que debe ser el orden de la lectura: En los días de tu soberbia, cuando pecabas, no recordaste la destrucción de Sodoma, tu hermana, antes de que se revelara tu maldad, que ahora ha sido revelada tanto, que a todas las ciudades de Siria y Palestina que están alrededor de ti, te has convertido en oprobio. Porque superaste en crimen a tu hermana, y no te aterrorizaste con su ejemplo, para no sufrir cosas similares, y detener tu pie: ahora que se ha revelado tu ignominia, escucha la sentencia de Dios. O lleva según los Setenta: o llevaste, según Aquila, y Teodoción: o llevarás, según Símaco, tu crimen y tu ignominia, para que después de haber soportado las penas por el sacrilegio, obtengas el perdón no por tu pacto, sino por mi clemencia. Siria en lengua hebrea se dice ARAM (), que se interpreta, sublimidad. Y según la explicación de aquel lugar del profeta Isaías, en el que Aram, y Efraín consienten contra Judá, y Jerusalén, la sabiduría aguda de los gentiles, y que se promete a sí misma la sublimidad del conocimiento, unida a la maldad de los herejes, ataca a Judá, en quien está la verdadera confesión, y no puede prevalecer. Aquí también la misma arrogancia de Siria, es decir, de los filósofos con las hijas extranjeras, en las que se muestra el múltiple error de diversas doctrinas en las naciones, se burla de Jerusalén, y la tiene por oprobio, superada por sus vicios.

(Vers. 59 seqq.) 188 Porque así dice el Señor Dios: Y haré contigo como despreciaste el juramento, para invalidar el pacto. Y me acordaré de mi pacto contigo en los días de tu juventud: y levantaré para ti un pacto eterno. Y te acordarás de tus caminos, y te avergonzarás cuando recibas a tus hermanas contigo, mayores y menores que tú: y te las daré como hijas, pero no por tu pacto. Y levantaré mi pacto contigo, y sabrás que yo soy el Señor, para que te acuerdes, y te avergüences, y no tengas más que abrir la boca por tu confusión: cuando me haya reconciliado contigo en todo lo que hiciste, dice el Señor Dios. LXX: Así dice Adonai el Señor: Y haré en ti como hiciste, como despreciaste esto, para pasar por alto mi testamento. Y me acordaré de mi testamento, que hice contigo en los días de tu juventud, y levantaré para ti un testamento eterno, y te acordarás de tu camino, y te despreciarás cuando recibas a tus hermanas mayores y menores que tú, y te las daré como prueba, y no por tu testamento, y levantaré mi testamento contigo, y conocerás que yo soy el Señor: para que te acuerdes, y te avergüences, y no tengas más que abrir la boca por tu ignominia, cuando me haya reconciliado contigo según todo lo que hiciste, dice el Señor Dios. Por eso te dije: tu crimen y tu ignominia tú los llevas, ya sea que los hayas llevado, o los vayas a llevar; para que recibas lo que mereces: porque despreciaste mi juramento, e invalidaste mi pacto. Pero cuando se haya cumplido, yo mataré, y yo daré vida: yo heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39): entonces me acordaré de mi pacto, que antiguamente tuve contigo. Y levantaré para ti un pacto, no de la Ley que pasó, sino un pacto eterno del Evangelio: para que cuando te acuerdes de tus caminos, y recibas a tus hermanas mayores o menores, Samaria y Sodoma y sus compañeras, te las daré como hijas, o como prueba (pues es necesario (I Cor. XI, 19) que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten), no por tu mérito, sino por mi misericordia, y entonces sabrás que yo soy el Señor; y te acordarás de mis beneficios, y te avergonzarás, y dirás junto al Apóstol: No soy digno de ser llamado Apóstol: porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor.

XV, 9). Y no tendrás más que abrir la boca por tu confusión. Porque es de los santos abrir la boca según el Apóstol que dice: Mi boca está abierta para vosotros, oh corintios (II Cor. VI, 11): y del Señor Salvador, que abriendo su boca, les enseñaba (Mat. V), diciendo también en el salmo: Abriré, dice, mi boca en parábolas (Sal. LXXVII, 2). Pero al pecador se le dice: Pecaste: calla (Gén. IV). Y: ¿Por qué tomas mi testamento en tu boca? (Sal. XLIX, 16). Y: No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV, 9). Y el santo merece oír: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11). De lo cual entendemos, incluso cuando por la misericordia de Dios hemos recuperado la gloria pasada, o más bien hemos recibido el pacto eterno del Evangelio, después de que el Señor se haya reconciliado con nosotros en todo lo que hicimos, debemos tener memoria del pecado pasado, y siempre cerrar la boca, porque no por nuestras obras, sino por la gracia de Dios somos salvados.

(Cap. XVII.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, plantea un enigma, narra una parábola a la casa de Israel, y dirás: Así dice el Señor Dios: Un águila grande de grandes alas, de largo vuelo, llena de plumas y variedad vino al Líbano, y tomó la médula del cedro. Arrancó la cima de sus ramas, y la transportó a la tierra de Canaán, en la ciudad de los mercaderes la puso. Y tomó de la simiente de la tierra, y la puso en tierra para semilla para afirmar raíces sobre muchas aguas, en la superficie la puso. Y cuando germinó, creció en una vid más ancha de baja estatura: con sus ramas mirando hacia ella y sus raíces debajo de ella estaban. Se hizo pues vid, y fructificó en sarmientos, y emitió vástagos. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, narra una narración, y di una parábola a la casa de Israel, y dirás: Así dice Adonai el Señor: Un águila grande de grandes alas, de largo vuelo llena de garras que tiene el vuelo de entrar en el Líbano, y tomó lo escogido del cedro. Arrancó las cimas de la ternura, y las llevó a la tierra de Canaán. En la ciudad amurallada la puso, y tomó de la simiente de la tierra, y la dio en el campo de plantación sobre muchas aguas: para que se mirara, la puso: y brotó, y se hizo en una vid débil y pequeña en tamaño, para que solo aparecieran sus ramas debajo de ella, y sus raíces debajo de ella estaban. Y se hizo en una vid grande, y produjo vástagos, y extendió sus ramas. Cuando al profeta se le dice: Plantea un enigma, narra una parábola, o como tradujeron los LXX: narra una narración, y di una parábola, se muestra que lo que se dice es oscuro. Pues no hay duda de que el enigma y la parábola expresan una cosa en palabras, y otra en sentidos. Y el Salvador también hablaba al pueblo en parábolas, que en secreto explicaba a los apóstoles. Por lo tanto, debemos entender el enigma y la parábola como enigma y parábola. Dos águilas se proponen en la presente profecía de Ezequiel. De la primera se debe hablar ahora: de la otra hablaremos en lo que sigue. Y mientras tanto, tomemos la historia simple. El águila grande de grandes alas, de largo vuelo, llena de plumas y variedad, o como tradujeron los Setenta, llena de garras, es Nabucodonosor, rey de los caldeos, de quien también habla Oseas: Como águila sobre la casa de Dios (Oseas VIII, 1). Este, gobernando muchas naciones, y rodeado de un ejército innumerable, vino sobre la casa de Dios, sin duda significa el templo: o como ahora dice la Escritura, al Líbano, del cual habla Zacarías: Abre, Líbano, tus puertas, y coma fuego tus cedros. Aúlla, abeto, porque cayó el cedro, porque los magníficos fueron devastados (Zac. XI, 12). Y frecuentemente el templo que era ilustre y sublime, en las Escrituras santas se llama Líbano. Y tomó la médula del cedro, y arrancó la cima de sus ramas, y la transportó a la tierra de Canaán, en la ciudad de los mercaderes la puso. Por mercaderes, o negociaciones, amurallada tradujeron los Setenta. Indica a Jeconías, rey de Judá, a quien Nabucodonosor capturó con su madre y los príncipes del pueblo, todas las riquezas de Jerusalén, y los vasos del templo; y lo trasladó a Babilonia, que está en la tierra de Canaán, y allí envejeció. De cuyo linaje, como testifica la Escritura del evangelista Mateo (Mat. I), nuestro Señor y Salvador nació por Salatiel y Zorobabel. Quien sacó de la simiente de esa misma tierra, es decir, de la estirpe real, a Matanías, tío de

Jeconías, cuyo nombre cambió, y lo llamó Sedequías, y lo puso como rey en Jerusalén, y lo puso sobre muchos pueblos. Y sin embargo, lo puso en la superficie, y no afirmó su poder con una raíz alta de imperio: sino que lo puso para que se mirara, y estuviera bajo el poder de Babilonia, o de baja estatura, con sus ramas mirando hacia ella: para que presidiera sobre los pueblos de los judíos; pero mirara al imperio del babilonio que mandaba. Esto es lo que dice la Escritura: De baja estatura, con sus ramas mirando hacia ella, se sobreentiende, el águila. Lo que los Setenta tradujeron más claramente, y lo que fue plantado brotó, y se hizo en una vid débil y pequeña: para que solo aparecieran sus ramas, para que pareciera tener un reino, pero su reino mismo era humilde y débil, gobernado por el arbitrio del príncipe babilonio. Esto por ahora sobre el presente capítulo, al que añadiremos lo restante.

(Vers. 7 seqq.) Y se hizo otra águila grande, de grandes alas, y muchas plumas. Y he aquí que esta vid como enviando sus raíces hacia ella, extendió sus sarmientos hacia ella, para que la regara de los surcos de su germen. En tierra buena, sobre muchas aguas la plantó: para que hiciera hojas, y llevara fruto, y [Vulg. para que] fuera en una vid grande. Di: Así dice el Señor Dios: ¿Prosperará? ¿No arrancará sus raíces, y despojará su fruto, y secará todos los sarmientos de su germen, y se secará, y no con brazo grande, ni con muchos pueblos [Vulg. pueblo numeroso] para arrancarla de raíz? He aquí que está plantada, ¿prosperará? ¿No se secará cuando la toque el viento abrasador, y se secará en los surcos de su germen? LXX: Y se hizo otra águila grande de grandes alas, de muchas garras: y he aquí que esta vid estaba enredada hacia ella, y sus raíces hacia ella, y extendió sus ramas hacia ella, para que la regara con el terrón de su plantación. En campo bueno, sobre mucha agua ella fue engordada: para que hiciera brotes y llevara fruto, y fuera en una vid grande. Por eso di: Así dice Adonai el Señor: ¿Se dirigirá? ¿No se pudrirán las raíces de su ternura, y su fruto, y se secarán todas las cosas que de ella nacieron? Y no con brazo grande, ni con pueblo numeroso, para arrancarla de sus raíces: y he aquí que es engordada. ¿Se dirigirá? ¿No se secará inmediatamente cuando la toque el viento abrasador, y se secará por la sequedad: con el terrón de su germen se secará? La segunda águila, es decir, la otra, también grande, llena de plumas, de muchas garras, por su rapacidad, y devastación de muchas naciones, es el rey de Egipto, Faraón. Y he aquí que esta vid se sobreentiende el rey Sedequías, que había sido establecido por Nabucodonosor en Jerusalén, comenzó, dice, a enviar sus vástagos hacia ella, es decir, al rey de los egipcios, a enviarle legados, y a pedirle ayuda contra el rey al que estaba sometido. Esto es lo que dice ahora la Escritura, para que la regara de los surcos de su germen. Que en tierra buena había sido plantada por Nabucodonosor, para que hiciera hojas, y llevara fruto, y creciera en una vid más ancha: por eso se ordena al profeta, que hable a la vid, que había sido plantada por Nabucodonosor, y había enviado sus ramas al águila egipcia: ¿prosperará porque intentó hacer esto, y no se secarán inmediatamente todos sus vástagos, y sarmientos? Y no, dice, con brazo grande, ni con pueblo numeroso? Porque Sedequías, huyendo, y desprovisto de la ayuda del rey de Egipto, fue capturado por los capitanes de Nabucodonosor en los desiertos de Jericó [Al. Jericuntis]: y todos sus compañeros fueron dispersados aquí y allá, como está escrito en el libro de los Reyes y de las Crónicas, y de Jeremías (IV Reg. XXV, Jerem. XXXIX).

(Vers. 11 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Di a la casa rebelde: ¿No sabéis qué significan estas cosas? Di: He aquí que viene el rey de Babilonia a Jerusalén, y tomará al rey y a sus príncipes, y los llevará consigo a Babilonia. Y tomará de la simiente del reino, y hará un pacto con él, y tomará de él un juramento: pero también tomará a los fuertes de la tierra, para que sea un reino humilde, y no se eleve, sino que guarde su pacto, y lo conserve. Que apartándose de él, envió mensajeros a Egipto, para que le diera caballos y mucho pueblo. ¿Prosperará, o conseguirá la salvación, quien hizo estas cosas? Y quien rompió el pacto,

¿escapará? Vivo yo, dice el Señor Dios: porque en el lugar del rey que lo constituyó rey, cuyo juramento hizo nulo, y rompió el pacto que tenía con él, en medio de Babilonia morirá. Y no con gran ejército, ni con mucho pueblo hará Faraón la guerra en el lanzamiento de terraplén, y en la construcción de muros, para matar muchas almas. Porque había despreciado el juramento, para romper el pacto. Y he aquí que dio su mano: y habiendo hecho todas estas cosas, no escapará. Este es el enigma, esta es la parábola, que bajo dos águilas y una vid, la Escritura mostraba a dos reyes de Babilonia y Egipto; y al rey Sedequías, que contra el juramento, abandonada la amistad de Nabucodonosor, se trasladó al rey de Egipto. Hará, dice, un pacto con él, y tomará de él un juramento, para que guarde su pacto, y lo conserve. Quien rompe, dice, el pacto, ¿escapará? De lo cual aprendemos, que incluso entre enemigos se debe guardar la fe, y no considerar a quién, sino por quién has jurado. Pues mucho más fiel se encuentra aquel, que por el nombre de Dios te creyó, y fue engañado, que tú que por ocasión de la majestad divina a tu enemigo, o ya amigo, le has tramado insidias. Porque, dice, en el lugar del rey que lo constituyó rey, cuyo juramento hizo nulo, y rompió el pacto que tenía con él, en medio de Babilonia morirá. Leemos que Sedequías, capturado, fue llevado a Reblatha, y allí, después de que sus hijos fueron asesinados, fue cegado; y como una fiera encerrado en una jaula, trasladado a Babilonia (IV Reg. XXV). Por lo cual, aunque la Escritura parezca ser contraria a sí misma, sin embargo, en ambos casos es muy verdadera. Pues se había dicho a Sedequías: Y entrarás en Babilonia, y no la verás (Jerem. XXXIV, 4). Entró, porque fue llevado a Babilonia, y no la vio, porque fue cegado. Pero esto que sigue: Y no con gran ejército, ni con mucho pueblo hará Faraón la guerra; en el lanzamiento de terraplén, y en la construcción de muros, para matar muchas almas: se entiende de dos maneras, ya sea que el rey de Egipto viniendo contra Nabucodonosor, rey de Babilonia, no podrá luchar, ni con pequeño ejército resistir a tanta multitud: o que el mismo Sedequías será atacado por Faraón, de quien esperaba ayuda: no porque Faraón lo haya atacado, ni la Escritura lo testifique en alguna parte; sino porque el ataque de Nabucodonosor, por ocasión del rey de Egipto, fue hecho: ni este pareció atacar Jerusalén, que la sitiaba, sino aquel en quien Sedequías había esperado en vano. He aquí, dice, dio su mano al rey de Egipto, y se entregó; y cometió sacrilegio de perjurio contra Dios. ¿Le aprovechará, dice? Y habiendo hecho todas estas cosas, no escapará.

(Vers. 19 seq.) Por tanto, así dice el Señor Dios: Vivo yo, que el juramento que despreciaron y el pacto que quebrantaron, lo pondré sobre su cabeza. Y extenderé sobre él mi red, y será atrapado en mi trampa: y lo llevaré a Babilonia, y allí lo juzgaré por la traición con la que me despreció. Y todos sus fugitivos, con todo su ejército, caerán a espada, y los que queden serán dispersados a todos los vientos: y sabréis que yo, el Señor, he hablado. La sentencia es secular:... ¿quién busca en el enemigo el engaño o la virtud? Esto suelen oponernos quienes dicen que los enemigos deben ser engañados con fraude. Para que estemos de acuerdo, Sedecías hizo mucho peor: no engañó a un enemigo, sino a un amigo, con quien estaba unido por el pacto del Señor. Por tanto, mientras no jures ni hagas un pacto en el nombre del Señor, es de prudencia y fortaleza engañar o superar al adversario como puedas. Pero cuando te has comprometido con un juramento, no es un adversario, sino un amigo quien confió en ti: y bajo la apariencia del juramento, es decir, en la invocación de Dios, fue engañado. Por eso la Escritura ahora dice: El juramento que despreciaron y el pacto que quebrantaron, lo pondré sobre su cabeza. Y para que no pensemos que el juramento y el pacto son del rey de Babilonia o de Sedecías que lo hizo, sigue: En la traición con la que me despreció. Por tanto, quien desprecia el juramento, desprecia a aquel por quien juró: y le hace injuria a aquel en cuyo nombre confió el adversario. Por esta razón, dice, extenderé sobre él mi red, y será atrapado en mi trampa, y lo llevaré a Babilonia, y allí lo juzgaré. Todo lo que Nabucodonosor

hizo contra Sedecías, no lo hizo con sus propias fuerzas, sino con la ira de Dios, en cuyo nombre se había perjurado. Según una interpretación, aunque parezca violenta, esto debe entenderse como que, al igual que otros animales, pueden referirse tanto al bien como al mal; así también con el águila y el león. En el buen sentido se dice: Cachorro de león, Judá (Génesis XLIX, 9). En el contrario: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor (II Pedro V, 8). Y aquello en el salmo: Acecha en los escondites, como león en su guarida: acecha para atrapar al pobre (Salmo IX, 9). En el buen sentido del águila se dice que el justo, enriquecido, se hace alas como de águila, para poder regresar a la casa de su predecesor. Y en Isaías está escrito que los justos llevarán alas como de águila (Isaías XL): correrán y no se cansarán: caminarán y no tendrán hambre. Pero correctamente aquel que dijo: Con fortaleza haré, y con sabiduría de inteligencia quitaré los límites de las naciones, y despojaré sus fuerzas: y conmoveré las ciudades habitadas, y tomaré el mundo entero con la mano como un nido, y como huevos rotos (Isaías X, 13, 14), ahora bajo la figura del águila se describe: que no quiere de Líbano, que se interpreta como candor, y se refiere al incienso, tocar los pequeños y humildes arbustos, sino las cumbres de los cedros, y de los príncipes, y de la estirpe real, según lo de Habacuc: Su comida es escogida (Habacuc I, 16). Y establece un pacto con aquellos que ha capturado, para que sometan sus cuellos al rey de Babilonia, y cumplan aquello que el Apóstol dice: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Timoteo I, 20). Y en otro lugar: A quienes entregué, dice, a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Corintios V). No debemos, por tanto, si por algún pecado somos expulsados de la congregación de los hermanos y de la casa de Dios, resistir: sino llevar con ánimo sereno la sentencia pronunciada contra nosotros, y decir con el Profeta (Miqueas VII, 9), Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él, hasta que justifique mi causa, y lo demás. Y frecuentemente sucede que, sometidos a uno, pasamos a otro, quien nos promete su ayuda; y no nos hace permanecer en la sentencia anterior. Lo cual debe evitarse por todos los medios, para que no se sequen nuestros sarmientos y se marchiten los brotes: y se crea que actuamos contra el pacto de Dios.

(Vers. 22 seqq.) Así dice el Señor Dios: Y tomaré yo de la médula del cedro sublime, y pondré de la cima de sus ramas; arrancaré un brote tierno, y lo plantaré sobre un monte alto y eminente: en el monte alto de Israel lo plantaré. Y brotará en retoño, y dará fruto, y será un gran cedro, y habitarán bajo él todas las aves: todo pájaro anidará bajo la sombra de sus ramas. Y sabrán todos los árboles del campo que yo, el Señor, he humillado el árbol alto, y he exaltado el árbol humilde, y he secado el árbol verde, y he hecho florecer el árbol seco, yo, el Señor, he hablado y lo he hecho. LXX: Porque así dice Adonai el Señor: Y tomaré yo de los escogidos del cedro de la cima + y daré de la cabeza de sus ramas ** de su corazón tomaré, y plantaré sobre un monte alto, y lo colgaré en el monte alto de Israel, y plantaré, y brotará en retoño, y dará fruto, y será un gran cedro, y descansará bajo él toda ave, y todo pájaro descansará bajo su sombra ÷ y sus ramas serán restauradas ** y sabrán todos los árboles del campo que yo, el Señor, que humillo el árbol alto, y exalto el árbol humilde: y seco el árbol verde, y hago germinar el árbol seco. Yo, el Señor, he hablado y hago. Esto que se lee en los Setenta: Y daré de la cabeza de sus ramas, se ha añadido de la edición de Teodoción. Y nuevamente lo que sigue: Y sus ramas serán restauradas, debe ser marcado con un obelo, porque no se encuentra en el hebreo. El verdadero Nabucodonosor por eso toma de la médula del cedro sublime, de la cima de sus ramas, para que su reino sea humilde, y no se eleve. Pero el Señor Dios Padre todopoderoso, que habló a Ezequiel, toma de la estirpe real, y del linaje de David; y planta sobre un monte alto y eminente, que habla en el salmo: Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo (Salmo II, 6). Porque había desaparecido el príncipe de Judá, y el líder de Israel, hasta que viniera aquel a quien está reservado: y él será la esperanza de las naciones (Génesis XLIX). Este brotó en retoño, y dio fruto, y superó a

todos los cedros con su altura: de modo que habiten bajo él todas las aves del cielo, y todos los pájaros sean protegidos por su sombra. De quien dice Habacuc: Cuernos en sus manos, allí está escondida su fortaleza (Habacuc III); y quien desea reunir como la gallina a sus polluelos bajo sus alas (Mateo XXIII): para que todos los árboles del campo reconozcan que él es el Señor. Hablando tropológicamente de los creyentes: Este es quien una vez humilló el árbol alto de Israel, y exaltó al humilde pueblo de las naciones, quien secó el árbol verde de los judíos, floreciente y germinante en la Ley y los Profetas; e hizo florecer el árbol seco de las naciones: para que lo que siempre ha dicho, lo cumpliera con hechos. Esto mismo significa [Al. significando] las palabras de Simeón en el Evangelio diciendo: He aquí, este está puesto para caída y resurrección de muchos (Lucas II, 34). Y el grano de mostaza, que siendo el más pequeño de todas las semillas, después de crecer es morada de aves (Mateo XIII, 32). Algunos interpretan de otra manera, el árbol alto humillado, y el humilde exaltado, refiriéndose a la pasión del Señor Salvador. Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses VIII, 6, 7); y después de la resurrección, ese mismo árbol fue luego exaltado, que antes verde, secado por la muerte, y luego reviviendo, recuperó su verdor original. Otros, judíos, refieren ambos a Israel: que en la primera venida fue humillado y secado: y en la segunda será restaurado a su estado original, cumpliéndose aquello que dice el Apóstol Pablo: Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Deuteronomio V, 9, 10).

LIBRO SEXTO.

197-198 Pensaba que, con la serpiente en medio atravesada, no revivirían las nuevas plantas de la hidra, y según las fábulas de los poetas, muerta Escila, no me atacarían los perros escilianos, que no cesan de ladrar: y con los herejes de Dios golpeados por la mano, no serían tentados, si es posible, incluso los elegidos de Dios (Mateo XXIV), la herejía misma no muere, dejando a sus cachorros de odio hereditario contra nosotros, que simulando ser nuestros, no abandonan los venenos de la antigua madre y del astuto Ulises: y solo untan sus labios con miel; y según las palabras de las Escrituras (Salmo LIV), suavizaron sus palabras sobre el aceite: pero ellos son dardos, y dardos encendidos, que deben ser repelidos y extinguidos con el escudo de la fe. Dije esto, hija Eustoquio, para que me ayudes con tus oraciones mientras trabajo en la obra profética y resisto a los herejes, y que el Señor explique el sexto volumen de las Explicaciones en Ezequiel con mi boca, pero con su sentido; y que por la gracia del mismo Espíritu, por el cual fueron reveladas a los profetas las cosas que leemos escritas, también nos sean reveladas a nosotros al disertar, para que podamos decir: Abrí mi boca, y atraje el espíritu (Salmo CXVIII, 131).

(Cap. XVIII.---Vers. 1, 2.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Qué es esto de que entre vosotros convertís en proverbio esta parábola en la tierra de Israel, diciendo: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron? LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ÷ Hijo de hombre ** ¿cuál es esta parábola entre los hijos de Israel, que dicen: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron? Esto que los Setenta dijeron, hijo de hombre, no se encuentra en el hebreo. La Escritura divina advierte aquello que se dijo en Éxodo: Yo soy el Señor tu Dios. Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos (Éxodo X, 5; Deuteronomio V, 9, 10). Y de nuevo: Descendió el Señor en la nube y se detuvo junto a Moisés, y Moisés invocó el nombre del Señor, y el Señor pasó delante de él, e invocó, diciendo: Señor Dios misericordioso y clemente, paciente y de mucha misericordia, y veraz, que guarda justicia y misericordia a millares, que perdona iniquidades, transgresiones y

pecados: y no limpiará la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación (Éxodo XXXIV, 5 y ss.), debe entenderse como un proverbio, y parábola, de modo que suene una cosa en las palabras, y otra se mantenga en el sentido; lo que también dijimos antes sobre la parábola de las dos águilas. Por eso el Señor en el salmo setenta y siete: Abriré, dice, en parábolas mi boca: hablaré proposiciones desde el principio (Salmo LXXVII, 15). Y en el Evangelio propone la parábola de la siembra, y de la cizaña, y de la mostaza, que siendo la más pequeña de todas las semillas, se levanta en un gran árbol (Mateo XIII), de tal manera que otra cosa pretende en las palabras, y otra se mantiene en los sentidos. Y hasta el día de hoy pensábamos que los dos testimonios de Éxodo, que pusimos antes (Isaías XXIX), no eran parábola, sino que explicaban una sentencia simple. Y aunque no nos atrevíamos a decir nada, ni el vaso de barro hablar contra el alfarero, ¿por qué me hiciste así o así?: sin embargo, sufríamos un escándalo oculto, que parecía injusticia de Dios, que uno pecara, y otro pagara por los pecados. Pues si devuelve los pecados de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, parece injusto que otro peque, y otro sea castigado. Pero de lo que sigue: a los que me odian, se resuelve el escándalo de la amenaza o precepto. No son castigados en la tercera y cuarta generación porque sus padres pecaron, cuando más bien los padres que fueron pecadores debieron ser castigados; sino porque fueron imitadores de sus padres, y odiaron a Dios con un mal hereditario, y la impiedad creciendo también en las ramas desde la raíz. En este lugar suelen los herejes, que no aceptan el Antiguo Testamento, hablar contra el creador: ¡Qué bueno y justo es el Dios de la Ley y los Profetas, que descansando y callando ante los pecados de los padres, devuelve a los que no pecaron; más bien cuánta crueldad en él, que extiende su ira hasta la tercera y cuarta generación! A quienes responderemos que también en esto se demuestra la clemencia del Dios Creador. No es señal de truculencia y severidad mantener la ira hasta la tercera y cuarta generación, sino signo de misericordia diferir el castigo del pecado. Pues cuando dice: Señor Dios misericordioso, y clemente, paciente y de mucha misericordia; e introduce: devolviendo la iniquidad de los padres sobre los hijos, y los hijos de los hijos, esto indica que es de tanta misericordia, que no castiga de inmediato, sino que difiere la sentencia de castigar. Pero si la venganza de los pecadores se difiere hasta la tercera y cuarta generación, ¿qué más hace con los justos y santos? Sigue: Y guardando justicia y misericordia a millares, a los que guardan sus mandamientos, y hacen sus preceptos. Está escrito en los Proverbios: Como la uva agria es nociva a los dientes, y el humo a los ojos: así es la iniquidad para los que la practican (Proverbios X, 26). De lo cual es claro que no duelen los dientes de otros y se entumecen, sino de aquellos que comieron la uva agria. El sentido de este lugar es: como si alguien quisiera decir: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron, es ridículo, y no tiene ninguna consecuencia: así es injusto y perverso que los padres pequen, y los hijos y nietos sean castigados. Algunos explican lo que está escrito en Éxodo: Devolviendo las iniquidades de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación, refiriéndose al alma humana, diciendo que el padre en nosotros es el leve [Al. leve] impulso de los sentidos y los incentivos de los vicios; el hijo, si el pensamiento ha concebido el pecado; los nietos, si lo que has pensado y concebido, lo realizas en obra; el bisnieto, es decir, la cuarta generación, si no solo haces lo que es malo y perverso, sino que te glorías en tus maldades, según lo que está escrito (Proverbios XVIII, 3): El impío cuando ha llegado al fondo de los males, desprecia. Dios, por tanto, no castiga los primeros y segundos estímulos de las cogitaciones, que los griegos llaman προπαθείας, sin los cuales ningún hombre puede ser, sino si lo que has concebido en la mente, lo consumes en obra. Por eso está escrito: Ningún hombre está sin pecado, ni aunque su vida sea de un solo día. Pero los años de su vida son contables (Proverbios XX, 9). Y en otro lugar: ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? Y de nuevo: Aun las estrellas no son puras a sus ojos: y contra sus ángeles ha ideado algo perverso (Job XXV, 5). Pero si aquella naturaleza sublime

no está libre de pecado, ¿qué se dirá de los hombres, que rodeados de carne frágil, deben hablar con el Apóstol: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Romanos VII, 24)? Y aquello, que cuando hayamos hecho todo, debemos decir: Somos siervos inútiles: lo que debíamos hacer, lo hicimos (Lucas XVII, 10). Y: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican: si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda (Salmo CXXVI, 1, 2). Para probar esta cuestión, que no se castiga el primer impulso de la cogitación, sino si lo que has concebido en la mente, lo consumes en obra, debe citarse aquello de Génesis: Cam pecó, burlándose de la desnudez de su padre; y la sentencia no la recibió él que se rió, sino su hijo Canaán: Maldito, dice, Canaán; será siervo de sus hermanos (Génesis IX). ¿Qué justicia hay en que el padre pecó, y la sentencia se pronuncie sobre el hijo? También lo que el Apóstol pone en el sentido contrario (I Timoteo II), que la mujer será salva si sus hijos permanecen en la fe, y santidad, y castidad, parece que la sentencia no tiene justicia, que si los hijos son buenos y los nietos, los padres sean salvos. ¿Cuántos padres son santos, y tienen hijos malos: y al contrario cuántos padres pecadores, engendran hijos justos y santos? Por tanto, según este sentido deben entenderse todas las cosas que dijimos antes, que los pecados de los padres y de los que engendran, se castigan en las ramas, no en la raíz. Esto basta por ahora sobre el proverbio o parábola: que la Ley y los Profetas, es decir, Éxodo y Ezequiel, más bien el mismo Dios que habló aquí y allí, no parezca discrepar en las sentencias, ni aquí corregir lo que allí dijo mal. Si alguien puede encontrar un sentido mejor o diferente, que elimine el escándalo de los testimonios contradictorios, debe preferirse su sentencia.

(Vers. 3, 4.) Vivo yo, dice el Señor, si será para vosotros más esta parábola en proverbio en Israel. He aquí que todas las almas son mías: como el alma del padre, así también el alma del hijo es mía. El alma que pecare, esa morirá. LXX: Vivo yo, dice Adonai el Señor, si será más, que se diga esta parábola en Israel: porque todas las almas son mías. Como el alma del padre, así el alma del hijo es mía. El alma que pecare, esa morirá. Qué significa, Vivo yo, dice el Señor, y parábola, o proverbio, hemos dicho más plenamente arriba: que de ninguna manera se dirá en Israel, sino en aquellos que no tienen conocimiento de Dios, ni pueden percibir la verdad. Todas, dice, las almas son mías; según la creación, no según el mérito: como Moisés era llamado hombre de Dios, de quien está escrito: La oración de Moisés, hombre de Dios (Deut. XXXIII, 1). Y Elías que hablaba al capitán de cincuenta soldados: Y si yo soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo sobre ti, y sobre tus cincuenta hombres (IV Reg. I, 12). Pero el hombre de pecado y el hijo de iniquidad, no es llamado hombre de Dios, así como siervo y servidor de Dios son llamados aquellos, de quienes no se puede decir: Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). Y de nuevo: Porque de quien uno es vencido, de ese es esclavo (II Pedro II, 19). Así como los pecados de los hijos no dañan a los padres, así los pecados de los padres no redundan en los hijos; sino que el alma que pecare, esa morirá: no por la abolición de la sustancia, sino por su separación de aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6). Y en otro lugar dice: Todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Ibid. XI, 26). Y: Amén, amén os digo: quien guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre. Porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Ibid. VIII, 51): porque [Al. qua] viviremos cuando Cristo aparezca, nuestra vida en gloria (Colosenses III, 3); y se cumplirá lo que está escrito: Amén, amén os digo: quien oye mi palabra, y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna: y no viene a juicio, sino que pasará de la muerte a la vida (Juan V, 24). Pero aquello que dice Balaam: Muera mi alma entre las almas de los justos (Núm. XXIII, 10): tiene este sentido, que desea morir al mundo y al pecado, y vivir con las almas de los justos, cuya vida es Cristo, y pueden cantar: Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXIV, 9). Porque no es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII, 32). Y si

Balaam, como es verosímil, traducido a nuestra lengua, suena pueblo vano: es evidente que el pueblo vano de las naciones desea tener consorcio con las almas de los justos, Abraham, Isaac y Jacob, que son llamados εὐθεῖς, es decir, rectos y justos. De donde también el libro del Génesis, tomó su nombre de sus vocablos.

(Vers. 5, 6 seq.) Y si un hombre es justo y hace juicio y justicia; no come en los montes, ni levanta sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; no viola a la esposa de su prójimo, ni se acerca a una mujer menstruante; no aflige al hombre; devuelve la prenda al deudor; no roba con violencia; da su pan al hambriento; y cubre al desnudo con vestimenta; no presta con usura; y no acepta más; aparta su mano de la iniquidad; hace juicio verdadero entre hombre y hombre; camina en mis preceptos y guarda mis juicios para hacer la verdad: este es justo, vivirá, dice el Señor Dios. LXX; Pero el hombre que es justo, que hace juicio y justicia; no come en los montes, ni levanta sus ojos a las imaginaciones de la casa de Israel; no contamina a la esposa de su prójimo, ni se acerca a una mujer que fluye sangre; no oprime al hombre; devuelve la prenda al deudor; no roba con violencia, da su pan al hambriento; y cubre al desnudo con vestimenta; no presta su dinero con usura; y no acepta más; aparta su mano de la iniquidad; hace juicio justo entre hombre y su prójimo; camina en mis preceptos, guarda mis justificaciones para hacerlas: este es justo, vivirá, dice Adonai el Señor. ¿Queréis, dice, saber que lo que se ha dicho: Devolveré los pecados de los padres en la tercera y cuarta generación (Deut. V, 9), no significa lo que muchos piensan; ni es similar a esta sentencia: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se entumecieron (Jer. XXXI, 29): escuchad lo que voy a decir: si el padre es justo, que ha hecho estas cosas, y no ha hecho aquellas, y tiene un hijo perverso, que, abandonando las virtudes del padre, se entrega a los vicios; ¿no vivirá este porque es justo; y aquel morirá porque ha cometido todo lo que el padre evitó para ser justo? Veamos el catálogo de las virtudes del padre, que me parece dividirse en diecisiete partes. La primera es haber hecho juicio; la segunda, similar a esta, haber unido justicia al juicio; la tercera, no haber comido en los montes; la cuarta, no haber levantado los ojos a los ídolos, o como tradujeron los LXX, a las imaginaciones de la casa de Israel; la quinta, no haber violado a la esposa de su prójimo. La sexta, haber evitado el contacto con una mujer menstruante. La séptima, no haber afligido al hombre, o como los LXX publicaron, no haber oprimido con poder; la octava, haber devuelto la prenda al deudor; la novena, no haber robado con violencia, o según los LXX, no haber robado con violencia; la décima, haber dado su pan al hambriento; la undécima, haber cubierto al desnudo con vestimenta; la duodécima, no haber prestado dinero con usura; la decimotercera, no haber aceptado más de lo que dio; la decimocuarta, haber apartado su mano de la iniquidad; la decimoquinta, que parece similar a la primera, pero es diferente en parte, haber hecho juicio verdadero entre hombre y hombre, o su prójimo; la decimosexta, haber caminado en los preceptos del Señor; la decimoséptima, haber guardado sus juicios y justificaciones. De cada una de estas cosas diremos en lo que sigue. Si un hombre, dice, es justo y hace juicio. Está escrito en los Proverbios: Los pensamientos de los justos son juicios (Prov. XII, 5). Quien posea esta virtud, de no hacer nada sin razón y juicio, puede decir aquello profético: Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos (Sal. XVIII, 10), y cuando juzgue todo correctamente, para no aceptar la persona del pobre en el juicio, cumplirá el precepto del Señor: Juzgarás al menor como al mayor (Prov. XVIII), diciendo audazmente: Mi alma ha deseado desear tus juicios en todo tiempo (Sal. CXVIII, 10). Y de nuevo: Elegí el camino de la verdad, no he olvidado tus juicios (Vers. 30). Y en el mismo salmo: Conocí que tus juicios son justos (Vers. 75); y progresará tanto en bienaventuranza, que entenderá los juicios del Señor, que son un abismo profundo; y dirá con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos!

(Rom. II, 33). Y en la oración recordará: Porque tus juicios son agradables (Sal. CXVIII, 39). Después del juicio sigue la justicia, quien la tenga, poseerá claramente a Cristo, quien según el Apóstol se nos ha hecho justicia, santificación y redención (I Cor. I); para hacer justicia verdadera, y no recibir personas en el juicio; sino saber que su justicia será juzgada en el juicio de otros. La tercera es no comer en los montes, lo que los judíos consideran un pecado relacionado con la idolatría. A menudo leemos en los libros de los Reyes y Crónicas: Sin embargo, no se apartó de los lugares altos. Aún el pueblo sacrificaba en los lugares altos, y quemaba incienso en las alturas (III Reg. XV, 22; Paral. XX), significando la Escritura que en los montes y bosques, sacrificaban ofrendas a los ídolos, y encendían incienso. Pero nosotros diremos que come en los montes, quien dice con el fariseo: Te doy gracias, Dios, porque no soy como este publicano: ayuno dos veces a la semana: doy diezmos de toda mi hacienda (Luc. XVIII, 12), etc. Y por el contrario, el publicano, escuchando a aquel que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XII, 29), golpeaba su pecho con la mano, es decir, el tesoro de sus malas intenciones, y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Pero también aquello que se dice en otro lugar: No busques cosas mayores que tú, ni escudriñes cosas más fuertes que tú (Ecli. III, 22), acusa a todos los herejes de comer en los montes de soberbia, y despreciar la simplicidad eclesiástica, y no saber que está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). En cuarto lugar se pone, y no levanta sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, por los cuales los Setenta tradujeron imaginaciones. Los ídolos, es decir, las imágenes que han creado de su corazón, todos los herejes las hacen, a las cuales levantan los ojos del corazón, quienes creen que su falsedad y mentira es la verdad. Pero los ídolos de la casa de Israel se dicen de las imágenes que se encuentran en la Iglesia; y por ocasión del falso nombre de ciencia, seducen a los simples, para introducir los dogmas de los filósofos en la casa de Israel, es decir, de aquellos que contemplan a Dios con la mente. En quinto lugar se pone: y no ha violado, o contaminado, a la esposa de su prójimo, lo que prohíbe claramente el adulterio; pero por lo que se añade, de su prójimo, a menos que se entienda que todo hombre es prójimo, parece ser un precepto para abstenernos de las esposas de nuestros amigos; pero de las esposas de nuestros enemigos y desconocidos, podemos contaminarlas libremente. Por lo tanto, se debe entender que todo hombre es prójimo del hombre, según la parábola del Evangelio, que el Salvador propone, de un hombre que descendía a Jericó [Al. Hierichum], herido por ladrones: cuando el fariseo pregunta quién fue su prójimo, enseñando que fue prójimo quien hizo el bien. Según el entendimiento místico, la esposa del hombre santo puede entenderse como la sabiduría, diciendo Salomón: Ámala, y te abrazará: ámala, y te guardará (Prov. IV, 6). Quien desea contaminarla, es quien reprende las bendiciones de otros, y encendido por las llamas de la envidia, viola lo santo, corrompe lo casto, contamina lo puro. Sexto es: Y no se ha acercado a una mujer, o esposa, menstruante. Cada mes, los cuerpos pesados y torpes de las mujeres se alivian con la efusión de sangre impura. En ese tiempo, si un hombre se une a una mujer, se dice que los fetos concebidos traen el defecto del semen: de modo que leprosos y elefantiásicos nacen de esta concepción, y cuerpos feos en ambos sexos, degeneran en pus corrupta por la pequeñez o enormidad de los miembros. Se ordena, por tanto, a los hombres, que no solo en mujeres ajenas, sino también en las suyas, con quienes parecen estar unidos por ley, la Escritura dice: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. I, 28), conozcan los tiempos ciertos de cohabitación, cuándo deben unirse, cuándo deben abstenerse de sus esposas. Lo cual también el Apóstol y el Eclesiastés dicen: Tiempo de abrazar, y tiempo de alejarse de los abrazos (Ecli. III, 6). Cuídese, por tanto, la esposa, de no ser vencida por el deseo de unirse, y el marido, de no forzar a la esposa, pensando que en todo tiempo debe estar sujeta al placer del matrimonio. Por lo cual también Pablo dice: Que cada uno sepa poseer su vaso en santidad y pudor (I Tes. IV, 4). Hermosamente se dice en las sentencias de Xystus Pythagoricus: Es adúltero de su propia esposa, quien la ama con ardor. Un libro que

alguien, al traducirlo al latín, quiso ilustrar con el nombre del mártir Xystus: no considerando que en todo el volumen, que dividió en dos partes en vano, el nombre de Cristo y de los Apóstoles se omite por completo. Y no es de extrañar, si un filósofo pagano lo trasladó a mártir y obispo de la ciudad de Roma: cuando también el primer libro de Eusebio de Cesarea, por Orígenes, lo cambió al nombre del mártir Pánfilo, para que con tal elogio, los libros impíos sobre los principios se conciliasen más fácilmente a los oídos romanos. Sigue en el séptimo lugar: Y no ha afligido al hombre, o como los LXX tradujeron, no ha oprimido con poder. No sé quién está libre de este vicio y pecado. Porque los egipcios oprimían a los hebreos con poder. Por lo cual también Habacuc se queja, de por qué el impío oprime al justo (Habac. I). Y ojalá se dijera solo de los que están fuera, y no de los que están dentro. Porque también los príncipes de las Iglesias suelen oprimir al pueblo con soberbia. De los cuales está escrito: Te han constituido príncipe, no te eleves: sé entre ellos como uno de ellos (Ecli. XXXII, 1). Y el Salvador ordenó: Quien quiera ser el primero entre vosotros, sea el menor de todos (Mat. XX, 27). Lo que se dice según el hebreo, y no ha afligido al hombre, concuerda con el testimonio apostólico: No entristezcáis al Espíritu Santo, que habita en vosotros (Efes. IV, 30). Y en el Evangelio que los nazarenos acostumbran a leer según los hebreos, se pone entre los mayores crímenes, quien ha entristecido el espíritu de su hermano. Si la tristeza de otro mata al que entristece, ¿qué se dirá de la iniquidad y la mente tiránica, a la que conviene aquello: ¿Por qué se gloría la tierra y el polvo? (Ecli. X, 9), que olvidando su condición, cómo lleno de flemas, bilis, excrementos, y después de un poco de tiempo será devorado por gusanos, pone su boca en el cielo, y su lengua pasa hasta la tierra, y dice con el verdadero Nabucodonosor: Subiré al cielo, sobre las estrellas del cielo pondré mi trono, y seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 12). Octavo es: Ha devuelto la prenda al deudor. No a todo deudor, de lo contrario, para muchos, la ocasión de recibir prendas se convertirá en materia de riquezas: sino a ese deudor, del cual se escribe en la ley, que es pobre, y ha puesto su propia vestimenta, y antes del ocaso debe recibir su cobertura (Deut. XXIV), para que no, atormentado por el frío, clame al Señor, quien es vengador de su injuria. Pero si según lo que sigue, debemos dar pan al hambriento, y cubrir al desnudo con vestimenta (Éxod. II): ¿cuánto más devolver lo suyo, si la pobreza del deudor es indudable? También podemos devolver la prenda al deudor, cuando a aquel a quien estamos unidos por amor, y que nos debe amor mutuo, le devolvemos su prenda, no reteniendo nada de su deuda con nosotros. Noveno ocupa el lugar: No ha robado con violencia, o según los Setenta, no ha robado con violencia. De los ladrones también habla el Apóstol, que entre otros pecadores, ni siquiera se debe comer con tal (I Cor. VI). Porque toda rapiña está mezclada con violencia. Porque si no se ha infligido violencia, la rapiña no prospera. Pero hay también una violencia santa, y una rapiña deseable, de la cual escribe el Evangelio: Desde los días de Juan el Bautista, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI, 12). De la cual también Judas, hermano de Jacobo, habla: Y a otros arrebatad del fuego: de otros que son juzgados, tened misericordia (Judas 23). Y por el contrario, las potestades adversarias se apresuran a arrebatar la presa para la perdición de aquellos a quienes arrebatan. Lo que también significa Jacob, diciendo: Una mala bestia lo devoró: una mala bestia arrebató a José (Gén. XXXVII, 33). Por lo cual también las ovejas del Señor que lo siguen, no son arrebatadas de sus manos. Y él mismo dice: El Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre (Juan X, 29). De lo cual se percibe claramente, una sola potestad, virtud y sustancia del Padre y del Hijo. Porque si de la mano del Hijo, lo que dio el Padre, nadie puede arrebatar, y estas mismas cosas están en la mano del Padre que no son arrebatadas de él, se comprueba claramente, que todas las cosas del Padre y del Hijo son comunes, y en la mano del Hijo el Padre las sostiene, como en la mano del Padre se sostienen las cosas que son del Hijo. Décimo es: Ha dado su pan al hambriento. Por lo cual se nos enseña a hacer limosna no a los saciados, sino a los hambrientos: ni dar pan a los que eructan de plenitud, sino a los que

se atormentan de inanición. En el pan se contiene todo alimento. Y se dice significativamente, suyo: para que no de rapiñas, y usuras y mal ajeno adquirido, convirtamos el pan en misericordia: Porque la redención del alma del hombre (Prov. XIII, 7), son sus propias riquezas. Lo que vemos que muchos hacen, clientes y pobres, y agricultores; para no hablar de la violencia de los militares y jueces, que oprimen con poder, o cometen robos, para de muchos dar poco a los pobres, y gloriarse en sus crímenes. Y públicamente el diácono en las Iglesias recita los nombres de los oferentes: tanto ofrece aquel, tanto ha prometido aquel, y se complacen a sí mismos para el aplauso del pueblo, atormentados por la conciencia. Y damos materia a los miserables, para que se alegren por lo que dan, y no lloren por lo que han robado. Pero es mejor que entendamos que el pan del justo es aquel que dice: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo (Juan VI, 51); y que en la oración pedimos que se nos dé: Danos nuestro pan sustancial, o venidero (Mat. VI, 11); para que el que después siempre recibiremos, en el presente siglo merezcamos recibirlo diariamente. Este pan el justo lo da a los hambrientos, de los cuales está escrito: Bienaventurados los que tienen hambre y sed (Mat. V, 6). Porque quien es justo, hace suyo el pan común de todos, que había faltado en Judea, diciendo el profeta: Quitaré de ellos la fortaleza, o el bastón del pan. Lo que hablamos, si somos de Cristo, o más bien lo que el profeta menciona, es el pan de los creyentes y hambrientos. Que en absoluto no debe darse a los que han comido y bebido y se han saciado, y se han engrosado y han pateado, de los cuales se dice: Ay de vosotros que estáis saciados ahora, porque tendréis hambre (Luc. VI, 25), para que no lo vomiten, diciendo Salomón: Porque vomitará y contaminará tus buenas palabras (Prov. XXIII). Lo que con otras palabras dice el Salvador: No deis lo santo a los perros: ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mat. VII, 6). Undécimo ocupa el lugar: Y ha cubierto al desnudo con vestimenta.

El discurso, según la explicación del versículo anterior, debe ser interpretado de dos maneras: tanto para proporcionar vestimenta a los desnudos, como dice el Salvador: "Estuve desnudo, y me vestisteis" (Mateo 25), como para otorgar a los desnudos de fe y virtudes la vestimenta de Cristo, de quien está escrito: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Gálatas 3, 27). De esta vestimenta carecía el que, no teniendo el vestido nupcial, fue expulsado del banquete. Sobre esta desnudez, el Señor también habla a Jerusalén: "Pero tú estabas desnuda y llena de confusión" (Ezequiel 16, 7).

El número doce se refiere a: "Y no prestará a interés", o como los Setenta tradujeron, "no dará su dinero a interés". En hebreo se prohíbe la usura de todas las especies; en los Setenta, solo del dinero. Según lo que está escrito en el salmo catorce: "El que no dio su dinero a interés" (Salmo 14, 5). Y ¿cómo se dice: "No prestarás a interés a tu hermano, pero sí al extranjero" (Deuteronomio 15, 6, y 23, 10)? Pero observa el progreso: al principio de la Ley, solo se prohíbe el interés entre hermanos; en el profeta, se prohíbe la usura a todos, como dice Ezequiel: "No dio su dinero a interés". Además, en el Evangelio hay un aumento de virtud, cuando el Señor ordena: "Prestad sin esperar recibir nada a cambio" (Lucas 6, 35).

Sigue en el decimotercer lugar: "Y no tomará más". Algunos piensan que la usura solo se refiere al dinero. Lo que prevé la Escritura divina, eliminando el exceso de cualquier cosa, para que no recibas más de lo que diste. En los campos, se suele exigir usura de trigo y mijo, vino y aceite, y de otras especies, o como lo llama el discurso divino, "abundancia": por ejemplo, dar en invierno diez modios y recibir en la cosecha quince, es decir, una parte y media más. Quien se considere justísimo, tomará una cuarta parte más, y suelen argumentar y decir: "Di un modio, que sembrado produjo diez modios. ¿No es justo que tome medio modio más de lo mío, cuando él, por mi generosidad, tiene nueve y medio de lo mío?" No os engañéis, dice el Apóstol, "Dios no puede ser burlado" (Gálatas 6, 7). Que nos responda

brevemente el prestamista misericordioso: ¿dio a quien tenía, o a quien no tenía? Si a quien tenía, ciertamente no debió dar, pero dio como si no tuviera. Entonces, ¿por qué exige más como si tuviera? Otros, por el dinero prestado, suelen recibir regalos de diverso tipo, y no entienden que se llama usura y abundancia, cualquier cosa que sea, si reciben más de lo que dieron.

El decimocuarto grado: "De la iniquidad, dice, apartará su mano, para que huya de toda obra de iniquidad". Porque no solo con la mano, sino también con otros miembros se comete iniquidad, como dice Salomón: "Aparta de ti la boca perversa" (Proverbios 4, 24). Y en los Salmos: "Hablaron iniquidad en lo alto" (Salmo 72, 8). También el pie corre hacia la iniquidad, y el ojo si codicia a la mujer ajena, y no sea imitador de aquel de quien se dice: "No hizo iniquidad, ni se halló engaño en su boca" (Isaías 53, 9). Por eso también se nos ordena hacer amigos con el mamón de iniquidad, que nos reciban en las moradas eternas.

El decimoquinto es: "Hizo juicio verdadero entre hombre y hombre, o su prójimo". Lo que parece significar lo mismo que al principio, donde está escrito: "Si fue justo, e hizo juicio"; pero se añade la verdad del juicio: que lo hace entre hombre y hombre, o su prójimo, se percibe que tiene un aumento de virtudes. Por eso, en el inicio de los Proverbios, después de muchos preceptos, se introduce la corrección del juicio. Dice: "Conocer la sabiduría y la disciplina, y entender las palabras de prudencia, recibir la instrucción de la sabiduría, justicia, juicio y equidad" (Proverbios 1, 2-3). Por eso también el Apóstol (1 Corintios 6) reprende a los que están en la Iglesia, porque tienen juicios entre ellos, y se elige al menor y despreciado, que según el Evangelio es el primero, para que juzgue entre hombre y hombre, quien destruyó lo que es de niños, y llegó hasta el hombre perfecto; y sin embargo, necesita una sentencia mayor, para poder llegar a la verdad del juicio.

Sigue en el decimosexto lugar: "En mis preceptos anduvo". Y en el decimoséptimo: "Guardó mis juicios y mis justificaciones, para hacerlos, y los guardó hechos". Ambos tienen una inteligencia múltiple, si queremos repasar todos los mandamientos de la ley, en los cuales se dice que están los preceptos del Señor, y en los cuales las justificaciones. Está lleno de preceptos y justificaciones el salmo ciento dieciocho, y en parte el dieciocho, en el que está escrito: "Los juicios del Señor son rectos, alegran el corazón, y el precepto del Señor es puro, ilumina los ojos" (Salmo 18, 9). En el que se pregunta, cómo en este mismo profeta dijo Dios: "Les di justificaciones no buenas, en las cuales no vivirán" (Ezequiel 20, 28). Y la respuesta es fácil y más completa en lo que sigue, que los judíos no vivan siguiendo la letra que mata, y los cristianos vivan entendiendo el espíritu que vivifica. Sería largo, si quisiéramos probar con testimonios, dónde se dice que están los preceptos del Señor, y dónde las justificaciones, y con qué singularidades, o diversidades, o oscuridades están envueltas. Por eso, en el presente lugar se introduce: "Este es justo, vivirá, dice el Señor Dios. Quien haya hecho estas cosas, y no haya hecho aquellas, no será castigado por los delitos del padre, sino que vivirá por sus virtudes".

(Vers. 10 ss.) Pero si engendra un hijo ladrón, derramador de sangre, y hace alguna de estas cosas (o como tradujeron los Setenta, y hace pecados: no anduvo en el camino de su justo padre), y no hace todas estas cosas, sino que come en los montes, y contamina a la mujer de su prójimo, oprime al pobre y al necesitado, roba, no devuelve la prenda, y levanta sus ojos a los ídolos, comete abominación, da a usura, y toma más, ¿vivirá? Habiendo hecho todas estas cosas detestables, morirá: su sangre será sobre él. Por ladrón, en hebreo está escrito PHARIS (), que la segunda edición de Aquila traduce como pecador; Símaco, transgresor; los Setenta y Teodoción lo interpretaron como pestilente. Así como la pestilencia crea enfermedades, y suele devastar las regiones donde se asienta, así el hombre pestilente devasta todo. Digamos

primero según la historia, para que sepáis que las iniquidades de los padres no redundan en los hijos. Si el justo hace lo que el discurso anterior ha expuesto en orden, vivirá. Pero si engendra un hijo que se aparta del servicio del Señor, y cambia las virtudes del padre por vicios, haciendo lo que él no hizo, y no haciendo lo que él hizo: ¿podrá vivir? Ciertamente no vivirá, sino que será culpable de su propia sangre. Según la inteligencia espiritual, el justo hombre eclesiástico, si predica la fe evangélica, y su hijo y discípulo es engañado por el error herético, será llamado pestilente. De quien también se escribe en el primer salmo: "Y en la silla de pestilencia no se sentó" (Salmo 1, 1). Y en los proverbios, el confiado y procaz, y el soberbio es llamado pestilente (Proverbios 21, 24). Este derramó la sangre de los engañados, y acumula en sí todos los pecados; comiendo en los montes de la soberbia, y contaminando la Iglesia de su prójimo, entristeciendo a los pobres y necesitados en el conocimiento de las Escrituras, oprimiendo y suplantando: robando el botín, a los que ha seducido de la Iglesia: no devolviendo la prenda que recibió del maestro, para cumplir lo que está escrito: "Gratis recibisteis, dad gratis" (Mateo 10, 8). Y levantando sus ojos a los ídolos y simulacros que ha creado en su corazón, haciendo todas las abominaciones: y dando dinero a usura, para que el error del maestro aumente con la diligencia de los discípulos; y exigiendo de aquellos a quienes dio, más de lo que dio: ciertamente no podrá vivir, sino que morirá en su propia sangre.

(Vers. 14 ss.) Pero si engendra un hijo, que viendo todos los pecados de su padre que hizo, teme, y no hace lo mismo: no come en los montes, ni levanta sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, ni viola a la mujer de su prójimo, ni oprime al hombre, no retiene la prenda, ni roba, da su pan al hambriento, y cubre al desnudo con vestidura, aparta su mano de la injusticia del pobre, no toma usura ni exceso, hace mis juicios, anda en mis preceptos: este no morirá por la iniquidad de su padre, sino que vivirá. Su padre, que calumnió, y cometió violencia contra su hermano, y obró mal en medio de su pueblo: este murió en su iniquidad. Y, dice, no os maravilléis, si el hijo del hombre justo, declinando hacia los vicios y pecados, muere. Al contrario, el hijo del pecador e impío, si ve la perversidad de los caminos de su padre, y se convierte, para no hacer el mal y hacer el bien, no será culpable de los crímenes paternos. Lo que también puede aplicarse a nosotros, a quienes en los Salmos se dice: "Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre: y el rey deseará tu belleza" (Salmo 44, 11). Y nosotros, que somos de la estirpe de los gentiles, para que dejemos los crímenes de los padres, y hagamos juicio y justicia, y vivamos en ella. Repite, pues, lo que hemos expuesto más ampliamente. Y por eso recorremos brevemente todo, deseando pasar a lo que es más oscuro y nuevo.

(Vers. 19, 20.) Y decís: ¿Por qué no llevó el hijo la iniquidad del padre? Evidentemente, porque el hijo hizo juicio y justicia, guardó todos mis preceptos y los hizo: vivirá. El alma que pecare, esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad del padre: y el padre no llevará la iniquidad del hijo. La justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él. Resuelve la cuestión que el oyente podría oponer en sentido contrario. Soléis, dice, decir: ¿Por qué el hijo justo no llevó la iniquidad del padre? A lo que él mismo responde: Evidentemente, porque el hijo obró bien, y no cometió los delitos del padre. Y es justo, que así como el pecador muere en su crimen; así el justo viva en sus virtudes: y muera el alma que pecare; y viva la que guardare los preceptos de Dios.

(Vers. 21, 22.) Pero si el impío se arrepiente de todos sus pecados que ha cometido, y guarda todos mis preceptos, y hace juicio y justicia: vivirá, y no morirá. De todas sus iniquidades que ha cometido, no me acordaré. Tanto, dice, los pecados de los padres no redundan en los hijos, ni el padre malvado oprime al hijo justo: ni unos son castigados por los crímenes de otros, que el mismo que antes fue impío y pecador, si después se arrepiente, y convertido a lo mejor

borra sus pecados anteriores, no será juzgado por la antigüedad del pecado: sino que será recibido en mi rebaño, por la renovación de la virtud. Al mismo tiempo, se debe considerar qué tipo de impío y pecador recibe arrepentido. Si de todos, dice, sus pecados que ha cometido, se aparta, y guarda todos los preceptos del Señor, para que deje todos los crímenes, y siga todas las virtudes: si hace todo el bien, y deja todo el mal; y yo olvidaré todas sus iniquidades que ha cometido.

(Vers. 23.) En su justicia, que ha obrado, vivirá. No vivirá tanto por mi justicia como por la suya: aunque sea de mi justicia, dar a los buenos lo bueno, y a los malos lo malo.

¿Acaso es de mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor Dios: y no que se convierta de sus caminos, y viva? (1 Timoteo 2). Por lo tanto, es de la voluntad del Señor, que todos sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad. Dondequiera que parezca una sentencia severa y cruel de Dios, no condena a los hombres, sino a los pecados.

(Vers. 24.) Pero si el justo se aparta de su justicia, y comete iniquidad según todas las abominaciones que suele cometer el impío: ¿vivirá? Todas sus justicias que ha hecho no serán recordadas. En la transgresión con que ha transgredido, y en su pecado que ha pecado, en ellos morirá. Así como al justo que antes fue pecador no le pesan los antiguos delitos: así al pecador que antes fue justo, no le ayudan las antiguas justicias. Porque cada uno será juzgado en lo que se encuentre.

(Vers. 25.) Y dijisteis: No es recto el camino del Señor. Escuchad, pues, casa de Israel: ¿Acaso no es recto mi camino: y no son más bien vuestros caminos torcidos? Da razones por las que la sentencia del Señor es justa. Pensáis, dice, que soy injusto, para que los pecados de los padres los paguen los hijos (Deuteronomio 24); y que comiendo otros la uva agria, los dientes de otros se entumezcan (Jeremías 31)? He aquí que cada uno muere en su pecado, y vive en su justicia: en ambos no se juzga lo pasado, sino lo presente. Más bien vuestra sentencia es injusta, que pensáis que el proverbio no es un proverbio: sino que lo tomáis como si fuera la verdad de la historia, para que los crímenes de unos sean castigados en otros.

(Vers. 26.) Porque cuando el justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, morirá en ellas. En la iniquidad que ha obrado morirá. También puede entenderse esto: El pueblo de Israel, que antes fue justo, se apartó de su justicia, porque dejó al autor de la justicia, y cometió iniquidad, negando al Hijo de Dios. En el pecado y crimen que ha obrado morirá: no en muchos, sino en uno, matando al heredero, para perder la herencia.

(Vers. 27, 28.) Y cuando el impío se aparta de su impiedad que ha obrado, y hace juicio y justicia, él vivificará su alma. Considerando, pues, se aparta de todas sus iniquidades que ha obrado, vivirá, y no morirá. Al contrario, dice, el pueblo de los gentiles que no tenía conocimiento de Dios, y era impío, si se aparta de su impiedad, que antes obró en la idolatría, y hace lo que a Israel le fue mandado por la ley: él, que antes estaba muerto, vivificará su alma. Y viendo que ha perecido en las iniquidades que ha obrado, creerá en aquel que dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14, 6): vivirá, y no morirá.

(Vers. 29.) Y dicen los hijos de Israel: No es recto el camino del Señor. ¿Acaso no son rectos mis caminos, casa de Israel: y no son más bien vuestros caminos torcidos? Hasta hoy Israel blasfema contra Dios, por qué dejó a su pueblo, y asumió a la multitud de los gentiles. A quienes el Señor reprende, porque sus caminos son torcidos, pero la sentencia del Señor es justa, para que, habiendo perdido a los colonos anteriores, envíe a otros labradores a su viña.

Lo que entendiendo en la parábola del Evangelio, dijeron los judíos: "No será así" (Lucas 20, 16).

(Vers. 30.) Por eso juzgaré a cada uno según sus caminos, casa de Israel, dice el Señor Dios. Sean de la multitud de los gentiles, o del pueblo de Israel los que son juzgados: "No hay acepción de personas para con Dios" (Colosenses 3, 25), sino que cada uno será coronado por su fe: y será condenado por su impiedad e infidelidad.

(Vers. 31.) Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y no será la iniquidad vuestra ruina. Arrojad de vosotros todas vuestras transgresiones, en las que habéis transgredido. Este discurso se dirige propiamente a Israel, para que hagan penitencia, y dejen sus iniquidades, o transgresiones, con las que han transgredido contra Dios. Pero también puede entenderse para ambos pueblos: para que tanto Israel, como la multitud de los gentiles, dejando sus vicios, se conviertan a aquel que puede sanar sus quebrantos.

Y haced para vosotros un corazón nuevo, y un espíritu nuevo. Para que dejando la vejez de la letra, viváis en la novedad del espíritu. El corazón nuevo de Israel, es creer en aquel a quien antes negó. El corazón nuevo de los gentiles, es dejar los ídolos, y despreciando el culto de los muertos, creer en aquel que es Dios de los vivos.

¿Y por qué moriréis, casa de Israel? Es mejor, como dijimos antes, tomar esta exhortación en la que está escrito: "Convertíos, y haced penitencia", sobre la persona de los judíos, a quienes no quiere que mueran, y a quienes ahora habla: "¿Por qué moriréis, casa de Israel, que tenéis a los padres Abraham, Isaac y Jacob, de quienes está escrito: Dios de los vivos, y no de los muertos" (Marcos 12, 27). ¿Por qué moriréis por vuestra culpa, que por el mérito de los padres, y mi misericordia debéis vivir?

(Vers. 32.) Porque no quiero la muerte del que muere (o del pecador), dice el Señor Dios: convertíos, y vivid. No quiero, dice, que muráis, a quienes engendré para la salvación. Porque engendré hijos, y los exalté: pero ellos me despreciaron (Isaías 1, 2). Convertíos, pues, y vivid. No se dice convertíos, sino a aquellos que antes estuvieron con Dios, y después abandonaron su compañía. Y vivid por la penitencia, que estáis muertos por el pecado. Por lo tanto, Israel, porque no se convierte a su estado anterior, debe ser considerado muerto.

(Cap. XIX.---Vers. 1 seqq.) Y tú, toma un lamento sobre los príncipes de Israel, y dirás: ¿Por qué tu madre, una leona, se acostó entre los leones? En medio de los cachorros de león crió a sus cachorros. Y sacó a uno de sus cachorros, se hizo león: y aprendió a cazar presa, y a devorar hombres. Y las naciones oyeron de él, y no sin sus heridas lo capturaron, y lo llevaron con cadenas a la tierra de Egipto. Cuando vio que estaba debilitada, y que su esperanza había perecido, tomó a uno de sus cachorros, y lo hizo león. Él andaba entre los leones, y se hizo león. Aprendió a cazar presa, y a devorar hombres. Aprendió a hacer viudas, y a llevar sus ciudades al desierto, y la tierra fue desolada, y su plenitud, por el rugido de su voz. Y se reunieron contra él las naciones de todas partes de las provincias y extendieron sobre él su red: fue capturado en sus heridas. Y lo enviaron a una jaula, lo llevaron con cadenas al rey de Babilonia, y lo pusieron en prisión para que su voz no se oyera más sobre los montes de Israel. LXX: Y tú toma un lamento sobre el príncipe de Israel, y dirás: ¿Por qué tu madre se hizo un cachorro en medio de los leones? En medio de los leones multiplicó sus cachorros. Y uno de sus cachorros saltó: se hizo león, y aprendió a robar presas: devoró hombres, y las naciones oyeron contra él. Fue capturado en su corrupción, y lo llevaron con un bozal a la tierra de Egipto. Y vio que había sido arrebatado de ella, y que su sustancia

había perecido, y tomó a otro de sus cachorros, y lo hizo león: y andaba entre los leones. Se hizo león, y aprendió a robar presas: devoró hombres, y se alimentaba de su audacia, y llevó sus ciudades al desierto, y devastó la tierra y su plenitud por el rugido de su voz. Y las naciones lo rodearon de las regiones: y extendieron sobre él sus redes. Fue capturado en su corrupción, y lo pusieron con un bozal, y en una jaula vino al rey de Babilonia, y lo introdujeron en prisión: para que su voz no se oyera más sobre los montes de Israel. Sé que en este lugar he leído múltiples explicaciones, y tan llenas de oscuridades, que no han abierto tanto la lectura como la han envuelto, mientras todo lo que está escrito lo refieren a fuerzas contrarias, y en la Jerusalén celestial describen leones y guerras: cómo uno de ellos fue capturado, y de nuevo en su lugar fue puesto otro, y ponen muchos testimonios: que el diablo y sus compañeros suelen ser llamados leones, como aquello del apóstol Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando cómo entrar (I Pedro V, 8); y de los Salmos: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Salmo LXXIII, 19). Ciertamente, cuando llega a la historia, dice que Johanán hijo de Carea fue llevado a Egipto: que cómo huyendo con pocos fue llamado león, no lo sé: y el otro león, Sedequías, que también fue llevado a Babilonia. Pero dejando tales explicaciones al juicio del lector, diremos que, con la cautividad cercana, el profeta no tanto profetiza lo futuro como narra lo pasado. Pues después del sexto año de Sedequías (ya que inmediatamente en lo siguiente leemos: Y sucedió en el séptimo año, en el quinto mes, el décimo del mes) se toma un lamento sobre los príncipes, o el príncipe de Israel, y se dice: ¿Por qué tu madre, una leona, se acostó entre los leones? El lamento, por tanto, es sobre los príncipes, es decir, todos los que fueron engendrados de la estirpe de Josías. La madre de los príncipes, Jerusalén, es llamada leona, que engendró y crió cachorros de león: y sacó a uno de sus cachorros, y lo hizo león, significando a Joacaz, hijo de Josías, a quien Necao Faraón llevó a Egipto, y en su lugar puso a Joacim. Muerto este, su hijo Jeconías fue hecho rey, y con su madre y los nobles de la ciudad fue llevado por Nabucodonosor a Babilonia: de quien nació Salatiel, padre de Zorobabel, que por haber nacido en Babilonia, recibió su nombre (IV Reyes XXIII). Y es evidente que bajo la metáfora de la leona, los cachorros de león, y el león, y de nuevo otro león, se describen aquellas cosas que ya habían sucedido en el tiempo en que el profeta decía estas cosas. Pues después de que Jerusalén sacó de la estirpe real a Joacaz, hijo de Josías, y lo hizo rey, fue tan cruel en tan breve tiempo, que tropológicamente se recuerda que capturó presas y devoró hombres. Cuando vino a él el egipcio, lo capturó no sin heridas, o en una fosa, como se contiene propiamente en hebreo: para conservar la captura tropológica de los leones, que siempre suelen ser capturados en fosas. Y lo llevó con un bozal o cadenas a la tierra de Egipto, y allí murió. Cuando su madre Jerusalén, que lo había engendrado, que lo había criado, que lo había puesto en el reino, vio que su esperanza había perecido, tomó de los otros reyes a Jeconías, hijo de Joacim, y lo hizo rey. Y él mismo, imitando la crueldad de su predecesor, es descrito bajo la ferocidad de un león, que devoró hombres, hizo muchas viudas, llevó las ciudades al desierto; y a la voz de su rugido toda la provincia se aterrorizó, de modo que las naciones se reunieron contra él, y extendieron sobre él su red, y lo capturaron en una fosa, y lo pusieron en una jaula, y en cadenas, no porque esto se hiciera a Jeconías, pues él mismo se entregó al rey de Babilonia, y fue llevado a Caldea; sino para conservar la traducción del león, que es capturado en fosas, atado con cadenas, y reservado en jaulas. De lo contrario, según la historia: esto lo leemos de Sedequías, que fue hecho rey de Jerusalén después de Jeconías. Y esta fue la ocasión, para que, como se leen cadenas, y jaulas, y se menciona prisión, muchos entiendan a Sedequías más que a Jeconías. Por tanto, fue guardado en prisión, no asesinado, y solo fue quitado del reino. Sin embargo, la historia narra que Sedequías fue llevado ciego a Babilonia, y allí fue asesinado de inmediato.

(Vers. 10 seqq.) Tu madre era como una vid en tu sangre plantada junto al agua: sus frutos y sus ramas crecieron por muchas aguas. Y se le hicieron varas sólidas en cetros de dominadores, y su estatura se elevó en ramas. Y vio su altura en la multitud de sus sarmientos: y fue arrancada con ira, y arrojada a la tierra, y el viento abrasador secará su fruto: se marchitaron, y se secaron sus varas de fuerza, el fuego la consumió. Y ahora ha sido trasplantada al desierto en tierra inhóspita y sedienta. Y salió fuego de la vara de sus ramas, que consumió su fruto, y no quedó en ella vara fuerte, cetro de dominadores: es un lamento, y será un lamento. LXX: Tu madre era como una vid, como una flor en granadas plantada en agua. Su fruto y su brote se hicieron por mucha agua. Y se le hizo una vara de fortaleza en tribu de jefes: y se elevó en su magnitud en medio de sus sarmientos. Y vio su magnitud en la multitud de sus sarmientos, y fue quebrada en furia: fue arrojada a la tierra, y el viento abrasador secó sus escogidos. Fueron vengados, y se secó su vara de fortaleza. El fuego la consumió, y ahora la han plantado en el desierto en tierra sin agua, y salió fuego de la vara de sus escogidos, y la consumió, y no había en ella vara de fortaleza. La tribu es una parábola de lamentación, y será un lamento. Con diferentes palabras se dice una misma cosa. Y como en lo anterior leímos que Jerusalén fue comparada a una mujer hermosa, y de nuevo a una leona que crió leones en su guarida, así ahora se compara a una vid o viña hermosísima, que fue plantada sobre muchas aguas, y por eso sus sarmientos nutridos por la humedad crecieron tanto, que un sarmiento, que la Escritura llama vara solidísima, o fortísima, prosperó en cetros de dominadores. Por lo cual los Setenta tradujeron, en tribu de jefes, para que de ella surgieran reyes. Y la viña misma era de tal belleza, que el esplendor de su verdor se igualaba a las flores del granado, lo que en hebreo se dice como una vid en tu sangre, comparando el rubor de las flores con la sangre, elevada entonces la viña erguida: Porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6), fue arrancada en la ira del Señor y arrojada a la tierra, para que la traducción elegante de la viña guardara las ruinas de Jerusalén. Aunque la viña sea hermosa, y se extienda con largos sarmientos, si le quitas los soportes y los tallos, unida a la tierra, se seca por el calor, especialmente si el viento abrasador, que los griegos llaman καύσωμα, seca su fruto, de modo que se marchita, y como fuego se quema en ardores. Lo que en los Setenta se añadió: Fueron vengados, por lo que en hebreo está escrito, se marchitaron, no sé qué consecuencia pueda tener. Aquella viña, por tanto, de tanta fertilidad y frutos, y de tanta belleza, ¿cómo ahora ha sido trasplantada al desierto, en tierra inhóspita y sedienta? Significa, sin embargo, la tierra de Babilonia a la que fueron trasladados, o Egipto, a donde huyeron, o la misma tierra de Judá, en la que quedaron pocos pobres, a quienes fue puesto Godolías [Al. Gotholias] como prefecto, para reunir y gobernar las reliquias del pueblo (IV Reyes XXV). Contra quien se levantó de la estirpe real, y de la vara de las ramas de la viña Ismael, quien lo mató en Masfa [Al. Masefa], y consumió todo el fruto de la viña, y desde entonces no quedó en esa viña vara fuerte, y cetro de dominadores (Jeremías XL y XLI). Pues no quedó ninguno de los reyes que gobernara al pueblo, sino que huyeron a Egipto con Johanán hijo de Carea. Por eso es un lamento, y una parábola de lamentación, para que se lamente la estirpe real que en Judá cesó, hasta que venga aquel a quien está reservado: Y él era la esperanza de las naciones (Génesis XLIX, 10). De lo cual es evidente, tanto la lectura anterior, en la que se dice: ¿Por qué tu madre, una leona, se acostó entre los leones? como esta en la que está escrito: Tu madre era como una vid en tu sangre plantada sobre el agua, se refieren a Jerusalén, que perdió sus leones y sarmientos, y no quedó en ella vara que se levantara en tribu, o en cetros de dominadores. Pues comienza con un lamento, y termina en un lamento. Toma un lamento sobre los príncipes de Israel. Esto es, al principio y ahora al final, es un lamento; y con lamentación, y lamento de parábola, se debe seguir la estirpe real. Por lo demás, según la anagogía, que otros refieren a la Jerusalén celestial, para decir que de ella en este valle de lágrimas muchos han caído, y han dejado de ser reyes, y la viña una vez hermosísima ha sido secada por el viento abrasador, de modo que

no quedó en ella ninguno de los sarmientos verdes, que después bajo la figura de la ciudad lamenta Jeremías, nosotros entendemos (Mateo XXIV) sobre la Iglesia, porque en el último tiempo, multiplicada la iniquidad, se enfriará [Al. se enfriará] la caridad de muchos: de modo que sean probados si es posible incluso los elegidos de Dios, y sus príncipes sean capturados en las redes del diablo, que no se contenta con la captura de un solo rey, sino que diariamente se apresura a capturar reyes y príncipes, según aquello que está escrito: Sus presas son escogidas (Habacuc I, 16). También los sarmientos de la Iglesia que antes se igualaban a las flores y al rubor de la sangre, después sean secados por el viento. Esta exposición también la sugiere la parábola del Evangelio, en la que al salir el sol, lo que había germinado, se marchitó por el calor, y de repente se secó (Marcos IV); de modo que apenas quede uno de los sarmientos que se levante en vara, y se haga digno príncipe del pueblo. Lo que con otras palabras dice Amós: Traeré hambre y sed sobre la tierra: no hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír las palabras de Dios (Amós VIII, 11). Por lo cual debemos llorar, y lamentarnos sobre los príncipes de Israel, por cuya culpa y soberbia Judá fue desierta, y Jerusalén fue capturada.

(Cap. XX.---Vers. 1.) Y sucedió en el séptimo año, en el quinto, en el décimo del mes, que vinieron hombres de los ancianos de Israel, para interrogar al Señor, y se sentaron delante de mí. Después de once meses, y cinco días de la visión anterior, de nuevo se dirige la palabra al profeta, después de que vinieron hombres de los ancianos de la casa de Israel, para interrogar al Señor y se sentaron delante de él. Esta era la costumbre del pueblo de Israel, que todo lo que deseaban saber del Señor, lo preguntaban a través de los profetas, muchos ejemplos lo atestiguan. Saúl buscando asnas, va a Samuel, y recibe el consejo del joven de ofrecer al profeta la cuarta parte de un siclo. Enfermo el hijo de Jeroboam, su esposa es enviada a Silo al profeta Ahías [Al. Abías], llevando regalos, panes y tortas, uvas y una jarra de miel, para conocer sobre la enfermedad del hijo (I Reyes IX, III Reyes XIV). También el profeta David interroga a otro profeta Natán, si debe construir un templo al Señor (II Reyes VII). Y Acab consulta, si debe subir o no a Ramot de Galaad (III Reyes XXII). En Isaías también (Isaías XXXVII), y en el libro de los Reyes (IV Reyes XIX), se anuncian las cosas que vendrán de Senaquerib. No es de extrañar si en el Antiguo Testamento, los profetas anuncian individualmente lo que vendrá, cuando hemos leído que Ágabo profetiza lo que le sucederá a Pablo (Hechos XXI). Está escrito en Deuteronomio: Las naciones que el Señor destruirá delante de ti, esas escucharán sueños y adivinaciones: pero a ti no te ha dado así el Señor tu Dios (Deuteronomio XVIII, 14). Es de las naciones acudir a los caldeos, arúspices, adivinos, sortílegos, oráculos de demonios, con los que se engaña su error. Por eso ahora los ancianos de Israel acuden al profeta, para interrogar al Señor a través de él, y sin embargo, guardan silencio sobre la pregunta, sabiendo el que debía ser interrogado lo que preguntarían, para que también en eso sea un milagro saber por qué vinieron, y responder a lo que el discurso tácito contenía en el ánimo.

(Vers. 2, 3.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, habla a los ancianos de Israel, y diles: Así dice el Señor Dios: ¿Acaso habéis venido a interrogarme? Vivo yo, que no os responderé, dice el Señor Dios. A los santos y a los que preguntan adecuadamente se les da la promesa, aún hablando tú diré: He aquí estoy. Pero a los pecadores, como fueron los ancianos de Israel, y cuyos crímenes el profeta describe en lo que sigue, no se les da respuesta; sino reprensión por sus pecados: y añade un juramento: vivo yo, para que sea más firme la sentencia del que niega. Lo que dijeron los LXX, si os respondiera: Symmachus lo tradujo más claramente, no os responderé.

(Vers. 4.) Si los juzgas: si los juzgas, hijo de hombre. LXX: si los he vengado con venganza, hijo de hombre: Ellos ciertamente vinieron a interrogarme, deseando conocer sobre lo que

dudan, y lo que vendrá; pero tú, hijo de hombre, júzgalos, para que no sea respuesta del profeta, sino sentencia del juez por las iniquidades que cometieron, y siguieron los crímenes de sus padres. O ciertamente, si los he vengado con venganza, para que el sentido sea: Están tan cubiertos de iniquidad, que ni siquiera son dignos de corrección y enmienda, según aquello que se dice en el profeta: No visitaré más a vuestras hijas, ni a vuestras nueras, cuando se prostituyan (Oseas IV). Por eso también los pecadores, que han llegado al abismo del pecado, son dejados para que hagan los deseos de su corazón (Proverbios XVIII).

Muestra a ellos las abominaciones de sus padres, y diles. LXX: Testifica a ellos las iniquidades de sus padres, y diles. Si los pecados de los padres no redundan en los hijos, ¿cómo ahora se ponen las abominaciones, y las iniquidades de los padres a los ancianos? Por esta razón, para mostrar que hacen cosas similares a sus padres, y arrastran una larga cuerda de pecados por el mal hereditario, para que teman los castigos de aquellos cuyos vicios imitan.

(Vers. 5, 6.) Así dice el Señor Dios: El día que elegí a Israel, y levanté mi mano por la descendencia de la casa de Jacob, y me manifesté a ellos en la tierra de Egipto, y levanté mi mano por ellos, diciendo: Yo soy el Señor vuestro Dios. En aquel día levanté mi mano por ellos, para sacarlos de la tierra de Egipto a la tierra que les había provisto, tierra que fluye leche y miel: que es excelente entre todas las tierras. LXX: Así dice el Señor Dios: Desde el día en que elegí a la casa de Israel, y me di a conocer a la descendencia de la casa de Jacob, y me manifesté a ellos en la tierra de Egipto, y los acogí diciendo: Yo soy el Señor vuestro Dios: en aquel día los tomé de la mano, diciendo: para sacarlos de la tierra de Egipto a la tierra que les había preparado, tierra que fluye leche y miel: es un panal más allá de toda tierra. Por lo que dijeron los Setenta, un panal es más allá de todas las tierras, por lo que nosotros hemos interpretado, es excelente entre todas las tierras, la primera edición de Aquila puso, fundamento; la segunda, ilustre; Símaco, región; Teodoción, fortaleza; lo que evidentemente es el fundamento de todas las tierras, porque en ella está la religión de Dios, y el templo, y las ceremonias, y el conocimiento de Dios; y tanto el pueblo de Israel establecido en Egipto ignoraba a Dios, que Moisés fue enviado a ellos: Si me preguntan, dice, ¿quién te envió? ¿qué les diré? Di, dice, a ellos: El que es, me envió (Éxodo III, 13, 14). En Egipto, por tanto, se dio a conocer al pueblo, y a la descendencia de la casa de Jacob: cuando levantó su mano por ellos contra los egipcios, y dijo: Yo soy el Señor vuestro Dios, y los eligió para sacarlos de la tierra de Egipto, a la tierra que fluye leche y miel. Pues aún no podían soportar alimento sólido: sino que como niños pequeños y lactantes, necesitaban de leche y miel en su infancia. Según la letra, no se puede dudar que la tierra de Judá es ilustre y más fértil que todas las tierras, quien haya considerado desde Rinocorura hasta el monte Tauro, y el río Éufrates toda la tierra, y el poder de las ciudades y la belleza de las regiones, a saber, Palestina y Fenicia, Arabia, Siria Caelen, Cilicia, y otras regiones, que el Señor prometió a Israel, si hubiera guardado los mandamientos de Dios, las cuales no recibió por su incredulidad. Pues incluso en la misma provincia de Palestina y Judea quedaron muchas naciones que no fueron expulsadas. Porque el garante no es culpable si aquel a quien se le promete se hace indigno de la promesa: especialmente cuando se propone la opción del que promete: Si queréis y me escucháis, comeréis los bienes de la tierra. Pero si no queréis, la espada os devorará. Por lo tanto, se eligen las cosas presentes: ni inmediatamente el que es elegido no puede ser tentado, ni perecer; porque Saúl fue elegido como rey, y Judas como apóstol, y después cayeron por su propio vicio. La elevación de la mano, o extensión, muestra la postura de quien golpea: para golpear a los egipcios por ellos, y liberar al pueblo de Israel de Egipto.

(Vers. 7.) Y les dije: Cada uno deseche las ofensas de sus ojos, y no os contaminéis con los ídolos de Egipto: yo soy el Señor vuestro Dios. LXX: Y les dije: Cada uno deseche las abominaciones de sus ojos, y no se contamine con las invenciones de Egipto: yo soy el Señor vuestro Dios. Por ofensas, que en hebreo se dice SECUSE (), Símaco lo interpretó como, náuseas, la segunda edición de Aquila, cortes, para significar que deben desecharse de los ojos las legañas, y como náuseas, que no solo impiden la vista; sino que también provocan vómito a los que miran. GELULE () también es una palabra hebrea, que los LXX interpretaron como invenciones; la primera edición de Aquila, contaminaciones; la segunda, Símaco y Teodoción, ídolos: a quienes también nosotros hemos seguido en el presente. Se ordena a los que salen de Egipto, que olviden los ídolos, a los que sirvieron por mucho tiempo, más bien los desechen de sus ojos, para que no los consideren dignos ni siquiera de ser vistos: y con los que se contaminaron por mucho tiempo, no consientan más. Yo, dice, soy el Señor vuestro Dios; no los portentos egipcios, no las diversas creaciones de monstruos. Pero también a nosotros, cuando salimos de Egipto, se nos ordena que desechemos las ofensas de nuestros ojos: para que no nos deleitemos con lo que antes nos deleitábamos en el mundo, para que no nos contaminemos con los ídolos de Egipto, es decir, con las invenciones de los filósofos y herejes, que correctamente se llaman ídolos. También apartemos nuestros ojos de los espectáculos, más bien de las ofensas de Egipto, de la arena, del circo, de los teatros, y de todo lo que contamina la pureza del alma, y entra por los sentidos a la mente; y se cumple lo que está escrito: La muerte entró por vuestras ventanas (Jeremías IX, 21).

(Vers. 8.) Y me irritaron. LXX: Y se apartaron de mí. O como lo interpretó Símaco: No me obedecieron. Y enseguida, llamados, se apartan de Dios, de modo que no hay espacio entre la vocación y el alejamiento. Y esto es notable, que nadie se aparta de Dios, a menos que antes haya estado con Él. Por eso el dragón en el libro de Job es llamado apóstata, transgresor, y alejado (Job XXXIV).

Y no quisieron escucharme. Cada uno no desechó las abominaciones de sus ojos, ni dejaron los ídolos de Egipto. LXX: Y no quisieron escucharme. No desecharon las abominaciones de sus ojos, y no dejaron las invenciones de Egipto. Por eso, dice, me irritaron, y se apartaron de mí, porque no quisieron escucharme, mientras se mantiene el libre albedrío del hombre: e hicieron todo lo que les ordené no hacer por la ley: inmediatamente desesperando de la salvación, y murmurando contra Moisés, desconfiando de las promesas de Dios. De donde sigue:

Y dije que derramaría mi indignación sobre ellos, y llenaría mi ira en ellos en medio de la tierra de Egipto. Tan pronto como les ordené dejar, o desechar las ofensas de sus ojos, y no contaminarse con los ídolos de Egipto, me irritaron, y no quisieron escuchar lo que dije, sino que hicieron lo contrario de lo que les ordené no hacer. Por eso había decretado derramar sobre ellos mi furor e indignación, y llenar mi ira que había concebido en mi mente en medio de Egipto. porque aún no habían salido de Egipto. Pues sigue más adelante: Los expulsé de la tierra de Egipto, y los saqué al desierto. De lo cual se muestra que aún no habían salido de Egipto, cuando quiso derramar su indignación sobre ellos, y llenar su ira sobre ellos, y golpearlos en medio de la tierra de Egipto.

(Vers. 9.) Y lo hice por mi nombre, para que no fuera profanado ante las naciones, en medio de las cuales estaban, y entre las cuales me manifesté a ellos para sacarlos de la tierra de Egipto. Lo que pensaba hacer por justicia, no lo hice por la magnitud de la clemencia, para que no fuera profanado mi nombre, y pareciera que no pude cumplir lo que prometí a Israel. Por lo tanto, perdoné a mi nombre, para que las naciones no tuvieran ocasión de blasfemar, entre las cuales me di a conocer a ellos en la tierra de Egipto. Hasta aquí el profeta describe lo

que les prometió estando en la tierra de Egipto, y cómo inmediatamente ofendieron, y lo que el Señor pensó contra ellos, y sin embargo no lo hizo. Lo que sigue, lo habló a los que salieron de Egipto.

(Vers. 10 y siguientes.) Los expulsé de la tierra de Egipto, y los saqué al desierto, y les di mis preceptos, y les mostré mis juicios, que el hombre haga y viva en ellos. Además, les di mis sábados, para que fueran una señal entre mí y ellos, y supieran que yo soy el Señor que los santifica. Y me irritaron la casa de Israel en el desierto: no anduvieron en mis preceptos, y rechazaron mis juicios, que el hombre haga y viva en ellos, y violaron mis sábados vehementemente. Dije entonces que derramaría mi furor sobre ellos en el desierto, y los consumiría, y lo hice por mi nombre para que no fuera profanado ante las naciones, de las cuales los expulsé a la vista de ellas. Estas cosas se dicen a los que fueron sacados de Egipto al desierto: para que, liberados de los vicios de los egipcios, más fácilmente en la soledad cumplieran los preceptos de Dios, y hicieran sus juicios, y guardaran sus sábados. Que fueron dados como señal entre el que los dio, y aquellos a quienes fueron dados, diciendo la Escritura: Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Y tú manda a los hijos de Israel, diciendo: Mirad, y guardad mis sábados, que es una señal entre mí y vosotros en vuestras generaciones; para que sepáis que yo soy el Señor que os santifica, y guardad el sábado, porque es santo para vosotros. Quien lo violare, morirá. Todo el que haga obra en él, esa alma será cortada de en medio de su pueblo (Éxodo XXXI, 13, 14). Por lo tanto, el sábado y la circuncisión fueron dados como señal del verdadero sábado, y de la verdadera circuncisión: para que sepamos que debemos descansar en el sábado perfecto y eterno de las obras del mundo, y no circuncidemos el prepucio, sino el corazón. Por eso, trabajando en seis días, descansamos el séptimo día, para que no hagamos otra cosa día y noche, sino que todo lo que vivamos, sepamos que se debe al Señor, y al regresar la semana, nos consagremos enteramente a su nombre, para que por la santificación del día, recordemos al Señor que nos santifica. Estos preceptos y justificaciones, y la observancia del sábado, el Señor los dio en el desierto, para que haciéndolos vivieran en ellos: no para que de ellos pasaran a cosas mayores, como se promete en el Evangelio. Que ellos violaron, no una vez ni poco. Sino vehementemente, para que se mostrara la intensidad de la violación. Dijo entonces y decretó en su mente, que derramaría su furor sobre ellos en el desierto, y los consumiría, cuando habló a Moisés: Déjame, y enojado con furor contra ellos, los destruiré (Éxodo XXXII, 10). Pero no quiso hacerlo, perdonando a los egipcios, y a las demás naciones, para que no se escandalizaran, y a ellos mismos de quienes tuvo misericordia, esperando el arrepentimiento de los convertidos. Y es de notar que cuando hablaba a los que estaban en Egipto después de la ofensa: Hice, dice, por mi nombre, para que no fuera profanado ante las naciones de las cuales los expulsé a la vista de ellas. Pues entonces aún estaban en medio, porque aún no habían salido. Ahora, después de que han salido, se dice, de las cuales los expulsé a la vista de ellas.

(Vers. 15.) Yo, por tanto, levanté mi mano sobre ellos en el desierto, para no llevarlos a la tierra que les di, que fluye leche y miel: la más excelente de todas las tierras, porque rechazaron mis juicios, y no anduvieron en mis preceptos, y violaron mis sábados. Pues su corazón seguía a los ídolos, y mi ojo tuvo misericordia de ellos, para no matarlos, ni los consumí en el desierto. LXX: Y yo levanté mi mano sobre ellos en el desierto, para no introducirlos en la tierra que les di: tierra que fluye leche y miel: es un panal más allá de toda tierra: porque rechazaron mis justificaciones, y no anduvieron en mis preceptos, y violaron mis sábados, y siguieron las imaginaciones de sus corazones. Y mi ojo tuvo misericordia de ellos, para no destruirlos, y no los maté, en consumo en el desierto. Había decretado, en verdad, derramar todo mi furor sobre ellos, y destruirlos y consumirlos: pero lo hice por mi nombre para que no fuera profanado entre las naciones, a saber, los amalecitas y los demás

(Éxodo XVII; Números XIV), que lucharon contra ellos en la soledad, para no introducirlos en la tierra que les prometí que fluía leche y miel, que es la más excelente de todas las tierras, o panal. La causa del castigo y de esta sentencia es porque rechazaron mis juicios, y no anduvieron en mis preceptos, y violaron mis sábados. Y la causa de esta causa es que no hicieron estas cosas, porque su corazón seguía a los ídolos de Egipto. Pero mi ojo tuvo misericordia de ellos para no matarlos y destruirlos, ni consumirlos por completo. En lo cual se pregunta, ¿cómo tuvo misericordia de ellos, cuyos cadáveres cayeron en la soledad, y excepto Josué hijo de Nun, y Caleb hijo de Jefone, ninguno entró en la tierra de la promesa? De lo cual entendemos que viven, ni están reservados para castigos eternos, ni fueron borrados del libro de los vivos, ni consumidos ante la faz del Señor. Pues si por no haber sido introducidos en la tierra de la promesa, deben ser considerados perdidos: entonces también Moisés pereció, quien solo vio la tierra de la promesa, y no entró en ella. De quien en el libro de Josué el Señor habla: Moisés mi siervo ha muerto (Deuteronomio XXXIV, 5). Y en Malaquías: Recordad la Ley de Moisés mi siervo (Malaquías IV, 4). Y en Jeremías, como de un amigo, y muy íntimo suyo, Dios habla: Si Moisés y Samuel estuvieran en mi presencia (Jeremías XV, 1). De lo contrario, también se debe creer que las oraciones de Moisés fueron escuchadas, cuando intercediendo por el pueblo, dijo: Si perdonas su pecado, perdónalos; pero si no quieres, bórrame de tu libro que has escrito (Éxodo XXXII, 32, 33). Para que sepamos que la sentencia de Dios sobre los hijos y siervos no se hace para perdición, sino para corrección, escuchemos los testimonios de las Escrituras. Hijo, no te entristezcas por la disciplina del Señor, ni desmayes cuando te reprenda (Proverbios III, 11). Porque el Señor corrige a quien ama: y azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). Y en otro lugar: Cuando los mataba, entonces lo buscaban (Salmo LXXVII, 34). Y en el Cántico de Deuteronomio: Yo mataré, y yo vivificaré (Deuteronomio XII, 39). También podemos decir esto según la letra que no los destruyó, ni los consumió con su descendencia y progenie, sino que habiendo matado a los padres, perdonó a los hijos, a quienes introdujo en la tierra de la promesa.

(Vers. 18 y siguientes.) Pero dije a sus hijos en el desierto: No andéis en los preceptos (o leyes) de vuestros padres, ni guardéis sus juicios, ni os contaminéis con sus ídolos (o pensamientos). Yo soy el Señor vuestro Dios. Andad en mis preceptos, y guardad mis juicios, y hacedlos, y santificad mis sábados, para que sea una señal entre mí y vosotros, y se sepa (o para que sepáis) que yo soy el Señor vuestro Dios. Después de la muerte de los padres que cayeron en el desierto, da preceptos a los hijos, en cuya salvación tuvo misericordia de los padres. Y mi ojo, dice, tuvo misericordia del Señor sobre ellos: para no matarlos y destruirlos por completo, sino que reservó a los padres en los hijos: y testifica lo mismo que habló a los padres; para que después de que hayan andado en sus preceptos, y guardado sus juicios, y reservado la santificación del sábado que fue dado como señal, entonces sepan que Él es el Señor su Dios. Los preceptos, y leyes de los padres, y sus juicios, significan el error arraigado: para que no imiten los pecados de aquellos cuyos tormentos ven.

(Vers. 21, 22.) Y me exacerbaron los hijos, no anduvieron en mis preceptos, y no guardaron mis juicios, para hacerlos, que cuando el hombre los haga vivirá en ellos, y violaron mis sábados. Y amenacé con derramar mi furor sobre ellos, y llenar mi ira en ellos en el desierto. Pero aparté mi mano, y lo hice por mi nombre, para que no fuera profanado ante las naciones de las cuales los expulsé a la vista de ellas. Pero también los hijos, dice, siguieron los crímenes de sus padres, e hicieron todo lo que ellos hicieron: por lo cual merecieron una sentencia similar; pero por la misma magnitud de mi misericordia que a sus padres, fueron reservados, y por las mismas razones por las que tuve misericordia de sus padres: para que un mismo Creador de ambos, con la misma paciencia mitigara mi ira. Recorremos lo manifiesto, y pasamos a lo más oscuro.

(Vers. 23, 24 seq.) De nuevo levanté mi mano contra ellos en el desierto, para dispersarlos entre las naciones y esparcirlos por las tierras: porque no cumplieron mis juicios, rechazaron mis preceptos, violaron mis sábados, y sus ojos se volvieron hacia los ídolos (o pensamientos) de sus padres. Por eso también les di preceptos no buenos, y juicios en los que no vivirán, y los contaminé con sus ofrendas cuando ofrecían (o pasaban) todo lo que abre el vientre por sus delitos (por lo cual los LXX tradujeron, para destruirlos y lo que ellos omitieron): y sabrán que yo soy el Señor. En el Antiguo Testamento, no se dice que el Señor levantara su mano contra los hijos de aquellos que cayeron en el desierto, queriendo dispersarlos entre las naciones: pero por lo que aquí se refiere, se debe creer que así fue. O esto significa que, después de haber entrado en la tierra prometida, en varios momentos, por muchos pecados, fueron entregados a diversas naciones y reyes, y en ese tiempo, los preceptos del Señor, que por su naturaleza eran buenos, y los juicios en los que los creyentes podían vivir, se convirtieron para ellos en no buenos, ya que en la cautividad no podían guardar los preceptos de la ley, ni hacer lo que el divino mandato ordenaba. Tampoco dijo, les di preceptos malos: sino, no buenos. Pues no se sigue inmediatamente que lo que no es bueno, sea malo: como también enseña el Apóstol, que es bueno para el hombre no tocar mujer; pero por la incontinencia, cada uno debe poseer su propio vaso en santificación y castidad (I Cor. VII). Si no lo hace, no es ni bueno ni malo. Por tanto, Dios les dio a los dispersos entre las naciones preceptos no buenos, es decir, los dejó a sus pensamientos y deseos, para que hicieran lo que no conviene. Y los contaminó con sus ofrendas: como el Sacerdote separa a los leprosos del pueblo, y demuestra que están contaminados; mientras ofrecen a los ídolos lo que deberían ofrecer a Dios. Y pasan todo lo que abre el vientre por el fuego a Baal, es decir, los primogénitos; para que, después de haber sido abandonados por Dios y entregados al culto de los ídolos, entonces entiendan que él es el Señor, a quien provocaron a ira con su vicio. Symmachus interpretó este pasaje más claramente, poniendo el futuro en lugar del pasado. Por tanto, también les daré preceptos no buenos, y juicios por los cuales no vivirán, y los contaminaré por sus ofrendas, porque consagran y pasan todo lo que abre el vientre, para destruirlos, y sabrán que yo soy el Señor. Y el sentido es: Porque vi que los hijos se igualaban a los crímenes de sus padres, y hacían lo mismo por lo que ellos ofendieron a Dios, quise dividirlos entre las naciones, y dispersarlos por todo el mundo, y darles preceptos no buenos; y juicios en los que no vivirían, para contaminarlos con sus ofrendas, porque consagraban todos los primogénitos a los ídolos, y los destruiría para siempre, y sabrían que yo soy el Señor. Por lo cual muestra que no dio preceptos no buenos a los que habitaban en el desierto, sino a aquellos que quiso dispersar entre las naciones, y hacer peregrinos por todo el mundo, pensó en dar lo que no dio: para que allí los preceptos buenos de Dios, por su vicio, los hicieran no buenos, mientras ofrecían a los ídolos lo que Dios les había mandado ofrecerle a él. También se puede decir que antes de la ofensa, solo recibieron el decálogo; pero después de la idolatría y la blasfemia, múltiples ceremonias de la ley, para que ofrecieran a Dios las víctimas que ofrecían a los demonios, y por comparación con el sacrilegio, lo que no era bueno en sí mismo, se hiciera más leve, y de ninguna manera malo, porque se ofrecía a Dios, y sin embargo no bueno, porque habían ofendido al autor del bien.

(Vers. 27, 29 seq.) Por tanto, habla a la casa de Israel, hijo de hombre, y diles: Así dice el Señor Dios: Aún en esto me blasfemaron vuestros padres, cuando me despreciaron, y los introduje en la tierra sobre la cual levanté mi mano, para darles [Vulg. añade aquella]: vieron todo monte alto, y todo árbol frondoso, y allí sacrificaron sus víctimas, y allí ofrecieron la irritación de su ofrenda, y allí pusieron el olor de su suavidad, y allí derramaron sus libaciones. Y les dije: ¿Qué es la altura a la que entráis? Y su nombre fue llamado altura hasta

este día. LXX: Por tanto, habla a la casa de Israel, hijo de hombre, y diles: Así dice Adonai el Señor: Hasta aquí me provocaron a ira vuestros padres con sus delitos, con los que cayeron en mí, y los introduje en la tierra sobre la cual levanté mi mano para entregársela a ellos. Y vieron todo monte alto, y todo árbol frondoso, y allí sacrificaron a sus dioses, y allí pusieron la furia de sus ofrendas, y allí pusieron el olor de su fragancia, y allí derramaron sus libaciones. Y les dije: ¿Qué es abbana, porque entráis allí? Y llamaron su nombre abbana hasta el día de hoy. Quise, dice, dispersarlos en todas las naciones por delinquir en el desierto, y darles preceptos no buenos, para que ofrecieran a los ídolos lo que debían ofrecerme a mí, y consagraran todo su primogénito a ellos por el fuego, para matarlos y destruirlos. Pero cuando dice, quise, muestra que no hizo lo que quiso. Y lo que sigue: Y sabrán que yo soy el Señor, no se encuentra en los LXX. Pues no les parecía consecuente que después de la muerte supieran que él es el Señor. Pero tú, hijo de hombre, habla de nuevo a ellos, es decir, a los ancianos de la casa de Israel, que vinieron a interrogarte: Vuestros padres, de cuya estirpe descendéis, también en esto me blasfemaron, y me tuvieron por nada; después de que los introduje en la tierra que poseyeron con mi fortaleza, que yo había dado para poseer, ellos se volvieron para exasperarme. Pues cuando vieron todo monte alto, y todo árbol frondoso, sacrificaban en los montes, y en los bosques y selvas, y ofrecían víctimas a los ídolos, y derramaban libaciones, lo cual cuando vi, les dije: ¿Qué es, BAMA? pues esto se interpreta como altura: o ¿por qué entráis en tal lugar que habéis elegido en todos los montes, de modo que hasta hoy tales lugares se llaman BAMOTH, y el antiguo error conserva el nombre original? Por BAMA, que nosotros traducimos como altura, en la edición de los Setenta prevaleció el error de escribir ἀββανὰ, que en lengua hebrea no resuena. BAMA (), si divides cada sílaba en dos palabras, puede significar, en qué; pero en el presente lugar este sentido no concuerda. Dondequiera que en los libros de los Reyes y de las Crónicas se escribe: Aún el pueblo quemaba incienso, y sacrificaba en lo alto: BAMA en singular, y BAMOTH () en plural significa alturas.

(Vers. 30, 31.) Por tanto, di a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios [Vulg. antepone Ciertamente]: En el camino de vuestros padres os contamináis, y tras sus ofensas os prostituís. Y en la ofrenda de vuestros dones, cuando pasáis a vuestros hijos por el fuego, os contamináis en todos vuestros ídolos hasta hoy, ¿y yo os responderé, casa de Israel? Vivo yo, dice el Señor Dios, que no os responderé. Imitáis los vicios de vuestros padres, y camináis por las mismas sendas, para que delitos semejantes merezcan castigo semejante, y habéis avanzado tanto en el crimen, que consagráis a vuestros hijos por el fuego a los demonios: y no basta con haberlo hecho una vez, sino que hasta el presente hacéis lo mismo. No es que los ancianos en la cautividad lo hagan, sino que aquellos que moraban en Jerusalén, y a quienes la cautividad amenazaba, no cesan de hacer todas estas cosas. Y estando atados a tantos crímenes, ¿buscáis mi respuesta?, dice, Vivo yo, dice el Señor Dios, y juro por mí mismo, que no os responderé, y lo que sigue:

(Vers. 32, 33.) Ni se cumplirá el pensamiento de vuestra mente, diciendo, seremos como las naciones, y como las familias de la tierra, para adorar madera y piedra. Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte, y con brazo extendido, y con furor derramado reinaré sobre vosotros. Este es el sentido: No penséis que vuestros pensamientos con los que blasfemáis contra mí podrán cumplirse; pues decís: No queremos estar bajo el Señor, ni ser llamados su pueblo: sino que como todas las naciones en todo el mundo, y cada nación vive a su arbitrio, para adorar madera y piedra, y servir a los ídolos, también nosotros seremos una nación entre muchas. A lo cual responde Dios, y jura por sí mismo y dice: No os dejaré ni despreciaré, como suelen despreciar los amos negligentes a los siervos fugitivos, sino que os traeré de nuevo a mi dominio, y con brazo extendido y golpeante y con furor derramado, os devolveré

a vuestra antigua servidumbre, y reinaré sobre vosotros: para que queráis o no, me tengáis como rey, y sintáis al rey airado, cuya clemencia habéis despreciado.

(Vers. 34.) Y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en las que estáis dispersos: con mano fuerte y brazo extendido, y con furor derramado reinaré sobre vosotros. No os permitiré, dice, estar entre las naciones, ni ser retenidos en cautividad eterna, sino que os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras a las que la necesidad hostil os ha dispersado aquí y allá para servir. Haré esto, no para perderos y destruirlos, sino para ser vuestro rey. De lo cual entendemos que incluso lo que los herejes llaman la crueldad del Creador, suena a clemencia: pues se enoja, y se enfurece, y derrama todo su furor, para traer de nuevo a su reino a aquellos que eligieron servir a la tiranía de los demonios.

(Vers. 35, 36, seq.) Y os llevaré al desierto de los pueblos, y allí os juzgaré cara a cara. Como juzgué a vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así os juzgaré, dice el Señor. Y os someteré a mi cetro, y os introduciré en los vínculos del pacto, y elegiré de entre vosotros a los transgresores e impíos: los sacaré de la tierra de su residencia, y no entrarán en la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor. Haré, dice el Señor, con vosotros que estáis en Babilonia, y ahora servís a los ídolos, lo que hice con vuestros padres en Egipto, para sacaros al desierto de los pueblos, y allí juzgaré con vosotros cara a cara, como contendi con ellos en juicio, cuando salieron de Egipto. Y después de juzgaros, os someteré a mi cetro y dominio, y haré un pacto con vosotros, y os introduciré en vuestra tierra con los vínculos del amor, para que atados por mi amor, no podáis apartaros de mí. Pero a los transgresores e impíos, que con dureza de corazón perseveran en malas obras, los elegiré de entre vosotros, no para poseer, sino para desechar. Y los sacaré de la tierra de su residencia, para que, aunque sacados, no entren en la tierra de Israel; sino que perezcan en diversas regiones: y con la distinción de buenos y malos, conoceréis que yo soy el Señor, que hago todo con juicio. La oración se apresura a lo restante, y recorremos brevemente cada cosa, para ofrecer solo el sentido a los lectores.

(Vers. 39.) Y vosotros, casa de Israel, así dice el Señor Dios: cada uno ande tras sus ídolos, y sírvales. Pero si en esto no me escucháis, y profanáis mi santo nombre con vuestras ofrendas, y con vuestros ídolos. LXX: Y vosotros, casa de Israel, así dice Adonai el Señor: Cada uno quite sus invenciones: y después de esto, si me escucháis, y no profanáis mi santo nombre con vuestras ofrendas, y con vuestros estudios. Symmachus interpretó este lugar más claramente: Cada uno sirva a sus ídolos, porque no quisisteis escucharme: pero no profanéis más mi santo nombre con vuestras ofrendas y simulacros. En mi monte santo, en el monte alto de Israel, dice el Señor Dios, allí me servirá toda la casa de Israel. La traducción de Symmachus tiene este sentido: Porque no queréis servirme, id y servid a los ídolos, y seguid las huellas de vuestros simulacros. Pues no queréis escucharme, para que no me ofrezcáis sacrificios, ni queméis incienso, ni seáis llamados mi pueblo. Pues mis adoradores no me servirán en bosques, y templos, y lugares de ídolos, como vosotros hacéis: sino en mi monte santo, en el monte alto de Israel. Por su parte, los Setenta explican su propio sentido. Dejad vuestras antiguas cogitaciones, y quitad los pecados de vuestras malas invenciones: y si después de esto me escucháis, y no profanáis mi santo nombre con vuestras ofrendas y simulacros: entonces en mi monte santo me ofreceréis sacrificios, y serviréis, oh toda la casa de Israel. Aquila, por su parte, en parte está de acuerdo con Symmachus, y en parte discrepa: Id, dice, tras vuestros ídolos, y servidles, porque sois indignos de mi dominio, ni me deleita vuestra adoración. Pero si en esto no me escucháis, sino que profanáis mi santo nombre, mientras pretendéis ofrecerme lo que ofrecéis a los ídolos, y solo traéis blasfemia a mi nombre, para que, siendo adoradores de ídolos, digáis que sois míos; sabed esto, que en mi

monte santo, en el monte alto de Israel, allí me servirá toda la casa de Israel, no vosotros que servís a los ídolos: sino toda la casa de Israel que después creerá.

(Vers. 40, 41.) En mi monte santo, en el monte alto de Israel, dice el Señor Dios: allí me servirá toda la casa de Israel: todos, digo, en la tierra en la que me agradarán, y allí buscaré vuestras primicias, y el principio de vuestras décimas, en todas vuestras santificaciones, en olor de suavidad os recibiré, cuando os saque de entre los pueblos, y os reúna de las tierras en las que estáis dispersos, y seré santificado en vosotros a los ojos de las naciones, y sabréis que yo soy el Señor. De este monte en el que servirá a Dios toda la casa de Israel, Isaías y Miqueas cantaron con voz unánime: En los últimos días será manifiesto el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, y se elevará sobre los collados, y a él afluirán todas las naciones, y muchos pueblos irán, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Is. II seq.; Mich. IV, 1, 2). Y de nuevo Isaías: Sube al monte alto, tú que anuncias a Sion: eleva y exalta tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL). Este monte Sion, o entendemos la Iglesia que se interpreta como atalaya, y está situada en la altura de los santos dogmas: o al mismo Señor Salvador, en quien tanto las primicias, como las décimas, y toda la adoración se convierte en olor de suavidad: para que todas las naciones en derredor viendo al pueblo del Señor ser salvado, glorifiquen a Dios, y conozcan los que han sido salvados, que él es el Señor.

(Vers. 42.) Cuando os introduzca en la tierra de Israel: en la tierra por la cual levanté mi mano, para darla a vuestros padres. Entonces sabréis que yo soy el Señor, cuando os introduzca, dice, en la tierra de Israel, por la cual levanté mi mano, para introducir en ella a vuestros padres, la cual ellos perdieron por su vicio, y vosotros no la recibisteis tanto por vuestro mérito, como por mi clemencia.

(Vers. 43, 44.) Y recordaréis [Vulg. inserta allí] vuestros caminos, y todos vuestros crímenes, con los que os contaminasteis en ellos: y os desagradaréis a vosotros mismos en vuestra propia vista por todas vuestras maldades que habéis hecho, y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya hecho bien por mi nombre: no según vuestros malos caminos, y según vuestros pésimos crímenes, casa de Israel, dice el Señor Dios. No podemos recordar nuestros crímenes y vicios, a menos que hayamos sido introducidos en la tierra de Israel, y allí puestos digamos con el Apóstol: Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Y os desagradaréis, dice, a vosotros mismos en vuestra propia vista por todas vuestras maldades que habéis hecho. O como lo interpretó Symmachus. Y os pareceréis pequeños a vosotros mismos por todas vuestras maldades que habéis cometido (Jacob. IV), para que después de haber sido elevados, crean que son humildes: porque el Señor da gracia a los humildes. Y en otro lugar está escrito: Antes de la destrucción se exaltará el corazón del hombre, y antes de la altura se humilla (Prov. XVIII, 12). Pues la destrucción sigue a la soberbia, y la exaltación a la humildad. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya hecho bien. Y al Señor Salvador lo conocemos más cuando nos ha hecho bien, y sufrió por nuestros pecados, y llevó nuestras iniquidades, y sufrió por nosotros; no por algún mérito de los que son salvados, sino por su nombre. De lo contrario, nuestros caminos, y los pésimos crímenes, no merecieron misericordia, sino castigo. Pero todo lo que hemos dicho del pueblo de Israel, que liberado de Egipto, en el desierto cometió muchas cosas, y ofendió a Dios, y después introducido en la tierra de la promesa, adoró ídolos, y adoró madera y piedra, y después fue conservado por la clemencia de Dios: refirámoslo a aquellos que han sido liberados de Egipto de este mundo por la mano excelsa del Señor, y llevados al desierto de los vicios, suspiraron de nuevo por Egipto, e hicieron cosas por las que debieron

ser castigados: pero sin embargo, por el arrepentimiento, no por su mérito, sino por la clemencia del Señor, fueron conservados.

LIBRO SÉPTIMO.

239-240. En nuestra juventud leímos: Nada es tan fácil que no se vuelva difícil si lo haces de mala gana. Confieso que prometí hace mucho tiempo las explicaciones sobre Ezequiel, pero debido a la ocupación con personas que vienen de todo el mundo, no puedo cumplirlo: no hay hora ni momento en que no nos encontremos con multitudes de hermanos, y la soledad del monasterio se cambia por la frecuencia de los huéspedes: tanto que o debemos cerrar la puerta o abandonar los estudios de las Escrituras, por las cuales se deben abrir las puertas. Por lo tanto, en las horas lucrativas, o mejor dicho, furtivas de la noche, que con la proximidad del invierno han comenzado a ser más largas, intentamos dictar estas cosas a la luz de una lámpara, y aliviar el tedio de un alma agitada con la interpretación. No nos jactamos, como algunos quizás sospechan, de la recepción de los hermanos, sino que confesamos simplemente las causas de las demoras: especialmente cuando la huida de los occidentales y la aglomeración de los lugares santos, con la desnudez y las heridas de los necesitados, muestran la rabia de los bárbaros. No podemos ver sin lágrimas y gemidos que aquel poder y riqueza de antaño ha llegado a tal pobreza que carece de techo, comida y vestido; y sin embargo, los corazones duros y crueles de algunos no se ablandan, mientras revisan sus harapos y pertenencias, buscando oro en la cautividad. A esta dificultad de dictar se añade que, con los ojos oscurecidos por la vejez y sufriendo algo como el bienaventurado Isaac (Gén. XXVII), no podemos releer los volúmenes hebreos a la luz nocturna, que incluso a la luz del sol y del día nos ciegan por la pequeñez de las letras. Y solo conocemos los comentarios de los griegos por la voz de los hermanos. No hay duda de que los alimentos masticados por dientes ajenos causan náuseas a quienes los consumen. Por lo tanto, te ruego, hija Eustoquio, que comiences el séptimo de estos que forjamos con el estilo de los notarios, y para los cuales apenas tenemos tiempo de corregir, y como ya dije antes, si la brevedad o longitud de los libros son desiguales entre sí, atribúyelo a la brevedad y longitud de las visiones, o mejor dicho, de las ὑποθέσεων, ya que no queremos separar lo unido ni comprimir lo disonante en una sola masa.

(Vers. 45 y siguientes) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro hacia el camino del sur, y gotea hacia el sur, y profetiza hacia el bosque del campo del sur. Y dirás al bosque del sur: Escucha la palabra del Señor: Así dice el Señor Dios: He aquí que encenderé en ti un fuego, y quemaré en ti todo árbol verde y todo árbol seco: la llama de la combustión no se apagará, y en ella se quemará todo rostro desde el sur hasta el norte. Y verá toda carne que yo, el Señor, la encendí, y no se apagará. Y dije, ah, ah, ah, Señor Dios: ellos dicen de mí: ¿Acaso no habla este en parábolas? LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, afirma tu rostro sobre Temán, y mira hacia Darom, profetiza sobre el bosque del líder Mageb, y dirás al bosque de Nageb: Escucha la palabra del Señor, así dice el Señor: He aquí que encenderé en ti un fuego, y devorará en ti todo árbol verde y árbol seco. No se apagará la llama encendida, y en ella arderá todo rostro desde el mediodía hasta el norte: y toda carne sabrá que yo, el Señor, la encendí: no se apagará. Y dije: No, Señor, Señor: ellos me dicen: ¿No es una parábola lo que se dice aquí? Lo que significa pon, o afirma tu rostro, lo hemos dicho más plenamente arriba. Se necesita firmeza de rostro y dureza de frente para que el profeta hable sin temor lo que se le ordena, especialmente cuando se han anunciado cosas tristes a toda la multitud del pueblo. Temán, Darom y Nageb; y nuevamente Nageb, para lo cual los LXX interpretaron ἀπηλιώτην, lo que significan en hebreo, lo expresó nuestra traducción. Y lo que dijeron, líder de Nageb, está mejor en hebreo

como campo o región meridional. No es SARE (), como pensaron los LXX, que significa líder y príncipe, sino SADE, que propiamente significa campo y región, y debido a la similitud de las letras DALETH y RES, se introdujo el error. La palabra divina habla por metáfora del bosque contra Jerusalén, que es la morada de bestias y hombres feroces: que lo encenderá, y todos sus árboles serán consumidos: no llamando árboles que carecían de frutos, sino maderas como preparadas para el incendio. Primero quema en él el árbol verde, según lo que leemos en este mismo profeta: Y comenzad por mis santos; y después el seco, que no podía tener nada vital en sí: a saber, los santos y los pecadores, para que unos escapen de los males de la cautividad por la muerte; otros sean entregados a castigos eternos. Y lo que añade: Desde el sur hasta el norte, indica esto, desde Jerusalén hasta Babilonia: para que todo el camino de los que van a la cautividad, cayendo por la espada, el hambre, la pestilencia, se complete. Para aquellos que están en Babilonia, Jerusalén está situada al sur; así como, por el contrario, la olla en Jeremías que significa Jerusalén, se enciende desde el norte, es decir, desde Babilonia (Jerem. I). Y al principio dice bien: gotea, dice, hacia el sur; para que no parezca que toda la ira de Dios se ha derramado, sino una gota y parte. Pero si una gota es de tanta severidad: ¿qué se debe estimar en las lluvias completas? Para que toda carne, que verá la salvación de Dios, por el incendio de los bosques y la llama, que no se apaga con la ayuda de nadie, reconozca que él es el Señor. Entendiendo esto, el profeta respondió, ah, ah, ah, Señor Dios: o como tradujeron los Setenta, no, Señor, Señor. Y añade: Y ellos me dicen: ¿Acaso no habla este en parábolas? o ¿es una parábola lo que se dice? Y el sentido es: Habla más claramente, no entendemos lo que dices en parábola: revela la sentencia de Dios con palabras claras. Pero puede entenderse tropológicamente que Temán, Nageb y Darom son Egipto: pues leemos en Daniel que el sur se toma frecuentemente por Egipto (Dan. XI), y Egipto se refiere a las angustias de este mundo. Ezequiel profetiza, por tanto, los males que vendrán al mundo, al que llama bosque, que no tiene árboles frutales, sino morada de bestias. De lo cual también se dice en el vigésimo octavo salmo: La voz del Señor que hace parir a las ciervas, y revelará las espesuras de los bosques (Vers. 9). Estos son los bosques y el bosque que devoraron más en la batalla del ejército de Absalón, que lo que mató la espada (II Reg. XVIII). Y se enciende en los bosques primero el árbol verde, y luego el seco, aquellos que viven en el mal, y aquellos que están muertos a la justicia. Y lo que se dice: Y se quemará en ella todo rostro desde el sur hasta el norte, esto dice: Desde aquellos que parecían fervientes en espíritu, hasta aquellos que, con el aumento de la iniquidad y el enfriamiento de la caridad de muchos, han perdido el calor original; para que toda carne vea que la llama del Señor no se apaga. Y el profeta ruega que no se haga lo que el Señor ha amenazado: esto es, que no se encienda el bosque, y todos los árboles sean consumidos; para que o bien aún reciban lugar para el arrepentimiento, o no se le imponga la necesidad de anunciar cosas tristes: especialmente cuando el pueblo no las entiende, y por la oscuridad de las palabras, más bien se provoca a la locura.

(Cap. XXI.---Vers. 1 y siguientes) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro hacia Jerusalén, y gotea hacia los santuarios, y profetiza contra la tierra de Israel, y dirás a la tierra de Israel: Así dice el Señor Dios: He aquí que estoy contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y mataré en ti al justo y al impío. Por lo tanto, porque mataré en ti al justo y al impío: por eso saldrá mi espada de su vaina contra toda carne, desde el sur hasta el norte. Y sabrá toda carne que yo, el Señor, he sacado mi espada de su vaina irrevocable. LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Por eso profetiza, hijo de hombre: y afirma tu rostro contra Jerusalén, y mira hacia sus santuarios, y profetiza sobre la tierra de Israel, y dirás a la tierra de Israel: Así dice el Señor Dios: He aquí que estoy contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y mataré de ti al iniquo y al injusto. Así saldrá mi espada de su vaina sobre toda carne desde el mediodía hasta el norte, y sabrá toda carne que yo, el

Señor, he sacado mi espada de su vaina: no volverá más. Porque antes había dicho: Ellos dicen de mí, ¿acaso no habla este en parábolas? y el pueblo exigía una sentencia clara: por eso lo que el Señor ha hablado por metáfora o parábola, y como otros han traducido, proverbio, ahora lo dice más claramente, que el bosque de Nageb y Darom y Temán es Jerusalén, y su templo, el santo de los santos, y toda la tierra de Judea; y que la llama que ha de quemar el bosque se entiende como la espada devoradora, que ha sido sacada de su vaina para matar al justo y al impío. Esto es el árbol verde y el árbol seco. Por lo cual también el Señor: Si en el árbol verde hacen esto: ¿qué harán en el seco? (Luc. XXIII, 31). Por lo cual, no sé qué queriendo, los LXX interpretaron iniquo e injusto: como si no significara lo mismo ambos. Y lo que allí dijo: Y verá toda carne que yo, el Señor, la encendí, esto es, el bosque, o la llama, y no se apagará, aquí lo dice con otras palabras: Para que sepa toda carne que yo, el Señor, he sacado mi espada de su vaina irrevocable. Porque verdaderamente contra Jerusalén no se ha apagado la llama, ni se ha extinguido el incendio, ni se ha revocado la espada, porque poco tiempo después, Jerusalén con su templo fue incendiada por el fuego babilónico.

(Vers. 6, 7.) Y tú, hijo de hombre, gime con la contrición de tus lomos, y en amarguras gime ante ellos. Y cuando te digan: ¿Por qué gimes? dirás: Por el anuncio que viene, y se desmayará todo corazón, y se disolverán todas las manos, y se debilitará todo espíritu, y por todas las rodillas correrán aguas. He aquí que viene y se hará, dice el Señor Dios. LXX: Y tú, hijo de hombre, gime con la contrición de tus lomos, y en dolores gime ante ellos. Y será que si te dicen: ¿Por qué gimes? y dirás: Por el anuncio que viene, y todo corazón será atrapado por el miedo, y se disolverán todas las manos, y toda carne y todo espíritu se desmayará, y todos los muslos se contaminarán con humedad. He aquí que viene y será, dice el Señor Dios. Primero había dicho: profetiza, o gotea hacia el sur, el áfrico y el mediodía, y hacia el bosque meridional. Lo cual, porque parecía oscuro, y el pueblo no sabía lo que decía el profeta, se pone más claramente en segundo lugar, que el bosque meridional es Jerusalén, y todos los árboles infructuosos a cuyas raíces está puesta el hacha (Mat. III, Luc. III), se entienden como sus habitantes: y que la espada se interpreta por el incendio. En tercer lugar, se ordena al profeta que, mientras ellos callan y no preguntan por qué ha profetizado estas cosas, haga lo que provoque preguntas, y responda lo que el Señor ha dicho. Gime, dice, llora, no con voz leve, ni con dolor moderado, sino con la contrición de los lomos, para que tu gemido salga de las entrañas más profundas y de la amargura del alma. Y esto lo harás ante ellos: para que cuando te pregunten por qué te afliges con tanto gemido, y qué mal te ha sucedido para que gimas así, tú les respondas con mi palabra: Por eso lloro, y no puedo disimular el dolor de mi corazón, porque el anuncio que siempre resonaba en mis oídos, se cumple en obra y viene: a saber, el ejército babilónico furioso que se avecina. Cuando venga y sitie Jerusalén, entonces se desmayará todo corazón, y se disolverán todas las manos: para que, al ocupar el miedo las mentes de los hombres, nadie se atreva a resistir. Porque se debilitará el espíritu de todos los guerreros, y tal pavor y terror ocupará a todos, que, forzados por el miedo, los miembros y las entrañas se disolverán, y la vejiga no podrá retener el humor: de modo que la orina contaminará las rodillas. Es natural que, forzados por el miedo, la vejiga se relaje, y contra la voluntad del hombre, el humor fluya. Lo cual también suele suceder en la magnitud de las enfermedades, que después de que las fuerzas han fallado a los enfermos, no solo las rodillas, sino también las camas se contaminan. He aquí, dice, viene, lo que muchas veces he predicho, y se cumple en obra lo que no yo, sino el Señor ha dicho. Sé que alguien, en la contrición de los lomos y las aguas que fluyen, ha replicado muchos testimonios, para que se cumpla la castidad del profeta, y la amargura del alma y el dolor interno de la mente, que las aguas de las semillas contaminan las rodillas. Pero esta exposición no pertenece al lugar presente.

(Vers. 8 y ss.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza, y dirás: Así dice el Señor Dios, habla: Espada, espada afilada y pulida, para matar víctimas, afilada está, y para brillar, pulida está: tú que mueves el cetro de mi hijo, has cortado todo árbol. Y la he dado para ser pulida, para que sea sostenida en la mano: esta espada está afilada, y esta está pulida, para estar en la mano del que mata. Clama y gime, hijo de hombre, porque ha sido hecha en mi pueblo, en todos los príncipes de Israel. Los que huyeron, fueron entregados a la espada con mi pueblo: por eso golpea sobre el muslo, porque ha sido probada, y esto cuando el cetro sea subvertido, y no será, dice el Señor Dios. Tú, pues, hijo de hombre, profetiza, y golpea mano contra mano, y que se duplique la espada y se triplique la espada de los muertos. Esta es la espada de la gran matanza, que los hace asombrarse, y desfallecer de corazón, y multiplica las ruinas. En todas sus puertas he dado la perturbación de la espada afilada y pulida para brillar: vestida para matar. Afílala, ve a la derecha o a la izquierda, dondequiera que tu rostro desee. Y yo también golpearé mano contra mano, y llenaré mi indignación, yo, el Señor, he hablado. Es mucho si pongo ambas ediciones, y se extiende la longitud de los libros: especialmente donde no hay o hay poca diferencia. Pondré, pues, algunas cosas que difieren. Por lo que nosotros dijimos: Tú que mueves el cetro de mi hijo, has cortado todo árbol, ellos tradujeron: Mata, desprecia, rechaza todo árbol. Nuevamente donde nosotros dijimos: Los que huyeron, fueron entregados a la espada, ellos y otros tradujeron: Mis huéspedes, o habitantes. Y donde dijimos: Golpea sobre el muslo, ellos pusieron: Golpea con la mano. Y donde tradujimos: Y esto cuando el cetro sea subvertido, su edición tiene: La tribu ha sido rechazada. Habla, sin embargo, a la espada de Nabucodonosor, para que venga contra Jerusalén, para que sea afilada y pulida, pues hay muchos que deben ser muertos; y hace una apóstrofe a él. Tú eres quien mueve y subviertes el cetro de mi hijo, es decir, el imperio del pueblo de Israel, y cortas todo árbol, toda la multitud del pueblo. He dado, dice, esta espada, para que sea sostenida en la mano de Nabucodonosor; y esté en la mano del hombre más fuerte. Por eso, oh profeta, clama y gime, y testifica con la voz de lamentación la inminencia del mal. Esta espada no perdonó a nadie, ni dejó a ninguno de los males inminentes sin experimentar. Ha sido hecha en el pueblo, ha sido hecha en los príncipes de Israel, ha sido hecha en mis huéspedes y sacerdotes, que habitaban en mi templo. Por eso golpea el muslo, o la mano, y asume el hábito del que llora. Pues esta espada ha sido probada por mí, y esto cuando mi cetro y reino sean subvertidos, lo cual no será más, y terminará en el rey Sedequías. Nuevamente te ordeno, profeta, que quien golpeó el muslo por el asombro y el milagro, golpee también las manos, para que no solo una vez, sino que la espada venga por segunda y tercera vez para matar. Pues primero vino Nabucodonosor, cuando tomó a Jeconías: y segundo, cuando reinaba Joaquim: tercero, cuando Sedequías. Y esta es la espada triplicada, cuando se hizo una gran matanza, y multiplicó tanto las ruinas, que se asombraron de ánimo, y desfallecieron de corazón, y en todas sus puertas dio perturbación. Se le ordena, pues, a él, es decir, a la espada afilada y pulida para brillar, vestida y lista, y preparada para matar, que vaya ya sea a la derecha o a la izquierda. Dondequiera, dice, que tu rostro desee, entra audazmente, teniéndome a mí como guía, a mí como ayudante. Yo golpearé mano contra mano, para incitarte a ti, que arremetes contra mis adversarios, como tu partidario y exhortador. No dudes, no temas, y no temas sufrir lo que sufrió Senaquerib: yo soy el Señor, he hablado, eres ministro de mi voluntad, cumple mi sentencia (IV Reyes XIX). Podemos, según la anagogía, tomar la espada afilada y preparada para matar como el diablo, de quien dice el Apóstol: Entregar a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V, 5). Y en otro lugar: Himeneo y Alejandro: a quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Y en los Salmos está escrito: Envió furor, e ira, y angustia, envío por ángeles malos (Sal. LXXVII, 49). Algunos piensan que esta espada estuvo en la mano del ángel, cuando bajo David se golpeaba Jerusalén (II Sam. XXIV). Otros sospechan que también se dice de aquella

espada, de la cual está escrito en el Evangelio: No he venido a traer paz sobre la tierra, sino espada (Mat. X, 34); y dividir entre sí todo afecto de consanguinidad, para que los malos caigan, y los santos se levanten. Pero es impío creer esto de la espada del Salvador, y no más bien del diablo, que subvierte los cetros del Señor en la Iglesia, que mata a todos en el pueblo, y a los líderes, y a los huéspedes de Dios: y entonces es aprobado por el Señor, cuando ha subvertido a Judas el traidor y a sus semejantes (Juan XIII). Quien después de comer el bocado, Satanás entró en él. Y se duplica y triplica la espada de los muertos, para que se resuelva el pecado de Jerusalén, porque ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados. Y el Señor se regocija y exulta, y es exhortador de la espada que arremete, para que vaya ya sea a la derecha, ya sea a la izquierda, y dondequiera que su rostro desee, para que, muertos los malos, queden los buenos, y se cumpla lo que está escrito: ¿Qué tiene la paja con el trigo? dice el Señor (Jer. XXIII, 32).

(Vers. 18 y ss.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, pon para ti dos caminos, y [Vulg. para que] venga la espada del rey de Babilonia. De una tierra saldrán ambos [Vulg. ambas], y con la mano tomará la adivinación: en la cabeza del camino de la ciudad la lanzará. Pondrás un camino, para que venga la espada a Rabá de los hijos de Amón, y a Judá, y a Jerusalén [Vulg. en Jerusalén] fortificada. Pues el rey de Babilonia se detuvo en el cruce, en la cabeza de dos caminos buscando adivinación, mezclando flechas. Consultó ídolos, examinó entrañas. A su derecha se hizo la adivinación sobre Jerusalén, para que ponga arietes, para que abra la boca en la matanza, para que eleve la voz en el lamento, para que ponga arietes contra las puertas, para que amontone un terraplén, para que construya fortificaciones. Y será como quien consulta en vano un oráculo a sus ojos, e imitando el ocio de los sábados, él mismo recordará la iniquidad para capturar. Por eso dice el Señor Dios: Porque recordasteis vuestras iniquidades [Vulg. recordasteis vuestra iniquidad], y revelasteis vuestras transgresiones, y aparecieron vuestros pecados en todos vuestros pensamientos; por eso, digo, porque recordasteis [Vulg. recordasteis], seréis capturados con la mano. Sé que en este lugar según los intérpretes de los Setenta, he leído una exposición múltiple de alguien, refiriendo Rabá de los hijos de Amón al pueblo de las naciones: y a Judá y Jerusalén a aquellos que se congregan bajo el nombre de Cristo, y dan con sus hechos la dignidad del nombre, y al rey de la confusión, el diablo, estar en toda cabeza de caminos, y acechar en secreto; y se cumple aquel versículo: Pusieron tropiezo junto al camino para mí (Sal. CXXXIX); y él está en el cruce, deseando retener a los suyos, o adquirir un nuevo servicio para sí; y siempre ir a la derecha, a aquellos que están puestos en la parte derecha, para atacarlos, para exultar en la matanza, para que con arietes y la acumulación de obras terrenales capture la miserable Jerusalén; y primero, para que parezca que no hace nada, y se esfuerza en vano. Pero él recordando las iniquidades de aquellos que habitan en la Iglesia, más bien con malas obras traen a la memoria de las potestades adversarias los crímenes pasados, se revelan todos los pecados del pueblo y sus pensamientos, y por eso son capturados, porque han acumulado nuevos delitos sobre los antiguos. Esto lo diría otro, nosotros debemos seguir la verdad de la historia comenzada. Cuando, dice, me dijo la palabra divina: Profetiza, hijo de hombre, y habla a la espada y di: Espada, espada, y las demás cosas que contiene la profecía de la espada; en segundo lugar vino a mí la palabra del Señor, diciendo: ¿Quieres, hijo de hombre, saber quién es esta espada, y aprender más claramente la persona de la espada que arremete? Escucha lo que digo: pon dos caminos, para que por ellos venga la espada del rey de Babilonia, que saldrá por un camino de los caldeos, pero cuando venga por el desierto y la soledad al cruce de la tierra de Arabia, que se llama de los hijos de Amón, de los cuales un camino lleva a Jerusalén a la parte derecha, y el izquierdo a Rabá de los hijos de Amón, que es la ciudad metrópoli, y hoy se llama Filadelfia: recordando, dice, la destrucción que ocurrió al rey asirio cuando ciento ochenta y cinco mil fueron muertos en una

noche, temerá desviarse a la parte derecha, e ir contra la fortificada Jerusalén; pero se detendrá en el mismo cruce, y según el rito de su gente consultará el oráculo, para lanzar sus flechas en la aljaba, y mezclarlas inscritas, o marcadas con los nombres de cada uno, para ver de quién saldrá la flecha, y qué ciudad debe atacar primero. Esto los griegos lo llaman belomancia, o rabdomancia. Consultó, pues, ídolos; examinó entrañas. A la derecha se hizo su adivinación, para que fuera contra Jerusalén, y la atacara, amontonara terraplenes, pusiera arietes, construyera fortificaciones, y cerrara la ciudad, y en la matanza abriera su boca, y provocara el rugido del ejército exultante y ululante. Haciendo esto, parecerá a los habitantes de Jerusalén consultar en vano el oráculo; y como si pasara el ocio de los sábados, es decir, jugar, y no realizar ninguna obra. Pero el rey de Babilonia, no confiando en su fortaleza, sino en la iniquidad del pueblo, sabiendo que han ofendido a Dios, y han acumulado los pecados de los padres con nuevos delitos, y sus transgresiones han sido manifiestas a todos; y por eso no dudará de la victoria, porque confiará en la iniquidad de Jerusalén. Esto según el hebreo, del cual los Setenta no difieren tanto en sentido como en palabras en muchos lugares.

(Vers. 25 y ss.) Tú, pues, profano, impío líder de Israel, cuyo día ha llegado en el tiempo de la iniquidad prefijada. Así dice el Señor Dios: Quita la tiara: quita la corona. ¿No es esta la que elevó al humilde, y humilló al sublime? Iniquidad, iniquidad, iniquidad pondré sobre ella: y esto no será hasta que venga [Vulg. viniera] aquel a quien pertenece el juicio, y se lo entregaré. LXX: Y tú, profano, impío líder de Israel, cuyo día ha llegado, en el tiempo del fin de la iniquidad. Así dice el Señor Dios: Has quitado la tiara, y has puesto la corona. Esto no será igual. Has humillado al excelso, y has elevado al humilde. Iniquidad, iniquidad pondré sobre ella: ni esto será así, hasta que venga aquel a quien se debe: y se lo daré. Símaco ha interpretado este lugar así: Tú, pues, profano, impío líder de Israel, cuyo día ha llegado en el tiempo de la iniquidad establecido: Así dice el Señor Dios: Ha quitado la tiara, y ha tomado la corona: ni esto ni aquello: elevará al humilde, y humillará al sublime. Iniquidad, iniquidad, iniquidad haré de ello. Y esto no fue este, a quien pertenece el juicio, a quien daré. Después de la subversión de la ciudad de Jerusalén y la cautividad del pueblo, la palabra se dirige al líder de Israel, de quien nadie duda que se refiere a Sedequías, en quien el imperio de los reyes de Israel de la estirpe de David terminó. Ha llegado, dice, para ti el día, que por largo tiempo ha sido prefijado en ti, y por ti el sacerdocio y el reino del pueblo de los judíos han perecido. Pues la tiara es el distintivo del pontífice: la corona, es decir, el diadema, es el indicio del rey. ¿No es esta la tiara, y esta la corona que no hizo nada con juicio; sino que a imitación del rey de Babilonia, a quienes quería exaltaba, y a quienes quería humillaba? Por eso no una vez, ni según los Setenta dos veces, sino tres veces pondré iniquidad sobre ti para siempre, que no te fue imputada de inmediato, sino hasta que venga Cristo, a quien pertenece el juicio, y el Padre le entregue el reino y el sacerdocio, o la Iglesia congregada de las naciones: Pues el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio ha dado al Hijo (Juan V, 22). Y en otro lugar: Dios, dice, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 1). Este es a quien está reservado el imperio, y el sacerdocio eterno, de quien también hablaba Jacob: No faltará príncipe de Judá, ni líder de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado: y él será la expectativa de las naciones (Gen. XLIX, 10). En ese lugar donde nosotros hemos interpretado: ¿No es esta, Símaco ha traducido bellamente, ni esto, ni aquello. Pues habiendo dicho: Quita la tiara, quita la corona, añadió, ni esto ni aquello, es decir, el reino cesará, y el sacerdocio. Por eso quienes después fueron reyes y sacerdotes hasta la venida de Cristo, uno de los cuales fue Hircano, que se puso el diadema en la cabeza, en vano quiso reivindicar para sí esto y aquello, cuando el reino no le correspondía después de Sedequías, sino a aquel a quien estaba reservado, y que fue la expectativa de las naciones, de las cuales también habla Malaquías: Vosotros, sacerdotes, que contamináis mi nombre (Mal. I, 6). Y poco después: No tengo voluntad en vosotros, y no aceptaré ofrendas de vuestras manos. Desde el nacimiento

del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones: y en todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi nombre una ofrenda pura. Esta ofrenda pura, sin sangre de machos cabríos, carneros, y toros (Sal. XLIX), se cumple en la venida de Cristo, cuando vino el deseado de las naciones, y surgió el sol de justicia, en cuyas alas hay sanidad (Agg. II).

(Vers. 28 y ss.) Y tú, hijo de hombre, profetiza, y di: Así dice el Señor Dios a los hijos de Amón, y a su oprobio. Y dirás: Espada, espada, desenváinate para matar: afílate para matar y brillar. Cuando te parecían vanas, y se adivinaban mentiras, para que fueras dado sobre los cuellos de los heridos impíos, cuyo día ha llegado en el tiempo de la iniquidad prefijada. Vuélvete a tu vaina, al lugar donde fuiste creado: en la tierra de tu nacimiento te juzgaré. Y derramaré sobre ti mi indignación, en el fuego de mi furor soplaré sobre ti: y te daré en manos de hombres necios, y fabricadores de corrupción [Vulg. destrucción]. Serás alimento del fuego; tu sangre estará en medio de la tierra: serás entregado al olvido, porque yo, el Señor, he hablado. La espada del rey de Babilonia se detuvo en la cabeza de dos caminos, en el cruce de la derecha y la izquierda, de los cuales uno conducía a Jerusalén; el otro a Rabá de los hijos de Amón, y salió la suerte, para que fuera primero contra Jerusalén, leímos arriba. Habiendo sido atacada y capturada, también su reino y sacerdocio perecieron para siempre. Quedaba a los hijos de Amón, y el mismo orden de la división requería, qué se hizo del camino izquierdo. Por eso se ordena al profeta, que hable a los hijos de Amón, y a su oprobio, que también ellos serán capturados, y dirige el discurso a la misma espada: Oh espada, espada, que estás preparada para la matanza, que estás afilada, para brillar y matar: aunque los ídolos te hayan respondido, y todo lo que se responde de los demonios sea vano, para que, por así decirlo, te ciernas sobre los cuellos de los heridos, y por ti se cumpla lo que el Señor había amenazado por mucho tiempo; sin embargo, habiendo cumplido tu obra, lo que hiciste contra los hijos de Amón, vuélvete a tu vaina, es decir, a Babilonia, al lugar donde fuiste hecho y creado: para que en la tierra de tu nacimiento te juzgue, y derrame sobre ti mi indignación, y seas capturado por la virtud de los medos y persas. Lo cual se dice más plenamente en el volumen de Isaías, en la visión contra Babilonia: He aquí que yo levanto sobre ellos a los medos. Y poco después: Y será Babilonia, la gloriosa en los reinos, célebre en la soberbia de los caldeos, como Dios subvirtió a Sodoma y Gomorra: no será habitada hasta el fin (Isa. XIII, 17 y ss.). Y porque una vez bajo la persona de la espada hablaba del rey, más bien del reino de Babilonia, mantiene la metáfora. En el fuego, dice, de mi furor soplaré sobre ti; para hacerte consumir por el fuego, y te entregaré en manos de hombres necios e inexpertos, que no tienen el arte de forjar espadas y afilarlas; para que no seas más afilada, pulida, y brilles para matar; sino que seas alimento del fuego, y tu sangre, que derramaste a la vista de todos, recaiga más bien sobre ti; y seas entregado al olvido eterno, y perezcas para siempre, porque yo, el Señor, he hablado, cuyo decir es hacer.

(Cap. XXII.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, ¿no juzgas la ciudad de sangre y le muestras todas sus abominaciones? Y dirás: Así dice el Señor Dios: Ciudad que derrama sangre en medio de sí, para que venga su tiempo, y que ha hecho ídolos contra sí misma, para contaminarse. En tu sangre que has derramado, has pecado, y en tus ídolos que has hecho, te has contaminado, y has acercado tus días, y has traído el tiempo de tus años: por eso te he dado al oprobio de las naciones, y a la burla de todas las tierras. Las que están cerca y las que están lejos de ti se burlarán de ti, noble en suciedad, grande en destrucción. He aquí que los príncipes de Israel, cada uno con su brazo, han estado en ti para derramar sangre. Han afrentado a padre y madre en ti. Han calumniado al extranjero en medio de ti. Han oprimido al huérfano y a la viuda en ti: mis santuarios has despreciado, mis sábados has profanado. Hombres detractores han estado en ti para derramar sangre, y han comido sobre los montes en ti. Han cometido incesto en medio de ti. Han

descubierto la desnudez del padre en ti, y han humillado la inmundicia de la menstruante en ti, y cada uno ha cometido abominación con la mujer de su prójimo, y el suegro ha contaminado a su nuera nefandamente. El hermano ha oprimido a su hermana, hija de su padre, en ti. Han recibido regalos en ti para derramar sangre. Has tomado usura y ganancia excesiva, y has calumniado avaramente a tus vecinos; y te has olvidado de mí, dice el Señor Dios. He aquí que he golpeado mis manos por tu avaricia que has hecho, y por la sangre que ha sido derramada en medio de ti. ¿Podrá tu corazón soportar, o prevalecerán tus manos en los días que yo te haré? Yo, el Señor, he hablado, y lo haré. Y te dispersaré entre las naciones, y te aventaré por las tierras, y haré que tu inmundicia se aleje de ti, y te poseeré ante las naciones: y sabrás que yo soy el Señor. Y tú, dice, hijo de hombre (usaré el término habitual contigo), juzga la ciudad de sangre, y muéstrale todas sus abominaciones, para que sepa que merece soportar la inminente cautividad, y que ha traído el tiempo de su ruina con muchas sangres. Primero de todos los crímenes, has venerado ídolos en lugar de Dios; y has adorado las obras de tus manos, y has acercado el tiempo de tus años, que durante mucho tiempo se decía y se posponía, para que hicieras penitencia. Pero tú, según tu corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira (Rom. II). Por eso te he dado al oprobio de las naciones, y a la burla de todas las tierras que están a tu alrededor, tanto cerca como lejos: que se burlarán de ti. Sucia, noble, grande en destrucción. Sucia, porque dejaste de ser pura. Noble en el mal, que una vez superabas a todas las ciudades en nobleza en el bien. Grande en destrucción: para que cuanto más alta eras, más fuerte caerías. Y mientras tanto, para dejar de lado otras cosas, enumeraré algunas que han estado en ti. Tus príncipes, no con justicia, sino con la fuerza del brazo, han derramado sangre inocente en ti. Otros han afrentado a padre y madre, o han maldecido a los padres, como dice la Escritura: El que maldiga a su padre y a su madre, morirá (Éxodo XXI, 17). Han oprimido al extranjero y al peregrino en medio de ti: como si no les bastara la angustia de la peregrinación y el exilio de su patria. Han oprimido al huérfano y a la viuda en ti: para que aquellos cuyo único patrimonio es la justicia de las leyes, no solo se entristezcan, sino que sean oprimidos por ti. Has despreciado mis santuarios, y has profanado mis sábados: para que no distingas entre lo santo y lo profano, entre el día decretado para la religión, el descanso del sábado para el culto de Dios, y los demás días, en los que está permitido por ley trabajar y servir a las necesidades de la carne. Hombres detractores, o según Symmachus y Theodotion, engañosos, lo que en hebreo se dice RACHIL, y homicidas han estado en ti, para blasfemar a Dios, o hacer todo con engaño o violencia. Y han comido en los montes, sabios en lo alto, y elevados contra Dios con soberbia, han cometido incesto en medio de ti: para que lo que rara vez se hace en rincones y en secreto, cuando se evita por la mala conciencia de los hombres, tú lo hayas hecho abiertamente. Lo que es incesto, el siguiente discurso lo indica: Han descubierto la desnudez del padre en ti, unidos contra la ley y lo lícito con la madrastra, y han humillado la inmundicia de la menstruante en ti, sin respetar la naturaleza, ni dar tregua a la deshonra, y codiciando a la mujer de su prójimo. Y lo que es más criminal, el suegro se ha encendido en lujuria con la nuera, y el hermano ha desconocido los derechos de la hermana: para no violar a la hermana uterina, sino a la del mismo padre. Han recibido regalos; para derramar sangre inocente. Han convertido la necesidad de los pobres en ganancia, para tomar usura y ganancia excesiva; y por avaricia han calumniado a los amigos. Esto, dice, has hecho, oh Jerusalén, porque te has olvidado de mí. La memoria de Dios excluye todos los crímenes. Por eso he asumido el hábito del Señor airado, y he golpeado mis manos contra tu avaricia, y contra la sangre que ha sido derramada en medio de ti; para que entiendas, y con la mente reconozcas, si puedes soportar mi ira con el ánimo o con las manos. Porque yo, el Señor, he hablado, y yo lo haré: y después de que hayas sido capturada, Jerusalén, te dispersaré entre las naciones, y te aventaré al aire, como paja inútil para ser llevada aquí y allá: y soy de tal clemencia, que mi severidad se convertirá en misericordia. Porque haré todo para que tu inmundicia se aleje

de ti, y recuperes la pureza original. Cuando la hayas recuperado, te poseeré ante todas las naciones: para que cuando hayas sido poseída por mí, entonces entiendas que yo soy el Señor. Pero si seguimos la interpretación de Symmachus y Theodotion, de los cuales uno dice: Y te heriré, o te perforaré: el otro: Y te contaminaré ante las naciones, todo debe referirse a la mala parte: aunque eso sea contrario a este sentido, que se dice arriba: Y haré que tu inmundicia se aleje de ti. Porque la desaparición de la inmundicia es la restauración de la pureza. He discutido ambas ediciones para evitar la extensión de los libros.

(Vers. 17 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, la casa de Israel se ha convertido para mí en escoria. Todos ellos, cobre, estaño, hierro y plomo en medio del horno: se han convertido en escoria de plata. Por eso dice el Señor Dios: Porque todos se han convertido en escoria: por eso he aquí que yo os reuniré en medio de Jerusalén como se reúne la plata, el cobre, el hierro, el estaño y el plomo en medio del horno, para encender en ella fuego para fundir. Así os reuniré en mi furor, y en mi ira, y descansaré, y os fundiré, y os encenderé en el fuego de mi furor, y seréis fundidos en medio de ella como se funde la plata en medio del horno: así seréis en medio de ella, y sabréis que yo soy el Señor cuando haya derramado mi indignación sobre vosotros. La palabra hebrea SIG, Symmachus la ha interpretado como escoria, la primera edición de Aquila como στέμφυλον y γίγαρτον, que ambos significan el hueso de la uva, y su segunda traducción, y los Setenta la han traducido como mezcla. Por lo tanto, escoria significa las impurezas y desechos de los metales; para que, con la cautividad cercana, o más bien con la inminente destrucción de la ciudad, se aplique fuego: para que bajo la metáfora de la fundición, quede la plata pura, que había sido mezclada y violada con cobre, estaño, hierro y plomo: de los cuales tres, cobre, estaño y plomo, son materiales fundibles, y se disuelven con el fuego. El hierro, sin embargo, se ablanda y se adelgaza entre el yunque y el martillo, y toma diversas formas, según sea la voluntad del artesano. Así como la plata que los metales mencionados han violado, se pone en el horno, para que, eliminadas las impurezas y los materiales adulterinos, quede pura: así, dice, os reuniré en medio de Jerusalén, y la rodearé con el asedio de Babilonia, para encender en vosotros fuego para fundir. Y lo que allí hace el inmenso ardor de las llamas, aquí lo hará el hambre y la pestilencia: para que después de haberos reunido, y encendido en el fuego de mi furor, entonces descansaré, y calmaré el dolor del desprecio con la venganza de vuestras penas. Y haré todo esto, para que después de haber derramado mi indignación sobre vosotros, el fin de vuestro tormento sea el conocimiento de mí: y sepáis que yo soy el Señor, juez de todos y retribuidor. Que se diga que es fundidor, lo leemos en muchos otros lugares, pero especialmente en Malaquías e Isaías, de los cuales uno dice: He aquí, dice, el Señor sale como fuego de fundidor y como hierba de lavadores, y se sentará fundiendo como oro y plata, y fundirá a los hijos de Leví (Mal. III, 1, 3). El otro: Y lavará el Señor las inmundicias de los hijos e hijas de Sion, y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio y espíritu de combustión (Isa. IV, 4). Y creo que eso significa lo que se dice en los Salmos: Pruébame, Señor, y examíname (Sal. XXV, 2). Después de lo cual se añade: Quema mis riñones y mi corazón: para que toda la pituita de humor nocivo de los lomos se seque con sus crímenes y el velo que se ha puesto. Lo que hemos entendido de Jerusalén, entendámoslo del estado de las almas, que fueron creadas puras por Dios: y recibieron oro en sentido y sabiduría, y plata en palabra y elocuencia, para que lo que conciban con la mente, lo expliquen con palabras. De la plata leemos: Las palabras del Señor, palabras puras: plata probada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 5). Del oro y la plata, el salmo sesenta y siete contiene, en el que está escrito: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma plateadas, y las partes traseras, o interiores de su espalda en verdor, o palidez de oro (Sal. LXXVII, 14). Porque toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV, 14), que habla en el Cantar de los Cantares: El rey me ha introducido en su cámara

(Cant. I, 3). Quien duerma y descanse entre los dos Testamentos, inmediatamente asume las alas de la paloma plateadas, y brillará con el resplandor del oro en el tesoro del corazón. Creo que a este sentido deben referirse también aquellas cosas, que para los pecadores y los que han merecido la ofensa de Dios, el cielo es de bronce, la tierra es de hierro, y especialmente la tierra de Egipto, de la cual el Señor saca a Israel, como de un horno de hierro. En Zacarías también la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo (Zac. V). Y en el cántico de Éxodo se dice: Se hundieron como plomo en las aguas violentísimas (Éxodo XV, 10). Porque eran oprimidos por el peso grave de los pecados, y podían decir: Como carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. XXXVII, 6). Así como la apariencia del oro es falsificada por la semejanza adulterina del cobre, así el estaño simula el brillo de la plata, que el simple y rústico no distingue fácilmente. Y a menudo sucede que el oro y la plata mezclados con la perversidad herética, son separados por el fuego del Espíritu Santo y el juicio del Señor, y queda el oro puro y la plata, de la cual el profeta dice: Les di plata y oro; pero ellos hicieron de ellos a Baal (Oseas II, 8). Lo cual es similar a: Los saqué con plata y oro, y no había en sus tribus enfermo (Sal. CIV, 37): y el fin de todas las penas sea conocer que él es el Señor. La piedra de estaño, o la masa de estaño, también la leemos en Zacarías (Zac. IV): que hemos interpretado en su lugar.

(Vers. 23 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, dile: Tú eres tierra impura, y no lavada en el día de la ira. Conjuración de profetas en medio de ella, como león rugiente y que arrebata la presa: devoraron almas, tomaron riquezas y precio, multiplicaron sus viudas en medio de ella. Sus sacerdotes despreciaron mi ley, y profanaron mis santuarios. No hicieron distinción entre lo santo y lo profano, y no entendieron entre lo impuro y lo limpio, y apartaron sus ojos de mis sábados, y fui profanado en medio de ellos. Sus príncipes en medio de ella como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre, y destruir almas, y avaramente seguir ganancias. Pero sus profetas los enlucían sin mezcla, viendo vanidades, y adivinando mentiras para ellos, diciendo: Así dice el Señor Dios, cuando el Señor no ha hablado. El pueblo de la tierra calumniaba con calumnia, y arrebataban violentamente: afligían al pobre y al necesitado, y oprimían al extranjero con calumnia sin juicio. Y busqué entre ellos un hombre que interpusiera un muro, y se pusiera en la brecha delante de mí por la tierra, para que no la destruyera, y no lo hallé. Y derramé sobre ellos mi indignación, en el fuego de mi ira los consumí. Su camino sobre su cabeza devolví, dice el Señor Dios. Un oyente diligente podría preguntar qué es la escoria que ha violado la pureza de la plata, y que se ha mezclado con cobre, plomo, estaño y hierro. Lo que allí se expresó bajo la persona de la ciudad y el horno, aquí se predica bajo la apariencia de la tierra, que no ha sido regada, ni ha recibido lluvia. Debemos entender esas lluvias de las que está escrito: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Isa. V, 6): que esperamos, cuando se nos da la lluvia temprana y tardía, de la cual está escrito: Segregarás lluvia voluntaria, Dios, a tu heredad (Sal. LXVII, 10). El día de la ira es el que cada uno se concilia con la multitud de pecados. Queremos saber qué es la escoria de la ciudad, qué es la dureza de la tierra llena de espinas y cardos. Conjuración, dice, de los profetas, o según los LXX, de los líderes en medio de ella que tienen la semejanza de un león, del cual también escribe Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor (I Pedro V, 8). Este león y todos sus compañeros no buscan devorar cuerpos, sino almas, y toman recompensas, y juzgan todo por dinero. Que en aquel tiempo sucedió al pueblo de los judíos, no hay duda. Porque por los sacerdotes y príncipes y profetas el Señor trajo el mal sobre ellos. Pero en nuestra Jerusalén esto lo vemos a menudo: que según los Setenta devoran almas en poder, y toman precio, para hacer muchas viudas, que han perdido al Señor esposo. La facción de estos profetas es, y su conjuración, que sean mutuamente sus defensores, y hagan todo por la gracia de la ganancia deshonesta. Los sacerdotes que deberían ser los líderes del templo, y de cuya boca se busca el

conocimiento de la Ley, violan los santuarios, y no tienen ninguna distinción entre lo santo y lo profano, salvo la del dinero. Apartan sus ojos de los sábados, y no recuerdan el descanso de Dios que está en el conocimiento de las Escrituras; ni dicen con el profeta: Abre mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII, 18). Ni aquello del Apóstol: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplamos la gloria del Señor (I Cor. III, 12). Entre tales profetas y sacerdotes, el Señor está en medio, profanado, de quien está escrito: En medio de vosotros está a quien no conocéis (Juan I, 26). Los profetas, pues, o líderes, son comparados con leones. Pero los príncipes, que entendemos como hombres de grado inferior, imitan el robo de los lobos, para derramar sangre no de cuerpos, sino de almas, y avaramente buscan ganancias, no contentos con aquello: Los que sirven al altar, vivan del altar (I Cor. IX, 13): sino que después de haber accedido al ministerio de Dios, acumulan las riquezas de Creso. También aquellos profetas que predicen lo que vendrá, los enlucían sin mezcla, de lo cual también hemos hablado antes, de los profetas vaticinantes, que enlucieron el muro sin mezcla de paja, que se disipa con las lluvias. Estos ven vanidades, y no tanto profetizan, como adivinan mentiras, diciendo a la tierra miserable: Así dice el Señor, el Señor promete esto: cuando el Señor no ha hablado a ellos. Pero el pueblo de la tierra, no de Dios, sino de las obras terrenales, emulador de los príncipes y sacerdotes, hacía todo por calumnia y poder: no oprimiendo a los ricos, sino a los pobres, de los cuales está escrito: Pero el pobre no soporta la amenaza. Y: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). También oprimían con calumnia al extranjero y al peregrino, que aún no había sido hecho ciudadano de la Iglesia, sino solo oyente, y teniendo los inicios de la fe: para que después de haber recorrido el mar y la tierra seca, hicieran un prosélito, y lo hicieran hijo del infierno. Entre tantos vicios y multitud de crímenes, busqué entre ellos un hombre que pudiera resistir mi ira, y como Moisés, Aarón y Samuel, se opusiera a mi fuego y mi incendio; y no pude encontrarlo. Por eso hablaba a Moisés: Déjame, y destruiré a este pueblo (Éxodo XXXII, 10). Y porque no pude encontrar a quien me resistiera y me retuviera, por eso derramé toda mi indignación sobre ellos, y los consumí, no sin medida y juicio, sino para devolver sus caminos sobre sus cabezas, o atribuyendo los pecados que habían cometido a sus autores, o ciertamente sobre las cabezas del pueblo del líder, príncipe y profeta, de los cuales no hubo ninguno que se atreviera a resistir al Señor airado, y por cuya causa la tierra desolada y desierta no mereció recibir la lluvia del Señor.

(Cap. XXIII.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, dos mujeres, hijas de una misma madre, fueron, y se prostituyeron en Egipto, en su juventud se prostituyeron. Allí fueron oprimidos sus pechos, y fueron quebrantados los senos de su pubertad (o, como se contiene en la LXX, Allí cayeron sus pechos, y allí fueron desvirgadas). Sus nombres, Oolla la mayor (o la mayor), y Ooliba su hermana. Y las tuve (o se hicieron mías), y dieron a luz hijos e hijas. Y sus nombres, Samaria Oolla, y Jerusalén Ooliba. Se prostituyó, pues, Oolla sobre mí, y enloqueció (o se fue) tras sus amantes en los asirios, que se acercaban a ella, vestidos de púrpura, príncipes y magistrados, jóvenes de deseo (o escogidos) todos ellos jinetes montados en caballos. Y entregó sus prostituciones sobre ellos, escogidos hijos de los asirios todos, y en todos sobre los que enloqueció en sus inmundicias (o invenciones) fue contaminada. Además, no dejó sus prostituciones que había tenido en Egipto. Pues también ellos durmieron con ella en su juventud, y ellos quebrantaron los pechos de su pubertad (o también ellos la desvirgaron): y derramaron su prostitución sobre ella. Por eso la entregué en manos de sus amantes, en manos de los hijos de Asur, sobre cuya lujuria enloqueció. Ellos descubrieron su ignominia: tomaron a sus hijos e hijas; y a ella misma mataron a espada. Y se hicieron mujeres famosas (o se hizo en el dicho de las mujeres); y juicios (o venganzas) hicieron en ella.

Las doce tribus de Israel que estuvieron unidas en Egipto, después de ser divididas en dos y diez tribus, llamadas Judá e Israel, la Escritura de Reyes y Crónicas lo atestigua. Judá reinó de la estirpe de David, Roboam hijo de Salomón en Jerusalén, donde estaba el templo y los sacerdotes, y gran parte de la tribu de Leví. Pero las diez tribus en Samaria Jeroboam hijo de Nabat de la tribu de Efraín y José; de las cuales Samaria ahora se llama Oolla, que en nuestra lengua significa tabernáculo: Jerusalén, en cambio, Ooliba, esto es, mi tabernáculo en ella. Pues también en las diez tribus había un tabernáculo no de Dios, sino de ídolos. Jeroboam, para apartar al pueblo del culto de Dios, había colocado becerros de oro en Dan y Betel. Digamos, pues, de cada una. Estas dos mujeres, Samaria y Jerusalén, fueron hijas de una misma madre, generadas de la estirpe de Israel, y se prostituyeron en Egipto en su juventud. Pues no habrían recibido la Ley sacadas de Egipto en el monte Sinaí, prohibiéndoles venerar ídolos, si en Egipto no hubieran venerado los portentos egipcios. Sin embargo, la madre de ambas puede ser la hitita, de la que leímos antes: Vuestro padre amorreo, y vuestra madre hitita (Supra XVI, 3). Pero también cuando se dice: Cada uno quite las abominaciones de Egipto de sus ojos, esto significa que en Egipto Israel sirvió a los ídolos, y allí cayeron, o fueron quebrantados los pechos de su virginidad; y Samaria se dice mayor y más antigua, ya sea por la multitud de las diez tribus, o porque después de la muerte de Moisés de la tribu de Efraín, Josué hijo de Nun presidió al pueblo: de donde también leemos que Jeroboam, quien las dividió, fue de la casa de David (III Reyes XII). Y Dios las tuvo, o se hicieron suyas, cuando gemían por las obras de Egipto, sirviendo antes al barro y al ladrillo. Que después le dieron hijos e hijas, ya sea en el desierto, o en la tierra de la promesa. Y primero se prostituyó Oolla, es decir, Samaria, sobre Dios, cuando enloqueció en los asirios, que estaban vestidos de púrpura, y no cualquiera del pueblo, sino líderes y magistrados, ni ancianos, sino todos jóvenes, jinetes escogidos, cuyos ídolos siguió, y de quienes contra la orden de Dios pidió ayuda. Que vinieron y la contaminaron, para que no dejara lo que había hecho en su juventud en Egipto. Pues también los egipcios se habían acostado con ella en su juventud, cuyos ídolos veneró; y allí fue desvirgada, y fueron quebrantados sus pechos: y tanta fue la abundancia de prostitución, que no se dice que se prostituyeron con ella, sino que derramaron su prostitución sobre ella. Por eso fue entregada a sus mismos amantes, Pul y Teglatfalasar, y Salmanasar, en cuya lujuria enloqueció, y ellos descubrieron su ignominia, tropológicamente, como de una mujer prostituta (IV Reyes XVII y XVIII, I Crónicas V). La revelación de la ciudad es la cautividad, que llevaron cautivos a sus hijos e hijas, y a ella misma mataron a espada, de modo que fue degollada como ejemplo de todas las mujeres; y en mala parte se celebra en el dicho de todas. Que hicieron juicios y venganzas en ella, para que no quedara en ella nada de salvación; sino que hasta hoy las diez tribus son mantenidas cautivas en los montes y en las ciudades de los medos, a donde fueron trasladadas. Según la anagogía en el profeta Oseas, qué significa José, Efraín, Samaria, Jezrael, e Israel, y cómo son contrarias a la casa de David, y Jerusalén, que significa la Iglesia, lo hemos discutido más plenamente. De las cuales también el salmo setenta y siete suena: Los hijos de Efraín, armados y tiradores de arco, se volvieron atrás en el día de la batalla (Salmo LXXVII, 9). Y de nuevo: Rechazó el tabernáculo de José, y eligió la tribu de Judá (Ibid., 67). Pues Dios eligió la casa de la confesión, la Iglesia, y rechazó el tabernáculo de José, que se interpreta como aumento. Que, dejando de lado la Ley de Dios, añadieron becerros de oro a su culto: y se llaman Oolla, es decir, tabernáculo, no de Dios, sino del error y de los demonios. Y la hermana mayor y más antigua, por la multitud y la cautividad de los asirios, se prostituyó contra Dios, porque abandonó la verdad de la fe, y enloqueció en los príncipes herejes, sus amantes, que estaban vestidos de púrpura, prometiéndole cosas altas y celestiales; y jinetes, de los cuales se ha dicho: Estos en carros, y aquellos en caballos (Salmo XIX, 8), escogidos hijos de los asirios y líderes y magistrados, que se prometen a sí mismos conocimiento y elocuencia. Esto lo hizo porque las mismas prostituciones que había tenido en Egipto, es decir, antes de creer, y aún

se movía en el mundo, también las ejerció en la herejía. Y fue desvirgada por los hombres asirios que perseveran en la maldad, o vengadores. Pues nuestro adversario el diablo, él es el enemigo y vengador (I Pedro V). Ellos quebrantaron los pechos de Samaria; y la virginidad que había tenido en la Iglesia, la perdieron. Por eso fue entregada a sus amantes, según el Apóstol que escribe: Los entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Timoteo I, 20). Y: Los entregué a la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Corintios V, 5). Ellos descubrieron la ignominia de la miserable Samaria, y mostraron toda su torpeza, y llevaron cautivos a sus hijos e hijas, que de ella fueron generados, dotados de conocimiento, y simples e ignorantes, y a ella misma mataron con la espada espiritual: y en mala parte se celebra en el dicho de todo el mundo, y se hacen famosas entre todos los dogmas del siglo, para que en ejemplo de todas las mujeres se castigue su torpeza.

(Vers. 11 seqq.) Cuando su hermana Ooliba lo vio, enloqueció más que ella en lujuria: y ofreció su prostitución sobre la prostitución de su hermana a los hijos de los asirios impúdicamente: a los líderes y magistrados que venían a ella, vestidos con vestiduras variadas (o preciosas); jinetes que montaban caballos, y jóvenes, todos de hermosa apariencia. Y vi que estaba contaminada por el mismo camino de ambas, y aumentó sus prostituciones. Y cuando vio a los hombres pintados en la pared, imágenes de los caldeos expresadas con colores, y ceñidos con cinturones en los lomos, y tiaras teñidas en sus cabezas: forma de todos los líderes (o de todos los tristatarum) semejanza de los hijos de Babilonia, y de la tierra de los caldeos en la que nacieron: y enloqueció sobre ellos con la concupiscencia de sus ojos, y envió mensajeros a ellos en Caldea. Y cuando vinieron a ella los hijos de Babilonia al lecho de los pechos (o de los que se desvían), la contaminaron con sus fornicaciones, y fue contaminada en ellos, y su alma se sació (o se apartó) de ellos. Y descubrió sus prostituciones, y descubrió su ignominia: y mi alma se apartó de ella, como mi alma se apartó de su hermana. Pues multiplicó sus prostituciones, recordando los días de su juventud, en los que se prostituyó en la tierra de Egipto. Y enloqueció en lujuria sobre el concubinato de ellos, cuyas carnes son como las carnes de los asnos: y como el flujo de los caballos, su flujo (o las vergüenzas de los caballos, sus vergüenzas). Y visitaste el crimen de tu juventud: cuando fueron oprimidos en Egipto tus pechos, y fueron quebrantados tus senos de pubertad.

Según la letra, la interpretación es fácil, que viendo Ooliba, es decir, Jerusalén, en la que estaba el tabernáculo de Dios, las plagas de su hermana, no fue advertida por el ejemplo, para que retirara su pie del error; sino que aumentó la prostitución de su hermana. Pues aquella una vez y fuera fabricó ídolos en Dan y Betel: pero esta frecuentemente en los lugares altos, y en el templo de Dios adoró la estatua de Baal, y se prostituyó con los asirios. El ídolo de Baal, o Bel, y (para decirlo más claramente) Belis, es la religión de los asirios, consagrada por Nino hijo de Belis en honor de su padre. Y ofreció su prostitución a los asirios impúdicamente, a los líderes y magistrados, que estaban vestidos con vestiduras variadas, y multicolores, jinetes y jóvenes de hermosa apariencia: de modo que la prostitución de ambas hermanas se hizo una. Pero Jerusalén aumentó sus prostituciones, porque viendo en las paredes las imágenes de los caldeos, enloqueció en lujuria, y engañada por su forma y vestimenta, envió mensajeros a ellos, pidiendo ayuda: que vinieron y la contaminaron. Y porque el placer no es perpetuo, sino que pronto trae saciedad: contaminada y saciada en ellos, se apartó de su alianza. Por lo cual yo también viendo las torpezas y prostituciones publicadas a todos, me aparté de ella, para que la que había superado los crímenes de su hermana, también superara a su hermana en la magnitud de los castigos. Que fue de tal procacidad, que cometió todos los errores de su juventud en una edad ya más grave: y siguió los vicios egipcios, también en la lujuria de los caldeos. Pues enloqueció una vez en el

concubinato de los egipcios, cuyas carnes son a semejanza de los asnos, y tan abundante flujo de semen, o vergüenzas tan grandes, que superan la deformidad de los caballos. Ni cesó el crimen de su juventud: más bien regresó después de haberse hecho mía, para que tanto en el desierto como en la tierra de la promesa superara la antigua lujuria, en la que fue desvirgada, y fueron quebrantados sus pechos, y toda la belleza de su virginidad pereció.

Por otro lado, según la tropología, es difícil la comprensión, cómo la Iglesia supera la lujuria herética, a menos que podamos decir esto, que el siervo que conoce la voluntad de su Señor, y no la hace, será azotado con muchos (Lucas XII, 47): y que los herejes cometen cosas nefandas fuera, y perecen en naufragio fuera del arca de Noé: pero los eclesiásticos si siguiendo la verdadera fe, imitan los vicios de Asiria y Caldea, y siguen las imágenes multicolores de los pecados, son dignos de mayores castigos. ¿Acaso no enviamos mensajeros a los caldeos, que se interpretan como demonios, cuando les abrimos, y les ofrecemos pechos para ser quebrantados en el pecho, donde está la morada de la mente, y saciados de placeres, pasamos de unos a otros; y no deseamos tanto la prostitución, como el número de prostitutas, y llegamos a tal furia, que después de mucho tiempo de servidumbre al Señor regresamos a Egipto, y hacemos lo que hicimos en el mundo, antes de recibir el nombre de la fe?

(Vers. 22 y ss.) Por tanto, Ooliba, así dice el Señor Dios: He aquí que yo levantaré a todos tus amantes contra ti, de los cuales tu alma está hastiada, y los reuniré contra ti en derredor: a los hijos de Babilonia, y a todos los caldeos, nobles, tiranos y príncipes, todos los hijos de los asirios, jóvenes de hermosa apariencia, jefes y magistrados, todos los príncipes de los príncipes, y renombrados jinetes de caballos. Y vendrán sobre ti equipados con carro y rueda, multitud de pueblos: se armarán contra ti por todos lados con coraza, escudo y casco. Y les daré juicio, y te juzgarán con sus juicios, y pondré mi celo en ti, que ejercen contigo con furia. Te cortarán la nariz y las orejas, y lo que quede, lo cortarán con espada. Ellos capturarán a tus hijos e hijas y lo que quede de ti será devorado por el fuego, y te despojarán de tus vestiduras, y tomarán tus vasos de gloria. Y harán que tu maldad descanse de ti, y tu fornicación de la tierra de Egipto: no levantarás tus ojos hacia ellos, y no recordarás más a Egipto.

LXX: Por tanto, Ooliba, así dice el Señor Dios: He aquí que yo levantaré a tus amantes contra ti, de los cuales tu alma se apartó, y los traeré contra ti alrededor de los hijos de Babilonia, y todos los caldeos φακοὺθ y συὲ y κοὺθ, y todos los hijos de los asirios con ellos, jóvenes, elegidos, jefes y magistrados, todos los tristatas, y renombrados jinetes de caballos. Todos vendrán sobre ti desde el norte, carros y ruedas, con multitud de pueblos, escudos y peltas, y pondrán guardia sobre ti en derredor. Y les daré juicio ante su rostro, y te juzgarán con sus juicios, y pondré mi celo en ti, y harán contigo en ira de furor. Te quitarán la nariz y las orejas, y a los que queden los derribarán con espada. Ellos capturarán a tus hijos e hijas, y lo que quede de ti será devorado por el fuego, y te despojarán de tu vestidura, y tomarán tus vasos de gloria, y apartarán tus impiedades de ti, y tu fornicación de la tierra de Egipto, y no levantarás tus ojos hacia ellos, y no recordarás más a Egipto. Porque recordaste las carnes de los egipcios, e imitaste la torpeza de la nación impura, que venera las imágenes de todas las bestias: por tanto, traeré contra ti a tus amantes, de cuyo abrazo te saciaste, te apartaste de su pacto: para que cuanto antes fue amor, en tanto odio te conviertas. Los hijos, digo, de Babilonia, y todos los caldeos, nobles, tiranos y príncipes; por los cuales en hebreo se tiene, PHACUD () y SUE () y CUE (), que muchas naciones orientales entienden, ya que tales nombres, ni en el volumen de los Reyes, ni en las Crónicas, ni siquiera en Jeremías, que describen la cautividad de Jerusalén, ni en algún lugar de la Sagrada Escritura encontramos.

No es de extrañar, si los Setenta pusieron los mismos nombres hebreos, ya que también Símaco y Teodoción están de acuerdo en las mismas palabras. Todos, dice, los asirios, jinetes, y jóvenes, de hermosa apariencia, jefes y magistrados, o tristatas, que nosotros hemos interpretado como príncipes de los príncipes. De los cuales también leemos en Éxodo (Éxodo XV, 4). Elegidos jinetes tristatas (τριστάτας), por los cuales la simplicidad latina tradujo, ternos estatores. Tristatae es un nombre entre los griegos, de segundo grado después de la dignidad real. De los cuales está escrito: Sin embargo, no llegó a los tres primeros, que eran príncipes de jinetes e infantes y de tributos [Al. tribunos] (I Crónicas XII, II Reyes XXIII): que nosotros llamamos magistrados de ambas milicias, y prefectos del título de annona. Todos, dice, en carros y en caballos, armados con coraza, casco y escudo, te asediaron por todos lados, y les daré juicio, para que aquellos que dejaste, y cuyo pacto hiciste nulo, por ellos seas juzgada: y te juzgarán con sus juicios como adúltera. Y pondré, dice, mi celo en ti, que ejercen contigo en furia. Mi celo es entre los enemigos, incluso de la fe no guardada. Te cortarán, dice, la nariz y las orejas, como a una adúltera y sorprendida en adulterio: para que, desfigurada, dejes de agradar. Pues como en el rostro toda la belleza de la boca reside en el adorno de la nariz, y en las orejas, de las cuales en las mujeres cuelgan perlas y margaritas: así la dignidad del rey y de los jueces, que se señala en la boca y en las orejas, será cortada por su espada. Ellos capturarán a tus hijos e hijas. Dice, tuyos y tuyas, no míos y mías, porque fueron engendrados en adulterio, y lo demás será devorado por el fuego. Y te despojarán, dice, de tus vestiduras, con las que te había adornado, y de tus vasos de gloria, que te había concedido para las ceremonias del templo de oro y plata, de los cuales está escrito: Yo les di oro y plata, y ellos hicieron de ello a Baal (Oseas II, 8). Todo esto lo haré, para que, perdida la belleza y desfigurada la cara por el veneno [Al. veneficio], cese alguna vez tu maldad, y la fornicación que aprendiste y ejerciste en Egipto: para que después de que pierdas la nariz y las orejas, no te atrevas a levantar tus ojos hacia los caldeos, y mostrar tu fealdad a los antiguos amantes: ni recuerdes más la lujuria de los egipcios, cuya magnitud de carnes te deleitaba. Todo esto se dice bajo la metáfora de una adúltera, y por el adulterio desfigurada: para que no se gloríe más en su belleza; sino que se avergüence en la fealdad, que mereció por la magnitud de sus placeres. Todo lo que se dice de Jerusalén tropológicamente, también puede referirse al alma, que unida a Dios en virtud, después adulteró en vicios, y se apartó de él, y descubiertos todos sus crímenes, fue desnudada y desfigurada y mostrada a todos, para que cese un poco de su maldad: ni se gloríe en la dignidad del nombre, sino que por la mala conciencia y el recuerdo de Egipto, no se atreva a levantar los ojos al cielo. Por lo cual también se le corta la nariz, y se le amputan las orejas, porque convirtió el olor de buena fragancia en hedor, y escuchó el juicio de sangre, que no solo entendemos del olor y del oído, sino también de la vista, de la cual, porque fue mal usada, Sansón y Sedequías fueron privados. También Dios hizo sordo y mudo (Éxodo IV, 11): para que su lengua no pase hasta la tierra, y todo el tacto sea quitado en aquellos que han perdido completamente la vida. Y esto se hará, para que todo sea purificado por el fuego, y perezca la fornicación de Egipto: ni pueda levantar más sus ojos hacia el mal.

(Vers. 28 y ss.) Porque así dice el Señor Dios: He aquí que yo te entregaré en manos de aquellos que odiaste: en manos de aquellos de los cuales tu alma está hastiada. Y actuarán contigo con odio, y tomarán todos tus trabajos, y te dejarán desnuda, y llena de ignominia, y se revelará la ignominia de tus fornicaciones. Tu maldad, y tus fornicaciones te hicieron esto: porque te prostituiste tras las naciones, entre las cuales te contaminaste con sus ídolos. Caminaste en el camino de tu hermana: y pondré su cáliz en tu mano. Así dice el Señor Dios: Beberás el cáliz de tu hermana profundo y ancho. Serás objeto de burla y escarnio que es muy grande: te llenarás de embriaguez y dolor, y del cáliz de tristeza y aflicción, el cáliz de tu hermana Samaria. Y lo beberás, y lo apurarás hasta las heces, y devorarás sus fragmentos, y

desgarrarás tus pechos (o como tradujeron los LXX: quitaré sus festividades y novilunios); porque yo he hablado, dice el Señor [Vulg. añade Dios]. Por tanto, así dice el Señor Dios. Porque te olvidaste de mí, y me arrojaste detrás de tu cuerpo: tú también lleva tu maldad y tus fornicaciones. Es beneficioso para Jerusalén tener enemistades contra los asirios y caldeos, y no recordar a Egipto; sino ser entregada en manos de aquellos que la odiaban para castigarla: a quienes antes no se entrega, a menos que su alma esté hastiada de ellos, para que después de arrepentirse de sus antiguos pecados, entonces sea purificada con castigos, y pierda todos los trabajos que adquirió con arte de meretriz: y vea su desnudez e ignominia; y sepa que todo esto no se lo hizo el Señor, sino sus fornicaciones, con las que se prostituyó entre las naciones que enumeró antes, para que adorara sus imágenes. En los caminos, dice, de tu hermana Samaria caminaste: por tanto, debes beber su cáliz, cuyos pecados seguiste. El cáliz, que a menudo se toma por penas y castigos, hay muchos ejemplos, de los cuales uno es: El cáliz en la mano del Señor de vino puro lleno de mezcla, y lo inclinó de esto en esto: sin embargo, su hez no se ha vaciado, beberán de él todos los pecadores de la tierra (Salmo LXXIV, 9, 10). Y en Isaías se llama Cáliz de ruina, y copa de furor (Isaías LI, 17). Y Dios habla a Jeremías: Toma el cáliz de vino puro de mi mano, y harás beber a todas las naciones, a las cuales yo te envío, y beberán, y vomitarán, y enloquecerán (Jeremías XXV, 15). Pues así como se dan ciertos purgantes, para que el humor nocivo que está en los cuerpos sea expulsado: así también el Señor da el cáliz de tormentos muy puro, para que todo lo que es de hiel y amargura sea quitado de los pecadores, y los restaure a su antigua salud. Y el mismo cáliz será profundo y ancho. Profundo, por la magnitud de las penas: ancho por el tiempo de la cautividad. Cuando, dice, te hayas embriagado y estés llena de dolor, y hayas bebido el cáliz hasta las heces, y lo hayas apurado tanto, que devorarás también sus fragmentos: entonces te cansarás de la fornicación pasada, y desgarrarás tus pechos que fueron quebrantados en Egipto, y que fueron sometidos y golpeados por tus amantes: o quitaré todas tus festividades y novilunios, para que en lugar de solemnidad y alegría, tengas eterno lamento y tristeza. Porque hiciste esto, y te olvidaste de mí, y me arrojaste detrás de tu cuerpo, o hacia atrás, por los vicios del cuerpo, o detrás de los genitales, que indican la fealdad de la torpeza: por tanto, lleva tu maldad e impiedad, es decir, los castigos que mereciste por la impiedad y los crímenes. Esto que se dice: Y lo apurarás hasta las heces, y devorarás sus fragmentos, puede entenderse significativamente sobre Jerusalén, que bebió el cáliz de Samaria su hermana al final, y como heces de sus tormentos lo apuró hasta el fondo.

(Vers. 36, 37 y ss.) Y el Señor me dijo: Hijo de hombre, ¿juzgarás a Oolla y Ooliba, y les anunciarás sus crímenes (o iniquidades): porque son adúlteras [Vulg. adulteradas], y sangre hay en sus manos, y con sus ídolos [270 o invenciones] se prostituyeron: además, a sus hijos que engendraron para mí, los ofrecieron a ellos para devorar [o los pasaron] por el fuego. Pero también hicieron esto conmigo, contaminaron mi santuario en ese día: y profanaron mis sábados. Y cuando sacrificaban a sus hijos a sus ídolos, y entraban en mi santuario en ese día, para contaminarlo, también hicieron esto en medio de mi casa. Enviaron a hombres que venían de lejos, a quienes enviaron mensajero. Así que he aquí que vinieron, a quienes te lavaste [o, cuando vinieron, inmediatamente te lavabas]: y te pintaste [Vulg. añade con antimonio] los ojos: y te adornaste con atuendo femenino. Te sentaste en un lecho hermoso, y la mesa estaba adornada [Vulg. ordenada] ante ti. Mi incienso y mi ungüento [271 lo pusiste sobre ella, y la voz de la multitud exultante estaba en ella [o y con voz compuesta saltaba]; Y en los hombres ciertamente se traían multitudes de hombres, y venían del desierto [o ebrios del desierto]: pusieron brazaletes en sus manos, y coronas muy hermosas en sus cabezas. Y dije a la que está desgastada en adulterio: Ahora se prostituirá en su prostitución también esta. Y entraron a ella: como a una mujer prostituta, así entraban a Oolla y Ooliba mujeres impías [o para hacer iniquidad]. Por tanto, los hombres justos [Vulg. intercalado estos] son: ellos las

juzgarán con el juicio de adúlteras, y con el juicio de las que derraman sangre, porque son adúlteras, y sangre hay en sus manos. Porque así dice el Señor Dios: Trae contra ellas una multitud, y entrégalas al tumulto y al saqueo, y sean apedreadas con piedras del pueblo, y sean atravesadas con sus espadas: matarán a sus hijos e hijas, y sus casas serán quemadas con fuego, y quitaré la maldad [o impiedad] de la tierra, y todas las mujeres aprenderán a no hacer según la maldad [o impiedad] de ellas. Y pondrán su maldad [o impiedad] sobre ustedes: y llevarán los pecados de sus ídolos, y sabrán que yo soy el Señor Dios. Como he advertido a menudo, he unido al margen las pequeñas diferencias en las que la edición de los Setenta difiere del hebreo, previendo el fastidio del lector. Era consecuente que quien había descrito por separado los adulterios de Samaria y Jerusalén, anunciara igualmente sus castigos. 271 Todo se dice como a adúlteras, y hecho un resumen, brevemente se proponen sus crímenes: para que correctamente según el mandato de la Ley en las adúlteras [Al. adúlteros] siga la lapidación del pueblo. Porque son adúlteras, pronuncia una sentencia justa. Porque se han prostituido en ídolos, y sangre hay en sus manos, de aquellos a quienes sacrificaron a los ídolos: para que los hijos que me engendraron, los consagraran a los demonios. Ni hicieron esto solo fuera y en los montes, y en los bosques, como solían hacer a menudo; sino que al final contaminaron mi templo, para poner en él la estatua de Baal. Y profanaron mis sábados: para que ni el lugar, ni el tiempo se guardara en ellos con religión. Pero ni siquiera contentas con los adulterios presentes, ni les bastó, que sacrificaron a mis hijos a sus ídolos o demonios; sino que también, deseando placeres extranjeros, adoraron las imágenes de los asirios y caldeos. Cuando vinieron, Ooliba Jerusalén, cumpliste todo el hábito de adúltera sobre ellos, para que lavaras tu cuerpo, pintaras tus ojos con antimonio: para que asumieras el atuendo femenino, te sentaras en un lecho preparado para la lujuria [Al. preparado], propusieras banquetes, para que restauraras las fuerzas quebrantadas de tus amantes; mi incienso y ungüento que había mandado hacer especialmente para mí (Éxodo XXX), y exterminar a aquella alma del pueblo, que quisiera hacerlo para usos privados, lo ofrecieras a los ídolos; para que reunieras una multitud de pueblos, o cantaras con todo tipo de músicos: para que no solo con la vista, sino también con el oído y el olfato, y con todos los sentidos agradaras a tus amantes, que vinieron a ti ebrios: no de alguna elegancia urbana, sino del desierto y soledad, mostrando el hábito de rústicos y ladrones. Y en tal insania de placeres, o hermanas malvadas, ardieron, que pusieron sus brazaletes y diademas en las manos y cabezas de sus amantes, o en ustedes mismas, para que llenas de ornato se deshonraran. Por lo cual dije a ella, o Jerusalén, o Samaria, o a ambas: Así desgastaron su frente, que no se contaminen en secreto, ni eviten la vista del marido, ni de los hombres; sino que como prostitutas se prostituyan públicamente, que entraron a ustedes, como a prostitutas, deseando contaminarlas con ansia. Por tanto, las entregaré para ser castigadas a aquellos a quienes voluntariamente se entregaron para ser deshonradas. Porque son hombres justos, en que torturan a la adúltera y parricida, por mi mandato. Porque así dice el Señor Dios: A la advertencia de tu voz reúne contra ellas, oh profeta, una multitud de pueblos, y primero sea saqueada toda su sustancia; luego sean apedreadas y atravesadas con espadas, y sus hijos e hijas sean asesinados, y sus casas ardan. Y todo esto se hará, para que se quite de la tierra la impiedad; y todas las mujeres y todas las provincias lejanas aprendan a evitar hacer lo mismo que ellas: para que después de recibir lo que merecen, y llevar los crímenes de sus ídolos: entonces sepan que yo soy el Señor. Todo esto se dice tropológicamente, y bajo el tipo de adúlteras contra Samaria y Jerusalén, que entregadas a los asirios y caldeos, fueron llevadas en cautiverio, y sus ciudades quemadas con fuego: fueron asesinados los pueblos, que adoraron las imágenes de los demonios en lugar de Dios. Esto también puede entenderse después de la venida de Cristo, que los hombres justos de los pueblos de las naciones juzgarán a los samaritanos y judíos por comparación con ellos, y los entregarán para ser devorados, a quienes el Señor dijo (Mateo XXIII, 38): Se dejará desierta vuestra casa. Y: Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos,

sabed que su desolación está cerca (Lucas XXI, 22). Hasta hoy están adulteradas, y oprimidas por las piedras de todo el mundo. Porque enviaron mensajeros a los que estaban lejos, y no podían decir: ¿Soy yo un Dios cercano, y no un Dios de lejos?, dice el Señor (Jeremías XXIII, 23): y se prepararon para sus amantes demonios: y todo el culto y ornato que recibieron de Dios como un bien natural, lo convirtieron en culto de demonios, y sus obras y belleza, que entendemos en los brazaletes y diademas, lo ofrecieron a sus amantes adúlteros, cuyo castigo es temor para las naciones, más aún para aquellos que de las naciones creyeron, para que no sufran lo mismo, si hacen lo que hicieron Samaria y Jerusalén. De quienes entonces se quitarán las impiedades, cuando reciban sus crímenes, y el velo que está puesto ante el rostro de Moisés (Éxodo XXXIV), lo quiten de sus ojos, para que reconozcan que él es el Señor Jesucristo, a quien negaron como Hijo de Dios (II Corintios III).

(Cap. XXIV. Vers. 1 seq.). Y vino la palabra del Señor a mí en el año noveno, en el mes décimo, el décimo día del mes, diciendo: Hijo de hombre, escribe para ti el nombre de este día en el que el rey de Babilonia se ha confirmado contra Jerusalén hoy. Y dirás por proverbio a la casa provocadora una parábola, y les hablarás: Así dice el Señor Dios: Pon la olla, ponla, digo, y echa en ella agua. Junta sus trozos en ella, toda buena parte, muslo y brazo, escogidos y llenos de huesos. Toma el ganado más gordo: también coloca una pila de huesos debajo de ella: hirvió su cocción, y sus huesos se cocieron en medio de ella. Por eso, así dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de sangre, olla cuya herrumbre está en ella, y su herrumbre no ha salido de ella: por partes, y por sus partes échala: no cayó sobre ella suerte. Porque su sangre está en medio de ella, la derramó sobre la piedra más clara, no la derramó sobre la tierra, para que pudiera ser cubierta con polvo. Para que yo trajera mi indignación, y me vengara: puse su sangre sobre la piedra más clara, para que no fuera cubierta. Por estas cosas dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de sangre, de la cual yo haré una gran pira. Junta los huesos que encenderé con fuego, se consumirán las carnes, y se cocerá toda la composición, y los huesos se derretirán. Ponla también sobre las brasas vacía, para que se caliente y se derrita su bronce, y se funda en medio de su suciedad, y se consuma su herrumbre. Con mucho trabajo se ha sudado; y no ha salido de ella su excesiva herrumbre, ni por el fuego. Tu inmundicia es execrable, porque quise limpiarte, y no te has limpiado de tus suciedades; pero tampoco te limpiarás antes, hasta que haga descansar mi indignación en ti. Yo, el Señor, he hablado: ha venido, y lo haré: no pasaré, ni perdonaré, ni me aplacaré. Según tus caminos y según tus invenciones te he juzgado, dice el Señor. LXX: Y vino la palabra del Señor a mí en el año noveno, en el mes décimo, el décimo día del mes, diciendo: Hijo de hombre, escribe para ti el día desde este día, en el que el rey de Babilonia se ha afirmado sobre Jerusalén desde hoy, y di a la casa provocadora una parábola, y les dirás: Así dice el Señor Dios: Pon la olla y vierte sobre ella agua, y echa en ella divisiones: toda buena incisión, muslo, y hombro, carnes separadas de los huesos tomadas de los ganados escogidos, y enciende los huesos debajo de ellos: hirvió, y se cocieron sus huesos en medio de ella. Por eso, así dice Adonai el Señor: Oh ciudad de sangre, olla en la que está la herrumbre en ella, y la herrumbre no ha salido de ella: por sus partes la sacó: no cayó sobre ella suerte, porque su sangre está en medio de ella. Sobre la piedra más ligera la puse: no la derramé sobre la tierra, para que fuera cubierta la tierra. Para que subiera la ira en venganza: puse su sangre sobre la piedra más clara, para que no fuera cubierta. Por eso, así dice Adonai el Señor: ¡Ay, ciudad de sangre, y yo engrandeceré el terror, y multiplicaré la leña, y encenderé el fuego, para que se derritan las carnes y se reduzca el jugo, y los huesos se consuman y permanezca sobre sus carbones. Se ha encendido para que se queme y se fría su bronce, y se consuman en medio de ella su inmundicia, y se acabe su herrumbre. Se humillará la herrumbre, y no saldrá de ella su mucha herrumbre: se confundirá su herrumbre: tu inmundicia ZEMMA, por lo que te has

contaminado, y no te has limpiado de tu inmundicia. ¿Y qué será si no te has limpiado más hasta que cumpla mi furor en ti? Yo, el Señor, he hablado, y vendrá, y lo haré: no lo retrasaré, ni tendré misericordia, ni seré aplacable. Según tus caminos, y según tus invenciones te juzgaré, dice Adonai el Señor.---Por eso yo te juzgaré según tu sangre, y según tus pensamientos te juzgaré, inmunda y famosa, y excesiva para provocar ** La mayoría de las cuales han sido añadidas de Teodoción, y la palabra hebrea ZEMMA (), para la cual hemos interpretado inmundicia execrable. Y eso ha sido añadido por ellos, lo cual no está en hebreo, y debe ser marcado con un obelo: Por eso yo te juzgaré según tu sangre, y según tus pensamientos te juzgaré, inmunda y famosa, y excesiva para provocar. Digamos entonces de cada uno. En el noveno año del cautiverio del rey Joaquín (pues comenzó a profetizar en el quinto) y en el décimo mes de ese mismo noveno año, el décimo día del décimo mes, vino la palabra del Señor al profeta Ezequiel, establecido en la región de Babilonia, y le dijo: Hijo de hombre, escribe para ti este mismo día, y sabe que el rey de Babilonia hoy en la región de Judea ha comenzado a sitiar Jerusalén, y a rodearla con su ejército; y describe este sitio por parábola y proverbio, que en el presente lugar significa metáfora y traslación. Pon, dice, la olla de bronce, es decir, la olla, y echa en ella agua, y corta en trozos todo el cuerpo de los animales más gordos, tanto el muslo, como la pierna y el brazo, y separa cuidadosamente las carnes de los huesos, y echadas las carnes en la olla, pon o coloca los huesos debajo de la olla, y haz una pila, y montones de huesos, para que hierva no una vez, sino frecuentemente la cocción de la olla, y se cuezan las carnes por dentro, y los huesos debajo se consuman con el fuego. ¿Quieres saber, profeta, quién es esta olla, o qué carnes o huesos? Di estas cosas, dice el Señor Dios: ¡Ay de la ciudad de sangre, es decir, Jerusalén, olla cuya herrumbre, es decir, maldad excesiva es, y aunque se ha puesto fuego debajo, sin embargo, su herrumbre no ha salido de ella. Pues perseveraron incluso capturados y torturados en su antiguo crimen. Por partes, y consumidla una a una, que nadie quede a salvo. No cayó sobre ella suerte para que unos perecieran, y otros se salvaran, sino que vino una muerte común para todos. Porque su sangre, es decir, homicidios, y muertes de hijos, están en medio de ella. Esa sangre la derramó sobre la piedra más clara, para que fuera visible para todos, ni la tierra la cubriera ni el polvo: para que mi indignación no pasara, sino que la venganza se apresurara sobre la sangre más abierta. Pues es natural que si la sangre se derrama en la tierra, el suelo absorba la humedad de la sangre, o poco a poco la tierra la cubra con polvo. Pero cuando sobre la piedra más clara y sin tener fosa, la sangre ha sido derramada, se desliza y ocupa un lugar amplio. Esto indica que no hizo homicidios ocultos, sino públicos, según aquello que se dice a Caín: La sangre de tu hermano clama a mí (Génesis IV, 10): por eso di a la ciudad, no de una sola sangre, sino de muchas sangres: He aquí que yo haré en ti una gran pira, o sacaré un tronco, que el vulgo llama tizón, y no solo las carnes blandas y tiernas en ti, sino también los huesos más duros los encenderé, para que no quede en ti nada que no sea consumido por el fuego. Y cuando las carnes y los huesos hayan sido consumidos y quemados, pon la misma olla vacía sobre las brasas, para que también su bronce se caliente y se consuma, y consumido el bronce, también su herrumbre perezca, es decir, la ciudad consumida por el incendio, la maldad con la ciudad perezca. Pero ¿de qué sirve haber hecho lo que se ordenó? Ni siquiera por el fuego la herrumbre y la maldad de la olla, y de la ciudad pudo ser quitada; sino que permanece en ella la inmundicia perversa y execrable: esto es lo que significa zemma. Y hace una apóstrofe a la misma olla, es decir, a la misma ciudad. Quise limpiarte, y no te has limpiado de tus suciedades, ni podrás limpiarte más, hasta que en ti cumpla mi indignación. Yo, el Señor, he hablado, y mi sentencia no puede pasar. Ya viene el sitio de la ciudad, haré lo que he amenazado: ni pasaré, como he hecho muchas veces, tus crímenes; y ya no perdonaré, ni me aplacaré contigo aunque multipliques tus súplicas; sino que te devolveré tus caminos, y tus invenciones, más bien te juzgaré según tus obras y pensamientos, para que en esto también muestre mi clemencia a semejanza de un médico, que no perdona las carnes

podridas, para que se salven los miembros sanos: no perdona, para perdonar; es cruel, para tener misericordia; ni considera el dolor del paciente, sino la salud de la herida, según aquello evangélico prefiriendo que perezca un miembro, que todo el cuerpo sea destruido (Mateo V). También debe notarse cómo desde el principio de la profecía hasta el presente día, cuando Jerusalén comenzó a ser sitiada, el cautiverio viene en orden. Primero se provoca la espada; luego se ponen dos caminos, Amón y Jerusalén, de los cuales a la parte derecha cae la suerte de Nabucodonosor; se funde la plata en la ciudad, el bronce, el estaño, el plomo y el hierro; también la tierra no se riega, sino que se ocupa de espinas: después bajo el nombre de las dos hermanas Oolá y Oolibá, Samaria y Jerusalén se narran los pecados, cómo aquella fue capturada, y esta será capturada. Finalmente en el noveno año, décimo mes, décimo día del mes, estando Ezequiel en cautiverio y con los que estaban con él, y se habían entregado con el rey Jeconías, se muestra qué día la ciudad comenzó a ser sitiada, y se pone la similitud de la olla; para que así como las carnes y los huesos amontonados en la olla, se consumen con el incendio, así toda la ciudad con sus ciudadanos perecerá, y no quedará ninguno de los que están sitiados, sin que sean consumidos por el hambre, la espada, la pestilencia, y la parte restante sea llevada cautiva a Babilonia. Esta misma profecía también puede referirse al tiempo de la pasión del Señor, por la cual Jerusalén fue rodeada por un ejército, y sus hijos fueron asesinados, y al sitiar Tito, hijo de Vespasiano, nadie escapó a la salvación, y el templo fue destruido; y después de cincuenta años bajo Adriano, la ciudad fue consumida por un fuego eterno. Sin embargo, el presente cautiverio cuando Ezequiel veía estas cosas en Babilonia, y Jeremías lo pone al principio de su volumen: ¿Qué ves, Jeremías? Y respondiendo, dijo, Una olla encendida, y su rostro desde el rostro del Norte (Jeremías I, 13). Hay quienes según la tropología, trasladan todo este lugar a la consumación del mundo, y el número nueve, que en las Escrituras santas es de penas y dolores, y siempre sigue a la justicia, la clemencia del décimo mes y del décimo día lo templan. Por eso se aplican penas a los enfermos, para que la salud siga al dolor. Por lo tanto, el mundo que está puesto en el maligno (I Juan V, 19), en el día del juicio se enciende con fuego divino; y la ciudad de sangre se pone sobre los carbones de fuego, para que se cumpla lo que está escrito en Isaías: Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos: te serán de ayuda (Isaías XLVII, 14). Y eso es difícil, cómo cuando los carbones y los huesos se consumen, de los cuales están llenos también los fariseos, a quienes el Señor habla en el Evangelio: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que sois semejantes a sepulcros blanqueados: que por dentro están llenos de inmundicia, y de huesos de muertos (Mateo XXIII, 27), ahora se dice que la herrumbre y las suciedades del mundo no se han consumido, sino que incluso después de la severidad del juicio la maldad permanece. Lo cual se resuelve fácilmente, si entendemos aquello del Apóstol: Dios encerró a todos bajo pecado, para que tenga misericordia de todos (Gálatas III, 22). Porque la criatura fue sujeta a vanidad (Romanos VIII, 28). Y se pone la sangre que fue derramada en la vista de toda la creación, para que los crímenes de todos sean manifiestos. Pero podemos tomar la piedra más clara, y al Señor Salvador, que seguía en el desierto al pueblo de Israel, de la cual está escrito: Bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (I Corintios X, 4): que en él se revelen todas las cosas; y se cumpla lo que está escrito: Nada hay oculto que no sea revelado. Y dice el Señor que no tendrá misericordia, ni pasará por alto los pecados del mundo; ni perdonará a los impíos, ni se aplacará, para que perezcan los caminos de los impíos, según aquello que se pone al final del primer salmo: Y el camino de los impíos perecerá.

(Vers. 15 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo quito de ti el deseo de tus ojos con una plaga, y no llorarás, ni lamentarás, ni correrán tus lágrimas. Gime en silencio, no harás duelo por los muertos. Tu corona estará ceñida sobre ti,

y tus sandalias estarán en tus pies: no cubrirás tu rostro con un velo, ni comerás el pan de duelo. Hablé, pues, al pueblo por la mañana, y mi esposa murió por la tarde, e hice por la mañana como se me había mandado. Y el pueblo me dijo: ¿Por qué no nos indicas qué significan estas cosas que haces? Y les dije: La palabra del Señor vino a mí, diciendo: Habla a la casa de Israel: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo profanaré mi santuario, el orgullo de vuestro poder, el deseo de vuestros ojos, y aquello que vuestra alma teme, y vuestros hijos e hijas que dejasteis caerán a espada. Y haréis como yo hice: no cubriréis vuestros rostros con un velo, ni comeréis el pan de duelo. Tendréis coronas en vuestras cabezas, y sandalias en vuestros pies: no lloraréis, ni lamentaréis: sino que os consumiréis en vuestras iniquidades, y cada uno gemirá con su hermano. Ezequiel será para vosotros un presagio, según todo lo que él hizo, haréis cuando esto venga, y sabréis que yo soy el Señor Dios. Y tú, hijo de hombre, he aquí que en el día en que quite de ellos su fortaleza, el gozo de su dignidad, y el deseo de sus ojos sobre el cual descansan sus almas, sus hijos e hijas. En ese día, cuando venga el fugitivo a ti para anunciarte: en ese día, digo, se abrirá tu boca con el que huye, y hablarás, y no callarás más, y serás para ellos un presagio, y sabrán que yo soy el Señor.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo quitaré de ti el deseo de tus ojos en un golpe (o en preparación); no llorarás, ni lamentarás, ni vendrán lágrimas a ti, gemido de sangre, el duelo de los lomos es. Tus cabellos estarán atados sobre ti, y tus sandalias en tus pies, no te consolarás con sus labios, y no comerás el pan de los hombres. Hablé al pueblo por la mañana, como se me había mandado, y mi esposa murió por la tarde, e hice por la mañana como se me había mandado. Y el pueblo me dijo: ¿No nos anuncias qué son estas cosas que haces? Y les dije: La palabra del Señor vino a mí, diciendo: Di a la casa de Israel: Así dice Adonai el Señor: He aquí que yo contaminaré mis cosas santas, el orgullo de vuestra fortaleza, el deseo de vuestros ojos, y aquello que vuestras almas perdonan. Vuestros hijos e hijas que dejasteis caerán a espada, y haréis como yo hice. No os consolaréis con sus labios, y no comeréis el pan de los hombres, y vuestros cabellos estarán sobre vuestras cabezas, y vuestras sandalias en vuestros pies. No lloraréis ni lamentaréis, y os consumiréis en vuestras iniquidades, y cada uno consolará a su hermano, y Ezequiel será para vosotros un presagio. Según todo lo que él hizo, haréis. Y cuando estas cosas vengan, conoceréis que yo soy Adonai el Señor. Y tú, hijo de hombre, ¿no será en el día cuando quite de ellos su fortaleza, la exaltación de su gloria, el deseo de sus ojos, y la exaltación de su alma, sus hijos e hijas? En ese día vendrá el que haya escapado a ti: para anunciar en tus oídos. En ese día se abrirá tu boca al que haya huido, y hablarás, y no callarás más, y serás para ellos un presagio, y conocerán que yo soy el Señor.

La cocción de la olla y el caldero había mostrado el asedio de la ciudad, ahora el profético discurso testifica que ha sido capturada y destruida, y todo el pueblo, o bien asesinado por la espada, o llevado al cautiverio. Primero, según nuestra costumbre, pongamos los fundamentos de la historia. Hijo, dice, de hombre, he aquí que quitaré de la vista de tus ojos todo lo que te es deseable, y lo quitaré en una plaga, o como los LXX tradujeron, en preparación: para que te prepares a no hacer lo que se suele hacer en el duelo. No llorarás, ni lamentarás, ni las lágrimas que fluyen mostrarán el dolor del corazón: pero si acaso te ves superado por un gran dolor, mantén el gemido en silencio, y no lo dejes estallar en palabras. No harás duelo por los muertos, o como tradujeron los LXX, gemido de sangre, el duelo de los lomos es. Por lo cual muestra que su esposa va a morir. Pues sigue inmediatamente: Y mi esposa murió por la tarde (Prov. XIX); lo cual se refiere propiamente a la unión de los lomos. Pues nada es más querido para un hombre que una buena esposa, que es provista por Dios al hombre, y a quien se une por la ley del Señor, y se convierte en un solo cuerpo con ella. Y lo que sigue: Tu corona estará ceñida sobre ti, y tus sandalias estarán en tus pies, esto significa:

Tendrás el cabello que se corta en el duelo, y las sandalias en los pies, que los dolientes suelen quitarse. Por eso David, huyendo de su hijo Absalón, y arrepintiéndose por la muerte de Urías, camina con los pies descalzos (1 Sam. XII, XV, XVIII). Dicen los hebreos que hasta ahora los maestros babilonios, observando los preceptos de la Ley, rodean su cabeza con el decálogo escrito en pequeñas membranas, y que estas son las que se ordenan colgar ante los ojos y en la frente, para que siempre vean los preceptos. Y porque Ezequiel era sacerdote, no debía quitarse la corona de gloria, sino tenerla ceñida en la cabeza. Eso dicen ellos. Pero nosotros, según los LXX, entendamos la corona de los cabellos como la cabellera: aunque su interpretación no ha expresado la fuerza del discurso hebreo. No cubrirás, dice, tu rostro con un velo, ni tomarás el pan de los dolientes, que se suele hacer en el duelo, para cubrir el rostro, y lo que los griegos llaman περίδειπνα, recibir de los consoladores. Hablé, dice, al pueblo por la mañana, lo que el Señor me había mandado, y por la tarde murió mi esposa, el deseo de los ojos, el duelo de los lomos y de la sangre. Y al día siguiente por la mañana hice todo lo que se me había mandado: y el pueblo me preguntó por qué había hecho contra la costumbre de todos. Y a los que preguntaban las causas de tanta paciencia, respondí: La palabra del Señor que vino a mí, para que hablara al pueblo de Israel, me mandó esto: He aquí que yo, ya ahora profanaré mi santuario, para que el templo sea incendiado y esté abierto a todos los extranjeros y profanos, y en lo que teníais orgullo, es decir, confianza y esperanza y deseo de vuestra salvación, y al asedio del cual temían vuestras almas: y también a los hijos e hijas que el hambre y la pestilencia os habían dejado, los consumiré a espada. Todo lo que yo hice, también vosotros lo haréis. Cuando se mantiene la costumbre en el duelo, el dolor es moderado; pero cuando se cierne tal necesidad de males, que es mayor que todo llanto, cada uno preocupado por su propia necesidad, no gime por las miserias de los demás, aunque sean cercanos. No haréis, dice, lo que se suele hacer en el duelo: sino que, con la ciudad y el templo incendiados, os asombraréis ante la magnitud de los males. No os cortaréis el cabello, ni caminaréis descalzos, ni lloraréis, ni cubriréis vuestros rostros con un velo, ni tomaréis el pan de los consoladores: sino que os consumiréis, y os consumiréis en vuestras iniquidades, y apenas tendréis un gemido libre, para no ofender la soberbia de los vencedores, si se os ve llorar públicamente; de modo que el profeta Ezequiel sea para vosotros un presagio, y todo lo que él no hizo en la muerte de su esposa, vosotros no lo haréis en la destrucción de la ciudad y del templo. Y aún más claramente: Oh, dice, hijo de hombre, en el tiempo cuando quite de ellos su fortaleza, la confianza del templo y el gozo de la dignidad, y en lo que tenían su única esperanza, y el deseo en el que descansaban sus almas, además de sus hijos e hijas, se sobreentiende de lo anterior, cuando los quite: en ese tiempo, cuando venga a ti de Jerusalén el fugitivo, o el que haya escapado, diciendo que la ciudad ha sido destruida, entonces tú, que antes callabas y no tenías un gemido libre, y eras de tal paciencia, que en la muerte de tu esposa y el dolor de los lomos, no derramaste una lágrima, abrirás tu boca, y hablarás, no al que haya venido, sino con él: para que todo lo que tú predijiste que vendría, él anuncie ya cumplido, y no callarás más; sino que los reprenderás, y les dirás que todo les ha sucedido merecidamente: de modo que seas para ellos un presagio, según lo que está escrito en Zacarías: Los profetas son hombres que presagian (Zac. III, 8). Y el Señor habla en otro lugar: en manos de los profetas me he asimilado (Oseas XII, 10). Estas cosas sean dichas según la historia. Vayamos a la anagogía (si no parece violenta a la prudencia del lector cauteloso). Que el Hijo del Hombre se diga del Señor Salvador, no hay duda, quien en la última hora, es decir, al atardecer de este mundo, perdió a su esposa anterior, ni la lloró, ni cubrió su rostro con un velo, ni recibió ninguna consolación humana, y predijo estas cosas que vendrían por la mañana, que se cumplieron por la tarde, y nuevamente por la mañana en su segundo advenimiento probó lo que había predicho que vendría, el santuario de los judíos, y lo que tenían deseable a los ojos, y sobre lo que temían sus almas, fue profanado: también sus hijos e hijas cayeron por la espada romana. Lo que se dice: Tendréis coronas en vuestras

cabezas, y sandalias en vuestros pies, lo referiremos a esa parte, que no deben llorar, ni asumir signos de duelo, después de haber recibido la verdad en lugar de la sombra, y haberse convertido en ciertos nazareos, y cada uno se consolará sobre su hermano: de modo que Ezequiel, a quien Dios Padre fortaleció, sea para ellos un presagio, prediciendo lo que vendrá, y después de que Jerusalén haya sido destruida, y el templo incendiado, y todo el mundo lo haya oído, y la dispersión de Israel, que habita los confines del mundo, entonces las palabras del Señor cumplidas en obra, tengan libertad, y con su santuario profanado, la Ley cumplida, o destruida según la letra que mata, se abra la gloria del Evangelio, y conozca Israel, que él es el Señor y Dios, quien predijo estas cosas que vendrían por la mañana, y por la tarde y en la consumación del mundo las probó cumplidas con su advenimiento.

LIBRO OCTAVO.

283-284 Qué beneficio pueda traer a otros nuestra exposición sobre los profetas, es juicio de Dios, y de la conciencia de aquellos que, dejando de lado las declamaciones y el aplauso y la composición de palabras, desean saber qué narra su discurso, o acusa del presente, o predice que vendrá. Mientras tanto, nos beneficia: pues mientras hacemos esto, y no pensamos en otra cosa, abordamos las explicaciones como un robo, y compensamos las miserias de los días con el estudio de las noches: el alma se alimenta, y olvida las calamidades del siglo, que ya en su extremo gime y da a luz (II Tes. II), hasta que el que retiene sea quitado de en medio, y los pies de la estatua de hierro, con la fragilidad de los dedos de barro, sean destruidos. El mundo cae, y el cuello erguido no se inclina. Las riquezas perecen, y la avaricia no cesa. Se apresuran a acumular, lo que nuevamente será ocupado por otros. Las lágrimas se han secado, toda piedad ha sido quitada. Muchos piden, pocos dan. Y no nos avergonzamos, mostrando la pobreza con un manto vil, de incubar sobre las riquezas de Creso; guardando el hambre y la muerte de muchos en nuestros tesoros, según aquel rico vestido de púrpura, que aunque no haya hecho otra cosa, pues la Escritura no testifica de sus robos e iniquidades (Luc. XVI), su crueldad y soberbia no tenían medida: a Lázaro, que yacía ante sus puertas medio muerto, ni siquiera mandó darle lo que se arroja a los perros. Cuántos Lázaros yacen ahora, y cuántos se protegen con la púrpura de diversos colores de vestiduras, sin siquiera convertirlas en usos propios, guardando lo que perecerá. Estas cosas, virgen de Cristo Eustoquio, de la abundancia del corazón ha hablado la boca, y hemos dicho un poco más libremente de lo que conviene a nuestra humildad. Sin embargo, el octavo libro sobre Ezequiel, que contiene la reprensión de los hijos de Amón y de las demás naciones, y la profecía de lo que vendrá, tendrá este comienzo.

(Cap. XXV.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro contra los hijos de Amón, y profetiza sobre ellos, y dirás a los hijos de Amón: Escuchad la palabra del Señor Dios, así dice el Señor Dios: Por cuanto dijisteis, ¡bien, bien! sobre mi santuario, porque fue profanado, y sobre la tierra de Israel, porque fue desolada, y sobre la casa de Judá, porque fueron llevados en cautiverio: por eso yo te entregaré a los hijos del Oriente en herencia, y colocarán sus apriscos en ti, y pondrán en ti sus tiendas: ellos comerán tus frutos, y ellos beberán tu leche, y daré a Rabbath en habitación de camellos: y a los hijos de Amón en lecho de rebaños, y sabréis que yo soy el Señor. Porque así dice el Señor Dios: Por cuanto aplaudiste con la mano, y golpeaste con el pie, y te alegraste con todo el afecto sobre la tierra de Israel: por eso yo extenderé mi mano sobre ti, y te entregaré al saqueo de las naciones, y te mataré de entre los pueblos, y te destruiré de las tierras, y te quebrantaré, y sabrás que yo soy el Señor. Capturada u obsequiada Jerusalén, después de que llegó a Babilonia, quien pudo escapar, y anunció que la ciudad estaba a punto de ser tomada, o que el templo había sido destruido, según la costumbre de todos los profetas contra las demás naciones circundantes,

que se burlaron de la ruina de Jerusalén y del incendio del templo, el discurso profético se dirige primero contra los hijos de Amón, que tenían una metrópoli llamada Rabbath, que hoy, por el rey de Egipto Ptolomeo apodado Filadelfo, que poseía Arabia junto con Judea, se llama Filadelfia. Hijo, dice, de hombre, pon, o afirma tu rostro contra los hijos de Amón, que fueron generados de la estirpe de Lot, y les dirás: Así dice el Señor Dios (pues no son palabras del profeta, sino del Señor. Sobre la afirmación del rostro, hemos discutido más ampliamente en este mismo profeta): Por cuanto dijisteis: ¡Bien, bien!, o insultasteis, y os alegrasteis, porque mi templo y santuario fueron profanados por la entrada de los enemigos, y sobre la tierra de Israel, porque fue desolada, y especialmente sobre la casa de Judá, es decir, de las dos tribus, que ahora han sido llevadas en cautiverio: por eso yo también te entregaré a los hijos de CEDEM, que hemos interpretado como Orientales. Y no hay duda de que los madianitas, y toda la vastedad del desierto, están adyacentes a la tierra de Arabia, que tienen rebaños de camellos, y multitud de ovejas y cabras, y viven de estas riquezas. Lo que también la historia narra que sucedió a la tierra de Israel en el libro de los Jueces (Jueces VI), cuando vinieron los madianitas, y devastaron, hasta Gaza, todas sus regiones. Metafóricamente, pues, por los madianitas, ismaelitas y agarenos, que ahora se llaman sarracenos, asumiendo falsamente el nombre de Sara, para que parezcan ser generados de una mujer libre y señora, la Escritura significa: y se dice del rey Nabucodonosor y de todo su ejército, que vendrá y tomará la ciudad de Rabbath, que se llama así propiamente, o por su grandeza. Rabbath significa grande. Y para que no dudemos que Nabucodonosor subvirtió Arabia, después de que Jerusalén fue capturada, la Escritura lo atestigua: Y tú, hijo de hombre, pon para ti dos caminos, Amón y Jerusalén, y vendrá la espada del rey de Babilonia. Y de nuevo: En la cabeza del camino de la ciudad echará suertes, y pondrás el camino, para que venga la espada a Rabbath de los hijos de Amón, y a Judá en Jerusalén fortificada (Arriba, XXI, 19, 20). Y de nuevo: Así dice el Señor Dios a los hijos de Amón, y a su oprobio (vers. 28). Vendrán, pues, los hijos de CEDEM, y colocarán sus apriscos, como pastores, y fijarán sus tiendas. Ellos devastarán tus frutos, y beberán leche, y la fertilidad de la tierra, introduciendo rebaños de camellos, y de todos los pueblos: de modo que los hijos de Amón sean en lecho de rebaños, y por la necesidad de los males entiendan que él es el Señor que predijo el futuro, y ordenó que se hiciera. Y no fue suficiente para los hijos de Amón insultar, y decir: ¡Bien, bien! sobre el templo y santuario del Señor, que fue profanado por la entrada de diversas naciones; sino que tal fue la lascivia de insultar, que todo el pueblo a una aplaudía con manos y pies, y clamaba con todo el afecto del corazón: porque la tierra de Israel estaba desolada. Por eso no por ángeles, ni por otros ministerios, sino el mismo Señor, extendiendo su mano para golpear, la entregará al saqueo, no a camellos y rebaños de ovejas, sino más manifiestamente a las naciones, para que sea completamente erradicada del número de los pueblos, y perezca, y sea reducida a nada: y después de que sea destruida, entonces entenderá que él es el Señor que juzga todo, y tiene poder sobre todas las tierras. Podemos, según la tropología, entender a los hijos de Amón, que fueron generados de Lot en la cueva, en embriaguez e incesto, como todos los herejes, de los cuales la Escritura dice y el apóstol Juan: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (Juan II, 19). Estos nacieron de la inclinación, pues eso significa Lot en nuestra lengua: Porque todos se desviaron, se hicieron inútiles juntos: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Sal. XIII, 3). Contra estos se pone, o se afirma, el rostro profético: para que con su austeridad los quebrante, y les dice: Porque insultasteis a mi Iglesia en tiempo de persecución: porque por el vicio de diversos fue profanado mi santuario, ya sea por el vicio de los que me servían, ya sea por la crueldad de los enemigos, que perseguían a los míos: también la tierra de Israel, los sentidos que ven a Dios, está desolada del coro de virtudes; y cómo los hijos de la casa de Judá, es decir, de los que confiesan a Dios, en los que está la verdadera fe y recta confesión, fueron llevados en cautiverio, y dejaron de servir al Señor: por

eso, oh todos los que insultáis, seréis entregados a los hijos del Oriente que proceden de la verdadera luz y seréis entregados en herencia, para que también vosotros aprendáis a confesar al Señor. Y por traslación se dice, que los hijos del Oriente pondrán sobre ellos sus apriscos, y fijarán tiendas, y beberán leche, y comerán frutos, y la ciudad que una vez fue de soberbia se convertirá en habitación de camellos, que puedan, dejando la carga de los pecados, entrar por el ojo de una aguja (Mat. XIX), y en lecho de rebaños, que son gobernados por el buen pastor (Juan X), para que cuando hayan hecho esto, mezclados y entregados a los pastores del Oriente, entiendan que él es el Señor. Y de nuevo les reprocha, por qué insultaron con tanto afecto del corazón a las ruinas del pueblo de Dios, y pensaron que la tierra de Israel estaba completamente desierta: por lo cual merecen la mano vengadora de Dios, para que los que excedieron el límite de la exultación y alegría sobre la ruina de la casa de Judá, no sean entregados a los hijos del Oriente, sino que sean para el saqueo de todas las naciones, y sean muertos de entre los pueblos, y perezcan, y sean quebrantados, y no sean creídos de la estirpe de Abraham, sino de todas las naciones, y entonces por la magnitud de los males, y su destrucción, y la matanza del pueblo, sepan que él es el Señor. Lo que entendimos generalmente de la Iglesia, puede entenderse sobre cada uno de los santos, a cuya ruina se alegran los hombres del mundo, y las potestades adversarias, si muchos han perdido la castidad por mucho tiempo: mientras los malos consideran consuelo de sus crímenes, si tienen más compañeros de crímenes y castigo: y esto nadie lo hace, si no es hijo de Amón, es decir, hijo del pueblo, que fue generado en declinación.

(Vers. 8 sig.) Así dice el Señor Dios: Por cuanto dijeron Moab y Seir, he aquí como todas las naciones la casa de Judá: por eso he aquí que yo abriré el hombro de Moab, de sus ciudades, y de sus confines, la tierra ilustre de Beth Jesimoth, y Beelmeon, y Cariathaim: a los hijos del Oriente con los hijos de Amón, y la daré en herencia, para que no haya más memoria de los hijos de Amón entre las naciones, y en Moab haré juicios, y sabrán que yo soy el Señor. LXX: Así dice Adonai el Señor: Por cuanto dijo Moab + y Seir ** he aquí como todas las naciones la casa de Judá: Por eso he aquí que yo disolveré el hombro de Moab de las ciudades de sus promontorios, la tierra elegida la casa de Beth Jasimuth, sobre la fuente de la ciudad marítima, los hijos del Oriente sobre los hijos de Amón le di en herencia, para que no haya memoria de los hijos de Amón entre las naciones, y en Moab haré venganzas, y conocerán que yo soy el Señor. Esto que nosotros interpretamos como y Seir, no se encuentra en los LXX, pero se ha añadido de la edición de Teodoción. Los hebreos cuentan una fábula ridícula en este lugar. Después de que la ciudad fue abierta, y el templo fue desvelado, y los hijos de Amón, y Moab, y Seir entraron en el templo, y vieron los querubines protegiendo el propiciatorio, y dijeron: Así como todas las naciones adoran ídolos; así también Judá tiene ídolos de su religión; y por eso, dicen, el Señor se enojó, y los entregó al cautiverio. Pero nosotros diremos esto, que también ellos insultaron a la casa de Judá, cuando fue capturada por los caldeos, pensando que como en las demás naciones no había allí ayuda de Dios, y por eso el reino de Judá, y Jerusalén desprovista de la protección de Dios, estaba abierta al poder de Babilonia. Por eso no mucho después, sino en el presente, el Señor amenaza con disolver, o abrir el hombro, es decir, la fuerza y fortaleza de Moab de sus ciudades, para que también el victorioso babilonio entre en ellos, y las ciudades en Moab dejen de existir, y en sus confines y límites las ciudades ilustres sean destruidas: de las cuales pone los nombres, Beth Jesimoth, y Beelmeon y Cariathaim: para las cuales no sé qué queriendo los LXX interpretaron, la casa de Beth Jasimuth, cuando este vocablo significa villa desierta: Beelmeon también hasta hoy en Moab es una aldea grande, que ellos tradujeron, sobre la fuente, y Cariathaim, ciudad marítima: y también ella se entrega con los hijos de Amón a los hijos del Oriente, es decir, a los babilonios, según el sentido que interpretamos contra los hijos de Amón. Y daré, dice, Moab en herencia, para que como de los hijos de Amón no hay

memoria más entre las naciones, así también en Moab haré venganzas y juicios: para que conozcan que yo soy el Señor, que entregué a Judá por el pecado, y en los hijos de Amón, y en Moab seré vengador. Hasta hoy, sin embargo, Moab, que se interpreta como del padre, y Seir, que se traduce como peludo y hirsuto, desprecia y menosprecia la casa de Judá, en la que está la verdadera confesión, y piensa que tan fácilmente puede ser subvertida, como se subvierten las fortalezas de las demás ciudades. Por eso el Señor amenaza con abrir, o disolver toda la fortaleza de los moabitas: para que dejen de tener ciudades, y no confíen en el arte dialéctico: sino que todos sus límites, que por el choque de las olas llaman promontorios, sean destruidos; y las tierras ilustres y elegidas de Beth Jesimoth, que se interpreta como casa de soledad y desierta, y Beelmeon, que también se traduce como teniendo fuente, o sobre la fuente, y Cariathaim, que los LXX tradujeron como ciudad marítima, perezcan. Aunque tengan fuerzas de combatientes, y vayan al combate con arte de luchar, y por todas partes rodeados y fortificados avancen: sin embargo, su tierra ilustre no es casa de habitación, sino casa de soledad. Y lo que se creen tener fuente de sabiduría, y ciudad marítima, que pueda soportar todas las tempestades del mundo, prometiéndose paciencia y fortaleza: sin embargo, se convertirán en eso, para que también ellos sean entregados a los hijos del Oriente, de la verdadera luz en Cristo; como fueron entregados los hijos de Amón, que confiaban en su multitud herética. Y consideremos el progreso, y en la misma amenaza la clemencia de Dios, para que sean entregados con los hijos de Amón a los hijos del Oriente en herencia: y no se nombre ninguna herejía entre las naciones; sino que hechos en Moab sus juicios, y venganzas por la arrogancia, al final de las cosas conozcan que el Señor es quien dispone todo. Para aprobar, además, que Moab en el presente lugar se entiende sobre la soberbia de los filósofos, de quienes se dice: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los inteligentes (I Cor. I, 19), pocos ejemplos de los profetas deben ser replicados. Amós habla: Así dice el Señor: Sobre tres impiedades de Moab, y sobre cuatro no lo apartaré, porque quemó los huesos del rey de Edom en cenizas (Amós II, 1). Verdaderamente, cualquier cosa que en el mundo de doctrinas perversas hay, cualquier cosa que pertenece a la ciencia terrenal, y se considera robusta, esto se subvierte con el arte dialéctico, y como un incendio se disuelve en cenizas y brasas; para que se pruebe que es nada, lo que se consideraba fortísimo. Pero Isaías reprende la soberbia de Moab, diciendo: Hemos oído la afrenta de Moab: es muy contumaz: he quitado su soberbia (Isa. XVI). Jeremías también, profetizando contra todas las naciones, habla propiamente a Moab: Porque confiaste en tus fortalezas (Jer. XLVIII, 7). Y poco después: Tendrás confianza en tu gloria. Y de nuevo: ¿Cómo decís, somos fuertes? Y luego: Cercano está el día de Moab para que venga, y su malicia es muy veloz (Ibid. 14, 10). Y más claramente: Decid cómo ha sido quebrantado el bastón glorioso, la vara de magnificencia (Ibid., 20)? Y de nuevo: Ha sido quebrantado el cuerno de Moab. Estas cosas se dicen, para que bajo el nombre de Moab, la soberbia necia del mundo que se eleva al cielo sea quebrantada.

(Vers. 12, 13, seqq.) Así dice el Señor Dios: Por cuanto Edom ha tomado venganza para vengarse de los hijos de Judá, y ha pecado gravemente, y ha buscado venganza contra ellos. Por eso, así dice el Señor Dios: Extenderé mi mano sobre Edom y quitaré de ella al hombre y al animal. Y la haré desierta desde el sur, y los que están en Dedán caerán a espada. Y tomaré mi venganza sobre Edom por mano de mi pueblo Israel, y haré en Edom conforme a mi ira y mi furor, y conocerán mi indignación, dice el Señor Dios. LXX: Así dice Adonai el Señor: Por cuanto Edom ha hecho venganza contra la casa de Judá, y ha guardado el recuerdo del mal, y se ha vengado: por eso, así dice Adonai el Señor: Extenderé mi mano sobre Edom y mataré de ella al hombre y al ganado, y la pondré desierta: y los que huyen de Temán caerán a espada. Y tomaré mi venganza sobre Edom en mano de mi pueblo Israel, y harán en Edom

conforme a mi ira y mi furor, y conocerán mi venganza, dice Adonai el Señor. Antes propusieron dos cosas, por cuanto dijeron Moab y Seir, y después, callando sobre Seir, habló solo contra Moab: ahora retoma el problema iniciado, sobre lo que Seir, es decir, Edom, ha hecho. Que Esau, Seir, Edom, Idumea y Duma sean llamados una sola nación, no lo dudará quien tenga conocimiento de las Escrituras. Y para no hablar de los demás profetas, Isaías, Jeremías, Amós, que profetizaron contra Edom y Duma: el profeta Abdías dirige toda su profecía contra esta nación, a quien como pudimos discutimos hace tiempo. Se acusa, pues, a Seir, que por ser peludo, recibió el nombre de piloso, y a Edom, sanguinario, que por la cocción de un guiso rojo perdió la primogenitura, y del alimento recibió su nombre (Gén. XXV), también interpretan los hechos de Esaú. Y esto debe saberse, que en hebreo nunca se escribe Idumea, sino siempre Edom, que la traducción griega expresó como Idumea. Por tanto, no fue Idumea [Edom] quien habló como Moab, sino que tomó venganza de los hijos de Judá: y pecó, o guardó el recuerdo del dolor antiguo, para tomar venganza de ellos, de quienes fue suplantado en el vientre. Por eso, no por ángeles, ni por ningún otro: sino que el mismo Señor extendiendo su mano sobre Idumea, quitó de ella al hombre y al animal, y redujo sus ciudades a desierto, es decir, Temán, que nosotros traducimos como el Sur: de la cual y de otra ciudad, Dedán, caerán muertos a espada. Y cuando ellos se hayan vengado de Judá, yo tomaré venganza sobre los idumeos por mano, o en mano de mi pueblo Israel: para que sean oprimidos por aquellos sobre quienes ejercieron venganza. Que harán en Edom, o Idumea, conforme a mi ira y mi furor, para que cumplan mi indignación, y por manos de mi pueblo Israel, mi ira se desate sobre la nación enemiga, y entiendan que contra la iniqua venganza de Idumea, mi venganza fue justa, dice Adonai el Señor. Según la tropología, este me parece el sentido. Idumea se llama terrenal y carnal, que se levanta contra el espíritu, para que no hagamos lo que es del espíritu, y se apresura a atraer hacia sí al alma puesta en medio; y quiere devolver las venganzas, a las que antes estaba sometida, a los hijos de Judá, y recuerda el dolor antiguo, que no era de su propia potestad, y por eso buscó venganza de ellos, que apartándose de la carne seguían al espíritu. Por eso, el mismo Señor, siendo vengador de los hijos de Judá, extiende su mano sobre Idumea, y quita de ella al hombre y al animal, todo lo que parece tener razón o fe simple, para reducirla a soledad. Y de Temán, que se interpreta como deficiente, y Dedán, que también suena como parentesco, todos fueron muertos a espada, que puso en mano de su pueblo Israel, para que Edom sea subvertido, y sienta la ira del Señor y su furor, y entienda que su venganza ha servido para que sirva a la casa de Judá. Esto es lo que también el Apóstol discute escribiendo: Amé a Jacob, pero a Esaú aborrecí (Rom. IX, 13). Ama a Jacob, porque suplantó y superó lo carnal y terrenal, y merece recibir sus bendiciones. Primero vivimos según la carne, y después según el espíritu. Primero los vicios, luego las virtudes, con las que se subvierten los vicios, porque el corazón del hombre está inclinado al mal desde la juventud, y los errores de la adolescencia son condenados por la madurez (Gén. VIII). Por eso también David: Los pecados de mi juventud, y mis ignorancias no recuerdes (Sal. XXIV, 7). Y sin embargo, debe saberse que Jacob recibió la primera bendición, Esaú la segunda. Y lo que al final se dice de él: Serás siervo de tu hermano (Gén. XXVII, 40), esto significa que después de que la carne esté sujeta al espíritu, y unida a él, deje de ser carne, y Idumea pase a ser Judá.

(Vers. 15, 16.) Así dice el Señor Dios: Por cuanto los filisteos hicieron venganza, y se vengaron con todo el corazón matando, y llenando enemistades antiguas. Por eso, así dice el Señor Dios: He aquí, yo extenderé mi mano sobre los filisteos, y mataré a los asesinos, y destruiré las reliquias de la región marítima, y haré en ellos grandes venganzas, reprendiendo con furor, y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya dado mi venganza sobre ellos. LXX: Por eso, así dice Adonai el Señor: Por cuanto los extranjeros hicieron venganza, y levantaron venganza insultando, de corazón, para destruir hasta la eternidad: por eso, así dice Adonai el

Señor: He aquí, yo extenderé mi mano sobre los extranjeros, y destruiré, o mataré a los cretenses, y destruiré las reliquias de la costa marítima, y haré en ellos grandes venganzas en venganza de furor, y conocerán que yo soy Adonai el Señor, cuando haya dado mi venganza sobre ellos. Después de los hijos de Amón, Moab, y Seir, que también son idumeos, y por Lot y Esaú están emparentados con el pueblo de Israel y la casa de Judá, viene a los filisteos, que los Setenta tradujeron como ἀλλοφύλους, es decir, extranjeros, no con el nombre general de todas las naciones que no son del linaje de los judíos, sino con el nombre especial de su gente, que ahora se llama Palestina, cambiando la letra PHE, según la costumbre de los griegos, en PI (π), como también entre nosotros por el hebreo PHASE (), se celebra la pascua griega y latina. Los filisteos se interpretan como caídos por la copa, que también se embriagaron del cáliz de oro de Babilonia, y se enfurecen, y con todo el corazón insultan, recordando las enemistades antiguas contra Israel, de las que fueron separados por el pueblo de Dios. Y aunque el Señor dice: Mía es la venganza, y yo retribuiré (Deut. XXXII, 35), ellos se vengan matando, y llenando los odios antiguos. Por lo cual sentirán la mano del Señor extendida sobre ellos, que matará a los asesinos. Por lo cual los LXX, no sé qué queriendo, interpretaron como cretenses, cuando tanto Aquila como Símaco, y Teodoción tradujeron la misma palabra hebrea CHORETHIM (), como asesinos, o matanza, no solo en el presente lugar, sino también en Sofonías, donde se dicen estas cosas contra los filisteos: Gaza será saqueada, y Ascalón en perdición, y Azoto y Ecrón serán desarraigados. ¡Ay de los habitantes del cordel del mar, colonos de los cretenses, la palabra del Señor sobre vosotros, Canaán tierra de extranjeros, y os destruiré de la habitación, y Creta será en pasto de pastores, y lecho de ovejas (Sofon. II, 4 seqq.). Y aquí también, aunque los Setenta tradujeron como Creta, los demás traductores interpretaron como ὄλεθρον [Al. κάῤῥον], es decir, matanza, o perdición. De lo cual en el profeta mencionado, con la ayuda de Dios, dijimos lo que nos pareció. Por eso también las dos legiones de David, una de las cuales se llamaba Phelethi, y la otra Cerethi (II Reg. XV), la última por matar y degollar, recibió el nombre de Choretim [Al. Cherethim], es decir, de asesinos. Y el Señor destruirá todas las reliquias de la región marítima, que es golpeada por las olas saladas [Al. falsas], y hará venganzas no pequeñas, sino grandes en furor, para que su furor tenga fin en misericordia, y después de que haya hecho venganza, reprendiendo con furor, entonces conocerán los filisteos que él es el Señor.

(Cap. XXVI.) Y sucedió en el undécimo año, el primer (o único) día del mes, que vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, por cuanto Tiro (o Sor) dijo de Jerusalén: ¡Euge, se han roto las puertas de los pueblos (o naciones): se ha vuelto hacia mí, me llenaré, está desierta (o la que fue llena, está desierta); por eso, así dice el Señor Dios: He aquí, yo estoy contra ti, Tiro (o Sor): y haré subir contra ti [Vulg. a ti] muchas naciones, como sube el mar agitado. Y destruirán los muros de Tiro, y derribarán sus torres, y rasparé (o ventilaré) su polvo de ella, y la haré como una roca limpísima (o nítida). Será un lugar para secar redes en medio del mar, porque yo he hablado, dice el Señor Dios, y será en despojo para las naciones. También sus hijas que están en el campo (o en el campo) serán muertas a espada, y sabrán que yo soy el Señor. Consecuentemente, se teje el orden de la profecía. Habló contra los hijos de Amón y Moab y Seir, que también son idumeos, y los filisteos que están en la costa, y en el cordel del mar mantienen el mismo límite. Después de los filisteos, sigue la región de Fenicia, cuya metrópoli es la ciudad de Tiro, que se llama en lengua hebrea y siria SOR (). Y porque al ser capturada Jerusalén, también ella se alegró, e insultó diciendo: Se han roto las puertas de los pueblos, yo tengo un puerto muy seguro, y al ser destruida, toda la multitud se ha vuelto hacia mí, que era gobernada por su arbitrio, y porque está desierta, por eso yo me llenaré, o la que antes fue llena, será reducida a soledad. Porque dijiste estas cosas, y te burlaste de las ruinas de Jerusalén, que por el juicio de Dios fue destruida por sus pecados, por eso no por mensajeros, ni por otros cualesquiera, sino que yo mismo estaré contra ti, Tiro,

y haré subir contra ti a los babilonios con muchas naciones, cuya invasión destruirá tus muros y torres, hasta que caigan al suelo, y su polvo sea raspado, o ventilado en partes diversas, y será humillada hasta compararse con una roca nítida: y habrá tal soledad en la ciudad, antes muy concurrida, que las redes de los pescadores se extenderán y secarán en medio de ella. Porque yo el Señor he hablado, cuyas palabras no pueden ser vanas, y la entregaré en despojo a las naciones. También sus hijas, que están en el campo o en el campo, es decir, en la costa de Fenicia, ciudades y aldeas, pueblos y castillos serán muertos a espada: metafóricamente, porque llamó hijas, pone la muerte de espada, para que al final de las cosas conozcan que yo soy el Señor, que ordené que esto sucediera. Puede según la tropología, porque el nombre hebreo SOR se traduce como angustia, toda alma que está ocupada por perturbaciones, ser llamada Sor, que cuando vea que por sus vicios y pecados, por el juicio de Dios, Jerusalén es destruida, en la que estaba el templo y la visión de paz, se regocija y piensa que el imperio de la ciudad antes ilustre se le transferirá. Lo cual se aplica tanto en doctrinas contrarias, como en hombres del mundo, cuando ven que un hombre santo por negligencia ha caído, y se alegran y regocijan, como si la ruina de otros fuera su resurrección. Por eso el Señor amenaza, que él mismo luchará contra tales hombres, y hará subir contra ellos como olas del mar muchas naciones, que destruyan en ellos todo lo que parece más fuerte y firme, y así todos sus argumentos sean subvertidos, hasta ser reducidos a polvo. También hará cesar las redes y redes con las que antes pescaban a la multitud engañada, y en el suelo de la ciudad desierta, se extenderán y secarán, para que otros pescadores, enviados por el Señor a pescar, los reemplacen. Pero también sus hijas, que antes se guardaban como en un tálamo, y por doctrinas místicas y más secretas no se confiaban fácilmente a nadie, serán sacadas y llevadas al público, y cortadas con la espada eclesiástica, para que entiendan que él es el Señor, que por un tiempo dejó a Jerusalén por sus pecados, y destruyó las fortalezas de Tiro por su burla y alegría.

296 (Vers. 6 seq.) Porque así dice el Señor: He aquí que yo traigo contra Tiro (o contra ti, SOR) a Nabucodonosor, rey de Babilonia, desde el norte, rey de reyes, con caballos, carros, jinetes, y un gran ejército de pueblo. A tus hijas que están en el campo las matará a espada, y te rodeará con fortificaciones, levantará un terraplén alrededor, y alzará contra ti escudos, y viñas, y arietes (o lanzas) contra tus muros, y destruirá tus torres con su armamento. Con la inundación de sus caballos te cubrirá el polvo de ellos, al sonido de los jinetes, ruedas, y carros se moverán tus muros, cuando entre por tus puertas como por la entrada de una ciudad destruida (o como entrando a la ciudad desde el campo). Con las pezuñas de sus caballos pisoteará todas tus calles: a tu pueblo matará a espada, y tus estatuas nobles caerán a tierra (o la sustancia de tu fortaleza será llevada a tierra). Saquearán (o saqueará) tus riquezas, robarán tus negocios (o despojará tu sustancia) y destruirán (o destruirá) tus muros, y tus casas preciadas (o deseables) serán derribadas (o volteadas) y tus piedras, maderas y polvo serán arrojados en medio de las aguas (o lanzados al mar). Haré cesar la multitud de tus cantores (o destruiré la multitud de tus músicos), y el sonido de tus cítaras (o la voz de tus órganos) no se oirá más. Y te convertiré en una roca límpida (o nítida). Serás un lugar para secar redes, y no serás reconstruida más, porque yo he hablado, dice el Señor Dios. He unido ambas ediciones como es costumbre, y donde difieren, las he combinado al margen, cuidando la brevedad de los volúmenes. Así que lo que había dicho, Haré subir contra ti muchas naciones como sube el mar agitado, y Tiro será saqueada por las naciones, entonces lo pone más claramente, que el Señor traerá a Nabucodonosor, rey de Babilonia, desde el norte, rey de reyes, con caballos y carros, y con un ejército infinito, que primero subyugará las ciudades y fortalezas sometidas a Tiro en la costa, y luego hará que Tiro sea sitiada, la rodeará con ejército, terraplén, fortificaciones, viñas (o escudos) y arietes atacará y destruirá sus muros, y será tal la multitud

de sus jinetes, que con el polvo de la caballería, el sonido del ejército ululante, el estruendo de las ruedas y el relincho de los caballos, se moverán los cimientos de la ciudad, y así entrará en la ciudad con los muros derribados, como entrando seguro desde el campo, y será tal la seguridad del ejército vencedor, que las pezuñas de los caballos pisotearán las calles de Tiro, y todo el pueblo caerá en medio de la ciudad, y las estatuas que antes eran nobles, o toda la sustancia caerá a tierra, y nada de las antiguas riquezas se conservará en la ciudad conquistada, sino que junto con los muros también las casas nobles serán destruidas, y será tal la saña de los vencedores, que las maderas y piedras que queden del incendio serán arrojadas al mar, y ya sea Nabucodonosor, o el mismo Señor hará cesar toda la alegría de la ciudad, que antes resonaba en cánticos y salterios, y hasta el suelo derribada, será un lugar para secar redes. Y lo que sigue: No serás reconstruida más, parece plantear una cuestión, cómo no ha sido reconstruida, cuando hoy vemos la ciudad más noble y hermosa de Fenicia. De lo cual algunos quieren que en el último tiempo Tiro sufra esto, que después no será reconstruida. Pero ¿cómo podrán mantener la figura de Nabucodonosor, especialmente cuando leemos en lo que sigue que Nabucodonosor atacó Tiro, y no recibió recompensa por su trabajo: y por eso se le entregó Egipto, porque sirvió al juicio de Dios en el ataque a Tiro? Dicen que han leído historias griegas y fenicias, especialmente de Nicolás de Damasco, y otras historias bárbaras que contradicen esta historia, y no han encontrado nada sobre el ataque de los caldeos a la ciudad de Tiro, cuando podemos probar que muchas cosas se dicen en las Escrituras que no se encuentran en los volúmenes griegos; ni debemos someternos a la autoridad de aquellos cuya perfidia y mentiras detestamos. Por lo tanto, lo que se dice, no serás reconstruida más, puede entenderse así, que de ninguna manera será más la reina de los pueblos, ni tendrá su propio imperio, como lo tuvo bajo Hiram y otros reyes; sino que servirá a los caldeos, macedonios, ptolemaicos, y finalmente a los reyes romanos. No hay duda, según la anagogía, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, que viene del norte, se entiende como el diablo, que siendo un viento muy duro y siniestro, se llama por el nombre de derecho, presumiendo de la dignidad del nombre, y es el rey de reyes de todos los reinos, que mostró al Señor, y le dijo: Todo esto me ha sido entregado, que te daré si postrándote me adoras (Mat. IV, 9). Este tiene caballos y carros, de los cuales está escrito: El caballo es engañoso para la salvación (Sal. XXXII, 17). Y: Durmieron todos los que montaron caballos (Sal. LXXV). Y en otro lugar: Caballo y jinete arrojó al mar (Éx. XV, 1). Este mata a las hijas de Tiro, almas puestas en angustia y en una especie de cárcel de pecados, en el campo y campo amplísimo, y rodea a Tiro con sus fortificaciones, para mantenerla cerrada, y nadie pueda escapar del imperio del rey de Babilonia. Destruirá muros y torres, y todo lo que tuvo en doctrinas, temblará con la inundación de sus caballos y el sonido de los jinetes, ruedas y el estruendo de los carros, y entrará por sus puertas, sin que nadie lo impida, y las calles de la ciudad: Porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. VII, 13), las pezuñas de sus caballos pisotearán, y toda la sustancia o estatuas nobles, con las que se forjaron imágenes de falsedad, de las cuales está escrito: Señor, en tu ciudad destruirás sus imágenes (Sal. LXXII, 20), las derribará a tierra, y con los muros destruidos, también las casas nobles serán derribadas, que se había preparado, y en las que se regocijaba, y vendrá a tal desolación, que sus piedras y maderas con las que había construido muros, y los cimientos que había construido, serán arrojados al abismo, y sus cánticos y música, en los que confiaba en la sabiduría de este siglo, y todo el sonido de las cítaras no se oirá más, y su pesca cesará, y será humilde, como un lugar para secar redes, y no será reconstruida más, porque entregada al juicio del Señor a Nabucodonosor, ha sido completamente destruida, según lo que también dice el Apóstol: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Los lugares son difíciles, y el lector prudente y diligente debe perdonar mi trabajo. O si puede encontrar algo mejor, yo aceptaré su opinión: siempre que sepa que la indulgencia que me otorgue, la recibirá de otros.

(Vers. 15 seq.) Así dice el Señor Dios a Tiro: ¿No se conmoverán las islas al sonido de tu ruina, y al gemido de tus muertos, cuando sean asesinados en medio de ti? Y descenderán de sus tronos todos los príncipes del mar: y quitarán sus vestiduras, y arrojarán sus ropas variadas, y se vestirán de estupor. Se sentarán en tierra, y atónitos por tu repentina caída se admirarán, y tomando sobre ti un lamento, te dirán: ¿Cómo pereciste tú que habitas en el mar, ciudad ilustre, que fuiste fuerte en el mar con tus habitantes a quienes todos temían? Ahora se asombrarán las naves en el día de tu terror, y se turbarán las islas en el mar, porque nadie saldrá de ti. LXX: Porque así dice el Señor Dios a Sor. ¿No se conmoverán las islas al sonido de tu ruina cuando giman tus heridos, cuando la espada sea desenvainada en medio de ti, y descenderán de sus tronos todos los príncipes del mar, y quitarán sus coronas, y serán desnudados de sus ropas variadas? Enloquecerán de furia: se sentarán en tierra, y temerán su perdición, y gemirán sobre ti, y tomarán sobre ti un lamento, y te dirán: ¿Cómo pereciste y fuiste destruida en el mar, ciudad alabada, que fuiste fuerte en el mar misma, y sus habitantes, que infundieron temor a todos sus habitantes? Y temerán las islas en el día de tu ruina, y se turbarán las islas en el mar en tu salida. Primero expliquemos brevemente las palabras de la historia con una breve paráfrasis que aclare el sentido de lo dicho. Así dice Adonai el Señor a Tiro, que en hebreo se llama SOR (): ¿No se conmoverán las islas en el día de tu ruina, cuando Nabucodonosor te ataque, y caigas, y en el gemido de los heridos, o muertos, que sean asesinados en medio de ti? Y descenderán todos los reyes de sus tronos, o asientos, y los príncipes del mar que gobiernan diversas islas, y quitarán las diademas de sus cabezas, dejando toda la gloria de reinar y las vestiduras preciosas, y brillantes con increíble variedad, las arrojarán de sí, y por la magnitud del estupor se volverán locos, y humillados, se sentarán en tierra, y cuando te vean caer, temerán por sí mismos cosas similares: y no pensarán que hay nada perpetuo en los bienes de la tierra; sino que al contrario tomarán sobre ti un lamento, y recordarán un cántico fúnebre, diciendo: ¿Cómo pereciste tú que habitas (o habitabas) en el mar, ciudad ilustre, o alabada? Leemos en historias griegas, latinas y bárbaras que Tiro fue una isla, y no tenía entrada desde la tierra: pero después por Nabucodonosor, rey de los caldeos, o, como algunos afirman, por Alejandro, rey de los macedonios, se lanzaron terraplenes, y con el ataque y las viñas, y los arietes se preparó el lugar, y de isla se convirtió en península. Tú, pues, oh Sor, oh Tiro, que una vez fuiste la más fuerte de todas las islas, o en las ciudades alabada por todos con tus habitantes, a quienes todos temían, ¿cómo caíste de repente? Ahora se asombrarán, o temerán sobre ti las islas, y como mejor se tiene en hebreo, las naves, en el día de tu terror y ruina, y se turbarán las islas en el mar. Por lo tanto, es más consecuente leer arriba naves, para que no se repitan las islas; porque nadie saldrá de ti, o, como tradujeron los Setenta, en el día de tu salida: cuando seas llevada cautiva. Estas cosas se han dicho como ciertos fundamentos de la historia: ahora nos esforzaremos por imponer el culmen espiritual. Imagina a alguien, que habiendo guardado la castidad durante mucho tiempo, floreció en muchas virtudes, y después cayó en algún pecado grave y mortal: ¿no se conmoverán todas las islas al sonido de su ruina y de las virtudes asesinadas: es decir, aquellos que son golpeados por las olas saladas y amargas de este siglo? y descenderán del trono de su soberbia, todos los que parecían príncipes en la salinidad de este siglo, y humillados, quitarán las diademas de sus cabezas, que parecían poseer con buenas obras, y arrojarán las vestiduras variadas de la diversidad de virtudes y se vestirán de estupor, o por la magnitud del temor parecerán locos; y se sentarán en el suelo, y asombrados por su repentina caída se admirarán: tanto que todos tomarán lamento y lamentación sobre él que cayó, y dirán: ¿Cómo pereciste, tú que antes estabas a salvo? ¿cómo caíste, tú que estuviste tanto tiempo, tú que en el mar de este siglo entre todos eras considerado ilustre, tú que eras robusto en la opinión de todos? y tus habitantes, es decir, pensamientos fuertes que resistían todos los dardos encendidos del diablo, que antes eran temidos por todos los

adversarios, se han convertido en estupor. Pero también las naves, todos los santos que atraviesan las olas de este siglo, se asombrarán cuando te vean caer. En el día de tu terror y ruina se turbarán las islas, para que no sufran cosas similares. Porque las ruinas de otros son ejemplos para los justos, mientras todos estamos en un estado débil e inestable y con un pie tambaleante en este siglo, y nunca es nuestra victoria cierta y segura: cuando salgan de ti los que antes estaban; o en tu salida; en tu fin y consumación. No somos juzgados por lo pasado, sino por lo presente. Y debemos tener cuidado, y siempre temer, no sea que la antigua gloria y firmeza sólida, sea derribada por la tormenta de una hora.

(Vers. 19 seq.) Porque así dice el Señor [Vulg. añade Dios]: Cuando te haya convertido en una ciudad desolada como las ciudades que no son habitadas, y haya traído sobre ti el abismo, y te cubran muchas aguas, y te haya llevado con los que descienden al lago (o a los que descienden a la fosa) al pueblo eterno, y te haya colocado en la tierra más baja (o en el profundo de las tierras) como las soledades antiguas, con los que son llevados al lago (o descienden a la fosa), para que no seas habitada, y [Vulg. Porro cum] haya dado gloria en la tierra de los vivientes (o para que no resurjas en la tierra de los vivientes), te reduciré a nada (o te daré a la perdición) y no serás, y buscada no serás hallada [Vulg. añade más] para siempre, dice el Señor Dios. Une con lo anterior lo que se ha dicho. Cuando te haya convertido, oh Tiro, en una ciudad desolada para siempre, como son otras ciudades que no son habitadas, y haya traído sobre ti el abismo, y te cubran muchas aguas, o las infinitas multitudes de enemigos, o ciertamente quien habla a la isla y a la ciudad situada en la isla tropológicamente compara la frecuencia de los adversarios con las olas del abismo: y te haya llevado con los que descienden al lago, o a la fosa, a los que están en el infierno, de los cuales también leemos en los Salmos: Entrarán en las partes más bajas de la tierra: serán entregados a la espada, serán parte de los zorros (Sal. LXII, 10, 11); al pueblo eterno, donde hay llanto de ojos, y crujir de dientes, y te haya puesto en la tierra más baja, donde está establecido el antiguo dragón, y como las antiguas soledades y desiertos, donde no hay memoria de los buenos, sino que habrá penas eternas, ni te haya hecho resucitar en la tierra de los vivientes, de la cual está escrito: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4). Y en otro lugar: Agradaré al Señor en la región de los vivientes (Sal. CXIV, 9): entonces serás reducido a nada, o perecerás para siempre, y no serás más, según lo que está escrito en otro salmo: Déjame para que me refresque antes de que me vaya, y no seré más (Sal. XXXVIII, 14). No que deje de existir quien está en penas eternas: sino que quien no vive para Dios, en las Escrituras santas se dice que no subsiste. Por eso también Esther hablando contra los ídolos dice: No entregues, dice, tu cetro a los que no son (Esther XIV). Ciertamente existían aquellos a quienes suplica que no se entregue; pero no eran para Dios, quienes habían cesado de ser con virtudes, y con el Dios viviente. Y esto debe notarse, que Tiro es buscada por aquel que vino a buscar y salvar lo que se había perdido, y dejando las noventa y nueve ovejas en los montes, busca una oveja errante (Luc. XIX). También la mujer que había perdido una dracma, la busca, y la encuentra, y convoca a las vecinas a la sociedad de la alegría (Ibid., 15). Pero si Tiro buscada no se encuentra, no es culpa del que busca, sino de quien ha huido de la mano del buen pastor. Y más, dice, no serás más para siempre; o como está escrito en hebreo LOLAM, y en griego αἰῶν, significa un siglo, según lo que dice Isaías, que después de setenta años Tiro será restaurada a su estado íntegro (Isa. XXIII). Dicen que un siglo, es decir, el tiempo de la vida humana, se calcula en el número de setenta años, diciendo el salmista: Los días de nuestros años, en ellos setenta años. Y si en los poderosos, ochenta años, lo que sea más, es trabajo y dolor (Sal. LXXXIX, 10). Esto hemos dicho brevemente de Tiro de manera metaphrasticῶς. Lo cual también puede referirse a aquellos que en la angustia de este siglo son llevados al infierno, y son cubiertos por los abismos y olas de penas, y son llevados a las partes más bajas de la tierra, y se unen a

aquellos que están en la antigua soledad, y son llevados al lago, o a la fosa eterna, para que no sean más habitados por el Espíritu Santo. De los cuales está escrito: El impío cuando cae en el abismo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Ni de aquí en adelante estarán en la tierra de los vivientes, sino que perecerán, y serán reducidos a nada, y dejarán de ser para Dios. Con estos testimonios abusan, quienes dicen que las penas de los impíos y no de los pecadores son perpetuas: quienes buscados por Dios, no son hallados, y han dejado de ser para siempre: porque por su culpa han perdido a aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6).

(Cap. XXVII.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Tú, hijo de hombre, toma un lamento sobre Tiro, y dirás a Tiro, que habita en la entrada del mar, para el comercio de los pueblos hacia muchas islas (o desde muchas islas). Así dice el Señor Dios. Si quisiera abarcar toda la profecía contra Tiro, o sobre el lamento de Tiro, en una sola palabra, lo haría largo y el sentido para el lector oscuro; ya que no puede retener todo en la mente a la vez, especialmente en lo que la edición de los LXX difiere del hebreo en este lugar, es decir, lo que han añadido o sustraído. Por lo tanto, nos contentaremos con nuestra interpretación, y donde disientan, lo uniremos al margen, dejando a Dios el conocimiento perfecto de todo: y brevemente advertiremos lo que nos parece en cada caso. Quien es lamentado, aún es objeto de cuidado para quien lo lamenta. Por eso Samuel lloraba y lamentaba por Saúl (II Sam. XV). Y el apóstol Pablo lamenta y llora por aquellos que han fornicado y no han hecho penitencia (II Cor. XII). Y Jeremías escribe Lamentaciones sobre la destrucción de Jerusalén en cuatro alfabetos. Por lo tanto, Tiro, o Sor, habita, según la letra, en la entrada del mar: ya sea porque antes fue una isla, o porque recibe barcos que vienen del mar abierto en un puerto muy seguro, y es el comercio de los pueblos hacia muchas islas, o desde muchas islas. Esto persiste hasta hoy, de modo que casi todas las naciones comercian allí. Siguiendo la interpretación comenzada, todo lo que se dice de Tiro lo referimos a la συνοχὴν, es decir, a las angustias de este mundo, que está puesto en el maligno, y es constreñido y golpeado por varias perturbaciones como por olas. Sobre comerciantes de este tipo se narra en el salmo con lenguaje místico: Los que descienden al mar en barcos, haciendo operaciones en muchas aguas, ellos vieron las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo (Sal. CVI, 23, 24).

(Vers. 3.) Oh Tiro, dijiste, Soy de perfecta belleza (o dijiste, Me rodeé de belleza) y situada en el corazón del mar. El primer crimen de Tiro es, si parece tener algo bueno, no considerarlo de Dios, sino suyo, y toda la belleza, que le viene de diversas regiones, estimarla como propia diligencia y virtud. Pues dijo: Soy de perfecta belleza, o me rodeé de belleza, estando situada en el corazón, es decir, en medio del mar, y como una isla se mueve, y fluctúa, y es quebrada por los golpes de las olas. Que el corazón del mar signifique el medio, lo demuestra también aquel discurso profético: Por eso no temeremos cuando la tierra sea perturbada, y los montes sean trasladados al corazón del mar. Bramaron y se turbaron sus aguas (Sal. XLV, 2, 3). Pero también nuestro Señor se dice que descendió al corazón de la tierra, es decir, al medio, a los infiernos. La verdadera y perfecta belleza no está en ningún hombre, sino en el cuerpo de Cristo, que se interpreta como la Iglesia, y se congrega en las virtudes de muchos santos. Por eso él mismo habla a la esposa: Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti (Cant. IV, 7).

(Vers. 4, 5.) Tus vecinos que te edificaron, llenaron tu belleza. Con abetos de Sanir te construyeron con todas las tablas del mar. Cedro del Líbano tomaron, para hacerte un mástil. Por lo cual, no sé qué queriendo, así lo tradujeron los LXX: Los hijos de tus señores te rodearon de belleza: cedro de Sanir fue edificada para ti: tablas delgadas de ciprés del Líbano tomaron, para hacerte mástiles de abeto. La palabra Beelim, en este lugar entre los hebreos no

se encuentra en absoluto, sino que en lugar de Beelim está escrito GEBULAIC, que significa tus límites. También en lo que dijeron, tus hijos, fueron engañados por la ambigüedad de la palabra, y la similitud de la escritura, ya que con diferente pronunciación se leen las mismas letras, de los albañiles, y de los hijos, BONAICH y BENAICH (). Oh, pues, Tiro, que dijiste por soberbia, Soy de perfecta belleza, o me rodeé de belleza, estando situada en medio del mar, escucha cuántas cosas te han sido otorgadas por la generosidad de Dios. Tus vecinos y colindantes, que no son de regiones lejanas, sino de cercanas, ellos llenaron tu belleza, ¿y tú piensas que es tuyo lo que es ajeno? Y habla como a un barco τροπικῶς, significando la belleza de la ciudad, y la abundancia de todas las cosas, para que después de describir todo su mobiliario, el mástil, las antenas, remos, velas, proa, quilla, cuerdas, cubiertas, pieles, y demás cosas que necesita el uso de los barcos bien equipados: entonces le anuncie que viene la tempestad, y el viento del sur, por el cual se moverán las olas más grandes, y que está sujeta al naufragio. Por lo cual significa la destrucción de la ciudad de Tiro por el rey Nabucodonosor, o, como muchos piensan, por Alejandro, rey de los macedonios, quien se dice que la sitió y capturó en seis meses, después de vencer a Darío en Licia. Según los entendimientos místicos, con abetos o cedros de Sanir, se cortan las tablas del barco de Tiro, con las que se teje y se une, y con cedro o ciprés del Líbano su mástil: con abetos por la suavidad [o ligereza] de las uniones de las tablas que se sostienen y muerden entre sí más suavemente: o con cedros, porque la madera es imputrescible. De Sanir se dice, que se interpreta camino de la lámpara; o como nosotros creemos más verdaderamente, diente de vigilias, porque toda la prosperidad del barco, y la iluminación viene de la verdadera luz. Sanir, según la letra, es el monte que también es Hermón, que otros llaman Sanior. Lee la historia. Líbano se interpreta blancura, o blanqueamiento: lo cual también pertenece a la gracia que viene de otro lugar.

(Vers. 6.) Robles de Basán tallaron en tus remos: tus bancos hicieron de marfil indio, y pequeñas casas de las islas de Italia. LXX: De Basán hicieron tus remos, y tus templos, y te hicieron casas silvestres de marfil de las islas de Chettiim. ¡Cuánta belleza del barco, y su mobiliario, para tener remos de cedro, no de cualquier lugar, sino de Basán, y bancos de marfil, y pequeñas casas, o bodegas, en las que se guardan las mercancías más preciosas, de las islas Chettiim, que nosotros traducimos como Italia: entendiendo todas las partes de las islas occidentales de esa región que está más cerca de Grecia. Digamos, pues, según la anagogía, que los remos del barco de Tiro se hacen de Bazán, de la cual también se escribe en los Salmos: Dijo el Señor, de Bazán convertiré del abismo del mar (Sal. LXVII, 23). Basán en nuestra lengua se interpreta ignominia. A aquellos, pues, que estaban en el abismo del mar, y en la ignominia de los pecados, Dios los convierte, y los convierte en remos, para que navegando con los Apóstoles, puedan llegar a la tierra, y a las costas; y se hacen bancos de marfil, cuando han mortificado sus cuerpos: o han dedicado el uso de sus dientes a las alabanzas de Dios, y pequeñas casas, o bodegas de las islas de Chettiim, que según la etimología del discurso hebreo se traduce en golpeada, para que no esté tanto muerta por las plagas del diablo, como probada. Podemos decir de marfil, y casas silvestres de las islas de Chettiim, que los herejes intentan construir no en la casa de Dios, sino en el barco de Tiro. Y ellos mismos teniendo su marfil de discurso, y lengua edificando templos contrarios al templo de Dios, y casas silvestres, habitáculos de bestias, cuando la Escritura dice que en la casa de Dios no deben plantarse bosques, ni selvas, ni arboledas (Deut. XII).

(Vers. 7.) Lino fino variado de Egipto fue tejido para ti en vela, para ser puesto en el mástil: jacinto y púrpura de las islas de Elisa, fueron tu cobertura. LXX: Lino fino con variedad de Egipto fue hecho para ti en lecho, para rodearte de gloria, y cubrirte con jacinto, y púrpura, de las islas de Elissa fueron tus coberturas. Porque Tiro había dicho, Soy de perfecta

belleza, o me rodeé de belleza, se le reprocha lo que ha recibido de cada región, según aquello de la Escritura: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Se describe, pues, lo que cada provincia envía, según aquello de Virgilio (Georg., lib. I):India envía marfil: los suaves Sabeos su incienso: Pero los duros Calibes hierro, y el Ponto viril castóreo, y demás. El lino fino en Egipto crece en gran medida, del cual se teje la vela del barco de Tiro, que se cuelga del mástil, y su cobertura, que en el calor del sol y en la calma proporciona sombra a los marineros y pasajeros, se hace de jacinto y púrpura; que son de las islas de Elisa, llamando así a las islas del mar Jónico. Por otro lado, según los Setenta, del lino fino en lecho, y en descanso se tejen las coberturas del barco de Tiro, para que cubierto con ellas sea más glorioso, y rodeado tenga un vestido más hermoso. El lino fino se refiere a la tierra, porque surge de la tierra, y el jacinto al aire, la púrpura al mar de donde se confecciona, añadiendo el carmesí teñido dos veces, con los cuales se tejen las vestiduras del Pontífice, hemos advertido a menudo que significan los cuatro elementos: tierra, fuego, aire, y aguas, de los cuales constan todas las cosas, que Tiro se apropia, para no usar las criaturas de Dios con gracia, sino decir: Soy de perfecta belleza: o, me rodeé de belleza.

(Vers. 8, 9.) Los habitantes de Sidón, y de Arad fueron tus remeros. Tus sabios, Tiro, se hicieron tus gobernantes. Los ancianos de Biblos y sus prudentes proporcionaron marineros para el servicio de tu variado mobiliario. Todas las naves del mar, y sus marineros estuvieron en el pueblo de tu comercio. LXX: Tus príncipes habitaban en Sidón, y los de Arad fueron tus remeros. Tus sabios Sor que estaban en ti, estos son tus gobernantes. Los ancianos de Biblos, y sus sabios estaban en ti: estos fortalecieron tu consejo, y todas las naves del mar, y sus remeros se hicieron para ti en el Occidente del Occidente. Había dicho antes: Tus vecinos que te edificaron, llenaron tu belleza: antes de que lleguen a aquellos que habitan lejos, describe las ayudas de las provincias cercanas. Tus habitantes, dice, o príncipes de Sidón y de Arad, que es una isla cercana, tus remeros. Tus sabios, oh Tiro, se hicieron tus gobernantes. A los sabios propiamente les corresponde el gobierno, diciendo la Escritura: Aquellos que no tienen gobierno, caerán como hojas (Prov. XI, según LXX). Los ancianos o mayores de Biblos, y sus prudentes proporcionaron marineros para tu servicio, o fortalecieron el consejo de Tiro, y proporcionaron variado mobiliario: y todas las naves del mar, y sus marineros estuvieron en el pueblo del comercio de Tiro, o en el Occidente del Occidente. Esto por ahora según la letra. Pero según los entendimientos místicos, porque Sidonios se interpreta cazadores, y Aradios, deponentes: diremos que Tiro, la ciudad gloriosa y soberbia, que, cuando sople el viento, después será destruida, tiene ciudadanos, o príncipes cazadores, de los cuales está escrito: Nuestra alma escapó como un pájaro del lazo de los cazadores. Donde nosotros leemos cazadores, en hebreo está escrito, Sidonios. Estos cazan las almas incautas en las alturas, para llevarlas a lo terrenal, y se convierten en remeros, para llevarlas al naufragio. Pero los sabios de Tiro, que se toman en mal sentido, por los cuales los hijos de las tinieblas son más sabios que los hijos de la luz, ellos gobiernan Tiro preparada para el naufragio (Luc. XVI). Los ancianos de Biblos y sus prudentes proporcionaron marineros a Tiro para el servicio, o fortalecieron su consejo. La historia sagrada narra que muchos ancianos fueron rechazados por el Señor, y los jóvenes elegidos en tipo de la Sinagoga y la Iglesia. El anciano Caín es añadido, y el joven Abel es elegido (Gén. IV): Ismael, hijo de Abraham, es ajeno al padre, y el joven Isaac recibe la herencia (Gén. XXI). También de los hijos de Isaac, el mayor Esaú es cazador, y vaga en los campos, el joven Jacob habita simplemente en casa (Gén. XXV). Por eso está escrito también en Malaquías: A Jacob amé: pero a Esaú aborrecí (Mal. I, 2). Y correctamente según el Apóstol (Rom. IX, 13), no habiendo hecho nada bueno o malo en el vientre de la madre, ni tenían mérito ni ofensa, para que uno fuera elegido, y el otro rechazado, sino que en tipo, como dijimos, de la Sinagoga y

la Iglesia, el mayor es rechazado, y el joven es asumido. Todos, dice, las naves del mar y sus marineros estuvieron en el pueblo del comercio de Tiro, o en el Occidente del Occidente. Así como se dice Cantar de los Cantares, y siglo de los siglos, y obra de las obras; para que el canto sea mayor que otros cantos, y el siglo más largo que otros siglos, y la obra más útil que otras obras: así se llama Occidente del Occidente, para significar la magnitud de las partes occidentales. Y es apropiado que las naves del mar, y sus marineros, y los remeros que están en ayuda del barco de Tiro, no vayan al Oriente, ni al nacimiento de la luz, donde nace el sol de justicia, sino al Occidente del Occidente, donde la luz se pone, y donde es el comienzo de las tinieblas.

(Vers. 10.) Persas y Lydios [Vulg. Lydia] y Libios estaban en tu ejército, hombres guerreros tuyos: colgaron escudo y casco en ti para tu ornato (o colgaron peltas, y cascos en ti, ellos dieron tu gloria). Que los persas fueron muy fuertes, cuyo rey Ciro, como se predice en la profecía de Isaías (Isa. XLV), después de subvertir a Astiages, rey de los medos, capturó Babilonia, lo narra la historia sagrada y secular. También los Lydios fueron reputados en aquel tiempo entre las naciones más robustas, cuyo rey Creso fue capturado por el mismo Ciro, lo escribe Xenofonte con plenitud. Y a los libios con los trogloditas y etíopes que vinieron contra Jerusalén, lo leemos en el volumen de los Paralipómenos (II Par. XII): quienes, siendo en esos tiempos los más florecientes, famosos combatientes en las batallas, se mencionan como defensores de la ciudad de Tiro, y para asustar a los enemigos colgaron escudos y cascos entre las almenas de los muros. La inteligencia espiritual suena que los persas, que se interpretan tentadores, o tentados; y los Lydios, que entendemos como generados; y los Libios, que en el discurso hebreo se llaman PHUT (), y se traducen como boca (del boca, no del hueso), en vano intentan defender a Tiro, cuando son superados por la tentación, y sirven a la generación y la lujuria, y multiplican solo palabras vanas, no teniendo el casco de la salvación, ni el escudo de la fe (Efes. VI); sino que solo presentan la gloria y el ruido de las palabras para su ornato.

(Vers. 11.) Los hijos de Arad con tu ejército [Al. su] estaban sobre tus muros alrededor: pero también los pigmeos que estaban en tus torres, colgaron sus carcajes [Al. tus] en tus muros alrededor, ellos completaron tu belleza. LXX: Los hijos de los Aradios, y tu fortaleza sobre tus muros, alrededor eran guardianes en tus torres. Colgaron sus carcajes sobre tus almenas alrededor. Ellos perfeccionaron tu belleza. La palabra GAMADIM (), la primera edición de Aquila, Pigmeos: Símaco, Medos: los Setenta, guardianes: Teodocio Gomadim, interpretaron el mismo hebreo. La isla de Arad, que es toda una ciudad, y tiene frente a sí el pueblo de Antarad, y está cerca de Tiro, y se extiende en la costa de Fenicia de la tierra continental, la vemos hasta hoy: estos están en el ejército de la ciudad de Tiro y son los guardianes de sus torres, y colgaron sus carcajes alrededor, y completan su belleza, para mostrar que son arqueros, o son pigmeos, es decir, guerreros, y muy dispuestos para la guerra, ἀπὸ τῆς πυγμῆς, que en el discurso griego se traduce como certamen. Pero si los Aradios significan deponentes, todo aquel que pretende la ciencia de nombre falso, y tiene en el carcaj de su pecho los dardos encendidos del diablo, con los que hiere y enciende los corazones de los engañados, debe ser llamado Aradio. Pues desea deponer a aquellos que se esfuerzan por ascender a lo alto, y completa la belleza de Tiro, de la cual está escrito en los Proverbios: No te engañe el deseo de la belleza, para que no seas atrapado por tus ojos (Prov. VI, 25). Y de nuevo: Como un anillo de oro en el hocico de un cerdo, así es la belleza en una mujer de mala conducta (Ibid. XI, 22).

(Vers. 12.) Los cartagineses, tus comerciantes, por la multitud de todas las riquezas, llenaron tus mercados con plata, hierro, estaño, y plomo. No solo en el presente lugar, sino también en Isaías, donde está escrito: Aullad, naves de Cartago (Isa. XXIII, 14), los demás intérpretes

tradujeron la palabra hebrea THARSIS (), que no hay duda de que es una colonia de los tirios. Ellos de las partes occidentales llenaron los mercados de Tiro con plata, hierro, estaño, y plomo. Tarsis en nuestra lengua significa exploración de alegría. Pero aquí no debemos entender exploradores en buen sentido, como los que Moisés envió a explorar la tierra prometida (Núm. XIII), sino en el contrario, como los que el Apóstol dice evitar: Por los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraron a espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo (Gál. II, 4): y de los cuales José dice: Sois espías: habéis venido a ver las partes descubiertas de la tierra (Gén. XLII, 9). Y sus hermanos, entendiendo que es un crimen no pequeño explorar lo ajeno por insidias, respondieron: No son espías tus siervos. Estos, pues, no multiplican los mercados de Tiro con oro, ni con piedra preciosa, sino con plata, hierro, estaño, y plomo, teniendo la belleza del discurso, y armas para conquistar; y en el estaño la similitud del discurso que miente como la plata; y en el plomo la impiedad más grave, según Zacarías (Zac. V), en el cual la mujer se sentó sobre un talento de plomo, y los egipcios se hundieron en el abismo como plomo. La larga discusión de cada uno de los metales, pero se debe buscar la brevedad.

(Vers. 13, 14.) Grecia, Tubal y Mosoc, ellos fueron tus comerciantes, trajeron esclavos y vasijas de bronce a tu pueblo: de la casa de Togarma trajeron caballos, jinetes y mulos a tu mercado. LXX: Toda Grecia y sus alrededores, ellos fueron tus negociantes en almas humanas, y dieron vasijas de bronce para tu comercio: de la casa de Togarma, dieron caballos, jinetes y mulos para tus ferias. Jones dice que los llamados en hebreo Javan y Tubal, es decir, los iberos orientales, o los españoles de las partes occidentales, que reciben este nombre del río Ebro, y Mosoc, que entendemos como los capadocios, cuya metrópoli, que más tarde fue llamada Cesarea por Augusto César, hasta hoy en su lengua se llama Mazaca: estos hicieron el comercio de Tiro valioso, trayendo esclavos y vasijas de bronce desde Corinto a Tiro, y de la casa de Togarma, es decir, de Frigia, caballos, jinetes y mulos, de los cuales esa provincia tuvo en otro tiempo gran abundancia. Los hebreos dicen que Grecia, es decir, Javan, se interpreta como es y no es: lo cual se refiere propiamente a la sabiduría secular, en la que si encuentran algo correcto, se llama es; si en la parte contraria, no es. Pues ellos también discuten muchas cosas buenas de la naturaleza sobre los deberes, la continencia, el desprecio de las riquezas: lo cual los estoicos reivindican para sí, y parecen lucrarse con las almas de los hombres a quienes engañan: y tienen vasijas de bronce, con las que fingen la semejanza del oro, que introducen a los pueblos de Tiro, para suplantarlos con la opinión de una doctrina falsa. De la casa de Togarma, que se interpreta como extranjero y forastero, se traerán al mercado y a sus ferias caballos, jinetes y mulos, de los cuales está escrito: El caballo es engañoso para la salvación (Sal. XXXII, 17). Y en otro lugar: Se adormecieron todos los que montaron caballos (Sal. LXXV, 7). Y en los Salmos: No os hagáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Por lo cual también Doeg, acusador y asesino de los sacerdotes, fue prefecto de muchos (II Reg. XXII), y estos son de la casa del extranjero y forastero, que no comen las carnes del cordero, de los cuales está escrito: El extranjero y el mercenario no comerán de él (Éxodo XII, 43); para que todas las ferias de Tiro se llenen con estos comercios.

Los hijos de Dedán fueron tus comerciantes. Por lo cual no sé qué queriendo los Setenta, interpretaron como hijos de los Rodios: a menos que por la similitud de la primera letra (y), leyeran Radan en lugar de Dedán, que también es la mayor de las Cícladas, y en el mar Jónico fue una ciudad poderosísima, gloriosa en la lucha naval, y por su puerto segurísimo, refugio de todos los mercaderes. Y porque Rodios se traduce en nuestra lengua como viendo el juicio, se dice ahora tropológicamente de aquellos que ven la verdad del juicio, y ellos mismos no la hacen, diciendo el Apóstol: Por lo cual eres inexcusable, oh hombre,

quienquiera que juzgas. Pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo. Porque haces lo mismo que juzgas (Rom. II, 1). Pero es mejor aceptar el nombre de otro lugar para Dedán, como se tiene en hebreo y entre los demás intérpretes.

(Vers. 15, 16.) Muchas islas comerciaron con tus manos: cambiaron dientes de marfil y ébano por tu precio. Siria fue tu comerciante, por la multitud de tus obras, propusieron en tu mercado púrpura, telas bordadas, lino fino, seda y escarlata. LXX: Desde las islas multiplicaron tu comercio: dientes de elefante, y a los que se introducían les pagabas tus salarios. Hombres comerciaron contigo por la multitud de tu mercado: en aphec, estacte, y telas bordadas de Tarsis y Ramot y escarlata dieron en tus ferias. La edición de los Setenta difiere mucho del hebreo en el presente lugar; por eso, según ambas, se deben decir algunas cosas: para que, ocupados en los comercios de Tiro, no pasemos más lentamente a las demás profecías. Los hijos de Dedán, comerciantes de Tiro, de muchas islas multiplicaron su comercio, de modo que daban dientes de elefante a los que venían a su comercio, y tenían hombres en las ferias por la multitud de la negociación. Tenían también en Aphec, que se añadió en la edición de Teodoción en los Setenta: por lo cual Símaco traduce, telas bordadas. También estacte, que todos los demás interpretaron como púrpura, que en hebreo se dice ARGAMAN (): y variedades de Tarsis, por lo cual en hebreo se dice BUS (), que todos tradujeron como lino fino. Tarsis, sin embargo, no se menciona en el presente lugar. Y dicen, ramot y escarlata dieron en tus ferias; lo cual se tiene así en hebreo, excepto que por ramot, Aquila interpretó seda, o sutiles. Escarlata, todos los intérpretes, tal como está puesto en hebreo (), lo tradujeron. Por lo tanto, según los Setenta, los hijos de los Rodios, comerciantes de Tiro, de muchas islas multiplicaron su comercio: según el hebreo, después de los hijos de Dedán, sus comerciantes, también las islas de diversas naciones aumentaron su comercio, trayendo dientes de marfil de la India, y maderas de ébano, que son de color negro y muy preciosas, y las cambiaron por otras mercancías de Tiro. También Siria fue comerciante de Tiro: por lo cual en hebreo está puesto ARAM (), en cuyo lugar los Setenta interpretaron hombres, leyendo ADAM en lugar de ARAM, engañados por la similitud de las letras RES y DALETH, como antes. Hasta hoy, sin embargo, permanece en los sirios un ardor innato por el comercio, que recorren el mundo entero por la avidez de lucro, y tienen tal locura por comerciar, que, ocupado ahora el mundo romano, buscan riquezas entre espadas y muertes de miserables, y huyen de la pobreza con peligros. Este tipo de hombres son comerciantes de Tiro, que comercian con telas bordadas, púrpura y telas bordadas: también proponen lino fino, seda y escarlata en su mercado. Por púrpura, que todos interpretaron; estacte, es decir, gota, los Setenta tradujeron. Sin embargo, no he podido encontrar hasta el presente qué significa escarlata. Los hebreos dicen que todas las mercancías más preciosas se significan con este nombre, o que es una especie de mercancía preciosa, que el lenguaje romano no resuena, o con el término común de chatarra de vendedores. De muchas islas, para pasar a la anagogía, que son golpeadas por las olas saladas y amargas de este siglo, los comerciantes de Dedán traen dientes de marfil, prometiendo el candor de la elocuencia; de los cuales está escrito: De casas de marfil de las cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor (Sal. LIV, 9). Pero no son blancos, ni imitan a la esposa, de la cual se dice: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? (Cant. VIII, 5) sino de color negro ébano, que no pueden cambiar su negrura, diciendo Jeremías: Si el etíope cambiará su piel, y el leopardo sus manchas (Jer. XIII, 21). También Siria, es decir, Aram, que se interpreta como elevado, y se hincha de soberbia, es comerciante de Tiro, y en la multitud de las obras de Tiro lleva el conocimiento de nombre falso, muchas variedades, y promete estacte de olor óptimo, y púrpura de dignidad real, y telas bordadas de arte dialéctica, y lino fino, por lo cual los Setenta interpretaron Tarsis dedicado a las obras de la tierra: y seda, por lo cual en hebreo está escrito RAMOT (), que se interpreta como visión de muerte. Pues todas las obras

terrenales se apresuran hacia la destrucción; y escarlata, sea lo que sea que se entienda, proponiéndolo en las ferias de Tiro. Dedán, sin embargo, de estas mercancías que se dice que traen sus comerciantes e islas, o se debe entender como la región de la India, o de los idumeos y del vasto desierto, como algunos estiman, y suena como parentesco, para que reconozcamos la similitud de los dogmas divinos en los herejes.

(Vers. 17.) Judá y la tierra de Israel, ellos fueron tus comerciantes, en el primer grano: bálsamo y miel, y aceite, y resina propusieron en tus ferias. LXX: Judá y los hijos de Israel, estos comerciantes tuyos en el comercio de grano y ungüentos: primero miel y aceite, y resina dieron en tus ferias. La palabra hebrea PHANAG () Aquila, Símaco y Teodoción la tradujeron tal como está puesta entre los hebreos: por lo cual los Setenta ungüentos, nosotros lo traducimos como bálsamo. Se dice, sin embargo, que las riquezas con las que abunda la tierra de Judá, que ahora se llama Palestina, son grano, bálsamo, miel y aceite, y resina, que se llevan de Judá e Israel a las ferias de Tiro. Y aunque la letra es manifiesta, según el sentido espiritual diremos que la tierra de la confesión, y el sentido que ve a Dios, que se refiere a la Iglesia, no debe llevar a Tiro el primer trigo, que al caer en la tierra se multiplica, y se toma por la palabra de Dios: Pues no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Deut. VIII, 3). Luego el bálsamo que nace en las viñas de Engadi, o ungüento, de lo cual está escrito: Como ungüento en la cabeza, que desciende en la barba, la barba de Aarón (Sal. CXXXII, 2). Y miel sobre la cual también habla Salomón: Miel encontraste, come cuanto es suficiente. Pues si comes más, la vomitarás (Prov. XXV, 16), mientras que por la saciedad excesiva la miel se convierte en ajenjo. También el aceite con el cual se enciende la lámpara en el tabernáculo de Dios, para que no se nos aplique lo profético: Vendías aceite en Egipto (Oseas XII, 1). Que si está en Egipto, y en Tiro, se convertirá en lo contrario, y se dirá de él, Pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Sal. CXL, 5). Pero también la resina es suave, apta para los cuerpos, y se toma como medicina. Por lo cual también está escrito en Jeremías: ¿Acaso no hay resina en Galaad: o no hay médico allí? ¿Por qué no sube la curación de la hija de mi pueblo? (Jer. VIII, 22). Esta resina también la tenía Jacob, que enviaba a su hijo José con miel, terebinto, nueces, incienso y estacte (Gen. XLIII). También los ismaelitas que compraron a José de la tierra de Israel, llevaban a Egipto incienso, resina de Galaad, y estacte (Ibid., 37). Y para que podamos saber más claramente qué es el grano, bálsamo, miel, aceite y resina que se lleva al mercado de Tiro, escuchemos las palabras del Señor diciendo: No deis lo santo a los perros: ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mat. VII, 6). También a la mujer cananea, que rogaba por su hija, diciendo: Mi hija está gravemente atormentada por un demonio, el Señor respondió: No es correcto tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perros (Mat. XV, 22, 26). Pero porque había salido de los confines de Tiro y Sidón, y se acercaba a la tierra de Israel, por eso obtuvo lo que había pedido.

(Vers. 18.) Damasco fue tu comerciante en la multitud de tus obras: en la abundancia de diversas riquezas: en vino espeso, en lanas de color óptimo. LXX: Damasco fue tu comerciante en la multitud de tus obras, por la multitud de toda tu fortaleza: vino de Chelbón, y lanas de Mileto. Por vino espeso, que interpretó Símaco, y que Aquila y Teodoción, y en el mismo hebreo tiene, vino de HELBON (). Y nuevamente donde pusimos lanas de color óptimo, o resplandecientes, Aquila y Teodoción tradujeron en lanas de Soor. Significa que entre los demás comercios de Tiro, se llevaba a sus ferias de Damasco vino muy espeso, y lana excelente: lo cual vemos hasta hoy. Pero si Damasco se interpreta como bebedor de sangre, y la verdadera tradición de los hebreos es que el campo donde fue asesinado Abel por el parricida Caín (Gen. IV), estaba en Damasco, de donde también el lugar está señalado con este nombre, justamente también Pablo después de la muerte de Esteban, el primer mártir en Cristo, fue a Damasco, para llevar a los creyentes en Cristo atados a Jerusalén: y por la

misericordia de Dios, que hizo al vidente y al ciego, perdió los ojos de la carne, para recibir los de la mente: y cayeron las escamas del dragón de sus ojos, con las que había perdido la luz de la verdad, para que fuera al barrio que se llama recto, y encontrara a Ananías, que en nuestra lengua se interpreta como obediente (Hechos IX). De esta tierra, por lo tanto, a la que se le dijo: Maldita sea la tierra que abrió su boca, y tragó la sangre de tu hermano (Gen. IV, 11). Se reúnen las ferias de Tiro, y vino espeso, y lanas resplandecientes: o vino de Chelbón que se interpreta como lechoso. Los Setenta por lanas de color óptimo, entendieron lanas de Mileto, o Soor. Mileto no se menciona en hebreo; pero porque de allí se traen lanas excelentes, interpretaron Mileto por SOOR. De lo cual es evidente que Tiro se alimenta de leche de infancia, y no tiene vestimenta propia, sino de otras y de diversas provincias reunidas. Aquello que Damasco se interpreta como sangre de cilicio, y sangre de beso, no conviene al presente lugar. Pues frecuentemente los nombres hebreos por la diversidad de acentos, y el cambio de letras y vocales, o especialmente las que tienen sus propias propiedades, se interpretan de diversas maneras.

(Vers. 19.) Dan y Grecia y Mozel en tus ferias pusieron hierro trabajado: estacte y caña en tu comercio. LXX: + Dan y Javan y Mozel en tus ferias ** que en su edición de Teodoción se añadieron. Hierro hecho con obra, y rueda en tu mezcla está. Del nombre del patriarca Dan y la tribu, y el lugar donde habitó la tribu, tomó el nombre, donde hoy Paneas, que antes se llamaba Cesarea de Filipo. De donde también el río Jordán recibió su nombre, Jor, es decir, río, Dan, que fluye del Líbano. Javan, sin embargo, significa Grecia, que se interpreta, como dijimos, es y no es. Por Mozel también Símaco tradujo como portador, para que el sentido sea: Dan y Grecia trajeron a tus ferias hierro trabajado, y demás. Aquila, sin embargo, por Mozel, puso de Uzal. De las cuales se debe creer que de las regiones, hierro y estacte y caña se llevaron a las ferias de Tiro. Digamos que Grecia, es decir, Javan, tiene hierro trabajado, y muy dispuesto para la guerra, jactándose de construir todo con juicio y razón con el arte dialéctica: y sonido vocal, que se interpreta en la caña, y promete estacte de olor óptimo, o hierro trabajado, y rueda que se vuelca con la composición de palabras, y tiene curso de oración.

(Vers. 20.) Dedán tus comerciantes, en tapetes para sentarse. LXX: Dedán tus comerciantes, con bestias elegidas para carros. Mucho difiere el hebreo y los Setenta en el presente lugar, excepto el nombre de la región que es vecina a Dedán, y Dadan. Infinita es la distancia entre tapetes para sentarse, y bestias elegidas para carros: no hay duda de que los carros y caballos, si son terrenales, se toman en mala parte. De lo contrario, también Elías es arrebatado en un carro celestial, y es llamado por Eliseo padre, padre, auriga y carro de Israel (IV Reg. II, 12). Y a Giezi se le abren los ojos, para que vea carros en el monte, y caballos sin jinetes, preparados para la sesión del Señor (Ibid. 6). En los tapetes, sin embargo, se muestra la belleza de los discursos; en los cuales se transportan y descansan los comerciantes de Dedán con una sesión compuesta, viniendo a las ferias de Tiro.

(Vers. 21.) Arabia y todos los príncipes de Cedar, ellos fueron los comerciantes de tus manos, con corderos, carneros y cabritos vinieron a ti. Por corderos, carneros y cabritos, los Setenta interpretaron camellos y carneros, y corderos. Arabia y los príncipes de Cedar (que hoy es la región de los sarracenos, como en el discurso de Jeremías, que se escribe contra Cedar, se demuestra plenamente) abundan en estos animales, a saber, corderos, carneros y cabritos, y multiplican las ferias de Tiro con esta aportación (Jerem. XLIX). Pero también es una región muy fértil en camellos debido a la amplitud de los pastos del desierto, y la templanza del aire, que deleita a este animal. Arabia, sin embargo, se interpreta como tarde: y Cedar, tinieblas. De la cual también se dice en los Salmos: Habité con los que habitan en Cedar (Sal. CXIX, 5). Estas regiones llevan a Tiro camellos, cargados con los gravísimos pesos de los pecados, o

corderos, carneros y cabritos, que inmolan en sus altares, que simularon de un corazón iniquo y rebelde. Pero también en este mismo profeta en la visión de los pastores, leemos carneros que perturban las aguas purísimas, y que embisten con los costados a las ovejas, y luchan con los cuernos (Infra XXXIV): también cabritos, que acostumbran estar a la izquierda, y corderos que fingen ser el cordero (Mat. XXV): de quien está escrito: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I, 29). En buena parte, sin embargo, Isaías escribe camellos (Isa. LX), de Madián, que se interpreta como juicio del Señor, venir a Jerusalén, y Efa, y carneros de Nabajot, y Saba llevando oro e incienso: de los cuales los dos últimos también son ofrecidos al Señor por los Magos (Mat. II). Y estos camellos, dejando la carga de los pecados, pueden entrar en el camino estrecho y angosto, que lleva a la vida (Mat. VII y XIX).

(Vers. 22.) Los vendedores de Saba y Reama, ellos eran tus comerciantes con todas las primeras especias aromáticas, y piedra preciosa, y oro que ofrecieron en tu mercado. En los Salmos, donde está escrito: "Los reyes de Arabia y de Saba ofrecerán dones a ti" (Sal. LXXI, 10), en hebreo se dice: "los reyes de Saba y de Saba ofrecerán dones a ti": uno de ellos, Saba, se escribe con la letra SIN, y el otro con SAMECH, que es similar a nuestra letra. Dado que Saba se interpreta como conversión, se debe decir que en el presente lugar no significa conversión, sino aversión, de la cual se traen dones a Tiro con todas las especias aromáticas, y los mejores olores, y la piedra preciosa, y el oro, que todo se ofrece en los mercados de Tiro. Y ellos también mienten sobre el buen olor, y la piedra preciosa, con la que intentan construir iglesias de su perversidad, y el oro que promete en sentido, y todo es perverso. Pues nada reciben gratuitamente, ni dan gratis, sino que comercian con todo, mientras que los reyes de Arabia y de Saba ofrecen dones a Cristo gratuitamente. Estos son los que hacen todo por causa de una ganancia deshonesta: y recibieron estos dones de aquel que dice en el Evangelio: "Todo esto me ha sido entregado: te lo daré si postrándote me adoras" (Mat. IV, 9). Reama, o según los Setenta, Rhegma, no pude encontrarlo en ningún otro lugar de las Escrituras, ni qué región es, ni qué significa; salvo que es evidente, y por lo que se une, que Saba es una región vecina a esta provincia.

(Vers. 23, 24.) Arán, y Cané, y Edén, tus comerciantes de Saba, Asur, y Chelmad, tus vendedores: ellos eran tus comerciantes en diversas formas con envolturas de jacinto, y tejidos de varios colores, y tesoros preciosos, que estaban envueltos y atados con cuerdas. LXX: Carrán, y Cané, y Edne, estos eran tus comerciantes: Sabba, Asur, y Chalman, tus mercaderes, llevando comercio en Machalim, y en Galima, jacinto, y tejidos de varios colores, tesoros escogidos atados con cuerdas. Y estas naciones contienen nombres de diversos lugares. Lo que de Teodoción se añadió en los Setenta, en Machalim, y en Galima, Símaco lo interpretó como envolturas preciosas. También añadimos de Aquila y Símaco los tejidos de varios colores, que Teodoción interpretó como variados. Tan preciosas eran las vestiduras que se llevaban en las envolturas de los comerciantes, que se ataban con cuerdas de jacinto. Arán, o como dijeron los Setenta, Carrán, en nuestra lengua suena como agujeros: Cané, preparación: Edén, delicias: por lo cual en los Setenta Edne, que no se encuentra en hebreo, cuyo significado ignoramos: y no debemos buscar la etimología de un nombre ficticio. En el comercio de Tiro, a través de los sentidos carnales que se indican en los agujeros, está toda la preparación de los hombres del mundo que piensan que solo las delicias son si aumentan los comercios de la ciudad de Tiro. De Saba hablamos antes. Asur se interpreta como, dirigiendo: Chelmad, o como se contiene en algunos ejemplares, Cherma, se traduce en viñas: sin duda de los sodomitas, que vienen al mercado de Tiro, para dirigir lo malo, más bien para corregir con castigos, y corregir lo que había sido depravado, según lo que se dice en los Salmos: "Para destruir al enemigo y al vengador" (Sal. VIII, 3). Y tienen en

diversas formas mobiliario, y con una increíble variedad, que está atado con envolturas de jacinto; o sus tesoros están atados con cuerdas, que han atesorado para sí en la tierra, según lo que está escrito: "Cada uno está atado con las cuerdas de sus pecados" (Prov. V, 22). Y no tuvieron comercio libre, sino que ataron todo con los lazos de los pecados. Las envolturas de jacinto, por la similitud del color, refirámoslas a los poderes aéreos, que ofrecen sus tesoros a los mercados del mundo.

También tenían cedros en tus comercios. Naves del mar (o como se contiene en hebreo, Tharsis), tus príncipes en tu comercio. Por cedros, los Setenta tradujeron cipreses. Y como hablamos antes de ambos, es superfluo aumentar el fastidio del lector.

(Vers. 25.) Y te llenaste, y te glorificaste (o te agravaste) mucho en el corazón del mar. Nada, dice, te faltó que pertenezca a las riquezas de las islas. Sin embargo, esa glorificación fue una carga para el poseedor, mientras no puedes llevar moderadamente las riquezas, aunque también a menudo es una tentación de la pobreza (Prov. XXX). Por eso Salomón pide solo lo necesario; y detesta tanto las riquezas como la pobreza, para que en una no se infiltre el orgullo, y en la otra la impaciencia y la mentira.

(Vers. 26.) En muchas aguas te llevaron tus remeros. Antes leímos que los remeros de la ciudad de Tiro eran los sidonios, y los aradios, de los cuales unos se interpretan como cazadores, y otros como deponentes. Pues cazan las almas de aquellos que conducen entre las olas de este mundo a su arbitrio, y no los elevan a las alturas, sino que los sumergen en las profundidades: ni imitan a aquellos que navegando hasta la vigilia matutina, rompieron las olas furiosas del mar, y merecieron recibir al Señor Salvador, y con tal piloto y compañero llegaron al puerto de la tranquilidad. De lo cual se escribe más plenamente en el Evangelio.

El viento del sur te rompió en el corazón del mar (Mat. XIV). Todas las riquezas de Tiro, al soplar el sur, perecen, que más significativamente se interpreta como CADIM (), en griego καύσων; que podemos traducir como viento abrasador. De lo cual decía el santo David: "De día el sol no te quemará, ni la luna de noche" (Sal. CXX, 6). Este viento quemó a Jacob, y sin embargo no lo rompió, mientras hablaba: "De día me consumía el calor, y de noche la helada" (Gén. XXXI, 40). También aquellos que fueron contratados desde la primera hora, soportaron el calor y el ardor de todo el día, y sin embargo reciben el denario, porque fueron quemados, y no rotos. Por eso la esposa dice en el Cantar: "Soy morena, pero hermosa, porque el sol me despreció" (Cant. I, 4): o, como mejor se contiene en hebreo, "el sol me decoloró".

Tus riquezas y tus tesoros, y tu múltiple instrumento. Muchos leen así: "En el corazón del mar tus riquezas y tus tesoros, y tu múltiple instrumento"; para que todas las riquezas y tesoros de Tiro, y toda la sustancia, estén puestas en el corazón del mar, y sean cubiertas por las olas del mundo, y no tengan nada estable sus habitantes y perpetuo, cumpliéndose aquello del Evangelio: "Necio, esta noche te quitarán tu alma, lo que has preparado, ¿de quién será?" (Luc. XII, 20). Y aquello apostólico: "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y en muchas trampas, y son arrastrados al abismo" (I Tim. VI, 9). La historia es manifiesta; y por eso a casi cada versículo le adaptamos breves sentencias. Pues ya la oración se apresura al final del libro.

(Vers. 27). Tus marineros (o remeros), y tus gobernadores, que sostenían tu mobiliario, y que estaban al frente de tu pueblo: y tus hombres de guerra que estaban en ti, con toda tu multitud que está en medio de ti, caerán en el corazón del mar en el día de tu ruina. Leímos que los remeros o marineros de la ciudad de Tiro eran los sidonios y los aradios, de los cuales ya se

ha dicho; y según la edición de los Setenta, los consejeros de Byblos, que en hebreo se llama GEBAL (): también sus hombres de guerra, persas, lidios, y libios, que todos caerán, y se mostrarán como nada, cuando Tiro caiga, y toda su gloria tenga fin en las ruinas. La multitud que los Setenta tradujeron como mezcla, excepto los príncipes, significa al vulgo; que sin nombre de dignidades, serán destruidos por un juicio similar. La profecía está mezclada entre la ciudad y el barco, para que entiendas de uno al otro: y sin embargo, ambos pertenecen a la consumación del siglo, y al naufragio.

(Vers. 28, 29.) Al sonido del clamor de tus gobernadores se turbarán las flotas, y descenderán de sus barcos todos los que sostenían el remo. Marineros, y todos los gobernadores del mar, los transportadores y los proretas estarán en tierra, y llorarán sobre ti con gran voz, y clamarán amargamente: y arrojarán polvo sobre sus cabezas, y se cubrirán de ceniza (o esparcirán ceniza sobre sí mismos). Lo que sigue: Y se raparán sobre ti, y se ceñirán de cilicios: y te llorarán con amargura de alma con un llanto amarguísimo, y tomarán sobre ti un canto fúnebre, y te lamentarán, no se encuentra en los Setenta, sino que se añadió de la edición de Teodoción. Cuando Tiro caiga, sus gobernadores se turbarán, y descenderán de las flotas, y los remeros, transportadores y proretas o marineros, y todos los gobernadores del mar, sacudidos por las olas, estarán finalmente en un paso firme; y llorarán sobre ella con gran voz, que antes enriquecían con sus mercancías, y señalarán la amargura de su mente con clamor: también arrojarán polvo o tierra sobre sus cabezas, haciendo penitencia por sus obras terrenales. Y se cubrirán de ceniza o de la ternera, según la Ley (Num. XX), para purificarse: o ciertamente esparcirán ceniza sobre sí mismos, según lo que se dice a Jerusalén: Esparce tierra sobre tu cabeza, y esparce ceniza sobre ti, y haz lamento (Jer. VI, 16). Y en el Evangelio está escrito: Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho estas señales, hace tiempo que habrían hecho penitencia en saco y ceniza (Luc. X, 13). Y el salmista dice: Comí ceniza como pan (Sal. CI, 10). Y se raparán sobre Tiro, y harán calvicie, lo que suele hacerse en el luto, en el tiempo en que la magnitud del dolor excluya toda alegría. Pero los cabellos de los apóstoles estaban contados, porque consagraron su cabello al Señor como los nazareos (Mat. X; Luc. VI). Y Sansón, mientras tuvo cabello, poseyó fortaleza, pero al serle cortado, fue capturado por los filisteos (Juec. XVI). Cuando se dice, y se ceñirán de cilicios, se condena la antigua lujuria de los lomos, para que quienes vivieron en delicias, después vivan en penitencia en austeridad y dureza. Los ninivitas tuvieron sacos (Jon. III). Y de nuevo se dice a Jerusalén: Llora por mí como una esposa ceñida de cilicio sobre su esposo virginal (Joel I, 8). Y te llorarán, dice, con amargura de alma con un llanto amarguísimo. Pues es mejor entrar en la casa de luto, que en la casa de banquete (Ecli. VII): para que lloren a Tiro, y canten un canto fúnebre, que la siguiente Escritura añade. Para que sepamos el progreso de aquellos que lloran al que cae, y que antes estaban en el corazón del mar, y en medio de él, el profeta nos enseña con su ejemplo: que él mismo es mandado a llorar a Tiro, para que, cumplido el tiempo de penitencia, sea restaurada a su antiguo estado, y, tomando la cítara, suene al Señor. Lee a Isaías. Algunos ridículamente (pero sin embargo lo que leemos debe decirse) interpretan a los gobernadores como obispos de los herejes, a los consejeros como presbíteros, a los proretas como archidiáconos, a los remeros y marineros como diáconos, y a los transportadores como refiriéndose a todo el pueblo, que si hubieran añadido al capitán como el diablo, habrían completado la tragedia. Todos ellos llorarán juntos, y llorarán amargamente, y harán penitencia, después de que sientan el naufragio de su nave, y estén en tierra, y hayan perdido toda la belleza de la ciencia de falso nombre; y en lugar de gozo y alegría, señalarán la penitencia con amargura de corazón.

(Vers. 33 y siguientes.) ¿Quién es como Tiro, que enmudeció (o calló) en medio del mar? (Lo que no se encuentra en los LXX). Que en la salida de tus comercios (o que encontraste

recompensa) del mar, llenaste a muchos pueblos. En la multitud de tus riquezas, y de los pueblos enriqueciste a muchos reyes. Ahora estás rota por el mar (o en el mar) en las profundidades de las aguas tus riquezas (o tu comercio) y toda tu multitud, que estaba en medio de ti, han caído. Todos los habitantes de las islas se asombraron (o fueron quebrantados) sobre ti, y todos sus reyes, golpeados por la tempestad (o convertidos en locura) cambiaron sus rostros (o lloraron). Los comerciantes de las naciones (o de los pueblos) silbaron sobre ti, te has convertido en nada (o te has hecho perdición: y no serás más en el siglo (o para siempre). Los gobernadores, remeros, proretas, y transportadores, en el lamento de Tiro recordarán estas cosas, que otra ciudad así enmudeció, que no tenía confianza para hablar; y escuchará aquello del Evangelio, Calla, y enmudece (Mar. IV, 39). Y de los Salmos: Pero al pecador dijo Dios, ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? (Sal. XLVI, 16). ¿Cuántas mercancías, oh Tiro, te enriquecieron? ¿Y qué buscaste con tanto trabajo, que día y noche reunías para naufragar? Llenaste ciertamente a muchos pueblos, y con tus riquezas enriqueciste a reyes, de los cuales está escrito: Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno, contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 2). Pero ahora estás rota en el mar, y en las profundidades de las aguas, según lo que está escrito sobre Faraón: Los carros de Faraón, y su fortaleza los arrojó al mar (Éx. XV, 4). Que fue sumergido en el abismo como una piedra, y podía decir: Vine al abismo del mar, y la tempestad me sumergió (Sal. XIV, 4). Todas las islas, o los habitantes de las islas, que son golpeados por las olas de este mundo, se asombrarán sobre ti, y sus reyes, golpeados por la tempestad, sentirán su destrucción, e imitando la voz de la serpiente, silbarán y dirán: Te has convertido en nada, o te has hecho perdición; para que no tengas la naturaleza de la perdición, sino la voluntad. Y no serás. Que si hasta aquí hubiera dicho, surgiría una gran cuestión, cómo no sería, la que ahora vemos construida. Pero de lo que sigue: Hasta el siglo, muestra el tiempo de un siglo, que según la edad del hombre se calcula en el ciclo de setenta años. O no serás para Dios, diciendo el Apóstol: Que llamó a las cosas que no eran (Rom. IV, 17). Y el profeta Isaías: He aquí que se confundirán, y se avergonzarán todos tus adversarios. Serán como si no existieran (Isa. XLI, 11): Y Esther según los Setenta Intérpretes: No entregues tu cetro a los que no son (Esther XIV, 11). Y en el salmo: Déjame para que me refresque antes de que me vaya, y no seré más (Sal. XXXV, 14). Qué testimonios en qué sentido deben tomarse, lo dijimos antes. Pero todo esto podemos referirlo a la persona de los herejes, que en la contrición de Tiro y el naufragio, sentirán su error, y en medio del mar, desearán liberar sus almas, y llorarán las riquezas malamente reunidas, con las que enriquecieron a muchos reyes, es decir, sus patriarcas, y al vulgo ignoble, cuyas riquezas caerán en medio del mar. También los habitantes de todas las islas [si queremos referir lo que se ha dicho a la buena parte] se asombrarán sobre la contrición de Tiro, y los reyes de todas las islas, o ellos mismos como golpeados por la tempestad, cambiarán sus rostros, o ciertamente indicarán el dolor del corazón con llanto y lágrimas, y testificarán la magnitud del asombro, con admiración y silbido, cómo se ha hecho nada, y ha perecido la que prometía salvación a muchas naciones. Y no será más, no en un tiempo cierto, para que interpretemos αἰῶνα en el siglo; sino para siempre: porque la misma palabra significa ambas cosas.

LIBRO NOVENO.

Era consecuente, hija Eustoquio, que la profecía de Tiro, y del príncipe de Tiro, la comprendiera en un solo volumen, y tanto en lugares como en vaticinio unidos, no los separara en el orden de los libros. Pero como son muchas las cosas que se dicen, y exceden el límite de la extensión: por eso la explicación se ha dilatado al noveno libro, que creemos llegará a su fin con tus oraciones y las de todos los santos: para que también contra Faraón, y

toda Egipto, lo que está escrito en Ezequiel, disertemos. Que también por su longitud, deben dividirse en el décimo libro: para que se conserve la medida de los volúmenes entre sí; y el trabajo del que dicta, del que escribe, y del que lee, respire en partes.

(Cap. XXVIII.---Vers. 1 seqq.) «Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Así dice el Señor Dios: Porque se ha elevado tu corazón, y dijiste: Soy un dios, y en el trono de Dios me he sentado en el corazón del mar: siendo hombre, y no Dios, y diste tu corazón como el corazón de Dios: ¿acaso eres más sabio que Daniel? Ningún secreto te es oculto. Con tu sabiduría y prudencia te has hecho fuerte y has adquirido oro y plata en tus tesoros. En la multitud de tu sabiduría, y en tu comercio has multiplicado tu fortaleza, y se ha elevado tu corazón en tu poder. Por eso, así dice el Señor Dios: Porque se ha elevado tu corazón como el corazón de Dios: por tanto, he aquí que traeré sobre ti extranjeros, los más fuertes de las naciones, y desenvainarán sus espadas contra la hermosura de tu sabiduría, y profanarán tu esplendor. Te matarán y te entregarán, y morirás en la muerte de los heridos en el corazón del mar. ¿Acaso dirás: Soy un dios, delante de los que te matan, siendo hombre y no Dios, en manos de los que te hieren? Morirás de la muerte de los incircuncisos en manos de extranjeros, porque yo he hablado, dice el Señor Dios.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Así dice el Señor Dios: Porque se ha exaltado tu corazón, y dijiste: Soy un dios, he habitado en la morada de Dios en el corazón del mar: pero tú eres hombre, y no Dios, y diste tu corazón como el corazón de Dios, ¿acaso eres más sabio que Daniel? Los sabios no te instruyeron con su disciplina: ¿acaso en tu instrucción, o en tu prudencia te has hecho fuerte, y has hecho oro y plata en tus tesoros, o en tu mucha instrucción y tu comercio has multiplicado tu fortaleza? Se ha elevado tu corazón en tu fortaleza, por eso así dice el Señor Dios: Porque diste tu corazón como el corazón de Dios, por esto he aquí que traeré sobre ti extranjeros pestilentes de las naciones, y desenvainarán sus espadas contra ti sobre la hermosura de tu doctrina, y humillarán tu hermosura en perdición, y te llevarán, y te dispondrán, y morirás de la muerte de los heridos en el corazón del mar. ¿Acaso hablando dirás, Soy un dios, en presencia de los que te matan? Pero tú eres hombre, y no Dios, en la multitud de los que te hieren. Morirás de las muertes de los incircuncisos en manos de extranjeros, porque yo he hablado, dice Adonai el Señor.»

Dondequiera que según los Setenta se pone por segunda vez, Señor, Señor, el primer nombre es el tetragrámaton (), que propiamente pertenece a Dios, y se dice inefable: el segundo es común (), que a menudo se encuentra en los hombres. Así como de la ciudad de Tiro bajo la figura de un barco primero se describen las riquezas, luego la ruina y el lamento: así al príncipe de Tiro primero se le dirige un discurso profético, porque se ha erguido por la soberbia, y no ha usado bien las riquezas que tenía: luego el luto y la lamentación, de cuántos bienes ha llegado a cuántos males. Por tanto, primero deben decirse las primeras cosas. Está escrito en Isaías (Isa. IV) al rey de Babilonia Nabucodonosor, que se igualó al poder de Dios, y se elevó a tal arrogancia, que se atrevió a decir: Subiré sobre las estrellas del cielo, y seré semejante al Altísimo. Y precipitado del trono, mereció oír: ¿Cómo cayó Lucifer que nacía por la mañana? Y sobre el faraón en este mismo profeta: Míos son los ríos, y yo los hice (Infra XXIX, 9). Y sobre el príncipe de Tiro, que con el corazón elevado dijo arrogantemente: Soy un dios, y en el trono de Dios me he sentado, o he habitado en la morada de Dios, siendo hombre, y no Dios. Aunque estas cosas parecen exceder las fuerzas de la fragilidad humana, y no ser tanto palabras de hombres como de demonios enloquecidos, sin embargo, debemos aceptar la hipérbole, que se han hinchado tanto, y no han conocido su medida, que elevados por la felicidad del siglo, y el poder del reino, mientras piensan que los bienes presentes son

perpetuos, no han sabido que son hombres, y se han atribuido un imperio eterno. Aunque bajo el tipo de príncipes, reyes, y de cada ciudad o provincia, se demuestran los poderes adversarios, de los cuales también escribe el apóstol Pablo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, potestades y gobernadores de las tinieblas de este mundo, y contra malicias espirituales en los lugares celestiales (Ephes. VI, 12). Y en otro lugar: Hablamos sabiduría entre los perfectos: Sabiduría no de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, que son destruidos (I Cor. II, 6). Y de nuevo disputando sobre la sabiduría, dice, que ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). En la profecía de Daniel también se lee claramente, el Príncipe del pueblo israelita Miguel, y el príncipe de Grecia, y el príncipe de los persas (Dan. X). Y Moisés escribe más claramente en el Cántico de Deuteronomio: Cuando el Altísimo dividía las naciones, y dispersaba a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones, según el número de los ángeles de Dios (Deut. XXXII, 8); o como mejor se tiene en hebreo: según el número de los hijos de Israel. Y fue la parte del Señor su pueblo Jacob, la cuerda de su herencia en Israel. No nos maravillaremos en la parte contraria de que los peores reyes precedan en el tipo de príncipes transgresores, cuando enseñamos que los mejores reyes David, Salomón, y Josías, y los patriarcas, y los profetas, precedieron en figura del Señor Salvador. Por lo tanto, según ambas inteligencias, de los reyes igualmente soberbios y de los príncipes apóstatas, discutamos lo que está escrito. Dice, pues: Aunque en medio del mar, y de la isla estés rodeado de estrecheces, más diré, siendo hombre, y rodeado de la fragilidad de la carne humana, elevado por la hinchazón del corazón, en el trono de Dios, en los cielos te has creído habitar. Y al mismo tiempo porque te jactas de sabiduría, tanto que los hombres de tu reino provocaron a Salomón con enigmas: ¿acaso eres más sabio que Daniel, quien por la gracia de Dios venció a todos los magos y adivinos, y ahora en Babilonia es el más sabio? O debe entenderse así: Incluso si fueras más sabio que Daniel, quien por confesión de todos es el más sabio, y por la magnitud de las riquezas y el poder deseas igualarte al poder de Dios: sin embargo, serás capturado por los adversarios, y perdida la ciudad, serás herido con muchas heridas: y ya no dirás, Soy un dios: sino que, enseñado por la destrucción, conocerás que eres hombre, no Dios. Pero si quisiéramos decir que el príncipe de Tiro es el mismo poder al que Dios le ha entregado la ciudad misma, o la provincia, tomemos ese testimonio. Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo. Pero moriréis como hombres, y como uno de los príncipes caeréis (Psal. LXXXI, 7). Porque les fueron entregadas las provincias para gobernar como jueces por el Emperador. Quienes olvidaron que su honor depende de la orden de otro, como recientemente Heracliano (o Heradiano) en África, se elevaron con mente tiránica contra su rey y Señor: para que dispersos por todo el mundo, bajo los nombres de idolatría, asumieran para sí nombres de dioses, y llenos de soberbia, cayeran en el juicio del diablo y en su trampa. De lo cual también habló el Salvador en el Evangelio: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18).

(Vers. 11 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, levanta un lamento sobre el rey de Tiro, y dile: Así dice el Señor Dios: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura: en las delicias del paraíso de Dios estuviste. Toda piedra preciosa era tu vestidura: sardio, topacio y jaspe, crisólito, ónice y berilo, zafiro, carbunclo y esmeralda. El oro de tu ornamento y tus engastes fueron preparados en el día en que fuiste creado. Tú, querubín extendido y protector, te puse en el monte santo de Dios. En medio de las piedras de fuego caminabas: perfecto eras en tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló iniquidad en ti. En la multitud de tus contrataciones se llenaron tus interiores de iniquidad, y pecaste, y te eché del monte de Dios, y te destruí, oh

querubín protector, de en medio de las piedras de fuego. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura: perdiste tu sabiduría a causa de tu esplendor, te arrojé a la tierra: te puse delante de los reyes, para que te miraran. En la multitud de tus iniquidades y en la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario. Por eso saqué fuego de en medio de ti, que te consumió, y te reduje a cenizas sobre la tierra, a la vista de todos los que te miran. Todos los que te conocieron entre los pueblos se asombrarán de ti. Te has convertido en nada, y no serás más para siempre.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, toma un lamento sobre el príncipe de Tiro, y dile: Así dice el Señor Dios: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y corona de hermosura: en las delicias del paraíso de Dios estuviste. Estabas rodeado de toda piedra buena: sardio y topacio, y esmeralda, y carbunclo, y zafiro, y jaspe, y plata, y oro, y ligurio, y ágata, y amatista, y crisólito, y berilo, y ónice, y llenaste tus tesoros y tus almacenes en ti, desde el día en que fuiste creado, preparado con el querubín ungido por Dios, y habitando en el tabernáculo, te puse en el monte santo de Dios: fuiste hecho en medio de las piedras de fuego. Fuiste inmaculado en tus días, desde el día en que fuiste creado: hasta que se hallaron iniquidades en ti, por la multitud de tus contrataciones llenaste tus bodegas de iniquidad, y pecaste, y fuiste herido desde el monte de Dios, y el querubín protector te sacó de en medio de las piedras de fuego: Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura: se corrompió tu sabiduría con tu esplendor. Por la multitud de tus pecados te arrojé a la tierra: te puse delante de los reyes, para que fueras deshonrado. Por la multitud de tus pecados, y las iniquidades de tus contrataciones contaminé tus santuarios. Y sacaré fuego de en medio de ti, que te devorará. Y te reduciré a cenizas sobre la tierra a la vista de todos los que te miran, y todos los que te conocieron entre los pueblos se entristecerán por ti. Te has convertido en destrucción: y no serás más para siempre.

Porque hemos dicho quién es el príncipe de Tiro, y cómo cayó por su soberbia, conozcamos sus lamentaciones sobre su antigua gloria. Primero se le recuerda lo que fue, para que lamente haber perdido lo que tenía. Tú, dice, el sello de la perfección; según aquello que propiamente dice el evangelista Juan sobre el Salvador: Porque a este lo ha sellado Dios el Padre (Juan VI, 27). Y sobre los hombres: Ha sellado, porque Dios es veraz (Juan III, 33). Y en los Salmos: Sobre nosotros está sellada la luz de tu rostro, Señor (Salmo IV, 7). Y en otro lugar: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él (I Juan III, 2). Por eso se dice a Dios: ¿Quién será semejante a ti? (Salmo XXXIV, 10). Porque una cosa es semejanza, otra igualdad. Por eso es una herejía muy cruel, la que en Cristo confiesa solo la semejanza del Padre, quitando la naturaleza. Pero nosotros en el Hijo no solo decimos semejanza, sino igualdad. Por eso lo perseguían los judíos: porque no solo quebrantaba el sábado, sino que se hacía igual a Dios (Juan V). Donde hay igualdad, allí hay la misma naturaleza y una sola sustancia. Esto es lo que el Apóstol habla sobre la semejanza: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19), para que recibáis, evidentemente, su semejanza, que perdisteis por vuestro vicio. Y porque en los códices latinos se lee resignaculum en lugar de signaculum, mientras que el que interpretó según la traducción de los Setenta, expresando palabra por palabra κακοζήλως, puso ἀποσφράγισμα, es decir, resignaculum. Por eso algunos entienden que el sello de Dios y la figura que como en cera muy blanda fue impresa, el rey de Tiro la rompió y perdió, de modo que en lugar de sello hizo resignaculum, no teniendo en absoluto la imagen y semejanza de Dios, según la cual también el primer hombre fue creado, diciendo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26). Y es de notar que la imagen fue hecha entonces solamente, la semejanza se completa en el bautismo de Cristo. Y consecuentemente

a aquel a quien se le dijo: Tú, el sello de la perfección, se le añade, lleno de sabiduría, perfecto en hermosura, o corona de hermosura. Donde está la semejanza de Dios, allí también está la plenitud de sabiduría, y la perfección de la hermosura, o como una corona adornada y compuesta de diversas flores de virtudes, que el diligente aumenta con su propio esfuerzo, mientras que el negligente disminuye, según aquello que en los Proverbios se dice bajo la figura de una mujer hermosa y de mala conducta: Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo, así es la hermosura de una mujer de mala conducta (Proverbios XI, 22).

Sigue: En las delicias del paraíso de Dios estuviste: por lo cual en hebreo se tiene EDEN () que también narra la historia del Génesis. Eden se traduce como delicias. Y con acierto, para distinguir, llama al paraíso de Dios; para mostrar que hay también un paraíso contrario no de Dios, entre aquellos que cambian la verdad por la mentira (Romanos I), y se jactan de tener un paraíso. Con este discurso demuestra que no se trata de un hombre sobre el que se escribe, sino de una fuerza contraria, que una vez habitó en el paraíso de Dios: aunque los judíos piensen que esto se profetiza sobre Hiram, rey de Tiro, por medio de un tropo llamado hipérbole. A quien se le dice: En las delicias del paraíso de Dios estuviste, o fuiste hecho, muestra lo que tuvo y lo que perdió. Además, lo que se une a la habitación del paraíso, toda piedra preciosa era tu vestidura, o tu ligadura y circundación, sardio, topacio y jaspe, crisólito, ónice y berilo, zafiro, carbunclo y esmeralda, o, como en los Setenta, en diferente orden y con otros nombres, se contienen doce piedras, esto debe observarse, que no estaba el rey de Tiro rodeado o cubierto de toda piedra preciosa, y como tradujo Símaco, atado y constreñido: sino que toda piedra que tenía el príncipe de Tiro era preciosa. De lo contrario, hay muchas piedras preciosas que en el presente lugar la Escritura no nombra, como el calcedonio, el sardónice, el crisoprasa, el jacinto, el cristal también, y la perla preciosísima. Pero tanto Aquila como Símaco y Teodocio en el presente lugar difieren mucho entre sí y con los Setenta Intérpretes no solo en orden, sino también en número y nombres. También en el Apocalipsis de Juan, donde se menciona la construcción de Jerusalén con piedras vivas, con un pequeño cambio en el orden en las partes finales, se colocan las mismas piedras en sus fundamentos, de modo que sus puertas se escriben construidas con la luz del cristal (Apocalipsis XXI). Pero también en el pecho del sumo sacerdote, a través de cuatro órdenes en el Racional (Éxodo XXVIII), se describen las mismas piedras, y en sus hombros dos piedras de ónice, en las cuales están escritos los nombres de los doce patriarcas, que el verdadero sumo sacerdote, de quien está escrito: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4), lleva en el pecho, lleva en los hombros, para mostrar en las doce piedras el número de los apóstoles; y en las dos los sacramentos de ambos Testamentos, de los cuales uno, Juan el Evangelista, se recostó en su pecho, para beber de las fuentes de sabiduría, y poder decir: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios (Juan I, 1, 2). Estos son los piedras vivas, de las cuales se edifica la Iglesia, y de las cuales escribe el Apóstol Pedro: Si habéis gustado que el Señor es bueno: acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero elegida y preciosa para Dios, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo: porque dice la Escritura (Isaías XXVIII, 16): He aquí, pongo en Sion una piedra angular, elegida, preciosa, y el que crea en ella no será avergonzado (I Pedro II, 3 y ss.). Sobre lo cual también el vaso de elección consiente con voz similar, diciendo: edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo nuestro Señor, en quien todo el edificio, bien coordinado, crece para ser un templo santo en el Señor (Efesios II, 10). Estos son los piedras, de los cuales también leemos en otro lugar: Piedras santas ruedan sobre la tierra como ruedas (Zacarías IX, 16), tocando un poco la tierra, y con su movilidad apresurándose hacia las cosas

celestiales. De los cuales también la Escritura menciona: He aquí, yo preparo tu piedra carbunclo: y tus fundamentos zafiro, y pondré tus almenas de jaspe, y tus puertas de piedra de cristal, y tu muro de piedras escogidas: y todos tus hijos serán enseñados por Dios, y en mucha paz tus hijos, y en justicia serás edificada (Isaías LIV, 11-13). Sobre lo cual, lo que nos parece, lo hemos dicho en las explicaciones del mismo profeta. De este tipo de piedras también canta el vigésimo salmo: Señor, en tu poder se alegrará el rey, y en tu salvación se regocijará en gran manera. Le has concedido el deseo de su corazón, y no le has negado la petición de sus labios. Porque le has precedido con bendiciones de bondad: has puesto en su cabeza una corona de piedra preciosa (Salmo XX. 1 ss.). Estas son las perlas de los profetas y apóstoles que, en comparación con Cristo, todas se venden en el Evangelio (Mateo XIV), para comprar la perla preciosísima, y la piedra de la que Zacarías escribe, que tiene siete ojos, es decir, las siete gracias del Espíritu Santo (Zacarías III y IV). Lee a Isaías. Y se coloca por el apóstol Pablo en el fundamento de la Iglesia, sobre el cual se edifican oro, plata y piedras preciosas (I Corintios III): cuyos colores y naturalezas y eficacias de cada uno, no es el momento de discutir; sino que desean un volumen propio: de modo que en Ezequiel, y en Éxodo, y en Apocalipsis y en Isaías, todos los piedras y los órdenes de las piedras comparados entre sí, hacen una gran cuestión tanto para el lector como para el que discute.

Sobre los cuales, el santo varón Epifanio, obispo, me entregó en persona un volumen propio. Y el libro XXXVII de Plinio el Segundo, Historia Natural, después de un extenso conocimiento de todas las cosas, discute sobre gemas y piedras. Para cuyo conocimiento, un lector diligente debe ser enviado por nosotros. Además, la interpretación de Símaco describe a este príncipe de Tiro como un collar preciosísimo adornado con piedras. Finalmente, lo llama tambor de oro, en el cual están incrustadas piedras. De donde, según el hebreo, sigue: El oro, obra de tu adorno, y tus cavidades en el día en que fuiste creado, fueron preparadas. Por lo cual los Setenta pusieron: Has llenado tus tesoros y almacenes de oro, refiriéndose al sentido y mente, que su pensamiento se abrió a los divinos sacramentos, y reunió para sí riquezas espirituales, de las cuales el Señor ordenó: Acumulad para vosotros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, ni los ladrones minan y roban. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21). Este es el tesoro escondido, del cual también se habla en el Evangelio: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que al encontrarlo, lo esconde, y por su alegría va, vende todo lo que tiene, y compra aquel campo (Ibid., 13). Los almacenes son, o graneros, de los cuales en otro lugar está escrito: Benditos tus almacenes y tus restos (Deut. XXVIII, 5). Después de esto se dice, según el hebreo: Tú, querubín extendido y protector, se sobreentiende el arca de Dios y el propiciatorio, o según los Setenta, que él mismo fue ungido y creado con el querubín. De lo cual se muestra que esto no puede referirse al hombre, príncipe de la ciudad de Tiro, sino a la santa y principal fortaleza que fue puesta como príncipe de la ciudad de Tiro. Y te puse, dice, en el monte santo de Dios; sin duda significa el paraíso, al cual después del tercer cielo, el apóstol Pablo dice haber sido arrebatado (I Cor. XII). Querubín, en género masculino, número singular: y en plural se dice querubines, que se interpretan como multitud de conocimiento: sobre los cuales descansa y se sienta Dios, y usa este carro, diciendo el profeta a él: Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstalo (Sal. LXXIX, 2). Y en otro lugar: Subió sobre los querubines, y voló: voló sobre las alas de los vientos (Sal. XVII, 11). Este querubín, o creado con el querubín, extendido y protector de los sacramentos, fue puesto en el monte santo de Dios, del cual hemos hablado frecuentemente. Y el apóstol Pablo habla, si alguien acepta la Epístola a los Hebreos: Os habéis acercado al monte Sion y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a millares de ángeles (Hebr. XII, 22). O ciertamente el monte santo de Dios, el paraíso (como hemos dicho) debe ser entendido. También caminó en

medio de piedras encendidas, de las cuales está escrito: Él hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego ardiente (Sal. CIII, 4). Y no solo Dios, que es llamado fuego consumidor, consume el heno, la madera y la paja (Deut. IV), sino también los ángeles que son llamados piedras encendidas, fervientes en espíritu. De donde también el Señor: Fuego, dice, vine a traer sobre la tierra, y ¡cómo quisiera que ya estuviera ardiendo! (Luc. XII). Y lo que sigue: Perfecto en tus caminos desde el día de tu creación (por lo cual los Setenta pusieron: Fuiste inmaculado en tus días, desde el día en que fuiste creado), hasta que se halló iniquidad en ti, muestra que toda criatura buena fue creada por Dios, y tuvo virtud perfecta, y por esto también el príncipe de Tiro fue inmaculado, para que en adelante la mancha no sea de naturaleza, sino de voluntad. Hasta que se halló iniquidad en ti. Hallada por Dios, que en los tesoros de tu pecho, por soberbia y abuso del poder que habías recibido, estaba encerrada. En la multitud de su comercio, también se llenaron sus interiores, o bodegas, de iniquidad. Pues mientras busca mucho, y no está contento con el conocimiento que había recibido, ni con el poder que le fue asignado, llenó las bodegas y los interiores de su pecho: para que, saciado y engordado, pateara contra su Creador. Pues Jacob comió, y se sació, y pateó el amado, engordado y enriquecido, y abandonó al Dios que lo había hecho (Deut. XXXII, 15). Y del corazón proceden malos pensamientos (Mat. XV, 19): por los cuales Dios dice: Pecaste, y te eché del monte de Dios, o fuiste herido por el monte de Dios, lo cual, al leerlo, nos obliga a temer. Pues si el querubín extendido y protector, puesto en el monte santo de Dios, y en medio de piedras encendidas perfecto e inmaculado, por la multitud de su comercio llenó sus interiores de iniquidad, y pecó, y fue echado del monte de Dios, esto es, de la morada del paraíso, o herido por el monte de Dios, que claramente se entiende como Cristo, o ciertamente establecido y habitando en el monte de Dios, fue herido por sí mismo, y compungido en su conciencia por el mal, al entenderse indigno de la morada del monte: ¿qué se debe pensar de nosotros? Por lo cual se le dice: Y te perdí, querubín, protector de en medio de las piedras encendidas: para que ya no estuvieras entre las piedras encendidas, sino que perecieras. Oh tú mismo querubín, o querubines que te protegían, te saqué de en medio de las piedras encendidas: según aquello que también está escrito de Adán: Echó a Adán, y lo puso (Al. querubines) contra el paraíso de las delicias (Gén. III, 24). Y da las razones por las cuales fue sacado, o arrojado de en medio de las piedras encendidas. Pues se elevó tu corazón en tu hermosura: mientras piensas que es tuyo lo que es de Dios. De donde también el apóstol dice haber recibido un aguijón en la carne y un ángel de Satanás que lo abofetee, para que no se ensoberbezca por la grandeza de las revelaciones, y caiga en el juicio del diablo (II Cor. XII). Y por eso, dice, se corrompió tu doctrina con tu hermosura, o perdiste tu sabiduría en tu hermosura: para que, mientras quieres ser más de lo que fuiste creado, y saber más de lo que habías recibido de Dios, también pierdas lo que tenías, y en lugar de hermosura y doctrina, te posea la deformidad y la necedad: de donde fuiste arrojado a la tierra, tú que antes habitabas en el monte de Dios. De lo cual también escribe Isaías: ¿Cómo caíste, Lucifer, que nacías por la mañana? (Isa. XIV, 12). Y el Salvador en el Evangelio: Veía, dice, a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X). Lo cual también Jeremías habla a Jerusalén. ¿Cómo oscureció el Señor en su ira a la hija de Sion: arrojó del cielo a la tierra la gloria de Israel? (Lam. II, 1). Fuiste arrojado, pues, a la vista de todos los reyes, para que se aterrorizaran con tu ejemplo, ya sea de los buenos reyes, cuyo corazón está en la mano de Dios (Prov. XXI), o de los malos, cuyos reinos el diablo mostró al Salvador (Mat. IV): quienes se encontraron con el rey de Babilonia, diciendo: Y tú fuiste capturado como nosotros, y entre nosotros fuiste contado. Por lo cual también contaminó su santificación que había tenido, cuando habitaba en el monte, y se movía en medio de las piedras encendidas. Sigue: Sacaré fuego de en medio de ti que te devore. Este fuego en el corazón del rey de Tiro había encendido aquel cuyos dardos son encendidos, y de quien está escrito: Todos adulteran como horno sus corazones (Oseas). De este fuego también habla Isaías: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que

habéis encendido (Isa. L), para que saliendo afuera, devore al poseedor, según aquello que está escrito en el mismo Isaías: Devoró como heno la materia (Isa. V). En aquel día se extinguirán los montes, y las colinas, y los bosques, y devorará desde el alma hasta la carne. Este fuego que se llama ajeno, Nadab y Abiú lo ofrecieron en el altar del Señor, y por eso fueron consumidos por el fuego divino (Lev. X). De donde también Moisés dice: Esto es lo que dijo el Señor: En aquellos que se acercan a mí seré santificado. La santificación de Dios es el castigo de los pecadores. Después de esto se dice: Y te convertiré en ceniza, para que todo lo que has edificado, el fuego de tu mala conciencia lo consuma. Tú que debías descansar en el sábado, y no hacer obra servil, recogiste leña en el sábado: para que tuviera lo que devorara el incendio en tu pecho. También destruirá todas las malas obras, convirtiéndolas en ceniza, para que el fuego nocivo se extinga por completo, para que todos vean y se asombren de que el rey de Tiro haya perecido, y se haya convertido en nada, no en muchos siglos, sino en uno, o ciertamente para siempre, para que se cumpla aquello que está escrito: No te perdonaré, y no tendré misericordia. Los hebreos suelen, entre otras fábulas suyas y genealogías y cuestiones interminables, entender esto dicho contra Hiram, rey de Tiro, cuando desde Salomón hasta Ezequiel hay muchos años, que es evidente que los hombres de ese tiempo no vivieron: y así pronunciar, como si el profeta hablara a él con ironía: ¿Eres tú el sello de la semejanza de Dios, lleno de sabiduría, y perfecto en hermosura: tú adornado con todas las piedras, tú querubín, o creado con el querubín: cuando por el contrario has pecado, y debes ser disuelto en ceniza? Y añaden a su fábula un milagro, para que contra la Escritura, o más bien sin la autoridad de la Escritura, digan que Hiram vivió mil años. Pero cuán violenta es esta interpretación, el lector prudente lo entiende sin nuestro juicio.

(Vers. 20 y siguientes) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon (o afirma) tu rostro contra Sidón, y profetiza sobre ella, y dirás: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy contra ti, Sidón, y seré glorificado en ti (o en medio de ti): y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya hecho en ella (o en ti) juicios, y haya sido santificado en ti (o en ella). Y enviaré en ella (o en ti) pestilencia, y sangre en sus calles (o tus calles): y caerán los muertos (o heridos) en medio de ella con espada (o espadas) alrededor, y sabrán que yo soy el Señor. Y no será más para la casa de Israel un obstáculo de amargura, y una espina que cause dolor por todos lados alrededor de los que se oponen a ellos (o que les han hecho afrenta): y sabrán que yo soy el Señor Dios: Así dice el Señor Dios: Cuando haya reunido a la casa de Israel, de los pueblos (o de las naciones), en los cuales están dispersos, seré santificado en ellos ante las naciones. Y habitarán en su tierra, que di a mi siervo Jacob, y habitarán en ella seguros (o con esperanza): y edificarán casas, y plantarán viñas, y habitarán confiados (o con esperanza) cuando haya hecho juicios en todos los que se oponen [Vulg. añade a ellos] alrededor (o les hayan hecho afrenta): y sabrán que yo soy el Señor su Dios. Y lo que sigue según los LXX: Y tú, Dios de sus padres, no se encuentra en el hebreo. Consecuentemente, después de Tiro, se dirige la palabra a Sidón; pues ambas ciudades son de una misma provincia. Y en el Evangelio se nombran juntas Tiro y Sidón: Si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ti (Mat. XI, 21). De donde también la cananea, cuya hija estaba atormentada por un demonio, porque salió de los confines de Tiro y Sidón, obtuvo lo que había pedido (Ibid., 15). El discurso divino predice que también será capturada por los babilonios, y conocerá por el peso de los males, que él es el Señor: cuando la haya juzgado, y haya sido santificado en ella, y la haya consumido con hambre, pestilencia y espada: de modo que caiga en sus calles, y ya no sea más un obstáculo para el pueblo de Dios, ni los ataque frecuentemente. Y cuando esto haya sucedido, el pueblo de Israel, que había dispersado entre diversas naciones, regresará a su tierra, y será santificado en ellos, no como en Sidón en mala parte, sino en buena, cuando se haya compadecido de ellos, y hayan habitado en la tierra que

dio a su padre Jacob, y hayan habitado seguros, y confiando en el Señor, y hayan edificado casas, y plantado viñas, cuando haya cumplido sus promesas: y entonces conocerán que él es el Señor, cuyas promesas son firmísimas. Muchos refieren esto al tiempo de Zorobabel, Esdras y Nehemías, cuando el pueblo de Israel regresó y habitó en la tierra de Judea. Otros esperan que se cumpla en el último tiempo y en los mil años. Sin embargo, según la inteligencia espiritual, este nos parece el sentido. Sidón se interpreta como cazadores, de los cuales también está escrito en los Salmos: Nuestra alma escapó como un pájaro del lazo de los cazadores (Sal. CXXIII, 7). Y en los Proverbios: El ojo de la ramera es lazo del pecador (Prov. XXIII, 27). Pero también hay cazadores en buena parte, contrarios a estos, de los cuales escribe Jeremías: He aquí que yo enviaré pescadores y cazadores, que os cazarán de todo monte y colina (Jer. XVI, 16): a quienes también el Señor envía a pescar, y los hace de pescadores de peces, pescadores de hombres (Mat. IV). De donde también la aldea de Pedro y Andrés se llama con este nombre: pues Bethsaida en nuestra lengua se interpreta como casa de cazadores. Contra estos cazadores malvados, se dirige la palabra de Dios, y se ordena al profeta que ponga, o afirme su rostro contra Sidón, y no fluctúe con todo viento de doctrina: sino que, permaneciendo en la verdad, mate a sus cazadores. ¿Cuáles son, pues, las cosas que el Señor amenaza a Sidón? He aquí que yo mismo vendré a ti, y seré glorificado en ti, cuando te haya matado, y sabrán todos los que vivan, que yo soy el Señor, cuando te haya devuelto lo que mereces: y enviaré pestilencia, y sangre en tus calles. Y correctamente se llaman calles de Sidón: Pues ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. VII). Y caerán los muertos que mal se habían mantenido, con espada alrededor: con aquella espada que el Señor vino a traer sobre la tierra, para que disocie lo mal unido, y sepan los que queden, que él es el Señor. Y cuando ellos hayan cesado, ya no será más un obstáculo de amargura, y una espina de dolor que punza y hiere al pueblo de Dios. Todo esto se dice contra las potestades adversarias, que en el tiempo final serán eliminadas, y habrá seguridad eterna, cuando el Señor haya reunido a la casa de Israel, a aquellos que perciben a Dios con el sentido: y haya sido santificado en ellos, y se cumplirá aquello que está escrito: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2). Y habitarán en su tierra, de la cual también leemos en otro lugar: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XVI, 13). Que había dado a Jacob, quien había suplantado a su hermano mayor, y había merecido recibir sus primicias. Y habitarán en ella seguros, o con esperanza, y edificarán casas, y plantarán viñas, y habitarán por segunda vez con esperanza, según aquello que se lee en Isaías: Vosotros que habéis sido destetados de la leche, que habéis sido apartados del pecho, esperad tribulación sobre tribulación, y esperanza sobre esperanza (Isa. LX). Edificarán, pues, casas, que también en el Evangelio edifica, quien no sobre arena, sino sobre roca establece los cimientos (Mat. VII). De las cuales está escrito: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican (Sal. CXXVI, 1). Y en Éxodo, según los Setenta: Porque las parteras temían al Señor, se hicieron casas (Éxod. I, 21), y muchas cosas semejantes. Y cuando el Señor haya hecho juicio contra aquellos que se oponen, o afligen con afrentas a Israel alrededor: entonces toda criatura conocerá que él es el Señor, cuyos juicios son verdaderos, y justificados en sí mismos.

(Cap. XXIX.---Vers. 1, 2.) En el año décimo (o según los LXX, duodécimo), en el décimo mes (o, según el Hebreo, duodécimo), en el primer (o uno) día del mes, vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon (o afirma) tu rostro contra el faraón, rey de Egipto, y profetizarás sobre él, y hablarás de todo Egipto, y dirás: Así dice el Señor Dios. Después de Sidón, que también está situada en la costa de Fenicia, se dirige la palabra al profeta en el décimo año del cautiverio del rey Joaquín, y en el duodécimo mes, y el primer día del mes, para que ponga su rostro, o lo afirme, contra el faraón, rey de Egipto, y hable de él, y de todo

Egipto, o a todo Egipto: pues en otra parte de Judea, en la misma costa, está situada la provincia de Egipto, y profetice lo que le sucederá. Pero si es necesario decir algo sobre los números, cuál lugar tiene entre diez días uno: por eso al principio del Génesis no se dice: Fue la tarde y la mañana el primer día, sino uno (Gen. I), para enseñar que el mismo día siempre se repite: el mismo orden entre diez décadas, es decir, el número cien, lo poseerá el décimo número, que se toma el cordero para el sacrificio, para ser inmolado el día catorce, y de esta manera hasta mil y diez mil, y cien mil, y más allá, el orden de los números avanza por sus décadas. Después del décimo año, se coloca el duodécimo mes, para que se demuestre el número perfecto de los doce apóstoles y profetas (que se contienen en un solo volumen). Además, según los LXX, el décimo mes que en hebreo se llama TEBETH (), y entre los egipcios τυβὶ, entre los romanos se llama Enero, porque entre ellos es la puerta del año: quitado todo el calor, contiene el principio del frío invernal. Esto es suficiente para decir sobre los números. Sin embargo, es necesario investigar si es el mismo faraón que se menciona en Éxodo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, y en muchos otros lugares, y en el Cantar de los Cantares: A mi caballería en los carros del faraón te he comparado, amada mía (Cant. I): ¿o es otro y otro? Y me parece que no es uno solo, sino que entre los egipcios se demuestra la dignidad real con este nombre, así como entre los romanos, los césares y augustos se llaman reyes desde el primer Cayo César, y su segundo adoptivo Octaviano, que después fue llamado Augusto: y entre los sirios, los antíocos, entre los persas, los arsácidas, entre los filisteos, Abimelec, y después de Alejandro en Egipto, los ptolomeos hasta Cleopatra, que vencida en Actium, Egipto se convirtió en provincia romana. Por lo tanto, en el presente, la palabra del Señor se dirige contra cualquier rey de Egipto, que se interpreta como διασκεδαστὴς, es decir, destructor y desgarrador, y cortando y dividiendo todo con la espada. Lo cual, según los entendimientos místicos, se refiere al poder al que Egipto está sujeto. Pues nunca un hombre se atrevería a decir: míos son los ríos, y yo los hice, ni sería llamado gran dragón, y sentado en medio de sus ríos; Egipto, sin embargo, en hebreo se llama MESRAIM (), y en nuestra lengua se traduce como ἐχθλίβουσα, es decir, angustiando y afligiendo a aquellos que están sujetos a él: y no permitiendo levantar los ojos al cielo; sino según el Evangelio y el ejemplo de aquella mujer, que durante dieciocho años el diablo había encorvado, siempre sumergiéndose en lo terrenal (Luc. XIII). Veamos, pues, cuál es la amenaza contra el faraón y todo Egipto.

(Vers. 3 seq.) He aquí que yo estoy contra ti, faraón rey de Egipto, gran dragón, que yaces (o te sientas) en medio de tus ríos, y dices: Mío es el río, y yo me hice a mí mismo (o ellos). Y pondré un freno (o lazo) en tus mandíbulas, y pegaré los peces de tus ríos a tus escamas (o plumas), y te sacaré de en medio de tus ríos: y todos tus peces, se adherirán a tus escamas. Y te arrojaré (o te dejaré caer) rápidamente (o en el desierto): y todos los peces de tu río, caerán sobre la faz de la tierra (o de tu campo). No serás recogido, ni serás reunido; te he dado a las bestias de la tierra y a las aves del cielo para que te devoren. Y sabrán todos los habitantes de Egipto que yo soy el Señor: porque te has convertido (o fuiste) en un bastón (o vara de caña) para la casa de Israel, cuando te tomaron (o te tomó) con su mano [Vulg. omite su], y te rompiste, y desgarraste todo su hombro, y al apoyarse en ti, te quebraste, y dislocaste (o rompiste) todos sus lomos. Por brevedad, mezclamos ambas ediciones, donde no difieren mucho entre sí. De lo contrario, donde hay gran diversidad, proponemos ambas. Dice, pues, contra el faraón, príncipe de Egipto, y bajo su figura habla al gran poder, al que Egipto ha sido entregado para gobernar, y no obstante se enorgullece contra su Creador, reclamando para sí el dominio de la tierra, y entregándose a ser adorado por las naciones egipcias. Y habla según la situación de la provincia, como si fuera al rey, que confía en la inundación del Nilo, y no desea mucho las lluvias del cielo, y se cree a sí mismo su autor, o se jacta de haber hecho los ríos, es decir, διωρυχὰς, y los canales del Nilo. No, dice, enviaré un ángel, sino que,

oh gran dragón, que yaces y resides en medio de tus ríos, yo mismo vendré a castigarte. Pues te atreviste a decir: Mío es el río Nilo, y yo soy su creador: o, yo hice el río, por el cual todo Egipto es regado. Y cuando venga, pondré un freno en tus mandíbulas: o ataré con lazos tu boca, con la que hablabas magníficamente, y haré que todos tus compañeros y líderes, a quienes llama peces, se adhieran a tus plumas, o escamas, para que, extraído del río, seas arrojado, o dejado caer. Pues te habías exaltado demasiado en el desierto. Y caerás sobre la faz del campo, o de tu tierra, ya que Egipto es una provincia llana. No se recogerá tu cadáver, ni serás reunido, es decir, no serás sepultado, sino que te daré a las bestias de la tierra y a las aves del cielo para que te devoren, para que cuando los habitantes de Egipto vean mis juicios realizados en ti, reconozcan que yo soy el Señor. Esto te sucederá porque engañaste a mi pueblo Israel con tu ayuda, para que no confiaran en Dios su creador, sino en ti. Fuiste para ellos un bastón de caña según Isaías (Isa. XXX), o una vara vacía, y un cálamo muy frágil, en el que al apoyarse encontraron un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarraste su hombro, y la mano con la que te sostenían, y mientras estaban seguros en ti, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Estas cosas se dicen por metáfora como si fueran al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un

espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII,

37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran

dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y

por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del

Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata

con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas

de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la

ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo,

que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por

lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se rompieron todos sus lomos al caer al suelo, y en lugar de auxilio recibieron heridas. Esto se dice por metáfora como si fuera al rey de Egipto, ya que la misma provincia no fue adversaria de Israel, sino que al prometer grandes cosas, los separó de la ayuda de Dios. Sin embargo, a menudo leemos que el dragón es un poder contrario según la anagogía. Por eso también se dice que el faraón es διασκεδαστὴς, porque separa y aparta de Dios, y Egipto, es decir, MESRAIM (), se traduce como afligiendo y angustiando a aquellos que pudo subyugar. Este dragón es el transgresor, del que Job habla extensamente (Job. XL, 41). Y en los Salmos está escrito: Tú quebraste las cabezas del dragón, lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Y se dice gran dragón en comparación con los dragones menores, de los cuales se canta en el salmo: Tú quebraste las cabezas de los dragones en las aguas (Ibid.). Y en otro lugar: Este mar grande y espacioso en manos. Allí hay reptiles de los cuales no hay número: animales pequeños con grandes, allí pasarán las naves: Este dragón que formaste para burlarte de él (Ibid., CIII, 25 ss.). De lo cual también se dice en otro lugar: Él es el rey de todos los que están en las aguas, y el principio de la formación del Señor, que fue hecho para ser burlado por sus ángeles (Job. XLI, 24, según los LXX). Pero se sienta, o yace, en medio de sus ríos, no de un solo río, sino de muchos, que tomamos en diversas herejías, por las cuales fluyó en Egipto de este mundo, y regó las almas de los seducidos, no con lluvias venidas del cielo, sino con aguas turbias de la tierra, que Jeremías no prohíbe beber diciendo: ¿Qué tienes tú con el camino de Egipto, para beber el agua de Geón? (Jer. XI, 18). Por lo cual en hebreo está escrito SIOR (), que se traduce en aguas turbias y fangosas. Para que entendamos cuáles son los ríos del dragón egipcio, podremos saberlo por los contrarios. El Señor habla de sus ríos: El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37). Y a la samaritana: El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás: sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna (Ib. IV, 13, 14). Estos son los ríos que vienen del cielo, de los cuales David canta: El

ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4): sin duda significa la Iglesia. Consideremos, pues, cuál es el castigo del dragón, o qué suplicio es. Sigue: Y pondré un freno, o lazo en tus mandíbulas. Lo cual es similar a lo que dice Job: ¿Traerás al dragón con un anzuelo, y pondrás un bozal alrededor de sus narices? Confía en que el Jordán entre en su boca: lo recibirá en su ojo. ¿Perforará sus narices con un aro, y sus labios? (Job. XL, 19). Pero el Señor pone un freno en las mandíbulas de este dragón, y perfora sus labios y los ata con un aro, cuando a través de hombres eclesiásticos, que están instruidos en las Escrituras sagradas, le impone silencio, y todos los dogmas de perversidad se disuelven. Y pega los peces de sus ríos a sus plumas, o escamas, con las que los herejes por orgullo se apresuran a lo alto, para que también ellos, atados con el dragón, se conviertan en un solo cuerpo con él, y se unan a él ya sea en la compañía del error, o en la similitud del castigo: como el que se adhiere al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y en verdad el dragón egipcio no tiene un solo río, sino muchos ríos, con los que riega Egipto humilde y abatido, que no tiene en sí montañas: ni las aguas de Siloé, que van con silencio, sino turbias y fangosas (Isa. VIII). Por lo cual el Señor lo extrae de en medio de sus ríos, para que no se recueste en ellos, ni se siente en ellos: y todos los peces se adhieran a sus escamas, según la calidad de los vicios por todo el cuerpo del dragón, ya sea a la cabeza, o al vientre, o a la cola, y a las partes extremas adheridas: para que, extraído el dragón, también los peces que se adhieren a él sean extraídos. Y: Te arrojaré, dice, en el desierto, para que no encuentres a quienes engañar. O ciertamente te dejaré caer del pináculo de tu soberbia, y te dejaré caer rápidamente, según aquello del Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente (Rom. XVI, 20); para que, una vez que el dragón sea aplastado y dejado caer, también los peces de su río sean dejados caer, y caiga el autor de los crímenes, que antes pensaba estar de pie, y recorrer todo el mundo. Pero caerá sobre la faz de su tierra, a la que fue precipitado desde el cielo, para que no sea recogido más en las iglesias de los herejes, ni reunido, o sepultado en aquellos que creyeron en él, cuando hayan sido liberados de él, sino que sea dado para ser devorado por las bestias de la tierra, y por las aves del cielo. Bestias, de las cuales está escrito: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y aves del cielo, que junto al camino comen la semilla, y son interpretadas por el Salvador como diablos (Mat. XIII). Pues no solo el príncipe de la maldad, sino también sus discípulos, son llamados diablos, según aquello que se dice de Judas: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71). Y se llaman aves del cielo, porque se prometen a sí mismos cosas sublimes, para que después de que el dragón con sus peces sea dejado caer y arrojado, y entregado para ser devorado por las bestias de la tierra, que no tienen en sí mansedumbre, y por aquellos que son llevados por todo viento de doctrina (Efe. IV), entonces todos los habitantes de este mundo entenderán que él es el Señor. Y toda la causa de los castigos es que en vano prometió ayuda a la casa de Israel, y fue para ellos una vara, o bastón de caña, vacío y frágil, y pronto a romperse, prometiéndoles un auxilio vano, de modo que al inclinarse sobre él, se rompió, y desgarró su hombro, y la mano con la que se sostenían, y mientras estaban seguros en él, se

(Vers. 8 seqq.) 347 Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí que yo traeré sobre ti la espada, y mataré de ti al hombre y al animal. Y la tierra de Egipto será un desierto (o destrucción) y soledad: y sabrán que yo soy el Señor: porque ha dicho (o has dicho) el río es mío, y yo lo hice (o mis ríos son, y yo los hice). Por eso, he aquí que yo estoy contra ti y contra tus ríos: y daré la tierra de Egipto en soledades, destruida (o dispersada) por la espada desde la torre de Siene (o desde Migdol y Siene) hasta el límite de Etiopía. No pasará por ella pie de hombre, ni pie de animal caminará en ella, y no será habitada por cuarenta años. Y daré la tierra de Egipto desierta en medio de las tierras desiertas, y sus ciudades en medio de las ciudades

subvertidas estarán desoladas por cuarenta años. Y dispersaré (o diseminaré) a los egipcios entre las naciones, y los aventaré en las tierras. Porque así dice el Señor Dios: Al final de los cuarenta años, reuniré a Egipto (o a los egipcios) de los pueblos (o naciones) entre los cuales fueron dispersados. Y restauraré la cautividad de Egipto, y los colocaré en la tierra de Patros, en la tierra de su nacimiento (o en la tierra de donde fueron tomados). Y allí serán un reino (o principado) humilde, entre los demás reinos será el más humilde [Al. el más humilde]. Y no se elevará más sobre las naciones, y los disminuiré, para que no gobiernen a las naciones (o para que no sean más entre las naciones). Ni serán más para la casa de Israel en confianza (o en esperanza) enseñando iniquidad, para que huyan, y los sigan (o los traigan a la memoria de la iniquidad para que los sigan) y sabrán que yo soy el Señor Dios. Une a lo anterior lo que sigue. Porque fuiste una caña rota para la casa de Israel, y no solo te rompiste en su mano, sino que según Isaías (Isa. XXXVI), perforaste su mano, y ahora desgarraste su hombro, y tú mismo te quebraste, y a los que se apoyaban en ti les dislocaste los lomos: por eso yo traeré sobre ti la espada de los enemigos, y con los hombres devastaré los animales, y la tierra de Egipto será reducida a soledades, y por segunda vez sabrán los egipcios que yo soy el Señor. Y no estaré contento con esto; sino que porque ha estallado en tal blasfemia, que dijo que los ríos eran suyos, y toda la abundancia de Egipto: por eso también quitaré 348 al que se decía Creador, y los ríos que se jactaba de haber creado, y reduciré la tierra de Egipto a una soledad larguísima, y destruida por la espada, desde la torre de Siene hasta los límites de Etiopía. Por la torre que en hebreo se llama MAGDAL (), los LXX pusieron el nombre del lugar, para que escribieran Μαγδαλὸν. La torre de Siene permanece hasta hoy, un castillo sometido al dominio romano, donde están las cataratas del Nilo, y hasta donde el Nilo es navegable desde nuestro mar. Así que dice que toda Egipto será devastada hasta los límites de Etiopía, donde se une la región extrema de Egipto, de modo que no pase pie de hombre por Egipto, ni se encuentren animales en ella, y no sea habitada por cuarenta años. Se perdona a los egipcios, y porque una vez fueron huéspedes de Israel, la condena es de menor tiempo. Tiro descansó sus sábados por setenta años, y así fue restaurada a su estado antiguo. También la cautividad de Judea, y la subversión del templo, hasta Ciro rey de Persia completó setenta años. Porque los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7). Pero lo que dice: Daré la tierra de Egipto desierta en medio de las tierras desiertas, significa a los filisteos, edomitas y moabitas, y todas las demás regiones, contra las cuales el profeta ha profetizado antes. Entonces dispersará, o diseminará a los egipcios entre las naciones, y los aventará en las tierras. Y porque el Señor es clemente y misericordioso, paciente, y de muchas misericordias, después de cuarenta años será la restauración de Egipto, y toda la cautividad será devuelta a su tierra antigua, y será colocada en la ciudad metropolitana, que se llama Patros, donde nació, y de donde partió: de modo que por su utilidad pierda la antigua soberbia, y sea un reino humilde, más bien el más humilde de todas las naciones: para que no se eleve más sobre las naciones, ni tenga dominio sobre ellas; sino que reducida a pocos, no engañe a la casa de Israel con su confianza, ni les enseñe iniquidad; o los traiga a la memoria de la iniquidad, que desierto el auxilio de Dios, buscaron el apoyo de Egipto. Y todo esto sucederá, para que por tercera vez sepan 349 los egipcios, que él es el Señor. Hemos tocado brevemente estos temas, sentando las bases de la historia. Ahora debe discutirse la nube de la alegoría, y con la misma brevedad intentaremos evitar la longitud de esta explicación. El discurso es al dragón, que había dicho: Míos son los ríos, y yo los hice (Supra, eod.): que el mismo Señor traerá sobre él la espada, de la cual está escrito en Isaías: Mi espada se ha embriagado en el cielo: ahora descenderá a la tierra, para destruir de ella al hombre y al animal (Isa. XXXIV, 5), todo lo que parece tener razón o simplicidad: y destruirá, no absolutamente, sino al dragón, para que perezcan al dragón, y vivan para Dios, y la tierra de Egipto sea destrucción, según el sentido superior, que [Al. que, o qué] perezca al dragón, y después de la destrucción sea reducida a soledad, dejando de tener al peor huésped. Y entonces conocerán los hombres y los animales, y la

tierra destruida que él es el Señor: en el sentido en que está escrito en el salmo setenta y siete: Cuando los mataba, entonces lo buscaban (Sal. LXXVII, 34). Porque todo el que busca, encuentra. Es de la misericordia de Dios, que la abundancia de este mundo perezca, y los ríos de Egipto se sequen, más bien su tierra sea en soledades, y la sentencia del Señor sea disipada desde la torre de Siene, que se interpreta giro: para que no tenga nada recto en sí, hasta la tierra de los etíopes, que se llaman humildes: para que toda soberbia que se levantó contra el conocimiento de Dios, sea destruida, y se humille para su salvación. Ni pie de hombre, es decir, algo racional pase por Egipto, ni pie de animal camine en ella: para que no retenga a los simples, a quienes, dejando a los hombres, Faraón deseaba retener en Egipto, contradiciendo Moisés, y queriendo liberar también a los animales de la cautividad de Egipto. Y no, dice, será habitada por cuarenta años, que es un número siempre de aflicción y castigo. Por eso Moisés, Elías, y el mismo Salvador, ayunaron cuarenta días y noches, y por cuarenta años el pueblo estuvo en el desierto, para que después, circuncidado en Gilgal, fuera liberado del oprobio y la ignominia de Egipto (Éxodo XXXIV; III Reyes IX; Mateo IV; Números XIV). En el sacramento de este número, también este mismo profeta por la tribu de Judá duerme cuarenta días en el lado derecho, y se anuncia que el pueblo servirá en Egipto por cuatrocientos años (Génesis VII): que hacen cuarenta 350 décadas, o cuatro ἑκατοντάδας. También las lluvias del diluvio trajeron naufragio al mundo por cuarenta días. Era justo, que quien por los cuatro elementos del mundo, por los cuales se dice que todo consiste, mientras los ama y fomenta, ofende a Dios, sea castigado en ese mismo número: e Israel que pecó en el sábado, soportó el castigo de siete décadas, es decir, setenta años. Y se da la tierra de Egipto desierta, y sus ciudades en medio de las tierras y ciudades subvertidas, que no están construidas de piedras, sino de ladrillo y paja, para que Egipto, que se había unido malamente a sí misma, sea dispersada, y aventada en las tierras, para que el grano se separe de la paja, y al completarse el fin de los cuarenta años, sea la restauración de Egipto, y su cautividad sea devuelta, y colocada en la tierra de Patros, que se interpreta pan pisoteado; donde el pan que dijo: Yo soy el pan que descendí del cielo (Juan VI, 5), fue pisoteado por la perversidad herética: para que cuando vengan a la Iglesia, habiten en el pan pisoteado, y no se eleven en soberbia, sino que sean un reino humilde. Y para que incluso cuando sean restaurados a su estado anterior, se humillen por haber vivido en Egipto, y haber construido ciudades de ladrillo, y entre muchos reinos de la Iglesia sean humildes, y sepan en quién pecaron, y Egipto no se eleve más sobre las Iglesias divididas en todo el mundo, sino que sea reducido a pocos, y pocos queden entre las naciones, según lo que está escrito: Dales, Señor. ¿Qué les darás? Dales un vientre estéril, y pechos secos (Oseas IX, 4): para que no se alegren ni se exalten en la multitud de los engañados, sino que sean reducidos a pocos: Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XX). Y no engañen más a la casa de Israel, es decir, a la Iglesia; ni les prometan vana esperanza y confianza, enseñando iniquidad, para que huyan de la disciplina eclesiástica, y sigan las voluptuosidades egipcias. Y esto sucederá, para que por tercera vez sepan los egipcios, que él es el Señor. Lo que me parece que se dice, para que el primer conocimiento de los egipcios sea en la carne, el segundo en el alma, el tercero en el espíritu. Primero, sobre la tierra, segundo, al finalizar la conversación de este mundo, tercero, después de la resurrección.

(Vers. 17 seq.) 351 Y sucedió en el año vigésimo séptimo, en el primero, y un día del mes, vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, Nabucodonosor rey de Babilonia hizo servir a su ejército con gran servidumbre contra Tiro: toda cabeza fue rapada, y todo hombro pelado, y no se le dio recompensa, ni a su ejército sobre Tiro, por la servidumbre con que me sirvió contra ella. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí que yo daré a Nabucodonosor rey de Babilonia la tierra de Egipto, y tomará su multitud, y saqueará sus despojos, y tomará su botín, y será en recompensa para su ejército y su obra, por la cual me

sirvió contra ella: le he dado la tierra de Egipto, por cuanto trabajaron para mí, dice el Señor Dios. En aquel día brotará el cuerno de la casa de Israel, y te daré boca abierta en medio de ellos, y sabrán que yo soy el Señor. Se pregunta cómo después del décimo año del discurso anterior, se pone inmediatamente el año vigésimo séptimo, y en los siguientes el décimo y duodécimo, y en la descripción final del templo, el vigésimo quinto. Pero la solución es fácil. Porque de Egipto tanto la profecía anterior como esta que ahora se dice, están conectadas, aunque hechas en tiempos diferentes: sin embargo, porque se profetiza sobre una provincia, están unidas. Lo que también leemos frecuentemente en Jeremías, que los tiempos se describen en orden inverso. Primero se refieren los hechos de Sedequías en algunos casos, y después Joaquín que fue antes que él. Pero en los Salmos, porque es un canto lírico, no se busca el orden de la historia. Digamos entonces primero según la letra. Nabucodonosor, al atacar Tiro, y no pudiendo unir arietes, máquinas y viñas porque estaba rodeada de mar, ordenó a una multitud infinita de su ejército llevar piedras y terraplenes, y completado el medio del mar, más bien el estrecho angosto, hizo continuo [Al. contiguo] el litoral cercano de la isla. Cuando los tirios vieron que ya estaba casi terminado, y con el golpe de los arietes, los cimientos de los muros temblaban, todo lo precioso en oro, plata, vestiduras y variada vajilla que la nobleza tenía, lo pusieron en barcos, y lo llevaron a las islas 352 de modo que al capturar la ciudad, Nabucodonosor no encontró nada digno de su esfuerzo. Y porque en esta parte había obedecido a la voluntad de Dios, después de algunos años de cautiverio de Tiro, se le da Egipto; mucho más cruel Tiro que Egipto. Aquella atacaba Jerusalén; esta prometía una ayuda vana. Es diferente engañar con esperanza de debilidad: es diferente luchar contra el pueblo de Dios. Esto es lo que dice Nabucodonosor rey de Babilonia, en el ataque a Tiro su ejército me sirvió, para cumplir mi voluntad: Toda cabeza fue rapada, y todo hombro pelado, llevando cestos de tierra, y piedras con las que se raspan los hombros, y se rapa la cabeza; y sin embargo, ni él, ni su ejército encontraron nada digno en Tiro. Y como en esto me sirvió, y cumplió mi voluntad contra Tiro, por eso le daré la tierra de Egipto. Lo que algunos dicen que se cumplió bajo Nabucodonosor: otros bajo Cambises hijo de Ciro, que devastó Egipto hasta Etiopía, de modo que mató a Apis, y destruyó todas sus imágenes. Por esta razón creen que se volvió loco por la caída de un caballo, y se apuñaló con su propia espada. Heródoto narra esta historia en detalle: donde también se describe todo Egipto por aldeas, castillos y pueblos, y el origen del Nilo y la gente de ese pueblo, y la medida de la tierra por el circuito hasta el desierto de Etiopía y las costas del Gran mar, y los confines de Libia y Arabia se muestran. La causa de la ira del Señor contra Egipto, es que engañó al pueblo de Dios con su ayuda, para que no esperara en Dios, y lo provocara a ira. En aquel, dice, día en que Egipto sea capturado, brotará el cuerno de la casa de Israel: sin duda significa el linaje real. Lo que algunos [Al. algunos] refieren a Zorobabel hijo de Salatiel, que por Jeconías fue generado de la estirpe de David, otros al último tiempo, cuando creen que también Elías vendrá. Pero nosotros entendiendo el cuerno del Señor sobre [Al. por] Cristo, tomamos la historia presente. Y cuando, dice, oh Profeta, esto primero se haya cumplido, 353 entonces se abrirá tu boca, y tu profecía no penderá de una promesa dudosa, sino que se verá cumplida en obra: para que todos los que oigan, sepan que yo soy el Señor, cuyo decir, es hacer. Esto según la letra, más bien según la verdad de la profecía. Sin embargo, por lo que Nabucodonosor recibió la recompensa de una buena obra, entendemos que incluso los gentiles, si hacen algo bueno, no pasan sin recompensa por el juicio de Dios. Por eso también por Jeremías Nabucodonosor es llamado paloma de Dios, porque sirvió a la voluntad de Dios contra el pueblo pecador. Y traeré, dice, a mi siervo Nabucodonosor (Jerem. XXV). De lo cual es claro que somos condenados por comparación con los gentiles, si ellos hacen por ley natural, lo que nosotros incluso escrito descuidamos. De lo cual Pablo apóstol discute plenamente a los Romanos. Y para que no parezca que pasamos algo según la inteligencia espiritual, buscamos dónde hemos leído este número, es decir, el vigésimo séptimo. En el libro del Génesis la Escritura

testifica (Génesis VII), en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, el vigésimo séptimo día del segundo mes, se trajeron las aguas del diluvio sobre la faz de la tierra, y después en el séptimo mes del mismo año, que es cercano al sábado, y el vigésimo séptimo día del mismo séptimo mes, cesaron las aguas del diluvio, y el arca de Noé se posó sobre los montes de Ararat, que se interpretan Armenia. De lo cual entendemos, que es un número medio y puede referirse a ambos, cuando en este comienza la ira de Dios con el diluvio, y su clemencia se muestra en el mismo número de días en el séptimo mes. Y porque entre los hebreos el mes, que entre nosotros se desarrolla en Calendas, Nonas e Idus, se calcula según el curso de la luna: de donde también por el vocablo griego μήνη, es decir, luna, el mes tomó su nombre, se dijo que en el vigésimo séptimo día de la luna quedaba poco de su luz, para que su ira no sea completamente sin misericordia. Pero cuando todo el orbe de la luna se llena, entonces se celebra la pascua, y todas las grandes solemnidades. Lo que hemos puesto brevemente, para que sepamos que en este número, se contienen tanto bienes como males. Bienes de Nabucodonosor, a cuyo trabajo se le da recompensa; males 354 a los egipcios, cuya devastación se anuncia.

(Cap. XXX.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza y di: Así dice el Señor Dios: Lamentaos, ¡ay, ay del día! porque cercano está el día, y se aproxima el día del Señor, día de nube, será el tiempo de las naciones. Y vendrá la espada sobre Egipto, y habrá terror en Etiopía, cuando caigan los heridos en Egipto, y sea llevada su multitud, y destruidos sus cimientos. Etiopía y Libia, y Lidia, y todo el resto del pueblo, y Cub, y los hijos de la tierra del pacto con ellos caerán a espada. Así dice el Señor Dios: Y caerán los que sostienen a Egipto, y será destruida la soberbia de su imperio, desde la torre de Siene [Al. Soene] caerán a espada en ella, dice el Señor de los ejércitos. Y serán dispersados en medio de las tierras desoladas, y sus ciudades estarán en medio de ciudades desiertas. Y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya puesto fuego en Egipto, y sean quebrantados todos sus ayudadores. En aquel día saldrán mensajeros de mi presencia en naves para quebrantar la confianza de Etiopía, y habrá terror en ellos en el día de Egipto, porque sin duda vendrá. Así dice el Señor Dios: Y haré cesar la multitud de Egipto en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia: él y su pueblo con él, los más fuertes de las naciones, serán llevados para destruir la tierra. Y desenvainarán sus espadas sobre Egipto, y llenarán la tierra de muertos. Y haré los cauces de los ríos secos, y entregaré la tierra en mano de los peores, y destruiré la tierra y su plenitud en mano de extranjeros: yo, el Señor, he hablado. Así dice el Señor Dios: Y destruiré las imágenes, y haré cesar los ídolos de Menfis, y no habrá más príncipe en la tierra de Egipto, y pondré terror en la tierra de Egipto. Y destruiré la tierra de Patros, y pondré fuego en Tafnes, y haré juicios en Alejandría, y derramaré mi indignación sobre Pelusio, la fortaleza de Egipto, y mataré la multitud de Alejandría, y pondré fuego en Egipto. Como parturienta dolerá Pelusio, y Alejandría será destruida, y en Menfis habrá angustias cotidianas. Los jóvenes de Heliópolis y Bubastis [Al. Bugasti] caerán a espada, y ellas mismas serán llevadas cautivas. Y en Tafnes se oscurecerá el día, cuando quiebre allí los cetros de Egipto, y se acabe en ella la soberbia de su poder: la cubrirá una nube, y sus hijas serán llevadas en cautiverio. Y haré juicios en Egipto, y sabrán que yo soy el Señor.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza y di: Así dice Adonai el Señor: Oh, oh día: porque está cerca el día, y cerca el camino del Señor: día de nube, será el fin de las naciones. Y vendrá la espada sobre los egipcios, y habrá confusión en Etiopía. Y caerán los heridos en Egipto, y se llevará su multitud, y serán derribados sus cimientos. Persas, y cretenses, y lidios, y libios y todos mezclados, y de los hijos de mi Pacto

caerán por la espada. Así dice Adonai el Señor. Y caerán los sostenes de Egipto, y descenderá la afrenta de su fortaleza desde Migdol hasta Siene caerán por la espada en ella, dice Adonai el Señor. Y será desolada en medio de las regiones desoladas, y sus ciudades en medio de las ciudades desiertas estarán, y sabrán que yo soy el Señor, cuando dé fuego sobre Egipto, y sean quebrantados todos los que le ayudan. En aquel día saldrán mensajeros de mi presencia, apresurándose a destruir la esperanza de Etiopía, y habrá confusión en ellos en el día de Egipto, porque he aquí que viene. Así dice el Señor Dios. Y destruiré la multitud de los egipcios por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, él y su pueblo con él, pestilentes que de las naciones fueron enviados para destruir la tierra. Y desenvainarán todas sus espadas sobre Egipto, y se llenará la tierra de heridos. Y daré sus ríos desiertos, y entregaré la tierra en mano de los peores, y destruiré la tierra, y su plenitud en manos de extranjeros: yo el Señor he hablado. Porque así dice el Señor Dios: Y destruiré las abominaciones, y haré que desfallezcan los nobles de Menfis, y los príncipes de la tierra de Egipto, y no serán más. Y daré terror en la tierra de Egipto, y destruiré la tierra de Patros, y daré fuego sobre Tafnes, y haré venganza en Diospolis, y derramaré mi furor sobre Sain, la fortaleza de Egipto, y destruiré la multitud de Menfis. Y daré fuego sobre Egipto, y con turbación se turbará Sais, y en Diospolis habrá ruptura, y se derramarán las aguas. Los jóvenes de Heliópolis y Bubastis caerán por la espada, y las mujeres serán llevadas cautivas, y en Tafnes se oscurecerá el día, cuando allí quebrante los cetros de Egipto, y allí perecerá la afrenta de su fortaleza, y la cubrirá una nube, y sus hijas serán llevadas, y haré juicios en Egipto, y sabrán que yo soy el Señor. Después del vigésimo séptimo año de la cautividad del rey Joaquín, se vuelve al tiempo presente, cuando comenzó a profetizar contra Egipto, es decir, al año décimo, y décimo mes, undécimo día del mes, y se le dice el mandato del Señor, para que hable a todas las naciones, y con todas especialmente a Egipto. ¿Qué son, pues, las cosas que dice? Aullad, ay, ay del día, porque está cerca el día, y se acerca el día del Señor: no con sol claro resplandeciente, sino cubierto de nubes, y trayendo la tempestad de Babilonia. Y cuando comience la espada a devastar Egipto, habrá temor en Etiopía, que está cerca de Egipto, no sea que hasta ella llegue la espada babilónica. Porque caerán en Egipto los heridos, y se llevará su multitud, y hasta los cimientos todo será destruido: de modo que si alguno se encuentra en Egipto de Etiopía, y Libia, y Lidia, y en común de varios pueblos y Chub, que Symmachus traduce como Arabia, y de los hijos de la tierra del pacto, es decir, del pueblo de los judíos, con ellos caerá por la espada. Por las cuales naciones los LXX pusieron, Persas, y cretenses, y lidios, y libios, y todos mezclados, y los hijos de mi Pacto caerán con ella por la espada. Y para que supiéramos que todas estas naciones estaban en ayuda de Egipto, el siguiente discurso lo demuestra: Y caerán los que sostienen a Egipto, o los sostenes de Egipto, es decir, los aliados, y toda la soberbia del imperio, o la afrenta de su fortaleza será destruida y depuesta desde la torre de Siene, que dijimos que está situada en los confines extremos de Egipto, o desde Migdol hasta Siene, como tradujeron los LXX: todas las ciudades de Egipto serán desiertas, para que conozcan al Señor, cuando el fuego de los caldeos haya devastado todo, y hayan sido quebrantados todos sus ayudadores, y lleguen los mensajeros según Aquila y Theodotion SIIM (), que Symmachus tradujo, apresurándose: nosotros lo hemos traducido como trirremes; pues así lo recibimos de los hebreos: para que toda la confianza de Etiopía sea quebrantada, y cuando la provincia vecina sea desolada, el temor se apodere de la próxima. Pero para que supiéramos quién era esta espada, que devastaría Egipto y aterraría a Etiopía, sigue más claramente: Y haré cesar la multitud de Egipto en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que no solo vendrá, sino que vendrá acompañado de muchas naciones, de modo que toda Egipto se llene de la sangre de los muertos, y será tal la ira del Señor, que se secarán los cauces de los ríos, es decir, del Nilo διώρυχες, hasta el suelo, y en mano de pestilentes, o de hombres malvados, la plenitud de Egipto será desolada. Porque mis palabras no pueden ser vanas, y mi indignación avanzará

hasta que los ídolos de Egipto sean destruidos, y cesen los ídolos de Menfis, que hasta hoy es la metrópoli de la superstición egipcia, o los nobles y príncipes de Menfis, y de la tierra de Egipto. Pero tal terror poseerá a todo Egipto, que toda la tierra de Patros perecerá, y el fuego devastará Tafnes, o como tradujeron los Setenta, Tanin. Y haré, dice, juicios en Alejandría, que hoy se llama así. Sin embargo, su nombre original es NO, que Aquila, Symmachus, y Theodotion, como está puesto en hebreo, tradujeron. Por lo cual no sé qué queriendo decir los Setenta dijeron Diospolis, que es una pequeña ciudad de Egipto. Nosotros, sin embargo, por NO, pusimos Alejandría, por anticipación, que en griego se llama πρόληψις, según aquello de Virgilio (Eneida, libro IV): Lavinaque venit Littora; no porque en ese tiempo cuando vino Eneas a Lacio, se llamaran Lavinia; sino que después fueron llamados Lavinia, para que el lugar fuera más claro para la inteligencia del lector. Y derramaré, dice, mi indignación sobre Sain, que nosotros traducimos como Pelusio, y se llama la fortaleza de Egipto, porque tiene un puerto muy seguro, y allí se ejercen principalmente las negociaciones del mar. Por lo cual también el poeta llama lenteja pelusiaca (Virgilio, I Georg.), no porque allí se genere este tipo de legumbre, o principalmente; sino porque de Tebaida y de todo Egipto se lleva allí mucho a través del río Nilo. Y mataré, dice, la multitud de Alejandría, que nuevamente en hebreo se pone como NO, por lo cual de ninguna manera Diospolis, como arriba, sino Menfis los LXX tradujeron. Y para mostrar que ya en ese tiempo era una ciudad populosa, dice, Destruiré, dice, la multitud de NO (); y daré fuego, es decir, al rey de Babilonia en Egipto, que como fuego todo lo devastará. Como parturienta dolerá Sain, es decir, Pelusio: o con turbación se turbará; y en Alejandría, es decir, en NO, habrá ruptura, y se derramarán las aguas, por lo cual nuevamente los LXX tradujeron Diospolis. Pero es costumbre de los egipcios, debido a la inundación del Nilo, construir altos diques en las orillas del Nilo. Que si por negligencia de los guardianes, o por la gran magnitud de las aguas se rompen, las aguas no riegan los campos subyacentes, sino que los oprimen y devastan. Por lo cual se significa, que así el ejército de los caldeos ocupará Egipto, como cuando las aguas del Nilo inundan, y creciendo más de lo debido suelen cubrir y corromper. Por la inundación de las aguas, y la irrupción y ruptura de los diques, en hebreo se pone: Y habrá en Menfis angustias diarias, para que donde el Nilo se divide, y donde está el templo de Apis, y los oráculos responden consultas, allí haya angustias diarias. También los jóvenes de Heliópolis, que en hebreo se llaman ON () [Al. Aven.], y de Bubastis de otra ciudad, caerán por la espada: de modo que las mismas ciudades, es decir, los habitantes, o sus mujeres sean llevadas en cautiverio, que es el sexo sujeto a injuria. En Tafnes, que es la ciudad real, se quebrantarán los cetros de Egipto, es decir, toda la estirpe real. Y cuando su poder, muertos los príncipes, haya decaído, entonces se oscurecerá el día, y con oscuridad y tinieblas todo se llenará, de modo que la misma ciudad sea cubierta por una nube de tristeza y luto, y sus hijas, es decir, las demás aldeas sean llevadas en cautiverio; para que después de que haya hecho juicios en Egipto, y me haya mostrado como juez a todos, entonces sepan los egipcios que yo soy el Señor. Estas cosas las hemos descrito como elementos para los pequeños, para que a través de letras, sílabas, nombres, y el contexto de las palabras, puedan llegar a la lectura de prosa o poesía. Ahora abordemos la tropología, y demostremos el vasto mar de la discusión, como en una breve tabla de pintura. La palabra del Señor que siempre estaba en el Padre, vino al profeta, y lo llama no por su nombre, sino hijo de hombre. Lo cual en las Escrituras santas siempre se toma en buen sentido, al menos en número singular, como en este mismo profeta, y en Daniel, y en el Evangelio. De lo contrario, en número plural se lee en sentido contrario, como es aquello: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas: y su lengua espada afilada (Sal. LVI, 5). Y de nuevo: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado? (Sal. IV, 3). Porque el león rugirá y ¿quién no temerá? El Señor ha hablado, y ¿quién no profetizará? (Amós III, 8). Aúlla, dice, ay, ay del día porque está cerca el día, y se acerca, dice el Señor, día de nube, será el tiempo o el fin de las naciones. Hay una doble consumación, o general de

todos, cuando llegue el fin, o especialmente de cada uno, cuando el tiempo de la muerte esté presente. Se dice cerca, porque comparado con la eternidad, todo tiempo es breve. Por lo cual también Jacob, de ciento treinta años de los cuales dijo: pocos, dice, y malos son mis días (Gén. XLVII, 9). Y el salmista, discutiendo sobre la fragilidad de toda la raza humana, dice: Nuestros días han pasado como una sombra (Sal. CXLIII, 4). Considerando esto, no nos elevaremos con el poder, ni nos apoyaremos en las riquezas, ni nos alegraremos con la felicidad, sabiendo que todo será quitado pronto. Y bellamente se dice día del Señor, cuando toda la conversación del mundo será destruida, y quitado el error, aparecerá una sola verdad, y el día será de nube y niebla. Pues nadie intrépido e incierto sobre la sentencia, espera al juez sin temor. Y será el tiempo o el fin de las naciones, no de una sola nación egipcia, sino de todas, para que sea manifiesto que se profetiza sobre todas las naciones. Sigue, vendrá a Egipto la espada, espada flamígera versátil, palabra divina, que divida a los buenos de los malos, y consuma a los peores con su fuego. En Egipto de este mundo, de modo que haya temor en Etiopía, que está más allá de Egipto en la noche del error, y habitan en tinieblas, y cuya negrura difícilmente, o de ninguna manera, se convierte en blancura. Y caerán heridos en Egipto, que mal se mantuvieron en la iniquidad. Y se llevará la multitud de Egipto. Porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mat. VII, 13). Y sus cimientos serán destruidos: para que nada en Egipto quede de la firmeza original: sino que, abandonados los cimientos malos, se ponga el fundamento de Cristo, sobre el cual se edifique la Iglesia. Porque toda planta que no plantó el Padre celestial, será arrancada (Mat. VII). Por lo cual también Jeremías es mandado a destruir lo que estaba construido, para que edifique mejores cosas (Jer. I). También perecerán en Egipto los etíopes, libios, y lidios, o según los Setenta, persas, cretenses, y lidios, y libios, y Chub, es decir, árabes, y toda la multitud restante, que los Setenta tradujeron como híbridos y mezclados. A los cuales todos por la diversidad de vicios y la interpretación de los nombres, que pusimos en la visión de Tiro, podemos entender como diversas naciones. Por lo cual también el Apóstol: Vosotros, dice, gentiles en la carne, que sois llamados Incircuncisión (Efes. II, 11). Nunca habría dicho gentiles en la carne, si no hubiera otras en el espíritu, como en otro lugar: Mirad a Israel según la carne. Por lo cual es necesario tener cuidado, para no volver con el corazón a Egipto, de donde una vez salimos, y ser hallados entre las demás naciones; y perecer por la espada, de la cual se dice en lo siguiente: Los jóvenes de Heliópolis y Bubastis caerán por la espada, especialmente cuando se añade, y los hijos de la tierra del pacto, o de mi Pacto serán heridos por la espada, de los cuales está escrito: Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, confiando en caballos y carros (Isa. XXXI, 1). Pero si los hombres de las demás naciones son asesinados en Egipto, cuánto más los hijos de la tierra del pacto y del Pacto de Dios, que despreciando el pan de los ángeles, recordaron los melones, cebollas, ajos y pepinos de Egipto (Num. XI). Entonces caerán los sostenes y apoyos de Egipto, que la sostenían en la iniquidad, las sutilezas de los dialécticos, y las estratagemas de los filósofos. También el imperio contumaz y soberbio será destruido, que todo lo hablan con arrogancia, y consideran la simplicidad eclesiástica como nada. Desde la torre de Siene caerán en ella que está en los límites extremos de Egipto, confinante con Etiopía y los blemios: donde el Nilo es innavegable, y el fragor de las cataratas, y todo es intransitable y lleno de serpientes, y animales venenosos. Pero si (como dijimos antes) Migdol significa magnificencia, y Siene, giro, es evidente que las riquezas egipcias, y la fortaleza contumaz y la magnificencia, es decir, la jactancia, y las exaltaciones perecerán por la fuerza, hasta el giro de Egipto, donde nada es estable; sino que se rueda con incierto deslizamiento, y llega a la ruina. Entonces las ciudades egipcias serán dispersadas, y la tierra será desierta, y no quedará ninguna congregación, teniendo algo de firmeza, para que al final de las cosas conozcan que él es el Señor, cuando envíe fuego en Egipto, que el Señor desea arder, para que el heno, la madera, la paja, que sobre el fundamento de Cristo fueron edificados, sean consumidos, y todos los ayudadores de las doctrinas perversas sean

quebrantados. De lo cual se debe entender, que la ciencia de falso nombre, y aquellos de los cuales está escrito: Dispersa las naciones que desean guerras (Sal. LXVII, 32), son llamados socios y ayudadores de Egipto. En aquel día, dice, saldrán mensajeros de la presencia de Dios, de los cuales está escrito en el Evangelio: Sus ángeles siempre ven la cara de mi Padre que está en los cielos (Mat. XVIII, 20). Y en la parábola de la siembra, los segadores son ángeles, es decir, que son mensajeros, enviados para que reúnan todos los escándalos, y los echen en el horno de fuego, donde hay llanto de ojos, y crujir de dientes (Ibid. XIII). Y se apresurarán a cumplir el mandato, para aterrorizar, o quebrantar la confianza de Etiopía, que han llegado al vértice máximo de la maldad para que en la destrucción de Egipto Etiopía sea quebrantada, y tema, porque el día del Señor es de venganza y retribución, en el cual sean expulsadas las tinieblas de los pecados, y permanezca la luz de las virtudes. Y haré cesar, dice, la multitud de Egipto en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, a quien fueron entregados para castigar. Porque él es el enemigo y vengador que también recibió recompensa, porque sirvió en la conquista de Tiro, la multitud de Egipto: para que muchos en Egipto dejen de existir, que siempre están en ella. Pero si alguien se opone, cómo se dice aquello en Deuteronomio: Con setenta almas descendieron vuestros padres a Egipto: ahora sois como las estrellas del cielo en multitud (Deut. X, 22): se resuelve fácilmente. Pues no puso el ejemplo de la multitud terrenal, sino celestial, que brille con virtudes, y esté llena de luces, sobre la cual multitud de Egipto, se traen los más fuertes de las naciones, para que destruyan la tierra, por los cuales los Setenta interpretaron pestilentes. Lo cual no sé cómo conviene a aquellos que son traídos por el Señor, a menos que tal vez según aquel ejemplo, la inmersión por ángeles malos (Sal. LXXVII, 19): que desenvainarán sus espadas sobre Egipto, y llenarán la tierra de muertos, o heridos, para que los muertos y heridos se sientan a sí mismos, y en tanto Egipto sea destruido, y haya llegado a nada, que todos los ríos de elocuencia con los cuales los errores egipcios, junco y caña eran regados, se sequen, y sean entregados en mano de los peores, que los atormenten, y la plenitud de la tierra de Egipto, que había crecido mal, sea borrada en mano de extranjeros de Dios.

Porque no son los Ángeles buenos, sino los malos, quienes están encargados de los tormentos. Esto es necesario que lo sepan, porque el Señor ha hablado. Esto se menciona frecuentemente para que quienes escuchan sepan que no son palabras del profeta, sino del Señor, cuyos mandamientos no pueden ser anulados. Sigue: Y destruiré las imágenes, que son abominaciones. Los Setenta tradujeron: Y haré cesar los ídolos o los nobles de Menfis, y no habrá más líder o príncipe en la tierra de Egipto. Porque es propio del Señor, que es muy clemente, destruir lo que está mal hecho, para que no quede en Egipto ninguna semejanza que mienta sobre la imagen de la verdad: también perecerán los nobles de Menfis, que se interpreta como de la boca; de donde forjaron todos los ídolos, para que, al cortar las cabezas y los maestros de los ídolos, no haya príncipe en Egipto, y todo Egipto se llene de terror y destrucción. De cuyas ciudades se dice: Y destruiré la tierra de Patros, y pondré fuego en Tafnes, o en Tanis, y haré juicios en No, que los Setenta tradujeron como Diospolis: y derramaré mi indignación sobre Sin, la fortaleza de Egipto. Patros se interpreta como pisoteo del pan: Tafnes, mandato humilde: Diospolis, para la cual en hebreo se pone No, descanso. Sin, tentación: con estos nombres se demuestran los diversos conciliábulos de herejes y de todas las mentiras: que pisotean y desprecian el pan eclesiástico, y siguen un mandato humilde, que no conduce a lo celestial, y se entregan a los placeres, y están en reposo; como leemos en el Evangelio sobre el rico vestido de púrpura (Luc. X); y sirven a los tentadores: uno de los cuales pidió al Señor tener poder para tentar a Job. Todo esto el Señor lo destruirá y quemará, y derramará sobre ellos su indignación, y disipará la fortaleza de Egipto, para que, reducidos a la nada, no puedan inquietar al pueblo de Dios, ni hacer que esperen en su ayuda;

para que, abandonada la verdad, busquen la mentira, y como un bastón de caña, así sean heridos por su propio apoyo. Después de esto se dice: Y mataré o destruiré la multitud de Menfis, para la cual en hebreo se tiene No, que los mismos Setenta tradujeron como Diospolis, que se interpreta como descanso. Porque hay muchos que buscan el descanso, y quieren yacer sobre lechos de marfil, y comer corderos tiernos. O según los Setenta, que interpretaron Menfis, hay muchos que dicen a otros: Déjame sacar la paja de tu ojo, cuando ellos mismos tienen vigas en el suyo. Y se da fuego en Egipto, que consuma con su ardor las verbosidades y los placeres. Toda tentación dolerá, y en Diospolis, que nuevamente en hebreo se pone como No, habrá una ruptura; para que se derramen las aguas y toda la peor congregación se disipe, y se disperse por aquí y por allá. O según el hebreo, en Menfis habrá angustias diarias, para que por cada palabra ociosa den cuenta, para que entiendan que nada de lo que dicen pasa desapercibido ante el juicio del Señor. También los jóvenes de Heliópolis y de Bubastis caerán a espada. Heliópolis en hebreo se dice On, que se interpreta como dolor. Bubastis, según la lengua egipcia, es la experiencia de la boca. Todos estos que no podían soportar el dolor del mundo, sino que seguían los placeres de Diospolis, y confiaban en sí mismos en la volubilidad de las palabras y disputaban contra los demás dogmas, habiendo tenido experiencias de victoria, caerán por la espada de la palabra de Dios: y quienes no son jóvenes, sino que por la debilidad de la mente se les llama mujeres, serán llevados cautivos. O las mismas ciudades, por el dolor y la jactancia de la boca, serán llevadas a la cautividad. Y en Tafnes, dice, el día se oscurecerá. Tafnes se interpreta como cediendo a la boca, se sobreentiende del diablo: quienes cedan a él, perderán la luz de la verdad, y cambiarán el día en noche, y sentirán que los cetros de Egipto, y todo el imperio, están quebrantados en Tafnes, de modo que en ella se extinga la fortaleza deshonrosa, o la soberbia de su poder, y los rayos del sol de justicia se oscurezcan en la nube, y no sean llevadas cautivas las mujeres, sino las hijas; y el Señor hará no un solo juicio, sino muchos juicios en Egipto. Porque así como hay diversas mansiones de los buenos ante el Padre, así también hay diversos juicios de castigo en Egipto; para que cuando todo esto se haya cumplido, los egipcios reconozcan que él es el Señor, cuyos juicios verdaderos se justifican en sí mismos.

(Vers. 20 y siguientes) Y sucedió en el undécimo año, en el primer mes, en el séptimo día del mes, que vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, he quebrado el brazo del faraón, rey de Egipto, y he aquí que no está vendado, para que se le restituya la salud, y se ligue con vendas, y se cure con lienzos (o para que reciba un ungüento): y al recibir fuerza, pueda empuñar la espada. Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí que estoy contra el faraón, rey de Egipto, y quebraré su brazo fuerte, pero roto (o los brazos fuertes y dispuestos): y haré caer la espada de su mano, y dispersaré (o diseminaré) a Egipto entre las naciones, y los aventaré por las tierras. Y fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y pondré mi espada en su mano, y quebraré los brazos del faraón, y gemirán con gemidos de heridos ante su rostro (o como se contiene en los LXX: Y traerá la espada sobre Egipto, y saqueará sus despojos, y tomará su botín. Sigue): Y fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y los brazos del faraón caerán: y sabrán que yo soy el Señor, cuando ponga mi espada en la mano del rey de Babilonia, y la extienda sobre la tierra de Egipto, y disperse a Egipto entre las naciones, y los aventaré por las tierras, y sabrán que yo soy el Señor. Se vuelve al orden de la profecía; pues después del vigésimo séptimo año ahora se menciona el undécimo. Esta cuestión también se encuentra en los anteriores. Pues cuando la palabra del Señor fue contra Tiro en el año undécimo, que se mencionó primero, en los siguientes habla al faraón en el año décimo: y nuevamente menciona el vigésimo séptimo, como dijimos, y ahora el undécimo. Dejando de lado lo que se contiene en el orden de los salmos: se pregunta cómo el tercer salmo se antepone a aquellos salmos en los que David cambió su semblante

ante Abimelec, y sobre Doeg el edomita, y cuando fue hallado en la cueva, y el quincuagésimo de penitencia, en cuyo título se muestra que entró a Betsabé, esposa de Urías, cuando estos salmos son anteriores al tercero, en el que se nota que huía de la presencia de su hijo Absalón. Pero en los Salmos la respuesta es fácil, ya que es un canto lírico, y en este tipo de obra no se busca el orden de la historia; sino los cantos de los hechos individuales. En la historia, sin embargo, se debe decir que lo que se ha dicho sobre un asunto en diferentes tiempos no debe dividirse en el discurso, sino concluirse en la narración de un solo lugar. Por ejemplo, para que lo que se ha dicho sobre Egipto en diferentes tiempos se conozca en un solo orden de lectura. Habiendo dicho esto, permanece no obstante la cuestión: ¿Por qué en este mismo lugar primero se dio la palabra del Señor al faraón en el año undécimo, y luego en el vigésimo séptimo, y después en el décimo, cuando según el orden, primero debería haberse señalado el décimo, luego el undécimo, y tercero el vigésimo séptimo año, para cada profecía? A lo cual podemos responder: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos! (Rom. II, 33). Y en otro lugar: ¿Quién investigará el abismo y la sabiduría? (Eclo. I, 2, 3). Sin embargo, podemos decir esto, que en los Profetas no siempre se sigue el orden de la historia, al menos no en todos los lugares, pues no narran el pasado, sino que predicen el futuro, según sea la voluntad del Espíritu Santo. En la historia, sin embargo, como son los cinco libros de Moisés, y los volúmenes de Josué y de los Jueces, también Rut y Ester, Samuel y los Reyes, el libro de las Crónicas y Esdras, junto con Nehemías, no se encuentra una narración desordenada. Esto es suficiente para decir sobre el orden de los años. Ahora veamos cuál es la profecía contra el faraón, o sobre el faraón. Dice que ha quebrado su brazo, y que no está vendado ni ligado, ni curado con lienzos, ni ha recibido ungüento, según lo que está escrito: No hay ungüento para poner, ni aceite, ni vendajes (Isa. I, según los LXX). Si esto se hubiera hecho, ciertamente, recuperada la fortaleza, podría empuñar la espada y salir a la guerra. Por eso, el Dios clemente y misericordioso nuevamente quiebra su brazo, o sus brazos, para que la espada caiga completamente de su mano, y Egipto sea dispersado entre las naciones, y aventado por las tierras. En el brazo, sin embargo, toma la fuerza y la fortaleza, dice la Escritura: Quebranta el brazo del pecador y del maligno (Sal. IX, 15). Lo cual se quiebra en nuestros adversarios, cuando nos persiguen, pero no pueden oprimirnos. Y por la salvación de los siervos de Dios, el rey de Babilonia se levanta frecuentemente contra el faraón, para que el poderoso sea oprimido por uno más poderoso, y los malos sean entregados a los peores, fortaleciendo Dios los brazos de los malvados, para que quien ha sido liberado sepa que él es el Señor: y que el progreso de la virtud es saber que él es el Señor. Por el contrario, podemos decir: Los hijos de Elí, hijos de pestilencia, que no conocen a Dios (I Sam. II, 22). Y en buena parte de los reyes que hicieron lo recto ante los ojos de Dios está escrito que conocieron al Señor. Sin embargo, lo que se dice en los LXX: Y quebraré sus brazos fuertes y dispuestos, que en griego se dice τεταγμένα, ha sido corrompido por el error de los escribas. Porque ellos interpretaron no τεταγμένα, sino τεταμένα, es decir, no dispuestos, sino extendidos. Por lo cual, según su costumbre, otros intérpretes pusieron excelsos.

LIBRO DÉCIMO.

Quisiera, como ya he dicho antes, explicar las profecías contra una provincia o un rey en los mismos libros, y no dividir el sentido del lector. Pero, ¿qué puedo hacer con la longitud, que si no se divide en partes, excede el tamaño del volumen; y la infinita acumulación es molesta tanto para quien dicta como para quien lee? Así que después del discurso contra Egipto y su lamento, y el rey de Egipto, de cuyo brazo no vendado, ni restaurado a su salud original, hablamos en la última parte del noveno libro, pasamos al principio del décimo libro contra el mismo faraón, rey de Egipto, que se compara con el rey de Asiria, y después de una

larguísima profecía, se asume el lamento sobre el mismo, y luego contra todo Egipto. En la discusión de estos temas, oh virgen de Cristo, Eustoquio, eleva tus manos con Moisés para que nuestra victoria sea fruto de tus oraciones. Porque no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16), quien habla al profeta: Abre tu boca y yo la llenaré (Sal. LXXX, 11); respondiendo el profeta al Señor: Abrí mi boca, y atraje el espíritu (Sal. CXVIII, 131); que sopla donde quiere. Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad (Juan III, 8; II Cor. III, 17), con la cual libertad nos ha dado el Señor. La cual los judíos en vano se jactaban de tener, diciendo: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie (Juan VIII, 33), sujetos a muchos vicios y pecados, e ignorando aquella sentencia: de quien uno es vencido, de ese es esclavo (II Pedro II, 19).

(Cap. XXXI.) Y sucedió en el undécimo año, en el tercer mes, el primer día del mes, que la palabra del Señor vino a mí, diciendo: Hijo de hombre, di al faraón, rey de Egipto, y a su pueblo: ¿A quién te asemejas en tu grandeza? He aquí que Asur es como un cedro (o ciprés) en el Líbano, hermoso en ramas y frondoso en hojas, y elevado en altura, y entre las frondas densas (o en medio de las nubes) se alza su cima. Las aguas lo nutrieron: el abismo lo elevó [Vulg. exaltó]; sus ríos fluían alrededor de sus raíces, y envió sus arroyos a todos los árboles de la región. Por eso su altura se elevó sobre todos los árboles de la región (o del campo): y se multiplicaron sus arbustos (o ramas), y se elevaron sus ramas sobre muchas aguas. Y cuando extendió su sombra, en sus ramas hicieron nidos todas las aves del cielo, y bajo sus frondas engendraron todas las bestias del campo, y bajo su sombra [Vulg. umbráculo] habitaba la multitud de todas las naciones. Y era hermosísimo en su grandeza, y en la extensión (o multitud) de sus arbustos (o ramas): pues sus raíces estaban junto a las aguas. Los cedros (o cipreses) no fueron más altos que él en el paraíso de Dios, y los abetos (o pinos) no igualaron su cima, y los plátanos (o abetos) no fueron iguales (o semejantes) a sus frondas (o ramas). Ningún árbol del paraíso de Dios (o en el paraíso de Dios) se asemejó a él y a su hermosura, porque lo hice hermoso [Vulg. hermoso], y con muchas y densas frondas, y lo envidiaron todos los árboles de placer (o delicias) que estaban en el paraíso [Vulg. añade de Dios]. Por eso, así dice el Señor Dios: Porque se elevó en altura, y dio su cima verde y densa (o en medio de las nubes), y se elevó su corazón en su altura: lo entregué (o lo entregué) en manos del más fuerte (o príncipe) de las naciones: él hará con él: (o haré su perdición): según su impiedad lo arrojé. Y lo cortarán extranjeros y los más crueles de las naciones (o pestilentes de las naciones), y lo arrojarán sobre los montes, y en todos los valles caerán sus ramas, y se romperán sus arbustos en todas las rocas (o campos) de la tierra, y se apartarán de su sombra todos los pueblos de la tierra, y lo dejarán. En su ruina habitaron (o descansaron) todas las aves del cielo, y en sus ramas estuvieron todas las bestias de la región. Por lo cual no se elevarán en su altura todos los árboles de las aguas: ni pondrán su cima entre los frondosos y frondosos (o en las nubes): ni estarán en su altura [Vulg. de ellos] todos los que son regados por las aguas: porque todos han sido entregados a la muerte a la tierra última, en medio de los hijos de los hombres a los que descienden al lago. Así dice el Señor Dios: el día que descendió al infierno, decreté luto [Al. induje] (o lo lloró el abismo): lo cubrí con el abismo, y prohibí sus ríos y contuve muchas aguas. Fue quebrantado (o oscurecido) sobre él el Líbano, y todos los árboles del campo fueron sacudidos (o desfallecieron). Al sonido de su ruina moví (o fueron movidas) las naciones, cuando lo llevé (o la llevé) al infierno con los que descendían (o descienden) al lago; y se consolaron en la tierra débil todos los árboles de placer (o delicias) ilustres y preclaros en el Líbano: y todos fueron regados por las aguas. Porque también ellos con ella (o con él) descenderán (o descendieron) al infierno a los muertos (o heridos) por la espada, y el brazo (o semilla) de cada uno de los que habitaban bajo su sombra, en medio de las naciones (o de su vida) perecieron. ¿A quién

te asemejas, oh ilustre, y sublime entre los árboles de placer? He aquí que has sido llevado con los árboles de placer a la tierra última, en medio de los incircuncisos dormirás, con los que fueron muertos por la espada. Así el faraón y toda su multitud, dice el Señor Dios. He mezclado ambas ediciones como de costumbre, donde sin embargo discrepaban mucho, para que la doble proposición no aumentara el tamaño de los libros. Y primero debe saberse que todo lo que se dice del rey de Asiria en tiempo futuro, en los LXX se menciona como pasado, y así habla tanto del árbol como del príncipe de los asirios, de modo que se entienda tanto en género masculino como femenino de una sola persona, mientras que el árbol se refiere al asirio, y el asirio se nombra en el árbol. Ni se hace mención alguna del rey babilonio en el presente discurso; para que no parezca que se pone contra el pueblo cautivo en Caldea, provocando la ira de los señores y gobernantes, sino que se dice del rey de Asiria, que ya en ese tiempo había sido capturado por los caldeos, y todo el poder de los asirios estaba sujeto al imperio babilonio. Por lo cual también las diez tribus, es decir, Israel, son capturadas por los asirios; pero dos, es decir, Judá y Benjamín, los caldeos superan, y subvierten la ciudad de Jerusalén. Por lo tanto, al hablar contra el faraón, rey de Egipto, y su pueblo, el discurso divino usa tal introducción contra él: ¿A quién te asemejas en tu grandeza? He aquí que Asur es como un cedro en el Líbano, y lo demás. Y el sentido es: No te maravilles si vas a ser vencido y perecerás por los babilonios, y perderás tu imperio, y todas tus riquezas egipcias serán destruidas, cuando Asur, mucho más fuerte que tú, fue destruido por el mismo caldeo que te supera. Y describe el poder del rey de Asiria bajo la figura del árbol de cedro, según el hebreo, según los LXX, ciprés, en el monte Líbano, que es hermoso en ramas y denso en frondas, y elevado hasta las nubes, que por eso creció tanto, porque no se regó con aguas, sino con abismos, es decir, con aguas abundantísimas. Pues el abismo es la multitud del sonido de las aguas: de modo que todas las aves hicieron nidos en sus ramas, y bajo sus frondas engendraron todas las bestias del campo. Y para que no dudemos qué son las aves del cielo, qué son las bestias de los bosques, lo puso más claramente: Y bajo su umbráculo habitaba la multitud de muchas naciones. Cedros, dice, y cipreses, abetos, o pinos y plátanos, o cipreses, no fueron iguales a sus ramas. Y para no decir de cada uno de los árboles, y todos, dice, los árboles del paraíso de Dios no se asemejaron a él, y a su hermosura. Por lo cual algunos entienden que no se dice del rey asirio, sino de la fortaleza contraria, que en el discurso de Tiro se dice que fue generada entre los querubines, y adornada con piedras preciosas, y luego cayó a lo terrenal por su propio vicio, que también en Isaías al caer, se llama Lucifer (Isa. XIV), y en el Evangelio es señalado por el Señor: Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 12). Pero nosotros, para seguir la historia por ahora, entendamos que todo esto se dice hiperbólicamente, que el asirio fue de tal poder, y así oprimió a todas las naciones, que se comparó a la fortaleza de los ángeles. Todo esto se dice metafóricamente bajo el altísimo cedro, o ciprés, al asirio, y su muerte se llama corte. Y lo que sigue: Lo entregué en manos del más fuerte de las naciones, llama al rey babilonio, para que lo que venció al asirio, no lo entienda como de su propia fortaleza, sino del poder divino.

Según su impiedad, dice, la he expulsado, para advertir secretamente al babilonio que no debe ser cruel ni oprimir al pueblo de Dios, que le ha sido entregado, para que no sufra lo mismo a manos del asirio, que fue cruel e impío. Y la cortarán extranjeros, y las naciones más crueles; o, según los LXX, pestilentes: lo cual nunca diría estando en Caldea, para no incitarlo contra su propia gente. También es arrojada sobre los montes, y en todos los valles caen sus ramas, y se rompen en las rocas, y es abandonada por todos los pueblos, es decir, por las aves del cielo y las bestias del campo, y llegará a tal destrucción, que todos los árboles que se consideraban altos en comparación con el árbol de Asiria, dejarán de elevarse y erguirse en lo alto, y al ser cortado aquel, todos serán cortados por el miedo. Y lo que se

había dicho por traslación, se hace más claro. Todos, dice, han sido entregados (se sobreentiende reyes a la muerte) a la tierra última (esto es, al infierno), en medio de los hijos de los hombres (de ninguna manera entre los árboles) a aquellos que descienden al lago. No hay duda de que significa el infierno. Después de la tala del árbol de Asiria, o en el día en que el asirio desciende al infierno, y el Señor induce el luto, nuevamente por traslación habla de él, que está cubierto por el abismo, según lo que está escrito: He venido al fondo del mar, y la tempestad me ha sumergido (Sal. LXVIII, 3); y todos los ríos, es decir, todas las naciones, han dejado de regarlo, y el Líbano se ha entristecido o entenebrecido sobre él, es decir, el árbol, o él, es decir, el asirio. Y para que no pensemos que se trata de un árbol, sigue: Al sonido de su caída conmocioné a las naciones. ¿Qué caída de un solo árbol puede ser tan grande que al sonido de ella se conmuevan todas las naciones? Cuando la llevé, dice, al infierno, según la letra, un árbol no puede ser llevado al infierno con otros que descendían al lago, es decir, al infierno. Y se consolaron en la tierra baja, en el corazón de la tierra, todos los árboles de placer, o de delicias, que en hebreo se llama EDEN (), para significar los bosques frondosos y los bosques espléndidos y notables, que estaban en el Líbano, y eran regados por aguas. Pues también esos árboles con él, es decir, el asirio, descenderán al infierno, a los muertos, o heridos por la espada. Los árboles no son heridos por espadas, sino cortados, ni descienden al infierno. Y el brazo, dice, o la semilla (ya que en hebreo la palabra ZARA () significa ambas cosas), descansará en su sombra en medio de las naciones, de ninguna manera de los bosques, sino de las gentes. Al final se hace una apóstrofe al mismo asirio, o al faraón. ¿A quién te has asemejado, oh ilustre, y sublime entre los árboles de placer? Ninguno, dice, fue igual a ti, pero superaste a todos los reyes en poder, y sin embargo, con los otros reyes, que estaban en tu séquito, fuiste llevado a las tierras últimas, es decir, al infierno, diciendo la Escritura: Entrarán a los confines de la tierra, serán entregados a la espada, serán parte de los zorros (Sal. LXII, 10, 11). En medio, dice, de los incircuncisos dormirás con aquellos que fueron muertos por la espada. Muestra cuáles eran los árboles, qué cedro, o ciprés herido por espadas, y yaciendo con los incircuncisos. Y para unir lo último con lo anterior, porque arriba había dicho: ¿A quién te has hecho semejante en tu grandeza? He aquí Asur como un cedro en el Líbano, hermoso en ramas y follaje, y lo demás, ahora añade: Así es el faraón, y toda su multitud, dice el Señor. Como, dice, el asirio, el cedro y el ciprés, al ser cortado por el babilonio, fue derribado: así el faraón y su pueblo, es decir, el mismo árbol y sus ramas serán cortados por el babilonio. Esto, por ahora, se ha dicho según la historia, que muchos entienden que sucederá en la consumación del mundo y que el rey faraón, es decir, el poder al que Egipto está sujeto, se compara con el rey de los asirios, el más poderoso, es decir, el anticristo: que si aquel cae, ciertamente también otros gobernantes de estas tinieblas y príncipes del mundo caerán más fácilmente. Digamos, pues, de cada uno, brevemente tocando todo, para que no tanto discutamos y expliquemos lo oscuro, como parezcamos haber dado materia a quienes desean explicar. Y primero debe discutirse por qué en el undécimo año, en el tercer mes, en un día del mes, vino la palabra del Señor a Ezequiel, diciendo: Hijo de hombre, di al faraón de Egipto y a su multitud. Hablando al faraón, en el undécimo año viene la palabra del Señor: pues aún no había llegado al duodécimo, que es el número de la virtud plena y consumada. Por eso son doce los hijos de Jacob (Gén. XXXV), de los cuales después se contienen doce nombres de profetas en un solo volumen. Y los apóstoles son doce (Luc. VI), de los cuales, porque uno, Judas, fue traidor, en su lugar se elige a Matías. Y la hija del jefe de la sinagoga de doce años es resucitada por el Señor (Mar. V). También la hemorroísa en el duodécimo año recibe la salud. Pero porque el faraón es reprendido, y después llorado, por eso el tercer mes y un día se unen al número de once años. Por eso, en lo que sigue, en el duodécimo año, en el duodécimo mes, en un día del mes, viene la palabra del Señor a Ezequiel, diciendo: Hijo de hombre, toma un lamento sobre el faraón, rey de Egipto, y dile. Porque el que es llorado, es llorado para que entienda cuántos bienes ha

perdido; y sin embargo, porque era faraón, y su brazo aún no había sido atado, ni había recuperado su fuerza anterior: por eso en el año y en el mes duodécimo, aún quedan veintinueve días para que se complete el número de doce años. Por tanto, en un día del mes, viene la palabra del Señor al profeta, y se le ordena que hable al rey de Egipto y a su multitud. En lo cual es de admirar que cuatro intérpretes no hayan dicho pueblo, sino multitud. Porque muchos son llamados, y pocos elegidos (Mat. XXII, 14). Y en la ley está escrito: No estarás con la multitud para hacer el mal. Y se dice al rey de Egipto: ¿A quién te has hecho semejante en grandeza, o en tu altura? Porque él mismo se ha exaltado, y está sujeto a aquella sentencia: Todo el que se exalta, será humillado (Luc. XIV, 11): pero sin embargo, no sea semejante en su altura a aquel que como cedro, o ciprés en el Líbano, fue hermoso en ramas y follaje frondoso; y alto en altura y levantó su cabeza hasta las nubes, a las cuales según David (Sal. XXXV) llega la verdad de Dios, y a las cuales se manda que no lluevan sobre Israel. También se alaba su belleza, que en la fealdad se cambió por voluntad perversa (Sal. LXXVII); de modo que se dice de él: El Señor quebrantará los cedros del Líbano (Sal. XXVIII, 5): y él mismo, alto en el monte más alto del Líbano, cuanto más sublime fue, tanto más fuerte caerá. La Escritura santa, queriendo mostrar su altura, lo llama gran cedro, que fue nutrido por aguas, no las aguas de Siloé que van con silencio (Is. VIII), sino las aguas de Rasin, y las aguas de Egipto, de las cuales está escrito: ¿Qué tienes tú que beber las aguas de Geón (Jer. II, 18), o Sior? que suena aguas turbias. También el abismo lo exaltó sobre el cual en el principio del mundo se movían las tinieblas (Gén. I), y al cual en el Evangelio los demonios ruegan que no sean enviados (Luc. VIII). Los ríos de ese abismo estaban alrededor de sus raíces, de los cuales se dice: ¿Qué tienes tú y los caminos de los asirios, para beber las aguas de los ríos (Jer. II, 18)? Y en otro lugar: He aquí que el Señor traerá sobre vosotros el agua del río fuerte y mucha, al rey de Asiria y toda su gloria (Isa. VIII, 7). También el abismo envió sus arroyos a todos los árboles de la región, para que no solo regara al príncipe de este mundo, sino también a sus socios. Por eso fue elevado, y creció sobre todos los árboles más altos, y se multiplicaron sus arbustos, y poseyó el imperio de todo el orbe diciendo: Todo esto me ha sido entregado (Mat. IV, 9). Y se elevaron sus ramas, que fueron regadas por las aguas del abismo. Que extendió, o dilató su sombra, para someter a todos a su dominio. En sus ramas hicieron nidos todas las aves del cielo. Porque todo el que hace pecado (Juan VIII, 34), ha nacido del diablo, y se cuenta entre el número de sus ramas. Aquellas aves hicieron nidos en sus ramas, que junto al camino evangélico comieron la semilla (Mat. XIII), o porque todos pecaron, y necesitan la misericordia de Dios (Rom. III), de los cuales se ha dicho: Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles (Sal. XIII, 3): Por eso en sus ramas hicieron nidos. Sigue: Y bajo sus frondas engendraron todas las bestias de los bosques, que perdieron la mansedumbre de Cristo, y bajo su sombra habitaba la multitud de muchas naciones, para que no hubiera nadie que no estuviera cubierto por su sombra, excepto aquel que dijo: He aquí que viene el príncipe de este mundo: y no encontrará en mí nada (Juan XIV, 30). Porque por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte (Rom. V, 12); y así la muerte pasó a todos los hombres, en quien todos pecamos, y en Adán todos morimos, y todos pecamos, y necesitamos la gloria de Dios (I Cor. XV). Y sin embargo, en esa habitación hay una condición diversa. Unos habitan en sus ramas como aves, prometiéndose a sí mismos conocimiento en la filosofía, y en los dogmas de los herejes. Otros como bestias feroces, crueles e implacables: otros como la multitud de muchas naciones; para significar mezclados con diversos vicios y pecados. Pero Asur era hermosísimo en su grandeza, y en la dilatación de sus arbustos, porque su raíz había sido regada por muchas aguas, tanto que en el paraíso de Dios no había cedros y cipreses más altos, ni abetos y pinos igualaban su altura; o los plátanos no eran iguales a sus frondas. Por eso ningún árbol en el paraíso de las plantas le era igual, porque ningún árbol del paraíso de Dios se le asemejaba a él y a su hermosura. De ninguna manera se levantaron por soberbia,

sino que conocieron su humildad, ni intentaron reclamar para sí la semejanza de Dios con ánimo sacrílego. Y lo que sigue: Y lo envidiaron todos los árboles de las delicias que estaban en el paraíso, así lo explicamos: Los árboles del paraíso envidiaron la multitud de sus ramas: Porque muchos son llamados, y pocos elegidos (Mat. XX, 16). Y; Ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Ibid. VII, 13). Porque desea tener tantos en la salvación, como Asur tuvo en la perdición. Por eso, porque Asur se elevó en altura; y dio su altura verde y densa, o levantó su cima hasta las nubes, y se elevó su corazón para decir: Seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 14), por eso fue entregado en manos del más fuerte de las naciones: que entendemos como otro poder detestable, al que se entrega para ser castigado: porque él es el enemigo y vengador; para que Asur sea entendido como el Anticristo, y el más fuerte de las naciones al que fue entregado, Satanás, según aquello del Apóstol: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. II, 20): Quien hará con él todo lo que le sea mandado por el Señor. Este ciprés fue expulsado del paraíso de Dios por su impiedad; y lo cortarán extranjeros y crueles, o pestilentes en las naciones, para que se cumpla lo que está escrito: Al azotar al pestilente, el necio se hará más astuto (Prov. XIX, 25). Y de nuevo: Ya está puesta el hacha a la raíz del árbol (Mat. III, 10): que lo cortarán sobre los montes, para que caiga en su soberbia. En todos los valles caerán sus ramas: para que sean llevados al tártaro todos los que estuvieron en su séquito, y se aparten de su sombra, y la abandonen: para que las aves del cielo y las bestias de la tierra, que antes estaban bajo ella, y se cubrían con su sombra, después sean partícipes de su pena. Y cuando los demás árboles de los bosques, o del paraíso, vean que el ciprés Asur ha caído por sentencia de Dios, no se elevarán en soberbia, ni se considerarán algo, ni considerarán la irrigación de sus aguas como sus propias riquezas: porque todas las ramas y las aves del cielo, y las bestias de la tierra, que estaban bajo el imperio de Asur, serán llevadas en la muerte a la tierra última. De los cuales está escrito: En su presencia caerán todos los que descienden a la tierra (Sal. XXI, 30). Y en otro lugar: Entrarán a los confines de la tierra (Sal. LXII, 10): y no estarán con los ángeles, sino con los hijos de los hombres, que descienden al lago, o al pozo eterno. Y cuando él descienda a los confines de la tierra, y sea parte de los zorros por los que será desgarrado: entonces habrá luto ya sea de todos sus socios, o de las santas fortalezas, que lo lamentarán por haber descendido al infierno. Por eso dice el Señor: Lo cubrí con el abismo, cuyas aguas lo habían nutrido antes; y detuve sus ríos, es decir, del abismo, y contuve muchas aguas, para que no lo regaran, sino que más bien lo oprimieran. El Líbano se entristeció sobre él, en el que había sido exaltado, y todos los árboles del campo se sacudieron, temiendo una caída similar. Al sonido de su caída conmocioné a las naciones, para que nadie ignorara su perdición, y su descenso al infierno con los demás socios suyos. Y recibieron consuelo todos los árboles de placer, es decir, del paraíso: al ver que tanto los males son restituidos a los malos, como los bienes a los buenos. Estos árboles son del Líbano, regados por las aguas de los ríos del Señor, en los cuales también estaba regado aquel árbol que cayó. O todos los árboles, que alguna vez fueron buenos, y eran regados por aguas, y moraban en la altura del Líbano, recibirán consuelo, cuando vean a su príncipe sufrir tormentos similares. Porque ellos también descenderán al infierno a los muertos por la espada del Señor, y toda la fortaleza de los árboles habitará bajo su sombra, es decir, en el castigo, en medio de todas las naciones que serán retenidas por las puertas del infierno. Después de esto, el discurso se dirige al mismo faraón, a quien se le había dicho al principio, ¿a quién te has hecho semejante en tu grandeza? y se le dice: ¿A quién te has asemejado, oh ilustre, y sublime entre los árboles de placer? Sin duda al asirio que cayó. Y tú eras ilustre y sublime entre los árboles de Edén, es decir, de las delicias y del paraíso, y he aquí que has sido llevado como el asirio, con todos los árboles, que alguna vez estuvieron en las delicias, a la tierra última y al infierno, y dormirás no en descanso, sino en tormentos en medio de los incircuncisos, es decir, de los inmundos, y con aquellos que cayeron por la espada del Señor. Y para que sepamos quién es

aquel a quien le dijo: Oh ilustre, y sublime entre los árboles de placer, lo pone más claro: Él es el faraón, y toda su multitud. O según los Setenta, así es el faraón, y toda su multitud, para que así como arriba el asirio fue cortado, y cayó, así también el egipcio sea derribado.

(Cap. XXXII.---Vers. 1 seq.) Y sucedió en el año duodécimo, en el mes duodécimo (o décimo), en un día del mes, que vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, entona un lamento sobre el faraón, rey de Egipto, y dile: Te has asemejado al león de las naciones y al dragón que está en el mar, y agitabas el cuerno en tus ríos, y turbabas las aguas con tus pies, y pisoteabas sus ríos (o tus ríos). Por eso, así dice el Señor Dios: Extenderé sobre ti mi red en medio de muchos pueblos, y te sacaré con mi red (o te sacaré con mi anzuelo). Y te arrojaré (o te sacaré) a la tierra: sobre la faz del campo te arrojaré (o el campo se llenará de ti): y haré que sobre ti habiten todas las aves del cielo, y saciaré de ti a las bestias de toda la tierra, y daré tus carnes sobre los montes, y llenaré los collados (o valles) con tu podredumbre (o con tu sangre) y regaré la tierra (o se regará la tierra) con el hedor de tu sangre (o con tus excrementos) sobre los montes, y los valles se llenarán de ti. Y cuando hayas sido extinguido, cubriré el cielo, y haré que sus estrellas se oscurezcan: cubriré el sol con una nube, y la luna no dará su luz. Haré que todos los astros del cielo se entristezcan (o se oscurezcan) sobre ti: y daré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor Dios. Y agitaré el corazón de muchos pueblos cuando traiga tu destrucción (o cautiverio) entre las naciones sobre tierras (o en la tierra) que no conoces. Y haré que se asombren (o se entristezcan) sobre ti los pueblos (o muchas naciones) y sus reyes temerán con gran horror sobre ti, cuando mi espada comience a volar sobre sus rostros, y se asombrarán repentinamente cada uno por su vida en el día de tu caída (o esperando su ruina desde el día de tu caída). Porque así dice el Señor Dios: La espada del rey de Babilonia vendrá sobre ti. Con las espadas de los fuertes (o gigantes) derribaré tu multitud (o fortaleza): todas estas naciones son inexpugnables (o pestilentes de todas las naciones): y devastarán (o destruirán) el orgullo (o injuria) de Egipto, y su multitud será dispersada (o toda su fortaleza será quebrantada). Y destruiré todos sus animales que estaban sobre muchas aguas (o de muchas aguas): y no las turbará más el pie del hombre, ni la pezuña de los animales las turbará (o las pisoteará). Entonces haré que sus aguas sean purísimas (o para que alguna vez sus aguas descansen), y haré que sus ríos fluyan como aceite (o fluyan como aceite), dice el Señor Dios, cuando haya dejado la tierra de Egipto desolada (o perdida). Pero la tierra será desierta de su plenitud (o con plenitud) cuando haya golpeado (o dispersado) a todos sus habitantes: y sabrán que yo soy el Señor. Es un lamento, y lo lamentarán las hijas de las naciones sobre Egipto y sobre su multitud (o toda su fortaleza) lo lamentarán, dice el Señor Dios. Mezclamos ambas ediciones, solo en aquellos puntos en los que difieren. De lo contrario, donde hay un solo sentido, seguimos el hebreo. Sin embargo, en muchos ejemplares, según los LXX, se pone el duodécimo año y el décimo mes; pero según otros intérpretes, el décimo año y el duodécimo mes, para que ya Jerusalén haya sido capturada, y la alegría del faraón, por los males inminentes, sea quitada: o ciertamente para ser capturada, y que se duela más por sus propias miserias que se alegre por el cautiverio de otros. Y mientras tanto, echando brevemente algunos fundamentos de la historia, recorramos lo que los hebreos entienden sobre este lugar. El faraón es comparado con un león, no de una sola nación, sino de muchas naciones; o con un dragón en el mar, para poseer la tierra y las aguas que, por la irrigación de los ríos, se elevaba en soberbia, lo que se llama cuerno, y con la multitud de su ejército, podía turbar todas las aguas: por eso dice que extenderá su red sobre su multitud, y lo sacará con su red o anzuelo, y lo arrojará, o lo extenderá sobre la tierra, que como una serpiente estaba envuelto en muchas espiras, para que sea devorado por todas las aves del cielo. Y cuando no solo las aves, sino todas las bestias de la tierra lo hayan desgarrado, las carnes restantes llenarán los montes y los valles y los

campos, de modo que todo estará lleno de gusanos. Esto lo dice por metáfora, para que después de que las aves del cielo y las bestias se hayan saciado de sus carnes, es decir, su ejército, y toda la multitud restante se convierta en gusanos y podredumbre. Entonces, dice, los cielos se cubrirán de tinieblas: el sol, la luna y los demás astros no darán su luz, sino que todo se oscurecerá sobre ti: nada te será alegre, y a tu destrucción todos los pueblos y todos sus reyes temerán con gran horror al ver mi espada volar de aquí para allá y no perdonar a nadie, y en tu ruina temerán una ruina similar. Pero para que sepas qué espada es esta, escucha más claramente: La espada del rey de Babilonia vendrá sobre ti: con las espadas de los fuertes, o gigantes, derribaré toda tu multitud. Estos gigantes son naciones inexpugnables, que estaban en el ejército del rey de Babilonia. Estos devastarán o dispersarán el orgullo de Egipto, y toda su multitud: y no quedará nada en Egipto, sino que con los hombres, también los animales y las bestias serán llevados. Y habrá tal soledad en Egipto, que ni el pie del hombre, ni la pezuña del animal turbarán sus aguas, sino que todo estará en calma: y las aguas de sus ríos fluirán como aceite, purísimas y brillantes, sin que nadie pase por ellas, ni turbe sus corrientes. Esto sucederá por la soledad de Egipto, que será reducida a desierto de toda su multitud: cuando el Señor haya golpeado a sus habitantes, para que los que queden sepan que él es el Señor. Por eso es el lamento del faraón, y lo lamentarán las hijas de las naciones a su alrededor. No solo sobre él, sino también sobre su multitud, que, al ser devastada por el Señor, ha sido destruida. Esto es suficiente para haber dicho rápidamente sobre la simple letra, pasemos a la comprensión espiritual. Y no creo que sea necesario esforzarse mucho por saber quién es el faraón, rey de Egipto, ya que hemos dicho más plenamente antes, es decir, aquel poder al que se le ha confiado Egipto; ya sea una provincia, o Egipto de todo el mundo, que no fue creado como un león, sino que por su propio vicio se asemejó al león de las naciones. Porque el hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13). De este león también habla Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). Y en el noveno salmo (Vers. 9) está escrito: Acecha en lo oculto como león en su cueva; acecha para atrapar al pobre. Y en Jeremías, el Espíritu Santo dice: El león de la selva los ha herido (Jer. V, 6). Que el diablo sea llamado dragón (para el cual Aquila interpretó Leviatán, exponiendo el nombre del dragón) según la explicación anterior, lo he demostrado con muchos testimonios, quien dijo: Míos son los ríos y yo los hice. Este dragón, pues, agitaba con sus ríos como cuernos a muchas naciones: que podemos entender sobre Marción, Valentino, Arrio, Eunomio, y otros príncipes de herejías, que imitan a los hombres eclesiásticos, diciendo al Señor Salvador: En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal. XLIII, 6): y no ventilan para la salvación, para elevar de la tierra al cielo, sino para arrojar al abismo. Finalmente, sigue: Y turbabas las aguas con tus pies; según aquello del Apóstol: Pero el que os perturba llevará el juicio (Gál. V, 10). Porque no quiere beber las aguas de Siloé, que van con silencio (Isa. VIII), sino las aguas de Egipto turbias y fangosas, que antes de ser pisoteadas por los pies del dragón, eran puras, y fluían en su orden: pero después de ser turbadas por sus pies, perdieron el orden de su curso. Porque los herejes no usan los testimonios de las Escrituras coherentes entre sí, sino que lo perturban todo. Y porque él mismo es el enemigo y vengador, no solo el dragón egipcio turba las aguas ajenas con sus pies, sino que pisotea sus propios ríos, para no perdonar a aquellos que una vez ha reducido a su poder. Lo que el justo desea evitar, ora: No venga a mí el pie de la soberbia (Sal. XXXV, 12). Y en otro lugar, pisoteado, pide no ser pisoteado de nuevo: Ten piedad de mí, Señor, porque el hombre me ha pisoteado (Sal. LV, 1). El enemigo, sin embargo, es el hombre diablo, del cual otro salmo habla: Para que el hombre no se engrandezca más sobre la tierra. Por eso, así dice el Señor Dios: Extenderé sobre ti mi red, en medio de muchos pueblos (Sal. IX, 18). La red del Señor, tejida con la razón del Antiguo y Nuevo Testamento, se lanza sobre el dragón, que habita en la multitud de pueblos, y siempre

se deleita en las multitudes y la multitud de pueblos: para sacarlo con su red o con su anzuelo. Esta es la red que se lanza al mar de este siglo, y saca muchos peces, unos para ser elegidos, y otros para ser desechados (Mat. XIII). O este es el anzuelo, del cual está escrito en Job: ¿Sacarás al dragón con un anzuelo, y rodearás con un lazo sus narices? (Job XL, 19); para el cual Aquila interpretó: ¿Sacarás a Leviatán con un anzuelo, y atarás su lengua con cuerdas? El dragón, o Leviatán, es sacado del mar con el anzuelo o la red del Señor, para ser arrojado, o extendido sobre la tierra, y todas sus espiras, con las que ocultaba sus insidias, sean abiertas y expuestas al público, y arrojadas a la tierra, y yacerá quien había puesto su boca en el cielo, y se jactaba de ser semejante al Altísimo. De donde sigue: Y haré que habiten, o se sienten sobre ti todas las aves del cielo y saciaré de ti a las bestias de toda la tierra, según lo que está escrito: Lo diste como alimento a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14). Que se llaman aves, o bestias de la tierra (Mat. XIII; Luc. VIII). Aves, que como dijimos, arrebatan la semilla junto al camino. Bestias de la tierra, feroces por los vicios, lo que puede referirse a los herejes y gentiles. Lo que sigue: Y daré tus carnes sobre los montes, y llenaré tus colinas con tu podredumbre; o, llenaré los valles con tu sangre, tiene este sentido: que entendamos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra como los pueblos engañados, y la crueldad de los gentiles, pero los montes se refieren a los príncipes de las herejías, como fue Valentino y Marción, y las colinas a sus sucesores que se sacian de la podredumbre del dragón; o los valles, que se llenan de la sangre del dragón, a los inferiores de los creyentes. O ciertamente los montes a las potestades adversarias, que corren en el aire, y los valles, que penetran en el infierno, y están sujetas a castigos eternos. Por lo que se dice: Y regaré la tierra con el hedor [Al. poedore] de tu sangre sobre los montes, o, la tierra será regada con tus excrementos sobre los montes, y los valles se llenarán de ti, significa que todo orgullo y arrogancia de los herejes no se llenará de sangre vital y pura, sino de sangre podrida y fétida, según lo que está escrito: Ponlos como estiércol de la tierra (Sal. LXXXII, 11). De lo cual el santo es liberado por el Señor: Que levanta del polvo al pobre, y del estiércol alza al necesitado. Para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo (Sal. CXII, 7, 8). Los valles, sin embargo, deprimidos en lo más bajo, como dijimos antes, o significan el infierno, o el humilde sentido de los herejes que hacen todo por placer y riquezas terrenales. Lo que se añade: Y cuando hayas sido extinguido, cubriré el cielo, y haré que sus estrellas se oscurezcan: cubriré el sol con una nube y la luna no dará su luz, haré que todos los astros del cielo se entristezcan, o se oscurezcan sobre ti, y daré tinieblas sobre tu tierra, dice el Señor Dios, si seguimos la letra, no puede entenderse en absoluto. ¿Cuándo, pues, al ser muerto el faraón, o el dragón, el sol, la luna y las estrellas no dieron su luz, y el cielo fue cubierto de tinieblas, según aquello poético (Virgilio, I Georg.):Y las impías edades temieron la noche eterna?Por lo tanto, esto debe decirse, que al ser extinguido el faraón, que se transfiguraba en ángel de luz, de quien en otro lugar está escrito: La luz de los impíos se extinguirá (Job XVIII), el cielo o los cielos serán cubiertos de tinieblas. De los cuales también Pablo habla: Y las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12). Y el Señor hará que sus estrellas, o del dragón, o del cielo, se oscurezcan. Sobre lo cual también Judas el Apóstol escribe: Estrellas errantes, a las cuales está reservada la oscuridad de las tinieblas para siempre (Judas XIII). El sol también será cubierto con una nube, el sol de la iniquidad, que es contrario al sol de justicia, con una nube, o el mismo Señor Salvador, que descendió a Egipto sobre una nube ligera (Isa. XIX), no gravada por el peso de los pecados, o los profetas y apóstoles, de los cuales leemos: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Isa. V, 6). Y en los Salmos: Tu verdad hasta las nubes (Sal. XXXV, 6). Pero cuando el sol de la iniquidad haya sido oscurecido, la luna que entendemos como la Iglesia de los herejes, y que se pensaba que recibía luz del sol de la iniquidad, no dará su luz, ni engañará a los creyentes con la ciencia de falso nombre. También todos los astros y cualquier cosa que parezca ser doctrina en los herejes, al ser extinguido el dragón, se secará, o se entristecerán, al perder a su príncipe, de modo que el

mismo Señor cubrirá la tierra de los herejes con tinieblas, es decir, con la ignorancia de la verdad, para que los ciegos guíen a los ciegos al hoyo, y los habitantes de la tierra sean enviados a las tinieblas exteriores, donde hay llanto y crujir de dientes. Después de esto se dice: Y agitaré el corazón de muchos pueblos, cuando traiga tu destrucción, o cautiverio, entre las naciones sobre la tierra que no conoces, para que los que antes servían al faraón, se enojen contra él, viendo su cautiverio llevado a otra tierra, que el dragón no conocía que existía. Y no debemos dudar de que sean buenas tierras, que el faraón no conozca, es decir, cuando el cautiverio del faraón se cambia por otro cautiverio, del cual se dice al Salvador: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad: recibió (o, según el Apóstol (Efes. IV, 8), dio) dones a los hombres (Sal. LXVII, 19). Y haré que se asombren sobre ti muchos pueblos, para que los que antes admiraban el poder del faraón, después lo admiren por haber caído de su cumbre. También los reyes de los pueblos temerán con gran horror sobre él, cuyos reinos el diablo mostró al Señor, y de los cuales en el salmo se dice: Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno (Sal. II, 2). Esto sucederá cuando comience a volar la espada del Señor sobre sus rostros, se entiende de los reyes, o de los pueblos. La espada del Señor debe entenderse como la palabra viva de Dios, y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, que vuela y corre y deslumbra los ojos de los que la ven y aterroriza sus rostros, para que asombrados sobre la ruina del faraón, se vean a sí mismos derribados en él. Y la espada del Señor, de la cual está escrito: He aquí, este está puesto para caída y resurrección de muchos (Luc. II, 34), levanta a los caídos, y a los mal erigidos, los cambia con humildad. Pero la espada del rey de Babilonia vendrá sobre el dragón egipcio, para que con las espadas de los fuertes, o gigantes, el Señor derribe toda su multitud, que seguía al rey de Egipto. Inexpugnables, dice, o pestilentes de las naciones todos estos, para que los malos sean entregados para ser castigados por los peores, de los cuales está escrito: Envío por ángeles malos (Sal. LXXVII, 49). Y el Apóstol: A quienes entregué, dice, a Satanás, para que aprendan a no blasfemar, o para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Tim. I, 20). Pero cuando por ministros de este tipo haya sido derribada la soberbia de Egipto, y su multitud haya sido dispersada, todos sus animales que estaban sobre muchas aguas serán destruidos, y no las turbará más el pie del hombre. Porque bienaventurado el que siembra sobre las aguas, donde el buey y el asno pisan (Isa. XXXII): por el contrario, infeliz el que no podrá retener a los simples con su error, de modo que el pie del hombre no pise en ellas, para que ni siquiera el signo de sabiduría y razón las aguas de Egipto parezcan tener en sí. Tampoco la pezuña de los animales las turbará, para que de limpísimas y brillantes las haga turbias y fangosas. Entonces las aguas serán devueltas no por otro, sino por el mismo Señor, purísimas, que habían sido turbadas por el dominio del dragón: de modo que sus ríos fluyan como aceite, y sean el alimento de la verdadera luz. Esto sucederá cuando el Señor haya dejado la tierra de Egipto desolada, y haya destruido su multitud, y todos sus habitantes hayan sido golpeados, para que con este progreso puedan saber que él es el Señor. Lo que se añade: Es un lamento, y lo lamentarán las hijas de las naciones sobre Egipto, y sobre su multitud lo lamentarán, dice el Señor Dios, es evidente que las almas de todas las naciones, que antes habían sido oprimidas o de aquellas naciones que no moraban en Egipto, sino en la región de los vivientes, lloran al dragón muerto, y toda su multitud: no con esperanza de salvación, sino porque de tan gran poder por su vicio y soberbia ha sido derribado a castigos eternos.

(Vers. 17, seq.) «Y sucedió en el año duodécimo, en el día quince del mes, que vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, entona un canto fúnebre sobre la multitud de Egipto, y arrástrala a ella misma, y a las hijas de las naciones poderosas a la tierra más baja, con aquellos que descienden al abismo. ¿Qué más hermosa eres? Desciende y duerme con los

incircuncisos. Caerán en medio de los muertos a espada: se ha dado la espada: la han atraído, y todos sus pueblos. Hablarán a ella los más poderosos de los fuertes desde el medio del infierno, que con sus ayudantes descendieron, y durmieron con los incircuncisos, muertos a espada. Allí Asur y toda su multitud, alrededor de su sepulcro, todos muertos, y que cayeron a espada, cuyos sepulcros fueron dados en los confines del abismo: y su multitud fue puesta alrededor de su sepulcro, todos muertos y cayendo a espada, que alguna vez infundieron temor en la tierra de los vivientes. Allí Elam y toda su multitud alrededor de su sepulcro: todos estos muertos y cayendo a espada, que descendieron incircuncisos a la tierra más baja: que pusieron su terror en la tierra de los vivientes: y llevaron su ignominia con aquellos que descienden al abismo. En medio de los muertos pusieron su lecho en todos sus pueblos: alrededor de él su sepulcro. Todos estos incircuncisos, muertos a espada. Porque infundieron su terror en la tierra de los vivientes, y llevaron su ignominia con aquellos que descienden al abismo: en medio de los muertos fueron puestos. Allí Mesec y Tubal, y toda su multitud alrededor de su sepulcro. Todos estos incircuncisos, muertos y cayendo a espada, que infundieron su temor en la tierra de los vivientes. Y no dormirán con los fuertes, cayendo, y los incircuncisos, que descendieron al infierno con sus armas, y pusieron sus espadas bajo sus cabezas: y sus iniquidades estuvieron en sus huesos, porque se hicieron terror de los fuertes en la tierra de los vivientes. Y tú, por tanto, serás quebrantado en medio de los incircuncisos, y dormirás con los muertos a espada. Allí Edom, y sus reyes, y todos sus príncipes que fueron dados con su ejército con los muertos a espada, y que durmieron con los incircuncisos, y con aquellos que descienden al abismo. Allí todos los príncipes del norte: y todos los sidonios (o cazadores) que fueron llevados con los muertos temblando, y en su fortaleza confundidos, porque durmieron incircuncisos con los muertos a espada, y llevaron su confusión con aquellos que descienden al abismo. Los vio Faraón, y se consoló sobre toda su multitud, que fue muerta a espada, Faraón, y todo su ejército, dice el Señor Dios. Porque puse mi terror en la tierra de los vivientes, y durmió en medio de los incircuncisos con los muertos a espada, Faraón y toda su multitud, dice el Señor Dios.» En este lugar, la edición de los Setenta intérpretes difiere mucho, tanto en orden como en traducción, y algunas cosas de Teodoción han sido añadidas. Por lo cual hemos tenido que ponerla también, sin escatimar en longitud, y sirviendo a la diligencia del lector estudioso.

LXX. Y sucedió en el año duodécimo, en el día quince del mes: la palabra del Señor vino a mí, diciendo: Hijo de hombre, llora por la multitud de Egipto, y las naciones llevarán a sus hijas muertas a las profundidades de la tierra, a aquellos que descienden al pozo (Además, bajo asteriscos se añadió: + Desciende del agua más hermosa; + y duerme con los incircuncisos ** Nuevamente el orden sigue): En medio de los heridos por la espada caerán con él, y dormirá toda su fortaleza, y los gigantes te dirán, en lo profundo del pozo, desciende, ¿qué mejor eres?, desciende, y duerme con los incircuncisos en medio de los heridos por la espada. Allí Asur, y toda su congregación. (Lo que sigue: ÷ Todos los heridos allí fueron dados, ÷ y su sepulcro en lo profundo del pozo, ÷ y se hizo su congregación ** no se encuentra en el Hebreo, pero fue añadido por los Setenta. Nuevamente se dice): Alrededor de su sepulcro todos los heridos que cayeron por la espada. (Y nuevamente de la Edición de Teodoción bajo asteriscos se añadió: + Quienes dieron sus sepulcros en los lados del pozo; + y se hizo la congregación alrededor de su sepulcro. + Todos estos heridos, y cayendo por la espada. Después de lo cual los Setenta pusieron): Quienes dieron su temor en la tierra de los vivos. Allí Elam, y toda su fortaleza alrededor de su sepulcro, todos heridos, y cayendo por la espada: y quienes descienden incircuncisos a las profundidades de la tierra, quienes dieron su terror en la tierra de los vivos, y recibieron su tormento con aquellos que descienden al pozo en medio de los heridos. Allí fueron dados Mosoc, y Tubal, y toda su fortaleza alrededor de

su sepulcro, todos sus heridos, todos incircuncisos, y heridos por la espada, quienes dieron su terror sobre la tierra de los vivos, y no durmieron con los gigantes que cayeron desde la eternidad: quienes descendieron al infierno con las armas que usaban para la guerra, y pusieron sus espadas bajo sus cabezas, y sus iniquidades se hicieron en sus huesos, porque aterrorizaron a los gigantes en su vida. Y tú en medio de los incircuncisos serás destruido, y dormirás con los heridos por la espada. Allí Edom, y sus reyes, y todos los príncipes de Asur, quienes dieron su fortaleza en la herida de la espada: estos durmieron con los heridos con aquellos que descendieron al pozo. Allí todos los príncipes del Norte, todos los magistrados de Asur, quienes descendieron heridos con su terror, y en su fortaleza confundidos durmieron incircuncisos con los heridos por la espada, y llevaron su tormento con los que descienden al pozo. Faraón los verá, y tomará consuelo sobre toda su fortaleza: heridos por la espada Faraón, y toda su fortaleza, dice el Señor Dios. Porque di su temor sobre la tierra de los vivos, y dormirá en medio de los incircuncisos con los heridos por la espada, Faraón y toda su multitud, dice el Señor Dios. No ignoro que tanta discrepancia entre las dos ediciones será fastidiosa para el lector delicado. Pero, ¿qué haré con mis calumniadores, quienes si quito algo de la traducción de los setenta intérpretes, me gritan sacrílego y sin temor del Señor, especialmente aquellos que, aunque discrepan en la verdad de la fe, y siguen los errores de los maniqueos, conmueven las almas de los ignorantes, si pueden mostrar algo cambiado de la antigua costumbre, deseando errar más libremente que aprender algo verdadero de un rival? Y mientras tanto, según la historia, el sentido es manifiesto. En el mismo año duodécimo, y en el mismo, como creemos, mes, pero no en el mismo, como arriba, mes, sino en el día quince, no se asume el lamento sobre Faraón, sino sobre la fortaleza, o multitud de Egipto, que es llevada de su soberbia con todas sus hijas, o de las naciones robustas a la tierra última, es decir, a las profundidades del infierno, y se dice al rey de Egipto: ¿Qué mejor eres, para merecer escapar de la muerte? Pues cuando Asur, y Elam, es decir, los persas, y Mosoc, que se interpretan como capadocios, y Tubal, que algunos quieren entender como íberos, otros como italianos: también los idumeos y los príncipes del Norte, y los sidonios con todos sus ejércitos, cuya ayuda ofreció horror a todas las naciones, han muerto, y han sido asesinados por la espada, y han puesto sus espadas bajo sus cabezas, lo cual debe ser tomado de manera más enfática, ¿tú solo podrás no soportar lo mismo? Más bien, cuando veas tanta multitud durmiendo contigo en el infierno, y tu sepulcro rodeado por las memorias de los príncipes más fuertes de antaño, tendrás consuelo, considerando los tormentos más leves por la compañía de muchos. Esto basta por ahora para haber dicho brevemente según el sentido simple. Ahora, con la misma brevedad, en cuanto la dificultad de la explicación lo permita, tomemos lo más alto de la inteligencia espiritual. Arriba, en un día del mes, la palabra del Señor vino al Profeta: aquí en el día quince. En el primero de ellos, es decir, en las calendas, es el comienzo del mes: en el día quince, cuando todo el orbe de la luna se llena, y si es el primer mes, es el primer día de los ázimos; pero si es el séptimo, de las cabañas, cuando se levantan las tiendas (que son las solemnidades más importantes entre los hebreos). Se hace el lamento sobre la fortaleza de Egipto, para que deje de ser fuerte en el mal: y reciba la debilidad, y cuando sea más débil, entonces sea más fuerte. Por fortaleza de Egipto, en hebreo tiene multitud. Porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte, y muchos entran por ella (Mat. VII, 13): como por el contrario se dice a Israel: Pero vosotros sois pocos entre todas las naciones (Deut. XXVIII): porque siempre la virtud es rara, y estrecha y angosta es la vía que lleva a la vida, y pocos son los que entran por ella. Pero que Egipto es llorado, y sus hijas muertas, según los setenta, o de las naciones robustas son llevadas a la tierra última en el lago, o en el pozo profundísimo, se significan las almas que habitan en Egipto de este siglo que han perdido a aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6): y muertas por los pecados, por el peso de ellos son llevadas al infierno, diciendo el pecador: Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada se han agravado

sobre mí (Sal. XXXVII, 5). Estas son de las que está escrito en otro lugar: Entrarán en las partes inferiores de la tierra, serán entregadas en manos de la espada, serán parte de los zorros (Sal. LXII, 10). Porque quien cava un pozo, caerá en él (Ecli. XXVII, 29; Sal. VII, 16). Por lo cual también leemos: Abrió un pozo, y lo cavó, y cayó en el pozo que hizo. Y lo que sigue: ¿Qué más hermoso eres, desciende, y duerme con los incircuncisos, propiamente se dirige la palabra a Faraón rey de Egipto, o como en los setenta de Teodoción se añadió, a la misma Egipto: Desciende del agua más hermosa, y duerme con los incircuncisos. Lo cual se refiere especialmente a aquel que renacido en el bautismo de Cristo, y oyendo con la Iglesia: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? (Cant. VIII, 5), después manchado por fornicación, o por otros vicios, es expulsado de la Iglesia, y se le dice: Desciende del agua más hermosa, y duerme con los incircuncisos, es decir, con los inmundos, según aquel sentido que pone el Apóstol: Nosotros somos la circuncisión (Filip. III, 3), que servimos a Dios en espíritu, y nos gloriamos en el Señor, y no confiamos en la carne. Todos estos en medio de los heridos, o asesinados caerán con Faraón, por aquella espada que el Señor vino a traer sobre la tierra. Porque así como la espada de Cristo separa a los buenos de los malos, diciendo: No he venido a traer paz sobre la tierra, sino espada (Mat. X, 34): así la espada de los herejes corta a todos los pueblos, y lleva a los heridos al infierno. Estos son los gigantes poderosísimos, y rebeldes, y que ponen en alto su boca, y cuanto más por soberbia se elevan a las alturas, tanto más son llevados a lo profundo del pozo, y al último del infierno, que todos fueron asesinados por la espada. Y para que supiera Faraón, o toda la fortaleza de Egipto, que fue llevada al infierno, con quienes tendría en las penas compañeros, el siguiente discurso lo demuestra: Allí Asur, y toda su multitud, o sinagoga. Porque el príncipe de los herejes es el diablo, cuya congregación verdaderamente es sinagoga, de la cual en el Apocalipsis se dice: Que son sinagoga de Satanás (Apoc. II, 9). Los siguientes versículos, que están marcados con obelo, creo que deben ser pasados por alto, y decir lo que se encuentra en el Hebreo: Alrededor de él, sus sepulcros, a saber, de los engañados por él. Todos los cuales fueron heridos, o asesinados por la espada, y por eso cayeron, cuyos sepulcros fueron dados en los últimos del pozo. Que el pozo se llame infierno, claramente lo demuestra aquel salmo, en el que el penitente habla: Me asemejé a los que descienden al pozo (Sal. XXVII, 1). Que no debemos entenderlo según la propiedad del lenguaje latino como lo que en griego se llama λίμνη, como es el lago de Tiberíades, y el lago Lario, y Benaco, y muchos otros, sino lo que solemos llamar cisternas. Estos pozos, porque refrescan las aguas, y quitan de ellos todo calor del espíritu, los pecadores y todos los herejes los cavan, y en cuanto está en mi memoria, ninguna escritura testifica que los santos hayan cavado un pozo, es decir, una cisterna; pero todos los pecadores, de los cuales fue Ozías rey leproso y que por su soberbia cayó, de quien se escribe que fue un hombre dedicado a las obras de la tierra, y construyó muchas torres de soberbia en los ángulos, y cavó pozos (II Par. XXVI). Por el contrario, al justo se le dice: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos (Prov. V, 15). Y nuevamente: Que tu fuente de agua sea propia. Por lo cual también el Señor habla: Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron cisternas, es decir, cisternas, que no pueden contener agua (Jer. III, 13). Sigue: Y se hizo su multitud alrededor de su sepulcro. Todos estos rodean al asirio, y es su multitud muy grande, que todos fueron heridos y asesinados, y cayendo por la espada. Ninguno de ellos puede estar con Moisés, ni oír: Los que están en la casa del Señor (Sal. CXXXIV, 2); pero todos fueron heridos y asesinados, y cayendo que una vez dieron temor en la tierra de los vivos, temor a aquellos que estaban al frente de las iglesias, para que no hicieran a los pueblos de los muertos en la tierra de los vivos, y engañaran a los simples. Por lo cual también Pablo decía: Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su malicia, así se corrompan vuestros sentidos de la simplicidad que está en Cristo (II Cor. XI, 3). Pero este temor se mitiga con la esperanza del Señor, diciendo el hombre eclesiástico: El Señor es mi luz, y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién

temeré? (Sal. XXVI, 1, 2). Después de esto se dice: Allí Elam [Al. Asur], y toda su multitud alrededor de su sepulcro, sin duda alguna los asirios. Elam se traduce en nuestra lengua, su ascenso. Todos los que, despreciando la humildad de Cristo, ascendieron a la soberbia del diablo, y se estimaron ser algo en la ciencia del falso nombre, deben ser llamados elamitas, quienes rodean el sepulcro del rey asirio, y fueron asesinados y heridos por la espada. Y aunque pusieron en alto su boca, sin embargo descendieron inmundos, e incircuncisos a la tierra última, para que cuanto más alto fueron elevados, tanto más fuerte cayeran. Estos pusieron su terror no una vez, sino dos veces en la tierra de los vivos. Porque, ¿quién de los eclesiásticos está seguro del terror de estos elamitas, y no ha perdido a alguno de su rebaño? Y la Iglesia de Cristo se llama bellamente tierra de los vivos, para que por el contrario los conciliábulos de los herejes se crean tierra de los muertos. Y llevaron, dice, su ignominia, o su tormento con aquellos, a quienes llevaron consigo al pozo, y a las profundidades del infierno: cuyo lecho está en medio de los asesinados: a saber, de aquellos a quienes degollaron con su espada, y están rodeados por pueblos de este tipo. Estos pueblos son los pueblos del rey asirio, y aunque se jacten de ser circuncisos: sin embargo, son incircuncisos y asesinados por la espada, y por tercera vez dieron terror y miedo en la tierra de los vivos. Por lo cual llevaron su tormento y castigo en medio de aquellos, a quienes engañaron con sus fraudes. Allí también está, es decir, junto al asirio Mosoc, y Tubal, y toda su multitud alrededor de su sepulcro: todos incircuncisos asesinados, y cayendo por la espada, quienes dieron su terror en la tierra de los vivos. Por Mosoc y Tubal, Símaco y Teodoción interpretaron su lecho, para mostrar que los lechos de los herejes, más bien fosas eternas, son los suplicios del rey asirio. Mosoc se interpreta como locura: Tubal, conversión, no en bien del mal, sino de bien en mal; o en general, para ofender a todos los herejes que enloquecen, y con igual empeño se convierten a lo peor (Rom. XII). Y no es de extrañar si enloquecidos, y amontonados en el mal tienen multitud, siendo compañeros del rey de Egipto, quien se regocija en la multitud. Todos estos fueron asesinados por la espada quienes dieron su terror, no una vez, ni dos veces, sino tres veces en la tierra de los vivos, de los cuales hemos hablado más extensamente arriba. Sigue: Y no dormirán con los fuertes, o gigantes cayendo, y no circuncisos, quienes descendieron al infierno con sus armas: y pusieron sus espadas bajo sus cabezas; y sus iniquidades fueron en sus huesos; porque fueron terror de los fuertes en la tierra de los vivos. Estos, dice, que fueron príncipes de los herejes, llegaron a tal cúspide de malicia y tormento, que ni siquiera con los fuertes y gigantes, que cayeron desde el principio, merecen sufrir castigos similares. Quienes, sin arrepentirse de sus actos de error, descendieron al infierno con sus armas, rebeldes contra Dios, y su Iglesia; llevando consigo armas, de las cuales está escrito: Los hijos de los hombres sus dientes son armas y flechas (Sal. LVI, 5); y pusieron, dice, sus espadas bajo sus cabezas, descansando en el ánimo rebelde; y por la suma victoria, abrazando los dardos de sus sentencias: tanto que sus iniquidades fueron en sus huesos, es decir, poseyendo los más fuertes fundamentos, y los dogmas de su error. Porque fueron terror de los fuertes en su vida, o en la tierra de los vivos. Lo que se dice por cuarta vez, para que aterrorizaran a los más fuertes, y a los que tenían conocimiento de las Escrituras, y que eran de la región de los vivos, con su perversidad, mientras descienden al infierno con sus armas, y ponen sus espadas bajo sus cabezas, y sus iniquidades llegan hasta los huesos. Después de esto está escrito: Y tú también serás destruido en medio de los incircuncisos (Rom. XVI, 20), lo cual se dice ya sea a Faraón, o a la fortaleza, o multitud de Egipto, y que ella misma sea destruida, según lo que está escrito: Pero Dios aplastará a Satanás bajo vuestros pies rápidamente. Y dormirás, dice, con los asesinados por la espada, en un sueño perpetuo. Allí con el asirio, y con la multitud egipcia estará Edom, y sus reyes, todos los que sirvieron a las obras terrenales, o se deleitaron en la sangre. Porque Edom, y suena terrenal, y sanguinario. Todos los reyes y todos los príncipes de los cuales el Apóstol habla frecuentemente (Filip. III), dedicados a las obras terrenales, y

derramando diariamente la sangre de aquellos a quienes engañaron con su fraude, durmieron con los incircuncisos e inmundos, y con aquellos que descendieron al pozo, de los cuales hemos hablado arriba. En la misma compañía estarán, y los príncipes del Norte, de donde se encienden los males sobre la tierra. Y de donde ya sea en Jeremías (Jer. I), o en este mismo profeta (Supra XXII), se enciende aquella olla llena de carnes y huesos. Y no solo los príncipes del Norte, sino todos los magistrados de Asur, por lo cual en el Hebreo más verdaderamente se ha puesto, todos los sidonios, que nosotros hemos traducido como cazadores, según lo que está escrito: Nuestra alma como un pájaro escapó del lazo de los cazadores (Sal. CXXIII, 7), por lo cual en el Hebreo se ha puesto, de los sidonios. Estos sidonios, o cazadores, serán llevados al infierno temblando, confiando una vez en su fortaleza, y dormirán inmundos, y llevarán su confusión o tormento, teniendo el arrepentimiento eterno de una mala conciencia: de modo que su fuego no se apague (Isa. LXVI), y su gusano no muera (Mar. IX). Todos estos cuando Faraón los vea, se consolará, ya sea teniendo aún su antigua malicia, y viendo que tiene muchos compañeros de su pena, o ciertamente se consoló, viendo también a aquellos confundirse en sus suplicios y terrores sobre toda su multitud que fue asesinada por la espada, a saber, de Faraón, o de todos sus compañeros, especialmente del rey asirio, y Mosoc y Tubal y los idumeos, y los príncipes del Norte, y los sidonios. Porque estos dieron su terror en la tierra de los vivos. Lo que se dice por quinta vez, para que debamos evitar y huir de todas estas naciones, que nos han engañado con todos sus sentidos, y saber que son horribles, y no pueden ser fácilmente evitadas, a menos que con toda custodia guardemos nuestro corazón. Durmió, dice, y también Faraón con sus compañeros asesinados por la espada, que sus compañeros, su multitud son, por el camino ancho, y espacioso que lleva a los castigos eternos.

(Cap. XXXIII.---Vers. 1 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo, y diles: Cuando traiga la espada sobre una tierra, y el pueblo de la tierra tome a un hombre de entre ellos, y lo ponga como centinela; y él vea venir la espada sobre la tierra, y toque la trompeta, y avise al pueblo. Si alguien oye el sonido de la trompeta y no se cuida, y viene la espada y lo toma, su sangre será sobre su propia cabeza. Oyó el sonido de la trompeta y no se cuidó, su sangre será sobre él; pero si se cuida, salvará su vida. Pero si el centinela ve venir la espada y no toca la trompeta, y el pueblo no se cuida, y viene la espada y toma a alguno de ellos, él será tomado en su iniquidad, pero demandaré su sangre de la mano del centinela. Y tú, hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel. Oirás, pues, la palabra de mi boca, y les advertirás de mi parte. Si yo digo al impío: Impío, ciertamente morirás, y tú no hablas para advertir al impío de su camino, ese impío morirá en su iniquidad, pero demandaré su sangre de tu mano. Pero si adviertes al impío para que se aparte de su camino, y él no se aparta, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás librado tu alma. Nuevamente, la palabra del Señor vino al profeta, quien había guardado silencio por un tiempo, ya que el profeta, ni la fragilidad humana, puede soportar una profecía continua e incesante; y repite lo que ya se había dicho antes. Hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y les advertirás de mi parte, diciendo al impío: Ciertamente morirás, y si no le adviertes, ni hablas para advertir al impío para que se aparte de su camino y viva, ese impío morirá en su iniquidad, y demandaré su sangre de tu mano. Pero si adviertes al impío, y él no se aparta de su iniquidad, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás librado tu alma. Si examinas cuidadosamente, verás que son similares, pero no idénticos, ya que en muchos aspectos difieren. Y esto debemos observar en todas las Escrituras sagradas, donde parece haber alguna similitud en la sentencia, no se dice lo mismo en todo: sino que se omiten o añaden muchas cosas, y se debe tener en cuenta la razón de las palabras discrepantes entre sí. Y antes de que pasemos a cosas más elevadas, se

debe explicar brevemente la sentencia. Si un centinela ha sido puesto entre los pueblos para anunciar la espada del Señor y la ira venidera, y el pueblo no quiere escuchar, el centinela será libre, y aquel que es oprimido por la espada, él mismo soportará la culpa de su sangre: pero si escucha, salvará su alma. Pero si el centinela no toca la trompeta, y el pueblo, ignorante de la espada venidera, no se cuida, el pueblo morirá en su iniquidad, pero demandaré la sangre del que muere de la mano del centinela. Y para que el profeta Ezequiel supiera que la discusión general se refería principalmente a él. Y tú, dice, hijo de hombre, no de la tierra y del pueblo de la tierra, como dije antes, sino que yo te he puesto como centinela para la casa de Israel. Si, pues, yo digo al impío: Impío, ciertamente morirás, y tú no hablas para advertirle y librarlo de la destrucción, él morirá en su iniquidad, que había cometido antes, de la cual si hubieras advertido, podría haberse librado; pero demandaré su sangre de tu mano. Pero si tú adviertes y ordenas al impío que se aparte de sus malos caminos, y él no quiere hacerlo, él morirá en su iniquidad; pero tú habrás librado tu alma de la destrucción por negligencia. De estas palabras aprendemos que un hombre, aunque sea iniquo e impío, si escucha las palabras del maestro y se arrepiente, puede ser salvado de su impiedad: y no menos el maestro corre peligro si no quiere enseñar, ya sea por temor al peligro o por desesperación del pecador: ya que es culpable de la sangre de aquel que pudo ser liberado y rescatado de la muerte, si no hubiera caído por el silencio del maestro, y en ambos casos se preserva el libre albedrío, ya que está en la voluntad del maestro callar o hablar, y en el albedrío del oyente escuchar y hacer y ser salvado, o despreciar y perecer por su propio desprecio. Ni sigue inmediatamente que porque el profeta predice, suceda lo que predijo. No predice para que suceda, sino para que no suceda: ni porque Dios hable, es necesario que ocurra lo que amenaza, sino que amenaza para que se convierta en arrepentimiento aquel a quien amenaza, y no suceda lo que ocurriría si se despreciaran las palabras del Señor. Podemos, además, discutir este pasaje de tres maneras: que la tierra que se pone un centinela, ya sea según la letra, sea la tierra de Judea, o según la inteligencia espiritual, la Iglesia, que a menudo elige un centinela de entre los últimos de su pueblo, a saber, aquel que el Apóstol escribiendo a los Corintios asume como juez (I Cor. XV), o ciertamente el alma del creyente, que pone la mente y la razón sobre el pueblo y la multitud de sus pensamientos: para que no acepte todos los incentivos de los pensamientos, sino que juzgue y discierna cuáles debe seguir y cuáles debe evitar. El centinela de la tierra de Judea puede entenderse como el rey o el profeta: pero el centinela de la Iglesia, ya sea el obispo o el presbítero, porque es elegido por el pueblo, y conociendo y previendo por la lectura de las Escrituras lo que ha de venir, lo anuncia al pueblo y corrige al delincuente. Por lo tanto, es muy temible que nos acerquemos a este oficio indignos y asumidos por el pueblo, y nos entreguemos a la negligencia y la pereza: y lo que es peor, sirviendo a los placeres, al vientre y al ocio, pensemos que hemos recibido un honor, no un ministerio. Pues el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir (Mat. XX, 28): y lavó los pies de los discípulos (Juan XIII), para mostrar que todas las suciedades y vicios deben ser lavados y purgados por los maestros en los discípulos. Ni respondamos inmediatamente, ¿de qué sirve enseñar, si el oyente no quiere hacer lo que le has enseñado? Pues cada uno es juzgado según su propia mente y oficio. Tú si no has hablado, él si ha despreciado escuchar. De los maestros negligentes habla Salomón: Sabiduría escondida y tesoro oculto, ¿qué utilidad hay en ambos? (Ecli. XX, 32). Algo similar se significa en el Evangelio (Marc. IX), que quien escandalice a uno de los pequeños de la Iglesia, le convendría que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar, que estando en la atalaya, cause daño a muchos.

(Vers. 10 seqq.) Tú, pues, hijo de hombre, di a la casa de Israel, así habéis hablado diciendo: Nuestras iniquidades y nuestros pecados están sobre nosotros, y en ellos nos consumimos, ¿cómo, pues, podremos vivir? Diles: Vivo yo, dice el Señor Dios: No quiero la muerte del

impío, sino que el impío se convierta de su camino y viva. Convertíos de vuestros malos caminos: ¿Y por qué habréis de morir, casa de Israel? Tú, pues, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no lo librará el día que peque; y la impiedad del impío no le hará daño el día que se convierta de su impiedad, y el justo no podrá vivir por su justicia el día que peque. Aunque diga al justo que ciertamente vivirá; y confiado en su justicia cometa iniquidad, todas sus justicias serán olvidadas, y en su iniquidad que ha cometido, en ella morirá. Pero si digo al impío: Ciertamente morirás; y se arrepiente de su pecado, y hace juicio y justicia, devuelve la prenda, restituye lo robado, camina en los mandamientos de la vida, y no hace ninguna injusticia, ciertamente vivirá y no morirá. Todos sus pecados que ha cometido no le serán recordados: ha hecho juicio y justicia, ciertamente vivirá: Y los hijos de tu pueblo dicen: No es recto el camino del Señor, y su camino es injusto. Cuando el justo se aparta de su justicia y comete iniquidades, morirá en ellas. Y cuando el impío se aparta de su impiedad y hace juicio y justicia, vivirá en ellas. Y decís: No es recto el camino del Señor. A cada uno según sus caminos juzgaré de vosotros, casa de Israel. Si leemos negligentemente, nos parece que es la misma profecía que antes, donde se dice: ¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor, sino que se convierta de su mal camino y viva? (Supra XVIII, 23). Y al final de esa misma profecía: Convertíos y volved de todas vuestras iniquidades, y no os serán iniquidades para tormento (Ibid., 8). Allí se habla a aquellos que quieren hacer penitencia y borrar sus pecados con justicia, para que se conviertan con confianza y hagan penitencia de todo corazón. Aquí, sin embargo, se habla a aquellos que, por la magnitud de sus pecados, o más bien de sus impiedades, desesperan de la salvación y dicen: Nuestras iniquidades y nuestros pecados están sobre nosotros, y en ellos nos consumimos: ¿cómo, pues, podremos vivir? Y el sentido es: Puesto que la muerte ya se nos ha propuesto, y ninguna medicina puede restaurar la salud a nuestras heridas, ¿qué necesidad hay de trabajar y consumirse en vano, y no pasar la vida presente con desesperación, para al menos disfrutar de esta, ya que hemos perdido la futura? A los cuales Dios responde, que no quiere la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Y hace una apóstrofe a los impíos desesperados: Convertíos de vuestros malos caminos. Y para que sepamos quiénes son los impíos a quienes habla, el siguiente discurso lo demuestra: ¿Por qué habréis de morir, casa de Israel? Pero la vida y la muerte en este lugar no significan esta por la cual todos vivimos o morimos por la ley común de la naturaleza con las bestias; sino aquella de la que está escrito: Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Sal. CXIV, 9); y, El alma que pecare, esa morirá. Y de la advertencia especial porque hablaba a la casa de Israel, pasa a la discusión general: que ni las justicias pasadas salvarán al justo si es atrapado por nuevos crímenes, ni los pecados antiguos perderán al pecador o impío si corrige los errores antiguos con obras de justicia: y que Dios no juzga lo pasado en ambos, sino lo presente. Si digo, dice, al justo: Ciertamente vivirás, y le prometo las recompensas de la justicia, y él confiado peca, todas sus justicias pasadas serán olvidadas, y morirá por su iniquidad presente: ni mi sentencia ha cambiado, ya que no puedo en el mismo hombre pecador dar lo que prometí al justo. Por el contrario, si al pecador e impío le he amenazado y dicho: Aún tres días, y Nínive será destruida; y él hace penitencia, y con buenas obras corrige el error antiguo, de modo que hace juicio y justicia, devuelve la prenda, restituye lo robado, camina en los mandamientos de la vida, y no hace ninguna injusticia: ¿no debe vivir la vida, que es Cristo, y no morir, ya que la amenaza al pecador no debe castigar al justo? Algo así dice el discurso divino a Jeremías cuando desciende a la casa del alfarero, y escucha que las promesas o amenazas de Dios tienen el propósito de provocar a los hombres a la salvación o disuadirlos del pecado (Jerem. XVIII). Por lo tanto, quienes dicen: No es recto el camino del Señor, son reprendidos porque su sentencia es injusta, teniendo un ojo malo, y juzgando no lo nuevo, sino lo antiguo. A todos estos se les demuestra que ni el pecador debe desesperar de la salvación si hace penitencia, ni el justo confiar en su justicia si pierde negligentemente lo que había adquirido con gran esfuerzo. Pasamos por lo

manifiesto para detenernos en lo más oscuro, y en lo que esta profecía presente difiere de la pasada, y en lo que habla de lo similar, la comparación de ambas podrá indicarlo. Además, qué significa hacer juicio y justicia, devolver la prenda, restituir lo robado, caminar en los mandamientos de la vida y demás, lo hemos dicho antes en este mismo profeta.

(Vers. 21, 22.) Y sucedió en el duodécimo año, en el décimo mes, el quinto día del mes de nuestra transmigración (o cautividad): vino a mí el que había huido (o el que había sido salvado) de Jerusalén, diciendo: La ciudad ha sido destruida (o capturada). Pero la mano del Señor había sido sobre mí la tarde antes de que viniera el que había huido: y abrió mi boca hasta que vino a mí por la mañana, y con mi boca abierta no guardé silencio más. En el undécimo año del reinado de Sedequías, en el quinto mes, fue capturada la ciudad de Jerusalén. Pero esta profecía, en el duodécimo año, en el décimo mes, el quinto día del mes de la cautividad, o transmigración, cuando fue capturado Jeconías [Al. con Jeconías]. De lo cual se muestra que, después de un año y cuatro meses, y veinticinco días, capturada Jerusalén, vino a Babilonia uno de los ciudadanos de Jerusalén, que anunciara que la ciudad había sido capturada y destruida. Pero un día antes de que viniera el que contara esto, por la tarde, la mano del Señor fue sobre el profeta Ezequiel, que abrió su boca que había estado cerrada por mucho tiempo, y lo que iba a decir, él lo repitió antes: y no guardó silencio más, viendo su profecía cumplida en obra, y para que el pueblo que estaba en Babilonia, o los que habían sido capturados, no dudaran de la profecía. Entonces se abre la boca del profeta, cuando lo que había anunciado antes, lo muestra cumplido en obra: y proclama con toda libertad, quien ya no muestra lo futuro, sino lo presente o lo pasado. Esto según la letra. Pero según la anagogía, si Ezequiel se interpreta como la fortaleza de Dios: pero Cristo es el poder de Dios, y la sabiduría (I Cor. I, 24), esto debe entenderse, que capturada Jerusalén y destruida, cualquiera que pueda escapar de la perfidia de los judíos, como fueron los apóstoles, y las reliquias que fueron salvadas, él mismo anuncia a Cristo que todas las ceremonias de los judíos han sido destruidas, que algunos hasta hoy creen que deben observarse, no escuchando aquello del Apóstol: De la gracia habéis caído los que en la Ley os justificáis (Gál. V, 4). Y me maravillo de la terquedad de los hombres, que quieren defender con palabras lo que no se atreven a cumplir en obra, a menos que tal vez bajo la piel de ovejas, es decir, de cristianos, se oculten lobos judíos. ¿Qué defensor [Al. defensores y resuenan] de la sinagoga resuena en las Iglesias de Cristo? Capturada, pues, Jerusalén y destruida, se abre la boca del Señor por los apóstoles, y hombres apostólicos, que pueden decir: Mi boca está abierta a vosotros, oh corintios; y: Se me ha abierto una puerta grande y eficaz (II Cor. VI, 11). Y aquello: Abrí mi boca, y atraje el espíritu (Sal. CXVIII, 131), que nunca podrá callar, ni escuchar con Israel: Escucha, Israel, y calla: sino que resonará en todo el mundo, y el Evangelio de Cristo se extenderá [Al. se extenderá] a las naciones. Por lo cual, según este sentido, el duodécimo año se refiere a las doce tribus, y el décimo mes al tiempo de la propiciación judía, que en griego se llama ἱλασμός: y el quinto día del mes a los sentidos carnales, todo lo cual, capturada Jerusalén, y sucediendo el Evangelio, se muestra que ha sido destruido y ha pasado: y por la tarde, es decir, en la consumación del mundo, se hizo la mano del Señor al verdadero Ezequiel, que había cantado las futuras ruinas de la ciudad por los profetas, y por la mañana mostró que se habían cumplido.

(Vers. 23 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, los que habitan en estas ruinas sobre la tierra de Israel, hablando, dicen: Uno era Abraham, y poseyó la tierra; nosotros, en cambio, somos muchos, a nosotros se nos ha dado la tierra en posesión. Por tanto, diles: Así dice el Señor Dios: ¿Coméis con sangre, levantáis vuestros ojos a vuestras inmundicias y derramáis sangre, acaso poseeréis la tierra en herencia? Os habéis mantenido en vuestras espadas, habéis cometido abominaciones, y cada uno ha contaminado a la esposa

de su prójimo, ¿y poseeréis la tierra en herencia? Esto les dirás: Así dice el Señor Dios: Vivo yo, que los que habitan en ruinas caerán a espada, y los que están en el campo serán entregados a las bestias para ser devorados; y los que están en fortalezas y en cuevas morirán de peste. Y convertiré la tierra en desolación y en desierto, y se agotará su orgullosa fortaleza, y se desolarán los montes de Israel, porque no habrá quien pase por ellos. Y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya convertido su tierra en desolada y desierta, a causa de todas sus abominaciones que han cometido. Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo hablan de ti junto a los muros y en las puertas de las casas, y dicen uno al otro, hablando cada uno a su prójimo: Venid, y escuchemos cuál es la palabra que sale del Señor. Y vienen a ti, como si el pueblo se reuniera; y se sientan delante de ti, mi pueblo, y oyen tus palabras, pero no las hacen, porque las convierten en canción de su boca; y su corazón sigue su avaricia. Y eres para ellos como una canción musical que se canta con dulce y suave sonido, y oyen tus palabras, pero no las hacen, y cuando venga lo que está predicho, he aquí que viene: entonces sabrán que un profeta ha estado en medio de ellos.

Primero, es necesario saber que ocho versos más o menos desde el lugar que hemos puesto: "Coméis con sangre, y levantáis vuestros ojos a vuestras inmundicias", hasta el lugar donde está escrito: "Esto les dirás, así dice el Señor Dios", no se encuentran en los LXX, quienes junto con muchos otros, omitieron estos, o bien, interpretados por ellos, fueron gradualmente eliminados por error de los escribas. Y nuestros latinos, o más bien los cristianos envidiosos, y para decirlo más claramente, los herederos de la facción de Grunniana, ladran contra nosotros, preguntando por qué discutimos según el hebreo: como si los alimentos debieran ser forzados a quienes no los desean, y no se prepararan banquetes para aquellos que los reciben con acción de gracias. Ciertamente, si no tienen fe en nosotros, que lean otras ediciones, de Aquila, Symmachus y Theodotion; que pregunten a los hebreos de no un solo lugar, para que no se jacten de que los he redimido, sino de diversas provincias; y cuando vean que todos coinciden con mi error o ignorancia, entonces entenderán que son demasiado prudentes, y que prefieren dormir que aprender; y que habiten en las setenta celdas del Faro de Alejandría, para que no pierdan las velas de los barcos y no suspiren por la pérdida de las cuerdas. Esto contra los envidiosos: ahora discutamos lo que hemos propuesto.

Capturada, como dijimos, Jerusalén y destruido el templo, los pobres de la tierra, de los que escribe Jeremías (Jerem. XXXIX), fueron los únicos que quedaron en Jerusalén, para cultivar viñas y campos, y habitar en las ruinas de la ciudad incendiada. Y aunque debían hacer penitencia por aquello por lo que vino el cautiverio, se engañaban a sí mismos con una vana esperanza, diciendo: Uno fue nuestro padre Abraham, y sin embargo, poseyó esta tierra en herencia, no porque él mismo la poseyera, sino porque su descendencia recibió la tierra de la promesa. Si, por tanto, él, siendo uno, se multiplicó en tantos pueblos, nosotros, muchos más que hemos quedado en la tierra de Judá, y habitamos en ciudades desiertas y ruinosas, ciertamente nos multiplicaremos mucho más, para poseer más de lo que él solo poseyó. A quienes el Señor respondió: Abraham poseyó la tierra de la promesa por la fe. Porque Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 8). Pero estos, ocupados en incredulidad y crímenes, aunque sean muchos, no pueden poseerla. Y al mismo tiempo enumera lo que hacen para ofender a Dios, a saber, seis tipos de pecados. Coméis con sangre, y levantáis vuestros ojos a inmundicias, es decir, a vuestros ídolos, y derramáis sangre, es decir, cometéis homicidio: ¿acaso haciendo esto podréis retener la tierra en herencia? Ni siquiera estáis contentos con este fin de vuestros crímenes, sino que os mantenéis en vuestras espadas diariamente, listos para matar, e imitando a Esaú, que se mantuvo y vivió en su espada, cometéis abominaciones increíbles, a saber, las torpezas de la lujuria, y cada uno contamina a la esposa de su prójimo; para que sea más criminal en que ha contaminado a la

esposa de un amigo y vecino. Y cuando hacéis esto, ¿pensáis que retendréis la tierra en herencia? Responde, pues, a ellos, oh profeta, y pronuncia sobre ellos esta sentencia de mi parte. Juro por mí mismo, que los que habitan en ruinas y escombros caerán a espada: y los que están en los campos, o en el campo, serán devorados por las bestias: y los que están en murallas, o en fortalezas y cuevas, no podrán evitar la ira de Dios, sino que morirán de hambre y peste. Y daré, dice, la tierra de Judá en desolación, y se agotará su orgullosa fortaleza, que una vez fue fortaleza. Pero Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Jac. IV, 6). También los montes y todo será desolado, y vendrán a tal soledad, que nadie pasará por ellos, y entonces no confiarán en su multitud los pocos que quedaron; sino que conocerán por la magnitud de la soledad que yo soy el Señor, que di la tierra en desierto por todas las abominaciones que han cometido.

Estas palabras se dicen contra aquellos que, capturada Jerusalén y devastada toda la región de los judíos, pocos habitaban en ruinas y en ciudades y aldeas desiertas. Ahora pasemos a la tropología, y según nuestra costumbre, resumamos más bien que discutamos ampliamente. Todo hereje habita en ruinas y desiertos, y cree poseer la tierra de Israel, y dice: Si Abraham, por su fe, siendo un solo hombre, alcanzó tal bienaventuranza, que su descendencia se multiplicó como la arena del mar, y como las estrellas del cielo: ¿cuánto más nosotros, siendo muchos, poseeremos la tierra de Israel, es decir, de los que ven a Dios, y de Judá, la confesión del Señor? A quienes el Señor responde: Él poseyó la tierra por el mérito de la fe; pero vuestra infidelidad, más bien blasfemia, no podrá poseer la tierra de Israel, es decir, la Iglesia. Primero, coméis con sangre, derramando la sangre de aquellos a quienes escandalizáis. Luego, levantáis vuestros ojos a inmundicias o abominaciones vuestras, que habéis forjado en vuestro ánimo: cuando debierais imitar al hombre eclesiástico, y decir: A ti levanto mis ojos, que habitas en el cielo (Sal. CXXII, 1). Tercero, derramáis sangre, no vivificando a aquellos a quienes seducís, sino matándolos. Ni os basta con haber hecho estas tres cosas, sino que os mantenéis en vuestras espadas, es decir, perseveráis en la perversidad de vuestra sentencia, y estáis listos para matar, y cometéis abominaciones, haciendo en los lechos lo que es vergonzoso hablar, y contamináis a la esposa de vuestro prójimo, es decir, la conversación eclesiástica, apresurándoos diariamente a arrebatar a los engañados del abrazo de Cristo. Y cuando habéis hecho esto, ¿pensáis que retendréis la tierra de Israel en herencia? A quienes Dios dice, que cualquiera que habite en las ruinas de los conciliábulos de los herejes, caerá a espada eclesiástica, de la cual está escrito: Espadas de dos filos en sus manos (Sal. CXLIX, 6). Y en el Evangelio: No he venido a traer paz, sino espada (Mat. X). Y el siervo, que se entrega a la lujuria y al ocio, será dividido, es decir, será herido por la espada, y su parte será puesta con los infieles (Luc. XII). Y el que está en el campo o en el campo, será entregado a las bestias para ser devorado, de las cuales el profeta deseando evitar, suplica: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Sal. LXXIII, 19). Y el que está en fortalezas y murallas, de las cuales está escrito: El justo sube a las ciudades fuertes, y destruye las fortalezas en las que confiaban los impíos (Prov. XXI, 22); y se mueve en cuevas, de las cuales se dice: Está escrito, La casa de mi Padre será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. XXI, 33): este morirá de hambre de la palabra del Señor, y de peste, y toda la tierra de los herejes será dada en desolación, de modo que se quebrante su soberbia, y los montes sean reducidos a desolación, que se prometían a sí mismos la altura del conocimiento. Estos montes son llamados Israel, porque bajo el nombre de Cristo engañan a algunos, y nadie pasará por ellos, ni podrá decir como Moisés: Pasando veré esta gran visión (Éx. III, 1); porque son habitantes de montes perversos, no peregrinos y forasteros: para que cuando hayan sufrido esto, entonces reconozcan, que él es el Señor, que dio su tierra en desolación por las abominaciones que han cometido.

Sigue: El mismo día, y al mismo tiempo, es decir, en el duodécimo año, en el décimo mes, en el quinto día del mes, cuando vino el que había huido de Jerusalén, y cuando el profeta habló a aquellos que estaban en la tierra de Judá, y se prometían a sí mismos la esperanza de una posesión eterna, y ordena al profeta que hable al pueblo que está en Babilonia, y habita con él, y los reprenda por las insidias halagadoras, que desean escuchar las palabras del profeta, no para la salvación del alma, sino para el placer de los oídos. Estos se sentaban junto a los muros, y en las puertas de las casas: no deseando entrar en el sentido del profeta; sino que mutuamente se exhortan y dicen: Venid y escuchemos cuál es la palabra que sale del Señor; y así vienen como el pueblo que entra en la Iglesia de Dios, y se sientan delante de ti, mi pueblo, que dice ser mío, y no quieren hacer lo que han oído. Estos me parecen similares a aquellos que se deleitan con canciones teatrales: y escuchan ya sea tragedias o comedias, y allí son acariciados con placer: de modo que cuando han salido de ti, repiten y cantan, y se engañan con dulce sonido. Y oirán, dice, tus palabras y no las harán. Tales son hasta hoy muchos en las Iglesias, que dicen: Venid, escuchemos a este y aquel, que con maravillosa elocuencia despliega las palabras de su predicación: y provocan aplausos, y gritan, y levantan las manos, y lo que han descuidado en obras, después de que sepan que ha llegado (porque es necesario que suceda lo que el profeta de Dios pronuncia con su palabra), entonces comenzarán a aprobar, y a conocer, que todo lo que han oído, no fueron palabras de hombre, sino del Señor, que habló por el profeta, y el hombre eclesiástico.

LIBRO UNDÉCIMO.

El undécimo libro de explicaciones sobre Ezequiel contendrá en su parte final la profecía contra Gog y Magog, y llegará hasta el comienzo de la ciudad situada en el monte, y el templo en ella. Si, con la ayuda del Señor, y revelando sus misterios, puedo llevarlo hasta el final, tendré que dudar mucho tiempo y mucho, si debo poner manos al templo espiritual, o confesar abiertamente mi ignorancia: especialmente cuando tanto entre los judíos como entre nosotros hay un gran silencio sobre su interpretación: algunos opinan que debe ser construido en un tiempo futuro: otros, con buena intención, pero sin habilidad, saben que lo que se dice es espiritual, y sin embargo no saben cómo deben ser discutidas esas mismas cosas espirituales. Y mientras tanto, para que la preocupación de la obra presente nos retenga, debes saber, oh virgen de Cristo Eustoquio, que debes orar por nosotros. En la profecía más difícil, brevemente advierto, que un hombre de nuestra época no ignoble, escribiendo al Emperador, ha dicho sobre esta nación: Gog es el godo; cómo todo lo que está escrito en ella puede ser aplicado, no es asunto mío, sino de aquellos que piensan esto, discutirlo.

(Cap. XXXIV.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza y di a los pastores: Así dice el Señor Dios: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar a los rebaños? Comíais la leche, os vestíais con la lana y matabais lo que estaba engordado, pero no apacentabais a mi rebaño. No fortalecisteis lo débil, ni curasteis lo enfermo, ni vendasteis lo quebrado, ni volvisteis al redil lo que se había descarriado, ni buscasteis lo que se había perdido; sino que con dureza y con poder los gobernabais. Y se dispersaron mis ovejas por falta de pastor, y se convirtieron en presa de todas las bestias del campo, y se dispersaron. Mis rebaños erraron por todos los montes y por toda colina elevada, y mis ovejas se dispersaron por toda la faz de la tierra, y no hubo quien las buscara, no hubo, digo, quien las buscara.

Por tanto, pastores, escuchad la palabra del Señor: Vivo yo, dice el Señor Dios, que por cuanto mis rebaños se convirtieron en presa, y mis ovejas en alimento de todas las bestias del

campo, por falta de pastor, y porque mis pastores no buscaron mi rebaño, sino que los pastores se apacentaban a sí mismos y no apacentaban mis rebaños. Por tanto, pastores, escuchad la palabra del Señor: Así dice el Señor Dios: He aquí, yo mismo estoy contra los pastores, y reclamaré mi rebaño de sus manos, y los haré cesar de apacentar mi rebaño; ni se apacentarán más a sí mismos, y libraré mi rebaño de sus bocas, y no serán más para ellos alimento.

Porque así dice el Señor Dios: He aquí, yo mismo buscaré mis ovejas y las visitaré, como visita un pastor a su rebaño el día que está en medio de sus ovejas dispersas; así visitaré mis ovejas y las libraré de todos los lugares donde fueron dispersadas en el día de nubes y oscuridad. Y las sacaré de entre los pueblos, y las reuniré de las tierras, y las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, junto a los ríos y en todos los lugares habitables de la tierra. En buenos pastos las apacentaré, y en los altos montes de Israel estará su pastizal; allí reposarán en buenos pastos, y en pastos fértiles serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas, y yo las haré reposar, dice el Señor Dios. Buscaré lo que se había perdido, y traeré de vuelta lo que se había descarriado, y vendaré lo que estaba quebrado, y fortaleceré lo que estaba enfermo; pero destruiré lo que está gordo y fuerte, y las apacentaré con justicia.

Y en cuanto a vosotros, mis rebaños, así dice el Señor Dios: He aquí, yo juzgaré entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos. ¿No os bastaba con apacentar en buenos pastos? Además, pisoteabais con vuestros pies lo que quedaba de vuestros pastos, y cuando bebíais agua clara, enturbiabais con vuestros pies lo que quedaba. Y mis ovejas se apacentaban de lo que vuestros pies habían pisoteado, y bebían lo que vuestros pies habían enturbiado.

Por tanto, así dice el Señor Dios a ellos: He aquí, yo mismo juzgaré entre oveja gorda y flaca, porque con vuestros costados y vuestros hombros empujabais, y con vuestros cuernos embestíais a todas las ovejas débiles, hasta que las dispersabais fuera. Salvaré mi rebaño, y no serán más presa, y juzgaré entre oveja y oveja. Y levantaré sobre ellas un solo pastor que las apaciente, mi siervo David; él las apacentará y él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellas. Yo, el Señor, he hablado.

Y haré con ellas un pacto de paz, y haré cesar las bestias malas de la tierra, y habitarán en el desierto con seguridad y dormirán en los bosques. Y haré de ellas y de los alrededores de mi colina una bendición, y haré descender la lluvia en su tiempo, lluvias de bendición serán. Y el árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su cosecha, y habitarán en su tierra con seguridad, y sabrán que yo soy el Señor, cuando haya roto las cadenas de su yugo y los haya librado de la mano de aquellos que se servían de ellos. Y no serán más presa de las naciones, ni las bestias de la tierra las devorarán, sino que habitarán con seguridad, sin temor alguno.

Y levantaré para ellos una plantación de paz, y no serán más disminuidos por el hambre en la tierra, ni llevarán más el oprobio de las naciones. Y sabrán que yo, el Señor su Dios, estoy con ellos, y ellos, la casa de Israel, son mi pueblo, dice el Señor Dios. Y vosotros, mis rebaños, rebaño de mi pastizal, sois hombres, y yo soy vuestro Dios, dice el Señor Dios.

A menudo he recordado que mezclo ambas ediciones para evitar la magnitud de los libros, solo en aquellos casos en los que no hay mucha discordancia en la traducción. Después de la captura de Jerusalén, tras el anuncio en Babilonia del que había huido, habló sobre aquellos que habitaban en las ruinas de Jerusalén, y luego a aquellos que, puestos en cautiverio, persistían en la maldad, negándose a escuchar las palabras del profeta: ahora dirige su

discurso a los pastores, es decir, a los príncipes, cuya culpa ha dispersado a las ovejas, es decir, al pueblo. Y es de notar que desde el duodécimo año, décimo mes, quinto día del mes de la transmigración, o cautiverio de Jeconías, y de los que fueron capturados con él, hasta el vigésimo quinto año, cuando se construye el templo sobre el monte de la ciudad edificada y se revelan los increíbles sacramentos de la Iglesia, no se menciona ningún año intermedio ni tiempo alguno; sino que simplemente se dice: "La palabra del Señor vino a mí, diciendo: Hijo de hombre, habla a ellas y a ellos", para que entendamos que todo lo que se lee en trece años fue dicho en diferentes tiempos; y sin embargo, no tienen entre sí espacios de tiempo definidos. El discurso se dirige a los pastores de Israel, que debemos entender como reyes, príncipes, escribas y fariseos, y maestros del pueblo judío. O ciertamente, en el pueblo evangélico, obispos, presbíteros y diáconos: o según los entendimientos místicos, los ángeles de las iglesias individuales, a quienes Juan escribió en su Apocalipsis (Apocalipsis I), y cuyos ángeles ven diariamente el rostro de Dios (Mateo XVIII). Y primero se dice: "¡Ay de los pastores de Israel, que deberían apacentar el rebaño del Señor y velar por su salvación, pero se apresuran por su propia lujuria!" Por lo tanto, es necesario tener mucho cuidado y observar esos preceptos: "No busques ser juez, no sea que no puedas eliminar las iniquidades" (Eclesiástico VII, 6). Y de nuevo: "Cuanto más grande eres, más te humilla, y encontrarás gracia ante el Señor" (Ibid. III, 29). Y nuevamente: "Te han constituido líder, no te ensalces: sino que sé entre ellos como uno de ellos" (Eclesiástico XXXII, 1). Por eso el Apóstol dice que es como un niño pequeño y lactante entre los discípulos (I Cor. III). Y lo que sigue: "Comíais la leche y os vestíais con la lana", habla metafóricamente a los príncipes, de quienes también está escrito en otro lugar: "Devoran a mi pueblo como si fuera pan" (Salmo LII, 5). En la leche entiende todos los alimentos; en la lana, la variedad múltiple de vestiduras. Lo que se dice: "Y lo que estaba gordo, lo matabais", se refiere a los ricos del pueblo, a quienes se dice que los malos príncipes en las iglesias degüellan, mientras les predican y no se atreven a reprender sus vicios. De quienes también el profeta dice: "Mi pueblo, los que os dicen bienaventurados, os engañan y trastornan el camino de vuestros pies" (Isaías III, 12). De quienes también habla Santiago (Santiago II, 3), que cuando entran a ellos adornados con vestiduras preciosas y anillo de oro, son honrados por ellos, y a los santos pobres se les dice: "Tú, siéntate en el escabel, o en el suelo, o ponte de pie". Estos no fortalecen ni consolidan lo que es débil. Por eso también Pablo dice: "Recibid a los débiles" (Romanos XIV, 1). Y: "Recibid al débil en la fe". Y: "Muchos entre vosotros son débiles y enfermos". A quienes se envía la palabra divina, de la cual está escrito en los Salmos: "Envió su palabra y los sanó, y los libró de sus corrupciones" (Salmo CV, 10). Y lo que está roto, dice, no lo atan: no considerando las heridas mortales en los pueblos, como el adúltero, el homicida, el sacrílego. Y lo que está desechado, o lo que ven que se extravía, no lo traen de vuelta, permitiendo que sean engañados por los herejes. Y lo que se ha perdido, no lo buscan, no deseando tanto salvar a los perdidos como devorar a los que están en las iglesias: sino que les mandan con dureza y con poder, lo que propiamente pertenece a la soberbia de los obispos, a saber, de aquellos que deshonran con sus obras la dignidad del nombre, y en lugar de humildad asumen soberbia, pensando que han conseguido honor, no carga: y a quienesquiera que vean en la Iglesia poderosos y que tienen la palabra de Dios, intentan oprimirlos. Por eso, según los Setenta, está escrito: "Y lo que era fuerte, lo afligíais con trabajo". Y el pueblo de Dios se dispersó, ya sea por vicios o por el error de los herejes: porque no había un buen pastor que pusiera su vida por las ovejas: sino todos mercenarios, que solo consideran las ganancias de los rebaños, y cuando ven al lobo, huyen. Por cuya negligencia, el rebaño del Señor es devorado por las bestias del campo, de las cuales está escrito: "Pusiste tinieblas, y fue la noche: en ella pasarán todas las bestias del campo, los cachorros de león rugiendo para arrebatar, y buscarán de Dios su alimento" (Salmo CIII, 20, 21). Y se dispersan y vagan por todos los montes, que se elevan contra el conocimiento de

Dios, y por toda colina alta, que por la soberbia herética desprecian la simplicidad eclesiástica. Y se dispersan sobre toda la faz de la tierra; buscando lo terrenal, no lo celestial. Y no había quien buscara, ni quien trajera de vuelta: porque ocupados en los placeres, no se preocupan por las pérdidas del rebaño del Señor. Por eso el discurso del Señor se dirige a los malos pastores, porque hicieron esto y aquello que expuse antes, y que enumera por segunda vez: "He aquí, yo mismo vendré a los pastores, y reclamaré mi rebaño de sus manos, a quienes les conviene que se les ate una piedra de molino al cuello (Mateo XVIII), que escandalizar al menos a uno de mi pueblo. Y este será su castigo o el mayor, que ya no apacentarán mi rebaño: para que bajo el pretexto de las ovejas no se apacienten a sí mismos, y acumulen riquezas: Y libraré a mi pueblo de su boca. Reclamaré, dice, de su mano, y libraré de su boca, lo que es devorado por sus ávidas fauces. Cuando reclame las ovejas, las visitará como enfermas y macilentas, y dispersas por la negligencia de los pastores: y las librará de todos los lugares en el día de la nube y la oscuridad, de la cual también habla Joel: "El día del Señor está cerca, y es un día de tinieblas y oscuridad, un día de nube y niebla" (Joel II, 1, 2). Entonces serán sacadas de las tierras, para ser llevadas a su tierra, que es la tierra de los vivientes: y él mismo las apacentará en los montes de Israel, de los cuales habla David: "Alcé mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda?" (Salmo CXX, 1). Y no solo en los montes, sino en los ríos, y en todas las moradas de la tierra, en pastos muy fértiles, y en el monte alto, del cual Isaías y Miqueas profetizan más plenamente (Isaías II; Miqueas IV, VII): o en los montes altos de Israel. Allí descansarán en hierbas verdes, y dirán: "El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó: Junto a aguas de reposo me condujo" (Salmo XXII, 1, 2). Y serán apacentadas en pastos muy fértiles sobre los montes de Israel. Es una promesa infinita, y una esperanza de felicidad, cuando el mismo Señor promete diciendo: "Yo apacentaré mis ovejas; y no las confiaré a malos pastores, y yo las haré descansar", dice el Señor Dios, para que descansen en el seno de Abraham, Isaac y Jacob. Entonces lo que se había perdido entre los pueblos gentiles será buscado: y lo que se había extraviado en la persuasión de los herejes, será traído de vuelta: y lo que estaba roto, será atado: y lo que estaba herido y débil, será consolidado; para que se cumpla lo que está escrito: "Él sana sus enfermedades, y ata sus heridas" (Salmo CII, 3). Porque un corazón contrito y humillado Dios no desprecia (Salmo L, 19). Por eso también el santo dice: "Sáname, Señor, porque mis huesos están turbados" (Salmo VI, 2). Y en el Salmo treinta y siete (Vers. 4) penitente: "No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados", dice: "Y lo que es gordo y fuerte, lo guardaré: para que no sea devorado por las bestias". Y apacentará sus ovejas con juicio, sabiendo a qué oveja le corresponden qué pastos. Porque hay muchas moradas en la casa del Padre (Juan XIV). Y: "El Padre no juzga a nadie: sino que todo juicio lo ha dado al Hijo" (Ibid., V). Estas cosas ha hablado contra los pastores: ahora habla a las ovejas, es decir, al pueblo: y al rebaño de ambos tipos de ganado, es decir, ovejas y cabras: y no solo a las ovejas y cabras, sino también a los carneros y machos cabríos, que son los príncipes en los rebaños, a quienes dice: "¿No os bastaba con que os alimentabais de los buenos pastos de las Escrituras? sino que además pisoteabais con vuestros pies los restos de vuestros pastos. Y cuando bebíais el agua purísima de los dichos de Dios, turbabais con vuestros pies las aguas restantes, para que mi pueblo comiera y bebiera los pastos pisoteados por vosotros, y las aguas turbias, y por vuestra culpa, lo que por sí mismo era bueno, lo recibieran corrompido y violado. Esto lo hacen todos los herejes, para tomar las palabras de las Escrituras, y en cuanto a ellos les es posible, mancharlas. Pero también los hombres eclesiásticos que no guardan la verdad de los dogmas, sino que inventan de su propio corazón, y tienen como maestra su presunción, son retenidos en el mismo error. Que cuando han persuadido al pueblo de que lo que inventan es verdadero, y han suscitado aplausos y clamores de manera teatral, se olvidan de su ignorancia, y con ceño fruncido, y con discursos medidos y pesados, asumen para sí la autoridad de maestros. Veamos, pues, cuál es el juicio

entre oveja y oveja: y con qué juicio los juzgará el buen pastor y verdadero, que ha recibido todo juicio del Padre. "He aquí, yo mismo juzgo entre oveja gorda y flaca, o entre fuerte y débil". Porque los fuertes empujan con sus costados y hombros, y golpean a las ovejas débiles, y las embisten con sus cuernos, sin saber que en la ley el toro que embiste debe ser castigado (Éxodo XXI). Empujaban con sus costados, y embestían con sus cuernos, hasta que dispersaban y echaban fuera a las ovejas. Porque por la soberbia de los mayores, y la iniquidad de los superiores, frecuentemente son expulsados de la Iglesia: para que sean dispersados por el Señor, a quienes él mismo salvó. Pero el Señor no los dejará más en rapina, y juzgará entre oveja y oveja: no entre nombres de dignidades, de las cuales se enorgullecen los superiores; sino entre hombre y hombre, según lo que cada uno es siervo del Señor. Entonces levantará un pastor único, que dice en el Evangelio: "Yo soy el buen pastor" (Juan X, 11); su siervo David según lo que se dignó asumir la forma de siervo (Filipenses II); que David se interpreta, fuerte de mano. Él los apacentará, y el Señor será para ellos en Dios, o el Hijo y el Padre, o ciertamente el pastor según la carne asumida: el Señor, sin embargo, y Dios, según el Verbo que estaba en el principio con Dios. Este David, al progresar las ovejas en animal racional, ya no será llamado pastor, sino príncipe en medio de ellos, de quien está escrito: "En medio de vosotros está, a quien vosotros no conocéis" (Juan I, 26). Entonces hará con ellos un pacto de paz, no de guerras y discordia, porque su lugar ha sido hecho en paz (Salmo LXXV), sino la paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses IV), que dice: "Mi paz os dejo: mi paz os doy" (Juan XIV, 27). Y hará cesar las bestias malas de la tierra, vicios, o perturbaciones, con las que las almas humanas son atormentadas: o poderes adversarios, por los cuales son atacadas. Y los que habitan en el desierto, dormirán seguros en los bosques. Porque el Señor revelará las espesuras de los bosques, y en su templo todos dirán gloria (Salmo XXVIII, 9). Y expulsadas las bestias, y reducida la tierra a soledad, seguros de tales animales dormirán, y dirán: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?" (Salmo XXVI, 1). Y los pondrá, que dormirán seguros alrededor de su monte, o colina, y serán bendición. Entonces dará lluvia en su tiempo, y las lluvias serán de bendición, que promete en las bendiciones del Deuteronomio (Deuteronomio XXVIII). Y dará, dice, el árbol de la vida, del cual está escrito en el Génesis (Génesis II): y el árbol de la sabiduría, del cual se dice: "Es árbol de vida para todos los que la toman" (Proverbios III, 18). Dará su fruto, cuando también la tierra dé su fruto: o los árboles de las regiones, la multitud de santos. Y la tierra dará su germen: "Porque la verdad ha brotado de la tierra" (Salmo LXXXIV, 12). Y estarán en su tierra sin temor, o en la esperanza de paz, en la tierra de los vivientes, en la tierra de los mansos, de la cual está escrito: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mateo V, 4): para que con la felicidad de todas las cosas conozcan que él es el Señor: cuando haya roto las cadenas, o el yugo de hierro de sus yugos, con el cual eran oprimidos como por un imperio muy pesado, y los haya librado de la mano de los que los dominan, o de la servidumbre que los aflige. Porque cada uno es siervo de aquel por quien es vencido. Y no serán más en rapina de las naciones demoníacas; ni las bestias de la tierra los devorarán de las que hemos hablado: sino que habitarán confiados sin ningún temor, según la exposición anterior. Y levantaré, dice, para ellos un germen nombrado, o plantación de paz, que habla en el Evangelio: "Yo soy la vid verdadera" (Juan XV, 1). Y no serán más disminuidos por el hambre en la tierra. Por lo tanto, el hambre está en las cosas terrenales: pero el hambre de oír la palabra de Dios, que bajo el buen pastor, y el germen nombrado, y celebrado por todos, y la plantación de paz, no será en la tierra; ni más estarán sujetos a los reproches de las naciones, para que digan: "¿Dónde está el Señor su Dios?" (Salmo CXIII, 10). Y sabrán después de todas estas cosas, que no solo él es el Señor, lo que también había dicho antes; sino con el añadido, que el Señor de todos es propiamente su Dios con ellos, que dice en el Evangelio a los Apóstoles: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII, 20). Y cuando él sea el Señor su Dios, entonces ellos serán

su pueblo, no cualquiera, sino los que merezcan ser llamados casa de Israel. Y para que no pensemos que todo lo que se ha dicho se refiere a los pastores, y a las ovejas y cabras y carneros, resuelve el enigma, o más bien la metáfora, y lo pone más claramente: "Pero vosotros, mis ovejas, y las ovejas de mi pasto sois hombres". Por lo tanto, todo el discurso divino es sobre los hombres, a quienes dice: "Yo soy el Señor vuestro Dios, dice el Señor Dios".

(Cap. XXXV.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon (o vuelve) tu rostro contra el monte Seir, y profetiza sobre él (o a él) y dile: Así dice el Señor Dios: He aquí que estoy contra ti, monte Seir, y extenderé mi mano sobre ti, y te haré desolado y desierto. Demoleré tus ciudades (o haré soledad en tus ciudades): y serás desierto, y sabrás que yo soy el Señor: porque fuiste enemigo eterno, y encerraste a los hijos de Israel en la mano (o te sentaste contra la casa de Israel fraudulentamente con la mano de la espada), en el tiempo de su aflicción, en el tiempo de la iniquidad extrema. Por tanto, vivo yo, dice el Señor Dios, que te entregaré a la sangre (o porque en sangre pecaste) y la sangre te perseguirá: y aunque odies la sangre, la sangre te perseguirá. Y haré del monte Seir desolado y desierto, y quitaré de él al que va y al que viene (o a hombres y bestias). Y llenaré sus montes de sus muertos (o heridos): en tus colinas, y en tus valles, y en tus torrentes caerán muertos a espada. Te entregaré a desolaciones eternas, y tus ciudades no serán habitadas: y sabrás (o sabréis) que yo soy el Señor: porque dijiste: dos naciones y dos tierras (o regiones) serán mías, y las poseeré como herencia, aunque el Señor estaba allí. Por tanto, vivo yo, dice el Señor Dios: que haré según tu ira (o enemistad): y según tu celo, que hiciste, odiándolos, y me haré conocido a ti (por ellos) cuando te juzgue, y sabrás que yo soy el Señor. He oído todos tus oprobios (o la voz de tus blasfemias) que has hablado (o porque has hablado) de los montes de Israel, diciendo, nos han sido dados desiertos para devorar, y te has levantado (o te has engrandecido) sobre mí con tu boca: y has hablado contra mí (o has vociferado contra mí) tus palabras: yo he oído. Así dice el Señor Dios: Mientras toda la tierra se regocija, te reduciré a desolación: así como te regocijaste sobre la herencia de la casa de Israel, porque fue desolada; así te haré a ti: Serás desolado (o desierto), monte Seir: y toda Idumea, y sabrán que yo soy el Señor. Pero aquello que se añadió en los LXX, y serán consumidos, no se encuentra en el hebreo. Si siempre en los profetas estuviera la palabra de Dios, y tuviera hospedaje continuo en su pecho, nunca Ezequiel pondría tan frecuentemente: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo. Pero porque por la fragilidad humana, y las necesidades de esta vida, a veces se apartaba de ellos, por eso Juan el Bautista dice: El que me envió a bautizar, él me dijo: Sobre quien veas al Espíritu Santo descender en forma de paloma y permanecer sobre él, ese es (Juan I, 33). Pues nunca sería propio en Cristo lo que se añade, y permaneciendo en él, si no se apartara a veces de otros. De otro modo, también a Moisés le habla Dios: Quitaré del espíritu que está en ti (Núm. XI, 17): que ciertamente no tendría, si no hubiera descendido a él del Señor. Toda la profecía de este capítulo es contra el monte Seir, es decir, de los hijos de Esaú y Edom, que en lengua griega y nuestra se llaman Idumeos, porque en tiempo de necesidad y angustia, cuando Judá fue capturado por los babilonios, se burlaron de ellos, y al expulsar al pueblo de los judíos, pensaron que la tierra les había sido entregada para poseerla, y no solo no recibieron a sus hermanos, es decir, a los hijos de Jacob; sino que los persiguieron y los encerraron en manos de la espada. Por lo cual Symmachus interpretó más claramente: Odiaste tu sangre, y la sangre te perseguirá. Se profetiza que también él será capturado, y reducido a desolaciones eternas, y al final de las cosas conocerá que Dios es el juez, porque dijo: Dos naciones, y dos regiones son mías; o de los idumeos y judíos, o ciertamente de Judá e Israel, es decir, de dos y diez tribus. Y hablaste de los montes de Israel, diciendo: Nos han sido dados desiertos para devorar, sin considerar que esta blasfemia

redundaría contra Dios. Por lo cual sigue: Mientras toda la tierra se regocija, te reduciré a desolación. Y el sentido es: cuando toda la tierra de Judá recupere su estado anterior, tú permanecerás en desolación eterna: Y lo que se añade: Así como te regocijaste sobre la herencia de la casa de Israel, porque fue desolada, así te haré a ti, no se encuentra en los LXX, sino que se añadió bajo asteriscos de la edición de Theodotion. Toda la ira de Dios se dirige contra el monte Seir, para que cuando sea desolado, él mismo y toda Idumea reconozcan que él es el Señor. Esto según la historia, y más el sentido que las palabras he dicho brevemente. Pasaré a la anagogía, y por el afán de brevedad tocaré pocos puntos. Pon, dice, o vuelve tu rostro contra el monte Seir. Y significativamente dice, vuelve, de una profecía a otra profecía. Pero el rostro no del cuerpo, sino del alma, del cual también dice el Apóstol: Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor (II Cor. III, 18). El monte Seir, que se interpreta áspero y peludo, debe entenderse como la fortaleza contraria, que presidía sobre la gente de los hijos de Esaú, y se levantó contra el pueblo de Judá, es decir, de la confesión y la verdadera fe. Si un lector prudente objeta, cómo en este lugar Seir, es decir, áspero y peludo, se entiende en mal sentido, cuando también Elías fue llamado hombre peludo (IV Reg. I): brevemente responderé, que está escrito de Esaú que era rojo, y como una piel áspera (Gén. XXV): de Elías que era solo un hombre peludo. En Esaú, que es sanguinario y cruel, comparado con una piel áspera, es indicio de obras mortales y de la misma muerte, en Elías es argumento de virilidad. Por lo cual su morada en la soledad y la austeridad de su vida, no solo demostraba a un hombre, sino a un hombre muy fuerte. Por otra parte, Jacob que suplantó a Esaú, y tomó sus primogenituras (Gén., X), porque habitaba simplemente en casa, y no era cazador, como el gigante Nemrod: por eso se le llama ligero y brillante. Veamos, pues, qué manda Dios decir al monte, o contra el monte Seir. He aquí que estoy contra ti, monte Seir, no enviaré ángeles, ni usaré otros ministros, sino que yo mismo vendré a ti, y extenderé mi mano sobre ti, y asumiré el hábito de quien golpea, y te haré desolado y desierto, para que quien mal habitabas, y tenías muchos socios de tu impiedad, tanto que construías ciudades, y reclamabas un imperio propio: ahora desolado con tus ciudades, que también Jeremías es mandado a destruir y cavar (Jerem. I, LI), para que por ellas construya buenas ciudades, en eso progresarás, para que sepas que yo soy el Señor, a quien antes de tu desolación no podías conocer. Toda la causa del pecado es que fuiste enemigo eterno. Por lo cual también dice el salmo: Enójense, y no pequen (Sal. IV, 5), para que pronto nos reconciliemos con los enemigos, y cambiemos los odios por caridad. Pero no tal el monte Seir, que sobre enemistades eternas encerró, o sitió a los hijos de Israel con engaño en la mano de la espada. De lo cual entendemos, que cualquiera que tome la espada contra los hijos de Dios, y haga algo con engaño, y los sitie, será entregado en manos de la espada, como el monte Seir en el tiempo de la iniquidad extrema, cuando los días son malos, y el mundo está puesto en el maligno (I Juan V), y multiplicada la iniquidad, se enfría la caridad de muchos. Hay también otro pecado del monte Seir: que como odiaba la sangre de los justos, que en cada persecución deseaba derramar, por esa misma sangre sufrirá persecución. Por lo cual también bajo el altar las almas de los santos claman, y piden venganza al Señor de su sangre (Apoc. VI). Y se quitan del monte Seir, los que van y vienen, es decir, todo habitante, o hombres y bestias que se salvan en la Iglesia, de los cuales está escrito: Hombres y bestias salvarás, Señor (Sal. XXXV, 5). Lo que en el monte Seir se borra ambos, para que tanto aquellos que parecen tener algo de razón; como aquellos que están contentos con la fe simple, por mandato de Dios, perezcan. Y se llenan sus montes de heridos y muertos. Y no solo los montes, que han llegado a la cima de la impiedad: sino también las colinas, es decir, los discípulos inferiores del monte Seir, y los valles que están hundidos en lo más bajo, o los torrentes, que tienen aguas turbias, y recogidas de aquí y de allá, viniendo de la soberbia, o, según los LXX, los campos, que están entre las colinas y los valles. Todos estos caerán muertos a espada del Señor, y de su mano extendida, y de quien golpea, para que

sean reducidos a desolaciones eternas; y si había ciudades, es decir, conciliábulos de mala habitación, también ellas perezcan, y dejen de tener consenso en mal sentido, y se dividan sus lenguas (Gén. XI), para que no puedan construir una torre de blasfemia contra Dios; y reducidas a desolación y desierto, reconozcan que él es el Señor. No basta haber dicho tanto al monte Seir, que el discurso anterior ha narrado: sino que también por soberbia dijo: Dos naciones, y dos tierras, o regiones, son mías, a saber, Idumea y Judea, y poseeré a los herejes y a los eclesiásticos por igual. Y esto, dice, lo dijiste, cuando el Señor estaba allí, que presidía sobre su pueblo. Por eso jura el Señor, y dice: Vivo yo, dice el Señor Dios, que según tu ira, con la que te ensañabas contra el pueblo de Dios, y tu celo con el que perseguías a la familia de Cristo, odiándolos a quienes deseabas poseer, cuando te haya golpeado y juzgado, entonces me haré conocido a ti, y sabrás que he conocido tus oprobios y blasfemias no por otro que me lo refiera, sino que yo mismo he oído lo que has hablado contra los montes de Israel, diciendo: Nos han sido dados desiertos para devorar. Debemos entender por montes de Israel a Moisés, los profetas y los apóstoles, que los herejes y el príncipe de los herejes, el diablo, piensan que les han sido entregados para devorar: cuando o raro, o ninguno se encuentra en la Iglesia, que pueda luchar por los montes del Señor, y defender su laceración con su voz. Y te has levantado, dice, sobre mí con tu boca, o te has engrandecido, no como piensas contra los montes, sino a través de ellos contra mí, y has hablado contra mí, o has clamado contra mí. Porque todas tus oraciones, oh monte Seir, y los socios del monte Seir, de los cuales se ha dicho antes: Llenaré sus montes, y colinas, y valles, y campos, o torrentes, han sido contra mí: de ninguna manera oraciones, y súplicas, como piensas a Dios, sino clamores, vociferaciones, y blasfemias. Por lo cual el Señor amenaza, y dice: Así como te regocijaste sobre la herencia de la casa de Israel, cuando fue desolada por tus persecuciones, y lacerada y dispersa por todo el mundo: así te haré a ti. Porque mientras toda la tierra de los vivientes, y la tierra de los santos, y todos convertidos al servicio de Dios, se regocijan, tú serás desolado, monte áspero, monte peludo, y toda Idumea, es decir, las obras terrenales, y dedicadas a la sangre y al derramamiento de sangre, para que entonces reconozcas que yo soy el Señor, que en otro lugar he dicho: Yo soy el Señor vuestro Dios.

(Cap. XXXVI.---Vers. 1 seqq.) «Tú, hijo de hombre, profetiza sobre los montes de Israel y di: Montes de Israel, escuchad la palabra del Señor: así dice el Señor Dios, porque el enemigo ha dicho de vosotros: "¡Bien, las alturas (o soledades) eternas nos han sido dadas en posesión [Vulg. herencia]!", por eso profetiza y di: así dice el Señor Dios: Porque habéis sido desolados y pisoteados alrededor (o porque habéis sido dispersados por aquellos que están a vuestro alrededor), y habéis sido hechos herencia (o posesión) de las demás naciones, y habéis subido sobre el labio de la lengua y el oprobio de los pueblos [Vulg. pueblo] (o naciones). Por eso, montes de Israel, escuchad la palabra del Señor Dios: Así dice el Señor Dios a los montes y colinas, torrentes, valles y ruinas desiertas (o dispersas) y ciudades abandonadas que han sido saqueadas y burladas (o pisoteadas) por las naciones restantes alrededor. Por eso, así dice el Señor Dios: Porque en el fuego de mi celo he hablado de las naciones restantes y de toda Idumea, que [Vulg. que] han dado mi tierra a sí mismos en herencia con alegría [Al. espada], y con todo el corazón y el alma, y la han expulsado para devastarla (o con odio despreciando las almas, para subvertirlas en devastación). Por eso dice [Vulg. calla dice], profetiza sobre la tierra de Israel, y di a los montes y colinas, cumbres y valles, así dice el Señor Dios: He aquí que en mi celo y en mi furia he hablado, porque habéis soportado la confusión (o los oprobios) de las naciones. Por eso, así dice el Señor Dios (o Adonai Señor): He levantado (o levantaré) mi mano: para que las naciones que están a vuestro alrededor lleven su propia confusión (o ignominia). Pero vosotros, montes de Israel, haced germinar vuestras ramas (o vuestras uvas) y dad vuestro fruto a mi pueblo Israel:

porque está cerca de venir. Porque he aquí que yo estoy con vosotros, y me volveré a vosotros (o os miraré), y seréis arados, y recibiréis semilla, y multiplicaré en vosotros hombres, toda la casa de Israel, y las ciudades serán habitadas, y las ruinas serán restauradas (o los desiertos serán edificados). Y os llenaré de hombres y bestias, y se multiplicarán y crecerán, y os haré habitar como al principio, y os daré bienes mayores que los que tuvisteis al principio: y sabréis que yo soy el Señor. Y traeré (o generaré) sobre vosotros hombres, mi pueblo Israel, y os poseerán en herencia (o posesión), y no añadiréis más, para estar sin ellos (o no añadiréis más, para que os hagan estar sin hijos). Así dice el Señor Dios: Porque han dicho de vosotros (o de ti), devoradora de hombres eres, y asfixiante de tu gente: por eso no comerás más hombres, y no matarás más a tu gente, dice el Señor Dios: ni haré que se oiga en ti (o en vosotros) más la confusión (o ignominia) de las naciones, y no llevarás más los oprobios de los pueblos (o llevaréis), y no perderás más a tu gente (o tu gente no estará más sin hijos), dice el Señor Dios.»

Arriba se menciona el rostro del profeta, o se vuelve contra el monte Seir: aquí el hijo del hombre habla a los montes, o sobre los montes de Israel, que son ordenados a escuchar la palabra de Dios. Y para diferir un poco la tropología, el sentido de toda la profecía a los montes de Israel es brevemente este: Porque el enemigo se ha burlado de vosotros, es decir, el monte Seir, y pensó que os poseería para siempre, y las alturas que una vez fueron del Señor ahora desiertas le han cedido en herencia, y no solo lo dijo, sino que también os poseyó por algún tiempo: tanto que habló con soberbia contra vosotros, que erais el oprobio de todas las naciones: por eso, así dice el Señor Dios, no solo al monte Seir, sino también a sus montes y colinas, torrentes, valles, y desiertos y devastados, y ciudades abandonadas: porque en el fuego de su celo, y contra todas las naciones, pero especialmente contra Idumea ha hablado, que con las demás, dice, naciones ha tenido mi tierra en posesión, y la ha poseído con espada, y con todo el corazón la ha poseído, para expulsar a los habitantes de ella, y devastar la tierra. Por eso, habla, dice, profeta, sobre la tierra de Israel, y di a los montes, y colinas, y cumbres (para las cuales los Setenta han interpretado ταῖς νάπαις, que nosotros entendemos como lugares boscosos) y valles. Así dice el Señor Dios: en mi celo y en mi furia, seré vengador de vuestro oprobio, y levantaré mi mano, para que las naciones que están a vuestro alrededor lleven su ignominia y confusión: pero vosotros, oh montes de Israel, según el estado anterior, haced germinar vuestros arbustos, y extendáis vuestras ramas, o, según los LXX, traigáis uvas, con las que mi pueblo Israel se sacie. Que no penséis que esto sucederá después de mucho tiempo, está cerca, es inminente, y vendrá el tiempo. Y para que no os parezca esto difícil, yo mismo vendré a vosotros, y quien de vosotros se había alejado, me volveré a vosotros, para que recibáis la cultura anterior, y todo se llene de semilla, de modo que haya muchos hombres en vosotros, y sean habitadas las ciudades que antes fueron destruidas. Y no solo multiplicaré hombres: sino que también las bestias igualmente se multiplicarán y crecerán, y os haré habitar como al principio, cuando Moisés, guía, al otro lado del Jordán dos tribus y media recibieron posesión, al otro lado del Jordán (Núm. XXXII), y bajo Josué hijo de Nun, otras nueve tribus y media poseyeron la tierra de Judá (Jos. I, y XIII): y os daré bienes mucho mayores que los que tuvisteis al principio antes de que sintierais las diversas cautividades. Y cuando os haya hecho esto, entonces conoceréis que yo soy el Señor. Y serás llenada, dice, oh tierra de Israel, por mi pueblo, que te poseerá en herencia, y serás para ellos posesión, y no añadirás más, para estar sin hijos. Y cuando se haya multiplicado vuestro habitante, oh montes de Israel, entonces no dirán más vuestros enemigos, contra vosotros, que devoráis hombres, y que vuestra posesión está sin hijos; sino que al contrario multiplicaréis hombres: y vuestra posteridad germinará una prole muy abundante. Ni oirás, dice, más, ni soportarás la confusión de las naciones, ni perderás a tu gente, para que alguna vez soportes cautiverio, porque el Señor ha hablado. Esto hemos dicho παραφραστικῶς a la

manera judía, que ellos esperan en el reino de mil años, cuando afirman que la ciudad de Jerusalén será construida, y el templo, que se describe al final de este volumen, y la felicidad de todas las cosas, que algunos creen que se cumplió bajo Zorobabel. Pero ¿cómo podrá sostenerse esto que se dice: Y os haré habitar como al principio, y os daré bienes mayores que los que tuvisteis al principio? Pues bajo Zorobabel, Esdras, y Nehemías pocos del pueblo fueron devueltos, y ellos mismos obedecían a los medos y persas, y después a los macedonios y egipcios y romanos, hasta Tito y Vespasiano sirvieron a los reyes de diversas naciones, y hasta hoy sirven: de modo que no puede sostenerse en absoluto lo que se dice al final de la profecía: Y no llevarás más el oprobio de los pueblos, y no perderás más a tu gente. Y porque es largo ahora contra la doctrina judía, y la felicidad sirviendo al vientre y al paladar judío, que desean todas las cosas terrenas, y dicen: Comamos y bebamos, de los cuales también el Apóstol habla: La comida para el vientre y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquella (I Cor. VI, 13), en breve explicación decir: ahora pasemos a la inteligencia espiritual, según la cual también hemos interpretado las partes finales de Isaías. Pues no esperamos según las fábulas judías, que ellos llaman δευτερώσεις, una Jerusalén de gemas y oro que descienda del cielo: ni de nuevo sufriremos la injuria de la circuncisión, ni ofreceremos víctimas de toros y carneros, ni dormiremos en el ocio del sábado. Lo que también muchos de los nuestros, y especialmente el libro de Tertuliano, que se titula, de la Esperanza de los fieles, y el volumen séptimo de las Instituciones de Lactancio promete, y las frecuentes exposiciones de Victorino obispo de Petabio, y recientemente nuestro Severo en el diálogo al que puso el nombre de Gallo. Y para nombrar a los griegos, y unir el primero y el último, Ireneo y Apolinar. 423 Nosotros, por tanto, diremos que los montes de Israel son los profetas y apóstoles, que escuchan la palabra de Dios, y a quienes el diablo enemigo se ha burlado diciendo: ¡Bien, altos montes de antaño, de los cuales está escrito: Montes alrededor de él, y el Señor alrededor de su pueblo (Sal. CXXIV, 2), me han sido dados en posesión, cuando en las angustias de la persecución fueron desolados, y pisoteados alrededor, y hechos herencia de las demás naciones, y blasfemados por todos. Por eso el Señor habla a los montes pisoteados y desolados, y no solo a los montes, sino también a los inferiores y a cada grado en la tierra de Judea, es decir, a los establecidos en el monte de la Iglesia, de la cual está escrito: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14); y a las colinas y torrentes, cuya fe aumenta en el invierno de las persecuciones, y en la tempestad de la opresión. También a los valles, a aquellos que están deprimidos en humildad, y a las Iglesias desiertas, y a las ruinas, y a los conciliábulos de las Iglesias abandonadas en todo el mundo: como fue la persecución bajo Diocleciano y Maximiano en todo el mundo, por la cual las Iglesias fueron proscritas y devastadas: cuando todos los gentiles y las naciones de los herejes alrededor se burlaron de la Iglesia, porque en el fuego de su celo y furia ha hablado, y especialmente contra Idumea que quería que todos, dejando la imagen celestial, llevaran la imagen terrenal (I Cor. XV). Porque ellos dieron la tierra de Dios a sí mismos en herencia, y con todo el corazón y el alma persiguieron a la Iglesia del Señor, y la expulsaron de sus sedes, y la devastaron. Pero ¿de qué sirvió a las naciones, de qué sirvió a las naciones de los herejes insultar a la tierra del Señor: cuando el Señor habla a ella, y a sus montes y colinas y cumbres, o lugares boscosos, que florecían con la amenidad del paraíso: y a las colinas, de las cuales hemos hablado antes, en su celo y furia ha hablado: y por el oprobio de las naciones levanta su mano contra los adversarios, que persiguieron a la Iglesia, para que lleven su confusión e ignominia? Entonces, con los perseguidores muertos, y la paz devuelta a la Iglesia, los montes de Israel, es decir, los Apóstoles y los hombres apostólicos, harán germinar sus árboles, y extenderán sus ramas, y traerán uvas para ser pisadas en el lagar del Señor, de las cuales se vierten los mostos, que embriagan a los pueblos creyentes, y se exprime el vino que alegra el corazón del hombre (Sal. CIII): para que todo el fruto de los montes, de los cuales se hace el pan que desciende del cielo, sea comido por el pueblo de

Dios Israel. Y para que no desesperemos en las persecuciones, se añade: Está cerca el tiempo de venir. Porque viniendo vendrá, y no tardará (Hab. II, 3). Por eso promete su venida a los montes, y a aquellos que han perseverado en las tribulaciones, y promete que después del ardor de la persecución se cultivará la tierra antes labrada por el arado de Cristo, y recibirá toda semilla de virtudes, de la cual nacerán y se multiplicarán hombres, y toda la casa de Israel. Y cuando las ciudades, es decir, las Iglesias de los creyentes, sean habitadas por las multitudes que regresan, entonces no solo los hombres que sobresalían [Al. sobresaldrán] en el conocimiento de las Escrituras: sino también las bestias, los simples creyentes, se multiplicarán y crecerán, y serán habitadas las Iglesias como al principio, es decir, antes de que hubiera persecución: y florecerán con bienes mayores, que tuvieron al principio, coronadas con las victorias de los mártires. Y entonces sabrán que él es el Señor, que ha restaurado a su pueblo a su estado anterior, que posea las Iglesias, y ella misma sea la herencia de las Iglesias, y no esté más sin hijos, que había perdido en la persecución. Por eso se ordena al profeta, que hable a la tierra de los mansos, y a la tierra de los vivientes, o a los montes de Israel, y diga: No sufrirás más el oprobio de los perseguidores, ni insultarán al pueblo degollado, como ovejas de matanza. Porque con la paz devuelta, cesarán todos los oprobios, ni soportarás la confusión, y la ignominia entre las diversas naciones alrededor, sino que tendrás a tu gente y pueblo, porque la verdad de la promesa, hablando el Señor, está firmada.

(Vers. 16 seqq.) Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, la casa de Israel habitó en su tierra, y la contaminaron con sus caminos y con sus ídolos: como la inmundicia de una menstruante fue su camino ante mí. Y derramé mi indignación sobre ellos por la sangre que derramaron sobre la tierra: con sus ídolos la contaminaron, y los dispersé entre las naciones, y fueron esparcidos en las tierras según sus caminos, y sus invenciones los juzgué, y entraron en las naciones a las que llegaron, y profanaron mi santo nombre, cuando se decía de ellos: Este es el pueblo del Señor, y han salido de su tierra. Y perdoné mi santo nombre que la casa de Israel profanó entre las naciones a las que llegaron. Por eso dirás a la casa de Israel, así dice el Señor Dios: No lo haré por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, que profanasteis entre las naciones a las que entrasteis. Y santificaré mi gran nombre, que fue profanado entre las naciones, que profanasteis en medio de ellas, para que sepan que yo soy el Señor, dice el Señor de los ejércitos, cuando sea santificado en vosotros ante ellos. Os recogeré de entre las naciones, y os reuniré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis purificados de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis preceptos, y guardéis mis juicios, y los pongáis por obra. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Y os salvaré de todas vuestras inmundicias, y llamaré al trigo, y lo multiplicaré, y no os impondré hambre, y multiplicaré el fruto del árbol, y los productos del campo, para que no llevéis más el oprobio del hambre entre las naciones. Y recordaréis vuestros malos caminos, y vuestros malos estudios, y os disgustarán vuestras iniquidades, y vuestros crímenes. No lo haré por vosotros, dice el Señor Dios, sabedlo bien. Avergonzaros y sonrojaros de vuestros caminos, casa de Israel. Así dice el Señor Dios: El día en que os purifique de todas vuestras iniquidades, y haga habitar las ciudades, y restaure las ruinas, y la tierra desierta sea cultivada, que antes era desolada a los ojos de todo viajero, dirán: Esa tierra inculta se ha hecho como un jardín de delicias, y las ciudades desiertas, y desamparadas y saqueadas, están fortificadas. Y sabrán las naciones que quedaron alrededor de vosotros, que yo, el Señor, he edificado lo destruido, y he plantado lo

inculto: yo, el Señor, he hablado, y lo haré. Así dice el Señor Dios: Aún en esto me hallará la casa de Israel para que les haga. Los multiplicaré como un rebaño de hombres, como un rebaño santo, como un rebaño de Jerusalén en sus solemnidades: así serán las ciudades desiertas, llenas de rebaños de hombres, y sabrán que yo soy el Señor. Son claras las palabras, y todo el sentido de los montes de Israel, que antes estaban desiertos, y después restaurados, ahora se expone más claramente. Y Dios da las razones por las que entregó al pueblo de Israel a la cautividad, y por su clemencia promete devolverlos a la tierra de Judá, y darles mucho más de lo que les quitó. Algunos judíos refieren esto a los tiempos de Zorobabel, cuando, bajo el rey Ciro de Persia, muchos de la tribu de Judá y Benjamín fueron devueltos a Judá. Otros lo refieren al reino de mil años, cuando bajo Cristo, a quien creen que vendrá, se construirá la ciudad de Jerusalén, y se edificará el templo, del cual hablaremos en la última parte de esta profecía. Y mientras tanto, para dejar de lado las fábulas judías y las genealogías interminables, según nuestra costumbre, recorramos brevemente el pericópe de este capítulo, y expongamos lo que nos parece según la inteligencia eclesiástica. La casa de Israel, es decir, el pueblo de los judíos, habitó una vez en su tierra, es decir, en la tierra de Judá, cuando fue sacada de Egipto; pero la contaminaron con sus caminos y con sus estudios, o ídolos, y llegaron a estar tan contaminados, que fueron comparados con la inmundicia de una mujer menstruante. Por eso Dios derramó su indignación sobre ellos, por la sangre de los profetas y justos, que derramaron sobre la tierra, diciendo el Salvador en el Evangelio: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados (Mateo XXIII, 37). Y de nuevo (Vers. 35): En verdad os digo: se requerirá la sangre que fue derramada desde esta generación desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien mataron entre el altar y el templo. No solo derramaron sangre, sino que también contaminaron la tierra con sus crímenes (II Crónicas XXIV). Por lo cual los dispersó, ya sea bajo la cautividad babilónica, o bajo la romana: cuando verdaderamente derramaron la sangre de Cristo, y fueron esparcidos en las tierras, como se esparcen las pajas, y según sus caminos, y sus invenciones malas fueron juzgados, de modo que incluso en las naciones a las que fueron llevados cautivos, profanaron el santo nombre de Dios: porque por burla decían todas las naciones: He aquí el pueblo de Dios, que se jactaba de conocer propiamente el culto de Dios. Al ver esto, dice, no por ellos, sino por mi santo nombre (pues soy el Creador de todo) les perdoné, y los santifiqué, y los restauré a su antigua gloria, de modo que sobre los creyentes, y convertidos del error, derramé el agua limpia del Bautismo salvador, y los limpié de sus abominaciones, y de todos los errores en los que habían estado ocupados, y les di un corazón nuevo, para que creyeran en el Hijo de Dios, y un espíritu nuevo, de los cuales David habla: Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí (Salmo L, 21). Y es de considerar, que se da un corazón nuevo, y un espíritu nuevo por la efusión y aspersión de agua. Cuando se haya dado un corazón nuevo y un espíritu nuevo, entonces se quitará del corazón judío toda dureza, que se compara con una piedra, para que en lugar de un corazón de piedra haya un corazón de carne, blando y tierno, que pueda recibir el espíritu de Dios, e inscribirse con letras saludables. Entonces caminarán en los preceptos del Señor, y guardarán sus juicios, y habitarán en la tierra de la confesión, que dio a sus padres Abraham, Isaac, y Jacob, y a todos los santos y profetas, y serán el pueblo de Dios, y el Señor será su Dios, lo cual se comprueba en el tiempo presente. Y cuando sean salvados, el Señor llamará al trigo, y lo multiplicará. Porque si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo (Juan XII, 24). Y no sufrirán hambre (Amós VIII, 11): no hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios, que sufrió aquel que, habiendo salido del Padre, disipó toda la sustancia que había recibido: cuando, obligado por la necesidad del hambre, se alimentó de las algarrobas de los cerdos (Lucas XV). Entonces se multiplicará el fruto del árbol, es decir, de la sabiduría, de la cual está escrito: Es árbol de vida para los que la hallan (Proverbios III, 18): y los productos del campo a semejanza de Jacob, cuyo olor era

como el olor de un campo lleno, al que bendijo el Señor (Génesis XXVII, 27). Y no llevarán más el oprobio del hambre entre las naciones, lo cual aún hoy sufre la incredulidad de los judíos: pero después de haber alcanzado la bienaventuranza, imitarán al Apóstol que dice: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Corintios XV, 9). Y recordarán sus malos caminos, y sus malos estudios, con los que ofendieron a Dios: y les disgustarán sus iniquidades, y sus crímenes con los que antes erraron. Todo esto lo dará el Señor, no por ellos que perecieron por su propio error; sino por su santo nombre. Por lo cual provoca a la casa de Israel, para que se avergüence y se sonroje de sus vicios anteriores, y reconozca a su Creador. Después de que haya purificado al pueblo creyente de los judíos de sus iniquidades, y haya hecho habitar las ciudades de la Iglesia, y haya restaurado lo que estaba en ruinas en las sinagogas, y la tierra de la confesión haya sido cultivada con las ceremonias de Dios, que antes parecía desolada a todos los santos, que pasan por alto las obras de la conversación terrenal: entonces todos dirán: ¿Cómo la tierra de Judá, que antes era inculta, ahora tiene la semejanza del paraíso de Dios; y las ciudades de Judá, que estaban desiertas y desamparadas, y por su incredulidad saqueadas, ahora están levantadas y fortificadas en la confesión, y en el nombre del Señor Salvador? de modo que toda criatura conozca, y las multitudes de ángeles, que rodean la tierra de Israel, que el Señor ha edificado las ciudades destruidas, y ha plantado las regiones incultas, y lo que había prometido por los profetas, lo ha cumplido con hechos. Y no estará contento con este don de su liberalidad hacia el pueblo que ha salvado; sino que otorgará mucho más. Porque será hallado por la casa de Israel, que había sido buscado por mucho tiempo, y no hallado. Y después de que lo haya hallado, los multiplicará como ovejas: no de animales irracionales, sino ovejas de hombres, que están llenas de razón y confesión, como ovejas santas y rebaños de Jerusalén, en la que propiamente está el culto de Dios, y la visión de la paz, en sus solemnidades cuando comemos los ázimos de sinceridad y verdad (I Corintios V), y nos alimentamos de la carne del Cordero y bebemos su sangre, y en las siete semanas, y en las tabernáculos de este siglo celebramos las fiestas del Señor, para que las ciudades que antes estaban desiertas se llenen de rebaños de hombres, y de esta manera reconozcan, que él es el Señor, que ha concedido todo. Esto según la verdad de la historia, o más bien según la fe de la profecía: cómo el pueblo de Israel será restaurado a su estado íntegro, y el resto del pueblo de los judíos, según enseña el apóstol Pablo (Romanos IX, 11), sean salvos en el apóstol, y en todos los que de los judíos creyeron al principio, y hasta hoy regresan a la Iglesia, basta con haberlo dicho brevemente. Ahora debe abrirse el sentido de la tropología con la misma brevedad. Cualquiera que sea de la casa de Israel, y vea la paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento, habita en su tierra, es decir, en la Iglesia, o en la morada de la carne, que le ha sido dada por Dios. Pero si contamina ambas tierras con sus malos caminos, y es comparado con la inmundicia de una mujer menstruante: Dios derrama su indignación sobre él, por la sangre, ya sea suya, o de aquellos a quienes ha escandalizado, y ha derramado sobre la tierra, y con sus pensamientos perversos con los que la contamina. Entonces será dispersado entre las naciones, para ser igualado a los incrédulos, y será esparcido en la tierra como pajas, para ser separado del trigo de la Iglesia, y será juzgado según sus caminos. Pero si ni así siente su pecado, sino que profana su santo nombre, todos dirán entre los que habite: He aquí el pueblo de Dios, he aquí el que salió de su tierra, más bien fue expulsado. Pero si hacen penitencia, y soy santificado en medio de ellos, entonces toda la multitud de gentiles conocerá, que yo los sacaré de las tierras, en las que fueron dispersados, y los devolveré a la tierra de la Iglesia, y derramaré sobre ellos no las aguas del Bautismo salvador, sino las aguas de la doctrina y la palabra de Dios: y los limpiaré de todas sus inmundicias, y de todos los ídolos y errores que en su corazón habían simulado. Y les daré, dice, un corazón nuevo, que habían perdido por el pecado, y renovaré un espíritu recto en sus corazones. Y quitaré el corazón de piedra, es decir, el corazón incrédulo; y daré un corazón de carne, blando y tierno; que reciba los

preceptos de Dios; de modo que anden en mis preceptos, y hagan los juicios; que antes habían descuidado, y habiten en la tierra que di a sus padres, es decir, a los maestros y doctores: y nuevamente sean el pueblo de Dios, y el Señor se convierta en su Dios, a quien antes habían ofendido. Entonces serán salvados de todas sus inmundicias, y se multiplicará para ellos el trigo, del cual se hace el pan celestial; y no sufrirán más hambre de la palabra de Dios; y se multiplicará en ellos el árbol de la sabiduría, y se llenarán los productos en su pecho. Y no serán más oprobio entre las naciones; pero después de que Dios se haya compadecido de ellos, recordarán sus malos caminos, y sabrán dónde estuvieron, y les disgustarán sus iniquidades. Lo que dice el Señor, no lo hará por ellos, sino por su propia clemencia. Por lo cual también exhorta a los errantes, para que se avergüencen, y se sonrojen en sus caminos, y sean restaurados en las ciudades de la Iglesia, que nuevamente sean habitadas por ellos, y todo lo que en ellas había caído, sea edificado: y vuelvan a las ceremonias antiguas, y la tierra que antes estaba desierta, que a los vecinos y peregrinos, y a los que pasan por la conversación de este mundo les parecía desolada, vuelva a su estado original; y todos se maravillen, y digan: Esa tierra inculta, esa tierra desierta, en la que antes perecieron todas las virtudes, ahora se ha hecho como un jardín de delicias y un paraíso de Dios; y las ciudades que antes estaban desiertas, que no tenían a Dios como huésped, y estaban desamparadas del Espíritu Santo, y socavadas por la incredulidad, ahora estarán fortificadas por la fe de Cristo: para que todos sepan alrededor, que el Señor ha edificado las almas dispersas, y ha plantado en ellas, y ha sembrado los árboles de todas las virtudes; y él mismo ha concedido con hechos lo que prometió con palabras. Nuevamente el discurso profético exhorta a los penitentes, para que incluso cuando hayan regresado a la Iglesia, siempre busquen al Señor, y lo encuentren: para que se multipliquen las multitudes de los que regresan como rebaños del Señor: no de animales irracionales y brutos, sino rebaños de hombres, que estén llenos de fe y razón, rebaños santos, rebaños de la ciudad de Jerusalén, en todas las solemnidades, que han recibido por la clemencia de Dios; para que después de que la multitud de tales rebaños haya llenado las ciudades del Señor, entonces todos sepan, que él es el Señor.

(Cap. XXXVII.---Vers. 1 seqq.) 431 La mano del Señor vino sobre mí, y me sacó en el espíritu del Señor: y me dejó en medio del campo, que estaba lleno de huesos, y me hizo dar vueltas alrededor de ellos. Eran muchos sobre la faz del campo, y muy secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿crees que estos huesos vivirán? Y dije: Señor Dios, tú lo sabes. Y me dijo: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, escuchad la palabra del Señor: así dice el Señor Dios a estos huesos: He aquí que yo introduciré en vosotros espíritu, y viviréis: y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer sobre vosotros carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os daré espíritu, y viviréis y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me había sido ordenado: y se produjo un sonido mientras profetizaba, y he aquí un movimiento, y los huesos se juntaron, cada uno a su articulación. Y vi, y he aquí sobre ellos nervios, y carne subió, y piel se extendió sobre ellos, pero no tenían espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu: Profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: así dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había sido ordenado, y el espíritu entró en ellos y vivieron: y se pusieron de pie, un ejército muy grande. Y me dijo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos dicen: Nuestros huesos se han secado, y nuestra esperanza ha perecido, y hemos sido cortados. Por tanto, profetiza, y diles: así dice el Señor Dios: He aquí que abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel: y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras tumbas, pueblo mío, y ponga mi espíritu en

vosotros, y viviréis, y os haré descansar sobre vuestra tierra, y sabréis que yo, el Señor, he hablado, y lo he hecho, dice el Señor Dios.

LXX: Y la mano del Señor vino sobre mí, y me sacó en el espíritu del Señor, y me puso en medio del campo, y este estaba lleno de huesos humanos, y me hizo dar vueltas alrededor de ellos, y he aquí que eran muchos sobre la faz del campo y muy secos, y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor, Señor, tú lo sabes. Y me dijo: Hijo de hombre, profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, escuchad la palabra del Señor: así dice el Señor Dios a estos huesos: 432 He aquí que traeré sobre vosotros espíritu de vida: y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer sobre vosotros carne, y extenderé sobre vosotros piel, y pondré mi espíritu sobre vosotros, y viviréis: y conoceréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me había sido ordenado: y se produjo una voz mientras profetizaba, y he aquí un movimiento, y los huesos se juntaron, cada uno a su articulación. Y vi, y he aquí sobre ellos nervios, y carne surgía, y piel subía sobre ellos, pero no había espíritu en ellos. Y me dijo: Profetiza, hijo de hombre, profetiza sobre el espíritu, y di al espíritu: así dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, espíritu, y sopla sobre estos muertos y vivirán. Y profeticé como me había sido ordenado, y el espíritu entró en ellos, y vivieron, y se pusieron de pie: una gran congregación. Y el Señor me habló, diciendo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos dicen: Nuestros huesos se han secado: nuestra esperanza ha perecido, hemos desesperado: por tanto, profetiza, y diles: así dice el Señor Dios: He aquí que abriré vuestras memorias, y os sacaré de vuestras tumbas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel, y conoceréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, para sacaros de vuestras tumbas, pueblo mío, y ponga mi espíritu en vosotros, y viviréis, y os pondré sobre vuestra tierra, y conoceréis que yo soy el Señor: he hablado y lo haré, dice el Señor Dios.

La visión es famosa, y celebrada en la lectura de todas las Iglesias de Cristo: por lo cual, por esta razón en particular, he puesto ambas ediciones en su totalidad; para que no se nos haga ninguna calumnia por parte de los hebreos, si al menos en las palabras hubiera alguna discrepancia. Suelen reírse de nosotros, y levantar la ceja y con mejillas infladas eructar conocimiento de las Escrituras, si no digo discrepancia de sentidos (que si la hubiera, con razón se reprende), si pudieran demostrar disonancia de palabras en nuestros códices. Los que piensan que sobre la resurrección, que es creída por todos, tanto judíos como cristianos, es palabra de Dios, suelen decir esto: La mano del Señor vino sobre el profeta, esto es, el Señor y Salvador, por quien el Padre hizo todas las cosas. Porque todo fue hecho por él, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Y me sacó, 433 dice, en el espíritu del Señor, se sobreentiende, la mano del Señor. Pero lo sacó en espíritu: no en cuerpo, sino fuera del cuerpo, y lo puso, o lo dejó en medio del campo, que estaba lleno de huesos humanos: ni le permitió descansar, sino que hizo que diera vueltas alrededor de todos los huesos, que no estaban cubiertos de tierra, sino yacían sobre el campo: no solo muchos, sino muchísimos, y por la antigüedad del tiempo muy secos y sin humedad alguna. Y cuando la palabra divina le preguntó si creía que estos huesos podían vivir, respondió: Señor Dios, tú lo sabes, que tienes pleno conocimiento de lo futuro. Y el Señor le dijo: Profetiza sobre los huesos, o sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, escuchad la palabra del Señor. En lo cual es de admirar cómo habló a los huesos secos, que antes de tener nervios, carne, y piel, y espíritu vivificante, podían escuchar la palabra de Dios. Primero, los huesos se unen con otros huesos por los lazos de los nervios: luego se llenan de carne, y sobre ellos, por belleza, se extiende la piel, que cubre la fealdad de la carne desnuda; y entonces reciben el espíritu, que los hace vivir, y después de que han vivido, entonces reconocen que él es el Señor. Así que, diciendo el profeta lo que le fue ordenado, inmediatamente se produjo un movimiento, y los huesos se unieron a su estructura, atados por nervios, llenos de carne, cubiertos de piel: yacían cuerpos

humanos sin espíritu. Por eso el profeta profetiza al espíritu, y dice: Así dice el Señor Dios: Ven de los cuatro vientos, espíritu: de las cuatro partes del mundo, para que así como en la primera creación del hombre, Dios sopló en su rostro, y fue hecho un alma viviente (Génesis II, 7): así también la segunda creación, es decir, la resurrección de los muertos, sea vivificada por el soplo del espíritu: que entró en los cuerpos humanos, y al instante vivieron, y se pusieron de pie. De donde también se dice la resurrección de los muertos, congregación, o gran Iglesia (Salmo CIII, 30), y como se tiene en hebreo, gran ejército; y se completa en ese tiempo: Envía tu espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra. Pero lo que sigue: Y me dijo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel, parece plantear una cuestión, ya que no se dice de la resurrección general, sino propiamente de la resurrección de la casa de Israel, que dice: Nuestros huesos se han secado, y nuestra esperanza ha perecido, y hemos sido cortados de nuestra tierra, o hemos desesperado por completo: a los que dicen esto, Ezequiel es compelido a profetizar por tercera vez, y decir a los huesos secos: Así dice el Señor Dios: He aquí que abriré vuestros sepulcros. En lo cual se pregunta: Si abre los sepulcros, ¿cómo dijo antes: Eran muchos sobre la faz del campo, y muy secos? Y dice: Y os sacaré de vuestras tumbas, pueblo mío, según lo que está escrito en el Evangelio: Viene la hora; cuando los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán los que hicieron el bien a la resurrección de vida (Juan V, 2). Y de nuevo: Los que oigan vivirán (Ibid.). Y si, como algunos piensan, el discurso divino habla de la resurrección general, ¿por qué fue necesario decir especialmente: Y os llevaré a la tierra de Israel, cuando en todo el mundo deben resucitar los muertos de los lugares en que fueron sepultados? Y cuando, dice, os saque de vuestras tumbas, y ponga mi espíritu en vosotros, y viváis, entonces os haré descansar sobre vuestra tierra; para que después de que hayáis descansado en la tierra de Israel, entonces reconozcáis que yo soy el Señor, que he cumplido mis promesas con hechos. Los que entienden que estas palabras se refieren a la resurrección general, refieren lo que parece plantear una cuestión: Estos huesos son toda la casa de Israel, a la resurrección de los santos, de la cual 435 también habla el apóstol Juan en el Apocalipsis: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección, sobre él la segunda muerte no tiene poder (Apocalipsis XX, 6): que evidentemente hay una resurrección de los santos, otra de los pecadores. Y la tierra de Israel que el Señor promete a los resucitados, afirman que es aquella de la que está escrito: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mateo V, 4). Y: Agradaré al Señor en la tierra de los vivientes (Salmo CXIV, 9). Esto dicen los que piensan que Ezequiel escribió sobre la resurrección general, como hemos dicho. Pero los que interpretan estas cosas de esta manera, no deben hacernos envidia, porque exponiendo este lugar de otra manera, parezcamos negar la resurrección. Sabemos que se encuentran en las Escrituras santas testimonios mucho más robustos, y en los que no hay duda alguna, como es aquel de Job: Resucitará mi piel, que esto soporta (Job XIX). Y en Daniel: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, resucitarán; unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna (Daniel XII, 2). Y en el Evangelio: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno (Mateo X, 28). Y el apóstol Pablo: Que vivificará vuestros cuerpos mortales por su espíritu que habita en vosotros (Romanos VIII, 11), y muchos otros. De lo cual es evidente que no negamos la resurrección, sino que sostenemos que estas cosas no fueron escritas sobre la resurrección, y que a través de la parábola de la resurrección, se profetiza sobre la restauración de Israel que en ese tiempo estaba cautivo en Babilonia. Ni daremos inmediatamente ocasión a los herejes, si negamos que estas cosas se entiendan de la resurrección común. Nunca se pondría la similitud de la resurrección para significar la restauración del pueblo israelita, si no existiera la resurrección misma, y se creyera futura: porque nadie confirma cosas inciertas con cosas inexistentes. Y toda nuestra afirmación tiende a eso, que así como parece increíble que a huesos secos, y consumidos por mucha

antigüedad, se les prometa una futura resurrección: y sin embargo, lo que se promete sucederá; así también la restauración del pueblo de Israel, que fue llevado en cautiverio, 436 y disperso por todo el mundo, parece increíble a aquellos que no conocen el poder de Dios, pero sin embargo sucederá: porque yo, dice, el Señor he hablado, y haré como he prometido. Finalmente, también en la profecía anterior, en la que se promete a los montes de Israel el antiguo estado, el Señor les dice: Y me volveré a vosotros, y seréis arados, y recibiréis semilla, y multiplicaré en vosotros hombres, y toda la casa de Israel (Supra XXXVI, 9, 10): y de nuevo, que la casa de Israel habitará en su tierra, que una vez inculta, después será como un jardín de delicias, y las ciudades desiertas y abandonadas serán fortificadas; y se multiplicará en ellas la casa de Israel, como un rebaño de ovejas, y las demás cosas que siguen pertenecen al mismo sentido, que ahora se dice bajo la tropología y parábola de los huesos secos, y completamente sin humedad de vida, cumpliéndose aquello que está escrito en el Evangelio: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mateo XIX, 26). Pero fueron sacados de sus sepulcros, de los sepulcros de la cautividad, y de las cadenas con las que estaban atados en servidumbre babilónica. Pero todas estas cosas los judíos las confirman como cumplidas bajo Zorobabel, como dije antes, cuando se produjo un gran movimiento; y el reino de los caldeos fue trasladado a los medos y persas: o en la presencia de su Cristo, que creen que ha de venir. Nosotros, sin embargo, recordamos que se cumplieron espiritualmente después de la cruz del Señor Salvador; y que se hacen diariamente en aquellos especialmente, que como Lázaro, atados con las vendas de sus pecados, son resucitados a la voz del Señor (Juan XI); y verdaderamente son casa de Israel, una vez seca, y sin esperanza alguna de salvación: pero al entrar en sí el espíritu de gracia, y extendiendo el Señor la mano, son liberados del profundo del infierno: y los que antes decían: Señor Dios, tú lo sabes, después escuchan liberados: Hombres de poca fe, ¿por qué dudasteis? (Mateo XIV, 31).

(Vers. 15, seq.) «Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, toma para ti un madero, y escribe sobre él Judá, y los hijos de Israel, sus compañeros, y toma otro madero, y escribe sobre él José, el madero de Efraín, y toda la casa de Israel, sus compañeros. Y júntalos uno con otro para ti en un solo madero; y serán uno en tu mano. Y cuando te digan los hijos de tu pueblo, hablando: ¿No nos indicarás qué significan para ti estos? Les hablarás: así dice el Señor Dios: He aquí que yo tomaré el madero de José, que está en la mano de Efraín, y las tribus de Israel, que están unidas a él: y los pondré junto con el madero de Judá, y haré de ellos un solo madero, y serán uno en mi mano. Y los maderos sobre los cuales escribas estarán en tu mano a la vista de ellos: y les dirás: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo tomaré a los hijos de Israel de entre las naciones a las que han ido: y los reuniré de todas partes, y los llevaré a su tierra, y haré de ellos una sola nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será rey de todos ellos. Y no serán más dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos; ni se contaminarán más con sus ídolos, y con sus abominaciones, y con todas sus iniquidades, y los salvaré de todas sus moradas en las que pecaron, y los limpiaré, y serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y mi siervo David será rey sobre ellos, y un pastor habrá para todos ellos: caminarán en mis juicios, y guardarán mis mandamientos, y los cumplirán. Y habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob: en la cual habitaron vuestros padres, y habitarán en ella ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos para siempre: y mi siervo David será su príncipe para siempre. Y haré con ellos un pacto de paz: será un pacto eterno para ellos, y los estableceré, y los multiplicaré, y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Y mi tabernáculo estará entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre.

LXX: Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, toma para ti una vara, y escribe sobre ella Judá, y los hijos de Israel que están con él, y toma para ti una segunda vara, y escribe sobre ella José, la vara de Efraín, y todos los hijos de Israel que están con él, y únelas una con otra para ti en una sola vara, para que las unas, y estarán en tu mano. Y será cuando te digan los hijos de Israel hablando: ¿No nos indicas qué son estas para ti? Y les dirás: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo tomaré de la tribu de José por la mano de Efraín las tribus de Israel, que están unidas a él, y los pondré todos sobre la tribu de Judá, y serán una sola vara, y serán una en la mano de Judá. Y las varas que inscribiste estarán así en tu mano ante ellos: y les dirás, así dice el Señor Dios: He aquí que yo tomaré toda la casa de Israel de entre las naciones, a las que han ido: y los reuniré de todos los alrededores, y los llevaré a la tierra de Israel, y haré de ellos una sola nación en mi tierra en los montes de Israel, y un príncipe será rey de todos ellos. Y no serán más dos naciones: ni se dividirán más en dos reinos, para que no se contaminen más con sus ídolos y con sus ofensas, y con todas sus impiedades. Y los libraré de todas sus iniquidades, en las que pecaron, y los limpiaré y serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y mi siervo David será príncipe en medio de ellos, y un pastor habrá para todos ellos, porque caminarán en mis preceptos, y guardarán mis juicios, y los cumplirán. Y habitarán en su tierra que di a mi siervo Jacob, donde habitaron sus padres, y habitarán en ella ellos y sus hijos, y los hijos de sus hijos para siempre. Y mi siervo David será su príncipe para siempre. Y estableceré con ellos un pacto de paz, será un pacto eterno con ellos: y los estableceré, y los multiplicaré, y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre, y mi tabernáculo estará entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor que los santifico, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre.»

La historia de los Reyes narra (III Reyes XII), que bajo Roboam, hijo de Salomón, las doce tribus fueron divididas, y dos, es decir, Judá y Benjamín con los levitas y sacerdotes siguieron a Roboam, quien reinó en Jerusalén, y su reino fue llamado Judá. Las otras diez tribus que dijeron: No tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isaí, se sometieron a Jeroboam, hijo de Nabat de la tribu de Efraín, quien era hijo de José, y le sirvieron: y fueron llamadas en gran parte del pueblo por el antiguo nombre de Israel; y durante mucho tiempo el reino de Judá e Israel tuvieron conflictos entre sí, obedeciendo a sus propios reyes (IV Reyes XXV): y las primeras diez tribus fueron capturadas por los asirios, y después de algún tiempo las que se llamaban Judá, fueron llevadas cautivas a Babilonia por los caldeos, y la tribu de Judá fue devuelta a su antigua tierra después de setenta años: pero las diez tribus que se llamaban Israel, hasta hoy sirven como cautivas en las montañas y ciudades de los medos (IV Reyes XXV).

Por lo tanto, esta profecía presente promete desde la boca del Señor, que ambos reinos se unirán, es decir, el reino de Judá y el reino de Israel; y se tomará la vara de Efraín, que fue engendrado de la estirpe de José, con las otras tribus que se le unieron, y se unirá a la vara de Judá, para que no se llame más Judá e Israel, sino que se llamen con un solo nombre Judá: y bajo la figura del profeta, que precede en el tipo del Señor Salvador, no se sostendrán con dos manos, sino con una sola mano de Cristo. Pues dice que tomará a los hijos de Israel de entre las naciones, a las que fueron llevados cautivos, y los devolverá a la tierra y a los montes de Israel, de los cuales leímos antes: y se llamará una sola nación, y será gobernada por el imperio de un solo rey: para que no se contaminen más con ídolos y abominaciones; sino que cuando sean liberados de las moradas de cautiverio, en las que pecaron, serán limpiados de todos los vicios, y serán el pueblo de Dios, de modo que el Señor será su Dios. Y mi siervo, dice, David será rey sobre ellos (Luc. I). De quien también el ángel habla en el Evangelio, que reinará sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin: y será de tal clemencia, que no

solo será llamado rey, sino también pastor, porque mitiga el nombre altivo del imperio con el nombre de pastor. Y cuando sean una sola nación, y habiten en la tierra de Israel, y en los montes, caminarán en todos los juicios del Señor, y guardarán sus preceptos; y habitarán no en otra tierra, sino en la que dio a su siervo Jacob, en la que habitaron sus padres, Abraham, Isaac, y Jacob, y los demás santos, y no solo ellos habitarán, sino también sus hijos y nietos según aquello de Virgilio (Eneida, lib. IV): Y los nacidos de los nacidos, y los que nacerán de ellos: y habitarán no por un breve tiempo, sino para siempre. ¿Queréis saber quién es este rey y pastor? Él es de quien hablé antes, mi siervo David. Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6 seq.). Y cuando estén bajo tal rey, haré con ellos un pacto de paz: no como en el Antiguo Testamento de luchas y guerras, sino un pacto de paz, que sobrepasa todo entendimiento, de la cual el Salvador habla a los Apóstoles: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Y el profeta dice: Su lugar fue hecho en paz (Sal. LXXV, 2). Cuando los haya fundado y establecido en la Iglesia, de modo que puedan decir: Puso mis pies sobre la roca (Sal. XXXIX, 3): entonces se multiplicarán ya sea en número de creyentes, o en multiplicación de virtudes. Y daré, dice, mi santificación, o santuario en medio de ellos para siempre, lo cual los judíos interpretan del templo, que fue construido bajo Zorobabel. Pero, ¿cómo podrá sostenerse lo que se dice, para siempre: cuando el templo que fue construido por Zorobabel y luego restaurado por muchos, fue incendiado por el fuego romano? Todo esto debe referirse a la Iglesia, y a los tiempos del Salvador, cuando su tabernáculo fue puesto en la Iglesia: donde se hizo nuestro Dios, y nosotros su pueblo. Y el progreso de todos es, para que sepan que él es el Señor, y él santifica a Israel, no según la carne, sino según el espíritu: cuando su santificación se hizo en medio de los creyentes para siempre. Y aunque el Señor haya rechazado la tribu de Efraín, y haya elegido la tribu de Judá, lo leemos en los Salmos, donde está escrito: Y rechazó el tabernáculo de José, y no eligió la tribu de Efraín; sino que eligió la tribu de Judá (Sal. LXXVII, 67, 68), de la cual está escrito: No faltará príncipe de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel a quien está reservado: y él será la esperanza de las naciones (Gen. XLIX, 10). Pues verdaderamente en la venida del Señor Salvador, dos varas, y como está puesto en hebreo, dos maderos se unieron en un solo cetro, y en el bautismo de Cristo, lo que antes estaba separado se une: para que sean un solo hombre nuevo, y una sola nación, y no se contaminen más con ídolos y abominaciones; sino que con el lavacro de la pureza, sean el pueblo de Dios, y Cristo les gobierne, y habiten sobre la tierra de los mansos, la tierra de los vivientes, que dio a su siervo Jacob, quien suplantó al pueblo de Israel en el vientre de su madre. Pero si queremos entender según la profecía de Oseas, que casi toda se dirige a las diez tribus, es decir, a José y Efraín, y Samaria, e Israel, la falsa ciencia, y las diversas turbas de herejes, diremos esto, que en el último tiempo cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, y todo Israel sea salvo (Rom. XI), entonces también los adversarios del pueblo, que lucharon contra la casa de Judá y la confesión de la Iglesia, se entregarán a la fe eclesiástica, y dejando todos los errores, y los príncipes de este mundo que son destruidos, y sus patriarcas, que los llevaron al abismo de las blasfemias, se levantarán, y dejarán sus ídolos, y sus abominaciones, que forjaron de su corazón, y de todas sus moradas, en las que pecaron, pasarán a la fe eclesiástica, y serán limpiados, y serán el pueblo de Cristo, y él será su Dios: lo cual sé que he dicho más plenamente en el profeta Oseas. Pero si los judíos y los cristianos judaizantes quieren referir esto al reino de mil años, se ven obligados por necesidad, a aceptar que todos los que sean salvos habitarán en la tierra de Israel, se edificará Jerusalén, se construirá el templo, se practicarán todas las ceremonias de la Ley, se observará el sábado, se aceptará la injuria de la circuncisión, se comerá y beberá, y la abundancia de riquezas se considerará como la suma felicidad y todas las riquezas se estimarán, cuando el Apóstol dice: La comida para el vientre, y el vientre para la comida:

pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (I Cor. VI, 13). Y así como en el tipo de la resurrección el discurso profético anterior mostró la resurrección del pueblo judío, no carnal, sino espiritual: así también esta profecía no se refiere a la felicidad de la carne, sino del alma, y a la fe de Cristo, por la cual somos limpiados en el bautismo, cuyo reino es para siempre, para que no esperemos lo que ha pasado, y que sabemos que se realiza diariamente.

(Cap. XXXVIII.) «Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro contra Gog, la tierra de Magog, príncipe de la cabeza (o ros) de Mosoc y Tubal, y profetiza contra él. Y le dirás: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy contra ti, Gog, príncipe de la cabeza (o ros) de Mosoc y Tubal, y te haré dar vueltas, y pondré un freno en tus quijadas, y te sacaré (o congregaré), a ti y a todo tu ejército, caballos y jinetes vestidos con corazas todos ellos, una gran multitud, armados con lanza y escudo, y espada (o peltas y cascos, y espadas): Persas, Etíopes y Libios, con ellos todos con escudo y casco: Gomer y todas sus tropas: la casa de Togarma, los confines del norte (o de los extremos del norte), y toda su fuerza, y muchos pueblos (o naciones) contigo. Prepárate y disponte, tú y toda tu multitud que se ha reunido contigo, y sé para ellos un mandato (o serás para mí una guardia). Después de muchos días serás visitado: en los últimos años vendrás a la tierra que ha sido restaurada (o pervertida) de la espada: y ha sido reunida de muchos pueblos a la montaña (o tierra) de Israel, que ha estado desierta perpetuamente: esta ha sido sacada de los pueblos y habitarán en ella confiadamente todos. Ascendiendo como una tormenta vendrás, y como una nube, para cubrir la tierra tú y todas tus tropas, y muchos pueblos (o naciones) contigo. Así dice el Señor Dios: En ese día subirán palabras sobre tu corazón, y pensarás un pensamiento malvado, y dirás: Subiré a la tierra (o sobre la tierra) sin muro (o desechada): iré a los que están tranquilos y habitan seguros (o en paz): todos ellos habitan sin muro, no tienen cerrojos ni puertas: para saquear despojos, y tomar botín: para extender tu mano sobre los que han sido desolados, y después restaurados, y sobre el pueblo que ha sido reunido de las naciones, que ha comenzado a poseer y habitar el ombligo de la tierra. Sabá y Dedán, y los mercaderes de Tarsis (o Cartagineses y todos los leones de la villa) te dirán: ¿Acaso vienes a tomar despojos? He aquí que has reunido tu multitud para saquear botín, para llevarte plata y oro, y quitar muebles y sustancia, y saquear despojos infinitos. Por tanto, profetiza, hijo de hombre, y di a Gog: Así dice el Señor Dios: ¿Acaso no en ese día cuando mi pueblo Israel habite confiadamente (o en paz) lo sabrás (o te levantarás)? Y vendrás de tu lugar de los confines (o de los últimos) del norte, tú y muchos pueblos contigo, todos ellos jinetes de caballos, una gran congregación, y un ejército poderoso. Y subiendo sobre mi pueblo Israel como una nube, para cubrir la tierra. En los últimos días serás (o será) y te traeré sobre mi tierra: para que todas las naciones me conozcan, cuando sea santificado en ti ante sus ojos, oh Gog. Así dice el Señor Dios: ¿Eres tú aquel de quien hablé en los días antiguos por mano de mis siervos los profetas de Israel, que profetizaron en aquellos días y tiempos (o años): que te traería sobre ellos? Y será en ese día, en el día de la venida de Gog sobre la tierra de Israel, dice el Señor Dios: subirá mi indignación en mi furor. Y en mi celo, en el fuego de mi ira he hablado, porque en ese día habrá un gran temblor sobre la tierra de Israel, y se conmoverán ante mi rostro los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo (o del campo), y todo reptil que se mueve sobre la tierra: y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra, y se derrumbarán (o se rasgarán los montes, y caerán los setos (o valles): y todo muro caerá a tierra. Y convocaré contra él en todos mis montes la espada (o todo el terror de la espada): dice el Señor Dios. La espada de cada uno (o hombre) se dirigirá contra su hermano. Y lo juzgaré con peste (o muerte) y sangre, y con lluvia torrencial y piedras inmensas (o granizo). Lloveré fuego y azufre sobre él, y sobre su ejército (o sobre todos los que están con

él), y sobre muchos pueblos que están con él. Y me engrandeceré, y me santificaré, y seré conocido ante los ojos de muchas naciones, y sabrán que yo soy el Señor.»

Primero deben establecerse los fundamentos de la historia, y debe saberse que este es el último discurso del Señor al profeta Ezequiel. Pues después de este no podemos encontrar algo similar, excepto aquello que está escrito en el vigésimo quinto año de la transmigración de Jeconías: La mano del Señor vino sobre mí, y me llevó allí, es decir, a la tierra de Israel, cuando se describe la edificación del templo, y se narra el orden de sus ceremonias. Luego debe observarse que se pone, o se afirma el rostro del profeta contra la tierra de Gog, o la tierra de Magog. Pues se necesita firmeza y mucha consideración del rostro, para que podamos conocer lo que se dice, según aquello del Apóstol: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor (I Cor.

III, 18) Por lo tanto, los judíos y nuestros judaizantes creen que Gog son pueblos escitas, inmensos e innumerables, que se extienden más allá del monte Cáucaso, el pantano de Meotis y cerca del mar Caspio hasta la India; y que estos, después del reino de mil años, serán movidos por el diablo para venir a la tierra de Israel y luchar contra los santos, reuniendo a muchas naciones con ellos. Primero, Mosoch, que Josefo interpreta como los Capadocios, luego Thubal, que el mismo identifica como los íberos o españoles, los hebreos sospechan que son los italianos, teniendo en su ejército a persas, etíopes y libios: también Gomer y Thogorma, que interpretan como los gálatas y frigios: también los sabeos y Dedán, y los cartagineses, o Tharsis, y esto es lo que Juan también menciona en su Apocalipsis: «Y cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá para engañar a las naciones en los cuatro ángulos de la tierra, Gog y Magog, para reunirlos para la batalla, cuyo número es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada. Y descendió fuego de Dios del cielo y los devoró: y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta: y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. X, 7 ss.).» no entendiendo que todo el libro de Juan, que se titula Revelación, es místico, y necesitamos revelación para poder decir con el profeta: Revela mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII, 18). Otros, dejando el sentido terrenal, y las fábulas judías y de ancianas que son nocivas (I Tim. IV), y complaciéndose a sí mismos, descienden a lo profundo, ascienden demasiado alto, y crean cosas mucho peores, para describir las guerras del diablo y todo su ejército en la Jerusalén celestial, e interpretan bajo topologías [Al. etimologías] de cada nación las maldades espirituales en los cielos. Concediendo todo esto al juicio del lector, intentaremos no tanto condenar lo ajeno como afirmar la explicación eclesiástica. Gog en griego se dice δόμα, en latín techo. Por otro lado, Magog se interpreta como descubierto. Por lo tanto, toda soberbia y ciencia de falso nombre, que se levanta contra el conocimiento de la verdad, se demuestra con estos nombres. Estos son los techos de los que también Isaías habla en la visión contra el valle de Sion: ¿Qué te ha sucedido ahora, que todos has subido a los techos vanos (Isa. XXII, 1)? Y interpretaremos el techo como los príncipes de los herejes: y desde el techo a aquellos que han adoptado sus doctrinas. Y bellamente, después de muchas y místicas profecías en este volumen, la última profecía es contra Gog y Magog. Si el tiempo del juicio es, según Pedro, para comenzar por la casa de Dios, y según este mismo Ezequiel, que dice: Y comenzad por mis santos (Supra IX, 6), y el último enemigo que será destruido es la muerte (I Pedro IV): en Isaías también el primer discurso es contra Judea, en la que está la confesión del Señor, y el último contra los cuadrúpedos que están en el desierto (Isa. II): correctamente aquí también el último discurso es contra Gog y Magog, que atacan la ciudad de Dios, que el ímpetu del río alegra (Sal.

XLV). Y lo que en Isaías dice: Yo soy la ciudad primera, que es atacada (Isa. XXVII, 10). Y de la que en el Evangelio está escrito: No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Y más plenamente en el salmo: Jerusalén que se edifica como ciudad, cuya participación es en sí misma (Sal. CXXI, 3). Montañas alrededor de ella, y el Señor alrededor de su pueblo (Sal. CXXIV, 1). Por otro lado, en el ejército de Gog, o Magog, que según los Setenta, Símaco y Teodoción, es el príncipe Ros, Mosoch y Thubal: la primera nación Ros, Aquila interpreta como cabeza, que también nosotros hemos seguido, para que el sentido sea: Príncipe de la cabeza Mosoch y Thubal. Y en verdad, ni en Génesis, ni en otro lugar de la Escritura, ni siquiera en Josefo, que expone todos los nombres de las naciones hebreas en el primer libro de las Antigüedades, pudimos encontrar esta nación. De lo cual es evidente que Ros no significa nación, sino cabeza. También debe anotarse brevemente que en Ezequiel se dice que Gog es el príncipe de la tierra de Magog. Sin embargo, el Apocalipsis menciona que Gog y Magog son naciones (Apoc. X), que salen de los cuatro ángulos de la tierra. Y así como de Jacob, que después fue llamado Israel, todo el pueblo de los hebreos recibió el nombre de Israel (Gén. XXXII), y de Aram Siria, de Mesraim Egipto, cuyos nombres están escritos en Génesis (Ibid., X): así también de un príncipe Gog todos los que están sujetos a él se llaman Magog. Mosoch se interpreta como locura: y Thubal, todo o todos. Por lo tanto, el príncipe y cabeza de la locura soberbia, y de todos los males, según lo que está escrito: El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19), se llaman Gog y Magog. Estas naciones enemigas y adversarias de los santos, salen de los ángulos de la tierra, dejando la línea recta y la disposición de los campamentos de Dios; que se narra en Números, y sin conocer ese testimonio: Muchos vendrán del Oriente, y del Occidente, y del Norte, y del Sur, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios (Mat. VIII, 11). Y en otro lugar: Diré al Norte, trae; y al Sur, no lo impidas. Trae a mis hijos de tierra lejana, y a mis hijas del extremo de la tierra, todos los que son llamados por mi nombre (Isa. XLIII, 6). Pero no son tales ángulos de la tierra, de los que salen Gog y Magog: junto a los cuales la prostituta se detiene en Proverbios (Prov. XXIII), que apresura a engañar a los jóvenes insensatos que pasan por las calles, por el camino ancho y espacioso que lleva a la muerte. También los escribas y fariseos oran en los ángulos de las calles, para ser vistos por los hombres, que han recibido su recompensa (Mat. VI). ¿Cuál es entonces la amenaza contra Gog? Te haré girar o te convertiré, y pondré un freno en tus mandíbulas. Primero, te haré fluctuar y convertirte de tu sentencia. Y pondré un freno en tus mandíbulas, de lo que está escrito: Con freno y brida constriñe sus mandíbulas, que no se acercan a ti (Sal. XXXI, 9); para que el caballo indómito y lascivo, y cayendo por precipicios, sea sometido al freno del Señor: a quien el profeta dice: Sube sobre tus caballos, y tu cabalgadura es salvación (Habac. III, 8). Y a Job se le dice a través de la nube y el torbellino: ¿Tú rodeaste al caballo con fuerza (Job XXXIX, 19)? Tales eran los caballos y jinetes; cuya multitud Juan vio en el cielo (Apoc. VI). Dice entonces a Gog: Te sacaré, o reuniré, y todo tu ejército, o fortaleza. Quien es sacado, y reunido de la dispersión, es retraído a la salvación, según lo que se promete en la ley: Si tu dispersión está desde el extremo del cielo hasta su extremo, de allí te reuniré (Deut. XXX, 3). También sus caballos y jinetes vestidos con corazas, que imitan la armadura del Apóstol, y se jactan de tener corazas de justicia (Efes. VI): la multitud es inmensa, y todos toman contra la Iglesia escudo y espada, y son naciones muy feroces y enemigas de Israel, persas, etíopes y libios: contra cuyo pueblo de Dios se narran guerras en las Escrituras sagradas. También Gomer y la casa de Thogorma, que vienen de los lados del Norte, que es el viento más frío, y se llama por nombre Derecho, y toda la fuerza de Magog, y todos los pueblos que le están sujetos, vendrán con él a la batalla. A quien se le dice con ironía: prepárate, instrúyete, y reúne a toda tu multitud que obedece tus órdenes; y sabe que después de muchos días serás visitado, según lo que está escrito: Visitaré con vara sus iniquidades y con azotes sus pecados (Sal. LXXXVIII, 33). En el último, dice, de los años vendrás. De donde también Juan habla: Hijitos míos, es la

última hora (I Juan II, 18). Y el pueblo de las naciones en la hora undécima es contratado para trabajar en la viña (Mat. XX), a cuya tierra, es decir, la tierra de los mansos, y la tierra de los santos, que produce frutos al ciento, al sesenta y al treinta por uno, viene Gog a conquistar, que se ha vuelto, o apartado de la espada. Pues sabe que está escrito: Disipa, Señor, las naciones que quieren guerras (Sal. LXVII, 32). Y está en paz, y se ha reunido de muchos pueblos y naciones; para que, despreciando el error de las naciones, venga a los montes de Israel, a saber, los patriarcas y profetas, que alguna vez estuvieron desiertos continuamente sin ley y preceptos de Dios: a quien después se le dice: Más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isa. LIV, 1). Estos son los desiertos y sin agua, en los que el diablo no podía encontrar lugar, porque habían sido llamados a la salvación, y después, habiendo tomado otros siete demonios peores que él, regresó a su casa (Mat. XI), a saber, a la nación de Israel. Esta, dice, ha sido sacada de los pueblos, se sobreentiende la tierra; o aquí ha sido sacado de las naciones, para que se entienda el pueblo creyente que habitó en paz, y confía en el Señor. Ascendiendo Gog con todo su ejército, vendrá como una tormenta, y como una nube, para cubrir la tierra de los creyentes. Pues ¿quién de los herejes, cuyo príncipe es el diablo, no viene como una tormenta contra la Iglesia, y con la nube de sus palabras, apresura a oprimir y cubrir a los simples de los creyentes? Por lo cual se le dice: En cuanto a ti, cubrirás todo y todos tus ejércitos, y muchos pueblos contigo. Y bellamente ascendiendo Gog no tiene lluvia voluntaria, no lluvia temprana y tardía, que alegre los campos secos, sino tormenta y oscuridad, para confundir todo con tinieblas y error. Por eso el Señor Dios le habla así: En ese tiempo, es decir, en los últimos días, subirán palabras sobre tu corazón, y pensarás un pensamiento malvado, diciendo la Escritura: Si el espíritu del que tiene poder quiere subir sobre ti, no dejes tu lugar (Ecles. X, 4). Por el contrario, en el corazón del santo sube Dios, de quien está escrito: Ha dispuesto ascensiones en su corazón (Sal. LXXXIII, 6). Y dice Gog: Subiré a la tierra sin muro, o desprotegida, es decir, que está desprovista de la ayuda de Dios, ni está fortificada con la argumentación de los dialécticos; vendré a los que descansan, y habitan seguros, o en paz. Pues nuestro rey es pacífico, y en paz está su lugar (Sal. LXXV). Todos, dice, habitan sin muro, no tienen cerrojos ni puertas. Esto lo dice el diablo, príncipe de los herejes, que la Iglesia no tiene defensas; ni la sabiduría secular, que es necedad ante Dios, para saquear los despojos, e invadir el botín de la Iglesia, y poner su mano sobre aquellos que habían sido desiertos, cuando no tenían conocimiento de Dios: y después, restaurados por Cristo, vienen al Padre, a quien habla en el Evangelio: Padre, he revelado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Y para que sepamos que el pueblo que había sido desierto, y después restaurado, significa el pueblo cristiano, sigue: Y sobre el pueblo que está congregado de las naciones (Sal. LXXIII, 12). Este pueblo ha comenzado a poseer la herencia de Cristo, y ser habitante del ombligo de la tierra, de la cual está escrito: Ha obrado salvación en medio de la tierra. Pues la verdad ha brotado de la tierra (Ibid. LXXXIV, 1); que dice en el Evangelio: Yo soy el camino, y la vida, y la verdad (Juan XIV, 6). Esto pensando él, y diciendo, y apresurándose a arrebatar la posesión de la Iglesia, las naciones que se habían convertido del error anterior a la salvación, Saba y Dedán, y los comerciantes de Tharsis, Cartago, o del mar que entre las olas de este siglo buscan mercancías con buenas obras, y todas sus villas, o leones, o cachorros de leones como se contiene en hebreo, le hablarán lo siguiente. Para que en lugar de cachorros de leones, que en hebreo se dice CAPHIR (), los Setenta y Teodoción pusieran villas, es un error evidente. Pues si escribes con la letra chi, se llama cachorro de león: pero si con ce, que en hebreo se dice COPH, se llama campo y villa. De donde también Capernaum, se dice campo hermosísimo. Dirán entonces Saba y Dedán, y los comerciantes de Tharsis, y todos los santos, que se llaman cachorros de leones, o ciertamente villas y moradas de los creyentes: Oh Gog, ¿acaso vienes para saquear los despojos de la Iglesia, y por eso has reunido a la multitud, para que la posesión de Cristo sea tu herencia?

¿O piensas que poseerás la plata y el oro, que se entienden en el discurso y el sentido, de la Iglesia, para llevarte todo el mobiliario y la sustancia, y saquear los infinitos botines reunidos por las victorias de Cristo? Por eso, oh Profeta Ezequiel, que en el tipo de Cristo eres llamado hijo de hombre, habla a Gog y dile: Así dice el Señor Dios, cuando el error de todo el mundo haya sido eliminado, mi pueblo Israel, que con la mente ve a Dios, habitará en la Iglesia con confianza, o en paz: entonces sabrás, o te levantarás, y vendrás de tu lugar. Pero cuál sea el lugar de la perversidad herética, el siguiente discurso lo demuestra: Desde los lados del Norte, que intenta enfriar todo el fervor de los creyentes. Y vendrán con él muchos pueblos, todos jinetes de caballos, de los cuales está escrito: El caballo y su jinete arrojó al mar (Éxodo XV, 1): una gran multitud y un ejército vehemente, con los cuales, dice, subiendo sobre mi pueblo Israel como nube y oscuridad, para cubrir mi tierra, de la cual se ha dicho antes: En los últimos días estarás, cuando la predicación evangélica: y te traeré sobre mi tierra. Porque es necesario que haya herejías, para que se manifiesten los aprobados (I Cor. XI, 19), y por voluntad de Dios el diablo y todos los dogmas de perversidad han sido dejados: para que todas las naciones sepan y me entiendan, cuando sea santificado en ti a sus ojos, oh Gog, es decir, cuando con tus penas me entiendan como juez. Y hace una apóstrofe a Gog mismo; ¿No eres tú aquel de quien hablé en los días antiguos, en manos de mis siervos los profetas de Israel? A saber, Moisés, quien dice en el libro de los Números, al menos según los Setenta: Saldrá un hombre de su simiente, y dominará a muchas naciones, y se elevará Gog su reino, y crecerá su reino (Núm. XXIV, 7). Sin embargo, según el hebreo, encontré escrito así: Por eso será levantado Agag [Vulg. Gog] su rey, y su reino será quitado: porque el reino de Israel en Saúl fue destruido por Agag rey de Amalec. Y en otro lugar: Limpiará la tierra de su pueblo (Joel III). Joel también en el valle de Josafat, es decir, del juicio de Dios, describe a los pueblos que se congregarán. E Isaías y todos los profetas, en cuyas manos y buenas obras se hace la palabra del Señor. Cuando, pues, vengas sobre la tierra de Israel, mi indignación subirá en mi furor contra ti, y en mi celo por mi pueblo. En el fuego de mi ira he hablado, que consumirá toda la madera de tus vicios. En ese tiempo, dice, habrá un gran temblor sobre la tierra de Israel. Porque el diablo enviará frecuentes persecuciones contra la Iglesia: que cuando sean aplacadas, y vencidas por la protección de Dios, entonces se conmoverán ante su presencia los peces del mar, y las aves del cielo, y las bestias del campo, y todo reptil que se mueve sobre la tierra, y todos los hombres que están sobre la faz de la tierra. Lo cual se demuestra claramente sobre los habitantes de la Iglesia: de los cuales algunos, como peces del mar; otros, como aves del cielo; otros, como bestias del campo, y todos los reptiles que se mueven sobre la tierra; otros, como reteniendo la dignidad del hombre, habitan sobre la faz de la tierra. Pero que la diversidad de costumbres se señale con varios nombres, también el Apóstol escribe a los Corintios, quien dice que después de la resurrección hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales (I Cor. XV); y un cuerpo de pez, otro de ave, otro de bestias, otro de reptiles, y otro de hombres, que han conservado su nombre original. También en los hechos de los apóstoles, aquel lienzo que se muestra por tercera vez al apóstol Pedro (Hechos X), significa la variedad de los creyentes, que también se contiene en el Arca del diluvio. Entonces, desde la presencia del Señor, y desde la vista de su majestad, se derrumbarán los montes, que se elevaban contra el conocimiento de Dios: y caerán las cercas o valles, que o bien por la humildad del sentido se han sumergido en lo profundo; o ciertamente las fortificaciones, que prometen algo, para imitar a la Iglesia de Dios, de cuyas cercas se dice: El que destruye la cerca, lo morderá la serpiente (Eclesiástico X, 8). Y todos los muros caerán a tierra. Porque cuando aparezca la fortaleza del discurso eclesiástico, todas las fortificaciones de los herejes caerán. Y llamaré, dice, contra él, es decir, el príncipe de los herejes Gog, en todos sus montes la espada, para que los príncipes de su ejército sean

consumidos por la espada del Señor. Entonces la herejía luchará contra la herejía, cuya lucha entre sí es nuestra victoria. Y juzgaré, dice, a él con muerte, o peste, y sangre, y lluvia vehemente, y piedras inmensas, o granizo. Gog es juzgado por su muerte, y la sangre que derramó, y la lluvia vehemente, por los discursos de hombres instruidos y perfectos, y las piedras inmensas, que lo sepulten con los testimonios de las Escrituras, o el granizo, que haga enfriar su calor: Porque todos los adúlteros, como horno son sus corazones (Oseas VII, 4). Lloveré fuego y azufre sobre él: por lo cual se demuestra el castigo del juicio eterno. Y no solo sobre él, que fue el autor de la perversidad, sino también sobre todo su ejército y multitud, y sobre muchos pueblos que están con él. Porque los herejes tienen muchos socios, más bien el diablo, su príncipe, está rodeado de una multitud infinita. Y eliminado todo error, y castigados y destruidos los príncipes de los herejes, el Señor es magnificado, y santificado en los creyentes, y conocido en los ojos de muchas naciones, que creyeron en su fe: y tanto por su bienaventuranza, como por los castigos de los adversarios, sabrán y conocerán que él es el Señor. Esto lo hemos interpretado como hemos podido, obedeciendo a aquel precepto: No te desviarás ni a la derecha ni a la izquierda, sino que caminarás por el camino real (Deut. XXVIII, 14). Pero si alguien critica lo nuestro: o que presente algo mejor, que sigamos, o si no quiere decir nada, deje la perfecta ciencia a Dios; mientras sepa que no en nosotros, sino en el ánimo debe ser juzgado.

(CAP. XXXIX.---Vers. 1 seq.) «Tú, hijo de hombre, profetiza contra Gog, y dirás: Así dice el Señor Dios: He aquí que yo estoy contra ti, Gog, príncipe de la cabeza (o Ros), Mosoc y Tubal; y te haré girar (o reuniré); y te haré volver (o te haré descender); y te haré subir de los lados (o de los últimos) del Norte; y te traeré sobre los montes de Israel. Y golpearé (o destruiré) tu arco en tu mano (o de tu mano) izquierda, y tus flechas de tu mano derecha; y te derribaré sobre los montes de Israel, y caerás tú y todas tus tropas, y los pueblos (o naciones) que están contigo. A las fieras, a las aves, y a todo volátil, y a las bestias de la tierra te he dado para ser devorado. Sobre la faz del campo (o del campo) caerás: porque yo he hablado, dice el Señor Dios. Y enviaré fuego en Magog, y en aquellos que habitan en las islas con confianza (o y las islas serán habitadas en paz): y sabrán que yo soy el Señor. Y haré conocer mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel, y no profanaré (o no será profanado) más mi santo nombre; y sabrán las naciones que yo soy el Señor, el Santo de Israel. He aquí que viene, y ha sucedido (o y sabrás que será), dice el Señor [Vulg. añade Dios]: este es el día del que hablé. Y saldrán los habitantes de las ciudades [Vulg. de las ciudades] de Israel, y encenderán y quemarán las armas, el escudo y las lanzas (o peltas y lanzas), el arco y las flechas, los bastones de las manos [Vulg. manos]: y las lanzas (o lanzas): y las encenderán al fuego durante siete años. Y no llevarán (o no tomarán) leña de las regiones (o de los campos), ni cortarán de los bosques: porque las armas encenderán al fuego, y saquearán a aquellos de quienes fueron saqueados; y despojarán a sus devastadores, dice el Señor Dios. Y será en aquel día, daré a Gog un lugar nombrado sepulcro en Israel; el valle de los viajeros al Oriente del mar, que hará asombrar a los que pasan (o πολυάνδριον de aquellos que vinieron al mar, y construirán alrededor de la entrada del valle; y allí sepultarán a Gog y a toda su multitud; y será llamado el valle (o GE) de la multitud de Gog. Y los sepultará la casa de Israel, para limpiar la tierra (o para que la tierra sea limpiada) durante siete meses. Y los sepultará todo el pueblo de la tierra, y será para ellos un día nombrado, en el que fui glorificado, dice el Señor Dios. Y constituirán hombres continuamente, recorriendo (o circundando) la tierra, para que sepulten, y busquen a aquellos que quedaron [Vulg. habían quedado] sobre la faz de la tierra, para que la limpien: después de siete meses comenzarán a buscar. Y recorrerán la tierra: y cuando vean un hueso de hombre, colocarán junto a él un título, hasta que lo sepulten los sepultureros en el valle (o GE) de la multitud de Gog. El nombre de la ciudad será Amona (o Polyandrion): y limpiarán la tierra (o la tierra será limpiada).» Y estos herederos de la

tradición judía, y discípulos de interminables fábulas, sostienen que después del reino de mil años: Gog, príncipe de Ros, Mosoc, y Tubal será destruido en los confines de Israel; y será devorado por todas las aves y bestias: y los habitantes de las ciudades de Israel durante siete años no tendrán uso de leña de la tala de los bosques, sino de las armas de Gog, a saber, escudos y lanzas, flechas y bastones o lanzas: y Gog mismo será sepultado en el valle, que en hebreo se llama GE (), y el nombre de su sepulcro será llamado πολυάνδριον; donde ciertamente una multitud de hombres está sepultada. Y durante siete meses será sepultado por la casa de Israel, para que la tierra sea limpiada: y será un día ilustre, cuando Gog sea muerto, y se constituirán aquellos que busquen diligentemente los huesos y los sepulten, para que nada quede en la tierra sin sepultar. Después de los meses, o en los siete meses, recorrerán la tierra; y donde vean un hueso de hombre, colocarán un título cerca para mostrarlo, para que después lo sepulten aquellos que están encargados de esta obra: y el nombre de la ciudad será llamado Amona, que en griego se dice πολυάνδριον, es decir, multitud de hombres sepultados; y así la tierra será limpiada. Esto han dicho ellos. Pero nosotros, manteniendo el sentido de la explicación comenzada, discutamos cada una de las cosas que hemos propuesto. Gog también tiene su propia trinidad: Ros, Mosoc, y Tubal; cabeza, a saber, y locura, y todo; para que no haya vicio que no consista en la posesión de Gog. Este será llevado, o girado, y palpado, o alimentado: para que esperando la victoria, sea llevado a la batalla para ser muerto. Y ascenderá de los lados, o de los últimos del Norte, de donde se encienden los males sobre toda la tierra (Jerem. I). Y de allí mismo será llevado sobre los montes de Israel: que debemos entender como los apóstoles y hombres apostólicos, y eclesiásticos, para que después de haber sido llevado a los montes de Israel, entonces sea golpeado el arco, que está en su mano izquierda, y las flechas, que se sostienen en la mano derecha. Porque él también imita tener armas a la izquierda y a la derecha, para matar a aquellos que ha engañado, por buena y mala fama. Estas son las flechas, y estos los dardos, de los cuales también habla el Salmista: Porque he aquí que los pecadores han tensado el arco: han preparado sus flechas en la aljaba, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 2). Las cuales flechas encendidas del diablo deben ser apagadas con el escudo de la fe (Efes. VI). Pero Gog será derribado, o caerá, que había subido sobre los montes de Israel, en esos mismos montes con todo su ejército y todas sus tropas; y será en comida para las fieras, las aves, y todos los volátiles y bestias de la tierra: a saber, las potestades adversarias, que junto al camino comen la semilla, y las bestias sanguinarias. Porque así como está escrito del dragón: Lo diste en comida a los pueblos de Etiopía (Sal. LXXIII, 14); así los engañados por los herejes son comida de los demonios. Pero Gog caerá, ya sea en la amplitud del campo, o en el campo, que es cultivado por los agricultores de Dios. Porque no puede ser que las palabras del Señor sean vanas. Entonces se enviará fuego en Magog, en aquellos que recibieron la doctrina de Gog, y en aquellos que a semejanza de las islas son golpeados por las olas del mundo, y piensan que deben estar seguros: ese fuego del que el Señor habla: Fuego vine a traer sobre la tierra; y cuánto [Al. que] quiero que arda (Luc. XII, 49); para que todos sepan y entiendan que yo soy el Señor, y mi santo nombre sea conocido en medio de mi pueblo, que no ha sido seducido por la autoridad de Gog: ni más por ocasión del falso nombre de ciencia sea profanado mi nombre en los herejes; y sepan las naciones, que están alrededor, que yo soy el Señor. Pero lo que sigue: He aquí que viene, y ha sucedido, se dice del juicio de Cristo: Que viniendo vendrá, y no tardará (Habac. II, 3). Y ese es el día de las penas y la venganza, del que el Señor ha hablado por todos los profetas. Y saldrán los habitantes de las ciudades de Israel, el pueblo de los creyentes: las ciudades de Israel entendemos como las Iglesias de la fe recta. Y encenderán, y quemarán las armas, de las cuales también en otro lugar está escrito: Romperá el arco, y quebrará las armas, y quemará los escudos al fuego (Sal. XLIII, 10), los escudos y las lanzas, el arco y las flechas, los bastones de las manos, en los cuales celebraban la Pascua perversa: las lanzas, o las lanzas, con las que infligían heridas anchas e incurables

de doctrinas: y los escudos, arcos y flechas, de los cuales se ha dicho antes. Y lo que sigue: Y las encenderán al fuego durante siete años, debe ser explicado desde el Éxodo y el Levítico (Éxodo XXI; Levítico XXV), en los cuales la Ley ordena, que en el séptimo año de remisión, cuando a los siervos hebreos se les devuelve la libertad, y todas las deudas se cancelan, y la antigua posesión regresa a los dueños, y se concede el descanso de la tierra, y todas las cosechas se donan a los pobres, para que en siete años, en número sagrado y perfecto, la armadura de los herejes perezca, y los hombres eclesiásticos no corten leña de los campos y regiones, bosques y selvas de las naciones, a quienes más bien desean salvar que perder; sino de los escudos, lanzas, flechas, bastones, y lanzas de los herejes, a quienes han vencido. Porque ellos también tienen diversas armas para atacar a la Iglesia de Cristo, que deben ser encendidas por hombres instruidos con el fuego del Espíritu Santo; con el discurso eclesiástico, que quien lo tenga, podrá decir: ¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando Jesús nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV, 12). Ni podemos tener plena paz, y confianza de habitación, a menos que despojemos completamente el mobiliario de los adversarios: para que todo perezca, y se convierta en ceniza; y despojemos a aquellos que antes nos habían despojado, y devastemos a aquellos que antes devastaron la Iglesia. En aquel día, en la clara luz de la predicación: Daré, dice, a Gog un lugar nombrado sepulcro en Israel; según el hebreo, el valle de los viajeros al Oriente del mar, que hace asombrar a los que pasan. El sentido de este discurso es: El sepulcro de Gog no estará en los montes, sino en los valles profundos, y en los lugares escabrosos, que en hebreo se llaman GE (), que los herejes, aunque están en Occidente, fingen ser lugares de Oriente; para engañar a los viajeros, a saber, aquellos que pasan por este mundo, y no son habitantes, sino peregrinos, diciendo aquello profético: Soy un extranjero, y peregrino, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 12). Porque ¿quién de los que pasan, de los cuales está escrito: Y no dijeron los que pasaban, bendición del Señor sobre vosotros (Sal. CXXVIII, 8), no se admira y asombra cuando ve el valle de los viajeros, que a los viajeros parece valle, a los habitantes monte? Esto según el hebreo. Sin embargo, los Setenta tradujeron, πολυάνδριον de aquellos que vinieron al mar; y construirán alrededor de la entrada del valle. Porque es el trabajo de aquellos que salen de las ciudades de Israel, cerrar y construir alrededor toda la entrada y salida de la perversidad herética que vinieron al mar, y se deleitaban en su amargura, y en las masas de las olas y la crueldad del naufragio, y sepultarlos en los abismos de la tierra, para que no puedan salir más, y engañar a algunos con su fraude. Allí, pues, sepultarán a Gog, y a toda su multitud, con la que siempre se deleitan los herejes. Y el nombre de ese valle, en el que Gog fue sepultado, será llamado multitud de ge, o πολυάνδριον, es decir, sepulcro de una gran multitud. Y como dijimos antes, durante siete años se encenderán las armas de los adversarios: así durante siete meses la tierra será limpiada de las inmundicias de los herejes. Desde el primer mes, cuando celebramos la Pascua del Señor, y evitamos al exterminador de Egipto, con la sangre del cordero en nuestros postes, hasta el final del año, es decir, hasta el séptimo mes, cuando levantamos las tiendas, y entre otras ramas de palmas también nos cubrimos: para que se demuestre la victoria perfecta contra los enemigos: completamos todas las festividades en los pueblos: y no solo los maestros, sino todo el pueblo hará esto con empeño, para sepultar a Gog, y que la tierra lo cubra; y no permita que tome aire libre. Después de la muerte y destrucción, o sepulcro de Gog, se elegirán hombres eclesiásticos, que tengan este estudio, para que nada de las inmundicias antiguas permanezca en la tierra de Israel, nada muerto; que recorran la tierra, y busquen a los muertos, y los sepulten, para que la tierra de la Iglesia sea limpiada. Pero si después de siete meses, cuando todo debe estar purgado, aquellos que recorren y circundan la tierra, en algún lugar ven un hueso de hombre, es decir, la dureza de la perversidad herética, o algo muerto de la doctrina antigua que haya quedado, colocarán junto a él, o construirán, un título: para que después de haber sido señalados, aquellos que son de esta clase: entonces o sean limpiados, o sean sepultados con Gog, y sean encerrados en la

tumba [Al. turba] de su sepultura. Pero el nombre de la ciudad, donde está la victoria de los siervos del Señor, y yacen los adversarios, y toda la multitud de sus enemigos está postrada, será llamado amona, o πολυάνδριον: para que el fin de todo, sea la restitución de la pureza. Finalmente sigue: Y limpiarán la tierra; sin duda aquellos de los que está escrito antes: Comenzarán a buscar, y recorrerán la tierra.

(Vers. 17 seqq.) «Por tanto, hijo de hombre, así dice el Señor Dios: di a toda ave y a todas las aves, y a todas las bestias del campo: Reuníos y apresuraos: concurrid desde todas partes al sacrificio que yo he inmolado para vosotros, un gran sacrificio sobre los montes de Israel, para que comáis carne y bebáis sangre. Comeréis la carne de los fuertes y beberéis la sangre de los príncipes de la tierra: de carneros, corderos, cabras, toros cebados y de todos los animales gordos. Y comeréis grasa hasta saciaros, y beberéis sangre hasta embriagaros, del sacrificio que yo he inmolado para vosotros. Y os saciaréis en mi mesa de caballos y de jinetes fuertes, y de todos los hombres guerreros, dice el Señor Dios. Y pondré mi gloria entre las naciones: y verán todas las naciones mi juicio que he ejecutado, y mi mano que he puesto sobre ellos. Y sabrá la casa de Israel que yo soy el Señor su Dios desde aquel día en adelante. Y sabrán todas las naciones que la casa de Israel fue llevada cautiva por sus iniquidades, porque me abandonaron, y escondí mi rostro de ellos, y los entregué en manos de sus enemigos, y cayeron todos a espada. Según sus inmundicias y sus iniquidades hice con ellos, y escondí mi rostro de ellos. Por tanto, así dice el Señor Dios: Ahora restauraré la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de toda la casa de Israel: y tomaré celo por mi santo nombre, y llevarán su confusión y toda su prevaricación, con la que prevaricaron contra mí, cuando habiten en su tierra con confianza, sin temer a nadie, y los haya traído de entre los pueblos; y los haya reunido de las tierras de sus enemigos, y sea santificado en ellos a los ojos de muchas naciones. Y sabrán que yo soy el Señor su Dios, cuando los haya llevado a las naciones: y los haya reunido sobre su tierra, y no deje a ninguno de ellos allí. Y no esconderé más mi rostro de ellos, porque habré derramado mi espíritu sobre toda la casa de Israel, dice el Señor Dios.»

Esto que hemos traducido según los hebreos, y los reuniré sobre su tierra, y no dejaré a ninguno de ellos allí, no se encuentra en los LXX. Y nuevamente, lo que según los hebreos se pone al final como bendición, porque habré derramado mi espíritu, los LXX lo tradujeron como furor, que pertenece a la ira, especialmente cuando en hebreo está puesto RUHI, que propiamente significa, mi espíritu, y de ninguna manera mi furor. Sin embargo, todo hasta el lugar donde sucede la edificación del templo, aquellos judíos que mencionamos antes, y nuestros judaizantes lo refieren al último tiempo: que las aves y bestias se saciarán con las carnes de Gog y todo su ejército, como con las más gordas víctimas: y que Israel será restituido a su estado original, y no será más conquistado por las naciones, sino que Dios derramará su espíritu sobre ellos, para que habiten en su tierra: no todas las naciones, sino propiamente la casa de Israel.

Nosotros, siguiendo la tropología comenzada, diremos que el Señor convoca a todas las aves y a todas las bestias para entregarles a los príncipes de los herejes, como las más gordas víctimas, para ser devorados. Las aves y las bestias se llaman así por su rapidez para correr a todas partes, o por su ferocidad y crueldad, a quienes se entregan los adversarios para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo, y aprendan a no blasfemar (I Tim. I). Comerán una gran y muy gorda víctima; no en otro lugar, sino sobre los montes de Israel, que debemos entender como los profetas y apóstoles, y los hombres santos. En ellos caen los maestros de doctrinas contrarias, y por ellos perecen heridos, sobre quienes se edifica la Iglesia: y para decirlo más verdaderamente, sobre el monte de los montes, del cual Isaías y

Miqueas hablan: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos (Isa. II, 3; Mich. IV, 2).

Estas aves y estas bestias rápidas y crueles comerán carne y beberán sangre, que no pueden poseer el reino de Dios: comerán la carne de los fuertes, o gigantes, que se rebelaban contra el conocimiento de Dios, y beberán la sangre de los príncipes, no del cielo, sino de la tierra, que saborearon todas las cosas terrenales: la sangre de carneros, corderos y cabras, o según los Setenta, carneros, becerros y cabras, para significar tres animales que se inmolan en las víctimas de Dios. Porque también los herejes imitan la mansedumbre eclesiástica, pero su ofrenda no es para el culto de Dios, sino para el alimento de los demonios, que es su víctima más gorda, y se sacian como con grasa, y beben la sangre de los engañados hasta embriagarse. Esta víctima la inmola Dios a través de los hombres eclesiásticos, para que los peores comensales se sacien con la multitud de los engañados, y beban hasta el vómito y la embriaguez.

Cuando veas a hombres santos, y eruditos en las Escrituras divinas, truncar los caballos de los herejes y sus jinetes, de los cuales está escrito: El caballo y su jinete arrojó al mar (Éxodo XV, 1), y cortar con su espada a todos los rebeldes y gigantes, y derramar la sangre de todos los guerreros de la falsa ciencia: entonces sabrás que la mesa del Señor está preparada, para que ponga su gloria en todas las naciones que creen en su nombre, y entiendan el juicio de la Iglesia de sus santos, que han hecho sobre los adversarios, y la mano fuerte con la que los ha golpeado: y sepan la casa de Israel y reconozcan que él es el Señor su Dios, quien ha dicho: Yo soy el Señor vuestro Dios, desde el día de la victoria del Señor hasta siempre: y recuerden que la casa de Israel fue capturada por los herejes, y dispersada en todo el mundo de doctrinas perversas, porque lo abandonaron, quien por un momento escondió, o apartó su rostro de ellos, y los entregó en manos de los herejes, y cayeron heridos por su espada, por sus inmundicias e iniquidades: lo cual fue la causa de que escondiera y apartara su rostro de ellos.

Expuestas las razones, según lo que está escrito: Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten (I Cor. XI, 19), de la cautividad de Israel, es decir, de la Iglesia, en la que habitan los que ven a Dios: ahora promete que restaurará en la Iglesia la cautividad de Jacob, quien había suplantado al pueblo judío, y después fue suplantado por los fraudes de los herejes: y tendrá misericordia de toda la casa de Israel, no según la carne, sino según el espíritu. Y tomaré, dice, mi celo por mi santo nombre, que fue blasfemado entre las naciones por los herejes: para que después de liberarlos, se avergüencen y confundan, por qué, habiendo abandonado la fe eclesiástica, prevaricaron contra mí. Se avergonzarán y confundirán muy rápidamente, cuando habiten en su tierra, tierra de los mansos, y tierra de los santos, y habiten con confianza, o en paz, sin temer las insidias de los herejes (Salmo VI). Entonces serán traídos de entre los pueblos, y reunidos de las tierras de sus enemigos en su tierra, y el Señor será santificado en ellos a la vista de muchas naciones, que también creerán en el Señor: y el fin de la bienaventuranza será saber y reconocer que él es el Señor su Dios: porque ha aparecido a ellos entre las naciones, o los ha trasladado de las naciones, y los ha reunido sobre su tierra, tierra de Judá, tierra de confesión, tierra de los mansos, y tierra de los vivientes, y no ha dejado a ninguno en la perversidad herética: y no esconderá más su rostro de ellos, ni los apartará, porque ha derramado su espíritu de gracia, del cual también habla el profeta Joel: En los últimos días derramaré de mi espíritu sobre toda carne (Joel II, 28): y lo ha derramado sobre toda la casa de Israel. Pero si en lugar de espíritu, según los LXX, leemos furor, que no se encuentra en hebreo, así debe entenderse, que no esconderá más su rostro de ellos, sobre quienes antes había derramado su furor.

Hasta aquí hemos hablado sobre el profeta Ezequiel, con la ayuda de Dios, como deseamos y creemos, abriendo nuestra boca: no destruyendo la opinión de otros, si es que han escrito, o en adelante, si van a escribir; sino afirmando lo que sea que sean nuestras ideas. En la edificación del templo, y el orden de los sacerdotes, y la división de la tierra santa y el río que sale del templo, y de los árboles en ambas riberas siempre verdes, y que cada mes dan fruto, y los demás que hasta el final del volumen profético se contienen, abiertamente confesamos nuestra ignorancia: considerando mejor por ahora no decir nada, que decir poco.

LIBRO DUODÉCIMO.

Mi temor en la explicación del templo de Ezequiel, o más bien mi perseverancia en el silencio, tus súplicas, hija Eustoquio, y las promesas del Señor han superado, diciendo: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis, llamad, y se os abrirá (Mateo VII, 7). Y la excusa que usamos, al final del volumen anterior, de que es mejor no decir nada, que decir poco; tú la has vuelto al contrario, pensando que es mejor decir al menos poco, que no decir nada: porque en uno hay una voluntad pronta, en el otro hay desesperación de toda la obra: y recuerdas que la naturaleza de los hombres es tal, que no tienen tanta gratitud por lo que se les concede, como dolor por lo que se les niega. Porque con menos esfuerzo alabamos las virtudes, que reprendemos los vicios: y aunque los cuerpos sean hermosos, se hacen más notables por la deformidad de un solo miembro. Obedeceré, pues, a tu voluntad, y con el Espíritu Santo soplando, izaré las velas, ignorando a qué costas llegaré, y clamando con este mismo profeta, Ven, espíritu, de los cuatro vientos; y al lector fastidioso, o más bien al ánimo hostil que lea lo nuestro, le anuncio con toda libertad, que si desea la verdad, la busque en otros. Nosotros, sin embargo, lo que en una obra dificilísima podemos sospechar, lo confesamos y dictamos simplemente, dando gracias al Señor, si no en todo, lo cual es imposible, pero en la mayoría nos ha abierto las puertas del conocimiento. Porque como dice el sublime orador, "Es honesto para el que busca lo primero, incluso detenerse en lo segundo o tercero."

(CAP. XL.---Vers. 1 seq.) «En el vigésimo quinto año de nuestra transmigración (o cautiverio) al inicio del año (o en el primer mes) el décimo día del mes, catorce años después de que la ciudad fue golpeada (o capturada): en ese mismo día (o en aquel día) la mano del Señor se posó sobre mí y me llevó allí. En visiones (o en visión) de Dios, me llevó a la tierra de Israel y me dejó (o puso) sobre un monte muy alto, sobre el cual había como un edificio de ciudad, orientado hacia el sur (o en dirección). Y me introdujo allí: y he aquí un hombre, cuya apariencia era como la apariencia de bronce (o bronce resplandeciente); y un cordel de lino (o de albañiles) en su mano, y una caña de medir en su mano. Estaba de pie en la puerta: y me habló el mismo hombre: Hijo de hombre, mira con tus ojos, y escucha con tus oídos: y pon tu corazón en todo lo que te mostraré (o pon en tu corazón todo lo que te mostraré): porque has sido traído aquí para que te sean mostradas estas cosas: y anuncia (o mostrarás) todo lo que ves a la casa de Israel.»

Si en el quinto año del cautiverio, o transmigración del rey Joaquín, en el cuarto mes, el quinto día del mes, los cielos se abrieron para el profeta Ezequiel, junto al río Quebar, y vio visiones de Dios, ahora se dice que en el vigésimo quinto año de la transmigración del mismo Jeconías, al inicio del año, el décimo día del mes, la mano del Señor se posó sobre él, y fue llevado a la tierra de Israel, y puesto sobre un monte muy alto, para ver el edificio de la ciudad orientado hacia el sur, no hay duda de que en diecinueve años, nueve meses y cinco días del vigésimo año completados, toda esa profecía fue tejida. Pero si según Teodoción, quien en el lugar donde nosotros pusimos, al inicio del año, interpretó, en el nuevo año, el décimo día del mes (el nuevo año entre los hebreos se llama el séptimo mes, que entre ellos

tiene el nombre de TISRI (), para que en las Calendas del séptimo mes, haya sonido de trompetas, y el décimo día de ese mismo mes, día de ayuno y expiación; y el decimoquinto cuando todo el orbe de la luna se completa, día de las cabañas) se da a entender que el décimo día de la expiación del Señor se mostró a Ezequiel el edificio de la ciudad. Y así como mostró la restauración del pueblo, más bien la vivificación en los huesos del campo bajo la imagen de la resurrección: así ahora el Señor promete la restauración de la ciudad que había sido destruida por el fuego babilónico catorce años antes, bajo su descripción, para que así como la cautividad y la destrucción, el tipo de la olla encendida desde el norte fue mostrado, y la verdad de la profecía fue comprobada por la obra: así por la fe de los hechos pasados, la verdad de la futura edificación se probara por la profecía.

Ni esto se dice de aquel tiempo, como algunos ignorantes de los judíos quieren, cuando bajo Zorobabel y bajo Jesús, hijo de Josadac, el sumo sacerdote, el templo fue construido, profetizando Ageo y Zacarías. Este templo que ahora se describe, y el orden del sacerdocio, la división de la tierra y su fertilidad, es mucho más majestuoso que el que Salomón construyó. Pero aquel que fue edificado bajo Zorobabel, era tan pequeño, y en comparación con el anterior nada: que quienes habían visto el primer templo, y después veían este, lloraban, y testificaban su dolor con lágrimas, y el clamor de los que lloraban era mucho mayor que el sonido de las trompetas. Lee el libro de Esdras. Por lo demás, lo que se añade, catorce años después de que la ciudad fue golpeada (o capturada) (III Esdr. V), según los entendimientos místicos significa catorce generaciones: completadas las cuales desde David hasta el nacimiento de Cristo, se promete la restauración de la ciudad por aquel de quien está escrito: Él edificará mi ciudad, y devolverá el cautiverio de mi pueblo (Isa. XLV, 13). Y de nuevo: Vino para predicar liberación a los cautivos, y vista a los ciegos: diciendo a los que estaban en cadenas, salid, y a los que estaban en tinieblas, revelaos (Ibid., LXI, 1).

La mano del Señor se posó sobre él, para que, puesto en Babilonia según la carne, viniera en espíritu a la tierra de Israel: y no en visión, sino en visiones de Dios fuera puesto sobre un monte muy alto, del cual Isaías y Miqueas profetizan: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob (Isa. II, 3; Mich. IV, 2). Este monte es muy alto, en comparación con los otros montes, de los cuales el profeta testifica, diciendo: Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda? (Ps. CXX, 1). Y en otro lugar: Los montes están alrededor de él, y el Señor alrededor de su pueblo (Ps. CXXIV, 2). De lo cual también se dice a Isaías: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion (Isa. XL, 9).

Sobre este monte se muestra el edificio de la ciudad, según los LXX y Aquila, en dirección, y frente al norte, de donde el profeta venía a la tierra de Israel; según Teodoción y Símaco, orientado hacia el sur, donde hay plena luz, y el sol de justicia está en el vértice del cielo. Por eso en el Cantar de los Cantares se dice: Levántate, Aquilón, y ven, Austro, sopla en mi jardín, y fluirán sus aromas (Cant. IV, 16). Porque del jardín del Señor se ahuyenta el Aquilón, viento durísimo, para que no se enfríe el calor del amor, y las flores no se marchiten.

Cuando se dice: Como un edificio de ciudad, no es verdaderamente una ciudad, sino la semejanza de una ciudad la que se muestra, de la cual está escrito: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Ps. LXXXVI, 2): que es Jerusalén edificada como ciudad, cuya participación es en sí misma, y en la cual el Señor es grande y muy digno de alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo (Ps. XLVII). Y en las torres de esta ciudad Dios es conocido, cuando la reciba. De la cual también en otro lugar: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Ps. XLV, 4). Y: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Matt. V, 14), que habla en Isaías: Yo ciudad firme, ciudad que es atacada (Isa. XXIII). No

dijo que es conquistada, sino atacada: que está edificada sobre la roca, y no es sacudida por ninguna tempestad.

Sigue: Y me introdujo allí, se sobreentiende, la mano de Dios. Allí, esto es, como al edificio de la ciudad, para que me mostrara todo lo que había dentro. Y he aquí, dice, un hombre, cuya apariencia o visión, era como la apariencia de bronce resplandeciente, aquel de quien está escrito: He aquí un hombre, Oriente es su nombre (Zach. VI, 12). Pero tenía la apariencia no de electro, como se dice al principio de este volumen, ni estaba ceñido con un cinturón de oro, como se contiene en el Apocalipsis de Juan (Apoc. I): sino que tenía la apariencia según el hebreo como de bronce. Pues este material es más sonoro que todos los metales, y resuena a lo lejos. Por eso también en Daniel, en la imagen que estaba compuesta de oro, plata, bronce y hierro, el reino de Alejandro y de los griegos se muestra en la semejanza del bronce (Daniel. II); para que se señalara la elocuencia de la lengua griega: por la cual es evidente que aún necesitan doctrina, quienes no conocen plenamente los misterios del templo a edificar espiritualmente.

También había un cordel de lino, o de albañiles en su mano, de lo cual está escrito en Zacarías (Zach. II), que tenía un cordel geométrico, para medir la anchura y longitud de la ciudad. De los albañiles, o de los ángeles que servían al mandato de Dios, o de Moisés, y de todos los profetas, y de los apóstoles, que edifican la ciudad de Dios, y son ayudantes o ministros de la voluntad del Señor. Por eso también el apóstol Pablo decía: Somos labranza de Dios, edificio de Dios (I Cor. III, 9).

Lo que sigue: Y la caña de medir en su mano, designa la gracia profética, de la cual está escrito en el salmo cuadragésimo cuarto: Mi lengua es la pluma de un escriba, que escribe rápidamente (Psal. XLIV, 2). Y de Juan el profeta y bautista: ¿Qué salisteis a ver al desierto, una caña agitada por el viento? (Matt. XI, 7). Esta caña desean imitar, quienes escriben iniquidad, y a quienes el profeta imprecaba: Reprende a las bestias del cañaveral (Ps. LXVII, 31).

Estaba de pie en la puerta; porque por él entramos al Padre, y sin él no podemos entrar en la ciudad de Dios, para que reciba a los dignos, y rechace a los indignos. En la puerta también está el juicio. Por eso el profeta dice: Odian a los que reprenden en la puerta (Isa. XXIX, 21). Y en otro lugar: No se confundirá cuando hable con sus enemigos en la puerta (Ps. CXXVI, 5).

Este hombre habló al profeta, en cuya mano estaba el cordel, y cuya apariencia era como de bronce, y quien tenía la caña en su mano. Habló a Ezequiel el verdadero arquitecto, a quien también imitaba el apóstol Pablo, diciendo: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10). Llama sabio al arquitecto, en distinción de aquel que es necio, y en Zacarías se llama pastor insensato; habló lo que sigue: Hijo de hombre, mira con tus ojos, y escucha con tus oídos (Zach. XI): no con los ojos de la carne, sino del espíritu; ni con los oídos del cuerpo, sino del alma. Levantad, dice, vuestros ojos, y ved, porque las cosechas ya están blancas para la siega (Joan. IV, 35). Y: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8).

Se ve la edificación de la ciudad, y se escucha el orden de las ceremonias y de los sacerdotes, y la descripción de la tierra. No basta haber ordenado que viera con los ojos, y escuchara con los oídos; sino que añadió: Y pon tu corazón en todo; o, y pon en tu corazón todo lo que yo te mostraré. Porque de nada sirve haber visto y oído, si no guardas en el tesoro de la memoria lo que has visto y oído. Cuando dice, todo lo que yo te mostraré, hace atento al oyente, lo hace también preparado con los ojos del corazón, para que retenga en la memoria lo que le será

mostrado, porque para que te sean mostradas todas estas cosas, has sido traído aquí. Con lo cual muestra especialmente que nada es más dulce que la teoría y la ciencia, que el profeta desea, diciendo: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. Para que vea la belleza del Señor, y visite su templo (Psal. XXVI, 4, 5). Por eso añade, y dice: Señor, he amado la belleza de tu casa, y el lugar de la morada de tu gloria. Anuncia, dice, todo lo que ves a la casa de Israel, para que quienes no pueden ver por sí mismos, aprendan por ti, lo que te es mostrado por el Señor. A la casa de Israel, a aquellos que con la mente contemplan a Dios, de los cuales era también Natanael, quien buscaba a Cristo con gran diligencia, y mereció oír: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Joan. I, 47).

(Vers. 5 seqq.) «Y he aquí un muro exterior alrededor de la casa por todas partes, y en la mano del hombre una caña de medir de seis codos y un palmo, y midió la anchura del edificio con una caña, y la altura también con una caña. Y vino a la puerta que miraba hacia el camino Oriental, y subió por sus escalones, y midió el umbral de la puerta con una caña de ancho, es decir, un umbral con una caña de ancho, y la cámara con una caña de largo, y una caña de ancho, y entre las cámaras cinco codos, y el umbral de la puerta junto al vestíbulo de la puerta interior con una caña. Y midió el vestíbulo de la puerta de ocho codos, y su frente de dos codos: el vestíbulo de la puerta estaba en el interior. Además, las cámaras de la puerta hacia el camino Oriental, tres de un lado y tres del otro, una medida para las tres, y una medida para las frentes de ambos lados. Y midió la anchura del umbral de la puerta de diez codos, y la longitud de la puerta de trece codos. Y el borde delante de las cámaras de un codo, y un codo de extremo a extremo: las cámaras eran de seis codos de un lado y del otro. Y midió la puerta desde el techo de la cámara hasta su techo, una anchura de veinticinco codos, puerta frente a puerta. LXX: Y he aquí un muro fuera de la casa alrededor, y en la mano del hombre una caña de medir de seis codos, y palmos, y midió el muro, una anchura igual a la caña, y su altura medida. Y entró por la puerta, que miraba al Oriente, siete escalones, y midió la puerta de seis de un lado y seis del otro, igual a la caña en longitud, e igual a la caña en anchura, y la puerta en medio de seis codos, y la puerta según igual a la caña en anchura, e igual a la caña en longitud, y la puerta de cinco codos. Y la tercera igual a la caña en anchura de tres, e igual a la caña en longitud de tres, y la puerta que junto a la puerta de ocho codos, y la puerta de dos codos, y la puerta interior, y la puerta de la región, tres de un lado y tres del otro, y una medida de tres: una medida de la puerta de un lado y del otro. Midió la anchura de la entrada de la puerta de diez codos, y la anchura de la puerta de trece codos, y un codo se reducía a la vista de un codo, y un codo de término de un lado y del otro, y seis codos de un lado y seis codos del otro. Y midió la puerta desde el muro hasta la pared, una anchura de veinticinco codos. Esta puerta frente a la puerta.»

Cuando era niño en Roma, y me instruía en los estudios liberales, solía con otros de la misma edad y propósito, los días domingos, recorrer las tumbas de los apóstoles y mártires; y frecuentemente entrar en las criptas, que excavadas en las profundidades de la tierra, tienen a ambos lados de los que entran cuerpos sepultados en las paredes, y todo es tan oscuro, que casi se cumple aquello profético: Desciendan al infierno vivos (Sal. LIV, 16): y rara vez la luz admitida desde arriba, templa el horror de las tinieblas, de modo que no pienses tanto en una ventana, como en un agujero por donde se filtra la luz: y de nuevo se avanza poco a poco, y rodeados de ciega noche se presenta aquello de Virgilio (Eneida, lib. II): El horror en todas partes aterra los ánimos, y los mismos silencios asustan.

Esto lo digo para que el lector prudente entienda cuál es mi opinión sobre la explicación del templo de Dios en Ezequiel, de lo que está escrito: Nubes y oscuridad bajo sus pies (Sal.

XCVI, 2). Y de nuevo: Tinieblas su escondite (Sal. XVII, 12): Por lo cual también Moisés entró en la nube y la oscuridad, para poder contemplar los misterios del Señor, que el pueblo, situado lejos y permaneciendo abajo, no podía ver (Éxodo XXIV y XXXIV). Finalmente, después de cuarenta días, el vulgo ignoble no veía el rostro de Moisés, porque estaba glorificado, o como se contiene en hebreo, el rostro de Moisés era cornudo.

Así también me sucede a mí al leer la descripción del templo místico (que los judíos según la letra creen que será construido en la venida de su Cristo, que nosotros comprobamos ser el Anticristo, y nosotros lo referimos a la Iglesia de Cristo, y vemos que se edifica diariamente en sus santos) dondequiera que se abre el ojo del corazón, y pienso ver algo y tener al esposo, y gozoso digo: He encontrado al que buscaba mi alma, lo sostendré y no lo dejaré (Cant. III, 4); de nuevo me abandona el discurso divino, y el esposo huye de mis manos, y se cierran los ojos con ceguera, de modo que me veo obligado a decir: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 33). Y lo que está escrito en otro lugar: Los juicios del Señor son un abismo profundo (Sal. XXXV, 7). Y: Desde lo profundo clamo a ti, Señor, Señor, escucha mi voz (Sal. CXXIX, 1): y aquello de Eliseo, que seguía con los ojos del corazón a su maestro arrebatado, diciendo: Padre, padre: carro de Israel y su auriga (IV Reyes II, 12).

Por lo tanto, simplemente se debe confesar que no quiero discutir temerariamente el templo del bienaventurado Ezequiel, que todos los siglos han callado, sino que deseo mostrar a los lectores la conjetura de mi mente con fe y temor de Dios; para que si yo en el tabernáculo de Dios ofrezco pieles de cabra y pelos, de donde se protejan las espinas y aguijones de los pecados, y se aparten las lluvias y tempestades: otro que sea rico, según la calidad de sus méritos, ofrezca hierro, o bronce, o plata, oro y piedras preciosas, y no desprecie lo nuestro, porque son menores; sino que se regocije en sus propias riquezas. Porque si no hay cosas bajas, no puede haber cosas altas: y para que las mayores sean alabadas, crecen en comparación con las menores.

Veamos, pues, qué vio primero Ezequiel al entrar en el edificio de la ciudad que se inclina hacia el Sur, y luego escuchó: Y he aquí, dice, un muro exterior alrededor de la casa por todas partes. En lugar de muro, que Aquila y Teodotion interpretaron, Symmachus y los Setenta pusieron περίβολον. Por lo tanto, el muro, o περίβολος, rodeaba por todas partes la casa, es decir, el templo del Señor, y tenía el hombre, cuya apariencia era como la apariencia de bronce, no solo un cordel geométrico y de albañiles, sino que también sostenía en su mano una caña, cuya medida se ha mencionado antes en silencio, y ahora se establece en seis codos y un palmo, que en griego se dice más correctamente παλαιστή, y es la sexta parte de un codo. De lo contrario, el palmo suena σπιθαμὴν, que algunos por distinción llaman palma: además, acostumbran llamar παλαιστὴν, palmo. Con esta caña midió la anchura y la altura del muro, y ambos, es decir, la anchura y la altura fueron de una caña, es decir, seis codos y un palmo. Y como había muchas puertas, no quiso entrar por otras puertas, sino por aquella que miraba hacia el Oriente. Y porque el lugar no era igual, y el muro alrededor, y el mismo edificio de Dios estaba construido en lugares más altos, por eso entra por los escalones, más bien asciende: que solo los Setenta llaman siete, cuando en hebreo, y en los demás traductores hemos leído solo escalones sin número. Y habiendo entrado por la puerta, inmediatamente midió el umbral de la puerta, que los Setenta llaman θεὲ: para lo cual en hebreo está escrito SEPH. Y creo que se debe advertir al lector diligente y estudioso: si, sin embargo, se guía por el conocimiento de las Escrituras, y no por vanas declamaciones de oradores, que sepa que casi todas las palabras hebreas, y los nombres, que en la traducción griega y latina están puestos, están corrompidos por la excesiva antigüedad, y por el vicio de

los escribas, y mientras se escriben de inemendados se hacen más inemendados, de palabras hebreas se han hecho sármatas, más bien de ninguna nación, mientras han dejado de ser hebreas, y no han comenzado a ser extranjeras.

Limen, por tanto, de la puerta, o θεὲ, incluso seph, que Symmachus traduce como οὐδὸν: Aquila y Theodotio lo interpretaron como πρόθυρον, tenía un cálamo, es decir, seis codos y un palmo de ancho: por lo cual, no sé por qué, los LXX añadieron de su parte, seis de un lado y seis del otro. Después del umbral de la puerta, según el hebreo, midió el thalamus o habitación, como tradujo Symmachus, παραστάδας, es decir, postes de un lado y del otro con un cálamo, tanto de largo como de ancho. Esto mismo los LXX tradujeron como aelam (αἰλὰμ), que en lo siguiente Symmachus interpretó como anteliminare. Entre los dos thalami, o habitaciones, y παραστάδας había cinco codos, y otro umbral de la puerta junto al vestíbulo interior con un cálamo. El tercer vestíbulo de la puerta tenía ocho codos, y en su frente, o en los márgenes, dos codos. Para que nadie piense que este vestíbulo es el mismo que el anterior, añadió: El vestíbulo era de la puerta interior: por lo cual los LXX tradujeron el primero, el segundo y el tercer vestíbulo. Los thalami, es decir, las habitaciones, que estaban construidas después de la puerta Oriental en los vestíbulos, miraban hacia el camino Oriental. Y para que sepamos cuántos eran los 471 thalami, se añade, tres de un lado y tres del otro: mirando hacia el Norte y hacia el Sur, y hacia el camino Oriental: y una misma medida de las frentes había de un lado y del otro. Midió también la medida en ancho del umbral de la puerta, y encontró diez codos, y de largo trece codos, y en un codo se estrechaban los extremos de los thalami, o como tradujo Symmachus, παραστάδων, y cada frente tenía un codo. Los thalami, o παραστάδες, y como los LXX añadieron de su parte θεηλὰθ, tenían seis codos de un lado y del otro. Midió la puerta desde el techo del thalamus, o παραστάδος, hasta el techo o la pared de este, y encontró entre techo y techo, una anchura de veinticinco codos. Tanto era el espacio entre puerta y puerta, o entre entrada y entrada. Esto lo hemos dicho brevemente con ánimo más de adivinar que de explicar, queriendo esbozar una pintura según la letra oscura y casi no aparente. Sin embargo, pocas cosas que podemos sospechar, las pondremos brevemente, dudando [Vulg. dubitanterque]. El apóstol Pablo, queriendo que los Efesios (Cap. III) conozcan los misterios más sagrados, les ruega que se llenen de la sabiduría y el amor del Señor, para que, arraigados y cimentados, puedan saber y comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de sus riquezas, y les habla a ellos: Por lo tanto, ya no sois extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular, en quien todo el edificio, bien ensamblado, crece para ser un templo santo en el Señor: en quien también vosotros sois edificados [Al. coaedificamini] para morada de Dios en el Espíritu Santo (Efes. III, 2). También el apóstol Pedro, con casi las mismas palabras, porque es el mismo espíritu, habla en su Epístola: Si es que habéis creído que el Señor es bueno, acercándoos a él, piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios, y vosotros mismos, como piedras vivas, sois edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (I Pedro II, 3 ss.). De lo cual es evidente que el Señor Salvador, que es el verdadero arquitecto, prueba las piedras que pueden ser colocadas en los cimientos del templo, las que en medio, las que en los lugares superiores, y las de menor 472 medida, o no tan sólida firmeza en el muro, y colocadas fuera del templo en el circuito τοῦ περιβόλου. No es de poca fortaleza ni de mínima firmeza sostener las piedras colocadas encima. Por eso el Apóstol escribe a los creyentes: Llevad los unos las cargas de los otros (Gálatas VI, 2). Y en otro lugar está escrito: no debemos asumir una carga que no podemos llevar. El cálamo de medida, que tenía seis codos y un palmo,

significa que nuestra conducta es conocida por Dios, que se contiene en los seis días en que el mundo fue hecho, y que la razón de las obras de cada uno es conocida, de modo que una cosa pertenece a las obras, otra a la mente. Por eso la anchura es igual a la altura: de las cuales la anchura se refiere a las obras, como hemos dicho; la altura se refiere al alma, que se apresura hacia lo alto. Sin embargo, basta con haber advertido una vez: sé que el codo, y los codos se llaman en género neutro, pero por simplicidad y facilidad de comprensión, y por costumbre del vulgo, los pongo en género masculino. No nos preocupa evitar los errores del lenguaje, sino explicar la oscuridad de la Sagrada Escritura con cualquier palabra. Entra, por tanto, el hombre, cuyo nombre es Oriente, por la puerta Oriental, para iluminar a aquellos que encuentra en la primera parte del vestíbulo, o en la misma entrada de la puerta: no por un solo escalón, sino por varios, cuyo número se omite, para que aparezca la dificultad de la ascensión, y cuantos escalones te propongas, sepas que son menos de lo que se deja en duda. Creo que esta es la puerta de la que también se canta en los Salmos: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Salmo CXVII, 20). Y midió el umbral de la puerta, para que podamos saber que todo está al alcance del conocimiento de Dios. Ese umbral se dice que tiene un cálamo de ancho, y se omite su altura y longitud. Es el camino y la entrada, y por él se debe ir hacia el interior (aunque en este lugar los Setenta innecesariamente dijeron longitud, o, como se contiene en muchos códices, altura); pero las habitaciones, es decir, los thalami y παραστάδες tienen un cálamo tanto de largo como de ancho, pero entre thalamus y thalamus, solo hay cinco codos, para que el interior de las habitaciones tenga la medida completa del cálamo, es decir, seis codos y un palmo, mientras las obras 473 y la razón coinciden. Pero las cosas que están afuera, es decir, entre thalamus y thalamus, cinco codos; pues aún no han penetrado los secretos de Cristo, ni pueden decir: El rey me ha llevado a su cámara (Cantar de los Cantares I, 3). Y en otro lugar: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Salmo XLIV, 14). Pero los discípulos que permanecen en casa con Cristo no pueden escuchar sus misterios, y desean que la palabra de Dios salga hacia ellos, y por eso se les asigna la medida de cinco codos, para que se les enseñe a referir todo a los cinco sentidos. También el umbral de otra puerta, o como se contiene en los Setenta, del segundo vestíbulo y del tercero, tiene la medida de un cálamo. Después de ese vestíbulo, es decir, el umbral de la puerta, en la entrada se colocan ocho codos, para que el interior del vestíbulo no tenga el número siete, ni seis codos y un palmo, sino el número ocho, que pertenece al sacramento de la resurrección y del día del Señor. Y en la frente, dice, de ese vestíbulo había dos codos, que pueden referirse a ambos Instrumentos, o a la letra y el espíritu, o al misterio de las tenazas, con las que en Isaías se toma el carbón del altar y se lleva a los labios del profeta para purificarlos. Y para que sepamos qué es este vestíbulo, que termina en ocho y dos codos, lo pone más claramente: El vestíbulo de la puerta era interior, por el cual llegamos al templo de Dios. También los thalami, y las habitaciones que estaban hacia el camino de la puerta Oriental, por las cuales los Setenta escriben Elau, eran tres de un lado y tres del otro, de una misma medida, es decir, un cálamo, que tenía seis codos y un palmo, de los cuales se dijo antes: Y αἰλὰμ un cálamo de largo, y un cálamo de ancho, y entre los thalami cinco codos. Para que no pensáramos que solo había dos thalami, puso tres de cada lado: para mostrar el número seis, que también se indica en las tinajas del Evangelio (Juan VIII), en las que el agua se convirtió en vino, y diariamente las aguas judías se convierten en vino, que alegra el corazón del hombre: y con la sangre de Cristo se hace más dulce. También midió la anchura del umbral [Al. límite] de la puerta de diez codos, que es un número perfecto 474 y se contiene en el Decálogo, o en el sacramento de los cuatro Evangelios. Que comenzando desde uno, llega a cuatro, de modo que completa el número diez. Cuya longitud tenía trece codos: por lo cual en los Setenta nuevamente se pone anchura, lo que me parece un error de los escribas. Pues la Escritura no habría dicho en un lugar anchura, y nuevamente anchura de diez o trece codos. Sin embargo, el umbral de la puerta, en el que está consagrado el número

del Antiguo y del Nuevo Testamento, o el mismo Señor puede entenderse, que dice: Yo soy la puerta (Juan X, 9); o ciertamente todos los santos, por los cuales entramos al conocimiento de Dios, de quienes hablaba el apóstol Pablo: Mi boca está abierta para vosotros, oh corintios; y: Ensanchaos también vosotros (II Cor. VI, 11). Trece codos después del número ocho, contienen el sacramento de los libros de Moisés, que también se muestran en los cinco panes (Mateo XIV), y en la Samaritana del Evangelio (Juan IV), que es reprendida por haber tenido cinco maridos, y el sexto que pensaba tener, no lo tenía: y sin embargo, el número ocho y cinco, se completa en un codo, es decir, el decimocuarto: porque en Cristo se recapitulan todas las cosas. Por eso se dice: Y un codo es el fin de ambos lados: mientras que el Antiguo y el Nuevo Testamento se abarcan con una medida de Cristo, y la altura de treinta codos del arca de Noé se incluye en un codo. Los thalami, dice, o como los Setenta pusieron thau, o thee, cambiando y alterando en cada lugar, como quisieron los nombres hebreos, eran de seis codos de un lado y del otro, lo que se dice, de un lado y del otro, y no tenían palmo ni razón añadida desde arriba, que provocara la presente conversación hacia la futura bienaventuranza, sino solo seis codos. Por eso sigue: Y midió la puerta desde el techo del thalamus hasta el techo, o pared de este: y encontró una anchura de veinticinco codos; que también es un número, aunque cuadrado, sin embargo, se refiere a los sentidos. Pues si ordenas cinco codos contra sí mismos cinco veces, harás el número veinticinco: que está entre el techo de los thalami y el techo; y sin embargo, ambos colocados en línea recta, 475 desde las partes superiores tienen puerta contra puerta. Que esto no parezca frívolo al lector, aunque incluso a mí mismo que lo digo me desagrada, sintiendo que estoy golpeando una puerta cerrada; pero deben leerse con indulgencia: de lo contrario, podría haber confesado simplemente mi ignorancia, y cortar todo deseo de los estudiosos. Pues así como estamos lejos del conocimiento perfecto, consideramos una culpa menor decir al menos algo, que no decir nada en absoluto.

(Vers. 14 ss.) «Y hizo las frentes de sesenta codos, y al frente del atrio de la puerta por todo el circuito. Y ante la cara de la puerta, que llegaba hasta la cara del vestíbulo de la puerta interior, cincuenta codos, y ventanas oblicuas en los thalami, y en sus frentes que estaban dentro de la puerta por todo el circuito. De igual manera había también en los vestíbulos ventanas alrededor por dentro: y ante las frentes, la pintura de palmas. LXX: Y bajo el cielo aelam de la puerta de sesenta codos, y theim del atrio de la puerta por el circuito. Y bajo el cielo del atrio exterior aelam de la puerta interior de cincuenta codos: y ventanas ocultas sobre theim, y sobre aelam dentro de la puerta del atrio por el circuito. Y de igual manera elamoth, y ventanas en el circuito por dentro, y sobre aelam palmas de un lado y del otro.» Symmachus interpretó este lugar así: Y hizo περιστάσεις, que podemos llamar circunstancias: por las cuales en hebreo se tiene ELIM (), que Aquila interpretó como κρίωμα, y nosotros lo hemos traducido como frentes. Nuevamente donde los Setenta pusieron theim del atrio, en hebreo se tiene EL () en número singular, que Symmachus tradujo como cerca del atrio, Aquila como κρίωμα, es decir frente del atrio. También bajo el cielo aelam de la puerta, Aquila, ante la cara de los postes de la puerta: Symmachus, contra la cara del vestíbulo de la puerta, lo interpretaron. Ventanas ocultas que en hebreo se llaman ATEMOTH , Symmachus las tradujo como τοξικὰς. Y donde dijeron los Setenta, sobre theim, y sobre aelam, el mismo Symmachus puso postes y circunstancias; Aquila, thalamos y frentes de ellos: por los cuales en hebreo está escrito THEIM y ELE . Además, ELAMOTH, que los Setenta y Theodotio tradujeron de manera similar; Symmachus lo interpretó como circunstancias, Aquila como frentes. Aelam, sin embargo, para lo cual en hebreo está escrito EL [Mss. UL], se llama puerta o pórtico. Por palmas también en hebreo está escrito THAMARIM , en número plural: porque el número singular, palma, se llama THAMAR. 476 Sé que esto será molesto

para el lector fastidioso: pero quise mostrar brevemente cuánto, por la longitud del tiempo, o más bien por el error de los escribas, y para hablar más claramente, por la impericia, la antigua traducción se desvía de la verdad hebrea: especialmente en los nombres hebreos, que hemos expresado en lengua latina a partir de las ediciones de otros, no tanto explicando las palabras, sino simplemente indicando nuestra sospecha. Sin embargo, creo que entre el muro del templo por fuera alrededor, y el mismo edificio en el atrio, es decir, en el medio, había algunas cosas colocadas por adorno, que Symmachus interpreta como circunstancias, es decir, ciertas cosas de pie, y levantadas desde el suelo hacia lo alto, y estas ocupaban un espacio de sesenta codos. Y nuevamente, al salir de la puerta interior hacia la cara del vestíbulo, que miraba hacia la puerta exterior, ocupaban un lugar de cincuenta codos, en los cuales había ventanas oblicuas, que los Setenta llaman ocultas, Symmachus las llama τοξικὰς. Y estas ventanas estaban en los thalami, es decir, en las habitaciones individuales, y en los pórticos que se extendían ante las habitaciones, ocupando cincuenta codos. Estas ventanas oblicuas o τοξικαὶ, por eso reciben su nombre de las flechas, porque como flechas introducen una luz estrecha en las estancias, y se ensanchan por dentro: y todo alrededor estaba lleno de ventanas de este tipo. Y ante las frentes, dice, de los pórticos, la pintura o talla de palmas: por lo cual se muestra que en la entrada de la puerta, y al entrar inmediatamente, el muro, se encuentran sesenta codos con varios adornos, que se refieren a la condición del mundo, para que a partir de las criaturas se entienda al Creador: y todo corriendo con orden y razón, muestran la variedad del mundo, que entre los griegos se llama κόσμος, por el adorno recibe su nombre: y fue hecho en seis días, para que por cada día, se cuenten décadas individuales, que dijimos antes que es un número perfecto. Después de esto, al entrar en el atrio interior, se encuentran ante el mismo vestíbulo de la puerta interior los thalami con ventanas oblicuas, ocupando un espacio de cincuenta codos, que también es un número sagrado. Y después de siete semanas completas de festividad y alegría, comienza el primer día de la Ogdóada, que es de la resurrección, y nos introduce a la vecindad del templo. Pues cuando hayamos hecho todo, 477 haciendo penitencia por el error anterior: entonces nos hacemos vecinos y próximos a Dios, para que en el atrio exterior, el orden de las criaturas nos enseñe el conocimiento del Creador, y en el interior el verdadero jubileo, en el que se nos perdonan todas las deudas, nos instruya en θεολογία, y nos introduzca en el Santo de los santos. También se debe notar que el atrio interior tiene más ventanas, no directas y iguales, sino oblicuas, y estrechas por fuera, y se ensanchan por dentro, para que a través de pequeños agujeros podamos penetrar en el interior, y llegar a la plenitud de la luz más clara, que se mueve en el templo. Finalmente, después de sesenta y cincuenta codos, y thalami, y pórticos, y frentes de los pórticos, y muchas ventanas alrededor, se nos muestra la talla o pintura de palmas, para que poseyendo la victoria sobre el mundo, seamos dignos de ver las palmas de las virtudes.

(Vers. 17 seqq.) «Y me sacó al atrio exterior, y he aquí cámaras y un pavimento cubierto de piedra en el atrio alrededor: treinta cámaras alrededor del pavimento. Y el pavimento frente a las puertas, según la longitud de las puertas, era inferior. Y midió la anchura desde la cara de la puerta inferior hasta el frente del atrio interior por fuera, cien codos hacia el Este y hacia el Norte. LXX: Y me introdujo en el atrio interior, y he aquí cámaras y columnas del atrio alrededor, treinta cámaras por columnas, y pórticos detrás de las puertas en la longitud de las puertas frente a las columnas inferiores. Y midió la anchura del atrio desde el lugar que estaba bajo el cielo de la puerta exterior hasta el interior: bajo el cielo de la puerta interior que miraba hacia el exterior, cien codos, y se dirigía hacia el Este.» En lugar de las treinta cámaras, que los Setenta traducen, o cámaras y almacenes, como tradujo Aquila, Symmachus puso exedras. Y en lugar de los cien codos del espacio exterior, que se extendían hasta la

puerta Oriental, en hebreo se dice que el mismo número de codos se extiende hacia el Norte: en los Setenta, sin embargo, se ha omitido el nombre del Norte. Aquel hombre que tenía un cordel de albañiles en la mano y una caña de medir, y estaba de pie en la puerta, entre otras cosas que mostraba al profeta a la vista, después del atrio de sesenta codos, y otro vestíbulo de la puerta interior que tenía cincuenta codos, sacó al profeta al atrio exterior, o como se contiene en los Setenta, lo introdujo al atrio interior. Y me maravillo bastante, según la letra y los Setenta, cómo después de los exteriores del atrio, que ocupan sesenta y cincuenta codos, hay un atrio interior que se extiende en anchura por espacios de cien codos: a menos que tal vez según los entendimientos místicos, y el progreso de los que entran, lo que es interior en las doctrinas sea más amplio. Introducido en el atrio interior, o llevado al atrio exterior, como se contiene en hebreo, inmediatamente vio treinta cámaras o almacenes, o como Symmachus tradujo, exedras, que habían sido preparadas para la habitación de los levitas y sacerdotes, y un pavimento cubierto de piedras vivas o entre columnas, para mostrar que el atrio interior o exterior tenía delante de las puertas un orden de columnas, y un pavimento frente a las puertas, o pórticos detrás de las puertas. En estos pórticos creo que las columnas estaban dispuestas en orden, de modo que delante de los almacenes había pórticos, y en los frentes de los pórticos columnas que sostenían los pórticos. El pavimento que estaba cubierto de piedras, y se extendía delante de los pórticos del atrio, era inferior en la ascensión de los pórticos, y tenía la misma longitud que la construcción de las cámaras poseía. Y midió el mismo hombre, en cuya mano estaba el cordel y la caña, desde la cara de la puerta inferior, o como quieren los Setenta, exterior, hasta el frente del atrio o puerta interior, cien codos hacia el Este, y como se dice en hebreo, y hacia el Norte. De lo cual entendemos aquello del Evangelio que narra el Salvador (Mat. XV), la semilla enviada al campo en tierra buena, que multiplica los frutos por la variedad de virtudes en número de treinta, sesenta y cien, se ajusta a la profecía de este lugar. Y aquí también se pone el número treinta, sesenta y cien, para que con estos grados podamos llegar al conocimiento perfecto; siempre y cuando el número cincuenta nos lleve a los interiores de la Iglesia, que después del sabbat de siete semanas, estalla en el día de la resurrección. Los almacenes se llaman así porque están llenos de riquezas espirituales, de las cuales está escrito: La redención del alma del hombre, sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). Sobre las cuales también el apóstol Pablo se regocija con sus discípulos, porque están llenos de toda palabra y todo conocimiento (Filip. I). Gaza en lengua persa significa riquezas. O ciertamente las cámaras, que en griego se llaman pastoforia, muestran los aposentos preparados para la llegada del esposo, que fueron treinta en número, para demostrar la edad perfecta de los habitantes. Y el pavimento estaba cubierto de piedra: para que no se contaminaran las huellas de los habitantes con el lodo, la tierra y el polvo de los pecadores; sino que caminaran sobre piedras vivas, con las cuales se edifica el templo de Dios: O había entre columnas delante de las puertas de las cámaras, que sostuvieran el edificio colocado encima. Estas son las columnas, de las cuales también escribe el apóstol Pablo: Me dieron la diestra a mí y a Bernabé, Pedro y Juan, que parecían ser columnas (Gal. II, 9). Y en otro lugar: Columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). Y en el Apocalipsis de Juan leemos: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera (Apoc. III, 12). El pavimento que estaba frente a las puertas, del cual ya hemos hablado, o los pórticos detrás de las puertas, que defendían a los habitantes de las cámaras de las lluvias, era inferior. Siempre lo que es inferior se coloca en lo más alto, para que podamos llegar a lo místico y secreto, y lleno de riquezas espirituales, por ascenso y grados. Y el número completo y perfecto es en el número de diez decenas, que también multiplica la siembra de Isaac con cien frutos (Gen. XXVI). Pero porque estaba en la tierra, y aún podía decir: Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13), se narra que sembró cebada y cosechó el fruto centésimo. Pues aún no había muerto el grano de trigo en la tierra, que haría muchos frutos (Mat. XIII, Juan XII), y saciaría el hambre del

pueblo judío de oír la palabra de Dios, con ese pan que descendió del cielo (Amós VIII, Juan VI). Cómo los cien codos no solo fueron hacia la puerta Oriental, sino también hacia la puerta del Norte, el siguiente testimonio lo demostrará.

(Vers. 20, 21.) «También midió la puerta que miraba hacia el camino del Norte del atrio exterior, tanto en longitud como en anchura, y sus cámaras tres de un lado y tres del otro, y su frente, y su vestíbulo, según la medida de la puerta anterior, cincuenta codos de longitud y veinticinco codos de anchura. Sus ventanas, y su vestíbulo, y sus esculturas, según la medida de la puerta que miraba hacia el Este. Su ascenso era de siete escalones, y el vestíbulo delante de ella. Y la puerta del atrio interior frente a la puerta del Norte, y del Este. Y midió desde la puerta hasta la puerta cien codos. LXX: Y me introdujo al Norte, y he aquí una puerta que miraba al atrio exterior. Y la midió en longitud y en anchura, y sus cámaras tres de un lado y tres del otro, y elau, y elamoth (que en hebreo no se encuentra, y su palma): y fue hecho según la medida de la puerta que mira al Este: cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura. Y sus ventanas, y elamoth y sus palmas como en la puerta que miraba al Este; y se ascendía a ella por siete escalones, y elamoth por dentro, y la puerta del atrio interior mirando a la puerta del Norte (y lo que en hebreo no se encuentra, como la puerta que mira al Este). Y midió el atrio desde la puerta hasta la puerta cien codos:» Qué significan las palabras hebreas thee, y elau y elamoth, ya lo hemos dicho más ampliamente: pero también en la comparación presente nuestra traducción lo enseñará. El hombre cuyo cordel estaba en su mano midió también la puerta del Norte del atrio exterior, o introdujo al profeta por la puerta del Norte al atrio exterior. En lo cual se debe considerar que primero se introduce por la puerta del Norte; segundo, por la puerta del Sur; tercero, por la puerta del Este. Porque del Norte se encienden los males sobre los habitantes de la tierra (Jerem. I, 14). Y es hermoso que quien es habitante de la tierra, y no extranjero y peregrino, esté expuesto a los dardos de aquel que viene del Norte, cuyos dardos encendidos, según el Apóstol, se apagan con el escudo de la fe (Ephes. VI). Y al Norte se llama atrio exterior: al Sur, es decir, al Austro, no exterior, sino interior. Porque la Escritura dice: Y me introdujo al atrio interior a la puerta del Sur, lo cual también se encuentra escrito de manera similar en el atrio Oriental. El primer ingreso a la virtud es pisar el Norte con los pies, y por el número cincuenta, y veinticinco, llegar a la cumbre del centenario: luego ser introducido a la región del Sur, y expulsar el frío del Norte: y entonces llegar a la virtud perfecta, es decir, a la puerta Oriental, en la cual nace el sol de justicia, y por la cual solo entra el pontífice. Y se debe observar que aunque hay cuatro regiones, no se menciona la puerta Occidental de la cual al principio del salmo sesenta y siete está escrito: Preparad camino al que asciende sobre el Occidente, su nombre es el Señor (Sal. VII, 5); para que después de que nosotros preparando el camino al Señor, y cumpliendo aquello que Juan el Bautista clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Mat. III, 3), podamos escuchar lo que al final de ese mismo salmo se dice: Cantad a Dios, cantad al Señor, que asciende sobre el cielo de los cielos al Oriente (Sal. LXVII, 33). Pero lo que se dice que las cámaras son tres de un lado y tres del otro, esto enseña que tanto la letra como el espíritu, y ambas inteligencias, la histórica y la tropológica, pertenecen a los sacramentos de la Trinidad. Y lo que se dice: Y su frente, y su vestíbulo según la medida de la puerta anterior, significa la puerta Oriental, que se llama anterior no por orden, sino por mérito. Y tenía, dice, cincuenta codos de longitud, y veinticinco de anchura; para que en los cincuenta después de las siete semanas se demuestre el descanso eterno: tendiendo por el día de la resurrección a los reinos celestiales, en los cuales está el verdadero descanso. En los veinticinco, de los cuales ya hemos hablado, se guarda la medida cuadrangular de los cinco sentidos por cinco órdenes, de los cuales uno se adapta a la longitud, otro a la anchura; para que en la longitud se demuestre el descanso, y el deleite del conocimiento más sagrado: en la anchura se demuestre la razón de las cosas presentes que

pertenecen a los sentidos. Y lo que se añade: Y sus ventanas, y vestíbulos, y esculturas, o como añadieron los Setenta, palmas eran según la medida de la puerta que miraba al Este, esto se indica sutilmente, que cualquiera que esté en la entrada de las virtudes, haya entrado en las tres y tres cámaras, y haya conocido la frente y el vestíbulo de la medida de la puerta anterior, llegue a ver aquellas cosas que también en la puerta Oriental va a recibir plenamente. Por lo que sigue: Y su ascenso era de siete escalones, y el vestíbulo delante de ella, o interior, tiene este sentido, que por los siete grados de la semana, y la olla que se enciende desde la cara del Norte, y las ceremonias de los judíos a quienes Dios dio preceptos no buenos, y justificaciones en las que no vivan en ellas, ascendamos a lo más alto y a su vestíbulo, es decir, de la puerta, por lo cual los Setenta tradujeron elamoth. Que el vestíbulo está delante de la puerta, o interior. No solo hay una puerta del Norte, que arriba se llama puerta exterior: sino también otra interior, que tiene similitud con la puerta Oriental, como dijeron más claramente los Setenta. Y la puerta del atrio interior mirando a la puerta del Norte, como era la puerta que miraba al Este. Y midió desde la puerta exterior del Norte hasta la puerta interior del mismo Norte cien codos: para que con estos grados y medidas, alejándonos de la puerta exterior, podamos llegar a la interior, del sacramento de cuyo número se ha dicho arriba.

(Vers 24 seqq.) «Y me sacó al camino del Sur, y he aquí una puerta que miraba al Sur. Y midió su frente y su vestíbulo, según las medidas superiores, y sus ventanas, y vestíbulos alrededor, como las otras ventanas: en la cual había cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura, y se ascendía a ella por siete escalones, y el vestíbulo delante de sus puertas, y palmas esculpidas había, una de un lado y otra del otro en su frente. Y la puerta del atrio interior en el camino del Sur, y midió desde la puerta hasta la puerta en el camino del Sur, cien codos. Y me introdujo en el atrio interior a la puerta del Sur, y midió la puerta según las medidas superiores, su cámara, y su frente, y su vestíbulo, con las mismas medidas, y las ventanas de los vestíbulos alrededor, cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura. Y el vestíbulo alrededor de longitud de veinticinco codos, y de anchura de cinco codos. Y su vestíbulo al atrio exterior, y sus palmas en su frente, y sus ocho escalones, por los cuales se ascendía a ella.» Los Setenta están de acuerdo en las mismas palabras, excepto thee, y elau, y elamoth, y elam, por lo cual en hebreo se ha puesto ulam. Thee se interpreta como umbral, o frente; elau, alrededor de él, o soportes; elamoth, pórticos, o vestíbulos; ulam, própylon, es decir, ante las puertas. Lo que según el hebreo hemos puesto: Y el vestíbulo, o própylon, alrededor de longitud de veinticinco codos, y de anchura de cinco codos, no se encuentra en los Setenta. Pero también se debe notar que en la puerta del Sur según los Setenta no se dice camino, sino simplemente: y me sacó al Sur, y he aquí una puerta que miraba al Sur. Por cada entrada Ezequiel, a quien Dios fortaleció, pues eso significa su nombre, es conducido, y de la puerta del Norte pasa a la puerta del Sur, cuyas frentes, y umbrales tropylaea, o vestíbulos y ventanas alrededor tenían medidas similares, cincuenta codos de longitud, y veinticinco codos de anchura, y se ascendía a ella por siete escalones, es decir, a la puerta del Sur, y su vestíbulo, es decir, elamoth, delante de sus puertas: también dos palmas esculpidas, de las cuales hemos hablado en la puerta de la región Septentrional. Y basta con haber advertido que todo lo que se pone allí, según la inteligencia más baja, es decir, según la letra, lo entendemos en la puerta meridional según el sentido espiritual. Pues las mismas líneas, y la historia corre y la tropología: pero aquella es más humilde, esta más sublime: aquella se adhiere a la tierra, esta vuela a lo celestial. Y alrededor por las ventanas todo estaba lleno de luz. Cada uno de los problemas tiene sus propios límites, y por ellos entra la luz propia al alma del creyente: especialmente si la longitud de su vida ha sido prolongada por el misterio del año cincuenta, es decir, del jubileo, y ha podido llegar a la anchura del sentido más divino. En la cual anchura y en las plazas la sabiduría

actúa confiadamente, y con voz sublime clama: y entra por siete escalones, para llegar al vestíbulo, y por las palmas de su propósito y esfuerzo, obtenga la victoria eterna. Y para que no pensáramos que hay un solo atrio en la parte Sur, se dice del segundo atrio: Y la puerta del atrio interior en el camino del Sur: y midió desde la puerta hasta la puerta en el camino del Sur cien codos; para que después de los sacramentos de la semana y del Antiguo Instrumento, llegara a la tierra buena y a la gracia del Evangelio. No solo en la puerta del Sur hay un segundo atrio; sino un tercero, del cual ahora se dice: Y me introdujo en el atrio interior a la puerta del Sur, y midió la puerta según las medidas superiores, etc. Pues cada atrio tiene sus medidas, y sus órdenes, y en las mismas medidas hay diversa gracia, mientras conocemos las mismas cosas de manera diferente al principio, en el progreso, y al final. Esto que no se encuentra en los Setenta, y el vestíbulo, o própylon, alrededor de longitud de veinticinco codos, y de anchura de cinco codos, parece causar una cuestión, porque en la antigua interpretación no se ha puesto, cómo después del progreso del tercer grado se ponen veinticinco codos, y cinco. Pero quita la ambigüedad lo que sigue: Y su vestíbulo al atrio exterior: y sus palmas en su frente; para que este atrio que tenía en longitud veinticinco codos, y en anchura cinco, no sea del atrio interior, sino del exterior, para que la anchura del atrio anterior, es decir, veinticinco codos, posea la longitud del atrio exterior, y en la anchura tenga cinco codos. Estas medidas, es decir, veinticinco y cinco, las referimos a los mismos sentidos, a saber, la vista, y el oído, el gusto, y el olfato, y el tacto, que si ascendemos a lo más alto, duplicamos cinco veces, y de sentidos carnales hacemos espirituales, como es aquello: Levantad vuestros ojos, y ved, porque ya las mieses están blancas para la siega (Juan IV, 35), Y: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8). Y: Gustad y ved, que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 8). Y: Somos buen olor de Cristo para Dios en los que creen (II Cor. II, 15). Y en la Epístola de Juan se dice: Lo que hemos oído y visto, y nuestras manos han palpado del Verbo de vida (I Juan I, 1). Y al final no solo como en la región septentrional siete escalones son suficientes: sino que después de siete se pone el número ocho, para que pasemos de la Sinagoga a la Iglesia, del antiguo instrumento al nuevo, de lo terrenal a lo celestial.

(Vers. 28 seqq.) Y me introdujo en el atrio interior por el camino Oriental: y midió la puerta según las medidas superiores; su cámara, su frente y su vestíbulo como arriba, y sus ventanas y vestíbulos alrededor, con una longitud de cincuenta codos y una anchura de veinticinco codos. Y su vestíbulo, es decir, del atrio exterior (para lo cual los Setenta y Símaco pusieron interior); y palmas esculpidas en su frente de un lado y del otro, y en ocho escalones su ascenso. Desde el lado Septentrional, en cuyo atrio se ascendía solo por siete escalones, pasa a la puerta Austral y al atrio de ese lado, al cual no solo se asciende por siete, como antes, sino por ocho escalones: es decir, para que pasemos de lo viejo a lo nuevo; y para hablar más claramente, para que a través de los patriarcas y profetas, lleguemos a los apóstoles: para que en uno esté la semana, en el otro el octavo día. Ahora, sin embargo, llega al último, o mejor dicho, al más alto, e introduce al profeta por el camino de la puerta interior, o por el atrio, al cual se va por el camino Oriental. El camino según los Setenta solo se menciona en este lugar; en el lado Septentrional y Austral está completamente en silencio, para que podamos entender que en la puerta Oriental se debe entender ese camino, que dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Porque por él venimos al Padre, y de él está escrito: Bienaventurados los inmaculados en el camino (Salmo CXVIII, 1), que no piensan nada malo de Cristo, sino que su fe es pura, y de ninguna manera está contaminada por la suciedad de los herejes. Y el mismo número de cámaras, frentes y vestíbulos, y ventanas, y su luz, y la misma medida de longitud y anchura: conservando los sacramentos de cincuenta y veinticinco codos, y su vestíbulo de la puerta o del atrio interior, que según el Hebreo se pone

exterior, para que todo esté incluido en la luz Oriental, según lo que está escrito: Ni hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7). Pero si tomamos el atrio tanto exterior como interior: así debe entenderse, que Dios está tanto rodeado como infundido, diciendo por el profeta: Que sostiene el cielo con la palma, y la tierra con el puño (Isaías XL, 12): para que todo parezca estar incluido por él. Y de nuevo: El cielo es mi trono: pero la tierra es el escabel de mis pies (Isaías LXVI, 1), para que se crea que está dentro de todo: según aquello de Virgilio (Eneida, libro VI): Al principio el cielo y la tierra, y los campos líquidos, y el globo brillante de la luna, y las estrellas Titánicas, el Espíritu alimenta dentro: y toda la masa infundida a través de los miembros, la Mente agita, y se mezcla con el gran cuerpo.

Y cuando por las armas de la justicia a la derecha y a la izquierda, por la gloria y la ignominia, por la buena y mala fama, por alabanzas y vituperios, hayamos obtenido la victoria sobre este mundo (II Cor. VI): entonces se nos dan palmas de ambos lados, a quienes ni las alegrías cambiaron, ni la tristeza, ni lo próspero, ni lo adverso superaron: y de ninguna manera por siete [ocho] escalones, como en el lado del Norte, ni por siete y ocho, como se contiene en el mediodía: sino que solo por ocho (o siete) escalones ascendemos a lo más alto: porque nos basta el número de ocho, es decir, el sacramento Evangélico; para que podamos decir junto al Apóstol: Y si conocimos a Cristo según la carne, pero ya no lo conocemos (II Cor. V, 16), se sobreentiende según la carne.

(Vers. 35 seqq.) Y me introdujo a la puerta que miraba al Norte, y midió según las medidas superiores, su cámara, su frente, su vestíbulo, y sus ventanas alrededor: con una longitud de cincuenta codos, y una anchura de veinticinco codos. Su vestíbulo miraba al atrio exterior, y la esculpida de palmas en su frente de un lado y del otro, y en ocho escalones su ascenso. Y en cada cámara del tesoro una puerta en las entradas (Vulg. frentes) de las puertas: allí lavarán el holocausto. Y en el vestíbulo de la puerta, dos mesas de un lado, y dos mesas del otro, se inmolará sobre ellas el holocausto, y por el pecado, y por la culpa. Y al lado exterior, que sube a la puerta que va al Norte, dos mesas, y al otro lado frente al vestíbulo de la puerta, dos mesas. Cuatro mesas de un lado, y cuatro mesas del otro: por los lados de la puerta, había ocho mesas, sobre las cuales inmolaban (Vulg. inmolaban): pero cuatro mesas para el holocausto construidas de piedras cuadradas, con una longitud de un codo y medio, y una anchura de un codo y medio, y una altura de un codo, sobre las cuales pondrán (Vulg. pongan) los vasos en los que se inmola el holocausto y las víctimas. Y sus bordes de un palmo, doblados hacia adentro alrededor: sobre las mesas, sin embargo, las carnes de la ofrenda. Mucho en este testimonio la Verdad Hebrea difiere de la edición de los Setenta Intérpretes. Esto que dijimos: Allí lavarán el holocausto, y en el vestíbulo de la puerta dos mesas de un lado, y de nuevo: Para que se inmole sobre ellas el holocausto y por el pecado, no se encuentra en los Setenta: pero en muchos códices se ha añadido de Teodoción. De nuevo donde dijimos: Y sus bordes de un palmo doblados hacia adentro alrededor, los Setenta tradujeron, y gisum de un palmo teniendo tallado hacia adentro alrededor. Esa palabra, si es Hebrea, o Griega, no podemos saber, sino solo que por gisum, Símaco y Teodocio, labios, la primera edición de Aquila ἐπιστάσεις, en número plural; la segunda, labios tradujeron: para lo cual en Hebreo se tiene ASEPHATHAIM (). Y donde dijimos, sobre las mesas, sin embargo, las carnes de la ofrenda, los Setenta pusieron de su parte, y en las mesas cubiertas arriba, para que se cubran de la lluvia y la sequedad. Lo que sin embargo editaron con nombres Hebreos, Thee, y Elau, y Elalamoth, y Aelam, qué significa, ya lo advertimos antes, y nuestra traducción puede mostrarlo en el lugar: ni es necesario advertir al lector sobre esto a menudo, y desconfiar de su prudencia y estudio. Se introduce, por tanto, de nuevo a la puerta que miraba al Norte: pero de ninguna manera como antes al atrio exterior, sino interior. En lo que se dice a continuación: Su vestíbulo miraba al atrio exterior, se

muestra que este atrio estaba dentro. Por lo cual se muestra el progreso del que entra; mientras que en cada lugar los nombres y medidas son propios, y las ventanas alrededor llenas de luz mostrando todo el conocimiento, y por cincuenta, y veinticinco codos se han puesto los sacramentos de la remisión y de los sentidos divinos, para que puestos en el vestíbulo del atrio interior, veamos los exteriores: contemplando el conocimiento de lo pasado y lo presente, por el cual llegamos a las palmas dobles y victorias, y conocemos los misterios de los ocho escalones, entrando en las cámaras del tesoro, en las que se contienen las riquezas del templo, y se lavan nuestras oraciones de toda suciedad del pecado: y las mesas de ambos lados están puestas en pares, para que primero se inmole el holocausto, Armenti vigilem patrio de more sequuntur, Gesaque, latratorque Sydon, etc. que todo el fuego sagrado consuma, luego por el pecado, y al final por la ignorancia: lo que cometimos sabiendo, o ignorando. Al lado exterior también según los Setenta había un arroyo fabricado, que llevaba las cenizas de los holocaustos, y las virulencias de las carnes (Al. jurulentias) al exterior: o había dos mesas, y al otro lado del vestíbulo de esa misma puerta dos mesas, es decir, de ambos lados cuatro, cuatro de un lado, y cuatro del otro, y detrás, o al lado de ellas otras ocho mesas: para que en total hagan dieciséis mesas: con cuyo número se demuestran los misterios de los profetas: para que todo lo que ofrecemos por la dignación Evangélica, lo aprobemos con las profecías de ellos. Y que se introducen cuatro mesas construidas de piedras cuadradas, y estas mismas para el sacrificio y el holocausto (Al. holocaustos), estos son los vivos piedras que se mueven sobre la tierra, y tienen consigo la piedra angular, con la cual se contienen las paredes del Antiguo y Nuevo Testamento. Pero el número cuatro demuestra los sacramentos Evangélicos, teniendo en longitud y anchura un codo y medio, es decir, por el cuadrado, que juntos hacen tres codos, que tres codos tienen en altura un codo; para que los misterios de la Trinidad de un codo, es decir, la medida de la majestad divina conserve, diciendo el Señor a los discípulos: Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 19). El nombre de Dios, como un codo de altura, que abarca tres propiedades, y siempre asume los holocaustos de nuestras ofrendas. Sobre esas cuatro mesas de los holocaustos construidas de piedras vivas, cuya longitud, anchura y altura están descritas, se ponen los vasos en los que se inmola el holocausto de los mártires, de los cuales se dice: Preciosa en la vista del Señor es la muerte de sus santos (Salmo CXV, 5); y las víctimas de aquellos que con continencia y santidad del cuerpo, inmolan sus almas al Señor. Y en el nombre de esas mesas, creo que en Mateo, y Lucas, Marcos y Juan los apóstoles están contenidos: cuya corona doblada hacia adentro, alrededor rodeaba los bordes, para que contuviera los holocaustos dentro, y no permitiera que fluyeran al azar, y sostuviera las carnes de la ofrenda, o como tradujeron los LXX: Y esas mesas estaban cubiertas arriba, por la violencia de las lluvias, y la excesiva sequedad del sol de verano: para que las carnes puestas arriba, puedan decir con el profeta: De día el sol no nos quemará, ni la luna de noche (Salmo CXX, 6). De los cuales uno, con lluvias excesivas, y tempestades de tribulaciones disuelve las ofrendas; el otro con el ardor vehemente de las persecuciones seca todo lo que se ha ofrecido. Perdona, lector, la dificultad de los lugares: o si puedes encontrar algo mejor, enséñanos: con gusto aprendemos lo que no sabemos.

(Vers. 44 seqq.) Y fuera de la puerta anterior las cámaras del tesoro de los cantores en el atrio interior, que estaba en el lado de la puerta que miraba al Norte, y sus caras hacia el camino del Sur: una al lado de la puerta Oriental, que miraba al camino del Norte. Y me dijo: Esta es la cámara del tesoro que mira al camino del Sur de los sacerdotes [Vulg. añadirá], que vigilan en las guardias del templo. Pero la cámara del tesoro que mira al camino del Norte, será de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar: Estos son los hijos de Sadoc que se acercan de los hijos de Leví al Señor, para ministrarle. Y midió el atrio con una longitud de cien codos, y una anchura de cien codos por el cuadrado, y el altar ante la cara del templo. Y

me introdujo en el vestíbulo del templo: y midió el vestíbulo cinco codos de un lado, y cinco codos del otro, y la anchura de la puerta de tres codos de un lado, y tres codos del otro. Pero la longitud del vestíbulo veinte codos, y la anchura once codos, y se ascendía a ella por ocho escalones, y sus columnas [Así. mss. Vulg. eran], en las frentes, una de un lado, y otra del otro. Por cámaras del tesoro, los Setenta tradujeron exedras. Y lo que dijimos exedras, o cámaras del tesoro de los cantores, fue omitido por ellos. Y de nuevo después de la medida del vestíbulo de cinco codos de un lado, y cinco codos del otro, añadieron de su parte, y la anchura de la puerta de catorce codos, cuando en Hebreo solo se puso, y la anchura de la puerta de tres codos de un lado, y tres codos del otro. Advertí esto al lector, para que no se turbe por la diversidad de las traducciones, sino que en el presente lugar, y especialmente en las medidas del templo, se contente con la verdad Hebrea. Por lo tanto, después del muro, que los Setenta tradujeron como períbolo, que rodeaba todo el templo por el cuadrado en el circuito, leemos que el profeta fue introducido en el atrio interior, y luego al Norte, y al Sur, y a la puerta Oriental, y de nuevo al Norte: de los cuales, como pudimos, hemos hablado, y en cuyas diversidades, ya sea de nombres o de medidas, lo que nos pareció, el discurso anterior mostró: cuyo sentido el testimonio del Salvador brevemente mostró diciendo: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV, 2). Habiendo completado esto, entra en el templo, es decir, en el Santo de los santos, de los cuales ahora se dice, y dentro de la puerta interior, las cámaras del tesoro, o exedras de los cantores. A quienes se les da ese mandato. Cantad al Señor un cántico nuevo (Salmo XCV, 1). Que con los Ángeles claman: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Que el atrio interior estaba situado en el lado de la puerta, que miraba al Norte, y al Sur, y al Oriente; para que siempre recuerden los cantores del Señor, y quienes están ocupados en el oficio de los ángeles, por qué escalones llegaron a lo más alto; y conozcan diligentemente los misterios de cada lugar. Finalmente, ese hombre cuyo cálamo, y cuerda estaba en la mano, introducido el profeta en el atrio interior que miraba al camino del Sur, habló estas cosas, Esta es la cámara del tesoro o exedra; y como Teodocio puso, cámara, que está separada para la habitación de los sacerdotes que observan en las guardias del templo. Pero la cámara del tesoro que mira al camino del Norte, será de los sacerdotes que vigilan en el ministerio del altar. En lo cual se debe notar, que los sacerdotes a quienes se les delegaron las guardias del templo, habitan en la cámara del tesoro, que mira al camino del Sur, en el cual hay luz plenísima. Pero aquellos que vigilan en el ministerio del altar, en el cual se ofrecen las víctimas por el pecado, estén en la cámara del tesoro que mira al camino del Norte, deseando recibir y salvar a aquellos que vienen del Norte, y ofrecen víctimas por los pecados. Que ambos, por sus oficios sirviendo al Señor, son llamados hijos de Sadoc, que se interpreta justo, o justificante, el Dios omnipotente, de quien está escrito: Justo es el Señor, y ama las justicias: la equidad vio su rostro (Salmo X, 8). Estos, sin embargo, hijos de Sadoc de los hijos de Leví, que se interpreta asumido: y ellos mismos son asumidos por el Señor, para que se acerquen a él, y no solo se diga de Moisés: Moisés se acercaba al Señor; pero otros no se acercaban (Éxodo XIX); sino que también todos los que le sirven, y ministran, se dice que se acercan al Señor. Este hombre que introdujo a Ezequiel en el atrio interior, y por así decirlo, al Santo de los santos, midió el mismo atrio, en el cual había dos exedras o cámaras del tesoro asignadas a las habitaciones de los guardianes del templo, o del altar, y encontró que tenía una longitud y anchura por el cuadrado de cien codos: para que los Sacerdotes de Dios sirviendo en el ministerio, que habían entrado por el camino estrecho y angosto, tengan paseos muy amplios, y habiten en el número perfecto y consumado de virtudes. Y en el mismo atrio estaba el altar ante la cara del templo: para que nunca cese la oración de los santos a Dios. También el hombre mencionado anteriormente introdujo a Ezequiel en el vestíbulo, o propileo del templo, que midió cinco codos de un lado, y cinco codos del otro: porque quien fue introducido, había sido instruido en los sentidos divinos, y no conocían ni la derecha ni la izquierda, sino que entraba por el

camino real. La anchura de esa puerta, por la cual era la entrada al vestíbulo del templo, tenía tres codos de un lado y del otro. En lo cual se debe observar la elegancia de las Escrituras sagradas: que no dijo a la derecha y a la izquierda, para que no pareciera nombrar algo siniestro en el Santo de los santos; sino de un lado y del otro, es decir, de ambos lados. Y el lector prudente entiende de inmediato, que el número tres se refiere al misterio de la Trinidad, que es la puerta de los que entran a Dios, mientras que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, y en ambos el Espíritu Santo. Que ese número tres, es una puerta de aquellos que después del bautismo de la Trinidad llegan a la salvación. Pero lo que sigue: La longitud del vestíbulo veinte codos, y la anchura once codos, parece plantear una cuestión, cómo el número dual que se refiere a dos décadas, y el undécimo que parece tener uno menos, para completar el número sagrado doce, se dice que está en el vestíbulo del templo. Lo que muchos resuelven así: Aunque los sacerdotes sean santos y estén colocados en los ministerios del templo, y ofrezcan diariamente víctimas a Cristo: sin embargo, porque habitan en este cuerpo mortal y frágil, y sujeto a enfermedades y vicios, tienen el número veinte y el undécimo. Por lo cual también decía el Apóstol: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte (Rom. VII, 24)? No porque según la herejía más cruel, creamos que los cuerpos deben ser abolidos; sino porque nuestro deseo es ser revestidos, no despojados, y que esto mortal reciba la inmortalidad, y lo corruptible se vista de incorrupción. Lo que sigue: Y se ascendía a ella por ocho escalones (I Cor. XV), es decir, a la puerta interior, hace gran dificultad para los que conocen la lengua Hebrea. Finalmente, Símaco, a quien seguimos en este lugar, puso ocho escalones: los Setenta, diez; Teodocio y la segunda edición de Aquila, once; pero la primera no puso ningún número, sino que dijo absolutamente, y escalones en los que se ascendía a ella: para que o según la costumbre de las puertas anteriores, entendamos ocho escalones, como también entendió Símaco, o ciertamente los que tenía la puerta interior, cuyo número la Escritura no dijo (para lo cual en Hebreo se puso, UROB (), es decir, y anchura, ASTE (), ESRE (). Que si se lee así, significa once: pero si en lugar de ESRE, es decir, diez, leemos ESER (), no significa diez, sino el pronombre que). Estas cosas pueden parecer delirios para los que no tienen experiencia en el idioma Hebreo: pero ahora no escribimos controversias, ni discursos, en los que se suele jugar con la composición de las palabras, sino explicaciones y comentarios de los volúmenes Hebreos. Pero volvamos al tema. Por ocho o diez escalones que es un número perfecto, o once, de lo cual ya hemos hablado, se asciende a la puerta de los santos, en cuyos frentes había columnas, una de un lado, y otra del otro. No dijo, dos, para no incurrir en el número dual, sino una y una, que es un número perfecto, y con su unión imita a Dios. Estas, sin embargo, eran dos columnas, de las cuales también se dice en el Apocalipsis: Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca saldrá fuera (Apoc. III, 12). Y Pedro y Juan son llamados columnas de la Iglesia (Gálatas II), por quienes entramos al Santo de los santos, y cuya doctrina, es nuestra entrada a Cristo.

(Cap. XLI.---Vers. 1 seqq.) «Y me introdujo en el templo, y midió las fachadas de seis codos de ancho por un lado, y seis codos de ancho por el otro, la anchura del tabernáculo. Y la anchura de la puerta era de diez codos, y los lados (o hombros) de la puerta eran de cinco codos por un lado, y cinco codos por el otro. Y midió su longitud de cuarenta codos, y su anchura de veinte codos.» Después de muchos misterios, varias entradas, y las propiedades de cada lugar, finalmente el hombre, cuyo cordel de albañiles y caña de medir estaba en su mano, introduce al profeta Ezequiel en el templo, y midió la fachada del templo: para lo cual el término 'aelam', los Setenta; 'aelim' Teodocio; y 'en torno' Símaco tradujeron. Y de cada lado la anchura del tabernáculo era de seis codos, conteniendo el sacramento de todas las criaturas: pues en seis días el mundo fue completado. A través de cuyo conocimiento, causas

de la condición y razón, entramos al templo de Dios, y por el orden y constancia de las criaturas conocemos al Creador. La anchura de la puerta del templo era de diez codos, que es un número sagrado y perfecto, y en el cual en el séptimo mes, el décimo día del mes, es el ayuno y la propiciación. El décimo día del primer mes, que se llama Nisán, se toma el cordero para la inmolación y preparación de la Pascua. En el séptimo mes, se ofrecen los diezmos en los graneros de Dios, o, como la Escritura suele llamar, los lagares. De donde también dice el Apóstol: "Difataminaos también vosotros" (II Cor. VI); para que después de que alguien haya ingresado al templo por los diez codos de la puerta, de cada lado de la puerta se midan los lados, o como se dice propiamente en hebreo, los hombros, que siempre se refieren a las obras. De donde también Isacar deseó lo bueno (Gén. XLIX), descansando entre los cleros, y viendo que el descanso es bueno, y la tierra, que es fértil, puso el hombro para trabajar, y se convirtió en un hombre agricultor. Y en la vestidura del sumo sacerdote, el efod se une con el racional, para que las obras se unan a la razón, y pueda decir el hombre eclesiástico: "De tus mandamientos he entendido" (Sal. CXVIII, 104). Estos hombros de la puerta, de cada lado, tenían cinco pórticos, para que a través de los sentidos terrenales y divinos, sobre cuya diferencia hemos escrito a menudo, entremos en los atrios del templo, cuya longitud midió aquel hombre, que era el guía del profeta, de cuarenta codos, y su anchura de veinte codos, o como es mejor, la longitud y anchura de la puerta: porque arriba solo había hablado de la anchura y sus hombros. Que además haga el número dos veces cuarenta ochocientos, que es cercano al ocho, no hay duda. De donde en el Eclesiastés se ordena: "Da partes a siete: da también a ocho" (Ecl. XI, 2). Del sacramento de este número sé que he discutido a menudo, ya sea porque a través de las tribulaciones y angustias de este siglo entramos al santuario del Señor: por eso la longitud de la puerta tenía cuarenta codos, número que siempre está puesto en el trabajo. De donde también Moisés y Elías no comen pan ni beben agua durante cuarenta días (Deut. IX; III Reg. XIX; Deut. XXIX): y el pueblo de Israel es afligido y probado durante cuarenta años en el desierto, y a través de muchos trabajos entra en la tierra prometida: y el Señor y Salvador según la fragilidad del cuerpo asumido es tentado durante cuarenta días en el desierto, para que después de la victoria los ángeles se acerquen y le sirvan (Mat. IV): Pero cuando a través de tribulaciones y angustias podamos decir aquello del Apóstol: "Atribulados en todo, pero no angustiados" (II Cor. IV, 8), y aquello del profeta: "En la tribulación me ensanchaste" (Sal. IV, 1), entonces se nos abre una entrada muy amplia, que tiene una anchura de veinte codos, para que superadas las luchas del mundo y terrenales, que también es un número dual, entremos en los recintos del templo, y escuchemos al Señor ordenando a los discípulos: "Confiad: yo he vencido al mundo" (Juan XVI, 34).

(Vers. 3, 4.) «Y entrando al interior (o en el atrio interior) midió en la fachada (o aelam) de la puerta dos codos, y la puerta de seis [o diez] codos, y la anchura de la puerta de siete codos (o y los hombros de la puerta de siete codos por un lado, y siete codos por el otro). Y midió su longitud (o de las puertas) de veinte codos y su anchura de veinte codos ante la fachada del templo. Y me dijo: Esto es el Santo de los santos.» Por mucho que progresemos, siempre se nos abre un mayor progreso. De donde después de la entrada del templo volvemos a entrar al interior, o como los Setenta tradujeron, al atrio interior, en cuya fachada, o AEL, para lo cual Símaco, cerca de la puerta, Teodocio AELAM, el hebreo UL (), Aquila puerta, nosotros hemos interpretado fachada, había dos codos: para que según el sentido superior a través del número dual entremos al lugar donde están los Santos de los santos. De donde también la misma puerta era de seis codos, por la cual entrando, poseemos el descanso eterno, que se demuestra en el número siete. Para lo cual los Setenta tradujeron, y la anchura de la puerta de siete codos por un lado, y siete codos por el otro, en hebreo y en las demás ediciones solo una vez se colocan siete codos en la anchura de la puerta. Lo que sigue: Y midió su longitud, o

como los Setenta tradujeron, de las puertas de veinte codos, para lo cual en muchos códices según los Setenta se contienen cuarenta, y también su anchura de veinte codos ante la fachada del templo, significa que ante la fachada del templo, y su entrada, siempre se nos presenta la medida del trabajo y lucha pasados. Pues la misma razón que posee el número doble en cada uno de los números, la tienen las dos décadas. Y esto debe considerarse, que entrando al interior por la puerta de dos codos en la fachada, y teniendo seis codos, y siete en la anchura de cada lado, y veinte codos en longitud, y otros tantos en las mismas puertas del templo, se enseña al profeta cuál es ese lugar, o cómo se llama. Pues dijo, dice, a mí: Esto es el Santo de los santos. Pero si ante el templo, o como la Escritura lo llama, ante la fachada del templo es el Santo de los santos, ¡cuánta bienaventuranza debemos imaginar en los recintos del templo y en sus interiores! De lo cual habla el profeta: "Esto es trabajo ante mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en sus postrimerías" (Sal. LXXVII, 16, 17). Pero también debe notarse que en la descripción del tabernáculo se dice Santos de los santos, en plural; aquí, sin embargo, Santo de los santos, en singular, para que después de los santos lleguemos al santo: como después de muchos cánticos llegamos al Cantar de los cantares, que es el cántico de todos los cánticos, y que cantando, nos unimos en los abrazos del esposo.

(Vers. 5 seqq.) Y midió la pared de la casa de seis codos, y la anchura del lado de cuatro codos alrededor de la casa. Los lados, lado a lado, estos treinta y tres [Vulg. tres], y había prominencias que entraban por la pared de la casa en los lados alrededor, para que contuvieran, y no tocaran la pared del templo. Y había una escalera en espiral que subía: arriba por la espiral y conducía al piso superior del templo alrededor. Por eso el templo era más ancho en las partes superiores, y así de las inferiores se ascendía a las superiores en medio + y de los medios a los tres pisos y Thrael **» Lo que se pone en los LXX, Y de los medios a los tres pisos, es decir, a tres pisos, y Thrael, no se encuentra en hebreo. Por Thrael también (que no sé qué significa; pues no se encuentra en hebreo) se lee entre ellos URAITHI (), que tanto nosotros como los demás hemos traducido, y vi, para que siga el orden del testimonio.

(Vers. 8 seqq.) «Y vi en la casa la altura alrededor fundada los lados a la medida de la caña, de seis codos de espacio, y la anchura por la pared del lado exterior, de cinco codos, y la casa interior en los lados de la casa, y entre las cámaras de veinte codos de anchura alrededor de la casa. Y la puerta del lado para la oración (que no se encuentra en los Setenta), una puerta hacia el camino del norte, y una puerta hacia el camino del sur, y la anchura del lugar para la oración» (que tampoco los Setenta tradujeron), «de cinco codos alrededor. Y el edificio que estaba separado y vuelto hacia el camino que mira al mar, de setenta codos de anchura: pero la pared del edificio de cinco codos de anchura alrededor, y su longitud de noventa codos». Después de llegar al Santo de los santos, del cual hablamos antes, aquel hombre venerable midió la pared del Santo de los santos, que por la obra del mundo, y toda la creación visible, que fue creada en seis días, tenía seis codos, y la anchura de un lado de cuatro codos: no de un solo lado, sino alrededor. Cuatro codos tenía alrededor de la casa la anchura, para mostrar los cuatro elementos, de los cuales todo está compuesto, y especialmente los cuerpos humanos, contra los cuales los santos luchan, y sometiéndose al poder del alma, merecen entrar en el interior, y conocer los secretos del Señor. Los mismos lados que estaban alrededor de la casa, y se separaban de las paredes del templo por un espacio de cuatro codos, estaban unidos entre sí: de modo que un lado tocaba otro lado, y tenía en longitud no treinta y tres codos, sino dos veces treinta y tres, es decir, sesenta y seis. El Antiguo Testamento en Levítico habla, en el nacimiento del mar después de una semana, y aquella que dio a luz, y aquel que nació, completar treinta y tres días, para que vengan a la purificación (Lev. XII). Pero si da a luz una hembra, se observa el doble número, es decir, sesenta y seis. Y porque,

para llegar a los santos de los santos, no solo necesitamos el primer nacimiento, sino también el segundo, para que nacidos en la carne, renazcamos en el espíritu: por eso no se pone sesenta y seis, sino dos veces treinta y tres, para que ambos nacimientos se deban a Dios, su autor, y a su clemencia, y con un doble muro rodeen los lados de la casa que sostienen el edificio del templo. Lo que sigue según el hebreo: «Y había ciertas prominencias, que salían por la pared de la casa por los lados alrededor, para que contuvieran, y no tocaran la pared del templo,» significa: que los hombres santos en la multitud de creyentes irrumpen por la pared del templo, por todos los lados alrededor, y contienen los fundamentos de la Iglesia, y sin embargo no tocan la pared del templo: contentos con haber visto tanto, y de lejos adorar los misterios inenarrables. Ahora vemos por espejo en enigma, y no podemos tocar ni comprender plenamente la verdad. Lo que la escalera era en espiral, subiendo arriba por la espiral, y conducía al piso superior del templo alrededor: y por eso el templo era más ancho en las partes superiores, y así de las inferiores se ascendía a las superiores, y al medio: creo que es claro para el lector, que siempre son más angostas las cosas que están abajo en ayunos, χαμευνίαις, y en la continencia del sustento, y poco a poco mientras ascendemos a las alturas, se nos abre un camino más amplio, y se cumple lo que está escrito: en la tribulación me ensanchaste (Sal. IV, 1). Por lo redondo y por la espiral ascendemos al piso superior del templo, figura que entre todas las σχήματα también es aprobada como más hermosa por los filósofos de este siglo: mientras que el cielo, el sol, la luna, y las demás estrellas, y el punto de la tierra, en los cuerpos humanos también, los ojos, como otras estrellas, y la figura de la cabeza, que es el receptáculo de todos los sentidos, y los dedos redondeados, y las piernas, y los brazos prefieren esta redondez. Pero el piso superior del templo, al que ascendemos de las cosas más angostas a las más altas, creo que es aquel que tuvo Elías en el volumen de los reyes, y Eliseo, y en los Hechos de los apóstoles, Tabita, es decir, δόρκας y nuestra gacela poseyó, que con buenas obras había ascendido a las alturas (III Reg. XVII; IV Reg. IV; Act. IX; Act. X). El apóstol Pedro, sobre quien el Señor solidificó los fundamentos de la Iglesia, trascendió el piso superior, y vino al techo, que más significativamente en griego se llama δῶμα, es decir, el solarium del techo: y conoció los sacramentos de la Iglesia antes desconocidos para el mundo. También el Salvador del género humano hizo la pascua en el piso superior, y en un gran y amplio piso superior, y todo limpio de suciedad y preparado para el banquete espiritual, donde entregó a sus discípulos el misterio de su cuerpo y sangre, y nos dejó la festividad eterna del cordero inmaculado. Lo que añadió: Y de los medios a los tres pisos, es decir, a los tres pisos y Thrael, me parece que debe ser marcado con un obelo. Pues, ¿qué necesidad hay de discutir cosas dudosas y no escritas, cuando debemos centrarnos en lo que se contiene en los libros de los hebreos? Sigue: «Y vi en la casa la altura alrededor fundada los lados a la medida de la caña, de seis codos de espacio: y la anchura por la pared del lado exterior de cinco codos, y entre las cámaras» (que Símaco llama ἐξέδρας) «la anchura de veinte codos alrededor de la casa. Con estos números se muestra, que de este mundo, y de los sentidos terrenales, y del número dual de dos décadas, que se refiere a veinte, no solo merecemos ascender a los santos de los santos, sino también a sus pisos superiores, y siempre tener en memoria, que a través de los seis días de nuestra condición, y a través de los cinco sentidos, y a través de los veinte codos de anchura hemos ascendido al piso superior del templo, y dejando la humildad terrenal y el sentido de la letra, hemos pasado a la cumbre de la Iglesia, y nos alegramos en la compañía del Espíritu Santo. Y la puerta, dice, del lado para la oración contra el camino del norte (Jer. I, 14), de donde se encienden los males sobre toda la tierra, y que el Señor promete alejar de nosotros, diciendo: Y al que está del norte, lo alejaré de vosotros (Joel II, 20). Y bellamente en la puerta contra el norte hay un lugar de oración, para que según el Apóstol (I Tes. V), oremos sin cesar, y digamos con Jeremías: No calle la pupila de mi ojo (Lam. II, 18), ya sea deseando evitar los males presentes, o dando gracias por los pasados. Pues mientras estemos en el tabernáculo de este cuerpo, gemimos, y

decimos: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Pero también hacia el camino del sur había una puerta, y esta según el hebreo tenía un lugar de oración y se extendía cinco codos alrededor. Después del frío del norte pasamos al calor del sur, y sin embargo nuevamente buscamos un lugar de oración, en la puerta del norte, para evitar los peligros: en el sur, para dar gracias por los pasados, y que sea para nosotros una posesión segura de la victoria. Cinco codos, y en este lugar indican los sentidos divinos, a través de los cuales ascendemos de lo terrenal a lo más alto. Y el edificio, dice, que estaba separado y vuelto hacia el camino que mira al mar, de setenta codos de anchura: para que después de los trabajos, y peligros, y las olas y naufragios de este siglo, y los setenta años, de los cuales escriben Jeremías, y Daniel, y Zacarías (Jer. XXV y XXIX; Dan. IX, Zac. IX); y el verdadero y legítimo sábado de siete décadas lo alcancemos: para que sea para nosotros un descanso eterno, y a través de la anchura de cinco codos lleguemos a la longitud de noventa codos: en la cual edad Sara generó al hijo de la promesa, que de noventa años, es decir, de nueve décadas, dio a luz a Isaac, unida a Abraham centenario (Gén. XXI), es decir, teniendo el misterio de diez décadas. Qué significa este número, la siguiente Escritura lo mostrará.

(Vers. 13 seqq.) Y midió la longitud de la casa, cien codos. Y lo que estaba separado del edificio, y sus paredes, de longitud cien codos. La anchura ante la fachada de la casa, y lo que estaba separado hacia el Oriente, cien codos. Y midió la longitud del edificio frente a su fachada, lo que estaba separado hacia la parte trasera. EKΘETAC (es decir, prominencia) de cada lado, cien codos: Y el templo interior, y los vestíbulos del atrio. Los umbrales y las ventanas oblicuas EKΘETAC, alrededor por tres partes frente a cada umbral, revestido de madera alrededor: la tierra llegaba hasta las ventanas: Y las ventanas cerradas. Sobre las puertas, y hasta la casa interior: Y por fuera, por toda la pared alrededor, interiormente: Y por fuera, según la medida. Y labrados querubines y palmas: Y una palma entre querubín y querubín: y el querubín tenía dos caras: la cara de un hombre junto a la palma de un lado, y la cara de un león junto a la palma del otro lado; esculpido por toda la casa alrededor. Desde la tierra hasta la parte superior de la puerta, los querubines y las palmas estaban tallados en la pared del templo. El umbral era cuadrado: Y la apariencia del santuario frente al altar de madera, de tres codos de altura: Y su longitud de dos codos: Y sus esquinas, y su longitud, y sus paredes de madera. LXX: Y midió ÷ frente a ** la casa, longitud de cien codos: y lo restante y lo separado y sus paredes, en longitud de cien codos: Y la anchura frente a la fachada del templo, y lo restante frente a cien codos. Y midió la longitud de lo separado frente a lo restante, que estaba detrás de esa casa, y lo restante de aquí y de allá, longitud de cien codos. Y el templo y las esquinas, y el vestíbulo exterior revestido de madera, y las ventanas en forma de red hechas tres, para iluminar, para que se pudiera ver a través de ellas. Y la casa, y lo que estaba cerca, revestido de madera alrededor: Y el pavimento, 501 y desde el pavimento hasta las ventanas. Y las ventanas se abrían triplemente, para que se pudiera ver a través de ellas: y hasta la casa interior, y exterior, y por toda la pared alrededor, interior y exteriormente, medida, y tallados querubines, y palmas entre querubín y querubín. Dos caras del querubín: la cara de un hombre hacia la palma de aquí, y la cara de un león hacia la palma de allá: toda la pared tallada alrededor desde el pavimento hasta el techo, querubines, y palmas talladas. Y el santuario y el templo se abrían por cuatro esquinas frente a la fachada de los santos: visión como la apariencia de un altar de madera: de tres codos de altura, y longitud de dos codos: y anchura de dos codos: y tenía cuernos, también sus bases y paredes de madera. La palabra contra, que los LXX tradujeron al principio del testimonio, donde está escrito: Y midió contra la casa, no se encuentra en hebreo, y por eso debe marcarse con un obelo: para que sea más correcto y verdadero, y midió la casa con longitud de cien codos, y lo restante. Se describen, además, el Santo de los Santos y el templo interior, que después de

noventa codos, se dice que tiene cien codos en tres partes, un número perfecto de decenas de diez: para que sirvamos al Señor con mente, palabra y obras, recordando aquel ejemplo apostólico en el que dice: Para que podamos saber cuál es la anchura, y la longitud, y la profundidad, y la altura (Efesios III, 18). Lo que en hebreo se dice, edificio separado y sus paredes, los LXX interpretan como lo restante y lo separado, que no están adheridos a las paredes del templo, sino que tienen sus propias paredes cercanas. También el templo y sus esquinas, y el vestíbulo, es decir, πρόπυλον, o vestíbulo, estaban revestidos de madera por fuera, sabiduría que la Escritura recuerda como el árbol de la vida situado en el paraíso (Génesis II). También las ventanas estaban hechas en forma de red, como celosías: para que no se cerraran con piedra especular, ni vidrio, sino con maderas talladas y labradas: para las cuales en hebreo tiene ventanas oblicuas, que estaban solo en tres partes del templo, a la derecha y a la izquierda, y detrás, es decir, al Sur, al Norte, y al Oeste. La parte oriental no tenía ventanas, porque la entrada misma dejaba entrar luz clara interiormente, y toda la parte interior del templo se llenaba con la luz de las puertas, de modo que a través de cada ventana y los agujeros de las celosías se podía mirar hacia adentro. Y no solo el exterior estaba revestido de madera, sino que había tanta abundancia de maderas alrededor, que tanto el pavimento como desde el pavimento hasta las ventanas, todo estaba unido con maderas. Estas ventanas, según los Setenta, se abrían triplemente: para que al abrirse, se mostrara una triple inteligencia en el templo de Dios, según lo que se dice en otro lugar: Tú, sin embargo, descríbelas triplemente (Prov. XXII, 20). Se puede ver a través de ellas no solo interiormente, sino también exteriormente: para que lo que es interior, invisible; lo que es exterior, visible, lo conozcamos: para que una cosa muestre la mente, otra la carne, otra la inteligencia espiritual, otra la historia simple, y por todas las paredes alrededor, tanto interior como exteriormente, había sus medidas. Nada en el templo de Dios, y especialmente en el santo de los santos, fue hecho por Dios sin razón y medida. También estaban tallados querubines, sin duda en maderas, que se extendían desde el pavimento hasta las ventanas, y las tallas estaban tan bien hechas, que no parecían esculpidas, sino añadidas. Los querubines se interpretan como multitud de conocimiento. Por lo tanto, interiormente en el interior del templo, después de la multitud de conocimiento, se tallan palmas, en las que hay un signo de victoria, diciendo el Apóstol: Prosigo hacia la meta del premio de la vocación celestial de Dios, en Cristo Jesús (Filipenses III, 14). Estas palmas estaban entre querubín y querubín, de modo que un querubín estaba rodeado por los lados de dos palmas: ese querubín no tenía, como leemos al principio de este profeta, cuatro caras, a saber, de hombre, león, buey y águila; sino solo dos, es decir, de hombre y león, de las cuales la primera se refiere a la razón, la siguiente a la furia, que se llama más significativamente θυμὸς en griego. Decimos furia, no la que está cerca de la perturbación y el vicio: sino la que consolida la blandura de la mente, y hace más fuerte el ánimo del que lucha. Al principio, estamos sujetos a la concupiscencia, que se refiere al buey, por las obras terrenales; y hay cosas carnales, otras espirituales, cuyo extremo se atribuye al águila. Pero cuando hemos entrado en el santo de los santos, y hemos poseído el interior del templo, no necesitamos nada más, sino razón y fortaleza, 503 de las cuales una se refiere al sentido y la prudencia, la otra a la perseverancia del ánimo. Por lo tanto, toda la pared alrededor del templo desde el pavimento hasta el techo, tenía querubines, y palmas talladas con arte admirable: después de lo cual se abría el santuario y el templo por cuatro esquinas frente a la fachada de los santos. Primero tenemos la multitud de conocimiento, por la cual obtenemos la victoria sobre el enemigo, y luego se nos abre el santuario y el templo, que tiene cuatro esquinas, y una posición firmísima, y que no es más inclinada hacia ninguna parte. Porque esta es la naturaleza de la medida cuadrada, que se sostiene sobre una base estable, y en el número místico, que es claro para el lector prudente, posee los cuatro elementos, de los cuales todo consta, sólidos y perpetuos. Y todo miraba hacia la fachada del santuario: ante el cual el santuario, o en el cual el santuario había una apariencia de altar de

madera de tres codos de altura, y longitud de dos codos, anchura de dos codos, que juntos hacen siete codos. Ese altar tenía cuernos; y tanto las bases como sus paredes, es decir, los lados eran de madera, en los que los misterios de las Escrituras sagradas, el discurso humano no puede explicar: cómo el altar, en el que debía encenderse el fuego, es decir, la mesa del incienso, no sufre nada del fuego, sino que, por así decirlo, se vuelve más puro que el fuego. Porque así como las obras de los santos, de las que escribe el Apóstol: La obra de cada uno, cuál sea, el fuego lo probará (I Cor. III, 13), no perecen, sino que se muestran más puras por el fuego, así también las maderas del altar que son de las maderas del paraíso, no se queman con el fuego cercano, sino que se vuelven más puras. Y no es de extrañar creer esto del santuario, y de los interiores del templo y del altar del incienso, cuando incluso ἀμίαντον, que es un tipo de lino, o que tiene la semejanza del lino, cuanto más arde, más puro se encuentra. Perdona, lector, la dificultad, y concede indulgencia a la pobre inteligencia. Porque a través de las ventanas oblicuas y hechas en forma de red, y que siempre están cerradas, apenas podemos introducir el ojo hasta la casa interior de nuestro corazón, para que todo lo que vemos, lo veamos en sombra y en imagen, y clamemos con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 13). Y: ¿Quién conoció la mente de Dios? (Isaías XL, 13), sino aquel que es el ángel del gran consejo, y puede abrir sus misterios a los dignos. ἐκθέτας en Roma llaman solaria a las partes salientes de las paredes de los cenáculos, o Meniana por el que las inventó primero, que algunos de los griegos llaman ἐξώστρας.

(Vers. 23 seqq.) Y me habló: Esta es la mesa ante el Señor, y había dos puertas en el templo y en el santuario, y en las dos puertas de cada lado había dos puertas pequeñas, que se plegaban entre sí. Porque había dos puertas de cada lado de las puertas, y estaban tallados en esas puertas del templo querubines y esculturas de palmas, como también estaban esculpidas en las paredes. Por lo cual también eran más gruesas las maderas en la fachada del vestíbulo por fuera: sobre las cuales había ventanas oblicuas, y la semejanza de palmas de un lado y del otro en los hombros del vestíbulo, según la anchura de la casa y la anchura de las paredes. En este lugar, la edición de los Setenta difiere mucho de la verdad hebrea. Por lo cual solo advertiré que en lugar de maderas más gruesas, tradujeron σπουδαῖα, es decir, necesarias, o dignas de cuidado, y en lugar de ventanas oblicuas, ocultas, y lo que al final del testimonio se ha puesto: y midió de aquí y de allá los techos del dintel, o del vestíbulo, y [Al. por] los lados de la casa compactos, o unidos, que ellos dijeron, ἐζυγωμένα, por los cuales podemos traducir de igual peso. Por lo tanto, aquel hombre que había introducido al profeta en los secretos del templo, y entre otras cosas le había mostrado el altar de madera, que tenía ángulos y cuernos según los LXX, y paredes de madera, le dijo: Este altar que miras, es la mesa ante el Señor, que en la semejanza de la zarza arde, y no se quema; de la cual el santo habla a Dios: Preparaste ante mí una mesa, frente a los que me afligen (Sal. XXII, 5). También había dos puertas en el templo y en el mismo santuario, por las cuales se muestran los sacramentos de ambos instrumentos, y en las dos puertas de cada lado había dos puertas pequeñas, que se plegaban entre sí: para que en la historia tengas inteligencia espiritual, y en la tropología la verdad de la historia, de las cuales una necesita de la otra, 505 y si falta una, carece de ciencia perfecta. Lo que sigue: Había dos puertas de cada lado de las puertas, según la letra es claro. Suelen en los grandes triclinia adherirse y unirse dos a dos: para que la entrada mayor no se cierre ni se abra con dos grandes, sino con cuatro puertas menores. En esas puertas del templo, o del santo de los santos, estaban tallados querubines, de los cuales hemos hablado antes, y esculturas de palmas, para que después de la multitud de conocimiento, se ofreciera la victoria a los que entran. Esa escultura de palmas también estaba en todas las paredes del Templo. Y da las razones por las cuales estaban tallados querubines en esas puertas, y las semejanzas de palmas esculpidas. Por lo cual también eran más gruesas las maderas en el

vestíbulo de la puerta por fuera: para que tuvieran firmeza, y pudieran recibir la talla. Y elegantemente según la inteligencia espiritual, las puertas son más firmes y talladas, para que tengan firmeza y belleza, no sea que alguien pueda irrumpir en el santo de los santos como Ozías, y reclamar para sí el sacerdocio (II Par. XXVI). Sobre esas puertas había ventanas oblicuas, o escondidas, para que incluso la luz que se daba interiormente, no tuviera ciencia perfecta, ni luz clara y abierta a todos: sino que para muchos 506 estuviera en parte escondida. Ahora vemos en enigma (I Cor. XIII, 12); y aún no sabemos como debemos saber: cuando venga lo perfecto, entonces lo que era en parte, será destruido. Y había semejanza de palmas de un lado y del otro. Elegante en los interiores del Templo, y en los santos de los santos no puso derecha e izquierda: no sea que algo siniestro en estas cosas grandes y secretas parezca decir; sino de un lado y del otro, según lo que está escrito en el Evangelio: Al que te golpee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra (Mat. V, 39). ¿Acaso no pudo decir, y la izquierda? Pero cuando se golpea la derecha, se ofrece otra derecha: porque en el hombre santo, ambos son derechos, ambos son perfectos. Y en los hombros del vestíbulo según los lados de la casa, y la anchura de las paredes: por lo cual los LXX tradujeron, en los techos del vestíbulo, es decir, del propileo [Al. προπύλου], y los lados de la casa, de igual peso, o medida: por lo cual se indica latentemente, y los postes del dintel, o del vestíbulo (esto es lo que parecen significar los hombros) y los lados de la casa, y la anchura de las paredes, todo está lleno de razón y medida, y nada en el templo del Señor se encuentra que esté constituido sin medida y sabiduría.

LIBRO DECIMOTERCERO.

505-506 El decimotercer libro de las Explicaciones sobre Ezequiel, es el segundo de la exposición del templo, que también deseo dictar hasta el final, con la ayuda de nuestro Salvador, cantando aquel del mismo número con David en el decimocuarto salmo: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo: o quién descansará en tu monte santo? (Sal. XIV, 1). Que debemos tomar tanto por difícil como por imposible. Por lo cual en otro lugar como un hombre de deseos suplica más fervientemente y dice: Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para que vea la bondad del Señor, y visite su templo santo (Sal. XXVI, 4, 5). Y de nuevo: ¡Cuán amables, dice, son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos: mi alma anhela y desfallece en los atrios del Señor (Sal. LXXXIII, 1). Prevengo las maldiciones de los envidiosos, 507-508 que no consideran lo que ellos pueden, sino lo que yo no puedo, y cuando juzgan lo nuestro, no ofrecen lo suyo para ser juzgado: nunca luchando en la arena, sino juzgando con ánimo ocioso, más bien soberbio, a los que luchan. Es fácil dictar desde el pueblo, y criticar cada golpe, y reírse de la sangre ajena, y donde debería infligirse una herida, discutir al modo de un entrenador inexperto. Yo, en la explicación del templo de Ezequiel, y de las demás cosas que pertenecen al final de su volumen, confieso que no escribo nada digno por la magnitud del asunto, y en pocas cosas, si he merecido recibir algo, doy gracias al Salvador. Porque está escrito: Si no creéis, no entenderéis (Isaías VI). Y en otro lugar: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, y dijerais a este monte, trasládate y plántate en el mar, se hará (Mat. XVII, 19). Y cómo el Apóstol recuerda que el grano de mostaza no es una pequeña porción de fe, sino toda la fe diciendo: Y si tuviera toda la fe, de modo que trasladara montes (I Cor. XIII, 2). Por lo tanto, este grano de mostaza, aunque sea pequeño, crece en un gran árbol, y las aves del cielo habitan en sus ramas (Luc. XIII). Por lo cual a ti, hija Eustochio, que recibes con gusto lo que sea que haya sido nuestro, quiero testificar, y brevemente advertir lo que el retórico Victorino, que sepas que la oscuridad de los volúmenes se produce por tres cosas, o por la magnitud del asunto, o por la impericia del maestro, o por la dureza del oyente: de las cuales las dos primeras confieso claramente en esta obra; la tercera, la agudeza de tu ingenio y el deseo de las

Escrituras lo rechaza fácilmente: que por el privilegio virginal, y la continencia del sustento, no digo frecuente, sino constante huésped posees a Dios. Por lo tanto, tomemos el decimotercer libro sobre Ezequiel, cuyo principio es este:

(Cap. XLII.---Vers. 1 seqq.) «Y me sacó al atrio exterior por el camino que lleva al Norte, y me introdujo en el tesoro que estaba frente al edificio separado, y frente al templo que mira al Norte. En la fachada, la longitud era de cien codos de la puerta del Norte: y la anchura de cincuenta codos, frente a veinte codos del atrio interior: y frente al pavimento cubierto de piedra del atrio exterior, donde había un pórtico unido al pórtico triple. Y delante de los tesoros había un pasillo de diez codos de ancho, mirando hacia el interior del camino de un codo: y sus puertas al Norte, donde los tesoros en los pisos superiores eran más bajos, porque soportaban los pórticos que sobresalían de los inferiores y de los medios del edificio. Pues eran de tres pisos, y no tenían columnas, como eran las columnas de los atrios: por eso sobresalían de los inferiores y de los medios a cincuenta codos del suelo. Y el muro exterior según los tesoros, que estaban en el camino del atrio exterior frente a los tesoros: su longitud era de cincuenta codos. Porque la longitud de los tesoros del atrio exterior era de cincuenta codos y la longitud frente a la fachada del templo de cien codos. Y había debajo de estos tesoros una entrada desde el Este para los que entraban en ellos desde el atrio exterior: en la anchura del muro del atrio que estaba frente al camino Oriental en la fachada del edificio separado. Y había frente al edificio tesoros, y un camino frente a su fachada según la semejanza de los tesoros, que estaban en el camino del Norte, según su longitud, y así su anchura. Y toda su entrada, y semejanzas, y sus puertas, según las puertas de los tesoros, que estaban en el camino que mira al Sur, puerta en la cabecera del camino, que estaba frente al vestíbulo separado por el camino Oriental para los que entran. LXX: Y me sacó al atrio exterior hacia el Este frente a la puerta del Norte, y me introdujo, y he aquí cinco exedras junto a la parte del edificio, y cerca del edificio separado al Norte: y frente a cien codos de longitud al Norte, y cincuenta codos de anchura descritas como las puertas del atrio interior, y como las columnas del atrio exterior, en orden frente a la fachada del pórtico triple, y frente a las exedras un pasillo de diez codos de ancho, por cien codos de longitud en el camino interior de un codo, y sus puertas al Norte. Y los pasillos de los pisos superiores igualmente, porque sobresalían las columnas de las columnas inferiores, y el espacio era similar. Y los pórticos eran triples, y no tenían columnas como las columnas en los exteriores: por eso sobresalían de los que estaban abajo, y en medio de la tierra cincuenta codos, y la luz exterior como las exedras del atrio exterior, que miraban hacia las exedras del Norte, de longitud de cincuenta codos. Pues la longitud de las exedras que miraban al atrio exterior, era de cincuenta codos. Y estas están frente a su fachada, todas de cien codos y las puertas de estas exedras hacia la entrada Oriental, para que se entre por las mismas en el atrio exterior, según la luz que estaba al principio del pasillo hacia el Sur contra el mediodía y la fachada del resto del edificio, y separado. Y las exedras y el pasillo frente a su fachada, según las medidas de las exedras y el camino al Norte, y su longitud, y su anchura y toda su salida, y entrada, y luces, y puertas de las exedras hacia el Sur, y la entrada desde el principio del pasillo hacia la luz en el espacio de una caña: y para que se fuera hacia el Este por ellas.» Esto que los LXX tradujeron hacia el Este, no se encuentra en el Hebreo, y es evidente que es superfluo. Pues, ¿cómo se saca a la puerta exterior hacia el Este, cuando sigue, frente a la puerta del Norte? Lo que también arriba, y en este lugar pusimos: Y me sacó al tesoro, que estará frente al edificio separado, y frente al templo que mira al Norte por lo que se tiene en los LXX: Y me sacó: y he aquí cinco exedras del resto del edificio y junto al separado al Norte: por separado, que Aquila y Symmachus tradujeron, la segunda edición de Aquila, y Theodotion pusieron la misma palabra, GAZERA (), expresándola de manera similar en todos los lugares: y muchas

otras cosas que en el presente lugar se colocan entre el Hebreo y los LXX no solo en orden, sino también en número, y en la interpretación de las palabras difieren, de modo que si quisiéramos adherirnos a cada una, y buscar la diversidad de ellas, y explicar la razón, nos desviaríamos mucho del propósito. Y quería por desesperación y magnitud de la cosa pasar este testimonio en silencio: pero consideré mejor decir cualquier cosa, que no decir nada en absoluto, asumiendo aquello socrático: Sé que no sé. Pues parte del conocimiento es saber lo que no sabes. Después de que el profeta contempló más detenidamente las cosas que estaban dentro, el hombre, cuyo cordel y caña estaban en su mano, lo sacó al atrio exterior, por el camino que lleva al Norte, que ya había visto antes de penetrar en el interior. Pero vemos de manera diferente teniendo un conocimiento perfecto, de manera diferente al principio de la disciplina. Y es necesario, que quien haya contemplado el interior, según la misma forma y medidas y los sacramentos ocultos, también vea las cosas exteriores. Fue sacado al tesoro, o como Symmachus y los LXX tradujeron, exedra, o como Theodotion, παστοφόριον, que se traduce como thalamus: que estaba frente al edificio separado. Lo que los LXX añadieron por el tesoro, cinco exedras, no se encuentra en el Hebreo. Ese tesoro estaba frente al edificio separado, del cual ya hablamos arriba. GAZERA. Pero estaba separado, recibiendo a aquellos que venían del Norte, y estaba frente al templo que mira al Norte, es decir, mirando hacia las partes del Norte, pero no colocado en el Norte, para que el paso fuera más fácil para aquellos que dejaban los fríos del Norte, de donde surgen los males sobre la tierra (Jer. I). Leemos en el libro de los Números, que las tribus de Dan y Neftalí, y Aser, hijos de Bala y Zilpa, siervas de Raquel y Lea, acamparon en las regiones del Norte. Ahora también en la fachada de la longitud de la puerta del Norte había cien codos, y de anchura cincuenta: para que de diez décadas, un número cuadrangular y perfecto, y de siete semanas, que es el número de la remisión, y en el principio de la unión, es decir, de la ogdoada, se mostraran los espacios sacerdotales en el templo de Dios. Y lo que junto al Hebreo se une, frente a veinte codos del atrio interior, por lo que los LXX tradujeron, estaban descritas como las puertas del atrio interior, tiene este sentido: que el número centenario y quinquagenario del atrio exterior, tenga la misma fuerza que el número vicenario del atrio interior. Pues si cuentas cuatro veces cinco, en el número vicenario, encontrarás ambos Testamentos: para que la Ley se mantenga en el Evangelio y el Evangelio nazca de la raíz de la Ley. Por lo cual los LXX, interpretaron la semejanza del atrio interior, tal vez temiendo el número vicenario, en el que se ofrecen los dones de Esaú, ponerlo en el atrio interior. Sigue: Y frente al pavimento cubierto de piedra del atrio exterior: donde había un pórtico, unido al pórtico triple; por lo que los LXX tradujeron: Y como las columnas del atrio exterior puestas en orden, frente a la fachada de los pórticos triples. Significa, pues, que el pavimento del atrio exterior, estaba cubierto de piedra viva: para que ni el polvo del verano, ni el lodo del invierno, contaminen las huellas de los sacerdotes. Por eso el Señor, al ascender al Padre, lava los pies de los Apóstoles (Juan XIII), para que con las huellas limpias y purificadas asciendan a los reinos celestiales: y ordena a los apóstoles, que en cualquier ciudad que entren, y no los reciban, sacudan el polvo de sus pies (Mat. X; y Marc. VI): para que no permitan que nada de los dones terrenales permanezca con ellos. No solo el pavimento estaba cubierto de piedra: sino que también había un pórtico unido al pórtico triple. Un pórtico protegiendo a los sacerdotes de la lluvia y el calor, y unido al pórtico triple muestra el misterio de la Trinidad, que aunque se divide en los nombres del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, sin embargo, se une en una sola divinidad. También había delante de los tesoros, o exedras, o thalamos, un pasillo de diez codos de ancho, mirando hacia el interior del camino de un codo. Lo que los LXX añadieron: Por los codos de longitud de cien, es superfluo: porque no se encuentra en el Hebreo, que al ponerlo, quitaron lo que se encuentra en el Hebreo, mirando hacia el interior del camino de un codo, que nosotros hemos traducido de la verdad hebrea. Significa, pues, que delante de las puertas de todos los tesoros, o exedras, y thalamos había un pasillo, teniendo una anchura de diez codos,

que también es un número perfecto, ya sea por el Decálogo, o por el sacramento del Evangelio. Pues si vienes del uno por dos y tres al cuarto número, se hace el número decenario de los Evangelios: en cuya anchura caminan los sacerdotes, caminando delante de cada tesoro: siempre y cuando siempre miren hacia el interior de su camino, que lleva a un codo, al culto de una sola divinidad, diciendo el Hijo al Padre: He revelado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Esta es la vía, mirando hacia el interior, que dice en el Evangelio: Yo soy el camino, y la vida, y la verdad (Juan XIV, 6): porque nadie viene al conocimiento del Padre, sino por el Hijo. Sigue: Y sus puertas al Norte, donde estaban los tesoros en los pisos superiores más bajos: porque soportaban los pórticos que sobresalían de los inferiores y de los medios del edificio. Pues eran de tres pisos, y no tenían columnas como eran las columnas de los atrios: por eso sobresalían de los inferiores y de los medios a cincuenta codos del suelo. Lo que se une: sus puertas, se sobreentiende, de las exedras, o de los tesoros de los que se habló antes. Estos tesoros estaban en los pisos superiores, es decir, en los pisos más bajos. Estos pisos subieron Elías y Eliseo (Reg. III, 17; IV, 14): y el Señor con los discípulos para hacer la Pascua (Marc. XIV), y Tabita que fue resucitada por la fe del Apóstol y el mérito de sus virtudes (Hech. IX). Estos son los pisos, de los que está escrito en el salmo: Que riega los montes desde sus pisos superiores (Sal. CIII, 13). A menos que uno se convierta en monte, y se eleve a lo alto, no será regado por las lluvias del Señor, que se riega por la diversidad de méritos desde el primer, segundo, y tercer piso. Estos mismos tesoros, es decir, los tesoros de las riquezas del Señor en los pisos superiores son más bajos (Efes. III). Pues cuanto más alto sea uno, tanto más se humilla con el Apóstol, diciendo: Que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. I, 95). Pero estos tesoros en los pisos superiores eran más bajos, porque soportaban los pórticos que disfrutaban de la libertad del aire, y sobresalían de los inferiores, y de los medios del edificio: para que el segundo piso fuera más alto que el pavimento de la casa inferior, y el tercer piso fuera más alto que el segundo, y cuanto más se ascendiera a lo alto, tanto más alto fuera el piso, que crecía en humildad, diciendo el Señor: Quien quiera ser el mayor entre vosotros, sea el menor de todos (Marc. IX, 34). Pues no eran soportados por otras columnas, como leemos en las columnas de los atrios; sino que sobresalían de los inferiores y de los medios a cincuenta codos del suelo, número de la remisión de todas las deudas. Estos son los tres pisos, de los que se ordena: Descríbelos triplemente, con consejo y conocimiento, para que respondas con palabras de verdad a los que se te proponen (Prov. XXII, 20, 21). Por lo tanto, los inferiores y exteriores, necesitan columnas; pero los que son más altos e interiores, no necesitan el uso de columnas, es decir, de ayuda ajena. Después de esto se dice: Y el muro exterior según los tesoros, que estaban en el camino del atrio exterior frente a los tesoros, su longitud era de cincuenta codos: porque la longitud de los tesoros del atrio exterior era de cincuenta codos, y la longitud frente a la fachada del templo, de cien codos. El muro, significa el muro que era exterior, y rodeaba los tesoros en el camino del atrio exterior, teniendo en longitud cincuenta codos: del sacramento de cuyo número hemos hablado a menudo. Pero la longitud frente a la fachada del templo, no era de cincuenta codos, como frente a los tesoros; sino de cien codos: para que después de la remisión de todos los pecados, esperemos las recompensas perfectas en el número centenario (Lev. XII). Por el muro, o muro, que en Hebreo se dice GADER (), los LXX interpretaron luz, que viene de fuera, e ilumina los ojos de nuestro corazón: no siendo suficiente la naturaleza de nuestra luz, que se mueve en el sentido, tener el resplandor perfecto del conocimiento, a menos que entre de fuera por la gracia de Dios. Que primero ilumina los ojos de nuestro corazón, y hace que todo el atrio exterior, que se extiende en una anchura de cincuenta codos, brille. Pero después, cuando lleguemos frente a la fachada del templo, recibiremos las recompensas perfectas en el número centenario. Pero había debajo de los tesoros una entrada desde el Este para los que entraban en ellos desde el atrio exterior. Pues es necesario que poseamos las riquezas de Dios, y desde el atrio exterior encontremos

una entrada debajo de los tesoros del Este, y por la anchura del muro, que mira al camino del Este, lleguemos al edificio que está separado para los santos, frente al cual están los tesoros, y en el mismo camino la semejanza de los tesoros, que estaban en el camino del Norte. Pues aunque lleguemos a la entrada del Este, sin embargo, la semejanza de los mayores está en los menores, y no podemos llegar a la luz del Este, sino por el camino del Norte, es decir, por los menores y más humildes tendamos a los mayores y más altos. Pero en la misma entrada la longitud era similar a la anchura, es decir, la misma medida por el cuadrado: y toda entrada y semejanzas, y puertas tenían la misma medida y semejanza que los tesoros que estaban en el camino que mira al Sur. Pues por el Este apagando los fríos del Norte, llegamos al Sur, donde el esposo descansa al mediodía, y se mueve en plena luz. Pero en la cabecera de ese mismo camino, es decir, Oriental, que se abre para los que entran, hay una puerta, que a menos que sea abierta por aquel que dice: Yo soy la puerta (Juan X, 9) y que tiene la llave de David, al vestíbulo de los santos separado por virtudes, y que recibe a los que vienen del Norte, no podemos llegar (Isa. XXII). Es superfluo según los LXX discutir cada palabra de este lugar: pues también estas que se han dicho, no carecen de oscuridad, y aquellas que callamos, son casi similares a las que hemos dicho.

(Vers. 13, 14.) Y me dijo: Los tesoros del Norte y los tesoros del Sur que están frente al edificio separado, estos son los tesoros sagrados en los cuales se alimentan los sacerdotes que se acercan al Señor en el santo de los santos. Allí colocarán las cosas santas de los santos, y la ofrenda por el pecado y por la culpa: porque el lugar es santo. Pero cuando los sacerdotes hayan entrado, no saldrán de los santos al atrio exterior, y allí dejarán sus vestiduras en las que ministran, porque son santas: y se vestirán con otras vestiduras, y así saldrán al pueblo. Aquel hombre que fue el guía del profeta, después de llevarlo al atrio exterior, y mostrarle todo lo que el discurso anterior narró, también los tesoros, o las cámaras, en las que permaneció mucho tiempo, le dijo: Estos son los tesoros, o cámaras, y las habitaciones al Norte y al Sur, que están frente al edificio separado, y se llaman tesoros sagrados, en los cuales se alimentan los sacerdotes que se acercan al Señor en el santo de los santos. De lo cual aprendemos que hay muchas diversidades de alimentos, de los cuales a los sacerdotes les es lícito comer, o no les es lícito, y de estos mismos que se pueden tomar como alimentos, no se toman en todos los lugares, ni por todos, ni en todo tiempo. Creo que los tesoros del Norte y del Sur son aquellos que contienen la simplicidad de la historia, o los sacramentos de la inteligencia espiritual, para que a través del Norte lleguemos al Sur. Pues no se debe leer la letra de tal manera, y establecer los fundamentos de la historia, que no lleguemos a las cumbres; ni se deben colocar los techos en el edificio más hermoso de tal manera que los fundamentos no sean sólidos. Los sacerdotes que se alimentan en las bodegas, en las que se contienen muchas riquezas, son aquellos que se acercan al Señor: de los cuales la Escritura testifica (Éxodo XXIV), que Moisés se acercó al Señor, y los demás no pudieron acercarse. En la edificación del templo místico, y en el sacramento de la Iglesia, hay muchos sacerdotes y hombres apostólicos que se acercan al Señor, y no en cualquier lugar, sino en el santo de los santos. Y lo que según los Setenta se dice: Los hijos de Sadoc, que se interpreta como justo, no se encuentra en hebreo. Allí, dice, los sacerdotes colocarán las cosas santas de los santos, y la ofrenda, es decir, la víctima del holocausto, y por el pecado, y por la ignorancia: para que no solo ofrezcan el sacrificio continuo, sino que por la diversidad de los tiempos, y la calidad del pecado, y la ignorancia, sepan aplacar al Señor, porque el lugar es santo, y en él reside la dignidad sacerdotal, que puede interceder por los demás. Pero cuando se deba proceder hacia aquellos que no pueden penetrar en los adytos del templo, ni conocer los secretos de la ciencia divina: salgan, dice, afuera hacia ellos los sacerdotes en el atrio exterior: no de ninguna manera con esas vestiduras con las que estaban vestidos interiormente, a saber, las

entrañas de misericordia, y al Señor Salvador, de los cuales está escrito: Vestíos del Señor Jesucristo (Romanos XIII, 14); ni usen esos discursos, de los cuales Dios habla: Mi misterio es para mí y para los míos: para que no incurran en aquello que el Salvador prohíbe, diciendo: No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos (Mateo VII, 6). Pero dejarán sus vestiduras dentro, con las que se visten cuando ministran en los adytos del templo; porque son santas, y no deben ser llevadas a aquellos que no tienen una santidad perfecta: y tomarán otras vestiduras, y así saldrán al pueblo. Así, dice, hablarán al pueblo, como el pueblo puede escuchar. De donde también el Apóstol hablaba a los Corintios (I Cor. V), en los cuales se oía de fornicación, y tal fornicación, que ni siquiera entre los gentiles: Leche os di a beber, no alimento sólido: porque aún no podíais soportarlo (I Cor. III, 2). A quienes nuevamente dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Pues a los pequeños y lactantes no solo no les beneficia el alimento sólido, sino que los mata, que es adecuado para los hombres de edad perfecta. Pero aquello que fue añadido por los Setenta: Por eso no saldrán al atrio exterior los sacerdotes, para que siempre sean santos los que ofrecen, lo señalamos con un obelo, porque no se encuentra en hebreo.

(Vers. 15 y siguientes.) Cuando hubo completado las medidas de la casa interior, me sacó por el camino de la puerta que miraba hacia el camino oriental; y la midió por todos lados alrededor (o la semejanza de la casa alrededor en orden). Y midió contra el viento Oriental (o y me paré detrás de la puerta que miraba al Oriente) con la caña de medir alrededor quinientos codos, con la caña de medir alrededor. Y midió contra el viento del Norte quinientos codos, con la caña de medir alrededor. Y hacia el viento del Sur midió quinientos codos, con la caña de medir alrededor. Y hacia el viento occidental midió quinientos codos, con la caña de medir. Midió por los cuatro vientos su muro alrededor, de longitud quinientos codos, y de anchura quinientos codos, dividiendo entre el santuario y el lugar del vulgo. Debe saberse que después del viento Oriental y del Norte, en el viento del Sur y del Oeste en los Setenta el orden es inverso. Pues ellos primero pusieron el Oeste, es decir, el mar; y después el Sur, mientras que en hebreo primero se pone el viento del Sur, y después el Oeste. Y lo que la Escritura ahora dice: cuando hubo completado las medidas de la casa interior, me sacó por el camino de la puerta que mira hacia el camino Oriental, muestra que todo lo que se ha dicho antes, tanto por fuera como por dentro y en los interiores del templo, es decir, el santo de los santos, pertenece propiamente a la edificación del templo, y del templo interior. De donde ahora sigue: Me sacó por el camino de la puerta, que miraba hacia el camino Oriental, y la midió por todos lados alrededor, o la semejanza de la casa. Por lo cual se demuestra, no la casa misma, sino la semejanza de la casa que se ve: porque ahora vemos por espejo en enigma: pero cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será destruido (I Cor. XIII). De donde también Moisés en el tabernáculo, y Salomón en el edificio, no hicieron la verdad del tabernáculo del templo, sino la semejanza y figura: para que por estas cosas que son menores y terrenas, podamos entender aquellas que están en los cielos, y en el edificio espiritual. Pero el hombre que había sacado al profeta, no al atrio exterior, sino por el camino de la puerta, que miraba hacia el camino Oriental, primero midió contra el viento Oriental, es decir, hacia la región Oriental quinientos codos alrededor; segundo, hacia el Norte; tercero, hacia el Sur; cuarto, hacia el mar, es decir, hacia el Oeste, por los cuatro vientos, el muro alrededor, tanto en longitud como en anchura, es decir: por cuadrado, que el muro tenía en total dos mil codos. Pero si la caña era de seis codos, y una palmo, que el palmo es la sexta parte del codo, es evidente que el muro exterior tenía alrededor dos mil codos, que hacen doce mil trescientos treinta y tres codos, y un tercio de dos mil. El lector prudente y diligente lea el libro de Josué, y encontrará cómo en los suburbios se mantiene esta medida. De donde también la legión de demonios eligió este número en la sofocación de los cerdos (Lucas

VIII), para que el que fue separado por el mandamiento del Señor para los que sirven a Dios, se refiera a la parte contraria para la perdición de aquellos que siguen una vida digna de lodo y suciedad. Pero todo muro que es exterior, y tiene una longitud y anchura muy espaciosa por cuadrado, contiene el número de los apóstoles, es decir, de doce mil: para que a cada apóstol se le asigne un millar, y sin embargo no llegue a la medida de la plenitud de Cristo y del hombre perfecto, a menos que se le añadan también el palmo, que son trescientos treinta y tres codos, y un tercio de codo: por los cuales se demuestra el misterio de la santa y venerable Trinidad, que rodea y protege todo, y hace a los habitantes de su templo los más seguros. De donde el arca de Noé tiene una longitud de trescientos codos, y una altura de treinta codos, que se completa en un codo (Gén. V). Pero lo que allí se añaden cincuenta codos en anchura, significa el sacramento de la remisión (como hemos dicho muchas veces). De donde también el Señor vino al bautismo a los treinta años, y este mismo profeta al principio de su volumen pone el año trigésimo: que el número trescientos, y treinta, se completa con tres añadidos y un tercio. Pero lo que por simplicidad de interpretación, mientras poco atendemos a la rapidez de dictar, tanto los Setenta como nuestra traducción tienen, su muro alrededor, de longitud quinientos codos, y de anchura quinientos codos, el discurso hebreo no contiene: sino simplemente, longitud de quinientos, y anchura de quinientos, para que se entienda, de codos: como se dijo antes, al viento Oriental, y al Norte, y al Sur y al mar quinientos codos, el muro de las partes individuales fue medido por el que sostenía la caña. Pero el número quinientos que es cercano al cincuenta, que se refiere a la remisión de todos los pecados, no solo la Escritura antigua (Lev. XXV), sino también las palabras del Salvador en el Evangelio demuestran, diciendo: Dos deudores había a un prestamista: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta (Lucas VII, 41). Y el muro divide entre el santuario y el lugar del vulgo. De lo cual entendemos, que toda la descripción del templo, fue delegada a los ministerios de los Sacerdotes, que son los hijos de Sadoc. Pero este muro, que se extiende tanto y rodea todo, separa el santuario y el lugar del vulgo.

(Cap. XLIII.---Vers. 1 seqq.) «Y me llevó a la puerta que miraba hacia el camino del Este: y he aquí la gloria del Dios de Israel entraba por el camino del Este: y su voz era como la voz de muchas aguas: y la tierra resplandecía con su majestad. Y vi una visión según la apariencia que había visto, cuando vino para destruir la ciudad: y la apariencia según el aspecto que había visto junto al río Quebar, y caí sobre mi rostro. Y la majestad del Señor entró en el templo por el camino de la puerta que miraba al Este. Y el espíritu me elevó, y me introdujo en el atrio interior: y he aquí la casa estaba llena de la gloria del Señor. Y oí a alguien hablándome desde la casa. Y el hombre que estaba junto a mí, me dijo: Hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar de las plantas de mis pies, donde habito en medio de los hijos de Israel para siempre. Y no profanarán más la casa de Israel mi santo nombre, ellos y sus reyes con sus fornicaciones, y con las ruinas de sus reyes, y en los lugares altos: que construyeron su umbral junto a mi umbral, y sus postes junto a mis postes: y había un muro entre mí y ellos: y profanaron mi santo nombre con las abominaciones que hicieron: por lo cual los consumí en mi ira. Ahora, pues, alejen de mí su fornicación, y las ruinas de sus reyes: y habitaré en medio de ellos para siempre. LXX: Y me llevó a la puerta, que miraba hacia el Este ÷ y me sacó ** y he aquí la gloria del Dios de Israel venía por el camino del Este: y la voz de los campamentos era como la voz de muchos gemidos: y la tierra resplandecía como un relámpago por la gloria alrededor. Y la visión que vi era según la visión que había visto cuando entré para ungir la ciudad ÷ Y la visión del carro que vi ** según la visión que había visto sobre el río Quebar: y caí sobre mi rostro. Y la gloria del Señor entró en la casa por el camino de la puerta que miraba al Este. Y el espíritu me tomó, y me introdujo en el atrio interior: y he aquí la casa estaba llena de la gloria del Señor. Y me quedé, y he aquí una voz

desde la casa hablándome: y el hombre estaba junto a mí, y me dijo: ¿Has visto, hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar de las plantas de mis pies, en los cuales habitará mi nombre en medio de la casa de Israel para siempre. Y no profanarán más la casa de Israel mi santo nombre, ellos y sus príncipes con su fornicación y con los homicidios de sus príncipes en medio de ellos, cuando pusieron mi umbral en sus umbrales, y mis postes junto a sus postes. Y pusieron mi muro como conectado entre mí y ellos: y profanaron mi santo nombre con sus iniquidades que hicieron. Y los quebranté en mi furor y en la matanza. Y ahora rechacen su fornicación, y los homicidios de sus príncipes de mí: y habitaré en medio de ellos para siempre.» Primero se debe hablar de la variedad de la traducción. Esto que ponen los Setenta: Y me sacó, no se encuentra en el hebreo. Pues si había sido llevado a la puerta que miraba al Este, ¿qué necesidad había de que fuera sacado, cuando fue introducido para ver qué sucedía en la puerta oriental? Luego, donde se dice: Tenía una voz, sin duda de Dios, como la voz de muchas aguas, lo cual también Juan confirma en su Apocalipsis, los Setenta pusieron: Y la voz de los campamentos era como la voz de muchos gemidos (Apoc. XIV). Tercero, en hebreo se encuentra: Vi una visión según la apariencia que había visto, cuando vino para destruir la ciudad. Vino aquel que al principio de este profeta estaba vestido de lino, y tenía un tintero en los lomos, con otros seis, para destruir la ciudad, no para ungirla, como tradujeron los Setenta, quienes en cuarto lugar dijeron: Y la visión del carro que había visto, lo cual no se encuentra en hebreo. Digamos brevemente sobre cada uno, cuanto la dificultad de la explicación lo permita: no sea que, mientras buscamos la brevedad, el velo no solo de Moisés, sino también del profeta Ezequiel permanezca en nosotros, que deseamos contemplar con rostro descubierto la verdad del Señor (Éxodo XXXIV; II Cor. III). Por tanto, la gloria del Dios de Israel entra por el camino del Este, por donde también había salido, cuando la ciudad del Señor fue golpeada por la furia. Sin embargo, regresa a ella porque el templo del Señor había sido construido en el monte que había mostrado. Y sin embargo, es mucho más lo que se dice a continuación: El espíritu me levantó, y me introdujo en el atrio exterior: y he aquí la casa estaba llena de la gloria del Señor. Aquí, en efecto, solo entra la gloria del Dios de Israel: pero allí se dice que la plenitud de la gloria del Señor estaba en el Templo: de la cual también Isaías escribe: Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado: y la casa estaba llena de su gloria (Isaías VI, 1); cuando contemplando con rostro descubierto la gloria del Señor, somos transformados a la imagen del Creador. También la voz era de Dios, como la voz de muchas aguas, de todos los pueblos en todo el mundo, como lo interpreta Juan el Evangelista (Apoc. XIV): o como la voz de los campamentos, y como la voz de muchos gemidos, para que el ejército de Dios conociera los sacramentos. Lo que entendiendo Jacob, llamó el nombre de aquel lugar, campamentos (Génesis XXXII). De los cuales también está escrito en otro lugar: Los carros de Dios son diez mil veces mil, miles de los que se alegran (Salmo LXVII, 18). Una sola voz se dice de los campamentos y de la multitud, por el consenso en la alabanza de Dios. Y se duplica la voz de los que cantan al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria (Isaías VI, 3). Sigue: Y la tierra resplandecía con su majestad (Salmo XVIII). Lo cual se hizo propiamente en la venida de Cristo; cuando en toda la tierra salió el sonido de los apóstoles, y hasta los confines del mundo sus palabras (Romanos XVIII): y se cumple cada día en los creyentes, y se completará perfectamente, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV). Lo que se añade: Y vi una visión según la apariencia que había visto, cuando vino para destruir la ciudad; por lo cual los Setenta tradujeron: cuando entré para ungir la ciudad, aunque según el hebreo es claro; según los Setenta tiene mucha oscuridad: cómo Ezequiel entró para ungir la ciudad; a cuya profecía y advertencia cayó: a menos que digamos que la corrección del profeta es la unción de la ciudad, y la unción del aceite de la alegría sacerdotal y real, que quienes la reciban de buen grado, y quieran escucharla, se convierten en ungidos del Señor, de los cuales está escrito: No

toquéis a mis ungidos: y en mis profetas no hagáis mal (Salmo CIV, 15). Aquel puede ungir según la anagogía la ciudad, de la cual está escrito: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Salmo LXXXVI, 2); quien vio la visión del carro y de los misterios de Dios, que contempló Ezequiel sobre el río Quebar, que significa carga y peso. Pues, ¿qué más pesado que los ríos de Babilonia, sobre los cuales David se sentó y lloró al recordar Sion? De los cuales está escrito: Porque la figura de este mundo pasa (Salmo CXXXVI). Y no creo que haya nada perpetuo en la confusión de este siglo: sino que todo pasa y fluye (I Cor. VII, 31). Quien considere esto, caerá sobre su rostro entendiendo cuán lejos está de la majestad de Dios, y doblará las rodillas al Padre en el nombre de Jesucristo. Y cuando, dice, yo había caído, la majestad del Señor entró en el templo por el camino de la puerta que miraba al Este, y enseguida el espíritu me elevó (pues yo, yaciendo, no podía avanzar), y me introdujo en el atrio interior, pues había caído afuera; y he aquí, quien antes había contemplado la gloria del Dios de Israel viniendo por el camino del Este, vi la casa llena de la gloria del Señor, y oí una voz hablándome desde la casa interior. Lo que dijo, la Escritura no lo narra, a menos que sea aquello del Apóstol: Y oí palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (II Cor. XII, 4). Pero el hombre, dice, que estaba junto al profeta, le dijo: a quien claramente entendemos como el Señor. Pues, ¿a quién más podría convenir lo que sigue: Hijo de hombre, el lugar de mi trono, y el lugar de las plantas de mis pies, donde habito en medio de los hijos de Israel para siempre, sino a aquel que habita en la Iglesia en medio de los hijos de Israel que ven a Dios, y habita para siempre, no según el templo de Salomón por un tiempo? Y su lugar es aquel del que está escrito: Y su lugar fue hecho en paz (Salmo LXXV, 2), que sobrepasa todo entendimiento: Y el lugar de las plantas de sus pies, diciendo los Apóstoles: Adoremos en el lugar donde estuvieron sus pies (Salmo XXXI, 7). Y dijo bien, estuvieron: pues en la Iglesia están los pies del Señor, en la sinagoga caminan y pasan. Para que sepamos que esto se dice de la Iglesia, se añade: Y no profanarán más la casa de Israel mi santo nombre: lo cual propiamente pertenece a aquellos que habitan en la Iglesia con santa conversación. Pero quienes son los que antes profanaron el santo nombre de Dios, lo pone más claramente: Ellos y sus reyes, tanto el pueblo como los sacerdotes, con sus fornicaciones con las que se apartaron de Dios: y con las ruinas de sus reyes, que en vano se asumen a sí mismos el nombre real por soberbia. Finalmente sigue: Y en los lugares altos. Pues la mente arrogante ofende a Dios: la humilde provoca su misericordia. Que después de la soberbia, o más bien por la soberbia, construyeron su umbral junto al umbral de Dios, y sus postes junto a los postes de él. Oigan esto según la letra las mujeres cargadas de pecados, que son llevadas por todo viento de doctrina, siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad; que la mente unida a Dios, no la vecindad de las iglesias, y la habitación cercana, provoque la clemencia de Dios en sí; sino más bien se conmueva la indignación del Señor, cuando en los lugares consagrados a Dios, hay un habitante indigno. Construyeron, dice, su umbral junto a mi umbral, para que no hubiera diferencia entre lo sagrado y lo profano, y sus postes junto a mis postes, para que hubiera una entrada para los laicos y los sacerdotes. De donde también el Apóstol dice: Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz del Señor (I Cor. XI, 28). Y para hacer más grave lo que decía, añade el siguiente versículo: Y había un muro entre mí y ellos; para que los sacrificios sacerdotales y los lugares de los sacramentos del cuerpo y la sangre de Cristo, un brevísimo muro los dividiera. Y profanaron, dice, mi santo nombre, con las abominaciones que hicieron. ¿De qué sirve la vecindad de la habitación, y el muro entre nuestra celda y el altar del Señor, cuando en lo que hacemos en secreto, y lo que es vergonzoso incluso decir, se contamina y profana el nombre del Señor? Yo creo que no profana el nombre del Señor, sino aquel que ha sido visto creyendo en su nombre, y ser contado con su nombre. Y así como toma los miembros de Cristo, y los hace miembros de una ramera, quien primero creyó en Cristo: así aquel profana el nombre de Dios, quien primero recibió la fe de su nombre. De lo contrario, el pagano, y el judío aunque

estén profanados, y contaminados, o más bien la contaminación misma y la profanación, no pueden profanar y contaminar el nombre de Dios: lo que aquellos profanan, a quienes se dice: Mi nombre es blasfemado entre las naciones por causa de vosotros (Romanos II, 24). Por estas causas, pues, los consumí en mi ira, porque hicieron estas cosas que hemos dicho. Y sin embargo, el Señor clemente nuevamente ordena al profeta, que les mande alejar de sí las fornicaciones pasadas, y dejar las ruinas de sus reyes y príncipes, y rechazarlas no tanto de sí, como de Dios: y promete inmediatamente las recompensas de la buena obra diciendo: Y habitaré en medio de ellos, de lo cual en el Evangelio se dice: En medio de vosotros está a quien no conocéis (Juan I, 26): y habitará no por poco tiempo, como en la Sinagoga; sino para siempre, lo cual se comprueba en la Iglesia de Cristo.

(Vers. 10 seqq.) Tú, pues, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel el templo: y avergüéncense de sus iniquidades, y midan la estructura, y se avergüencen de todo lo que han hecho. La figura de la casa y su estructura, sus salidas y entradas, y toda su descripción, y todos sus preceptos: todo su orden, y todas sus leyes muéstrales, y escribe ante sus ojos, para que guarden todas sus distribuciones y sus preceptos, y las hagan. Esta es la ley de la casa en la cima del monte: Todos sus límites alrededor, será el Santo de los santos. Esta es, pues, la ley de la casa. LXX: Y tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel la casa, y cesarán de sus pecados, y su visión, y su disposición: y ellos soportaban su tormento por todo lo que hicieron. Y describirás la casa y su preparación, y sus salidas y entradas, y su sustancia y todos sus preceptos, y todas sus leyes, y todas sus leyes muéstrales, y describirás ante ellos: y guardarán todas mis justificaciones y todos mis preceptos, y los harán, y la descripción de la casa en la cima del monte, todos sus límites alrededor son el Santo de los santos. Esta es la ley de la casa. No es una obra pequeña, lo que has visto con los ojos de la carne, o con la mente, mostrar a los que escuchan, para que también ellos parezcan haber visto contigo. Por lo cual escribe también Josefo, que aquellos que fueron enviados a describir la tierra por Jesús hijo de Nave, eran geómetras, y tenían el arte que ahora es propia de los filósofos, la Geometría. A la casa de Israel, de aquellos que con el ánimo contemplan a Dios, se les muestra la casa, es decir, el templo que Ezequiel vio situado en el monte, y no solo en el monte, sino como ahora se dice, en la cima del monte: que de ninguna manera pensemos que es aquella que se narra construida por Salomón en los libros de los Reyes y de las Crónicas. Pues aquella es de otro orden y medida, y en cada una tiene gran diversidad: tanto inferior al templo que ahora se muestra a Ezequiel, que no solo sus adoradores, y sus guardianes; sino también el mismo constructor de ella Salomón pecó, y ofendió a Dios, aunque después hizo penitencia, escribiendo los Proverbios, en los cuales dice: Finalmente hice penitencia, y miré para elegir la disciplina (Prov. XXIV, 2). Pero esta que se muestra a Ezequiel, y por Ezequiel a la casa de Israel, es tal: que quien la haya contemplado con la mente, cese de sus iniquidades: no de algunas, sino de todas: o como se contiene en hebreo, se avergüence y soporte su tormento por todo lo que ha hecho. Soporta el tormento de sus iniquidades, quien cesa de cometer los pecados pasados: y mucho le aprovecha a quien antes pecó, ver la casa de Dios, y conocer la razón de toda su estructura; para que deje de pecar, y teniendo el deseo de ella, diga al Señor: Señor, amé la hermosura de tu casa: y el lugar de la morada de tu gloria (Salmo XXV, 8). Y de nuevo: Una cosa pedí al Señor, esto buscaré: que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Salmo XXVI, 4), cuando comience a vivir y estar con Cristo, que es la vida de los creyentes. Sigue: Sus salidas y entradas, se sobreentiende, de la casa. Las salidas de aquellos que salen hacia los que están fuera, y las entradas de aquellos que a través de la disciplina de los maestros penetran a lo interior. Y toda, dice, su descripción, o su sustancia, como tradujeron los Setenta, que no se refiere tanto a la naturaleza de la casa, como al mobiliario y las riquezas. Y todos los preceptos, todo el orden, y todas las leyes del templo muéstrales a ellos, que soportaron el tormento de sus iniquidades, y cesaron, o se

avergonzaron de lo que antes hicieron. Por eso muéstrales, para que guarden todo lo que se les ha mandado. Pues de nada sirve conocer la descripción de la casa y todas sus distribuciones, de las cuales está escrito: En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Juan XIV, 2). Y de nuevo: Estableció los límites de las naciones según el número de los hijos de Israel, o de los ángeles de Dios (Deut. XXXII), si no haces lo que se te ha mandado. La casa y la ley de todos los preceptos de Dios, y la ciudad que está situada en la cima del monte, aquella debe creerse, de la cual está escrito: No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte (Mateo I, 14). Y: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo XLV, 4): que claramente se refiere a la Iglesia, y está situada en aquel monte, que está en la cima de todos los montes, y del cual fue herido el príncipe de Tiro: y todos los límites y términos de esta casa, son el Santo de los santos. En aquella casa, es decir, en el tabernáculo que fabricó Moisés, y en el templo que construyó Salomón, solo los interiores, donde estaban los Querubines, y el propiciatorio, y el arca del testimonio, y la mesa del incienso, se llamaban el Santo de los santos. Pero en esta casa que se muestra a Ezequiel, y que está situada en la cima del monte, todos sus términos se consideran en el Santo de los santos. Y lo que se añade: Esta es la ley de la casa, o se refiere a lo pasado, de lo cual ya se ha dicho, o a lo que se dirá después.

(Vers. 13 seqq.) «Estas son las medidas del altar en codo verdadero, que tenía un codo y un palmo (o παλαιστὴν) en su seno era un codo: y un codo en anchura: y la definición [Vulg. añade su] hasta el borde de su alrededor de un palmo [Vulg. un palmo]. Esta también era la fosa del altar. Y desde el seno de la tierra hasta el último pedestal dos codos, y la anchura de un codo, y desde el pedestal menor hasta el pedestal mayor cuatro codos, y la anchura de un codo. El mismo ariel de cuatro codos, y desde el ariel hacia arriba [Vulg. hacia arriba] cuatro cuernos. Y el ariel de doce codos de longitud, por doce codos de anchura, cuadrado [Vulg. cuadrado] con lados iguales. Y el pedestal de catorce codos de longitud, por catorce de anchura en sus cuatro esquinas, y una corona alrededor de medio codo, y su seno de un codo alrededor. Sus gradas estaban orientadas hacia el Este. LXX: Y esta es la medida del altar en codo perfecto, codo y παλαιστῆς, su seno de altura alrededor y un codo de anchura: y gisus por su borde alrededor de un palmo. Y esta es la altura del altar desde la profundidad del inicio en su seno hasta el propiciatorio grande, que estaba debajo de dos codos, y la anchura de un codo. Y desde el propiciatorio menor hasta el propiciatorio mayor cuatro codos: y la anchura de un codo y el ariel de cuatro codos: y desde el ariel hasta la parte superior de los cuernos un codo. El mismo ariel tenía doce codos de longitud: y doce codos de anchura en sus cuatro esquinas por cada una de sus partes: y el propiciatorio de catorce codos de anchura por sus cuatro partes: y su gisus alrededor girando medio codo: y su circuito de un codo: alrededor y sus gradas mirando hacia el Este. Está escrito: ¿Quién investigará el abismo y la sabiduría? (Ecl. I, 2)? Y: ¡Oh profundidad de la sabiduría y del conocimiento de Dios! (Rom. XI, 33):» cuya alta profundidad, ¿y quién la encontrará? Es mucho si quisiéramos comparar el templo de Salomón con este templo, 527 y todas sus partes y tabernáculos. Lo cual, porque es dificilísimo, por ahora comparemos en parte pequeña el altar que se mostró a Ezequiel con el altar que leemos en Éxodo (Éx. XXXVIII). Allí se describe un altar de cinco codos de longitud y cinco codos de anchura, es decir, cuadrado, y de tres codos de altura: aquí, sin embargo, alejándose de los sentidos cinco, tiende a la unión, en la cual se coloca el codo perfecto, o verdadero, al que se une el palmo, es decir, παλαιστὴ, teniendo la sexta parte del codo, como dijimos antes. En su seno, es decir, del altar, había un codo, que recibía lo que era consumido por el fuego, y en su anchura otro codo: para que los interiores, es decir, los secretos, y los espacios del altar que se muestran en la anchura, se terminaran en un codo. Lo que sigue: Y la definición hasta su borde, para lo cual Aquila, Símaco y Teodoción pusieron

término, los Setenta nuevamente interpretaron como gisus. De esta palabra, como ya dije antes, no puedo conocer la razón; ni decir con confianza de qué lengua es: salvo advertir al lector que donde ahora interpreté definición, antes lo trasladé a corona. Y se demuestra brevemente que alrededor del mismo altar, es decir, en el margen, y en el círculo, se repitiera el borde, y como una corona en forma de lirio, teniendo en apariencia mucha belleza. Esta definición, o gisus alrededor de un palmo, o παλαιστῆς de anchura, se extendía. La fosa del altar, o profundidad y altura, para la cual en hebreo se pone GAB, desde el seno de la tierra hasta el último pedestal, o hasta el propiciatorio máximo, era de dos codos, y su anchura de un codo. Pues los inferiores y profundos, y los que se adhieren a la tierra, se contienen en número dual, que también se pone en los animales impuros (Gén. VII): pero los superiores y los que llegan al pedestal, o propiciatorio, que Teodoción llamó con el mismo nombre hebreo AZARA, tienen una anchura de un codo, para que el número dual pase al solitario; y el bien de las nupcias, que es inferior, llegue a la bienaventuranza de la unión. 528 Lo que sigue: Y desde el pedestal menor hasta el pedestal mayor, de cuatro codos, y la anchura de un codo, para lo cual en los Setenta se puso: Y desde el propiciatorio menor hasta el propiciatorio mayor; y Teodoción en ambos tradujo AZARA, se debe entender que el propiciatorio menor es la piedra cortada del monte sin manos, y el propiciatorio mayor, la misma piedra que creció en un gran monte, y llenó todo el orbe (Dan. II). O según otro sentido, el propiciatorio menor es cuando se vació tomando forma de siervo (Filip. II), y el propiciatorio mayor, cuando recibió la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo fuera hecho (Juan XVII). Pues primero conocemos las cosas más humildes de Cristo, y así llegamos a la altura de su divinidad: y sin embargo, el propiciatorio de ambas naturalezas, es decir, del menor y del mayor, pertenece al sacramento de un solo altar. Entre los dos propiciatorios, menor y mayor, había cuatro codos, señalando los cuatro elementos del mundo, que también llegan a la altura de un codo. Y esto debe observarse que en la medida del altar el primer codo en anchura no se une a ninguno, sino que es perfecto en su unión: pero el segundo codo de anchura, después de dos codos, crece hasta la cima, y el tercer codo, después del propiciatorio menor y mayor, a través de los cuatro elementos, tiende al misterio de un codo; y el uno y el otro, y el tercer codo en el altar del Señor, de ninguna manera se dice primero, segundo y tercero; sino que se dice uno y uno, y uno. El mismo ariel era de cuatro codos, y desde el ariel hacia arriba cuatro cuernos: o como se dice en los Setenta, desde el ariel hasta la parte superior de los cuernos un codo. Ariel () como muchos estiman se interpreta, mi luz es Dios. De lo cual también en el profeta Isaías, donde está escrito: ¡Ay de ti, ciudad de Ariel, que David asedió, o rodeó, dijimos más plenamente (Is. XXIX, 2). Pero como yo creo, león o fuerte de Dios: este nombre se refiere propiamente al altar, en el cual está la iluminación de Dios, o su león y fortaleza, diciendo Jacob a Judá: Cachorro de león Judá, a la presa, hijo mío, subiste: descansando te acostaste como león, y como 529 leona, ¿quién lo despertará? (Gén. XLIX, 9)? Pero es de cuatro codos, y tiene cuatro cuernos; o las partes superiores de los cuatro cuernos, se terminan en un codo; para que la medida de los Evangelios y la fortaleza que recorre todo el orbe, bajo la iluminación de Dios, y la fortaleza del león se demuestre, y lleguen a un codo de confesión divina. Y para que poco a poco la oscuridad del presente lugar se haga más manifiesta, sigue: Y Ariel de doce codos de longitud, por doce codos de anchura, cuadrado con lados iguales. Lo que nadie duda que pertenece a las doce tribus, que están escritas en el Apocalipsis de Juan, y al número de los Apóstoles, del cual recuerdo haber hablado antes (Apoc. VII). Pero a través de los cuatro lados del mundo, los doce codos juntos hacen cuarenta y ocho codos de las ciudades sacerdotales, para que con estos como fundamentos divididos en todo el orbe, se solidifique la fortaleza de la Iglesia. Además, el pedestal, para el cual los Setenta interpretaron propiciatorio, Teodoción como antes AZARA; Símaco περιδρομὴν, es decir, circuito, era de catorce codos de longitud por catorce de anchura, en sus cuatro esquinas, y una corona alrededor de medio codo; para lo

cual nuevamente los Setenta interpretaron gisus, y el seno, o según Símaco la consumación y perfección, de un codo alrededor, muestra latentemente que nuestro Señor, que verdaderamente se llama propiciatorio no solo por nuestros pecados, sino por todo el mundo, vino a través de catorce generaciones desde Abraham hasta David; y nuevamente a través de otras catorce hasta la cautividad de Jeconías, y con el sacramento del mismo número descendió a las cosas terrenales: para que en la tercera τεσσαρακαιδεκάδι, y con el sacramento del número divino (Al. don) salvara los cuatro ángulos del mundo, de los cuales está escrito: Muchos vendrán del Este y del Oeste, y del Norte y del Sur, y se sentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos (Mat. VIII, 11). Lo que sigue, y la corona, o gisus alrededor de él, 530 se sobreentiende del propiciatorio, tenía medio codo, y el seno de ese propiciatorio, o consumación y perfección, que Símaco interpretó como περιδρομὴν, tenía un codo, significa que tanto los pecadores como los justos se salvarán por la propiciación del Señor, diciendo el apóstol Pablo: Fuimos reconciliados con Dios en la sangre de su Hijo (Rom. V, 10). Y de los pecadores se dice, que tienen la medida de medio codo alrededor; que sin embargo se salvan por la misericordia del Creador, según lo que está escrito en el Salmo: Por nada los salvarás (Sal. LV, 8). De los justos: que se salvan en un número solitario y perfecto, e imitan una divinidad, diciendo el mismo Apóstol: Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). Pero lo que se pone al final de este testimonio, y sus gradas orientadas hacia el Este, las gradas de este propiciatorio deben tomarse por los veinticuatro libros del Antiguo Testamento: que tenían cítaras en el Apocalipsis de Juan (Cap. V), y coronas en sus cabezas: o el sacramento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en el cual se nos da la verdadera propiciación. Y para decirlo más claramente, por eso se deja incierto el número de gradas, para que con cualquier esfuerzo que podamos ascender a lo más alto, nos consideremos colocados en lo inferior, y pensemos en lo que dice el Salmista: Irán de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8).

(Vers. 18 seqq.) Y me dijo: Hijo de hombre, así dice el Señor Dios: Estos son los ritos del altar, en cualquier día que sea fabricado, para que se ofrezca sobre él holocausto, y se derrame sangre. Y darás a los sacerdotes, levitas que son del linaje de Sadoc, que se acercan a mí, dice el Señor Dios: para que me ofrezcan un becerro del ganado por el pecado. Y tomarás de su sangre, la pondrás sobre los cuatro cuernos [Vulg. añade su], y sobre los cuatro ángulos del pedestal, y sobre la corona alrededor: y lo limpiarás y expiarás. Y tomarás el becerro que haya sido ofrecido por el pecado, y lo quemarás en un lugar separado de la casa fuera del santuario. Y en el segundo día ofrecerás un macho cabrío sin defecto por el pecado, y expiarán el altar como expiaron con el becerro. LXX: 531 Y me dijo: Hijo de hombre, así dice el Señor Dios: Estos son los preceptos del altar en el día en que sea hecho, para que se ofrezcan sobre él holocaustos, y se derrame sobre él sangre. Y darás a los sacerdotes levitas que son del linaje de Sadoc, y se acercan a mí, dice el Señor Dios, para que me sirvan un becerro del ganado por el pecado: y tomarán de su sangre, y la pondrán sobre los cuatro cuernos del altar, y sobre su base alrededor, y lo limpiarán y expiarán. Y tomarán el becerro por el pecado, y será quemado en un lugar separado de la casa fuera de lo santo. Y el segundo día tomarán dos cabritos sin defecto por el pecado, y expiarán el altar como expiaron con el becerro. Después de que el profeta mostró el altar, y su codo, y dos codos; y nuevamente un codo y cuatro codos, y en tercer lugar un codo, también doce codos por otros doce, y cuatro cuernos del altar: Ariel también de doce codos, por doce codos, y el pedestal, es decir, el propiciatorio de catorce codos, por catorce codos: también su corona, y su seno de medio codo y un codo alrededor: y sus gradas hacia el Este, cuyo número es incierto, habló el hombre, cuyo cálamo y cuerda estaban en su mano, y le enseña cómo, una vez completada la obra del altar, el altar debe ser expiado y consagrado. Primero se ofrece una víctima, y se da a los sacerdotes del linaje de Leví, que son del linaje de Sadoc, a quien no sé por qué los

Setenta llaman Sadduc. Sadoc se interpreta como justo: y se ofrece según los Setenta y Teodoción un becerro; según Símaco un toro, que en hebreo se dice PHAR. El becerro que fue inmolado por nosotros, y muchos lugares de las Escrituras, y especialmente la Epístola de Bernabé, que se tiene entre las escrituras apócrifas, lo nombran. Y el macho cabrío se ofrece el segundo día. Por eso también al hacer la Pascua toman del rebaño un cordero y un cabrito, y los que no pudieron hacer la Pascua en el primer mes, la hacen en el segundo mes: de los cuales uno pertenece a los justos, el otro a los penitentes. Pero si nos agrada la interpretación de los Setenta que dijeron: el segundo día tomarán dos cabritos sin defecto 532 por el pecado, es audaz lo que vamos a decir, pero sin embargo debe exponerse simplemente la opinión de otros, que dicen que los dos cabritos sin defecto fueron ofrecidos después de la pasión del Señor en el altar del Señor, Santiago y Esteban: de los cuales uno era del número de los apóstoles, el otro de los siete elegidos para el ministerio del Señor fue el primero (Hechos XXII). Este es Santiago que vio al Salvador transfigurado en el monte (Ibid., VII), que vio a la hija del jefe de la sinagoga resucitada con el Señor, Pedro y Juan (Mat. XVII), que en el catálogo de los apóstoles, en el que se juntan nombres en pares, se pone primero que su hermano (Marcos IX). A este lo mató Herodes (Mat. IX), y como un cabrito sin defecto después de la pasión del Salvador lo inmoló en el segundo día (Marcos III). También a Esteban (cuya sabiduría y doctrina nadie podía resistir (Hechos XIV), y que vio al Hijo de pie a la derecha del Padre, y dijo (Hechos XIV, 7): Señor Jesús, recibe mi espíritu) los judíos lo lapidaron. Y así como el Apóstol nombra a algunos de los creyentes primicias de Acaya y Asia: así también estos fueron primicias de los mártires (I Cor. XVI), a quienes la confesión de Cristo después coronó. Y esto también debe notarse que el becerro se ofrece todo en holocausto, y la gordura de su cuerpo se consume en fuego divino. Aunque conocíamos a Cristo según la carne: pero ya no lo conocemos según la carne (II Cor. V, 16). Pero Santiago y Esteban que fueron ofrecidos el segundo día, o el cabrito, que según el hebreo se narra que fue ofrecido, se ofrece en la víctima, pero el holocausto se reserva para la presencia del Señor. Pero lo que se toma de la sangre, de la cual habla Pedro: Fuimos redimidos de nuestra vana conversación de la tradición paterna con la preciosa sangre de Cristo (I Pedro I); y el apóstol Pablo enseña: Fuisteis comprados por precio (I Cor. VII, 23); y en otro lugar: Haciendo la paz por la sangre de su cruz, ya sea en la tierra, ya sea sobre los cielos (Col. I, 20), significa que con la sangre del Salvador, se purifican los cuatro cuernos del altar, es decir, las cuatro regiones del mundo: y se rocía la corona del propiciatorio, o las bases alrededor, para que todo se purifique, y la propiciación sea firme. Por eso en el segundo día, o se toman dos cabritos, de los cuales hablamos antes, o se toma un cabrito; porque es un animal que siempre se apresura a lo alto, y no sufre peligro en 533 los precipicios, y encuentra camino donde para los demás animales es destrucción. Por eso también en el idioma griego el rebaño de cabras y cabritos, se dice la conversación de los sublimes, esto es, αἰπόλιον como αἰποπόλιον, ya que αἶπος, alto, πόλιον [Mss. πολεῖν], significa conversación. Además, el altar de Cristo se expía con sangre, para que las oraciones de los santos lleguen puras a Dios. Esto también debe notarse, que según el hebreo el mismo Ezequiel, como sacerdote, se le ordena tomar el becerro, y hacer el holocausto, y rociar su sangre alrededor, tanto del altar como de los ángulos y la corona, o base. Pero los Setenta intérpretes muestran que otros sacerdotes hacen esto, de los cuales se dijo: Darás a los sacerdotes levitas, que son del linaje de Sadoc, que se acercan a mí.

(Vers. 23 seqq.) «Cuando hayas terminado de expiarlo, ofrecerás un becerro del ganado sin defecto y un carnero del rebaño sin defecto. Y los ofrecerás en presencia del Señor, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos; y los ofrecerán como holocausto al Señor. Durante siete días harás un macho cabrío por el pecado cada día, y ofrecerán un becerro del ganado y un

carnero del rebaño sin defecto. Durante siete días expiarán el altar y lo purificarán: y llenarán su mano. Completados los días, en el octavo día y en adelante, los sacerdotes harán sobre el altar vuestros holocaustos y las ofrendas de paz, y me reconciliaré con vosotros, dice el Señor Dios. LXX: Y cuando hayas completado la expiación, ofrecerán un becerro del ganado sin defecto y un carnero del rebaño sin defecto, y los ofreceréis ante el Señor, y los sacerdotes echarán sal sobre ellos; y los ofrecerán como holocaustos al Señor. Durante siete días harás un cabrito por el pecado cada día, y un becerro del ganado, y un carnero del rebaño sin defecto durante siete días. Y expiarán el altar, y lo purificarán, y llenarán sus manos, y completarán los días. Y será desde el octavo día en adelante, que los sacerdotes harán sobre el altar vuestros holocaustos y por vuestra salvación, y os aceptaré, dice el Señor Dios.» Después de que el altar y sus medidas fueron mostradas en la cima del monte; y nuevamente la expiación y consagración de este fue mostrada al profeta, a través de un becerro sin defecto y un macho cabrío, o dos cabritos, de los cuales el primero lo referimos al Señor Salvador, y los dos siguientes a los apóstoles y ministros, para que en la consagración del altar espiritual y perteneciente propiamente a la Iglesia, la ley y los profetas no parecieran excluidos, por eso, una vez consagrado el altar, se toma un becerro sin defecto y un carnero, y se ofrece en presencia del Señor; y los hijos de Sadoc, es decir, los sacerdotes justos, echan sal sobre sus cabezas, para que tanto la Ley como los Profetas sean sazonados con el sabor del Evangelio. No hay sacrificio (según el mandato de la ley y la interpretación del Apóstol, quien dice (Col. IV, 6): Que vuestro discurso sea sazonado con sal) que carezca de sal. Ambos se ofrecen como holocausto al Señor, para que el cuerpo de la letra gorda, que se significa en la Ley, y la nube de la profecía, por el fuego del Señor, es decir, el Espíritu Santo, del cual Pablo dice, Fervientes en espíritu (Rom. XII, 11), se conviertan en sustancia espiritual y sutil. Si queremos saber más claramente quién es el becerro del ganado sin defecto, y el carnero de lana purísima, entendamos a Moisés y Elías (Num. XII, III Reg. XIX); de los cuales el primero fue el más manso entre todos los hombres que habitaban en la tierra; el otro, con el ardor de la fe, similar a Moisés. Por eso se atrevía a decir: Yo he quedado solo. Pero lo que está escrito en hebreo: Ofrecerás un becerro, en los Setenta, ofrecerán los sacerdotes, no hay cuestión. Pues el mismo Ezequiel a quien se le dice esto, es del número de los sacerdotes, de plena edad y perfecto; y la gracia de la profecía aumentó el grado sacerdotal. Y Moisés y Elías parecen estar en el monte con el Señor, es decir, la ley y los profetas, que le anunciaban lo que iba a padecer en Jerusalén. Una vez expiado el altar, durante siete días se ofrece un macho cabrío, o cabrito, por el pecado cada día, y un becerro del ganado, y un carnero del rebaño sin defecto, para que por estos sacrificios de siete días se expíe completamente el altar. En los siete días se muestra el sabatismo que según el Apóstol (Hebr. IV) se reserva para el pueblo de Dios: en los cuales esperamos el descanso eterno y verdadero, y de ninguna manera haremos obra servil de pecados. En el macho cabrío, el becerro y el carnero se demuestran tres delitos generales, a los cuales está sujeto todo el género humano. O pecamos con pensamientos, o con palabras, o con obras. El pensamiento se refiere al carnero, que es el primero de todos los pecados, y del cual nacen los otros dos pecados. El cabrito, o macho cabrío, se refiere al discurso o palabra, que siempre discute sobre cosas más elevadas. Las obras propiamente se atribuyen al becerro: porque está dedicado al arado y al trabajo y a las obras terrenales. Estas cosas, por tanto, debemos ofrecerlas sin defecto durante siete días del verdadero y perfecto sábado a Dios, y expiar el altar, para que nuestra oración llegue pura a Dios. Pero lo que se añade: Y lo purificarán, y llenarán su mano, lo que tanto el hebreo como los demás intérpretes han traducido, significa que también las ofrendas del mismo altar, por cuya expiación se ofrece el sacrificio, deben completarse, así como se ofrece por los sacerdotes y el pueblo y el pontífice; para que nada parezca haber estado vacío en presencia del Señor. Por lo cual los Setenta pusieron: y lo purificarán, y llenarán sus manos, para que se entienda sacerdotes, que cuando estén llenos de buenas obras, pues esto significan las manos

llenas, pasado el sábado, vengan al día de la resurrección octava, y digan con el Apóstol: Resucitamos con Cristo (Rom. VI, Coloss. III); y más allá del octavo tiendan hacia lo celestial, y ofrezcan por nosotros holocaustos, o lo que es por la paz de nuestros pecados y nuestra salvación: para que por el fuego del Espíritu Santo, todo lo que pensamos, hablamos y hacemos, se convierta en sustancia espiritual: y el Señor, deleitado con sacrificios de esta clase, se haga propicio a nosotros.

(Cap. XLIV.---Vers. 1 seqq.) Y me llevó por el camino de la puerta del santuario exterior, que miraba hacia el Oriente, y estaba cerrada. Y el Señor me dijo: Esta puerta estará cerrada, y no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella: porque el Señor Dios de Israel ha entrado (o entrará) por ella; y estará cerrada para el príncipe. El príncipe mismo se sentará en ella, para comer pan delante del Señor. Por el camino del vestíbulo (es decir, Aelam), saldrá por la puerta, y por su camino saldrá. Porque en hebreo está escrito: estará cerrada para el príncipe, los Setenta tradujeron, estará cerrada: porque el jefe mismo se sentará en ella. Hay muchas puertas que en la descripción del templo de Ezequiel la Escritura menciona, tanto dentro como fuera. También la figura del altar, y la consagración y los sacrificios el discurso anterior recorrió. Terminado esto, llega a la puerta del santuario exterior, que miraba hacia el Oriente, y estaba cerrada: e inmediatamente aquel hombre que era el guía del profeta, y le mostraba todo, le habló: Esta puerta que ves cerrada, siempre estará cerrada, y no se abrirá, 536 y ningún hombre pasará por ella. Y da la razón por la cual está siempre cerrada: porque el Señor Dios de Israel ha entrado, o entrará por ella: y estará cerrada según el hebreo, para el príncipe, que los Setenta tradujeron como jefe. Este príncipe y jefe, es decir, NASI, se sentará en ella, para comer pan delante del Señor: y por el camino del vestíbulo de la puerta entrará, y por ella saldrá. ¿Cuál es esta puerta que siempre está cerrada, y solo el Señor Dios de Israel entra por ella? Sin duda aquella de la que el Salvador habla en el Evangelio: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, y ay de vosotros, doctores de la ley, que quitáis la llave del conocimiento: vosotros mismos no entráis, y a los que entran les impedís (Mat. XXIII, 23). De esta bajo el nombre del libro escribe también Isaías: Las palabras de este libro serán como las palabras de un libro sellado: que cuando se lo des a un hombre que no sabe leer, y le digas, Lee: y te responderá, no sé leer. Y se lo darán a un hombre que sabe leer, diciendo: Lee; y dirá: No puedo leer, porque está sellado (Isai. XXIX, 11). Este libro es aquel cuyas sellos nadie puede desatar y abrir, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, sino aquel de quien en el Apocalipsis de Juan se dice: He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz y el linaje de David: para abrir el libro y desatar sus sellos (Apoc. V, 5). Antes de que el Salvador asumiera el cuerpo humano, y se humillara, tomando forma de siervo (Phil. II), la Ley y los Profetas estaban cerrados, y todo el conocimiento de las Escrituras, el paraíso estaba cerrado. Pero después de que él colgó en la cruz, y habló al ladrón, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43), inmediatamente el velo del templo se rasgó, y todo se abrió; y quitado el velo decimos: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria (II Cor. III, 18). Pero si todo está revelado, en Cristo según la palabra de Pablo todo se revela (Ibid., XIII), ¿cómo estará la puerta cerrada y no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella? De lo cual aprendemos, aunque hayamos llegado al conocimiento supremo, en comparación con el conocimiento divino, ahora sabemos en parte y conocemos en parte; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte será destruido. Por eso en otro lugar el mismo Apóstol habla de sí mismo como imperfecto, y nuevamente como perfecto. Si carece de interpretación, parece ser contradictorio. Pues dice: 537 No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto. Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado; Una cosa hago, olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está adelante, prosigo hacia la meta para el premio de la vocación celestial de Dios (Philipp. III, 12, 14). Y cuando

pensábamos que según su profesión no era ya perfecto, y más bien buscaba que había encontrado lo verdadero, no solo se dice a sí mismo, sino también a otros que son perfectos: Por tanto, todos los que somos perfectos, tengamos este sentir. El sentido de este lugar es: En comparación con los demás hombres, que no tienen cuidado del conocimiento de las Escrituras ni de los misterios de Dios, me confieso perfecto; pero en cuanto al conocimiento de la majestad divina, ahora veo en enigma y a través de nube y oscuridad, y digo con el profeta: Maravillosa es tu ciencia para mí, fortalecida es, y no puedo alcanzarla (Ps. CXXXVIII, 6). Esta puerta, por tanto, que está cerrada para todos (pues ningún hombre pasará por ella), estará cerrada para el príncipe, o jefe, y se abrirá con su llegada, quien se sentará en ella, para comer pan delante del Señor: de quien él mismo en el Evangelio profesa, diciendo: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y completar su obra (Joan. IV, 34). Él es el príncipe, y sacerdote según el orden de Melquisedec, y víctima y sacerdote, que en presencia del Padre con nosotros come el pan celestial, y bebe el vino, del cual habla en el Evangelio: No beberé del fruto de esta vid, 538 hasta que lo beba nuevo en el reino de mi Padre (Matth. XXVI, 29): en ese reino, de que él mismo y en otro lugar dice: El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. XVII, 21). Y la puerta estará cerrada. Pues nadie puede conocer los sacramentos de la pasión del Señor, de su cuerpo y sangre por la majestad del misterio. Y tan grande es la bondad y clemencia de nuestro príncipe, que aunque solo se siente en la puerta, que está cerrada, y coma pan delante del Señor, quiere tener muchos compañeros en su mesa y banquete, y dice: He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo (Apoc. III, 20). Pero él solo come pan delante del Señor, porque su sustancia y naturaleza divina están separadas de todas las sustancias de las criaturas. Él 538 entra y sale por la misma puerta del vestíbulo: porque y dentro y fuera, es decir, infundido y circundado por todos; entrando por la puerta, para introducir con él a aquellos que sin su enseñanza y ayuda no pueden entrar; y saliendo, para introducir nuevamente a otros; y hablarles a aquellos que no pueden comprender las cosas más difíciles. Pero la puerta oriental, fuera de los límites del mundo, siempre está cerrada, y no está abierta a la vista humana, como prueba el Evangelio de Juan diciendo: A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Joan. I, 18). Como si dijera con otras palabras: Y estará cerrada para el príncipe. El príncipe solo se sentará en ella, para comer el pan del conocimiento perfecto y consumado. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Matth. XI, 27). Algunos interpretan bellamente la puerta cerrada, por la cual solo el Señor Dios de Israel entra, y el jefe a quien la puerta está cerrada, como María Virgen, que permaneció virgen tanto antes del parto como después del parto; para confundir a aquellos que piensan que después del nacimiento del Salvador tuvo hijos de José, por la ocasión de sus hermanos que se mencionan en el Evangelio (Marc. III). Sobre esta cuestión, en Roma, contra Helvidio, el hereje de aquel tiempo, en mi juventud escribí un libro no muy extenso.

(Vers. 4 seqq.) Y me llevó por el camino de la puerta del Norte en presencia de la casa, y vi, y he aquí que la gloria del Señor llenaba la casa del Señor, y caí sobre mi rostro. Y el Señor me dijo: Hijo de hombre, pon tu corazón, y ve con tus ojos, y oye con tus oídos todo lo que yo te hable sobre todas las ceremonias de la casa del Señor, y sobre todas sus leyes, y pondrás tu corazón en los caminos del templo por todas las salidas del santuario. El hombre que es el guía del profeta, y por quien conoce todo lo que se le muestra en el templo, después de haberle mostrado la puerta cerrada que nunca se abrirá, y sin embargo abierta a aquel que entró por las puertas cerradas, lleva al profeta al camino de la puerta del Norte, que sin embargo también estaría en presencia de la casa, sin duda significando el templo. Y cuando el profeta desde el lado opuesto vio la casa del Señor llena de la gloria del Señor, la misma que

veía desde el lado del Norte, inmediatamente cayó sobre su rostro, no pudiendo soportar la majestad de la gloria del Señor. Por lo cual, porque había sido derribado por la humildad, el Señor le dice, no el hombre: Hijo de hombre, pon tu corazón, y lo demás. En la consumación del tabernáculo y del edificio del templo que fue construido por Salomón, apareció la gloria del Señor, que después fue destruida en comparación con la gloria evangélica, diciendo el Apóstol: No fue glorificado lo que fue glorificado, en esta parte, por la excelente gloria. Porque si lo que se destruye es por gloria: mucho más lo que permanece es en gloria (II Cor. III, 10). Y debemos tener cuidado de no pensar que la destrucción de la gloria anterior es su abolición; sino que debemos entender que después de que venga lo perfecto, lo que era en parte será destruido: como si compararas los rayos del sol con una lámpara, o la luz de la lámpara con una lucernita. Por eso también se dice de Juan el Bautista: Él era la lámpara que ardía en la casa (Joan. V, 35). Pero después de que vino el sol de justicia, la luz de la lámpara se ocultó, diciendo el mismo profeta y Bautista: Es necesario que él crezca, y que yo disminuya (Joan. III, 30). Pero el profeta cayó sobre su rostro, para que, mientras deseaba ver más de lo que la fragilidad humana puede contemplar, no perdiera también la luz de sus ojos. Por lo cual el Señor lo llama más familiarmente, hijo de hombre; y le ordena que ponga su corazón, y vea con los ojos, y oiga con los oídos. Primero, para entender lo que se dice, debe abrirse el ánimo; segundo, entender con los ojos del corazón, de los cuales se dice a Abraham: Alza tus ojos, y mira las estrellas del cielo (Gen. XV, 5); tercero, oír con estos oídos, de los cuales el Salvador dice: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8); para que pueda entender todas las ceremonias del templo y sus leyes, y finalmente poner su corazón en los caminos del templo; porque hay diferentes entradas a Dios. O por los caminos del templo, significa el orden de las ceremonias, y las salidas del santuario. Es, por tanto, un prólogo y preparación del profeta, para entender lo que después conocerá sobre el orden del templo. Y esto es notable, que en esta región del mundo que está en el mal, y en el frío del Norte, se nos muestra el orden celestial de las ceremonias.

(V. 6 seqq.) Y dirás a la casa de Israel que me provoca: Así dice el Señor Dios: que sean suficientes para vosotros todas vuestras iniquidades, casa de Israel, porque introducís hijos extranjeros (o forasteros) incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que estén en mi santuario y profanen mi casa, y ofrecéis mis panes, la grasa y la sangre, y habéis disuelto (o pasado por alto) mi pacto en todas vuestras iniquidades; y no habéis guardado los preceptos de mi santuario y habéis puesto guardianes de mis observancias en mi santuario para vosotros mismos. Cuando dice, que sean suficientes para vosotros todas vuestras iniquidades, o iniquidades vuestras, exhorta al arrepentimiento de los pecados anteriores, para que no aumentemos pecados sobre pecados, y preparemos materia para el fuego futuro; sino que escuchemos lo que Isaías dice: ¡Ay de aquellos que atraen el pecado como con una cuerda larga, y como con el yugo de un becerro las iniquidades! (Isaías V, 18). El primer pecado es que introducen hijos extranjeros, o forasteros incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que estén en el santuario de Dios y profanen la casa de Dios. Un poco de levadura corrompe toda la masa (I Cor. V, 6); y en algunos ejemplares se dice en Proverbios: No introduzcas al impío en las moradas de los justos. Nos presionan en este lugar los judíos y los ebionitas, que aceptan la circuncisión de la carne: ¿cómo podemos exponer el lugar presente como incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne? por lo cual, después de la inteligencia espiritual, también deberíamos aceptar la circuncisión de la carne. Pero quienes leemos a Pablo diciendo: Testifico a todo hombre que se circuncida: que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. V, 2). Y aquello de Jeremías: He aquí que vuestros oídos son incircuncisos, y no quisisteis escuchar (Jer. VI, 10). Y en Éxodo Moisés habló en presencia del Señor diciendo: He aquí que los hijos de Israel no me

escucharon; ¿y cómo me escuchará Faraón? Yo soy torpe de palabra (Éxod. VI, 12), por lo cual los Setenta dijeron: ἐγὼ δὲ ἄλογός εἰμι; lo cual se tiene mejor en hebreo: Yo soy incircunciso de labios, preguntémosles, más bien obliguémosles a circuncidar los oídos, y a cortar los labios, para que parezca que cumplen la Escritura. Pero si comienzan a interpretar la circuncisión de los oídos, cuando no permitimos escuchar nada vergonzoso e indecente, y la circuncisión de los labios, cuando no hablamos nada indecente: digámosles que debéis guardar la misma exposición también en el corazón y en la carne. Circuncidamos el corazón con el cuchillo de Dios, y se quita del corazón nuestro el prepucio, cuando no salen pensamientos impuros del corazón nuestro, ni se dice de nosotros: Se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con sus oídos han escuchado pesadamente (Hechos XXVIII, 27). Por tanto, también la carne se circuncida de manera similar, para que no hagamos obras terrenales, que por necesidad del cuerpo nos vemos obligados a hacer, tomar alimento, bebida y sueño, y usar vestiduras: que entonces circuncidamos, si no lo hacemos por delicias, y por lujo, y por inercia, sino por necesidad de la naturaleza y sustento de este cuerpo. Quien bebe vino moderadamente por el estómago y frecuentes enfermedades, y odia la embriaguez, circuncida su carne (I Tim. V). Quien duerme lo que la naturaleza permite, escuchará de Salomón: Si te sientas, estarás sin temor: Si duermes, dormirás suavemente, y no temerás el pavor que te sobrevenga: ni el ímpetu de los impíos que sobrevengan (Prov. III, 24). Y quien huye de la fornicación, y devuelve el débito a la esposa volviendo a lo mismo para que no lo tiente Satanás (I Cor. VII), escuchará con el pueblo de Israel: En este día quité de vosotros el oprobio de Egipto. También usará vestiduras que repelan el frío; no que por su delgadez muestren los cuerpos desnudos. La carne debilitada por ayunos y circuncidada por continencia (Jos. V), huye del oprobio de los egipcios que son de carnes grandes, y puede decir aquello que en muchos según la edición de los Setenta se lee: Como se consumió mi carne, en tierra desierta, sin camino, y sin agua, así en el santo aparecí a ti (Sal. LXII, 3). Si alguna vez, por tanto, quisiéramos introducir forasteros en el templo de Dios, circuncidemos sus oídos, y labios, y corazón, y toda carne, y ojos, gusto y olfato, para que todo lo hagamos con temor de Dios y razón. Escuchen esto los obispos y presbíteros y todo el orden eclesiástico, para que no introduzcan hijos extranjeros incircuncisos de corazón, e incircuncisos de carne, para que no estén en el santuario de Dios, y profanen su casa. Si hacen esto, se les aplicará lo que sigue: Y ofrecéis mis panes, panes a saber de la proposición en todas las Iglesias y en todo el mundo, brotando de un solo pan, y no solo panes, sino también la grasa de la cual está escrito: Los sació con la grasa del trigo (Sal. LXXX, 17), y la sangre que fue derramada en la pasión de Cristo. Debe leerse así, y así debe devolverse el orden de la lectura: Cuando introducís hijos extranjeros incircuncisos de corazón y cuerpo en mi santuario, y profanáis mi casa, os atrevéis a ofrecer panes y grasa y sangre, los sacramentos místicos, y no entendéis que habéis disuelto, y habéis pasado por alto mi pacto en todas vuestras iniquidades e impiedades, y no habéis guardado los preceptos de mi santuario, ni habéis puesto guardianes de mis ceremonias en mi santuario. Toda amenaza es contra aquellos que no escucharon al Apóstol advirtiendo: No impongas las manos a nadie precipitadamente: ni participes en pecados ajenos (I Tim. V, 22). O ciertamente debe entenderse así: Habéis disuelto mi pacto en todas vuestras iniquidades, y no habéis guardado los preceptos de mi santuario, y os atrevéis a poner guardianes indignos y ajenos en la observancia de mi santuario para vosotros mismos, para que se entienda, no para mí. Y el sentido es: Que os sirvan y ministren en lo carnal: y por vuestros refrigerios profanen mi santuario.

(Vers. 9, seqq.) Así dice el Señor Dios: Todo extranjero incircunciso de corazón, e incircunciso de carne, no entrará en mi santuario: todo hijo extranjero, que está en medio de los hijos de Israel. Pero también los levitas que se alejaron de mí en el error de los hijos de

Israel, y se desviaron de mí tras sus ídolos, llevarán su iniquidad, que estaban en mi santuario como sacristanes y porteros de las puertas de la casa, y ministros de la casa; y ellos mismos sacrificaban holocaustos y víctimas del pueblo, y allí estaban ante ellos, para ministrar por ellos. Por tanto, porque ministraron por ellos en presencia de sus ídolos, y se convirtieron en un obstáculo de iniquidad para la casa de Israel: por eso levanté mi mano sobre ellos, dice el Señor Dios, y llevarán su iniquidad. Y no se acercarán a mí, para ejercer el sacerdocio para mí: ni se acercarán a todo mi santuario junto a los santos de los santos: sino que llevarán su confusión y sus iniquidades que hicieron. Y los pondré como porteros de la casa en todo su ministerio, y en todo lo que se hace en ella. Pero los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron las ceremonias de mi santuario, cuando los hijos de Israel se desviaron de mí, ellos se acercarán a mí, para ministrar para mí: y estarán en mi presencia, para ofrecerme grasa y sangre, dice el Señor Dios. Ellos entrarán en mi santuario: y ellos se acercarán a mi mesa, para ministrar para mí, y guardarán mis ceremonias. LXX: Por eso dice el Señor: Todo hijo extranjero incircunciso de corazón, e incircunciso de carne, no entrará en mis santos en todos los hijos de extranjeros que están en medio de la casa de Israel, pero también los levitas que se alejaron de mí cuando Israel se desvió de mí tras sus pensamientos, y recibirán su iniquidad, y estarán en mis santos ministrando, porteros en las puertas de la casa, y ministros de la casa. Estos inmolarán holocaustos y víctimas al pueblo, y estos estarán ante el pueblo para ministrarles. Porque ministraron para ellos ante la presencia de sus ídolos, y se convirtió en un tormento de iniquidad para la casa de Israel: por eso levanté mi mano sobre ellos, dice el Señor Dios, y recibirán su iniquidad: y no se acercarán a mí, para ejercer el sacerdocio para mí: ni para ofrecer en todos los santos de los hijos de Israel: ni en los santos de mis santos: y recibirán su ignominia en el error, en el que erraron. Y los pondrán para guardar las custodias de la casa en todas sus obras: y en todo lo que hicieron en ella. Los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron las custodias de mis santos cuando la casa de Israel se desvió de mí, ellos se acercarán a mí para ministrar para mí, y estarán ante mi presencia para ofrecerme sacrificio, grasa y sangre, dice el Señor Dios. Ellos entrarán en mis santos, y ellos se acercarán a mi mesa, para ministrar para mí, y observarán mis custodias. He puesto el testimonio según ambas ediciones, para que a partir de su comparación podamos saber qué significan los LXX, qué sostiene el hebreo. Los Setenta significan esto, que los extranjeros incircuncisos de corazón y carne que habitan en medio de los hijos de Israel, no deben entrar en el santuario de Dios: pero los levitas, es decir, el grado sacerdotal, que se alejaron del Señor en el error de los hijos de Israel, y se desviaron tras sus ídolos, después de recibir su iniquidad, estarán en el santuario del Señor como sacristanes y porteros, y ministros de la casa, y sacrificarán holocaustos y víctimas del pueblo: y estarán ante ellos para ministrarles lo que les ministraron en presencia de sus ídolos, y se convirtieron en un tormento de iniquidad para la casa de Israel: y por eso el Señor Dios dice que levantó su mano sobre ellos: para que no se acerquen a él, y ejerzan el sacerdocio para él, ni ofrezcan en los santos de los santos, y lleven su ignominia en el error en el que erraron: para que sean puestos en la observancia de las custodias de la casa en todas sus obras, y en todo lo que se hace en la casa. Pero si es así, ¿cómo podrá sostenerse que los levitas que se alejaron de Dios en el error de los hijos de Israel, y se desviaron de él tras sus ídolos, ellos ministren en la casa y sacrifiquen holocaustos y víctimas del pueblo, y ellos estén ante ellos, para ministrarles? ¿Qué más harán los sacerdotes hijos de Sadoc, que guardaron las ceremonias del santuario de Dios, de quienes dice: Ellos se acercarán a mí para ministrar para mí, y estarán en mi presencia, para ofrecerme grasa, y lo demás? Sin embargo, el hebreo tiene este sentido: Todo extranjero incircunciso de corazón y carne, no entrará en mi santuario, aunque parezca estar con el pueblo de Israel. Pero los levitas, es decir, el grado sacerdotal, que se alejaron de mí en el error de los hijos de Israel, y siguieron a los ídolos, llevarán su iniquidad, porque estuvieron en mi santuario ministrando en el oficio de las puertas de la casa, y ministros de ella. Porque

ellos ofrecían holocausto, y víctimas del pueblo, y ellos estaban ante ellos, para ministrar por ellos. Porque ministraron por ellos en presencia de sus ídolos, y fueron un obstáculo de iniquidad para la casa de Israel, por eso levanté mi mano sobre ellos, dice el Señor Dios: y llevarán su iniquidad, y no se acercarán a mí, para ejercer el sacerdocio para mí: ni se acercarán a todo mi santuario junto a los santos de los santos: sino que llevarán su confusión, y sus iniquidades que hicieron. Porque por el oficio sacerdotal, que solían ofrecer holocausto y víctimas y todo sacrificio, serán reducidos al último grado, y serán porteros de la casa, en ignominia perpetua, para que sean vistos por todo el pueblo entrando y saliendo, de qué dignidad sublime a qué último grado han llegado. Pero los sacerdotes, dice, es decir, los levitas, que son hijos de Sadoc, es decir, de los justos, o del justo de Dios, y que en el tiempo del error de todo Israel, guardaron las ceremonias de mi santuario, ellos se acercarán a mí, para ministrar para mí, y estarán en mi presencia, y me ofrecerán grasa, es decir, la ofrenda más gorda y sangre, una ofrenda viva y agradable a Dios, y ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa, para encender incienso para mí, y guardarán todo el rito del sacrificio. Pero si es así, que quienes en el tiempo del error y la persecución siguieron a los ídolos que forjaron de su corazón, y no solo con la voz, sino también con la suscripción de la mano afirmaron que el Hijo de Dios es una criatura, y sirvieron a la criatura más que al Creador, que es bendito por los siglos, ¿cómo se asumen para sí el sacerdocio y el pontificado, y se atreven a ofrecer víctimas a Dios, adoradores alguna vez de ídolos? Pero, como el poeta más ardiente testifica, Cualquier cosa que muchos pecan, queda impune: La multitud de pecadores hizo más indulgente el perdón para los impíos, para que quienes fueron reducidos a laicos debieran lamentar los crímenes de su sacrilegio anterior, ahora reclinados en el trono pontifical, y nos eructen las náuseas de una fe simulada, más bien los atajos abiertos de una perfidia oculta. Escuchen, por tanto, al menos tarde, y observen los preceptos del Dios omnipotente. Todo extranjero incircunciso de corazón, e incircunciso de carne, no entrará en mi santuario. Aunque sea hijo, aunque esté unido por parentesco, aunque esté ligado a nosotros por una antigua relación: si es incircunciso de corazón o de carne, no sea introducido en el santuario de Dios: para que no hagamos a los ministros de Cristo, nuestros ministros, y por refrigerios carnales, profanemos los altares del Señor. Por lo que hemos puesto: Y los pondré como porteros de la casa en todo su ministerio, y en todo lo que se hace en ella: a saber, aquellos levitas que se alejaron de Dios en el error de los hijos de Israel, y siguieron a los ídolos a los que sacrificaron víctimas. Símaco, considerando el orden de la lectura y el sentido, lo interpretó más correctamente, diciendo: Porque los había puesto como guardianes de las puertas de la casa de todo su ministerio y de todo lo que se hace en ella, para que no pertenezca a aquellos que estarán en el templo, sino a aquellos que estuvieron.

(Vers. 17 seqq.) Cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán con vestiduras de lino: no subirá sobre ellos nada de lana cuando ministren en las puertas del atrio interior y en el interior. Tendrán mitras de lino en sus cabezas y calzoncillos de lino en sus lomos, y no se ceñirán con sudor. Y cuando salgan al atrio exterior hacia el pueblo, se quitarán las vestiduras con las que ministraban y las dejarán en las cámaras del santuario, y se vestirán con otras vestiduras, y no santificarán al pueblo con sus vestiduras. No se afeitarán la cabeza, ni dejarán crecer el cabello, sino que recortarán sus cabezas. Y ningún sacerdote beberá vino cuando vaya a entrar al atrio interior.

Primero deben explicarse las palabras de la historia. Entre otras cosas que el Señor ordena a los sacerdotes, también manda que en las mismas puertas del atrio interior se vistan con vestiduras de lino, y que no usen vestiduras de lana tanto en las puertas del atrio interior como en el interior, es decir, en los lugares santos y santísimos: y que las mitras o turbantes de lino estén en sus cabezas, y los calzoncillos de lino en sus lomos. Lo que sigue según los

Setenta: "Y no se ceñirán violentamente", para lo cual Aquila y Símaco tradujeron "en sudor": Teodoción, expresando la misma palabra hebrea, puso en JEZE (): la segunda edición de Aquila, BUSA [Al. BUZA] (: por lo cual significa que no deben ceñirse violentamente, estrechamente y de manera apretada como los prisioneros, para que no se vuelvan incapaces en los ministerios sacerdotales y levíticos, y no puedan sostener y sacrificar las víctimas, ni atraer ni correr. Y porque una vez había ordenado con qué vestiduras debían usar los sacerdotes cuando estuvieran en el interior en los ministerios, nuevamente ordena que al salir se quiten las vestiduras anteriores en las cámaras del santuario y se vistan con otras: para que si tienen vestiduras santas, no santifiquen al pueblo que está afuera, que aún no ha sido santificado, ni se ha preparado para la santificación del templo, para que sea nazareo del Señor. Por lo cual aprendemos que no debemos entrar en los santos de los santos con vestiduras cotidianas y contaminadas por el uso de la vida común, sino con una conciencia limpia y vestiduras limpias para sostener los sacramentos del Señor.

Lo que sigue: "No se afeitarán la cabeza, ni dejarán crecer el cabello, sino que recortarán sus cabezas", se demuestra claramente que no debemos ser como los sacerdotes y adoradores de Isis y Serapis con cabezas afeitadas: ni tampoco dejar crecer el cabello, lo cual es propio de los lujuriosos, bárbaros y soldados; sino que el aspecto honesto de los sacerdotes se demuestre en el rostro. Para lo cual los Setenta dijeron: "No se afeitarán la cabeza, ni cortarán el cabello al ras: sino que cubrirán sus cabezas", según lo cual aprendemos que no se debe hacer calvicie con navaja, ni cortar el cabello al ras para que no parezcamos afeitados, sino dejar el cabello lo suficiente para que la piel esté cubierta. O ciertamente los sacerdotes siempre deben cubrir sus cabezas, según aquello de Virgilio (Eneida, libro III): "Cubre tus cabellos con púrpura, cubierto con un manto". Pero esta es una interpretación forzada. Además, los sacerdotes no solo no beberán vino en el ministerio, sino que ni siquiera cuando vayan a entrar en los santos de los santos, para que la mente no se oprima y el sentido no se vuelva más grueso. Por lo cual también el Apóstol dice: "Es bueno no beber vino, ni comer carne" (Rom. XIV, 21). Y en otro lugar: "Y el vino, en el cual hay disolución" (Efes. V, 18). "Porque el pueblo comió y bebió, y se levantaron para jugar". Lo que concede a Timoteo, que beba un poco de vino, demuestra claramente por qué lo concedió: "por tu estómago y tus frecuentes enfermedades" (I Tim. V). Los sacerdotes egipcios usan vestiduras de lino no solo en el interior, sino también en el exterior. Por otro lado, la religión divina tiene un hábito en el ministerio, otro en el uso y vida común. Los calzoncillos se asumen correctamente para que se conserve la honestidad y el decoro: para que al subir los escalones del altar y correr en el ministerio, no revelen su desnudez. La superstición gentil tiene cabezas afeitadas. En cuanto al vino, hasta donde llega mi conocimiento, no creo que ningún gentil se abstenga de él. Todo esto, lo que indica según el sentido espiritual, las palabras siguientes lo mostrarán.

Que hay vestiduras santas y espirituales, lo enseña también el Apóstol, diciendo: "Vestíos del Señor Jesucristo" (Rom. XIII, 14). Y en otro lugar: "Vestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia" (Col. III, 12). Y nuevamente: "Despojados del viejo hombre con sus obras, y revestidos del nuevo que se renueva en conocimiento, según la imagen del Creador" (I Cor. XV, 54); lo cual creo que también significa: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita", y lo demás. Sobre las vestiduras sacerdotales en Éxodo está escrito más extensamente (Éxodo XXVIII): y nosotros publicamos hace tiempo un libro (Epístola 64, a Fabiola), al cual debe remitirse el lector diligente para su interpretación. Pues no podemos abarcar un tema tan amplio en un breve discurso. Estas vestiduras las confeccionamos con nuestro propio esfuerzo, las cuales están tejidas de arriba, como la túnica

que el Señor tenía que no pudo ser rasgada (Juan XVIII); con las cuales nos vestimos cuando conocemos los secretos y misterios del Señor, y tenemos el espíritu que escudriña incluso las cosas altas y profundas de Dios, que no deben ser mostradas al vulgo, ni presentadas al pueblo, que no está santificado, ni preparado para la santidad del Señor: para que si oyen cosas mayores de lo que pueden soportar, no puedan soportar la majestad del conocimiento, y se ahoguen con alimento sólido, quienes aún deben ser alimentados con la leche de la infancia.

Que hay, por el contrario, vestiduras pésimas, lo enseña la Escritura divina, como aquello que se canta en los Salmos sobre Judas el traidor: "Se vistió de maldición como de vestidura" (Sal. CVIII, 29). Y poco después: "Sea para él como vestidura con la que se cubre, y como cinturón con el que siempre se ciñe". Por lo cual también el Señor que sufrió por nosotros, y llevó nuestros pecados, en Zacarías se dice que tiene vestiduras sucias, de las cuales está escrito: "Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias" (Zac. III, 4): que después se quita, diciendo la Escritura: "Quitadle las vestiduras sucias, y vestidle con una túnica larga", y lo demás. Lo que sigue: "Las mitras o turbantes de lino estarán en sus cabezas", creo que muestra la corona de gracias, de la cual está escrito: "Porque recibirás una corona de gracias en tu cabeza" (Prov. IV, 9).

No nos causará problema lo del cubrirse o descubrirse la cabeza, lo que el Apóstol dice: "La mujer debe tener un velo sobre su cabeza, por causa de los ángeles. Si no se cubre la mujer, que se corte el cabello. Pero si es vergonzoso para una mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra. Porque el hombre no debe cubrirse la cabeza, ya que es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del hombre" (II Cor. XI, 10). Si es de los hombres no cubrirse la cabeza, parece ser contrario, cómo ahora se ordena a los sacerdotes cubrir sus cabezas con mitras o turbantes. Pero si leemos con más atención, lo presente se resolverá por lo anterior. Pues se dice arriba: "Cuando ministran en las puertas del atrio interior y en el interior". Si entramos a los santos y estamos en la presencia del Señor, debemos cubrir nuestras cabezas: Porque no se justificará en la presencia del Señor ningún ser viviente (Sal. CXLII, 2). Y: Desde la infancia el corazón del hombre está inclinado al mal. Por lo tanto, también usamos calzoncillos en el interior, para que no aparezca ninguna impureza de conciencia y obra matrimonial en la presencia de Dios. Con estos calzoncillos el Salvador quiere que los apóstoles se ciñan, diciendo: "Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas en vuestras manos" (Luc. XIII, 35). Y el Apóstol habla a los creyentes: "Estad, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad" (Efes. VI, 1). Y los imitadores de Cristo oyen aquello que está escrito de él: "Será la justicia el cinto de sus lomos, y la verdad el cinturón de sus costados" (Isa. XI, 5). Y con este mismo cinturón, quien es santo y ha ascendido a la cumbre de las virtudes, no se ciñe violentamente: para que no parezca observar el bien de la continencia a la fuerza, y comer el pan con el sudor de su rostro, sino hacer el mandamiento del Señor con voluntad. Por lo tanto, cuando salga afuera y se mezcle con el pueblo, se quita las vestiduras sacerdotales en el tesoro, donde se guardan las riquezas del Señor: y los sacerdotes usan otras vestiduras, y otra doctrina para el vulgo ignoble, para que el pueblo no sea santificado con sus vestiduras. Es grave para la multitud asumir una carga más allá de sus fuerzas, diciendo Salomón: "Es lazo para el hombre apresurarse a consagrar algo de lo suyo: porque cuando hace un voto, le sobreviene el arrepentimiento" (Prov. XX, 25, según los LXX). Por lo tanto, también los nazareos se ofrecen voluntariamente: y cualquiera que haya hecho un voto, y no lo haya cumplido, es culpable de su voto. Por lo cual también se dice de las viudas: "Cuando se entregan a la lujuria, quieren casarse en Cristo: teniendo condenación, porque han hecho nula su primera fe" (I Tim. V, 11, 12). Es mejor no prometer, que prometer y no hacer. Ana ofreció a Samuel, quien permaneció en eterna santidad (I Sam. I). y Manué ofreció a su hijo

Sansón, pero la santificación de sus cabellos fue corrompida por la lujuria de Dalila (Jueces XIII). Por lo tanto, el Señor se apartó de él, y fue condenado a ceguera, salvo que después, al crecerle el cabello, recuperó su fuerza anterior, y en tipo de Cristo mató a muchos más extranjeros muerto que vivo. El Señor quiere que sus sacerdotes tengan cabellos de santificación perpetuos, y que sus cabezas estén cubiertas, no con algún velo externo, sino con su propio y natural cabello, no para adorno y lujo, sino para honestidad. Por lo cual también los cabellos de la cabeza de los apóstoles están contados, diciendo el Salvador: "Pero vuestros cabellos de la cabeza están contados" (Mat. X, 30). De esa cabeza, de la cual está escrito en Eclesiastés: "Los ojos del sabio están en su cabeza" (Ecl. II, 14). Pero la cabeza del hombre es Cristo, que el pecador pisotea y desprecia, y por así decirlo, afeita con navaja, y quita su belleza. Lo que también hicieron los hijos de Amón a aquellos que David envió como embajadores (II Sam. X). Pero si la transgresión de la ley deshonra a Dios, consecuentemente quien guarda los preceptos de la ley, lo honra: para que se cumpla lo que está escrito: "Para que todos honren al Hijo como honran al Padre" (Juan V, 13). Además, lo que sigue: "Para que todo sacerdote cuando vaya a entrar al atrio interior, no beba vino", es evidente que en la embriaguez y el licor se trastorna el estado de la mente: y no pensamos plenamente cuando el ánimo está ocupado por la saciedad del vino. Pero la embriaguez no solo se muestra en la bebida de vino, sino en todas las cosas, en los contratos y negocios del siglo, y en las pérdidas y ganancias, el amor y el odio, el ánimo se embriaga y fluctúa, y no puede mantener su estado. Y porque estamos rodeados de carne frágil, y nos vemos obligados por el sustento y el vestido y las necesidades que pertenecen al cuerpo, a hacer algunas cosas que no debemos hacer, al menos se nos exige esto, que cuando volvamos a nosotros mismos, y sepamos por qué nacimos, y entremos en el interior y los lugares secretos del templo, nos apartemos de los vicios del siglo, y no cometamos ni siquiera los pecados más pequeños. Por lo cual se muestra que pecamos por las necesidades de la carne pecados leves: y nuevamente hay un tiempo cuando entrando al atrio interior, debemos estar libres de toda embriaguez del mundo y de lo ajeno.

(Vers. 22 seqq.) No tomarán por esposas a viudas ni repudiadas, sino a una virgen del linaje de la casa de Israel. Pero también podrán tomar a una viuda que haya sido viuda de un sacerdote: y enseñarán a mi pueblo la diferencia entre lo santo y lo profano, y les mostrarán la diferencia entre lo puro y lo impuro. Y cuando haya controversia, estarán en mis juicios, y juzgarán mis leyes, y guardarán mis preceptos en todas mis solemnidades.

Todo este pasaje contiene preceptos para los sacerdotes, quienes después de muchas cosas que hemos expuesto arriba, se les ordena no tomar por esposas a viudas ni repudiadas. La viuda y repudiada es la sinagoga, es decir, la congregación de los judíos, que no recibió al Señor. Por lo cual se dice correctamente que es repudiada, o viuda la sinagoga. La repudiada es la multitud de los herejes, que salieron de nosotros, porque no eran de nosotros. Pero la virgen, dice, del linaje de la casa de Israel, que ha sido criada en la casa de Dios, en la ley y los profetas, de la cual también el Apóstol habla: "Quiero presentaros a todos como una virgen pura a Cristo" (II Cor. XI, 2). Esta es la virgen de la cual también en otro lugar dice la palabra divina: "Ámala, y te guardará: rodéala, y te exaltará: hónrala, para que te abrace" (Prov. IV, 8). Pero quien sepa cuál es la virgen que debe ser amada, y que guarda a su amante, sabrá quien haya leído aquello: "Esta amé y busqué desde mi juventud, y busqué tomarla por esposa, y fui amante de su belleza" (Sab. VIII, 2). Y nuevamente: "Y el Señor de todos la amó". No solo deben los sacerdotes tomar una virgen, sino también una viuda que haya sido esposa de otro sacerdote; es decir, el conocimiento que otro adorador de Dios haya encontrado. Pues no debemos contentarnos solo con la doctrina nueva, sino también cultivar la antigua, y unirla a nuestra compañía, si ha sido instruida en el culto sagrado. También es

deber del sacerdote enseñar al pueblo la diferencia entre lo santo y lo profano, entre lo puro y lo impuro; para que primero nos refiramos a los dogmas, y luego a las obras que se realizan por la carne. ¿Quién entiende los errores? (Sal. XIX, 12). Y cuando haya controversia sobre cualquier asunto, o como tradujeron los Setenta, de sangre, es decir, lo que concierne a un crimen mortal, los sacerdotes estarán en mis juicios, para que no juzguen según el honor, ni tomen en cuenta la persona del pobre o del rico en el juicio: sino que estén en los juicios de Dios, y recuerden aquel salmo: "Dios está en la congregación de los dioses, en medio de los dioses juzga" (Sal. LXXXII, 1), llamando dioses a quienes tienen el poder de juzgar sobre los hombres: quienes en el juicio con que juzguen, serán juzgados (Mat. VII). "Mis leyes y mis preceptos en todas mis solemnidades guardarán", para que sepan cómo Cristo es nuestro Cordero pascual; cómo debemos cumplir las siete semanas de gozo y alegría, y humillar nuestras almas en ayuno; entender el sonido de las trompetas y las tiendas espirituales, en las cuales decimos: "Soy un extranjero y peregrino como todos mis padres" (Sal. XXXIX, 13). Estas son las verdaderas solemnidades de Dios, que más consecuentemente alguien interpretará al disertar sobre el Pentateuco. La primera virtud del sacerdote es no solo enseñar lo que sabe, sino guardar todas las festividades de Dios, para que pueda mandar a otros guardar lo que él mismo ha observado. También aprendemos en Malaquías que es deber de los sacerdotes tener conocimiento de la ley, quien dice: "Los labios del sacerdote guardarán el conocimiento, y buscarán la ley de su boca: porque es el ángel del Señor de los ejércitos" (Mal. II, 7).

(Vers. 25 y ss.) Y santificarán mis sábados, y no entrarán a un hombre muerto, para no contaminarse (por lo cual los Setenta tradujeron, y sobre el alma del hombre no entrarán, para no contaminarse): salvo por el padre, dice, y la madre, el hijo y la hija, el hermano y la hermana que no tuvo marido, se contaminarán. Y después de haber sido purificado, se le contarán siete días, y en el día de su entrada en el santuario y al atrio interior, para ministrar en el santuario, ofrecerá por su pecado al Señor Dios (o ofrecerá expiación). No tendrán herencia: yo soy su herencia, y no les daréis posesiones en Israel: yo soy su posesión. Aún se ordena a los sacerdotes: en los cuales se debe observar que no dijo absolutamente: y santificarán los sábados; o según Isaías: Mis lunas nuevas y mis sábados aborrece mi alma (Isaías I, 13): sino con distinción, mis sábados. Por eso también está escrito en el Evangelio: Los sacerdotes en el templo violan el sábado, y son sin culpa (Mateo XII, 5): no el sábado de Dios, sino el sábado de la letra, el sábado de los judíos, que correctamente violan quienes son linaje escogido, real, sacerdotal. Por lo demás, entendamos el sábado que ha sido santificado, aquel que también el Apóstol enseña, que ha sido dejado al pueblo de Dios, del cual se dice: Si entrarán en mi descanso (Salmo XCIV, 11): que en hebreo se llama sábado. Santifica, pues, el sábado de Dios, quien no lleva la carga del pecado en sábado, ni dice: Como carga pesada se han agravado sobre mí (Salmo XXXVII, 5). Quien es así, no recoge leña en sábado; ni edifica sobre el fundamento de Jesucristo, madera, heno, paja (I Cor. III): ni enciende fuego que consuma material inútil, y en el día de sábado permanece en un solo lugar: ni sale fuera, sino que, como columna en el templo de Dios, permanece, sobre el cual Juan escribe en el Apocalipsis: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera (Apoc. III, 12). Y lo que sigue: Y no entrarán a un hombre muerto, para no contaminarse: es propio del oficio sacerdotal no tocar cadáveres, para que quien intercede por los pecados de otros, él mismo se acerque puro al altar. De estos muertos también habla el Salvador en el Evangelio: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mateo VIII, 22). Estos se contaminan en el padre muerto, cuando abandonan a su Creador: y en la madre muerta, al apartarse de la Iglesia: también en el hijo y la hija, lo cual se refiere a pensamientos y obras, lo que en griego se dice más significativamente τὰ νοητὰ καὶ αἰσθητά.

También se contamina en el hermano y la hermana, que ha nacido del mismo espíritu, si los considera muertos: siempre que la hermana haya permanecido virgen, y no haya sido manchada por el contacto de ningún hombre. De lo cual entendemos el privilegio virginal, que el contacto de cualquier hombre quita la pureza perfecta, lo cual, si está bien o mal dicho, dejémoslo al juicio del lector. También se prueba el afecto de la naturaleza sobre esto, para que en el orden del amor, según está escrito: Ordenad en mí el amor (Cantar de los Cantares II, 4), después del Creador de todas las cosas, se ame también al padre y la madre de la carne; al hijo y la hija; al hermano y la hermana; siempre que no haya salido de la casa, ni haya pasado al poder de otro. Pero después de que el sacerdote haya sido purificado según el orden de la purificación, que está escrita en la ley mosaica, se le contarán siete días, o el número perfecto de penitencia, o después de la consumación del mundo, cuando pasamos a la verdadera ogdóada, para que entre en el santo de los santos (esto es, el atrio interior) y pueda ministrar en el santuario y siempre ofrecer por el pecado de la conciencia la víctima: y no haya tiempo en que no recuerde haber sido manchado sobre el padre y la madre, el hijo y la hija, el hermano y la hermana. Pues estamos obligados a hacer muchas cosas en las angustias de este siglo, ya sea por la condición de la carne, ya sea por la fragilidad de la naturaleza. Pero quien haya sido tal, para ministrar en el santuario, y entrar en el atrio interior, y ofrecer siempre a Dios sacrificio, de modo que sea verdadero sacerdote, más bien imitador de aquel, de quien está escrito: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4), este no tendrá herencia, sino a Dios que es su herencia: ni tomará posesión en Israel, esto es, entre el vulgo innoble; sino sacerdotal, para que el Señor diga de él: Yo soy su herencia y yo su posesión. A quien cuando lo encuentren, hablarán y dirán: Lo tomaré, y no lo dejaré; y cantarán con el profeta: Mi parte es el Señor (Salmo II, 26).

(Vers. 29, 30.) Comerán la víctima por el pecado y por la culpa (o por la ignorancia), y todo voto (o separación) en Israel será de ellos. Y las primicias de todos los primogénitos, y todas las ofrendas de todo lo que se ofrezca, serán de los sacerdotes, y daréis las primicias de vuestros alimentos al sacerdote, para que ponga bendición sobre su casa (o para que ponga bendiciones sobre vuestras casas). Por la víctima y el sacrificio, que en hebreo se dice MANAA (), Aquila y Símaco lo interpretaron como don. Nuevamente, por el voto que los Setenta tradujeron como ἀφόρισμα, esto es, separación, Aquila, Símaco y Teodoción lo interpretaron como ἀνάθημα, que en hebreo se dice HEREM (). Y se debe considerar que todo lo que ahora el Señor habla por el profeta, ya lo había dicho antes por Moisés. Y se debe preguntar por qué repite lo que ya se ha dicho: Para que lo que está en las mentes de los hombres, ya sea por negligencia de lectura, ya sea por desprecio y olvido de la escucha, se renueve con voz viva, que no está escrita con pluma y tinta, sino con el espíritu y la palabra de Dios. Por eso el Salvador no dejó ningún volumen propio de doctrina, lo que en muchos apócrifos inventan delirios: sino que habla diariamente con el Espíritu del Padre y el suyo en el corazón de los creyentes. Y esta será la respuesta contra aquellos que calumnian a los profetas, por qué repiten en sus volúmenes lo que está contenido en el Pentateuco. Por lo tanto, coman los sacerdotes la víctima, y por el pecado, y por la culpa, o ignorancia, de los cuales está escrito: Comerán los pecados de mi pueblo (Oseas IV, 8). Y no se debe tanto alegrarse por la ofrenda de dones, como temer por la condenación del honor, si se abusa de él indignamente. Las primicias según la letra son de los seres animados e inanimados que nacen primero, y lo que primero produce la tierra. También se ofrecen las primicias de nuestros alimentos a los sacerdotes, para que no probemos nada de las nuevas cosechas, a menos que el sacerdote lo haya probado antes. Esto lo hacemos, para que el sacerdote ponga bendición, y nuestra ofrenda en su casa: o para que a su imprecación el Señor bendiga nuestras casas. Gran dignidad de los sacerdotes: pero gran ruina de ellos si pecan. Alegrémonos por el ascenso, pero temamos por la caída. No es tanto gozo haber alcanzado lo alto, como tristeza haber

caído desde lo más alto. Pues no solo daremos cuenta por nuestros delitos: sino por todos aquellos cuyos dones abusamos, y no estamos en absoluto preocupados por su salvación.

(Vers. 31.) No comerán los sacerdotes ningún cadáver ni lo capturado por bestia de las aves, ni de los ganados. Y según la letra, a todo linaje escogido, real y sacerdotal, que propiamente se refiere a los cristianos, que han sido ungidos con el óleo espiritual, de lo cual está escrito: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8), estas preceptos convienen, para que no coma cadáver ni de aves ni de ganados, cuya sangre no ha sido derramada, lo que en los Hechos de los Apóstoles se llama ahogado; y que necesariamente se debe observar, la carta de los apóstoles de Jerusalén advierte (Hechos XV): y lo capturado por bestia; porque también este de manera similar está ahogado: y condena a los sacerdotes, que en tordos, higos, lirones, y otras cosas de este tipo, no guardan esto por avidez de gula. Pero podemos según la anagogía decir cadáver, en el cual la sangre del alma está muerta, e imita a Nabal el Carmelo, que se interpreta como necio: y al oír la ira de David tembló de miedo, y su corazón murió en él (I Reyes XXV). Capturado por bestias, de las cuales para que no sea desgarrado por sus mordeduras, el profeta suspira, diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Salmo LXXIII, 19), se debe decir aquel que es devorado por las mordeduras del león adversario y del leopardo que no cambia su mancha, y de la osa que se enfurece cuando le arrebatan los cachorros, y de los lobos de Arabia, y de las demás bestias, que tomamos en la variedad de los demonios. Decimos que son aquellas aves, que ponen su boca en el cielo, y aquellos ganados, que inclinados hacia la tierra, sirven solo al vientre, y a lo que está debajo del vientre.

(Cap. XLV.---Vers. 1 y ss.) Cuando comencéis a dividir la tierra en posesión, separad las primicias al Señor, santificadas de la tierra de longitud de veinticinco mil: y de anchura de diez mil: será santificado en todo su término alrededor. Y será de esto santificado, quinientos por quinientos en cuatro partes alrededor, y cincuenta codos de suburbios alrededor. Y de esta medida medirás la longitud de veinticinco mil, y la anchura de diez mil, y en él estará el templo (o santificación) y el santo de los santos. Será santificado de la tierra para los sacerdotes ministros del santuario, que se acercan al ministerio del Señor, y será para ellos lugar para casas, y en el santuario de santidad. Veinticinco mil de longitud, y diez mil de anchura. Pero los levitas que ministran en la casa: ellos poseerán veinte almacenes (por los cuales los Setenta tradujeron: ellos tendrán la ciudad para habitar). Y daréis la posesión de la ciudad de cinco mil de anchura, y de longitud de veinticinco mil, según la separación del santuario para toda la casa de Israel. También al príncipe de aquí y de allá de la separación (o primicias) del santuario en posesión de la ciudad frente a la separación del santuario, y frente a la posesión de la ciudad desde el lado del mar hasta el mar, y desde el lado del oriente hasta el oriente, pero de longitud según cada parte desde el término occidental hasta el término oriental, será para él posesión en Israel: y no se unirán (o devastarán) más los príncipes a mi pueblo: y darán la tierra a la casa de Israel según sus tribus. Después de las ceremonias de los sacerdotes, su culto y alimento, lo que deben tomar, lo que deben evitar: ahora hace la descripción de la tierra santa, y antes de dividirla toda en tribus, ordena elegir de todas las tribus un lugar, que en longitud tenga veinticinco mil, y en anchura diez mil. Y como no se ha puesto codos ni pies ni codos, se da a entender que significa el caña que estaba en la mano del hombre, y tenía la medida de seis codos, y la sexta parte de un codo, es decir, παλαιστήν. El lector diligente calcule cuántas cañas hacen mil pasos, y cuántos miles en longitud y anchura. Después de esta descripción, nuevamente ordena que de la tierra santificada, que ha sido elegida de todas las tribus de Israel, es decir, de veinticinco mil cañas en longitud, y diez mil en anchura, se elija para edificar el santuario, es decir, el templo del Señor, otra tierra interior de quinientas cañas alrededor, es decir, de dos mil. Y para que quizás no se unieran otras

edificaciones al templo, ordena que cincuenta codos alrededor sean tierra vacía en suburbios: o como Símaco y Teodoción y los Setenta tradujeron, en término, y separación y espacio. Terminada esta descripción, se ordena otra medida de santificación separada, para que de veinticinco mil cañas en longitud, y diez mil en anchura, después de la medida anterior, se mida otra tierra, en la cual no esté el templo, es decir, el santo, sino el santo y el santo de los santos, y habiten en ella los sacerdotes, que se acercan al ministerio del Señor. Habiten, sin embargo, en ese tiempo, cuando ejercen el oficio sacerdotal, y sea esa, como dijimos, la posesión de veinticinco mil cañas en longitud, y diez mil en anchura. Pero los levitas, que sirven a los sacerdotes, y tienen sus propios ministerios, recibirán un lugar para edificar veinte almacenes; según Aquila, exedras; según Símaco, thalamos; según Teodoción, gazeras, o como los Setenta tradujeron, ciudad. Por lo cual entendemos, que un lugar separado para la habitación de los levitas, se llama con el nombre de ciudad, que lugar tenga cinco mil cañas en anchura, y veinticinco mil en longitud. Todo esto, es decir, el santuario, y otro santuario, y el santo de los santos, y las habitaciones de los sacerdotes, y la casa de los levitas, que sirven a los sacerdotes, se llaman lugar separado y consagrado para el ministerio, y en santificación para la casa de Israel. Después de la descripción cuádruple de la tierra santa, se pone la quinta división. El príncipe, o líder del pueblo, tome de aquí y de allá, es decir, de cada lado del santuario en su posesión, y esté en la ciudad: y su posesión mire al lugar separado del templo, y a la cara de la ciudad: y esté desde el lado del mar, es decir, desde el occidente, hasta el otro lado del mar, teniendo la anchura que el profeta describe más abajo en la descripción de las tribus individuales. De hecho, sigue: En longitud, sin embargo, según cada parte, que cada tribu toma, desde el término occidental, es decir, del mar, hasta el término oriental, que donde termina, lo conoceremos en la descripción de las tribus. Y esta será la posesión del líder, o príncipe en la tierra de Israel. Estas cosas se han dicho por ahora, para que se conozca el simple discurso de la historia. Sin embargo, si quisiéramos comparar lo espiritual con lo espiritual, y según algunos intérpretes ascender a cosas más altas, que afirman que las presentes son figura de las futuras, y que todo lo que se dice pertenece a la Jerusalén celestial, que es madre de todos nosotros, y a la Iglesia de los primogénitos, no sería difícil decir lo que ha sido dicho por otros: pero tememos que el lector prudente no acepte tal exposición. Por lo cual, todo debe referirse al tiempo presente, y a la Iglesia que ahora trabaja en el mundo, y se apresura hacia las cosas celestiales, para que de todo el mundo se elijan unos para la posesión de Dios, que posean el santo; otros, que hayan progresado a mayores, tengan el santo de los santos. También en los ministros hay un orden diverso de sacerdotes y levitas, de los cuales unos ofrecen diariamente sacrificios a Dios con sus oraciones y virtudes; otros están en el segundo, y menor grado, para que les sirvan, y por medio de ellos que han ascendido a la cumbre de las virtudes, y al final haya un líder o príncipe, que pueda tanto, que contra una tribu tome posesión; y el mérito de uno compense los méritos de muchos, y primero mientras está en el mundo, posea la anchura de mar a mar; luego desde el occidente, o desde el mar hasta el oriente, para que dejando las cosas presentes, se apresure hacia las futuras, y tenga su posesión segura, y no deseen los príncipes cosas ajenas, y cada tribu tenga su parte: lo cual puede referirse propiamente a los obispos y presbíteros, a quienes se les dice, que no devasten ni saqueen más al pueblo de Dios, ni posean la tierra de Israel como herencia: sino que cada uno tenga su posesión que le ha sido asignada a su grado. Los veinticinco mil se refieren a los sentidos, que se han puesto cuatro veces. Pero los diez mil a la ciencia perfecta, para que en uno se mantenga solo la historia simple, en el otro también se discuta sobre la teología, y las virtudes superiores: porque el número diez es perfecto. También se debe considerar, que los sacerdotes, que están constituidos en un grado mayor, posean veinticinco mil en longitud, y diez mil en anchura. Pero los levitas, es decir, el grado inferior, tengan el mismo número en longitud, es decir, veinticinco mil: pero su anchura termine en el número cinco. Por lo cual también tienen solo veinte almacenes: en cuyo número se ofrecen los dones de Esaú. Pero el

príncipe que es verdaderamente príncipe en el pueblo, y merece recibir el nombre de líder, toma de aquí y de allá la posesión del santuario: de todos aquellos que le están sujetos voluntariamente, y es habitante de la ciudad, y hace de la salvación de muchos su recompensa. En el primer templo que se llama santuario, se describen quinientos por cada lado cañas: y nuevamente cincuenta codos, por los cuales se separa toda la posesión de los sacerdotes. Pero en el segundo santuario, donde están los santos de los santos, no se describe la anchura del templo y el espacio, sino que es un número incierto. Lo cual también encontramos en la posesión del príncipe, que sin ningún número tiene posesión en el pueblo de Israel, mientras el progreso de todos redunda en el príncipe: y la salvación de los discípulos, es la recompensa de los maestros.

(Vers. 9.) Así dice el Señor Dios: Basta ya, príncipes de Israel: dejad la iniquidad y el saqueo, haced juicio y justicia, y separad vuestros límites de mi pueblo, dice el Señor Dios. Por saqueos, los LXX tradujeron miseria; por límites, opresión. El sentido es: Porque habéis recibido vuestra parte, oh príncipes, como dice la Escritura: Al príncipe también le daréis posesión de la ciudad a ambos lados del santuario; y tal es vuestro poder, que vuestra posesión ha tomado parte de una tribu: por eso os mando y os recuerdo que basta ya de hacer iniquidad y saqueos, mientras invadís y despojáis lo ajeno. Y porque está escrito: Deja el mal y haz el bien; al contrario, haced juicio y justicia (Sal. XXXVI, 27), juzgando al huérfano y justificando a la viuda: separad vuestros límites de mi pueblo, para que no trasladéis los términos. Y porque la misma vecindad daña al más humilde, que no puede soportar la altivez del más grande y poderoso, por eso se dice a través de Isaías: ¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo hasta el límite del lugar! Esto se dijo entonces al pueblo de aquel tiempo. Sin embargo, también puede aplicarse a nuestros príncipes, que al modo de Faraón y de los egipcios oprimen a los hijos de Israel con poder, y no recuerdan lo que está escrito: Te han constituido jefe, no te ensalces: sino sé entre ellos como uno de ellos (Eclo. XXXII, 1). Y aquello que en el Evangelio según Lucas el Señor dice: Pero si aquel siervo dice en su corazón, mi señor tarda en venir, y comienza a golpear a los siervos y a las siervas, a comer y a beber, y a embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo dividirá, y pondrá su parte con los infieles (Luc. XII, 45, 46). También instruye a sus discípulos en el Evangelio según Mateo con estos preceptos: Sabéis que los príncipes de las naciones se enseñorean de ellas; y los que son grandes ejercen autoridad sobre ellas. No será así entre vosotros: sino que el que quiera ser el primero, sea el siervo de todos. El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mat. XX, 25). Hay muchas cosas si quisiera revisar las Sagradas Escrituras, donde se reprime la soberbia de los mayores, y todos son llamados a la humildad por el Señor que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29).

LIBRO DECIMOCUARTO.

Lo que debía decir al principio del templo de Ezequiel, ahora lo diré en desorden al final, recordando aquel verso (Virgilio, libro VI de la Eneida): Aquí está el trabajo de la casa, y el error inextricable.

Sobre lo cual en otro lugar el mismo poeta canta (Eneida V): Como una vez se dice que el laberinto en la alta Creta: Un camino tejido con paredes ciegas, y un engaño con mil caminos, donde las señales de seguir engañaban al que no podía ser atrapado, y el error irremediable.

Así también yo, habiendo entrado en este océano de las Escrituras y en el laberinto de los misterios de Dios, por así decirlo, sobre el cual está escrito: Puso las tinieblas como su

escondite; Y: Nubes alrededor de él (Sal. XVII, 12): no me atrevo a reclamar para mí el conocimiento perfecto de la verdad, sino que he proporcionado algunas indicaciones de doctrina a los que desean saber, no por mis propias fuerzas, sino por la misericordia de Cristo, quien resuelve para nosotros los engaños y los rodeos ocultos, guiando nuestros pasos ciegos con el Espíritu Santo; a quien siguiendo, podremos llegar al puerto de las explicaciones del profeta Ezequiel, en el que el último, es decir, el decimocuarto libro está. Si, orando tú, virgen de Cristo Eustoquio, lo llevo hasta el final, y el Señor concede el tiempo de esta vida, pasaré a Jeremías, que es el único profeta que nos queda; cuya interpretación será, en efecto, de mi trabajo y de tus oraciones, pero propiamente de la clemencia de Cristo.

(Cap. XLV.---.Vers. 10, seqq.) «Tendréis una balanza justa, un efa justo y un bato justo. El efa y el bato serán iguales, y de una misma medida, para que el bato contenga la décima parte de un cor, y la décima parte de un cor, el efa: según la medida del cor será su justa proporción. El siclo tendrá veinte óbolos. Además, veinte siclos, y veinticinco siclos, y quince siclos harán una mina.» LXX: Tendréis una balanza justa, y una medida justa, y un cóneco justo para la medida, y un cóneco igualmente uno para recibir. La décima parte de un gomer, un cóneco, y la décima parte de un gomer, un efa. El gomer será igual en peso a veinte óbolos. Veinte siclos: veinticinco siclos, y quince siclos serán una mina para vosotros.» Este lugar según los LXX no concuerda, y no puede entenderse en absoluto, ya que no solo cambiaron los números de las medidas, sino también los nombres. Por efa interpretaron medida, un nombre general por uno específico, y por bato cóneco: por el homer hebreo, que en griego se dice kóros, tradujeron gomer: y nuevamente por bato cóneco. Digamos entonces según el hebreo y la letra, y lo que nos parece, expliquemos más claramente en cada uno. La balanza que en hebreo se dice MOZENE (), se entiende en lo que se pesa. Efa, que en griego se dice corruptamente Éfi, se refiere a la medida de varios granos, por ejemplo, trigo, cebada, legumbres. Además, el bato, que en hebreo se dice BATH (), es la misma medida que el efa, y solo en especies líquidas, vino y aceite, y cosas de este tipo. El cor tiene treinta modios, y en ambas medidas, es decir, tanto en las secas como en las líquidas, tiene el principio. La décima parte del cor en lo que se mide con modio, se llama efa, es decir, tres modios: y la décima parte del cor en especies líquidas, se llama Bato o Vado: para que la misma medida sea efa y bato. Además, el siclo, que en griego se dice statér, tiene veinte óbolos. La mina, que se llama mna, tiene sesenta siclos: que hacen mil doscientos óbolos. Lo que se dice, veinte siclos, y veinticinco siclos, y quince siclos hacen una mina, no debe turbar al lector. Por eso se pone la dificultad en los números, para hacer atento el ánimo del oyente. Por eso se dicen muchas cosas en parábolas y enigmas, para que quien tenga oídos para oír, oiga (Luc. VIII). Y toda profecía contiene la verdad en oscuridad, para que los discípulos escuchen dentro: el vulgo innoble, y puesto fuera, no sepa lo que se dice. La Escritura divina, por tanto, ordena que sean justos los pesos, diciendo: No habrá en tu bolsa medida grande y pequeña: la balanza será verdadera y justa para vosotros, y la medida será verdadera y justa para vosotros (Lev. XIX, 36). Y en los Proverbios se dice: La balanza grande y pequeña, ambas son abominables ante Dios (Prov. XI, 1). Lo cual no solo debe observarse en los comercios y en el uso cotidiano de la vida, sino que en todo debe guardarse la justicia, diciendo la Escritura: Con tus palabras harás balanza, y peso (Eclo. XXVIII, 23), para que tanto en palabras, como en obra, y pensamientos, hagamos todo con peso y razón. Además, leemos en otro lugar que el óbolo, es decir, la vigésima parte del siclo, o del statér, es la porción más pequeña: De aquel que es fiel, todo el mundo de riquezas: pero de aquel que es infiel, ni siquiera un óbolo (Prov. XVII, 6 según LXX). Como si dijera con otras palabras: El infiel no posee nada en el mundo: sino que incluso de la porción más pequeña carece. De lo cual se dice con otras palabras en el Evangelio: No saldrá de allí, hasta que pague el último cuadrante (Mat. V, 26), es decir, incluso la última moneda y la más

pequeña. Leemos que se entregaron diez minas a cada siervo para negociar (Luc. XIX): y en otra parábola se dividieron talentos entre los siervos: y el deudor de quinientos denarios, y cincuenta (Mat. XXV): y los obreros de la viña que reciben cada uno un denario (Luc. VII): y la mujer viuda, que había perdido una dracma, y apenas la encontró encendiendo la lámpara (Mat. XX, Luc. XV). Todo lo cual no es el momento de discutir qué sentido tienen.

(Vers. 13, 14). «Y estas son las primicias que tomaréis: la sexta parte de un efa de un cor de trigo, y la sexta parte de un efa de un cor de cebada. La medida también del aceite: un bato de aceite, es la décima parte de un cor: y diez batos hacen un cor: porque diez batos llenan un cor.» LXX: Y estas son las primicias que separaréis. La sexta parte de una medida de un gomer de trigo, y la sexta parte de un efa de un cor de cebada, y el precepto del aceite una cotila, es decir, un cyathus, de aceite diez cotilas, porque diez cotilas son un gomer.» Y aquí, al cambiar los nombres de las medidas en la edición de los LXX, todo está confuso, de modo que no se puede entender lo que se dice. Porque los que antes por efa, dijeron medida, y por bato, cóneco, y por cor, gomer, por siclo, peso, y aquí por efa pusieron medida: por cor, ahora gomer: ahora el mismo cor: y en la medida del aceite por bato cotila, es decir, cyathus. Digamos, por tanto, primero según la letra, la décima parte de todos los frutos, el pueblo debía a la tribu levítica según la ley. Nuevamente de esas décimas, los levitas, es decir, el grado inferior de los ministros, daban décimas a los sacerdotes: y esta es la que se llama segunda décima. También había otras décimas, que cada uno del pueblo de Israel separaba en sus graneros, para comerlas cuando iba al templo en la ciudad de Jerusalén, y en el atrio del templo, e invitaban a los sacerdotes y levitas a los banquetes. También había otras décimas, que guardaban para los pobres, que en griego se llaman décimas de los pobres. Pero las primicias que ofrecían de los frutos, no estaban definidas por un número específico, sino que se dejaban al arbitrio de los oferentes. Y hemos recibido la tradición de los hebreos no ordenada por la ley, sino inculcada por el arbitrio de los maestros: quien más, daba la cuadragésima parte a los sacerdotes: quien menos, la sexagésima: entre la cuadragésima y la sexagésima se permitía ofrecer lo que quisieran. Lo que, por tanto, en el Pentateuco se dejó en duda, aquí se define especialmente por la avaricia de los sacerdotes, para que no exijan más al pueblo en la entrega de primicias, es decir, que ofrezcan la sexagésima parte de lo que produce la tierra. Porque si el cor, que en hebreo se llama HOMER (), y los LXX dicen gomer, tiene treinta modios, tanto en especies secas como en líquidas: el efa también y el bato según lo que dijimos antes, es la décima parte del cor, y se ordena que se dé la sexta parte tanto del efa como del bato a los sacerdotes en la entrega de primicias, que de tres modios hace medio modio, se calcula claramente que los sacerdotes deben recibir la sexagésima parte de las primicias. Esto por ahora según la letra, y según la verdad y el sentido hebreo, basta con haberlo sentido y oído. Ahora volvamos a la inteligencia espiritual, en la cual primero se debe preguntar cómo se dice: Honra al Señor con tus justos trabajos, y dale de los frutos de tu justicia: para que se llenen tus graneros de trigo, y tus lagares rebosen de vino (Prov. III, 9); para que después de haber ofrecido las primicias de tus trabajos y virtudes, y haber dicho: He aquí ahora yo he traído a ti las primicias de los frutos de la tierra, que me diste, Señor: merezcas oír: Bendito tú en la ciudad, y bendito tú en el campo: benditos los hijos de tu vientre, y los frutos de tu tierra, y los frutos de tus animales (Deut. XXVIII, 3), y demás, y poseas, según el Apóstol (Efes. I), toda bendición espiritual en los celestiales en Cristo: mientras todo lo que tienes, no lo consideras de tu propia virtud, sino de su misericordia, que dio los frutos. Y si tenemos tanto conocimiento de las Escrituras, que desvelemos los misterios y enseñemos a los hombres, es decir, al animal racional, damos las primicias de nuestro trigo. Si después de la anagogía, seguimos solo la historia pura, que puede nutrir a los simples, según lo que está escrito: Salvarás, Señor, a hombres y bestias (Sal. XXXV, 7), damos las primicias de nuestra cebada, que sembró Isaac, pero en tierra de extranjeros, y le

brotó ciento por uno (Gen. XXVI). Quien da las primicias de la cebada, puede decir: El Señor me apacienta, y nada me faltará, en lugar de pastos allí me colocó: sobre aguas de reposo me condujo (Sal. XXII, 1, 2). Pero quien apacienta a los animales racionales, cambia la sentencia, y dice: Preparaste en mi presencia una mesa contra los que me afligen. Y después de haber ofrecido las primicias del aceite y del vino, añade y dice: Ungiste con aceite mi cabeza, y tu copa embriagante cuán gloriosa es, con aquel aceite que sin hez, purísimo, se prepara para la lámpara del Señor. Quien lo prepara, su rostro se alegra en el aceite; aceite de alegría, con el cual fue ungido Cristo más que sus compañeros; y hecho oliva, con el profeta cantará; Pero yo como oliva fructífera en la casa de Dios (Sal. LI, 10). Y con aquel vino, que de la verdadera vid rebosa en los lagares del Salvador, diciendo el Señor: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador (Juan XV, 5). De estos lagares leemos tres salmos, el octavo, el ochenta y el ochenta y tres, que todos se refieren a los sacramentos de la Iglesia. Y en la antigua ley, las primicias no tenían medida ni número: porque Dios no daba el espíritu con medida. En la segunda edificación del templo que contiene la profecía de Ezequiel, hay una medida cierta, es decir, el número sexagenario, con el cual se completa el mundo, para que se nos diga: Con la medida con que midáis, se os medirá (Mat. VII, 2).

(Vers. 15 seqq.) Y un carnero de cada doscientos del rebaño, de los que alimenta Israel en sacrificio, y en holocausto, y en pacíficos, para expiar por ellos, dice el Señor Dios: Todo el pueblo de la tierra estará obligado a estas primicias al príncipe en Israel. Y sobre el príncipe estarán los holocaustos, y el sacrificio, y las libaciones en las solemnidades, y en las calendas, y en los sábados, y en todas las solemnidades de la casa de Israel. Él hará por el pecado sacrificio, y holocausto, y pacíficos, para expiar por la casa de Israel. Antes dijo qué parte de lo que se pesa, y también de las medidas tanto de especies secas como líquidas, debe ofrecerse al príncipe: ahora sigue el mismo orden de primicias en los animales: para que se ordene ofrecer uno de cada doscientos carneros que alimenta Israel, en sacrificio y en holocausto, y en pacíficos, para expiar por el pueblo de Israel, dice el Señor Dios. Lo que nosotros hemos interpretado, de los que alimenta Israel, en hebreo está escrito MEMMASCE (), que Aquila y Símaco interpretan, de las aguas, los Setenta y Teodoción, de los abrevaderos: de los cuales uno suena de los regadíos, otro de los canales o estanques: para que las primicias del príncipe no se alimenten en otro lugar que no sea en los regadíos. Y como leímos antes que la sexagésima parte debe ofrecerse al príncipe de lo que se pesa y lo que está sujeto a medida: así ahora se ordena ofrecer la ducentésima parte de los animales, y que todo el pueblo esté sujeto a este tipo de preceptos de la ley, para que ofrezca al duque o príncipe, para que por él se ofrezcan holocaustos, y sacrificios, y libaciones en cada solemnidad por el pueblo, y se expíe la casa de Dios. De lo cual se debe advertir, que así como el pueblo es deudor de ofrecer primicias al príncipe: así el príncipe es deudor de ofrecer por el pueblo las víctimas, a quien según la tropología no podemos entender a otro, sino al Señor Salvador. Este es quien de doscientos animales recibe el carnero, o como el hebreo lo demuestra más significativamente, βόσκημα, que puede referirse a todos los animales, y no propiamente al carnero, y recibe el animal o carnero, que ha sido alimentado en lugares regados, de las santas Escrituras, y puede decir: El Señor me apacienta, y nada me faltará: en lugar de pastos allí me colocó, sobre aguas de reposo me condujo (Sal. XXII, 1, 2). Estos eran los regadíos, o más bien estos canales, a los que también Jacob llevaba sus rebaños, para que bebieran y concibieran en ellos, y según el color de las varas, dieran a luz para el Señor (Gén. XXX). Por sacrificio, esto es θυσία, Aquila y Símaco interpretan don, que en hebreo se dice MANAA (), y propiamente no se refiere a la víctima, sino a lo que se ofrece en sacrificio de sémola, y harina y aceite. El holocausto es lo que se ofrece todo a Dios, y se consume en el fuego sagrado. Los pacíficos, cuando nos reconciliamos con Dios; y por nosotros el Apóstol habla: Rogamos por Cristo, reconciliaos con Dios (II Cor. V, 20). Y en otro lugar: Dios

estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (Ibid., 19). Este príncipe, a quien se ofrecen primicias de los animales, él mismo es también rey: como se demuestra en el título de la cruz en letras hebreas, griegas y latinas. Y a los judíos que se esforzaban por que se quitara el título triunfal, la multitud de gentiles en Pilato respondió: Lo que he escrito, he escrito (Juan X, 22). Bajo el príncipe, dice, estarán. Hermosamente se recuerda la dignidad sacerdotal, a quien está sujeta en el oficio; para que sepa que debe ofrecer sacrificio, y libaciones que se ofrecen de vino [o tierra], por el pueblo en todas las solemnidades: tanto en las calendas, es decir, en las neomenias, como en los sábados: cuando todo está cubierto de tinieblas, es el comienzo de la luz lunar: y en el descanso de los sábados: para que haga por el pecado, para expiar por la casa de Israel, que es la Iglesia del Dios viviente, columna, y fundamento de la verdad. Esta es la casa del Dios viviente, y la casa de Israel, que necesita expiación de sus pecados.

(Vers. 18 seqq.) Así dice el Señor Dios: En el primer mes, el primer día del mes tomarás un becerro del rebaño sin defecto y expiarás el santuario. Y el sacerdote tomará de la sangre que será para el pecado y la pondrá en los postes de la casa, en las cuatro esquinas del zócalo del altar y en los postes de la puerta del atrio interior. Así harás el séptimo día del mes por cada uno que haya ignorado y haya sido engañado por error, y expiarás por la casa. En el primer mes, el día catorce del mes, será para vosotros la solemnidad de la Pascua: durante siete días comerán panes ázimos. Y el príncipe hará en ese día por sí mismo y por todo el pueblo de la tierra un becerro por el pecado. Y en la solemnidad de los siete días hará holocausto al Señor: siete becerros y siete carneros sin defecto cada día durante siete días, y por el pecado un macho cabrío cada día. Y hará ofrenda de un efa por becerro y un efa por carnero, y un hin de aceite por cada efa. En el séptimo mes, el día quince del mes en la solemnidad, hará como se ha dicho antes durante siete días: tanto por el pecado como por el holocausto, y en la ofrenda y en el aceite. He puesto todo el capítulo para que no se perturbe el ánimo del lector al dividirlo en partes. Y primero se debe hablar de la variedad de interpretaciones. Donde nosotros hemos interpretado, en las cuatro esquinas del zócalo del altar. Los LXX tradujeron, y sobre las cuatro esquinas del templo, y sobre el altar. Y donde nosotros dijimos, por cada uno que ignoró y fue engañado por error: ellos pusieron, por el ignorante y por el pequeño. También donde nosotros dijimos, y hará ofrenda de un efa por becerro y un efa por carnero: y un hin de aceite por cada efa: su edición dice: y ofrenda y cocción darás al becerro y cocción al carnero, y un hin de aceite para la cocción. En el último versículo, donde nosotros dijimos: en la ofrenda y en el aceite: ellos dijeron, como en el maná, como en el aceite: En el primer mes, dice, y el primer día del mes (sin duda, significa Nisán) tomarás un becerro del rebaño: no uno criado en casa, sino uno del rebaño, es decir, del grupo y número de muchos. También el séptimo día del mismo mes: estas dos solemnidades, es decir, el primer día del primer mes y el séptimo de este, no se encuentran en la ley mosaica. Sin embargo, el día catorce del mes, cuando se celebra la Pascua, Moisés ordenó observarlo, cuando durante siete días comemos panes ázimos. La cuarta solemnidad, de la que dice: en el séptimo mes, el día quince del mes en la solemnidad (Éxodo XII), y lo demás, me parece que significa la fiesta de los tabernáculos, que aquí se menciona sin nombre. Corramos, pues, a cada uno de estos puntos y discutamos brevemente lo que nos parece. Que hay solemnidades espirituales, también lo enseña el Apóstol: No permitáis, pues, que nadie os juzgue en comida o bebida, o en parte de solemnidad, o de novilunio, o de sábados, que son sombra de lo que ha de venir (Colosenses II, 16). Y así habla Dios por medio de Isaías: No soporto vuestras lunas nuevas, ni vuestros sábados, ni el día grande: mi alma odia vuestro ayuno, vuestras fiestas, vuestras lunas nuevas y vuestras solemnidades (Isaías I, 13). Es evidente que quien odia las solemnidades de los judíos, ama las suyas, a saber, el sábado que queda para el pueblo de Dios: para que veamos

lo que Dios nos ha dado y hablemos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con la doctrina del espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual. En el presente siglo, que está puesto en el mal, no podemos ver días buenos, sino en el nuevo: de los cuales el Espíritu Santo canta en el cántico de Moisés: Recuerda los días de la antigüedad: comprende los años de generación en generación (Deuteronomio XXXII, 7). De los cuales también hablaba el Santo en el salmo: Meditaba de noche en mi corazón (Salmo LXXVI, 7). Y de nuevo: Y tuve en mente los años eternos, y medité (Ibid., 6). Quien no acepta esta interpretación, que responda cómo puede explicar lo que Isaías profetiza sobre el futuro y el nuevo siglo: De mes en mes, y de sábado en sábado: y vendrá toda carne a adorar al Señor (Isaías LXVI, 23): cuando los verdaderos adoradores no adorarán en el monte Garizim, ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad (Juan IV); cuando habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, y toda criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, en la libertad de los hijos de Dios, y el sol recibirá siete veces más luz, y la luna será comparada al sol (Romanos VIII, Isaías LXV). Nos hemos acercado al monte Sion, que se interpreta como atalaya, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a miles de ángeles en solemnidades. De esta solemnidad también habla otro profeta: ¿Qué haréis en los días de la congregación, y en los días de la solemnidad del Señor? (Oseas IX, 5). Esto es lo que se dice en otro lugar: Celebra, Judá, tus festividades: cumple tus votos (Números I, 15). Si, pues, hemos aprendido las solemnidades espirituales, consecuentemente seremos enseñados también sobre las víctimas espirituales. Se toma un becerro del rebaño, o toro, como lo interpretó Símaco, libre y no sometido a yugo alguno, es decir, sin la carga de los pecados, e inmaculado: quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca, becerro joven, levantando cuernos y pezuñas: para que en él se purifique y se expíe el santuario. Y tomará, dice, el sacerdote de su sangre que será para el pecado de todos: que con otras palabras se llama cordero en el Éxodo y en el Evangelio, cuando Juan el Bautista dice: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). La sangre misma es preciosa en la que somos redimidos en la pasión del Señor Salvador; con cuya carne nos alimentamos y con cuya sangre nos saciamos; con la que se tocan las cuatro esquinas del zócalo del altar, que Teodoción puso la misma palabra hebrea, AZARA (), o del templo, como lo tradujeron los LXX: para que se santifique la casa y el altar. Todos los elementos del mundo son santificados con esta sangre: para que cuando alguien haya sido expiado y purificado, entre por la puerta del atrio interior, y pueda conocer los misterios del Señor, y consecuentemente llegar al séptimo día del primer mes, y alcanzar el descanso, y ofrecer sacrificio al Señor tanto por la ignorancia, de la que David habla: No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ignorancias (Salmo XXIV, 7), como por el pequeño, que cuando llegue a la medida del hombre perfecto, destruirá lo que es del niño, y hablará confiadamente: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño (II Corintios XIII, 11). O por aquel que fue engañado por error, y no tanto por voluntad, como por la opinión del bien pecó. Completadas las dos solemnidades del primer mes, es decir, el primer día y el séptimo de este, llega al día catorce del mes, en el que es la solemnidad de la Pascua: de la que está escrito: Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ha sido sacrificada (I Corintios V, 7). Entonces comemos durante siete días panes ázimos en descanso y seguridad de todas las cosas, cuando destruyendo el fermento de malicia y maldad, comemos los panes ázimos de sinceridad y verdad, nuestro príncipe ofreciendo todo esto por nosotros, y primero por sí mismo. Pues asumió cuerpo humano, y por el pecado destruyó el pecado, quien por nosotros sufre, y lleva nuestras enfermedades: luego por su casa, lo que está escrito en los LXX; pero no se encuentra en hebreo, es decir, por la Iglesia, y por todo el pueblo de la tierra, es decir, por todo el género humano. Pues es el Salvador de todos los hombres, especialmente de los fieles, y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino por todo el mundo. Ofrecido el becerro por todo el pueblo de la tierra, en los siete días restantes de la pasión del Señor se ofrecen siete becerros y siete carneros sin

defecto cada día, para que sean consumidos por el holocausto y el fuego del Señor. Los siete becerros y los siete carneros son los que se configuran a la pasión del Señor, para que imiten al verdadero becerro y al verdadero carnero, y la sangre de los mártires purifique los pecados de todo el mundo durante siete días. También se ofrece un macho cabrío por el pecado cada día, durante siete días. Y se debe observar con más atención que en el sacrificio de un efa por becerro, y un efa por carnero, y un hin de aceite se ofrecen lo que está prescrito por la Ley. Sin embargo, en la ofrenda del macho cabrío, no se pone ni efa, ni (como tradujeron los Setenta) cocción, que por efa interpretaron πέμμα, es decir, cocción. El hin, que es una medida cierta de aceite, de la que ya hemos hablado antes, se toma en el sacrificio del becerro y del carnero: para que podamos recibir el alimento de la luz eterna, y el descanso del trabajo, y la salud del cansancio, después de la expiación de los pecados. También en el séptimo mes, el día quince del mes, es decir, en la fiesta de los tabernáculos, se debe observar el mismo orden de ofrendas y sacrificios, tanto por el pecado como por el holocausto, y en la ofrenda y en el aceite; para que, con las tinieblas disipadas y la luz del aceite nacida, alcancemos la festividad del Señor: y tengamos solemnidades más claras, en las que se perdonan todos los pecados.

(Cap. XLVI.---Vers. 1 seqq.). Así dice el Señor Dios: La puerta del atrio interior que mira al Oriente, estará cerrada seis días, en los que se hace obra: pero el día del sábado se abrirá, y también en el día de las calendas se abrirá. Y el príncipe entrará por el camino del vestíbulo de la puerta de afuera, y se parará en el umbral de la puerta: y los sacerdotes harán su holocausto y sus ofrendas de paz, y adorará sobre el umbral de la puerta, y saldrá: pero la puerta no se cerrará hasta la tarde. Y adorará el pueblo de la tierra a la entrada de esa puerta en los sábados, y en las calendas delante del Señor. Este holocausto ofrecerá el príncipe al Señor en el día del sábado: seis corderos sin defecto, y un carnero sin defecto, y una ofrenda de un efa por carnero: pero en los corderos la ofrenda que dé su mano, y un hin de aceite por cada efa: Pero en el día de las calendas un becerro del rebaño sin defecto, y seis corderos, y carneros sin defecto serán. Y hará ofrenda de un efa por becerro, también un efa por carnero: pero en los corderos como encuentre su mano, y un hin de aceite por cada efa. Donde nosotros hemos interpretado efa, que es la décima parte de un cor, los LXX tradujeron πέμμα, que en nuestra lengua significa cocción. Y donde nosotros dijimos, ofrenda, ellos pusieron la misma palabra hebrea MANAA (), que Aquila tradujo como don, o sacrificio, y Teodoción como sacrificio. Y antes de que discutamos qué significan estas cosas, las mismas palabras de la Escritura deben ser explicadas de manera parafrástica. La puerta, dice, del atrio interior seis días, de los cuales está escrito: Seis días trabajarás y harás toda tu obra (Éxodo XXIII, 12), estará cerrada; y no cualquier puerta, sino la que mira al Oriente, de donde surge el sol de justicia. Pero el día del sábado, es decir, el séptimo, en el que hay descanso, se abrirá cada semana, y de nuevo completados los treinta días, cuando es el fin de un mes y el comienzo de otro, es decir, la novilunio, el día de las calendas, se abrirá, para que el privilegio que tiene el séptimo día en la semana, lo tenga el comienzo del mes. ¿Por qué se abrirá el séptimo día y el día de las calendas la puerta del atrio interior que mira al Oriente? El siguiente discurso lo mostrará. Y entrará, dice, el príncipe por el camino del vestíbulo de la puerta de afuera, es decir, del atrio exterior: y se parará en el umbral de la puerta del atrio interior, que mira al Oriente: y no entrará al atrio interior, sino que estando allí, otros sacerdotes harán por él el holocausto, que Símaco interpretó como oblación: y las ofrendas de paz, o las que pertenecen a la salvación, para que después de que la ofrenda del príncipe haya sido consumida por el fuego sagrado, y el líder reconciliado con Dios, entonces pueda adorar sobre el umbral de la puerta del atrio interior en el que se paró, y salir. ¿Qué, pues? ¿Después de la salida del príncipe se cerrará inmediatamente la puerta? De ninguna manera, sino que estará abierta hasta la tarde; para que después del príncipe, todo el pueblo de la tierra adore contra la puerta

de esa puerta: pero adorará en los sábados, y en las calendas cuando se abre la puerta. Y porque antes había dicho: Harán los sacerdotes su holocausto y sus ofrendas de paz, y no había indicado el número de los holocaustos; ahora añade: Este holocausto ofrecerá el príncipe al Señor en el día del sábado. Pero lo ofrecerá no por sí mismo, sino por los sacerdotes, de los cuales está escrito: Y harán los sacerdotes su holocausto y sus ofrendas de paz: seis, dice, corderos sin defecto, y un carnero sin defecto: de modo que la ofrenda del carnero sea medida por un efa, que en hebreo se llama EPHA (). Pero en los seis corderos la ofrenda será lo que pueda ofrecer la mano de quien ofrece; y por cada efa, será la medida de aceite que se llama hin. Pero el día de las calendas, es decir, el día treinta, cuando se cuentan los primogénitos y los levitas en la Ley, además de todo Israel, de los que hemos hablado antes, se ofrece un becerro sin defecto del rebaño, sobre el cual hemos discutido más plenamente en el capítulo anterior, y seis corderos, y carneros sin defecto, y lo demás que se ofrece en los sábados, para que alcancemos el descanso eterno, y merezcamos escuchar: Bien, siervo bueno, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el descanso de tu Señor (Mateo XXV, 21; Lucas XIX, 17); y no solo llegar a la puerta del atrio interior, sino también poder entrar en sus recintos, y poseerlo con obras: Plantados en la casa del Señor: florecerán en los atrios de nuestro Dios (Salmo XCI, 14).

576 (Vers. 8 seqq.) Cuando el príncipe entra, que lo haga por el vestíbulo de la puerta y salga por el mismo camino. Y cuando el pueblo de la tierra entre en la presencia del Señor en las solemnidades, el que entre por la puerta del Norte para adorar, salga por la puerta del Sur, y el que entre por la puerta del Sur, salga por la puerta del Norte. No regresará por la puerta por la que entró, sino que saldrá por la opuesta. El príncipe estará en medio de ellos, entrando con los que entran y saliendo con los que salen. En las ferias y solemnidades, se ofrecerá un sacrificio de un efa por cada becerro y un efa por cada carnero. Para los corderos, el sacrificio será según lo que su mano pueda ofrecer, y un hin de aceite por cada efa. Ese príncipe, del que se ha dicho: Y el príncipe entrará por el vestíbulo de la puerta exterior y saldrá por la misma puerta (Juan X), es de libre albedrío y tiene el poder de poner su vida y volver a tomarla: tanto al venir a nosotros como al ascender a los cielos, usa de la misma libertad de su majestad. No busca ferias ni solemnidades, ni observa diferencia alguna de días, porque todo tiempo es para él festividad. El pueblo, sin embargo, entra y sale solo en las ferias y solemnidades, y no por el mismo camino, sino por uno y otro. Está escrito: Y cuando el pueblo de la tierra entre en la presencia del Señor en las solemnidades, el que entre por la puerta del Norte para adorar, salga por la puerta del Sur, y el que entre por la puerta del Sur, salga por la puerta del Norte: no regresará por la puerta por la que entró, sino que saldrá por la opuesta. Esto no solo se ordena a los que salen de Sodoma, a quienes se les dice: No mires atrás (Gén. XIX, 17); ni a aquellos que ponen la mano en el arado, para que no miren lo que está detrás: sino también a los que están en la casa del Señor, se les ordena no mirar atrás, ni volver a los elementos pobres y débiles, y comenzando en el espíritu, no se consuman en la carne [Al. se consumirán]: sino que también avancen de lo espiritual a lo mayor, y digan con el Apóstol: Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante (Fil. III, 13): para que no conozcan en parte, ni profeticen en parte, 577 sino que lleguen a la perfección según la perfección que la naturaleza humana puede alcanzar, para que entendamos aquello del Evangelio: Y vosotros, cuando hayáis hecho todo, decid: Siervos inútiles somos: lo que debíamos hacer, hicimos (Luc. XVII, 10). De ahí que el Apóstol en la misma Epístola hable de dos perfecciones: como imperfecto escribe: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto: pero prosigo para ver si logro asir aquello para lo cual fui asido por Cristo (Filip. III, 13). Y enseguida habla como perfecto: Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está adelante: prosigo hacia la meta,

al premio de la vocación celestial. Así que todos los que somos perfectos, pensemos esto [Al. pensamos] (Ibid. XIV). ¿Cómo puede sostenerse la sentencia de que quien dijo: No que ya lo haya alcanzado o que ya sea perfecto, se atreva a decir: Así que todos los que somos perfectos, pensemos esto? De lo cual es evidente que todo hombre, y toda criatura, aunque haya llegado a la perfección, sin embargo, necesita la misericordia de Dios, y posee la plena perfección por gracia, no por mérito. Se ordena, pues, al pueblo de la tierra, que si entra por la puerta del Norte para adorar, salga por la puerta del Sur. ¿Quién es este pueblo al que se le ordena esto? Sin duda, los gentiles; para que quien abandona la puerta del Norte, de donde surgen los males sobre la tierra, al entrar en el templo, no salga sino por la puerta del Sur, hacia la puerta de la luz, hacia la puerta del calor, hacia la puerta donde el esposo reposa al mediodía (Jer. I). De hecho, se dice en el mismo Cantar de los Cantares: Levántate, Aquilón, y ven, Austro (Cant. IV, 16). Pero quien entra por el camino de la puerta del Sur, salga por el camino de la puerta del Norte. ¿Quién es ese pueblo? Evidentemente, los judíos, que abandonando la puerta del camino de la luz, van hacia la puerta del Norte, de la cual se dice: Aquilón, viento durísimo (Jer. I). Pues también la olla de Jeremías se enciende desde el Norte. Digamos también de otra manera: Entra por la puerta del Norte, quien deja los pecados, y sale por la puerta del Sur, quien sigue las virtudes. Y al contrario, si el justo cae en pecados, entra por la puerta del Sur, pero sale por el camino de la puerta del Norte. 578 Pero el príncipe, dice, estará en medio de ellos, de los que entran y de los que salen, según lo que está escrito: En medio de vosotros está, a quien vosotros no conocéis (Juan I, 26). Y el Apóstol: ¿No sabéis que Cristo está en vosotros? (II Cor. XIII, 5). Pero si a los ignorantes se les dice que Cristo está en medio de ellos: ¡cuánto más a los que saben! Pero cuando Cristo esté entre los que saben: entonces el cuerpo muerto será por el pecado, y el espíritu viviente por la justicia. El príncipe entra con los que entran, y sale con los que salen, asistiendo como testigo de la virtud y el pecado de ambos. En las ferias, pues, y en las solemnidades, a saber, de los sábados, y de las calendas, y de toda festividad, de la cual hemos hablado anteriormente, tanto en el becerro como en el carnero, se ofrecerán en sacrificio por cada efa. En los corderos, sin embargo, no habrá número fijo, ni se dejará al libre albedrío; sino que cada uno usará de sus fuerzas y de la buena conciencia: para que ofrezca tanto como pueda, no tanto como quiera, y sobre todo un hin de aceite por cada efa, para que se unja la harina, y se encienda la lámpara en la presencia del Señor; y quien lo use, pueda decir: Pero yo, como olivo fructífero en la casa del Señor (Sal. LI, 10).

(Vers. 12 seqq.) Cuando el príncipe haga un holocausto espontáneo, o pacíficos voluntarios al Señor, se abrirá para él la puerta que mira al Oriente, y hará su holocausto, y sus pacíficos, como se hace en el día de sábado: y saldrá y se cerrará la puerta después de que haya salido. Y hará un cordero de un año sin defecto como holocausto diario al Señor [Vulg. añade siempre]: mañana y mañana lo hará. Y hará el sacrificio (o manaa) sobre él mañana, mañana la sexta parte de un efa (o medida); y de aceite la tercera parte de un hin, y [Vulg. para que] se mezcle (o según Símaco, se rocíe) la harina del sacrificio (o manaa), al Señor legítimo, perpetuo y continuo. Haréis el cordero y el sacrificio, y el aceite mañana, mañana, holocausto eterno. Donde nosotros leemos, sin defecto, y en hebreo está escrito THAMIM (): Aquila lo interpreta como perfecto. Y donde los LXX MANAA (): Teodoción, sacrificio; Aquila y Símaco, don. Por lo que nosotros dijimos, espontáneo, los LXX ὁμολογίαν, es decir, confesión, tradujeron: y 579 por príncipe, líder, pues eso significa NASI (). Aún el discurso es sobre el príncipe, del que Isaías habla: He aquí que lo he dado como testimonio a las naciones, como príncipe y preceptor a las naciones (Isa. LV, 4). Y Ezequiel: Y yo, el Señor, seré para ellos en Dios: y David príncipe en medio de ellos (Ezeq. XXXIV, 24). Cuando, pues, este príncipe haga espontáneo, y diga: Haz, Señor, los voluntarios, o espontáneos de mi boca, agradables (Sal. CXVIII, 108): pero el holocausto espontáneo, para que se ofrezca todo

a Dios, y pacíficos voluntarios, que no se encuentran en los anteriores; pues está escrito: Y harán los sacerdotes su holocausto, y sus pacíficos: y de los espontáneos y voluntarios, de los cuales ahora se dice, se guarda silencio por completo, para que no lo hagan por necesidad, sino por voluntad: después del holocausto ofrezca pacíficos, y se reconcilie con Dios. Por eso la virginidad es mayor que el matrimonio (I Cor. VII), porque [Al. que] no se exige, ni se devuelve, sino que se ofrece. Por pacíficos, que en hebreo se dicen SELAMIM (), los LXX interpretan salutarios: para que la misma reconciliación de los pacíficos, sea la salvación del oferente. Cuando, pues, el príncipe haga esto, se le abrirá la puerta: o según los Setenta, se abrirá para él la puerta que mira al Oriente; aquella puerta, de la cual está escrito: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Sal. CXVII, 20), y de donde surge el sol de justicia. Y hará, dice, su holocausto, y sus pacíficos: de los cuales ahora hemos hablado. Hará, pues, porque es un sacrificio espontáneo, y no lo harán otros sacerdotes por él, como se suele hacer en el día de sábado. Por tanto, en todo tiempo el holocausto, y el pacífico, que se ofrece voluntariamente, tiene la puerta del Señor abierta: ni observa el sábado, sino que todos los días se le cuentan como descanso. Por tanto, después de que haya ofrecido el holocausto y los pacíficos, inmediatamente sale, y se cierra la puerta tras él, o cierra la puerta: para que se conserve al príncipe su privilegio, y sus sacrificios no se mezclen con el pueblo. Y porque había dicho en general, holocausto espontáneo, o pacíficos voluntarios al Señor, y no había añadido toro o becerro, y carnero o oveja, y macho cabrío por el pecado, enseña qué es el mismo holocausto: Un cordero, dice, de un año sin defecto hará holocausto: y no en días ciertos, sino diariamente, ni a cualquier hora, sino mañana, 580 mañana lo hará: por cada mañana, cuando, al salir el sol, es el comienzo de la luz. De lo cual David habla en el salmo: Mañana oirás mi voz: mañana estaré ante ti y veré (Sal. V, 4). Y en otro lugar: Al anochecer se demorará el llanto, y en la mañana [Al. al amanecer] la alegría (Sal. XXIX, 6). Y de nuevo: Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo (Sal. LXII, 1). ¿Quién es, pues, este cordero sin defecto, o perfecto y de un año, Isaías lo enseña más plenamente, diciendo: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero delante de su trasquilador en silencio, y no abrió su boca (Isa. LIII, 7). Y Jeremías: Pero yo como cordero inocente llevado al matadero, no lo sabía (Jer. XI, 19). Y Juan el Bautista: He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Este es el cordero que se inmola en Egipto, de cuya sangre se arman los postes de la fe, y el exterminador es excluido (Éxodo XII). De un año, porque predicó el año aceptable del Señor, y el día de la retribución. No se asombre el lector, si el mismo es príncipe, y sacerdote, y becerro, y carnero, y cordero, cuando en las Escrituras santas leemos que es Señor, y Dios, y hombre, y profeta, y vara, y raíz, y flor, y príncipe, y juez, y rey, justo, y justicia, apóstol, y obispo, brazo, siervo, ungüento, pastor, hijo, y niño, unigénito, y primogénito, puerta, camino, ángel, flecha y sabiduría, y muchas otras cosas, de las cuales, si quisiera dar testimonio, necesitaría un libro propio. En el holocausto, pues, de este cordero sin defecto y de un año, que siempre se ofrece por la mañana, el mismo príncipe hará el sacrificio, o MANAA: y la harina, o don por la mañana, mañana la sexta parte de un efa, se sobreentiende harina. La sexta parte de un efa es medio modio. Pues si un efa es la décima parte de un cor, es decir, tres modios: no hay duda de que la sexta parte de un efa hace medio modio. Del aceite también se ofrece la tercera parte de un hin: para que se mezcle, o se rocíe la harina del sacrificio a Dios, legítimo, perpetuo y continuo, que no se interrumpe en ningún día: sino que en todo tiempo, al salir el sol, siempre se ofrece, para que se cumpla lo que se pone al final de este capítulo: Hará el cordero en sacrificio: y el aceite por la mañana, mañana holocausto eterno.

581 (Vers. 16, 17 y seqq.) Así dice el Señor Dios: Si el príncipe (o líder) da un don a alguno de sus hijos, su herencia será de sus hijos: la poseerán como herencia. Pero si da un legado de su herencia a uno de sus siervos, será de él hasta el año de la remisión (para lo cual

Teodoción puso la misma palabra hebrea, DEROR) pero volverá al príncipe: la herencia, sin embargo, será de su hijo. Y no tomará el príncipe de la herencia del pueblo por violencia, y de su posesión: sino que de su posesión dará herencia a sus hijos: para que no se disperse mi pueblo cada uno de su posesión. Hasta aquí el discurso sobre el príncipe, ahora se dan preceptos sobre sus herederos: más bien sobre los dones, herencia y legados, que debe dar, y de quién será la posesión, ya sea temporal o eterna. Si, dice, a sus hijos da ya sea un don, o herencia, ellos la poseerán: porque se les debe por derecho de sucesión, y no puede pasar la posesión de uno a otro. Pero si da a uno de sus siervos en nombre de legado, tendrá la posesión mientras llegue el séptimo año de remisión, que se llama DEROR (), o el jubileo, es decir, el quincuagésimo, cuando toda compra, y donación vuelve a los dueños anteriores: de modo que el siervo tenga el uso por un tiempo, y la propiedad de la posesión sea del hijo del príncipe. Pero lo que sigue: Y no tomará el príncipe de la herencia del pueblo por violencia (Lev. XXIII), o como los Setenta tradujeron, para oprimirlos, o como Aquila y Símaco, para afligirlos y entristecerlos: sino que de su posesión dará herencia a sus hijos: señala no solo a los sacerdotes y príncipes de aquel tiempo, sino también a los nuestros, que se enriquecen con la dignidad sacerdotal, y además de lo que se les debe por disposición del Señor, toman de los pobres por violencia: o bajo el nombre de honor despojan a los ricos, de modo que incluso a sus propios hijos, a quienes se debe la herencia paterna, no deben dejarles nada, excepto lo que les fue dejado por sus padres. Por tanto, quien es más rico como sacerdote, cuando llega al sacerdocio, todo lo que tenga de más, no debe darlo a sus hijos, sino a los pobres, y a los santos hermanos, y a los domésticos de la fe, que superan los méritos de los hijos, para que devuelva lo que es del Señor, 582 al Señor suyo, que habla en el Evangelio: Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Pues él es recibido en los pobres con hospitalidad; es visitado en la cárcel: desnudo es vestido: sediento bebe: hambriento es saciado. Para que no se disperse, dice, mi pueblo de su posesión. Pues si el príncipe tiene licencia para tomar, o robar, o bajo la figura del honor retener lo que no es suyo, y dejarlo a sus hijos, el pueblo que fue congregado en el nombre de Dios, se dispersará en partes y será lacerado: o según la Ley, para que poco a poco la herencia de uno no pase a otro, y no se pierda el cordel de la división, por el cual tal vez a cada uno le llega la herencia. Por tanto, dispersa al pueblo de Dios, y le quita la posesión de la fe eterna, quien deja a sus hijos y hermanos, y parientes, los dones o bienes ajenos, ya sea por robo, o adulación, o halagos, o pretexto de religión.

(Vers. 19 seqq.) Y me introdujo por la entrada que estaba en el lado (o detrás) de la puerta hacia las cámaras del santuario para los sacerdotes (o en las exedras y cámaras) que miraban al norte: y he aquí, allí había un lugar orientado hacia el oeste (o hacia el mar: y como los LXX tradujeron, separado). Y me dijo: Este es el lugar donde los sacerdotes cocinarán, por la culpa y por el pecado (o por la ignorancia y por ello) donde cocinarán el sacrificio (o manaa y ofrenda) para que no lo lleven al atrio exterior, y el pueblo sea santificado. Y me sacó al atrio exterior, y me llevó por los cuatro ángulos del atrio: y he aquí, había un pequeño atrio en el ángulo del atrio, pequeños atrios en cada ángulo del atrio. En los cuatro ángulos del atrio estaban dispuestos pequeños atrios, de cuarenta codos de largo y treinta de ancho. Las medidas de los cuatro eran iguales: y un muro rodeaba los cuatro pequeños atrios: y las cocinas estaban construidas debajo de los pórticos alrededor (o debido a los lechos que Aquila interpretó como στιβάδας: Symmachus como περιφράγματα, Theodotio puso la palabra hebrea TUROTH). Y dijo, me dijo: Esta es la casa de las cocinas, donde los ministros de la casa cocinarán las víctimas del pueblo [Vulg. añade al Señor (o la víctima): Esto es lo que significa en hebreo ZEBA (): El hombre que sostenía la caña en la mano y la cuerda del albañil, con la que mediría el edificio, me introdujo, dijo, por la entrada que estaba al lado de

la puerta, o detrás de la puerta. No especificó de qué puerta, si la Oriental, la del Sur, o de otra dirección: pero dejó incierto, para que fuera al lugar del santuario, y a las cámaras, o a las habitaciones de los sacerdotes, que miraban al norte y al mar: es decir, al norte y al oeste: teniendo esta costumbre la Escritura sagrada, de llamar siempre al mar Occidente por la ubicación de la tierra de Judea. Y es de considerar que el lugar de los sacerdotes, donde se cocinan los sacrificios por la culpa, o ignorancia, y por el pecado, para que no se ofrezcan crudos, está situado en el atrio exterior al norte y al oeste: de donde surge el viento más frío, y donde la luz del sol se pone. De lo cual se muestra que todo lo que concierne a la comida, es o por error, o por pecado. Pero si también se ofrece sacrificio por ignorancia, ¡cuánto más por la conciencia de la culpa! Por lo cual Job ofrecía cada mañana un sacrificio por sus hijos (Job I), temiendo que hubieran pecado por ignorancia. Lo que sigue: Para que no ofrezcan en el atrio exterior, y el pueblo sea santificado, que no había sido preparado para la santificación, significa que no debemos dar fácilmente lo sagrado a los no santificados: ni echar, según el Evangelio, perlas a los cerdos, ni dar lo sagrado a los perros (Mat. VII). Finalmente, Moisés quiere que el pueblo se santifique durante tres días de toda impureza, y de la unión con sus esposas, para que se acerque al monte Sinaí, y santificado reciba lo sagrado (Éxodo XIX). Si al acercarse a escuchar y recibir las palabras de Dios, se les ordena santificarse de sus esposas, es evidente que en la Ley está contenido aquello del Apóstol: No os defraudéis el uno al otro, salvo de común acuerdo por un tiempo, para que os dediquéis a la oración (I Cor. VII, 5): y de común acuerdo abstenerse de las esposas, para dedicarse a la oración. Después de esto está escrito: Y me sacó al atrio exterior, y me llevó por los cuatro ángulos del atrio: y he aquí, había un pequeño atrio en el ángulo del atrio, pequeños atrios en cada ángulo del atrio, en los cuatro ángulos del atrio estaban dispuestos pequeños atrios. Aquel hombre que menciona a menudo, lo sacó del lugar de los sacerdotes que miraba al norte, o que estaba separado, donde los sacerdotes cocinan por la culpa, y por el pecado, o ignorancia: pero lo sacó al atrio exterior. De lo cual entendemos que aquel atrio del que salió, era interior, y que hay muchos atrios en las Escrituras sagradas, de los cuales leemos: Los que están en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Sal. CXXXIV, 2). Y en Juan: Y tengo otras ovejas que no son de este atrio, y a ellas debo traer: y oirán mi voz, y habrá un solo atrio y un solo pastor (Juan X, 16): pues esto en griego αὐλὴ significa, lo que la simplicidad latina tradujo como redil. Pero cuando dice, de este atrio, muestra que hay otro: que se demuestra ya sea en la multitud de los gentiles en distinción de Israel, o en los cielos en separación del atrio terrenal: y por la calidad de los méritos a cada uno se le asigna un atrio, sobre lo cual se ha discutido más ampliamente en lo anterior. Pero este atrio del que ahora se habla, tenía en cada uno de los ángulos cuatro pequeños atrios, que los LXX llaman menores, y nosotros por facilidad de sentido, en diminutivo, llamamos pequeños atrios. Eran de cuarenta codos de largo y treinta de ancho. De estos números recuerdo haber discutido en este mismo Profeta, que uno se refiere a las tribulaciones y angustias, y otro a la edad perfecta. Por lo cual Moisés, Elías, y el Señor y Salvador ayunaron en el desierto durante cuarenta días (Éxodo XXXIV; III Reyes XIX; Mat. IV; Luc. III): y al oficio sacerdotal no se accede después del vigésimo quinto año de edad, sino después del trigésimo. Por lo cual el Señor tenía treinta años cuando vino al bautismo: y en este mismo Profeta se menciona el trigésimo año al inicio. Donde hay alimentos, allí también hay angustia y tentación, por las cuales se preparan los alimentos. Y cuando lleguemos a la edad del hombre perfecto, allí debemos pisotear todo, y decir: Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8). Y: Si el Señor me da pan para comer, y vestido para cubrirme (Gén. XXVIII, 20). O ciertamente aquello: La comida es para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (I Cor. VI, 13). Pues en el futuro no comeremos ni beberemos, sino que nos alimentaremos de aquel pan que descendió del cielo, del cual se canta en el Salterio: El hombre comió el pan de los ángeles (Sal. LXXVI, 25). Y: Mi comida es hacer la voluntad del

que me envió (Juan IV, 34). Pero que la medida de un pequeño atrio era cuatro, que poseían los ángulos del atrio mayor, significa las cuatro direcciones del mundo (Gén. III): que con el sudor de nuestro rostro comamos el pan, y todo trabajo sirva al vientre y al estiércol: que estos cuatro pequeños atrios, o un solo muro los rodeaba, y las cocinas estaban construidas debajo de los pórticos alrededor, o tenían lechos cercanos: para que donde hay alimentos, allí también esté la preparación de las medidas. Y para que el profeta no ignorara qué eran las cosas que veía, le dijo: Esta es la casa de las cocinas, donde los ministros del Señor cocinarán las víctimas del pueblo. Las víctimas del pueblo, que se ofrecerán por la culpa, o pecado, e ignorancia, son alimentos, y refrigerios de los sacerdotes: para que recuerden que no deben desear otra cosa, cuando incluso en el templo las carnes están preparadas para su refrigerio.

(Cap. XLVII.---Vers. 1 seqq.) Y me volví hacia la puerta de la casa, y he aquí que las aguas salían de debajo del umbral de la casa hacia el Oriente. Pues la fachada de la casa miraba hacia el Oriente. Las aguas descendían por el lado derecho del templo hacia el sur del altar. Y me sacó por el camino de la puerta del Norte, y me volvió por el camino hacia afuera de la puerta exterior, el camino que miraba hacia el Oriente, y he aquí las aguas que fluían del lado derecho cuando el hombre salió hacia el Oriente, que tenía un cordel en su mano, y midió mil codos, y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos (o pasó en el agua, agua de remisión). Y nuevamente midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta las rodillas (o pasó en el agua, agua hasta los muslos). Y midió mil, y me hizo pasar por el agua hasta los riñones (o pasó el agua hasta los lomos). Y midió mil el torrente, que no pude atravesar, porque las aguas profundas del torrente habían crecido, que no se podía vadear. Por lo cual los LXX tradujeron: Y midió mil, y no podía atravesar: porque el agua se llevaba como un torrente precipitado, que no se puede cruzar. Estas aguas que salían de debajo del umbral de la casa, es decir, del templo, no se dirigían al Norte ni al Occidente: sino al Oriente, y en el lado derecho del templo, es decir, al Sur, y no al Sur de cualquier lugar, sino del altar. De lo cual se hace evidente que las aguas son sagradas, y significan la doctrina de nuestro Salvador, según lo que está escrito: De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Isaías II, 3). Y en otro lugar: Toda la tierra está llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar (Isaías XI, 9). De estas aguas también profetizó el profeta Zacarías, diciendo: En aquel día saldrá agua viva de Jerusalén, y la mitad de ella hacia el mar primero: y la otra mitad hacia el mar último (Zacarías XIV, 8). De estas aguas también hablaba el Señor a la Samaritana: Si supieras quién es el que te dice, Dame de beber, tú quizás le habrías pedido, y él te habría dado agua viva (Juan IV, 10). Y de nuevo: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed: pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Ibid., 13). Y en el templo clamaba y decía: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí (como dice la Escritura) de su interior correrán ríos de agua viva: esto lo dijo del espíritu que habrían de recibir los que creyeran en él (Juan VII, 37, 38). Estas son las aguas de las que hablaba el profeta en el salmo: Sobre aguas de reposo me condujo (Salmo XXII, 2). Y Ezequiel: Os tomaré de entre las naciones y de las tierras, y rociaré sobre vosotros agua limpia, y seréis purificados de todas vuestras impurezas (Ezequiel XXXVI, 24, 25). Pues han aparecido fuentes de aguas. Y en el salmo noventa y dos se canta: Los ríos han alzado, Señor, los ríos han alzado sus voces, a las voces de muchas aguas. Maravillosas son las elevaciones del mar (Salmo XCII, 2, 3). Estas son las aguas de Siloé, que van con silencio, de las que habla Isaías: Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Isaías XII, 3). Y el salmista: Bendecid al Señor desde las fuentes de Israel (Salmo LXVII). Y el mismo Isaías sobre el Señor Salvador: Este, dice, habitará en la altura, en la fortaleza de las rocas. Se le dará pan, y su agua será segura (Isaías XXXIII, 16). Pues brotó agua en el desierto, y un valle en tierra sedienta. Y se dice a los creyentes: No temas, porque te he redimido; tú eres mío, y si pasas por el agua, yo estaré

contigo (Isaías XLIII, 1, 2). Y de nuevo: Todos los sedientos, venid a las aguas (Isaías LV, 1): Y por Jeremías habla Dios (Isaías LV, 1): Dos males ha hecho mi pueblo. Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua (Jeremías II, 13). Así como leemos en buen sentido las aguas que salen del umbral del templo, y se refieren a la doctrina de la Iglesia: así también hay aguas amargas, y aguas pésimas a las que el profeta Jeremías nos prohíbe acercarnos, diciendo (Ibid. 18): ¿Qué tienes tú que ver con el camino de Egipto, para beber de las aguas de Sihor? que en hebreo se llaman SIOR (), es decir, turbias y cenagosas. De las cuales, enojado con los herejes, habla Dios: He aquí que los alimentaré con angustias, y les daré a beber agua de hiel (Jeremías IX, 15); en la cual reina el dragón egipcio, que dice: Míos son los ríos, y yo los hice; que ve todo lo alto, y él es el rey de los que están en las aguas. Por lo cual el hombre eclesiástico suplica al Señor, y dice: Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma. Me he hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia, y la tempestad me ha sumergido (Salmo LXVIII, 1, 2). Y de nuevo; Líbrame de los que me odian, y de las profundidades de las aguas: no me arrastre la tempestad de agua, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre su boca sobre mí (Ibid. XV, 16). Y en otro salmo: Si no hubiera sido el Señor quien estuvo de nuestro lado, diga ahora Israel: si no hubiera sido el Señor quien estuvo de nuestro lado. Cuando se levantaron los hombres contra nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos. Cuando se encendió su furor contra nosotros, tal vez las aguas nos habrían inundado (Salmo CXXIII, 1-3). Y la Esposa en el Cantar de los Cantares: Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo ahogarán (Cantar VIII, 7). Esta es el agua, de la que dice Oseas: Galaad es una ciudad de malhechores, manchada de sangre, que obra vanidades, turbando el agua, y su fortaleza es de hombres piratas (Oseas VI, 7, 8). Esta agua se llama con otro nombre MARA, es decir, amargura; en la cual se arroja el madero de la Cruz, y las amargas se convierten en dulces. Considera la ley de Moisés, si se entiende según el sentido carnal de los judíos, cómo es amarga, sacando ojo por ojo, diente por diente (Éxodo XXI): ve en Tamar la fornicación (II Samuel XIII), y Oseas unido a una fornicaria, el cinturón de Jeremías (Oseas I, Jeremías XIII), la esposa etíope de Moisés, y el asesinato del egipcio, y mil otras cosas, que si las entendemos según la letra que mata, y no según el espíritu que vivifica, son amargas, y no edifican tanto al lector como lo destruyen (Números XII, Éxodo II). Estas, pues, son las aguas que salen del templo del Señor, y van hacia el Oriente, y descienden por el lado derecho del Templo, hacia el sur del altar, donde el esposo alimenta a sus invitados, y se reclina. Lo que sigue: Y me sacó por el camino de la puerta del Norte, y me volvió hacia el camino fuera de la puerta exterior, el camino que miraba hacia el Oriente, muestra sutilmente que no podemos llegar inmediatamente a la puerta del Oriente, a menos que lleguemos a ella por el camino de la puerta del Norte en un largo rodeo. Pues si no vencemos el viento más frío con el calor de la fe, y pisamos sus regiones: para que se cumpla en nosotros lo que dice el Apóstol: Y el Dios de paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies en breve (Romanos XVI, 20), no podremos entrar por la puerta por la que salen las aguas, y están en el lado derecho. Y nota que estas aguas que entran por la puerta del Oriente, evitan tanto las partes izquierdas, que se describen yendo desde la derecha del altar hacia el Sur. Pero el hombre, dice, que tenía el cordel en la mano, cuando me llevó por la puerta del Norte hacia afuera al camino, que miraba hacia el Oriente, y él también estaba en el mismo lugar, midió mil codos de la misma agua; y me hizo pasar por el agua hasta los tobillos, que Aquila y Símaco, y Teodocio interpretaron como astrágalos, por los cuales los LXX tradujeron: y pasó [Al. pero pasará] en el agua, agua de remisión: lo que podemos entender que significa los primeros pecados de los hombres, que al entrar en las aguas del Señor se perdonan, y muestran la gracia salvadora del bautismo y son el inicio de los progresos, sin embargo, ellos mismos son sublimes. Finalmente, llegan hasta los tobillos, que están cerca de la planta y el talón, que está expuesto a las mordeduras de la serpiente, diciendo el Señor: Tú le herirás en la cabeza, y él te herirá en el talón (Génesis III,

15, según los LXX). Y en el Salterio se dice del traidor Judas: El que comía mi pan, levantó contra mí el talón (Salmo XL, 10), o el talón, pues esto es lo que significa el griego πτέρνη [Mss. πτέρνα]. Después de mil codos que llegan hasta el talón, midió otros mil codos en el agua, y me hizo pasar hasta las rodillas. Pues después de la remisión de los pecados, y el progreso del camino, cuando intentamos ascender un poco de lo terrenal a lo más alto, doblamos las rodillas al Señor, diciendo el Apóstol: Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla [Al. doble] de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra: y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses II, 10). Tercero midió otros mil codos, y me hizo pasar, dice, por el agua hasta los riñones. Pues por estos grados llegamos a lo sublime: que sin embargo, ellos mismos son sublimes hasta los lomos y los riñones, para que toda lujuria innoble en nosotros sea truncada; y poseamos la santificación del cuerpo, sin la cual nadie verá a Dios. Por lo cual también en este mismo profeta (Supra VIII): desde los pies hasta los lomos Dios es visto como fuego. Pues las obras de los lomos necesitan fuego y purificación, diciendo el justo: Porque mis lomos están llenos de ilusiones (Salmo XXXVII, 8), por los cuales el enemigo nos engaña tanto de día como de noche con fantasmas. Desde los lomos hasta la cabeza y la cima, resplandece con el brillo del metal precioso del electro: para que no tenga en sí nada sucio, nada vil. Por lo cual ahora se dice cuarto: Y midió mil, se sobreentiende, codos, el torrente (que los LXX no tradujeron) que no pude atravesar: mucho mejor que los Setenta que dijeron, y no podía [Al. que no pudo] atravesar. Pues el profeta y toda la naturaleza humana, después de los lomos el torrente de pensamientos, y los incentivos en el corazón de los vicios, no puede atravesar. Pero aquel hombre que estaba vestido de BADDIM, y guía del profeta, lo atravesó claramente: que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (Isaías LVI). Y da las razones por las cuales el profeta no pudo atravesar los mil cuartos [Al. cuarto] codos: porque, dice, las aguas profundas del torrente habían crecido, que no se puede [Al. podía] vadear. Y cómo está escrito, gloriándose el profeta: El torrente ha pasado por nuestra alma (Salmo CXXIII, 5)? Pero se resuelve fácilmente, si sabemos que está escrito en hebreo: El torrente ha pasado por mi alma. De este torrente también habla Isaías: He aquí que yo inclino sobre ellos como un río de paz, y como un torrente que inunda de gloria (Isaías LXVI, 12). Y en el salmo treinta y cinco se dice de los santos: A la sombra de tus alas esperarán. Se saciarán de la abundancia de tu casa, y del torrente de tus delicias los harás beber; porque contigo está el manantial de la vida (Salmo XXXV, 8, 9). Y en el ciento veinticinco: Haz volver, Señor, nuestra cautividad, como los torrentes en el sur (Salmo CXXV, 5). Y sobre el Salvador: Del torrente beberá en el camino (Salmo CIX, 7). Pues ¿quién de los hombres puede gloriarse de tener un corazón puro (Proverbios XX)? o ¿a la mente de quién, por las ventanas de los ojos, no entrará [Al. entró] la muerte de la concupiscencia (Jeremías IX), y (para decir poco) la excitación del ánimo? Pues el mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19); y desde la infancia el corazón del hombre está inclinado al mal, de modo que ni siquiera un solo día desde el comienzo de su nacimiento, la condición humana está sin pecado (Job XV). Por lo cual también David confiesa en el salmo: He aquí que en iniquidades fui formado, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7). No en las iniquidades de mi madre, o ciertamente en las mías, sino en las iniquidades de la condición humana. Por lo cual también el Apóstol dice: La muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán (Romanos V, 14). Que decimos codos en género masculino, y no neutro, según la regla de los gramáticos, y en lo anterior enseñé, no hacemos esto por ignorancia, sino por costumbre para los simples y los indoctos, cuyo número es mayor en la congregación de la Iglesia.

(Vers. 6 seqq.) Y me dijo: Ciertamente has visto, hijo de hombre; y me sacó, y me llevó a la orilla del torrente (o río). Y cuando me volví (o cuando él me hizo volver), he aquí en la orilla del torrente (o río) muchos árboles (o maderas) a ambos lados. Y me dijo: Estas aguas que salen hacia los montículos de arena del Oriente [Vulg. Oriental], y descienden a las llanuras del desierto (o estas aguas que salen hacia Galilea, que se inclina hacia el Oriente, y desciende hacia Arabia), entrarán en el mar, y saldrán, y las aguas serán sanadas. Y toda alma viviente (o de animales) que se arrastra (o de reptiles), dondequiera que llegue el torrente (o río), vivirá: y habrá muchos peces después de que lleguen allí estas aguas: y serán sanadas, y vivirán todas las cosas a las que llegue el torrente (o río). Y estarán sobre ellas pescadores desde Engaddi hasta Engallim, será un lugar de secado de redes. Habrá muchas especies de sus peces: como los peces del gran mar, en gran cantidad. Pero en los lugares que salen de las orillas y son pantanosos, no serán sanados, sino [Vulg. porque] serán entregados a las salinas. Y sobre el torrente (o río) crecerá en sus orillas a ambos lados todo árbol frutal (o fructífero), no caerá su hoja (o no envejecerá): y no faltará su fruto. Cada mes traerá primicias (o todo será renovado); porque sus aguas saldrán del santuario, y su fruto será para alimento, y sus hojas para medicina (o su ascenso para sanidad). Aunque todo el capítulo sea extenso, quise ponerlo junto, para no interrumpir el sentido del lector, y que el orden de la lectura dividido en partes no perturbe la comprensión del oyente. Primero hay que decir que por torrente en hebreo se dice NEHEL (), y en griego se llama χειμάῤῥους, los LXX lo tradujeron como río. Luego, por Galilea, que en hebreo se dice GALILA (), Aquila lo interpretó como θίνας, que significa montículos de arena; Symmachus como μεθόριον, que podemos traducir como confín. También por Arabia, Symmachus, inhabitable; Aquila, humilde o llano; Theodotion, Araba. Digamos entonces lo que nos parece en cada uno. Aquel hombre que era el guía de Ezequiel, advierte al profeta que observe con más atención y vea, y atienda con los ojos de la mente los misterios ocultos. Lo llama hijo de hombre, ya sea en figura del Señor Salvador; y es que Ezequiel se interpreta como fortaleza o imperio de Dios: o ciertamente para conmover la fragilidad humana; para que no olvide su condición, mientras se le muestran grandes cosas: y lo lleva advertido, y lo convierte a la orilla del torrente, para que, ya que no pudo cruzar la profundidad media [Al. podía], al menos reconozca lo que está en las orillas. Y cuando, dice, me volví, o él me hizo volver, que era el guía y monitor; he aquí en la orilla del torrente, o río, muchos árboles, o muchísimas maderas a ambos lados. Este torrente que por la abundancia de aguas se lleva como un torrente, y recibe lluvias del cielo, del cual hablamos en la lectura anterior, es llamado río por los LXX, porque tiene aguas perpetuas: no recogidas de lluvias aquí y allá, sino manando de una fuente viva y perpetua. De este río leemos mucho en las Escrituras sagradas; pero en el presente se deben decir pocas cosas, y primero aquello: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y en otro lugar: El río de Dios está lleno de aguas, preparaste su alimento, porque así es tu preparación (Sal. LXIV, 10). Y nuevamente en plural: Elevan los ríos, Señor, elevan los ríos sus voces, de las voces de muchas aguas: Maravillosas son las elevaciones del mar (Sal. XCII, 2-4). Y en Isaías: Haré en el desierto un camino, y en el lugar no transitado ríos (Is. XLIII, 19). Y en otro lugar del mismo más claramente: Aparecerá en Sion un río glorioso corriendo en tierra sedienta (Is. XLIV, 3). Sobre este río había muchos árboles a ambos lados de la orilla; para que entre los dos Instrumentos, el viejo y el nuevo, corriera el río cerrado. Las muchas maderas, o muchísimos árboles, creo que son aquellos que en el paraíso la Escritura menciona que abundan en frutos variados; y el guía y maestro que precede al profeta le enseña, y dice: Estas aguas que salen, ya sea hacia Galilea de las naciones, según los LXX, o (como más verdaderamente se contiene en hebreo) hacia los montículos de arena del Oriente, y descienden a las llanuras del desierto, o hacia Arabia, entrarán en el mar, o hacia las salidas del mar, y las aguas serán sanadas. Las aguas o la gracia del bautismo, o la doctrina evangélica, dijimos hace tiempo que significan. Que si salen del umbral del templo del Señor,

y mantienen la disciplina apostólica, hacen que los montículos de arena, antes estériles e infértiles, sean fructíferos, y todas las llanuras y desiertos se riegan de tal manera que expresan en sí el sacramento del río de Jericó (IV Reyes II): que Eliseo curó con sal evangélica y apostólica, tanto que donde antes había esterilidad y muerte, allí había abundancia y vida. Y no solo sanaron los desiertos, sino que entran en el mar Oriental, es decir, el mar muerto en el que nada podía ser vital, y el mar amarguísimo, que en griego llaman λίμνην ἀσφαλτῖτιν, es decir, estanque de betún. Y de manera maravillosa, con las aguas evangélicas se sanan las aguas muertas, que por no tener nada vital en sí, han recibido el nombre de muerte. Pues no conocían a aquel que dice: Yo soy la vida y la verdad (Juan XIV, 6). Y en verdad, según la letra, hasta aquí nada que respire, y pueda andar, por la excesiva amargura, se puede encontrar en este mar: ni siquiera pequeños caracoles y vermes y anguilas, y otros géneros de animales o reptiles, cuyos cuerpecillos podemos conocer más que sus nombres. Finalmente, si el Jordán crecido por las lluvias arrastra peces hacia allí, inmediatamente mueren, y flotan en las aguas grasientas. Como estas cosas no tienen utilidad, como el simple discurso lo atestigua, incluso si se hicieran, lo que la superstición insensata de los judíos cree, según la inteligencia espiritual del torrente del Señor curado, tendrán muchos peces, y vivirán todas las cosas a las que llegue este torrente; de tal manera que los pescadores estarán sobre las orillas desde Engaddi hasta Engallim: de los cuales el primero significa fuente, o ojo del cabrito: el siguiente fuente o ojo de los becerros. Engallim está al principio del mar Muerto, donde entra el Jordán. Engaddi, donde termina y se consume. Creo que ese mar Muerto es del que habla Zacarías: En aquel día saldrá agua viva de Jerusalén, y la mitad de ella al primer mar (Zac. XIV, 8). Daniel también consiente en estas palabras: Veía, y he aquí cuatro vientos del cielo se apoyaban en el gran mar (Dan. VII, 2). Y David: Maravillosas son las elevaciones del mar (Sal. XCII, 4). Y en persona del Salvador en el salmo: Vine al profundo del mar y la tempestad me sumergió (Sal. LXVIII, 2). El rey de Egipto también es llamado dragón según el mismo Ezequiel (Ezequiel XXXII), que habita en el mar, y agita los ríos como con sus cuernos. Y nuevamente, Este mar grande y espacioso (Sal. CIII, 25). Que mientras no reciba en sí las aguas del río, o torrente, todo lo que tiene en sí, lo mortifica; pero el Señor de quien se ha dicho, Herirá, y sanará después de dos días, y en el tercer día resucitaremos, y viviremos en su presencia (Oseas VI, 23), Él mismo habla en el mismo profeta Oseas: Yo até a Efraín, lo tomé en mi brazo, y no conocieron que los sané en la corrupción del hombre (Oseas XI, 9); que fue herido por nuestras transgresiones, y afligido por nuestras iniquidades. El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos sanados (Isaías LIII, 5). Él sanó con su muerte este mar que es salado, y muerto por su excesiva amargura, quien dice por Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió; me envió a evangelizar a los pobres; a sanar a los quebrantados de corazón (Isaías LXI, 1). Por lo cual también clama por Jeremías: Convertíos, hijos que os apartáis, y sanaré vuestras contriciones (Jeremías III, 22). Pues el pueblo impaciente dijo, y no soportando más el dolor de sus heridas: Pasó el verano, pasó la siega, y no hemos sido salvados. Por lo cual el Señor les respondió: ¿Acaso no hay resina en Galaad, o no hay médicos allí? ¿Por qué no subió la sanidad de la hija de mi pueblo? (Jeremías VIII, 22). Y el mismo Jeremías clama, y dice: Sáname, Señor, y seré sanado: sálvame, y seré salvo (Jeremías XXVII, 14). Finalmente, los ángeles que eran los guardianes del pueblo de los judíos en el tiempo cuando clamó la multitud insensata, y dijo, Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25); y, El velo del templo se rasgó, y todos los sacramentos de los hebreos fueron revelados, respondieron al Señor que mandaba, y dijeron: Curamos a Babilonia, y no fue sanada: dejémosla (Jeremías LI, 9), la ciudad de la confusión y de los vicios. Por lo cual también Josefo narra en su Historia, que después de que el Señor fue crucificado, y el velo del templo se rasgó, o el umbral del templo se rompió y cayó, se oyó una voz en los adytos del templo de las virtudes celestiales, Pasemos de estas moradas. Todo esto no se ha dicho en

vano, sino necesariamente, porque se dice que el mar Muerto, al recibir en sí el río del Señor, fue sanado. Sobre este mar desde Engaddi, ojo y fuente del cabrito, que siempre se ofrece por el pecado hasta Engallim, fuente de los becerros, que son sacrificados al Señor, e imitan al becerro que levanta los cuernos y las pezuñas, que en tipo del Salvador es sacrificado en el altar, habrá pescadores, a quienes el Señor Jesús dice: Venid a mí, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19): de los cuales también Jeremías: He aquí, dice, enviaré pescadores (Jeremías XVI, 16). Y habrá muchas especies, más bien géneros de peces en el mar que antes era muerto. Estos peces que Pedro sacó a la parte derecha por mandato del Señor, y eran ciento cincuenta y tres: de tal manera que por la multitud de ellos las redes se rompían (Juan XXI). Dicen, además, quienes han escrito sobre las naturalezas y propiedades de los animales, que han aprendido tanto en latín como en griego sobre los ἁλιευτικὰ, de los cuales Oppianus Cilix es un poeta muy docto, que hay ciento cincuenta y tres géneros de peces que todos fueron capturados por los apóstoles, y nada quedó sin capturar, mientras que tanto nobles como ignobles, ricos y pobres, y todo tipo de hombres son sacados del mar de este siglo para la salvación. Pero lo que sigue: En sus orillas, y en los pantanos, o en los que salen de las orillas, las aguas no serán sanadas, eso indica sutilmente que quien no esté en el arca de Noé, perecerá cuando reine el diluvio: y quienes este río no toque, no recibirán sanidad; sino que serán entregados a las salinas, dice, según lo que está escrito: El necio será más sabio cuando el flagelo del pestilente (Proverbios XIX, 25). Pues los ejemplos de los peores enseñan a los buenos. O serán entregados a las salinas, según lo que está escrito en el Evangelio: Buena es la sal: pero si la sal se desvaneciere, no sirve para nada (Mateo V, 13): para que carezcan para siempre de frutos y verdor. Lo que también demuestra una ciudad rociada con sal después de su ruina. Sobre el torrente o río crecerá en sus orillas a ambos lados todo árbol frutal, o como todos han traducido con voz unánime, βρώσιμον [Al. βρῶμα] que da alimento y comida, y que se puede comer: y se llama en lengua hebrea, MACHAL () y nada según los Setenta envejecerá en él, sino que diariamente se renovarán sus frutos, o no caerá su hoja, y no faltará su fruto; según lo que está escrito en el primer salmo. Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae (Sal. I, 3). Cada mes, dice, traerá primicias, o como está escrito en los LXX: Su fruto en su renovación dará primicias; para que todos los frutos de los creyentes sean primicias, y cada mes se asigne a cada apóstol. Esto sucederá porque sus aguas saldrán del santuario: Para que no pensemos que es de las orillas, o de los árboles, o de los meses, tanta abundancia de frutos, da las causas de la fertilidad, y añade: Porque sus aguas saldrán del santuario. No es, pues, del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). De todos estos árboles, el principal es el árbol de la vida, que se entiende como la sabiduría, de la cual está escrito: Es árbol de vida para todos los que en ella creen (Prov. III). Y aquello que se dice: Y su fruto será para alimento, y su hoja para medicina, muestra los sacramentos de los libros divinos: de los cuales uno pertenece a la letra, el otro al espíritu: para que entendamos las palabras simples en las hojas, y en los frutos el sentido oculto. Pues así como la ciencia de las Escrituras nos lleva a los reinos celestiales; y nos ofrece el pan que dice. Yo soy el pan que descendió del cielo (Juan VI, 41): así sus hojas contienen la doctrina moral, y otorgan sanidad, para que curen las heridas de los pecadores. Por las hojas que en hebreo se llaman ALE (), por la similitud de la palabra y la voz, los LXX tradujeron ascensión, lo cual también se puede explicar así, para que después de los alimentos de los frutos, con las enseñanzas de las palabras ascendamos a las cosas celestiales.

(Vers. 13, 14.) Así dice el Señor Dios: Este es el límite en el cual poseeréis la tierra en las doce tribus de Israel, porque José tiene doble porción. Pero la poseeréis cada uno igual que su hermano, en la cual levanté mi mano, para darla a vuestros padres: y esta tierra caerá para vosotros en posesión. Por lo que nosotros dijimos, porque José tiene doble porción, los LXX

tradujeron, aumento de porción. Pues José se interpreta como aumento; entendiendo la cosa por el nombre, y confundiendo la mente del lector. Pues quitada la tribu levítica, y delegada a los sacrificios del templo, quedaban once tribus, de las cuales la tribu de José se dividió en dos, Efraín y Manasés, que dijeron a Josué hijo de Nun: ¿Por qué me diste posesión de una sola porción y cuerda, siendo yo de tanta multitud, y habiéndome bendecido el Señor? A los cuales respondió Josué: Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque, y córtate espacios en la tierra del ferezeo y de los refaítas, porque estrecha es para ti la posesión del monte de Efraín (Jos. XVII, 14, 15). Y nuevamente: Y Josué dijo a la casa de Efraín y Manasés: Pueblo numeroso eres, y de gran fortaleza: no tendrás una sola porción, sino que pasarás al monte, y te cortarás y limpiarás espacios para habitar, y podrás avanzar más allá, cuando subyugues al cananeo, que dices que tiene carros de hierro, y es muy fuerte (Ibid., 27). Esto lo he dicho porque ahora la Escritura menciona que José, es decir, Efraín y Manasés tienen doble porción. Pero cada tribu según su multitud, recibe igual, los espacios de tierra, no por el arbitrio del que divide, sino por la suerte que está en el poder del Señor. Finalmente, el mismo Josué que fue el divisor de la tierra, no se separó una tierra propia, para que no pareciera haber elegido la mejor; sino que recibió de los príncipes de todas las tribus Thamnathsareth en el monte de Efraín.

(Vers. 15 seqq.) Este es el límite de la tierra hacia el Norte, desde el mar grande, por el camino de Ethalon, llegando a Sadada, Emath, Berotha, Sabarim, que está entre el medio de Damasco y el confín de Emath: el atrio Thicon [Vulg. casa de Atthicon], que está junto a los límites de Auran (o Auranítide). Y será el límite desde el mar hasta el atrio Enon (o Seraranan), límite de Damasco, y desde el Norte al Norte, límite de Emath, región [Vulg. y límite de Emath; región sin embargo] Septentrional. Entre la descripción de la tierra santa de las doce tribus de Josué hijo de Nun, y la que ahora se ordena hacer por Ezequiel, hay esta diferencia, que allí la tierra se divide por sorteo entre las tribus, aquí se delega por el arbitrio del Señor que manda. En el libro de los Números (Num. XXXIV), donde toda la tierra de la promesa se divide brevemente por cuatro regiones, desde el Norte, es decir, la región Septentrional, esta es la descripción: Por la parte Septentrional [Vulg. región] los límites comenzarán desde el mar grande, llegando hasta el monte altísimo, desde el cual vendrás [Vulg. vendrán] a Emath, hasta los límites de Sadada, los confines irán hasta Zephrona y la villa Enam, o Aser Enon. Los hebreos dicen que la región Septentrional comienza desde el mar grande, que se extiende por las costas de Palestina, Fenicia, y Siria llamada Coele, y se extiende por Egipto hasta Libia. Pero lo que dice: Llegarán los límites hasta el monte altísimo (Num. XXXIV, 7), los mismos hebreos suponen que se refiere al monte Amano o al Tauro, lo cual nos parece más verdadero. Desde el cual, dice, vendrás a Emath, que ahora se llama Epifanía, cambiado el nombre por el tirano más cruel de los Antíocos: pues tuvo el sobrenombre de Ἐπιφανής. Hasta los límites, dice, de Sadada, que también se menciona en la presente lectura de Ezequiel, irán los confines hasta Zephrona, que hoy llaman la ciudad de Zephyrium en Cilicia. Pero lo que sigue: Y la villa Enam, por lo cual en hebreo está escrito, ASER ENON (), o Enan, y el lugar presente lo contiene. Y mientras tanto, según la historia, basta haberlo resumido brevemente, y haber unido la descripción de Números y de Ezequiel: para que el lector prudente entienda en qué coinciden, son cercanos o diferentes. Ahora, interpretados los nombres de cada uno, sigamos la anagogía, y discutamos lo que nos parece en cada uno, con la ayuda del Señor. Ethalon se interpreta, cuna de tristeza: Sadada, su lado, entiende desde el lado, no desde la amplitud: Emath, furia, que en griego se dice, χόλος: Berotha, pozos: Sabarim, circuito de montañas: Damasco, sangre de saco y besos, o copa. La casa o atrio Thicon, Symmachus lo interpreta, atrio medio, que se extiende hasta los límites de Auran. Por lo tanto, Thicon, suena a medio: Auran, que los LXX traducen al griego,

Auranítide, ira. Aser, sin embargo, Enon, que es el límite de Damasco, en nuestra lengua se dice atrio de la fuente. Por lo tanto, la región Septentrional comienza desde el mar grande por el camino de Ethalon, que se interpreta, cuna de tristeza, y por el arrepentimiento llega a Sadada, donde hay una desviación lateral. Entendemos que nos amenaza Emath, es decir, la indignación de Dios: o Emath, descubierta la verdad, se nos abren los pozos de Berotha, que cavaron los príncipes, Abraham, Isaac y Jacob: y tras un largo circuito llegamos a las montañas de Sabarim, que están situadas entre Damasco, es decir, la sangre del cilicio, y el confín de Emath, como dijimos antes, de la verdad. Pues así como por la tristeza evitamos los males inminentes, y nos desviamos lateralmente: así después de la sangre y el cilicio de la vida sanguinaria, antes de llegar al confín de Emath, 599 rodeamos y llegamos a las montañas, de las cuales está escrito: Montañas alrededor de ella, Y el Señor alrededor de su pueblo (Sal. CXXIV, 2). Este lugar se llama, atrio Thicon, es decir, atrio medio, como lo interpretó Symmachus, junto a los límites de Auran, que suena a ira, y con el profeta decimos: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él (Miq. IV, 9). Y desde el mar hasta los límites de Damasco; en el cual también el apóstol Pablo (Hech. IX) de la furia judía y el derramamiento de sangre eclesiástica, vio la luz en la ceguera, y tomando el cilicio de la persecución antigua, predicó el Evangelio, para llegar al atrio de la fuente eterna, y una vez situado en el Norte, alcanzar el término de la verdad.

(Vers. 18.) Por lo demás, la región Oriental desde el medio de Auran, y desde el medio de Damasco, y desde el medio de Galaad, y desde el medio de la tierra de Israel: el Jordán delimitando, hasta el mar oriental mediréis [Vulg. añade también] la región Oriental. Por lo cual en el libro de los Números se encuentra escrito así: Desde allí medirán los límites hacia la región Oriental desde la villa Enan, es decir, Aser Enon, hasta Sephama: y desde Sephama descenderán los límites a Rebla contra la fuente: desde allí llegarán hacia el Oriente al mar Chenereth, y se extenderán hasta el Jordán, y finalmente se cerrarán en el mar. Antes había dicho: Y será el límite desde el mar hasta Aser Enon, límite de Damasco (Num. XXXIV, 10, 11). Desde el fin de la región Septentrional, es decir, el atrio Enan, se extienden los límites según el libro de los Números hasta Sephama, que los hebreos llaman Apamia: y desde Apamia descienden los límites a Rebla, que ahora se llama Antioquía de Siria. Y para que sepas que esta Rebla significa la ciudad, que ahora en Siria Coele es la más noble, sigue: Contra la fuente, que es evidente que se refiere a Dafne: de la cual fuente la ciudad mencionada disfruta de aguas abundantísimas. Este lugar fue plantado por Cneo Pompeyo, quien primero sometió Judea al imperio romano, con mano militar; y de él, según la fábula de los poetas, recibió el nombre de Dafne, por los laureles y cipreses, que son árboles muy frecuentes en ese lugar. Desde allí, dice, llegarán los límites hacia la región Oriental al mar Chenereth, hasta el lago de Tiberíades. Pero se llama mar, aunque tenga aguas dulces, según el idioma de las Escrituras, donde las congregaciones de aguas se llaman mares. Y dice que los límites se extenderán hasta el Jordán, y finalmente se cerrarán en el mar, ya sea el mar Muerto, o como otros piensan, la lengua del mar Rojo, en cuya costa está situada Ahila, donde ahora reside la Legión, y el presidio de los romanos. Esto se ha dicho según el libro de los Números. Según Ezequiel, sin embargo, desde el medio de Auran: que es una villa de Damasco en el desierto, y desde el medio de Galaad, que es un monte unido a las colinas del Líbano, cayó en la suerte de Rubén, Gad, y la media tribu de Manasés, y está detrás de Fenicia y Arabia: a este monte llegó Jacob desde Carris, y fue alcanzado por Labán (Gén. XXXI), del cual también habla Jeremías: Galaad, tú eres para mí el inicio del Líbano (Jer. XXII), que tomó de la región de los amorreos Galaad hijo de Maquir, hijo de Manasés: y el fin de esta región, el río Jordán delimitando, y el mar Oriental, que en este lugar entienden como el mar Muerto, no la lengua del mar Rojo. Digamos según la tropología: Después de los límites del Norte en un largo circuito por Ethalon, y Sadada, y Berotha, también Sabarim,

Thicon, y Auran, y Damasco, y el atrio Enon, hasta Emath llega la región oriental: desde el medio de la ira de Auran, y desde el medio de la sangre de Damasco, es decir, del arrepentimiento, y desde el medio de Galaad, que se interpreta revelación, o túmulo de testimonio; para que después de la ira y el arrepentimiento, muestre la esperanza de salvación: y desde el medio de la tierra de Israel, que contiene la visión de paz, hasta llegar a las dulcísimas aguas del Jordán: que, separado del mar, alcanza la luz del Oriente, de modo que el río Jordán, que se interpreta arroyo del juicio, y el término del Oriente lo finalicen. Pero lo que en los LXX se pone como φοινικῶνος, es decir, palmeral, no se encuentra en hebreo: por lo cual nosotros hemos interpretado como mediréis: Y es un error manifiesto, porque por THAMODDU () engañados por la similitud de las letras, daleth y res, leyeron THAMORRU ().

(Vers. 19.) Pero la región del Sur meridional desde Thamar hasta las aguas de la contradicción (o hasta las aguas de Mariboth: pues esto significa contradicción, o δικασμὸς, es decir, disputas). También Cades y el torrente, hasta el mar grande [Vulg. región] esta es la región hacia 601 el sur del Sur. Por lo cual en el libro de los Números está escrito así: Comenzará desde el desierto de Sin, que está junto a Edom, y tendrá límites hacia el Oriente el mar [Al. se añade salado], que rodearán la región del Sur por el ascenso del Escorpión, de modo que pasen por Senna, y llegarán al Sur hasta Cadesbarne: de donde saldrán los confines a la villa llamada Addar, y se extenderán hasta Asemona: y el límite girará desde Asemona hasta el torrente de Egipto, y se terminará en la costa del mar grande (Num. 34, 3, 4 y 5). Lo cual brevemente significa (para no parecer que por ocasión de Ezequiel, hemos pasado a la amplísima exposición de los Números), que desde el desierto de Sin, que está junto a Edom, y el mar Rojo rodea el límite, y por el ascenso del Escorpión, y por Senna y Cadesbarne, y el atrio Addar, y desde Asemona llega hasta el torrente de Egipto, que junto a la ciudad de Rinocorura desemboca en el mar. Pero este es el límite de la región del sur, es decir, meridional, comienza desde Thamar, que es una ciudad en el desierto, que Salomón construyó con obras admirables, y hoy se llama Palmira: y en hebreo se dice THAMAR (), que en nuestra lengua significa palma, hasta las aguas de la contradicción de Cades, que sin duda está en el desierto, y el torrente que entra en el mar grande, que se extiende por las costas de Egipto y Palestina, y esta es la región del Sur hacia el Mediodía. Después de la región del Norte y del Oriente, cuando nos haya nacido el sol de justicia, recibimos la región Meridional, cuando su luz nos es infundida desde arriba, y con Abraham entramos en el banquete (Gén. XIX), y nos embriagamos con el vino, que alegra el corazón del hombre (Sal. CIII), con José y sus hermanos (Gén. XLIII). Esta posesión y estos límites comienzan desde Thamar, es decir, desde la palma y la victoria sobre los vicios, hasta las aguas de la contradicción. Siempre se contradice a las virtudes. Por lo cual también a la predicación evangélica, los judíos discutiendo contra Pablo, afirman que se contradice en todo el mundo (Hech. XV). Y en el Evangelio leemos, diciendo Simeón: Este será para caída y resurrección de muchos, y para señal que será contradicha (Luc. II, 34). Toda contradicción es de santidad, que se interpreta Cades, diciendo el salmista: El Señor sacudirá el desierto de Cades (Sal. XXVIII, 8); que al principio no tenía la santidad del Señor: pero fue sacudido y conmovido, para recibir al huésped Dios, que dice: Sobre quién 602 reposará [Al. reposará] mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras (Isa. LXVI, 2)? Después del desierto de Cades, hasta el mar grande en el sur, es el torrente de la región del Sur, del cual hemos hablado antes; que no tiene lluvias de la tierra, sino del cielo, recogidas en la variedad de virtudes diversas:

(Vers. 20.) Y la región del mar, el mar grande desde el confín en línea recta, hasta que llegues a Emath, esta es la región del mar. De la cual el libro de los Números escribe más claramente

y brevemente. Pero la región occidental comenzará desde el mar grande, y se concluirá en ese fin, es decir, de mar a mar: al torrente [Al. desde el torrente] de Rinocorura, que desemboca en el mar, hasta el lugar que está frente a la ciudad de Emath de Siria, de la cual hemos hablado antes. El Occidente, según las leyes de la tropología, siempre está en el mar: siempre en el oleaje y las olas, donde diariamente se suscitan naufragios, y muertes de miserables, y pérdida de riquezas y mercancías, y sin embargo, cuando hemos roto todo esto con paciencia, llegamos en línea recta a Emath, es decir, a la verdad del Señor, quien, vencidas las persecuciones, nos ha prometido premios eternos.

(Vers. 21 seqq.) Y dividiréis esta tierra entre las tribus de Israel, y la daréis en herencia a vosotros, y a los extranjeros que se hayan acercado [Vulg. se acercarán] a vosotros, que hayan engendrado hijos en medio de vosotros, y serán para vosotros como nativos entre los hijos de Israel: con vosotros dividirán la posesión en medio de las tribus de Israel. En la tribu en la que esté el extranjero, allí le daréis posesión, dice el Señor Dios. Por este capítulo aprendemos (y se derriba la soberbia de los judíos) que no hay división entre Israel y el pueblo de las naciones. Pues si a los extranjeros y forasteros con aquellos que son del pueblo de Israel, es decir, nativos, se les divide la tierra; no hay duda de que es la misma herencia del pueblo de las naciones y del pueblo de los judíos: si se han convertido al culto del Dios de Israel, que posee propiamente el nombre cristiano, teniendo los judíos la letra de la Ley, y nosotros el espíritu: y ellos teniendo los pergaminos, y nosotros a aquel que está escrito en los pergaminos. Y en Moisés la tierra se divide por sorteo; aquí, sin embargo, como dijimos, se delega por el juicio del Señor: y es una sola posesión para el extranjero y para Israel, y en cada tribu se da herencia, por mandato del Señor Dios.

(Cap. XLVIII.---Vers. 1 seqq.) Y estos son los nombres de las tribus, desde los confines del Norte por el camino de Ethalon, yendo 603 a Emath, el atrio Enon, límite de Damasco al Norte junto a Emath, y será para él desde la región Oriental [Vulg. región oriental] el mar, Dan una. Y desde el límite de Dan desde la región Oriental hasta la región del mar, Aser una. Y sobre el límite de Aser desde la región Oriental hasta la región del mar, Neftalí una. Y sobre el límite de Neftalí desde la región Oriental hasta la región del mar, Manasés una. Y sobre el límite de Manasés desde la región Oriental hasta la región del mar, Efraín una. Y sobre el límite de Efraín desde la región Oriental hasta la región del mar, Rubén una. Y sobre el límite de Rubén desde la región Oriental hasta la región del mar, Judá una. Descrita la posesión de la tierra santa, tanto según la presente profecía de Ezequiel, como según el libro de los Números: ahora se describe la posesión de cada tribu desde la región Oriental, hasta la región Occidental, es decir, del mar: y primero toman los límites desde el Norte por el camino de Ethalon, yendo a Emath, el atrio o Aser-Enon, límite de Damasco al Norte junto a Emath, de los cuales ya hemos hablado antes. Comienza primero la tribu de Dan: segunda Aser: tercera Neftalí: cuarta Manasés: quinta Efraín: sexta Rubén: séptima Judá, es decir, desde la parte izquierda, y se completa el número septenario. Luego las primicias de los sacerdotes, y los levitas, y el santuario del Señor en medio, y el santo de los santos. También se describe la ciudad misma por cada lado en cuadrado, teniendo cuatro mil quinientos codos. También se describen en orden los suburbios de los sacerdotes y levitas, y la posesión del príncipe. Y nuevamente desde la parte derecha suceden cinco tribus desde la región igualmente del Oriente, hasta la región del Occidente, de las cuales la primera es Benjamín: segunda Simeón, teniendo su posesión especial, y no mezclada como antes con Judá: tercera Isacar: cuarta Zabulón: quinta Gad: y las puertas de la ciudad tres por cada región: y el nombre de la misma ciudad, que en la frente del Pontífice contiene la lámina de oro. De todos estos hablaremos en sus lugares. Y es de notar, que los nombres de las cuarenta y ocho ciudades, que en el volumen de los Números se dan a la tribu levítica para habitar con sus suburbios, aquí se

silencian, y las ciudades de los fugitivos: de las cuales tres están más allá del Jordán, a saber, Bosor, y Ramot, y Gaulón en las dos tribus y media dadas: y tres dentro del Jordán, a saber, Cades, y Siquem, y Cariatarbe. Pues no era necesario en la descripción mística, y en la habitación de los santos, y en la conversación perfecta, describir los auxilios de los fugitivos, de los cuales Israel necesitó aún estando en la tierra, y apresurándose a venir a esta ciudad a través de muchos trabajos y peligros, y hablando en cada santo: Soy extranjero y peregrino como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13). Y en otro lugar: Habité con los habitantes de Cedar, mucho ha peregrinado mi alma (Sal. CXIX, 5).

(Vers. 8, 9.) Y sobre el límite de Judá desde la región Oriental hasta la región del mar, estarán las primicias que separaréis, veinticinco mil de ancho y de largo: como las partes individuales desde la región Oriental hasta la región del mar, y el santuario estará en medio de ella. Las primicias que separaréis para el Señor, longitud de veinticinco mil, y ancho de diez mil. Es superfluo disertar sobre lo disertado, y en lo que hemos trabajado antes, como si no estuviera dicho, trabajar de nuevo. Después de los límites de las siete tribus, desde el Oriente hasta el Occidente se describen las primicias; cuya anchura tenga veinticinco mil codos: pero la longitud como tienen las tribus individuales desde el Oriente, hasta el mar, cuyo número de longitud es incierto. Pues no se ha descrito la medida en la descripción de cada tribu. Pero si la anchura tiene veinticinco mil codos, se da a entender, que el número de la longitud es mucho mayor, que siempre es mayor que la anchura. En medio, sin embargo, se coloca el santuario junto a las primicias, que están separadas para el Señor, de longitud de veinticinco mil codos, y de anchura de diez mil: que leyendo no puedo decir otra cosa, sino aquello del Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e ininvestigables sus caminos (Rom. XI, 33)! Y en otro lugar: Para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, y la altura, y la profundidad: conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efes. III, 18): Pero el número veinticinco se refiere a los sentidos, de los cuales se ha dicho: Poseeréis el sentido divino, y los diez mil, a la virtud perfecta y consumada, que del Decálogo del Antiguo Testamento, llega al sacramento evangélico, y lo hemos tocado brevemente antes, y aquí lo recordaremos en parte. Pues si añadiendo desde uno, llegas a cuatro, completarás el número diez; y así será, que el Antiguo Testamento se comprima en el nuevo, y el nuevo se expanda en el antiguo.

(Vers. 10 seqq.) Estas serán las primicias del santuario de los Sacerdotes; al norte, una longitud de veinticinco mil, y al oeste, una anchura de diez mil, y también al este, una anchura de diez mil, y al sur, una longitud de veinticinco mil: y el santuario del Señor estará en medio de ello. Para los sacerdotes será el santuario de los hijos de Sadoc, quienes guardaron mis ceremonias y no erraron cuando erraron los hijos de Israel, como erraron los levitas. Y serán para ellos primicias de las primicias de la tierra, santo de los santos, junto al límite de los levitas. Se describen las cuatro plagas de las primicias del santuario, que no pertenecen al pueblo, ni a la plebe ignoble, ni a los levitas, de grado inferior, sino que propiamente pertenecen al culto de los sacerdotes: a saber, del norte, del oeste, del este y del sur: y se narra el orden de las partes del progreso, para que dejando los fríos del norte, lleguemos al oeste: para que los vicios mueran y perezcan para nosotros, y de allí pasemos al este: y con el sol de justicia naciendo para nosotros, lleguemos al sur, donde la luz es clarísima y perfecta: y tanto desde el norte hasta el mar, como desde el este hasta el sur, sean veinticinco mil de longitud, y diez mil de anchura: para que en todas partes se conserve la misma medida de longitud y anchura. El santuario, es decir, el Templo del Señor, estará en medio de las primicias sacerdotales, y será rodeado por igual lado por todas partes. Y lo que había dicho: Estas serán las primicias del santuario de los Sacerdotes, para que no todos los

sacerdotes, con un término común, se atribuyan la posesión de este lugar y las ceremonias a observar, lo especifica especialmente añadiendo: Para los sacerdotes será el santuario de los hijos de Sadoc, que se interpreta como justo; de quien se dice: Justo es el Señor, y ama las justicias: la equidad ha visto su rostro (Sal. X, 8). Por Sadoc, los LXX escriben Sadduc. Este Sadoc habla en el Evangelio: Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo (Juan V, 22). Y de esto, bajo el nombre de Salomón, el Profeta canta misticamente: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 1). Aquellos sacerdotes del Señor poseerán el santuario y guardarán sus ceremonias: quienes no erraron cuando erraron los hijos de Israel y los levitas, de quienes se ha discutido anteriormente: quienes no ofrecen víctimas, sino que, contentos con el privilegio del nombre y la humildad de su error, siempre hablan en su corazón: Reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Sal. L, 4). Que escuche esto el grado sacerdotal, y superado por el ardor de la persecución arriana, y después de la verdadera fe, no carezca de riquezas, sometiendo su poder, contento si no es expulsado del templo, si mantiene una cierta sombra e imagen del nombre anterior, y no eructando delicias desde un trono elevado, como si fuera inmaculado y puro, nos eructa náusea de su ignorancia y charlatanería bárbara. Serán, dice, para ellos primicias de las primicias de la tierra, esto es, para los sacerdotes: y quienes no erraron cuando erraron los hijos de Israel y los levitas. Las primicias de las primicias, como el diezmo de los diezmos, y el santo de los santos, junto al límite de los levitas: para que los levitas tengan los confines de los sacerdotes, pero no puedan tener el ombligo, es decir, el medio de ello, y la misma posesión.

(Vers. 13 seqq.) Pero también para los levitas, de manera similar, junto a los límites de los sacerdotes, veinticinco mil de longitud, y diez mil de anchura: toda la longitud de veinticinco mil, y la anchura de diez mil. Y no venderán de ello, ni cambiarán (o medirán) ni se transferirán las primicias de la tierra (o se quitarán), que están santificadas al Señor. Pero los cinco mil que sobran en la anchura por veinticinco mil, serán profanos de la ciudad para habitación y suburbios: y la ciudad estará en medio de ello. Lo que hemos traducido como profano, para lo cual Aquila tradujo βέβηλον, Symmachus y Theodotio tradujeron λαϊκὸν; los LXX dijeron προτείχισμα, que podemos llamar antemurale. Profano es también laico, es decir, vulgar, que a todo el pueblo se le permite habitar libremente. Pero lo que dijeron los LXX: Ni se medirá, ni se quitará, por lo que nosotros dijimos, no se cambiará, ni se transferirá, es evidente que no tiene sentido. También se describe la posesión de los levitas, que está cerca de los límites de los sacerdotes, y tiene los mismos espacios en longitud y anchura por la multitud de los levitas, que tiene la escasez de los sacerdotes, pero sin embargo usa sus propios límites, y entiende que está separada del grado sacerdotal: para abatir la soberbia de los ministros, que ignorando la humildad de su estado, se hinchan más allá de los sacerdotes, es decir, de los presbíteros, y consideran la dignidad no por mérito, sino por riquezas. Ciertamente, quien sea el primero de los ministros, porque predica a los pueblos, y no se aparta del lado del Pontífice, considera una injuria si es ordenado presbítero: y no recuerda que es ministro de mesas y viudas, delegado para el servicio y ministerio no solo de los sacerdotes, sino también de las viudas y los pobres. Y no venderán, dice, de ello, ni cambiarán, para que permanezca la posesión eterna de la distribución levítica, ni se venza el mérito de la dignidad por precio, ni lo transfiramos de uno a otro: porque lo que está santificado al Señor, no es de aquellos a quienes se les ha dado, sino de aquel en cuyo nombre se posee. Pero los cinco mil que sobran en la anchura, por veinticinco mil, se sobreentiende de longitud, serán profanos de la ciudad: para que todos los israelitas puedan habitar, y toda la plebe: no porque sean inmundos, o algo en la habitación de la tierra santa se considere contaminado, podrido y sucio; sino porque, además de los sacerdotes, a todos se les permite habitar en ellos. Por lo cual entendemos que todo lo que referimos a los sentidos, es decir, a

los placeres del cuerpo, que captamos con la vista, el oído, el tacto, el olfato y el gusto, es profano, y no tiene la santidad del templo, ni es privilegio sacerdotal, sino de la vileza laica. Pero la ciudad estará en medio, de la cual está escrito: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Y: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14): de la cual hablaremos en lo que sigue. Προτείχισμα, es decir, antemurale, y διάστημα, es decir, espacio, que los LXX interpretaron como suburbios, cuyo sentido en este lugar desconocemos.

(Vers. 16.) Y estas son sus medidas, al lado norte, quinientos y cuatro mil: y al lado sur, quinientos y cuatro mil, y al lado este, quinientos y cuatro mil: y al lado oeste, quinientos y cuatro mil. Lo que dice: Y estas son sus medidas, se debe entender, de la ciudad. Pues al final del capítulo anterior se puso: Y la ciudad estará en medio de ella, es decir, de la tierra. Y comienza primero desde el lado norte, y pone en frente el lado sur. Y de nuevo iguala par con par: para que al lado este ponga en contrario el lado oeste, es decir, el mar: y cada lado de la ciudad tenga cuatro mil quinientos codos; que hacen en cálculo once mil ochenta y cinco pasos, para que toda la ciudad, como se escribe al final de este volumen, tenga en circunferencia dieciocho mil codos, que hacen cuarenta y cuatro mil trescientos cuarenta pasos. Por lo cual el cuadragésimo cuarto Salmo, que se inscribe, Al final por aquellos que serán cambiados, y pertenece a Idida, es decir, al amado del Señor, o como interpretó Aquila, por los lirios, y Symmachus por las flores, de la Iglesia, que es la ciudad del Señor, contiene los sacramentos, de la cual se escribe en el mismo salmo: La reina está a tu derecha en vestidura de oro, rodeada de variedad (Sal. XLIV, 10). Y de nuevo: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Ibid., 14): para que no sea como sepulcros blanqueados por fuera, sino que tanto por dentro como por fuera lave todo el plato (Mat. XXIII). Y cuando nos hayamos alejado del norte, el viento más frío, pasamos al sur, y después de que la luz del conocimiento ha surgido en nosotros, tememos el ocaso de las fuerzas, no considerando lo pasado, sino lo futuro, y no teniendo una posesión segura de la virtud, sino diciendo diariamente en oración: No nos dejes caer en la tentación, que no podemos soportar (Mat. LXXXVI, 13).

(Vers. 17.) Pero los suburbios de la ciudad al norte, doscientos cincuenta: y al sur, doscientos cincuenta: y al este, doscientos cincuenta: y al mar, doscientos cincuenta. Por suburbios, que en hebreo se dicen MAGRAS, los LXX nuevamente tradujeron διάστημα, es decir, espacio. Pero lo que se dice, doscientos cincuenta por cada lado, se sobreentiende codos, que tienen seis codos y un palmo; y por cada lado hacen seiscientos diecisiete pasos menos, y en común mil codos, teniendo dos mil cuatrocientos sesenta y ocho pasos: que los espacios rodean los muros de la ciudad, para que dividan entre la ciudad y lo que queda. De esto se muestra que ninguno de estos espacios tiene licencia para ejercer las obras de la ciudad, y obtener frutos, sino que están vacíos de uso y obra de los hombres: para que los alrededores de la ciudad tengan la amenidad de los arbustos y hierbas que nacen espontáneamente, y de las demás cosas que la tierra produce.

Pero lo que quede en longitud según las primicias del santuario, diez mil al este, y diez mil al oeste, serán como las primicias del santuario: y sus frutos serán para alimento (o para panes) para aquellos que sirven (o trabajan) en la ciudad. Pero los que sirven (o trabajan) en la ciudad, servirán (o trabajarán) de todas las tribus de Israel. Todas las primicias de veinticinco mil por veinticinco mil en cuadrado, se separarán en primicias del santuario, y posesión de la ciudad. Después de la descripción de la ciudad santa, y sus suburbios, quiere que la parte restante de las primicias del santuario, diez mil codos al este, y otros diez mil al oeste, se deleguen a aquellos que ejercen las obras de la ciudad para varios usos, en los que la ciudad necesite: para que se siembren, y de los frutos que nacen en este espacio de tierra, se alimenten los obreros, que o construyen los muros de la ciudad, o restauran lo interrumpido y

ruinoso, para que la ciudad tenga su cultivo, y los techos reparados, cuando la necesidad lo exija, se restauren. Y esto no solo en Israel, o en la posesión de la tierra santa espiritualmente contenida en el misterio de la Iglesia: sino que también probamos que se hace en el imperio romano, para que algunas villas pertenezcan a los derechos de las ciudades, ya sea por munificencia real, o por herencias y donaciones de muchos, para que poco a poco no se derrumben los edificios, y las casas públicas, que son ornamento de la ciudad, no sean afectadas por una larga negligencia. Pero los obreros, dice, o los que sirven en las obras de la ciudad, serán de todas las tribus de Israel: para que nadie se considere exento de la obra de la ciudad, sino que todos compitan para construir la Iglesia. Lo que también leemos que se hizo en el tabernáculo, para que por la variedad de fuerzas, uno ofrezca oro y plata, escarlata, lino fino, y púrpura, y diversos y variados tejidos: otros ofrezcan pieles y pelos de cabra: y aunque los dones sean diversos por la calidad de la sustancia, uno sea el premio de los donantes: incluso mayor de aquellos que ofrecieron poco, pero más por sus fuerzas, a ejemplo de la viuda pobre, que enviaba dos monedas en las ofrendas del gazofilacio; es alabada por el juicio del Señor, diciendo: En verdad os digo, que esta viuda pobre ha echado más que todos: Porque todos estos de su abundancia echaron en las ofrendas de Dios: pero esta de su pobreza, echó todo el sustento que tenía (Luc. XII). Así como dijimos de las obras de la ciudad, así brevemente debe mencionarse, que todas las primicias del santuario, y la posesión de la ciudad calculada en cuadrado, contiene mil doscientos cuarenta y seis, y una tercera parte. Pues si veinticinco mil codos, que tienen seis codos y un palmo, hacen nuestros, es decir, romanos sesenta y un mil, seiscientos sesenta y siete pasos; no hay duda de que estos calculados en cuádruple hacen el número superior. De lo cual entendemos que todo debe ser entendido espiritualmente, que la posesión de la Iglesia es mucho más amplia de lo que fue en Judea, que ni siquiera recibieron partes de la tierra santa: sino que de cada tribu cuarenta y ocho ciudades, no de pleno derecho, sino que recibieron habitación y hospedaje: para que también aquellos que parecen laicos, y no han llegado al grado sacerdotal y levítico: sin embargo, si trabajan en la ciudad del Señor, se alimenten de la tierra santa, tierra de los mansos, y tierra de los creyentes, de los cuales uno hablaba: Creo ver los bienes del Señor, en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13).

(Vers. 21, 22.) Pero lo que quede, será del príncipe de toda parte, ya sea de aquí, ya sea de allá de las primicias del santuario y la posesión de la ciudad en frente (o contra la cara) de veinticinco mil primicias hasta el límite oriental, pero también del mar (al mar) en frente (o contra la cara) de veinticinco mil hasta el límite del mar igualmente en las partes del príncipe será, y serán las primicias del santuario y el santuario del templo en medio de ello. De la posesión también de los levitas, y de la posesión de la ciudad en medio de las partes del príncipe será entre el límite de Judá y entre el límite de Benjamín, y al príncipe pertenecerá. De este príncipe se ha discutido más ampliamente arriba, y que solo él recibiría tanto como una tribu. Ahora aprendemos otra cosa, que de todas las tribus lo que quede, este solo lo recibirá: para que no haya tribu que no ofrezca dones al príncipe: no de otro lugar, sino de las primicias que sirven al templo y al santuario y a las partes delegadas de la ciudad. Esto es lo que dice: En frente, o contra la cara de veinticinco mil primicias hasta el límite oriental, o hasta el límite del mar: para que las primicias estén entre siete y cinco tribus, y en esas primicias la ciudad, y sus suburbios, y en medio de la ciudad el santuario del templo. Pero también de la posesión de los levitas y de la posesión de la ciudad lo que quede, se asignará al príncipe: y será la parte extrema de siete tribus cercana a las primicias y la ciudad, y el templo en la tribu de Judá; y la parte extrema de cinco tribus con el mismo derecho que arriba en la tribu de Benjamín, esa parte extrema pertenecerá al príncipe. De lo cual los sacramentos de la Sagrada Escritura son admirables, y más para ser meditados, que para ser expresados en palabras (Dan. XXXII). Pues en la división anterior de las tierras más allá del Jordán por

Moisés, a dos tribus, Rubén y Gad, y a la media tribu de Manasés se les dividió la tierra (Josué, XIII): dentro del Jordán por Josué hijo de Nun, y Eleazar hijo de Aarón, Judá poseyó desde el sur (Josué, XV); y Efraín, y la media tribu de Manasés, desde el norte (Josué, XVIII). Pero después de que se enviaron exploradores desde Silo por cada tribu, y se trajo la descripción de la tierra a Josué y Eleazar, Benjamín junto a Judá desde el sur, y junto a Efraín y la media tribu de Manasés recibió la posesión. La segunda tribu Simeón recibió herencia en (de) la tribu de Judá: para que se cumpliera lo que está escrito de Leví y Simeón: Los dividiré en Jacob, y los esparciré en Israel (Gen. XLIX, 7). La tercera Zabulón recibió Galilea, donde está el monte Tabor. La cuarta Isacar, donde está Jezreel, hasta el Jordán. La quinta Aser, hasta el monte Carmelo, que domina el gran mar, Tiro y Sidón. La sexta Neftalí, en Galilea hasta el Jordán, donde Tiberíades, que antes se llamaba Cineret. La séptima Dan hasta Jope, donde están las torres Ailón, y Selebi, y Emaús, que ahora se llama Nicópolis: aunque después leemos, que tomaron para sí, cruzando otras tribus, la ciudad de Lesem en la tribu de Dan, que hoy se llama Paneas. Cuando estas cosas son así, y entre la descripción anterior de las tribus y la que ahora se tiene, hay tanta diversidad, consideremos cómo tanto en la descripción presente, como en la anterior, entre la tribu de Judá y Benjamín se colocó la ciudad, y el Templo. Y en la descripción anterior Judá estaba al sur, y Benjamín al norte: pero aquí se hace al contrario, para que Judá esté al norte, y Benjamín al sur: después de quien el segundo es Simeón, el tercero Isacar, y el cuarto Zabulón, el quinto Gad: cinco tribus, como se dice en lo que sigue; pues está escrito:

(Vers. 23 seqq.) Y a las demás tribus, desde el lado oriental hasta el lado occidental, una parte para Benjamín. Y frente al límite de Benjamín, desde el lado oriental hasta el lado occidental, una parte para Simeón. Y sobre el límite de Simeón, desde el lado oriental hasta el lado occidental, una parte para Isacar. Y sobre el límite de Isacar, desde el lado oriental hasta el lado occidental, una parte para Zabulón. Y sobre el límite de Zabulón, desde el lado oriental hasta el lado del mar, una parte para Gad. Y sobre el límite de Gad hacia el sur, y el final será desde Tamar hasta las aguas de la contradicción de Cades: herencia frente al mar grande. Esta es la tierra que mediréis [Vulg. echaréis a suertes] a las tribus de Israel, y estas son sus particiones, dice el Señor Dios. Lo que en cinco y siete tribus siempre se pone al final una, se sobreentiende ya sea parte, posesión o herencia: aunque Aquila y Símaco lo interpretan en género neutro τὸ ὅριον, que significa límite. Y brevemente se debe notar que, en la descripción de las cinco tribus extremas, la tribu de Gad, que en la descripción anterior estaba al otro lado del Jordán, se coloca en la parte que antes ocupaba Judá, es decir, hacia el sur, y su límite es desde Tamar hasta las aguas de la contradicción de Cades, herencia frente al mar grande: Tamar, de la cual ya hemos hablado, que ahora llaman Palmira, y que fue construida por Salomón: pues en hebreo la palabra Tamar significa palma, y algunos creen que recibió este nombre porque hay muchas palmeras allí. Y lo que sigue: Hasta las aguas de la contradicción de Cades, herencia frente al mar grande; por lo cual los LXX tradujeron desde Temán, y el agua de Meribot, [Al. Marimot] Cades, herencia hasta el mar grande, es de observar que en hebreo la misma palabra NEHELA (), porque es ambigua, significa tanto herencia como torrente: y aquí debe entenderse más como torrente que como herencia. Este es el torrente que desemboca en el mar grande de Rinocorura, como ya hemos dicho antes. Cades, que en el libro de Josué se llama Cades-Barnea, está en el desierto que se extiende hasta la ciudad de Petra: Meribot, que se interpreta como contradicción, no es el nombre de un lugar, como muchos piensan, sino de las aguas, en las cuales el pueblo contradijo al Señor, y Moisés ofendió a Dios, como dice el Salmo: Lo tentaron en las aguas de la contradicción, y Moisés fue afligido por ellos (Sal. CV, 32). Y toda la herencia de la tierra santa desde el lado sur junto a los límites de Egipto, Rinocorura y el torrente termina. Y porque Gad se interpreta

como tentación, en su posesión pasamos de las palmeras a las aguas de la contradicción hasta Cades, que se interpreta como santa, para que entendamos que incluso después de la victoria sobre el mundo debemos estar atentos, y siempre con temor, y recordar aquel versículo: La vida del hombre en la tierra es una tentación (Job VII, 1); y llegar a la santidad, con los adversarios atacando, para así obtener la victoria, contemplando de cerca el torrente lleno de lluvias.

(Vers. 30 seqq.) Y la salida de la ciudad desde el lado norte medirás quinientos y cuatro mil. Y las puertas de la ciudad según los hombres [Al. todos, Vulg. en nombres] de las tribus de Israel: tres puertas al norte. Una puerta de Rubén: una puerta de Judá; una puerta de Leví. Y al lado oriental quinientos y cuatro mil, y tres puertas. Una puerta de José: una puerta de Benjamín: una puerta de Dan. Y al lado sur medirás quinientos y cuatro mil, y tres puertas. Una puerta de Simeón: una puerta de Isacar: una puerta de Zabulón. Y al lado occidental, quinientos y cuatro mil, y sus tres puertas. Una puerta de Gad, una puerta de Aser, una puerta de Neftalí: alrededor dieciocho mil, y el nombre de la ciudad desde ese día, y el Señor allí. Sobre el perímetro de la ciudad, que por cada lado en cuadrado tenía cuatro mil quinientos codos, el discurso anterior lo narró: que hacen dieciocho mil codos, como también se ha puesto en el presente capítulo, es decir, cuarenta y cuatro mil pasos, y trescientos cuarenta pasos. Ahora se escribe por cada lado, es decir, por once mil pasos y ochenta y cinco pasos, que había tres puertas, que Aquila, Símaco y Teodocio llaman διεξόδους, los LXX διεκβολὰς: nosotros hemos interpretado como salidas y entradas de la ciudad. Y primero se debe advertir brevemente que las mismas tribus alrededor del tabernáculo estaban acampadas de tal manera que al oriente estaba Judá, Isacar y Zabulón, hijos de Lea: y al sur, Rubén, Simeón y Gad, dos hijos de Lea, y el tercero hijo de Zilpa, sierva de Lea. Al occidente, Efraín, Manasés y Benjamín, dos hijos de Raquel: porque José, en lugar de la tribu de Leví, que fue destinada a los sacrificios, se dividió en dos tribus, Efraín y Manasés. Al norte, Dan, Aser y Neftalí, de los cuales el primero y el tercero son hijos de Bala, sierva de Raquel, el segundo hijo de Zilpa, sierva de Lea, ignobles, y colocados al norte: ya que fueron engendrados de la descendencia de siervas que estaban en discordia entre sí. Esto según el libro de Números, y la descripción del tabernáculo, que, por mandato de Dios, fue dictada por boca de Moisés (Num. XXXIV). Pero nuestra ciudad, que es la ciudad del gran rey, cuyo artífice y constructor es Dios, de la cual también el salmista canta: ¿Acaso Sion dirá el hombre, y el hombre nació en ella, y el Altísimo la fundó? (Sal. LXXXVI, 5), tiene otra descripción de las tribus en la tierra santa, y el orden de la medida de la ciudad y la posesión, y las regiones de las tribus individuales. Primero, al lado norte se oponen tres puertas, o salidas de la ciudad, de las cuales es el primogénito Rubén, y Judá, autor de la estirpe real, y Leví, sobre cuyo nombre, en la descripción del tabernáculo y de los sagrados, nada se ha dicho: para que poseyendo las primicias, como un linaje real y sacerdotal, despreciemos los fríos del norte. En segundo lugar, al oriente está José, Benjamín y Dan: ambos hijos de Raquel, y uno de Bala, su sierva. Al sur, Simeón, Isacar y Zabulón, que son tres hijos de Lea. Por último, al occidente, Gad, Aser y Neftalí: de los cuales los dos primeros son hijos de Zilpa, sierva de Lea, el tercero hijo de Bala, sierva de Raquel. ¿Quién es sabio y entiende estas cosas: el que entiende y las conocerá? Porque los caminos del Señor son rectos, y los justos caminarán en ellos: pero los transgresores caerán en ellos (Oseas, XIV, 10). Estas doce puertas, o salidas, según la calidad de los méritos y virtudes, creo que están asignadas a cada tribu bajo los nombres apostólicos y de los patriarcas: de las cuales también se escribe más claramente en el Apocalipsis de Juan, y muchos sacramentos de las Escrituras divinas lo atestiguan (Apoc. XXI). Y es necesario que tal ciudad tenga alrededor dieciocho mil codos: bajo cuyo número, y en el decimoctavo salmo, está escrita la ley natural, y se describe la gracia del Evangelio: con los cuales la Iglesia, es decir, la ciudad del Salvador, está

construida. También el nombre de esta ciudad no será como antes Jerusalén, que se interpreta como visión de paz, sino ADONAI SAMA [Al. ADONAISAN y ADONAISAMIA] () que en latín se traduce como, el Señor allí, que nunca se aleje de ella, como se alejó del pueblo anterior diciendo a los discípulos: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31). Y a los judíos: Vuestra casa os será dejada desierta (Mateo XXIII, 38): sino que tenga una posesión eterna, y que Él mismo sea su posesión, prometiendo a los mismos discípulos: He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20).